

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL



TESIS DOCTORAL

***Un saco de niños zaleados: precariedad laboral y
precariedad vital de la generación de la crisis en
Extremadura***

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Mariano Urraco Solanilla

DIRECTOR

Juan Carlos Revilla Castro

Madrid, 2018

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL**



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

**“UN SACO DE NIÑOS ZALEADOS”:
PRECARIEDAD LABORAL Y PRECARIEDAD VITAL DE LA
“GENERACIÓN DE LA CRISIS” EN EXTREMADURA.**

Mariano Urraco Solanilla

Director: Dr. Juan Carlos Revilla Castro

Madrid, 2017

*En humilde homenaje a
mis dos abuelos y mis dos abuelas (que casi fueron tres),
que siempre van conmigo.*

*A la memoria de
P., S. y todas las demás víctimas del 11-M.
Descansen en Paz.*

*"Entre las flores te fuiste.
Entre las flores me quedo"*

*(Miguel Hernández,
Cancionero y romancero de ausencias,
1938-1941).*

Cuando un trabajo se extiende y se prolonga en el tiempo tanto como esta tesis resulta casi inevitable que aumente también el número de personas a las que habría que incluir en estos agradecimientos. Corro el riesgo de olvidar algún nombre, alguna persona que, en algún momento, haya podido ser importante para mí y haya podido contribuir, de un modo u otro, a este proceso de desarrollo que constituye una tesis doctoral. Si es así, sólo puedo pedir sinceras disculpas. No obstante, aunque una estrategia más conservadora pudiera sugerir no intentar hacer una lista exhaustiva de personas a las que agradecer su ayuda, y ocultarme, así, tras las etiquetas y las categorías genéricas (familia, amigos, compañeros y colegas, etc.), quiero explicitar mi gratitud con todas aquellas personas cuyos nombres aquí se recogen. Es un tópico, sin duda, pero, seguramente, sin ellas no habría sido posible llegar hasta este punto... en este momento...

Siempre he pensado que las cosas más importantes se expresan con muy pocas palabras (lo cual no deja de ser irónico, en vista del volumen de cualquiera de mis escritos, como bien atestigua la "magnitud" de este trabajo de tesis doctoral). Por ello, mis agradecimientos serán breves y concisos. Cada persona de las que aquí aparecen ya sabe (más o menos) el "desarrollo" de las pequeñas frases que acompañan su nombre en estas líneas.

A todos y a todas, muchas (muchas) gracias:

A mis padres, Mariano y Fidela, con amor y admiración, gracias por todo. Simplemente: por todo.

A mi hermana, Ana, a la que tanto quiero (y tan poco se lo digo) y de la que tantas cosas he aprendido, por ser siempre una referencia y un apoyo fundamental para mí.

A mis adorados sobrinos, Silvia y Alejandro, que no vieron el principio de esta historia, pero han llegado a tiempo para ver el final, por iluminar mi vida.

Y a mi cuñado, Jaime, por hacerlo posible.

A M^a Ángeles, por comprenderme y animarme, tanto y tan bien, durante todos estos largos años. Por su infinita bondad y su incondicional compañía y apoyo: siempre gracias.

A Lola, mi mamífero favorito, que entró en mi vida por casualidad, por haberme acompañado a todas partes durante todos estos años de tesis, por sus mimos y su cariño, por sus siestas y por tantas y tantas otras cosas que me hacen sonreír.

A mi director, el profesor Juan Carlos Revilla, por su profesionalidad y su trabajo, tan minucioso y riguroso como cercano y amable. Quede expreso mi reconocimiento a su labor y mi agradecimiento por el trato que siempre me ha brindado.

A mis profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, por las enseñanzas recibidas y por su trabajo. Y a mis compañeros y compañeras de promoción, por lo mismo. Especialmente tengo en mi recuerdo (en el que, insisto, está el conjunto de mis profesores: mi memoria es buena con estas cosas) a distintos académicos que, desde muy pronto, hicieron que mi vocación sociológica se viera reforzada y me mantuvieron en los momentos complicados durante mi licenciatura (y después). En ese sentido, no puedo sino nombrar, con especial gratitud, por orden cronológico, a María José Mateo, a Juan Mayoral, a Miguel Valles, a Luis Cortés, a Juan José Lacalle, a Alejandro Baer, a Araceli Serrano, a Matilde Fernández-Cid o a Alfonso Ortí. Mención especial merecen Miguel Ferreira y Lucila Finkel, cuyo apoyo ha ido siempre más allá de lo estrictamente profesional. Gracias, siempre.

A la Universidad Complutense de Madrid, por la beca predoctoral que me concedió en un momento especialmente complicado.

A David Castellanos y a Juan García Valiente, de quienes tanto aprendí antes de ir a la Universidad.

A Amalia, que tanto me ha apoyado y me ha animado para seguir adelante y terminar mi tesis, por su paciencia y su amistad, por alegrarme y acompañarme en este camino. Sin ti, Amalia, nada.

A Marta, amiga y colega, por su gran corazón, su eterna sonrisa y su inagotable energía, ánimo y conversación.

A mis amigas: Gemma, Loli, Nazaret, Azu, Carmen, Belén... A Sergio y a Fidel por tantas ideas peregrinas. A Pamela, Chus y Ana, porque siempre fui una más entre ellas.

A mis ahijadas y a mis pocos ahijados de Audición y Lenguaje, de Educación Infantil, y del Máster en Marketing e Investigación de Mercados, por darle sentido a mi trabajo en la Universidad de Extremadura. Mi agradecimiento nunca será suficiente. Sin duda, a ellas y a ellos les debo los mejores momentos disfrutados en ese empleo. Eso siempre irá conmigo: gracias, de corazón.

A mis alumnos y alumnas que mostraron interés por la Sociología, haciendo de mi trabajo un verdadero placer.

A Montse Díaz, Lola Gallardo, Teresa Nevado y Teresa Alzás, que fueron (y son) más que compañeras en Badajoz. Con la misma lógica, a Nacho Fernández Portero y al amable personal de conserjería, reprografía y biblioteca de la UEx (y aquí sí que correría el riesgo de olvidar algún nombre...). A los compañeros y compañeras que me apoyaron en los momentos difíciles: gracias.

A Juan García y Manuel Baelo, con los que tanto he compartido estos últimos años.

A Rosa M^a Ramos, en la Biblioteca de la Facultad de CC. Políticas y Sociología, por su permanente amabilidad frente a mis despistes y mis correos. A Amparo Ballesteros, en la Secretaría de la misma Facultad, por su paciencia y su profesionalidad. También en la Biblioteca, gracias a M^a Ángeles Sala y a Pilar Tejedor, siempre tan amables.

A mis apreciados/as colegas sociólogos/as, cuyo trabajo tanto admiro y de cuya cercanía y amabilidad siempre he tenido el privilegio de disfrutar: Elsa Santamaría, Diego Carbajo, Antonio Santos, David Muñoz e Izaskun Artegui. Igualmente, a Amparo Cano, César Santos y Patricia Agudo, por sus siempre interesantes charlas.

A todos los autores que cito en esta tesis, por compartir su sabiduría con el lector más o menos iniciado. A los traductores y a los editores que, con su trabajo, acercan este conocimiento a los demás.

A todas las personas que han colaborado, de forma absolutamente desinteresada, en la realización de este estudio concediéndome el honor de su testimonio, y a los que, por confidencialidad (y por mi torpeza cambiando sus nombres en el informe) no puedo nombrar aquí. Gracias por su amabilidad y por su disposición a ayudarme sin esperar nada a cambio. Gracias de verdad.

A los Urraco y los Solanilla dignos del apellido y a mi (extensa) familia, “sanguínea” y “política”, en general, por todas las cosas que he aprendido de y con ellos.

A Silvia, Ana, Natalia, Laura, Yolanda, Elena, Leticia, Marta, Inma, Alicia, Paula, Javier, Ángel, Basilio, Iván, Jorge, Eduardo, Ernesto y toda la gente maravillosa a la que he ido perdiendo por el camino. A Raúl, Javi y mis compañeros del Inter, por los buenos ratos compartidos. Gracias por haber estado ahí en su momento, pese a todo.

*Mariano Urraco Solanilla Romero Nieto Cendrero Ortega Pérez Pizarro
Calderón Cabello Risco Caballero Araújo Borreguero Guijarro Ruiz.
Los Manantiales - Guadalajara – Madrid – Siruela – Badajoz – Cerro Gordo –
Madrid,
finales de marzo de 2017
(menos de dos meses antes de cumplir los 35 años...).*

ÍNDICE.

RESUMEN y ABSTRACT	1
--------------------------	---

Capítulo 0. Palabras iniciales: introducción y mapa de esta tesis doctoral. ..	9
--	---

Convenciones de escritura.	25
---------------------------------	----

<u>PARTE PRIMERA. TRABAJO Y TRABAJOS: APROXIMACIONES</u>	
<u>SOCIOLÓGICAS.</u>	29

Capítulo 1. El trabajo: breviario de aclaraciones conceptuales.	31
--	----

1.1. De trabajos y empleos: la desnaturalización de una actividad específicamente humana.	31
---	----

1.2. Huellas del trabajo: pinceladas históricas en torno a una noción ambivalente.	36
--	----

Capítulo 2. La Modernidad o el lugar vertebral del trabajo.	43
--	----

2.1. Una nueva pauta social, gravitando en torno al trabajo.	43
---	----

2.2. Los Estados del Bienestar: el trabajo regulado y la singularidad española.	48
---	----

2.3. La norma social del empleo fordista: patrón procedente de un paréntesis.	50
---	----

2.4. Integración social, ciudadanía laboral y (aparente) consenso social.	57
--	----

2.5. Invisibilización y vicariedad en la sociedad del “pleno empleo”. ...	62
---	----

2.6. Linealidad e identidad: las posibilidades de una biografía controlable.	66
--	----

Capítulo 3. La posmodernidad o la evaporación de la norma social heredada.	81
3.1. Crisis de la sociedad salarial: el descentramiento del trabajo.	81
3.2. El desarrollo de una sociedad mutada definida por lo que ya no es.	91
3.3. La flexibilidad como nuevo principio rector: elogio de la fluidez. ..	98
3.4. El individuo empresario de sí mismo y el Estado <i>coach</i>	107
3.5. Inserción, activación y ciudadanos meritorios.....	120
3.6. La crisis de los Estados del Bienestar: un nuevo reparto de los riesgos (y de las culpas).	125
3.7. Modelando a los trabajadores del siglo XXI: el nómada como tipo humano.	136
3.8. Individualismo competitivo o competitividad individualista: el “sálvese quien pueda” políticamente instituido.....	144
 Capítulo 4. La era del capitalismo desembridado: nuevas formas económicas, nuevas figuras sociales.	 153
4.1. La nueva fase del capitalismo (global): la flexibilidad como paradigma.	153
4.2. Las posibilidades tecnológicas y el “fin del trabajo”: nuevas formas de producción y tendencia a la terciarización.	169
4.3. El mercado de trabajo español: contexto de segmentación/dualización.	179
4.4. Nueva norma social de empleo: del desempleo al sub-cuasi-empleo.	193
4.5. Resultado: nuevo modelo de sociedad, nuevos tipos de sujeto. .	218
 Capítulo 5. La (precaria) posición de los jóvenes en un contexto sociolaboral exclusógeno.	 231
5.1. El mercado de trabajo como medio hostil: precariedad (y juventud/es).....	231
5.2. Bloqueo transicional y dependencia familiar: de la vulnerabilidad estructural a la pobreza encubierta.	245
5.3. El/la joven como encarnación del “tipo posmoderno”: una “formación” en la frustración.	256
5.4. Hacia una identidad poslaboral: entre lo aprendido y lo vivido. .	269
5.5. Crecer en una época de trayectorias pulverizadas: el puzle biográfico.	278

**PARTE SEGUNDA. BIOGRAFÍA Y SOCIEDAD: PROPUESTA
METODOLÓGICA.**

Recordatorio de objetivos de investigación.	287
Recordatorio de objetivos de investigación.	289

Capítulo 6. Metodología: tentativas de aproximación a fenómenos sociales desde la profundidad de lo biográfico.	291
--	-----

6.1. Lo cualitativo como forma de vida: posiciones de partida en un debate relativamente estéril.	291
--	-----

6.2. Tradición cualitativa: comprensión y lenguaje: el (difícil) rol del investigador.....	300
--	-----

6.3. El enfoque biográfico en las entrevistas en profundidad: forma de aproximación metodológica para esta investigación.	308
--	-----

6.4. La entrevista en profundidad: justificación y usos de una técnica abierta a lo inesperado.	314
--	-----

6.5. El diseño cualitativo: flexibilidad, saturación y competencia(s) del investigador.....	331
---	-----

6.6. Presupuestos de análisis cualitativo: la omnipresente artesanía y la síntesis micro-macro.	334
--	-----

6.7. Objetivos de investigación y propuesta de metodología para esta tesis doctoral.	340
---	-----

PARTE TERCERA. GENERACIONES EN TORNO A LA CRISIS: INFORME DE RESULTADOS......

Nota sobre citación de extractos de entrevistas.	357
Nota sobre citación de extractos de entrevistas.	359

Capítulo 7. Formación: una acumulación ¿de nada? "a cualquier coste".	361
--	-----

7.1. La formación universitaria: experiencia, base, punto de partida y cruce: entre la utilidad y la incertidumbre.	361
--	-----

7.2. Perspectivas de futuro durante la carrera: la realidad y el deseo.	370
--	-----

7.3. El discurso meritocrático y el día a día contable: pese a todo, la ilusión.....	376
--	-----

7.4. ¿Sobrecualificación? La roca de Sísifo y el <i>life-long learning</i>	385
--	-----

Capítulo 8. El mercado de trabajo para los jóvenes titulados universitarios extremeños: el funcionariado o la nada. 391

- 8.1. Diferenciarse y sobrevivir: la adaptación al medio y la lucha sin cuartel. 391
- 8.2. La oposición: entre el sino vocacional y la única oportunidad. ... 399
- 8.3. Emprendimiento: ¿una posibilidad viable? 407
- 8.4. Experiencias laborales: irregularidad de los ingresos y bloqueo transicional. 409
- 8.5. La importancia del trabajo en la vida de los jóvenes: ilusión y utilidad. 420

Capítulo 9. Extremadura (España): ¿tierra de oportunidades o tierra prometida?..... 427

- 9.1. La crisis y los jóvenes: dentro, fuera. 427
- 9.2. Posibilidades (I): quedándose (arraigo y opciones de arraigar). 433
- 9.3. Posibilidades (II): marchándose (emigración: planes para ir y volver). 437
- 9.4. Extremadura, España y sus jóvenes: la ineficaz gestión del problema juvenil. 445

Capítulo 10. Nacidos en momentos diferentes: el contraste intergeneracional: el esfuerzo y la (mala) suerte. 453

- 10.1. "Currantes de toda la vida": la imponente presencia de *los mayores* desde la perspectiva de los jóvenes..... 453
- 10.2. Vivir de/con los padres: solidaridades y "deudas"..... 465

Capítulo 11. Generación zaleada: la frustración incipiente y la ilusión forzada. 473

- 11.1. Porque no somos como los demás: rasgos y características de la *generación de la crisis*. 473
- 11.2. ¿Por qué no somos como los demás?: el tabú de la frustración y la eterna ilusión. 487
- 11.3. Días hasta aquí... y futuro por delante: la incierta *trayectoria*. . 493
- 11.4. Todavía la noción de *carrera*: síntesis de una generación "saqueada". 504

PARTE CUARTA. RETROSPECTIVA DE HALLAZGOS: TENTATIVA DE CONCLUSIONES 511

Capítulo 12. Extremadura, 2017: dinámicas transicionales de jóvenes titulados universitarios. 513

12.1. Títulos y más títulos: entre la “estación fantasma” y la forzada inversión ilusionada. 513

12.2. Precariedad laboral (en sentido amplio): cuasiempleos... y ni siquiera..... 527

12.3. Juventud (una entre tantas): noticia e indicios de una *generación*. 543

Capítulo 13. Cruce y futuro: conclusiones (poslineales) en una época de incertidumbre. 559

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 571

Nota sobre el formato de las referencias bibliográficas..... 573

Listado de referencias bibliográficas..... 575

RESUMEN

Esta tesis doctoral supone, en primer lugar, una revisión histórica sobre el papel que ha jugado el trabajo en el proceso de construcción de una pauta social que hoy, supuestamente, estaría en vías de extinción debido a las profundas transformaciones experimentadas durante las últimas décadas en el ámbito laboral. Así, durante la Modernidad, el trabajo ocupó el lugar central como vertebrador del orden social y, correspondientemente, el sujeto trabajador (un tipo concreto de trabajador) se constituyó como figura de referencia a todos los niveles. Se configuraron, entonces, las denominadas “sociedades salariales”, actuando el trabajo (en su variante de empleo) como eje en torno al cual se organizó y desarrolló una auténtica “ciudadanía laboral”, que tuvo en el auge de los Estados del Bienestar de la época de posguerra su momento álgido (pauta fordista-keynesiana). En la posmodernidad, por el contrario, el trabajo habría sufrido un progresivo proceso de “descentramiento”, que va paralelo a las modificaciones introducidas por el desarrollo de una nueva era del capitalismo, global e informacional, que hace de la flexibilidad, bajo todas sus formas, su dogma. Para adaptarse a un novedoso contexto competitivo (auge tecnológico, posibilidades de deslocalización y subcontratación, tendencia a la terciarización, etc.), se implementan toda una serie de medidas orientadas a la “flexibilización” del mercado de trabajo, que socavan las bases de los principios rectores de aquellas sociedades “laborales”. Se da, por lo tanto, un intenso proceso de cambio en los modos de producción, uno de cuyos efectos es el surgimiento de nuevas figuras laborales, que presentan, en comparación con el obrero *estándar* de la pauta fordista, otro tipo de relaciones con respecto al trabajo. La creciente generalización de estos nuevos tipos de trabajador, que normaliza condiciones en otro momento consideradas “atípicas”, favorece la proliferación de nuevas formas de construcción identitaria, que tienen en la “precariedad” su rasgo más destacado. Todas estas dinámicas de transformación tendrán un efecto especialmente intenso entre aquellos sujetos que, como los jóvenes, ocupasen una posición de partida relativamente inestable con respecto al mercado de

trabajo, por hallarse fuera de él (o por no estar todavía firmemente integrados en el mismo) en el momento en que las tendencias de crisis se habrían agudizado, especialmente, como defenderemos, a partir de 2008.

Más allá de estas alteraciones en la esfera laboral, se asiste a una honda crisis a nivel “social”, que se constata en la aparición de nuevos modelos de ciudadanía, derivados de esa irregular relación con el mercado de trabajo. Esta *metamorfosis* sociolaboral, que habría de significar el fin de las sociedades “del trabajo”, implica también una crisis de las instituciones, siendo especialmente intensa, por sus efectos sobre los ciudadanos, la crisis del Estado del Bienestar, que se ve progresivamente “vaciado” de sus originales funciones redistributivas de la riqueza, quedando limitado a una función asistencial. Se realiza, con ello, un nuevo reparto de las responsabilidades entre Estado y ciudadanos, desarrollándose un discurso que, articulado en torno a nociones como “activación” o “empleabilidad”, sitúa a los individuos ante la obligación de buscar su propio autoaseguramiento. Una de las vías para lograr esa posición de estabilidad, según se reitera, será la *formación*, convertida en mantra y leitmotiv de todo un relato, especialmente orientado a los jóvenes, que remitirá recurrentemente a la acumulación de todo tipo de “competencias”, en una dinámica, no en vano, esencialmente *competitiva*.

Centrándose particularmente en los jóvenes (extremeños y extremeñas, en este caso), este trabajo tiene como objetivo principal llevar a cabo un análisis de la manera en que los cambios acaecidos en el mercado de trabajo español han incidido sobre los procesos de transición juvenil a la “vida adulta”. En el cambio de norma social descrito en el recorrido histórico previo se habría producido, igualmente, una quiebra de los patrones transicionales clásicos (lineales, estables, predecibles), como consecuencia de la crisis del modelo social anterior. Los jóvenes actuales, se suele indicar en la literatura al uso, estarían desplegando trayectorias crecientemente erráticas, bloqueadas y retrasadas desde su origen, como consecuencia de la precaria situación que tienen con respecto al mercado de trabajo. Esta precariedad habría de traducirse en un ajuste entre las expectativas desarrolladas por estos jóvenes y la realidad de bloqueo transicional que experimentan. Analizar el modo en que se produce este “ajuste”, las configuraciones identitarias que se estructuran en torno a la nueva relación con el trabajo, y la propia conceptualización que

hacen los jóvenes de dicha noción de trabajo son, asimismo, objetivos de este estudio.

En línea con lo anterior, se pretende, también, determinar hasta qué punto la actual/reciente crisis económica podría ser interpretada como un punto de inflexión a nivel generacional, es decir, si puede hablarse de una “generación de la crisis” con rasgos característicos propios y diferentes a los de las generaciones anteriores a dicho acontecimiento *crítico* (y, en tal, caso, perfilar dichos rasgos y analizar la manera en que la crisis ha actuado sobre las formas de vida de estos jóvenes). Por otra parte, se quiere precisar, con esta investigación, el papel jugado por las familias en los procesos de transición de estos jóvenes contemporáneos, así como el grado en que cabe hablar de una pervivencia o de una superación de los esquemas transicionales propios de la anterior pauta societaria.

Para tratar de dar respuesta a estos interrogantes se desarrolla una investigación cualitativa, basada en entrevistas en profundidad de corte biográfico. El estudio se centra en jóvenes titulados/as universitarios/as extremeños/as, diferenciados en virtud de distintas variables (género, hábitat, clase social de origen, rama de estudios...), y llega a una serie de resultados que apoyan la posibilidad de postular la existencia de una nueva generación, en términos mannheimianos, a partir de la vivencia compartida de la crisis desarrollada desde 2008. Esta conclusión general obedece a la constatación, en sus testimonios, de la presencia de un conjunto de patrones que parecen introducir diferencias con respecto a los observados para otros grupos de jóvenes en otros momentos históricos. Así, se da entre estos jóvenes una particular manera de gestionar la frustración, elemento que podría indicar el triunfo de todos los discursos orientados a la psicologización de los conflictos laborales. Buena parte de las cualidades normalmente atribuidas al tipo ideal de trabajador posmoderno (flexibilidad, polivalencia, sumisión, movilidad, etc.) se hallan en los relatos de los jóvenes entrevistados, presentándose en grados cercanos a la naturalización acrítica. Una fe estratégicamente naíf en una solución “a futuro” de todos los problemas del presente, combinada con un exacerbado *pensamiento positivo* y una inusitada creencia en la importancia del azar, permite a estos jóvenes sobrellevar la situación actual, que es, en muchos casos, de acentuada precariedad laboral, lo que deriva en un absoluto

bloqueo y en una dependencia casi total con respecto a sus padres. El auge de un discurso competitivo (e individualista, por definición), que tiene en la formación su escenario original y en el mercado de trabajo su *arena* preferente, remite a la intimidad personal (familiar) todos los conflictos que otras generaciones pudieron haber trasladado al ámbito social, económico, político. El proceso de ajuste, de *asimilación*, de todos los cambios provocados por la situación de crisis dibujaría los contornos de esta nueva generación que, negándose a sentirse frustrada, ha perdido la visión de futuro y ha adoptado una perspectiva de absoluto bloqueo en la que no parecen ser capaces de realizar una integración del pasado (las expectativas, la socialización, la comparación con las generaciones previas), el presente (la dependencia familiar, la precariedad a todos los niveles) y el futuro (incierto, imprevisible, incontrolable), resultando, en definitiva, una generación que se siente atrapada, maltratada, olvidada, zaleada.

ABSTRACT

This PhD dissertation is, on the one hand, an historical review about the role played by labour in the process of establishing a social structure. Nowadays, such influence can become extinct due to the deep transformations experienced during the last decades in the workplace. Thus, during Modern Ages, labour fortified social order and, consequently, workers were reference figures at all levels. Then, the so-called “wage societies” were formed and the prototype of a “labour citizenship” was developed around labour. Such citizenship reached its highest point when the Welfare States of the postwar period (“Keynesian-Fordist” model of regulation) emerged. Later, in postmodernism, on the contrary, labour suffered a progressive process of “decentralization” combined with the development of a new capitalism, which was global, informational and, above all, flexible. In order to be able to adapt to a new competitive context (rise of technology, subcontracting possibilities, etc.) many measures —whose aim was the “flexibilization” of labour— were implemented. As a result, an intense process of change in the means of production took place and one of the most outstanding effects was the rise of new labour figures, which would lead to different types of relationships in relation to labour. These new types of workers and their expansion benefited the proliferation of new identities characterized by the precarious conditions in which they had to labour. All these changes have had an intense effect among those who held a relatively unstable initial position given that they were not totally integrated into it in a time of crisis, specially, from 2008 onwards, as it will be explained in this dissertation.

Besides these changes in the workplace, current societies have experienced a deep social crisis which can be noticed in new models of citizenship derived from the existing irregular relationship around labour. These social and labour transformations have led to an institutional crisis affecting primarily the Welfare State and, subsequently, citizens. This new Welfare State model has been progressively stripped of its original functions —i.e. wealth distributions— and it has been limited to a welfare function. As a result, a new

distribution of responsibilities between the government and the citizens has been established. This new situation —along with new notions such as “activation” or “employability”— has forced people to look for their own self-insurance. Education will be one of the ways through which they can reach a more stable position. Therefore, young people will resort to all types of skills acquired in order to compete in an especially competitive environment.

This PhD dissertation aims —as general objective— to analyse the transition from youth into adulthood in people from Extremadura, since it is thought that they are currently following wrong paths, blocked from the beginning, as a result of their precarious working conditions. We think that this situation can be sorted out by finding the right balance between their expectations and reality. For this reason, we also aim to analyse as specific objectives how that adjustment can be made, how their identities are structured in relation to labour and the notion young people have about labour in such region.

The above-mentioned objectives will help us to determine to what extent the current crisis has changed today’s generations, i.e. we will try to conclude whether this generation is developing different features compared to previous generations who suffered the effects of a similar crisis in the past. In addition, the role played by entire families during such transition process will be analysed in order to clarify whether we should deal with terms such as *survival* or *overcoming*.

All these matters will be answered through a qualitative research based on biographical interview questions. This study is focused on people from Extremadura holding a bachelor’s degree who will be categorized according to different variables (gender, environment, social class of origin, academic discipline...). Results allow us to refer to the existence of a new generation since the origins of the current crisis in 2008. Such results are based on the presence of certain patterns that differ from others found in other groups of young people from other periods. Thus, according to our findings, current young people manage frustration in a different way, which could explain the “psychologization” process developed to solve conflicts at work. Survey results also show that there is a lack of self-criticism among the people interviewed, who define themselves as the ideal postmodern workers (flexible, versatile,

submissive, etc.). It seems they have a strategically naïve faith in order to solve their current problems, combined with an excessive positive thinking and an unusual belief in fate. All this, allows young people to tolerate the current situation, which in many cases is associated with precarious working conditions. Besides, this situation sometimes leads them to an absolute block (even a mental block) and makes them depend on their parents. The rise of a competitive — and individualist— environment seems to have an effect on their lives (affecting to their families), whereas other generations took their conflicts to the social, economic and political sphere. Their adaptability to this situation caused by the crisis will define this new generation, which has been characterized by both their rejection to feel frustrated and the loss of their forward-looking approach. In short, young people feel blocked and they seem unable to integrate themselves into the past, the present and the future. They feel their lives have been mistreated and forgotten, besides being at a standstill.

CAPÍTULO 0.

Palabras iniciales: introducción y mapa de esta tesis doctoral.

“El trabajo no es lo que era”. Así titula Imanol Zubero uno de los epígrafes de un artículo publicado en 2006 (p. 18), es decir, antes de la crisis que hiciera que, efectivamente, el trabajo dejara de ser lo que algún día, según parece, fue. El trabajo *ya* no es como *antes*, y en la indeterminación se esconde una comparativa tan sesgada como tendenciosa. Y, sin embargo, el trabajo sigue siendo *lo que era*, en tanto que permanece como principal dispositivo de religación social, amén de como elemento fundamental en la integración social de los individuos, en la construcción de sus propias identidades, en el establecimiento de sus posiciones y garantías ciudadanas. Conceptualizado como medio para acceder a la esfera del consumo (en sentido amplio) o como fin en sí mismo, la importancia para los sujetos del hecho laboral (verdadero *hecho social total*) sigue siendo fundamental en una sociedad que se pretende *poslaboral*. En otro tiempo, una pauta laboral basada en el pleno empleo, en la seguridad, en la estabilidad, en la previsibilidad, en suma, de unas carreras esencialmente lineales, permitía construir unas biografías igualmente predecibles y estables. Hoy, ocupando el trabajo la misma posición preponderante en la construcción biográfica, formas precarias (o, directamente, inexistentes) de relación con el ámbito laboral constituirán trayectorias caracterizadas por la precariedad, rasgo que se extiende al conjunto de la vida del individuo, ejerciendo un influjo inevitable sobre su propia *subjetividad*, que queda sujeta a unas pautas esencialmente inciertas, provisionales, imprevisibles.

Así, el objetivo principal de esta tesis doctoral consistirá en aproximarse a la comprensión del modo en que los cambios en el mercado de trabajo español (vale decir: el proceso general de precarización -que se esconde bajo la formulación de *flexibilización*- de las últimas décadas) han afectado a las vivencias transicionales de los jóvenes (extremeños, en este caso) y a la

manera en que conceptualizan el trabajo y valoran sus condiciones. A partir de este objetivo general se desgajan una serie de interrogantes a los que también pretendemos dar respuesta a lo largo de este trabajo, como pudiera ser la determinación del grado en que cabría considerar la última crisis económica como punto de ruptura generacional, que habría dado lugar a una generación “de la crisis” cuyos rasgos característicos trataríamos de identificar. En la misma línea, nos proponemos indagar en la manera en que las actuales condiciones de precariedad laboral, que tienden a generalizarse entre segmentos poblacionales como “los jóvenes” (noción que inmediatamente problematizaremos), inciden a nivel “íntimo”, sobre los procesos de configuración identitaria, que derivarían en formas igualmente precarizadas de identidad laboral o vital en su conjunto. Reconociendo la importancia crucial de la institución familiar en un modelo de sociedad como el español (régimen familista), analizaremos también el papel que juega la familia en estos procesos transicionales, cuyos patrones tradicionales, en cuanto a validez y vigencia actual de los mismos, son puestos a prueba a la luz de los relatos que recabaremos en nuestro trabajo de campo.

El trabajo no es lo que era, pero sigue ocupando la misma posición, absolutamente central, en la biografía de los individuos, sujetos a la necesidad ineludible de vincularse con esta esfera laboral para, a través de ella, integrarse en la sociedad. Del mismo modo, las transiciones juveniles, que se asientan sobre las condiciones cambiantes de dicho trabajo, sobre unas relaciones laborales en continuo proceso de mutación, tampoco pueden permanecer inmutables (o indemnes) ante el profundo cambio que se ha experimentado en el mundo del trabajo a lo largo de las últimas décadas. Y, pese a todo, la carrera laboral lineal sigue ahí, como también pervive el patrón transicional de fases que se suceden fluidamente. Permanece la linealidad tanto en el imaginario de *muchos* como en la realidad práctica de *algunos* (cada vez menos) individuos. Trabajo y transición (transición *por* el trabajo), con la juventud como agente y paciente, serán los dos elementos que, a través de una mirada histórica que se oriente al futuro de la sociedad, sustenten nuestra obra.

La presente tesis doctoral se estructura en cuatro *partes*, que se extienden a lo largo de un total de trece capítulos posteriores a esta primera introducción, que ha de servir de guía para el desarrollo de los distintos temas que se abordan en cada punto.

La **Parte Primera** (capítulos del 1 al 5) consiste en una revisión de la literatura en torno a la noción del trabajo y al papel que éste ha jugado en los procesos de configuración de las sociedades contemporáneas (y de las figuras sociales resultantes). Se lleva a cabo, igualmente, un análisis relativamente minucioso de los procesos de cambio experimentados por estas sociedades (concretando específicamente en el caso español), que se integrarían en una línea de transformación propiciada por el desarrollo de nueva fase en la *evolución* del sistema capitalista. En ese sentido, se analizan los efectos que dichas alteraciones habrían tenido en el surgimiento de *nuevas* figuras (*tipos*) en el ámbito laboral y, por extensión, en un modelo de sociedad en el que, teóricamente, el trabajo habría perdido la centralidad que tuviese en el pasado.

El trabajo, como concepto absolutamente central de la construcción social (pasada, presente y, argüiremos, futura), merece una primera *mirada* en el capítulo 1 de esta tesis, que, a modo casi de breve *glosario*, intenta *descubrir* algunos de los significados que se atribuyen (y otros que se intentan *velar*) a esta actividad humana. Se realiza, en ese sentido, un escueto recorrido histórico en torno a la noción de trabajo, con la intención de mostrar (y problematizar) algunos de los *sedimentos* simbólicos sobre los que se asentará este principio organizativo de las sociedades modernas (y posmodernas). En dicho recorrido, tendremos ocasión de revisar las ambivalencias que han acompañado hasta nuestros días al ser humano en su relación con el trabajo, que se ha presentado alternativa e, incluso, simultáneamente, como castigo o como bendición, como obligación y fuente de quebrantos o como elemento de realización personal y *felicidad*.

Esas ambivalencias arrastradas por la noción y la visión del trabajo, no serán óbice para que éste se constituya en el pilar vertebrador de las sociedades modernas, que pueden caracterizarse, de hecho, como *sociedades*

del trabajo (o salariales, laborales, etc.), a las que se dedica el capítulo 2. Esta centralidad del valor trabajo se refiere tanto a su posición en el proyecto de sociedad como en lo que hace a la posición preeminente que, en dicha sociedad, adquiere el sujeto trabajador. Para este sujeto trabajador, en su vida personal y familiar, el trabajo también ocupará un lugar absolutamente decisivo, por cuanto supone su medio para lograr el *reconocimiento* social, su integración (y, vicariamente, la de los demás miembros de la familia, invisibilizados –y subordinados- en este modelo de sociedad). Se lleva a cabo, en este capítulo, una descripción de los principales rasgos característicos de estas sociedades, entendidas como “proyecto social total”, proyecto en el que el trabajo aparece como clave de bóveda. La concreción histórica de este modelo, de esta *pauta social*, alcanzará su punto álgido en el período comprendido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la crisis de finales del siglo XX. Durante ese “paréntesis” histórico se asiste al desarrollo de los Estados del Bienestar de corte keynesiano (desarrollo que va de la mano de la ciudadanía laboral y del consenso fordístico, que habría de superar la lucha de clases para dar respuesta a la *cuestión social* de posguerra). Se trata de un Estado cuya actividad se orienta a la redistribución de la riqueza, dando forma y ordenando un contexto en el que la economía está bajo el control de las instituciones políticas. La singularidad del desarrollo histórico de estos procesos en España tendrá, igualmente, influencia en la configuración posterior del mercado de trabajo español. Se asiste, asimismo, en esa época, al asentamiento en el imaginario colectivo de toda una serie de patrones y figuras vinculados al mundo del trabajo (y de la organización laboral) que actuarán como referentes comparativos en las décadas posteriores, llegando hasta la actualidad, desde la definición del “buen empleo” (con la estabilidad como valor fundamental) hasta la linealidad biográfica articulada en torno a la noción de *carrera* (con su correlativo discurso meritocrático y de movilidad social a través de la educación).

El capítulo 3 da cuenta del proceso de quiebra de esas sociedades basadas en el hecho salarial. El trabajo, otrora principio rector del funcionamiento social y elemento principal en la construcción identitaria del individuo, sufre una pérdida de centralidad, tanto en lo que se refiere a su conceptualización por parte de los individuos (que pasarían a basar su

reconocimiento social en otras cuestiones, como el consumo, desarrollando así incipientes actitudes instrumentales hacia el trabajo) como en lo que hace a su capacidad para dotar al sujeto de un estatuto de ciudadanía. Se observa el surgimiento de una nueva sociedad, de caracterización incierta, como denota uno de sus nombres recurrentes: posmoderna, es decir, posterior a la nombrada como “moderna”, cuyos rasgos y principios se mantienen como estándar comparativo. En esta nueva sociedad, la flexibilidad opera como principio y vector catártico en la transformación de los sólidos cimientos institucionales sobre los que se asentase la Modernidad. En ese sentido, los Estados del Bienestar sufren una profunda transformación, que les lleva a cambiar su *enfoque*, renunciando a desarrollar políticas redistributivas y pasando a ocupar una posición más neutra, estableciendo una nueva relación con los individuos, a los que ya no se sienten en el deber (moral, incluso) de asistir más allá de darles la posibilidad para que sean ellos mismos quienes se “autoaseguren” (del Estado redistributivo al Estado *tutor*). Se desarrollan, así, toda una serie de dispositivos bajo la égida de la “activación”, orientados, en el ámbito del trabajo, al fomento de la “empleabilidad” de los individuos, que son ahora presentados como responsables (y culpables) de su destino laboral. Estos sujetos, dejados a su suerte (a su competencia) por parte del Estado, tendrán que integrar en su normalidad las demandas implantadas por el *dictum* de la flexibilidad, generándose un nuevo tipo de trabajador que deviene, en suma, nuevo tipo humano para este contexto de crisis del modelo (la pauta) social anterior. Se revisan, en ese sentido, los rasgos de este tipo humano, esencialmente competitivo, replegado en sí mismo (egoísta o egocéntrico, por obligación adaptativa), que, remitido continuamente a su propia individualidad, rechazará cualquier posibilidad de acción colectiva y buscará salidas *personales* a los problemas que se le presentan, problemas para los que el Estado y *la sociedad* le han preparado (vía formación en *competencias*).

En el capítulo 4 se revisan los rasgos fundamentales de la última fase de desarrollo del capitalismo, global o informacional. Entre dichos rasgos estaría la entronización de la movilidad, acorde al principio de *flexibilidad* constituido en clave de bóveda de la nueva construcción social, mantra de los nuevos tiempos, a la base, como se indicó con anterioridad, de un conjunto de hondas transformaciones en el mercado de trabajo. Entre dichos cambios,

supuestamente encaminados a satisfacer a una demanda crecientemente diferenciada y *liberada* en términos espaciotemporales como efecto de la globalización, encontramos el desarrollo de nuevas formas de gestión de la mano de obra, posibilitados, asimismo, por los propios cambios en el ámbito de la tecnología. La estrategia de flexibilización se orientaría, por lo tanto, a mejorar la competitividad empresarial en un contexto globalizado. Se supone que de la mano de dicho aumento de la competitividad vendrá el progreso social. En aras de lograr esa mayor competitividad, los Estados desarrollarán toda una serie de reformas legislativas orientadas a eliminar cualquier eventual “rigidez” que se interpusiera en el camino de las empresas. Se asiste, con ello, a un intenso proceso de “neorregulación” de las relaciones laborales, que revisamos con cierto detenimiento en este capítulo, en el marco de una más amplia “ofensiva neoliberal”. El papel de los jóvenes, como “coartada” (se postula que las reformas habrían de actuar en su beneficio) y como receptores principales de estas reformas (habida cuenta del particular carácter segmentado del mercado de trabajo español) es también analizado en nuestra exposición, que nos lleva a las situaciones de creciente precariedad que experimenta la población en general y, con especial intensidad, algunos colectivos concretos, entre los que suelen hallarse los jóvenes (dentro de los necesarios matices que implica el manejo de una etiqueta tan homogeneizadora como “juventud”), tradicionales *outsiders* de un mercado de trabajo que tiende a situarlos, frecuentemente en situaciones de temporalidad y precariedad, en posiciones de baja cualificación (“lumpen-empleos”) en segmentos periféricos y secundarios del sistema productivo. Se revisa, en ese sentido, la relación entre precariedad (concepto que es discutido en su multidimensionalidad) y vulnerabilidad social, como amenaza real para multitud de jóvenes que, atrapados en dinámicas de precariedad laboral recurrente, viven situaciones de pobreza encubierta por debajo del respaldo familiar.

Con una descripción de los elementos característicos habitualmente identificados en los “empleos juveniles” se inicia el capítulo 5, que se dedica a revisar dichos rasgos, como profundización (o anticipación de cara al futuro) de las tendencias precarizadoras descritas en capítulos precedentes. Más allá del desempleo, la incertidumbre emerge como principal aspecto definitorio de la situación para multitud de jóvenes, incluso para aquellos que han alcanzado

elevados niveles formativos (en lo que sería una ruptura del *pacto* tácito vigente durante décadas). A la luz de la pauta estándar de empleo propia de épocas anteriores se valoran las condiciones de precariedad de los empleos actualmente desarrollados por los jóvenes, que resultan *cuasiempleos*, “ficciones laborales” que adoptan diversas formas, normalizando lo atípico con nostalgia de un tiempo pasado en el que la estabilidad y la seguridad laborales permitían al individuo una planificación de su vida y de su trayectoria a largo plazo. Estas formas precarias de empleo generan, asimismo, nuevas formas identitarias, igualmente precarias, fluctuantes e inseguras, a diferencia de las sólidas identidades del pasado, construidas a partir de estables y lineales *carreras* laborales. La posibilidad de que los jóvenes desarrollen carreras laborales en las que las condiciones de incertidumbre y precariedad (la incertidumbre como rasgo clave de dicha precariedad) se prolonguen en el tiempo (“trampa”, más que “puente”) supone un bloqueo para sus transiciones a la vida adulta, a la ciudadanía *plena*, así como un obstáculo para cualquier intento de previsión o planificación del futuro. En todo este bloqueo (la juventud como *estado*) se constata una prolongación (y, quizás, una profundización) de la dependencia con respecto a sus familias de origen, al tiempo que se retrasa su emancipación (y todos los fenómenos tradicionalmente asociados con ésta). La dependencia alcanza niveles muy elevados para unos jóvenes que, en ocasiones, se encuentran en posiciones de acentuado riesgo de exclusión social, en el marco de una sociedad (exclusógena) tendente a la dualización/polarización.

En este último capítulo de la Parte Primera de la tesis, se plantea la posibilidad de que el joven *encarne* al nuevo tipo humano posmoderno, producto de las tendencias de cambio desarrolladas bajo la égida de la flexibilidad, pero socializado todavía de acuerdo con las premisas y las expectativas propias de otro modelo de sociedad. Exacerbación del corto plazo, elogio de la velocidad y del hedonismo, demanda permanente a la adaptabilidad y al cambio, o pulsión competitiva serían algunos de los rasgos de este *homo novus* de la era poslaboral, de la “sociedad de consumidores”. Se trataría, así, de una generación caracterizada, en suma, por hallarse sumida en un proceso interminable de reconstrucción, de reinvención, por haber

renunciado, por voluntad propia o por imposición del contexto, a cualquier posibilidad de arraigar, de *estabilizarse*.

Las decisiones estratégicas adoptadas en el aspecto metodológico, así como la fundamentación teórica de dichas decisiones, se presentan en un único capítulo, el número 6, extraordinariamente extenso en comparación con el resto de capítulos de esta tesis doctoral. Este capítulo, que compone por sí mismo la **Parte Segunda** de la tesis, pretende explicitar el origen de la metodología (*método*, etimológicamente, como “camino”) que desarrolla la presente investigación. Así, se inicia la exposición con una defensa de la *utilidad* del enfoque cualitativo para aproximarse al estudio de los fenómenos y procesos vinculados con la juventud y con el trabajo. Se toma, por lo tanto, posición en una serie de debates *clásicos* en torno a estos aspectos metodológicos, con la intención de mostrar los postulados de partida sobre los que se asienta, en esta cuestión crucial, el trabajo desarrollado (para entender las *respuestas*, hay que conocer el origen, la motivación, de las *preguntas*). En un posicionamiento relativamente próximo a los enfoques *poslineales*, se discute la potencialidad de la perspectiva biográfica, dentro del enfoque cualitativo general, para abordar un contexto caracterizado, en nuestros días, por la indeterminación y la falta de firmes fronteras entre las distintas categorías vinculadas a los procesos de transición juvenil. De este modo, se justifica, con una revisión relativamente detallada de las técnicas disponibles y de los procedimientos a desarrollar, la propuesta metodológica seguida para llevar a cabo esta investigación, sustentada en entrevistas en profundidad de corte biográfico. En todo este ejercicio, se trata de *problematizar* la posición adoptada por el investigador, dejando constancia del conjunto de decisiones que se han tomado a lo largo de este proceso de investigación. Tras esta justificación (*defensa*) del enfoque cualitativo (y, dentro de éste, de la perspectiva biográfica), se plantean los objetivos de esta tesis doctoral y se señala la forma en que dichos fines se han plasmado en un diseño concreto y, después, en un trabajo de campo cuyo desarrollo también queda aquí resumido.

En la **Parte Tercera** (capítulos 7 a 11) se ofrece una recopilación de resultados del trabajo de campo original llevado a cabo en esta tesis doctoral. A partir de una serie de ítems (*topics*) fundamentales, se perfila la posición de los jóvenes entrevistados con respecto a elementos que habrían de jugar un papel esencial en sus procesos de transición, como pudieran ser la formación (capítulo 7), las imágenes que manejan y su relación particular con el mercado de trabajo (capítulo 8), el contexto general de oportunidades y restricciones a que se enfrentan (capítulo 9), o la institución familiar y sus estrategias de apoyo (capítulo 10). Al final, esta revisión nos permitirá perfilar, siquiera de un modo tentativo, provisional, una serie de rasgos que podrían definir a una nueva *generación* brotada de la vivencia de la crisis (capítulo 11).

El capítulo 7, por lo tanto, revisa las posiciones discursivas de los jóvenes entrevistados en relación al universo formativo. En línea con las premisas propias de los enfoques actuales (*life-long learning*, discurso de las competencias, etc.), estos jóvenes se declaran consumidores (“compulsivos”, en ocasiones) de todo tipo de productivos formativos (másteres, cursos de especialización, doctorados incluso), en un afán de acumulación de unas credenciales que, esperan, les serán de utilidad en algún momento de un futuro por lo demás difuso e indeterminado. En un contexto de escasez de oportunidades laborales, los jóvenes tendrán en la formación un medio para calmar sus frustraciones (entienden que todavía carecen de “lo necesario” para conseguir un trabajo o, simplemente, utilizan la formación para sentir que están haciendo algo “útil”), así como una “excusa” perfecta para prolongar su situación de dependencia con respecto a sus padres. Pese a constatar la insuficiencia de la formación (minusvalorada, por ejemplo, en relación a la experiencia, a la *práctica*), pese a sentirse decepcionados con el sistema educativo (simbolizado a través de la Universidad), siguen insertos en lógicas de acopio de diplomas y títulos, que muchas veces creen que no van a poder rentabilizar en el mercado laboral. Se revisa, en ese sentido, esta aparente contradicción, que se ve agudizada cuando se aprecia una crisis total del discurso meritocrático en su representación de un mercado de trabajo que, en su opinión, se rige más por “enchufes” que por “saberes”. Obviamente, las

posibilidades formativas de los sujetos dependerán, en buena medida, de su posición social de origen, por lo que el relato será diferente en función de la clase social a que pertenezca el (potencialmente eterno) estudiante. La lógica competitiva que impregna el total de la vida social subyace a esta “pulsión” formativa, introduciendo en la dinámica sobreformativa, con grados variables de resignación o entusiasmo, a multitud de jóvenes que, si tuvieran posibilidades laborales viables, no intentarían aumentar su cartera de titulaciones.

Comoquiera que todo ese recorrido en el sistema formativo se orienta a unos fines laborales, las dinámicas de competitividad que subyacen al proceso de acumulación de credenciales educativas se desarrollarán, y profundizarán, en el mercado de trabajo, al que nos referimos, para describir y analizar las experiencias de nuestros informantes, en el capítulo 8. En este capítulo se contrastan los relatos de los entrevistados con los discursos en auge en torno al paradigma de la activación (empleabilidad, emprendimiento, diferenciación...), al tiempo que se analiza, en el marco de un proceso general de psicologización, el grado de asimilación de dichos discursos, la naturalización de las condiciones del mercado de trabajo o la aceptación del discurso acerca de la (*necesaria*) empresarialización de sí mismo por parte del trabajador. En ese sentido, se percibe una asunción de las exhortaciones hacia la *movilidad*, bajo todas sus formas, que es tomada como parte de una estrategia (competitiva, por supuesto) que habría de permitir al sujeto acceder al mercado de trabajo y, a partir de él, a una independencia económica que le habría de permitir desarrollar su proyecto vital, ahora bloqueado en multitud de casos. Aparte de su carácter puramente instrumental, el trabajo presenta un marcado componente *expresivo* (casi “místico”) en el relato de nuestros informantes, que contrasta con las escasas posibilidades que creen tener para desarrollar su *vocación*. En el escenario laboral extremeño, los jóvenes entrevistados consideran que las posibilidades son muy reducidas, quedando limitadas, en lo que a empleos “de calidad” se refiere, a conseguir una plaza de funcionario, proceso en el cual se hallan inmersos (o han estado inmersos en el pasado) buena parte de ellos. Fuera de ese ámbito público, los trabajos se caracterizarían por la precariedad y la informalidad, en la que muchos de estos jóvenes tienen ya un largo recorrido (que no queda reflejado en su vida laboral

oficial). Sin embargo, estas condiciones de precariedad son asumidas con total normalidad (ya ni siquiera resignación) por parte de unos jóvenes que consideran que la crisis ha servido de “coartada” perfecta para una profundización del proceso de precarización de las condiciones de trabajo. Rechazando mayoritariamente la idea del emprendimiento, para muchos la emigración aparece como única *salida* para desarrollar una carrera profesional acorde a su cualificación.

Estos dos últimos elementos, crisis y emigración, aparecen relacionados en el capítulo 9, en el que se revisa la visión que tienen los informantes sobre las oportunidades que les brinda su región (Extremadura) y, en general, el mercado de trabajo español. El contexto de crisis, percibido como algo sobrevenido de improviso, estaría dificultando (retrasando, postergando) la transición de los jóvenes del sistema formativo al mercado laboral, siendo este retraso en la incorporación plena al mercado de trabajo el principal efecto que, en las narrativas de los entrevistados, habría tenido la crisis desarrollada a partir de 2008. Ante esta situación de *bloqueo* laboral, que deviene bloqueo transicional, dos son las opciones que se les presentan a los titulados universitarios extremeños: quedarse en la región o emigrar. Se analizan los significados vinculados a ambas alternativas en el discurso de los informantes, discurso que tiende a descansar sobre una concepción *ruralista* de Extremadura en su conjunto, como un lugar que, por el propio desarrollo de su sistema productivo y por el carácter tradicionalista que se le atribuye a su población, ofrece pocas oportunidades de desarrollo profesional. Ante esta dificultad de desplegar una *carrera* en su región, muchos son los jóvenes que se manifiestan dispuestos a emigrar, si bien los matices que introducen en su discurso (amén de la propia desconfianza que muestran con respecto al discurso pro movilidad tan en boga en nuestros días) podrían llevarnos a pensar que esa afirmación es más un *eslogan* socialmente instituido que un plan de futuro que verdaderamente contemplan como posibilidad práctica.

En cualquier caso, la emigración, como experiencia *formativa* a nivel profundo, ocupa un lugar permanente en el imaginario colectivo de estos jóvenes, que implementarán distintas estrategias para *ir hacia ella* (oportunidad, anhelo) o para eludirla (amenaza, peligro). Sea como sea, esta proyección *hacia fuera* que realizan los jóvenes sirve para reflexionar sobre la

relación que se establece entre estos y *la sociedad* en su conjunto, tanto la extremeña en su inmediatez como, por extensión, la española. Esta relación, que después se analiza con más detenimiento en capítulos posteriores, estaría caracterizada por una sensación de “abandono” que experimentan los jóvenes, que sienten que sus *saberes* y sus *competencias* no son tenidas en cuenta, no son valoradas, por una sociedad que, se considera, no está cumpliendo su parte del trato, desarrollando políticas supuestamente orientadas a los jóvenes que no suponen efectos significativos sobre su situación.

Intentando aportar una mirada sobre la manera en que este “maltrato” generacional es experimentado por los jóvenes se lleva a cabo una comparación intergeneracional, en el capítulo 10, a partir de la visión (y la vivencia de las relaciones) que los jóvenes tienen sobre las generaciones precedentes, en un ejercicio de contraste con respecto, especialmente, a la biografía que desarrollaron sus propios padres. En general, se observa cómo los jóvenes tienden a situarse en una posición subalterna con respecto a sus padres en cuanto al desarrollo de sus itinerarios biográficos: los padres, cuando fueron jóvenes, fueron más “valientes”, más “decididos”, menos acomodados y “caprichosos” que los jóvenes actuales. La visión relativamente negativa que los jóvenes tienen sobre su propia generación contrasta con la veneración con la que hablan de la generación de sus padres, sin que aflore sentimiento alguno que pudiera conducir a una tensión intergeneracional. Asumiendo en muchos casos como algo natural e inevitable que, pese a todo el bagaje educativo acumulado, no se alcanzará el nivel de vida de los padres, los jóvenes entrevistados (sobre todo aquellos de extracción social más baja) cargan sobre sus espaldas la abrumadora responsabilidad derivada de los grandes esfuerzos (*renuncias*) que sus padres han hecho para dotarlos de formación. Si antes, en las coordenadas que establecía la pauta sociolaboral fordista, las opciones eran limitadas, hoy se postula que la sobreabundancia de información y posibilidades satura y confunde a los jóvenes, multiplicando sus probabilidades de tomar una decisión equivocada. En la medida en que la inversión realizada por los padres choca con la realidad de bloqueo del mercado de trabajo, el papel de apoyo fundamental que la familia tiene para el individuo se muestra en toda su magnitud, tanto en el mantenimiento material del joven como en la provisión, en mayor o menor medida, de un respaldo

económico que sirva para “complementar” la formación *inicial* con vistas a aumentar las posibilidades de acceder al mercado laboral en mejores condiciones (con el ideal de ascenso social en mente). Mientras tanto, las situaciones de dependencia de los jóvenes con respecto a sus padres pueden constituir verdaderos casos de *pobreza encubierta*.

En el capítulo 11, último de esta parte de la tesis, se perfilan los rasgos que caracterizarían a la generación surgida como consecuencia de los efectos de la última crisis económica, cuya profundidad habría supuesto un cambio en la forma de afrontar el futuro y de conectarlo con el pasado (las expectativas generadas, la socialización vivida) y con el presente (la situación de bloqueo transicional que viven estos jóvenes). La linealidad biográfica, como patrón heredado de las generaciones previas, sufre una quiebra total, tanto a efectos prácticos (en la mayoría de las transiciones experimentadas por los jóvenes entrevistados) como en lo que se refiere a la representación de dicha pauta transicional. De este modo, la crisis de 2008 se toma como punto de quiebra que permite establecer una diferencia generacional en torno a dicho acontecimiento, en función de la posición relativa que ocupasen los individuos, en ese momento histórico, con respecto a la transición entre sistema educativo y mercado de trabajo. Así, se presentan los elementos característicos de la generación “de la crisis” a partir de su contraste con la previa (“precrisis”) y la posterior (“poscrisis”). El nuevo contexto socioeconómico, sustancialmente alterado por la crisis, exigirá a los miembros de esta generación un esfuerzo de *adaptación* (al medio), que pasa por cuestionar los principios de actuación en que habían sido socializados y desarrollar unos nuevos sobre los que asentar el sentido de sus actos (*desaprendizaje* y *reaprendizaje*). Las estrategias puestas en práctica, diferenciales en función de la clase social de procedencia, se orientarían, variablemente, a salvaguardar la *ilusión* de una transición lineal o a afrontar las nuevas pautas transicionales del escenario poscrisis.

Se revisa, en este capítulo, la forma en que los jóvenes conjugan el pesimismo ante la situación actual con la exhortación permanente a la movilidad, a buscar una salida (individualmente) a dicha situación de precariedad y falta de oportunidades. Igualmente, se analiza la manera en que hacen frente a la posible frustración derivada de una falta de correspondencia entre su inversión formativa y su situación frente al mercado de trabajo. En

todos sus relatos, como veremos, la *suerte* ocupa un lugar central, pero se trata de una suerte “que hay que trabajarse”, permitiendo mantener una cierta ficción de control sobre la propia vida, al tiempo que, en caso de fracaso, se exime de culpabilidad a todo lo que no sea el incontrolable destino. Por último, se revisan tanto las retrospectivas que hacen los informantes sobre sus trayectorias hasta el momento como las proyecciones que, a partir de dichos itinerarios, se hacen sobre el futuro y sobre sus posibilidades de desarrollar *carreras* laborales (y se perciben las diferencias que se manejan, en función de las diferentes posiciones en el mercado de trabajo, en torno al acto de planificación del futuro y en lo que se refiere a los propios márgenes temporales de dicho porvenir).

La **Parte Cuarta** cumple con la función tradicionalmente asignada a estos capítulos finales (“de cierre”) en las tesis doctorales al uso. Es el momento en el que el analista intenta establecer un diálogo, primero entre las *enseñanzas* de la literatura (la tradición) y los testimonios de sus informantes (lo *descubierto*), para, a continuación, introducir su propia *mirada* (si es que acaso dicha mirada no dibujara, de modo más o menos consciente, todo el panorama de posibilidad de cada uno de los capítulos, de cada una de las fases de esta investigación) intentando aportar algo de *coherencia*, siquiera narrativa, que permita una comprensión (o, al menos, una *aproximación*) a los fenómenos que se han *visitado* a lo largo del camino que constituye la tesis doctoral, camino que, con este ejercicio final de recapitulación, se da por concluido, por cerrado (un cierre siempre arbitrario, sádico en cierta medida, que no ha de tomarse, en absoluto, por cierre *final*: el camino, por suerte para el investigador, siempre sigue).

De este modo, en el capítulo 12, se establece un contraste entre algunos de los puntos más destacados recopilados en el trabajo de campo y analizados en el informe de resultados correspondiente (capítulos del 7 al 11) y la literatura sociológica que, en las últimas décadas, ha abordado esas mismas cuestiones (capítulos del 1 al 5). En ese sentido, se revisa, en primer lugar, el papel de la *formación* (que ya no educación) en la sociedad contemporánea, y cómo dicha formación se vincula con las tendencias a la autorresponsabilización de los

individuos, que corren de la mano del repliegue del Estado a mero proveedor de titulaciones. Bajo el dogma de la empleabilidad, el sujeto deviene objeto, producto, que ha de acumular competencias en el mercado formativo para lograr luego un rendimiento en el mercado laboral. Se discute el modo en que el *marketing educativo* moviliza los discursos de la vocación y las altas expectativas, que habrían de chocar con una realidad de desempleo y precariedad, generando una frustración que podría suponer un menor consumo de productos formativos. Se remite, para explicar, precisamente, la tendencia opuesta observada (hacia una mayor acumulación de credenciales educativas), a un discurso construido en torno al azar, pero un azar domesticado que se puede domeñar mediante la adquisición de más y más titulaciones, ejercicio en el cual juega un papel fundamental la posición de partida (los condicionantes de clase), aunque este elemento suele quedar convenientemente opacado tras un velo de meritocracia escolar, que vendría a legitimar este desigual reparto de las oportunidades aludiendo al rendimiento personal del individuo, obviando, por lo tanto, el componente puramente económico que permite dicho rendimiento. El círculo vicioso de la sobrecualificación se entiende, así, como una parte más de un sistema ultracompetitivo en el que cada vez se demandan y ofertan más tipos de competencias por parte de un mercado al que los individuos, mediante la formación, tienden a *conformarse*.

En la misma línea, todavía en ese penúltimo capítulo, se analiza el modo en que el triunfo del discurso psicologizante ha hecho que los individuos asuman como responsabilidad propia su devenir laboral, desarrollando una férrea autodisciplina y naturalizando elementos que eran cuestionados en momentos históricos anteriores. Del mismo modo que se asume como “accidental” la crisis económica (y, así, no se responsabiliza a nadie de las condiciones de precariedad generalizada), se tiende a aceptar la premisa de que la salida de esta situación sobrevenida habrá de ser individual, apoyada en la familia, con respecto a la cual los jóvenes actuales muestran una dependencia exacerbada ante una realidad de desempleo recurrente y precariedad laboral generalizada, que les mantiene en una dinámica de atrapamiento que amenaza con hacerse crónica y situarlos en posiciones de auténtica vulnerabilidad social.

Se cierra ese capítulo con una reflexión en torno a la posibilidad de marcar un punto de cesura generacional a partir de la crisis de 2008, que habría dado origen a una generación de jóvenes que, compartiendo algunos rasgos con los que han sido propuestos por otros autores para designar a esta juventud o a juventudes previas a la crisis, incorporan “variantes” sobre dichos rasgos, como en lo que se refiere a la forma de manejar la frustración o en la progresiva naturalización de determinadas condiciones de vida y trabajo. Se postula que esta generación se encontraría en un momento “liminal”, exigida a ajustar sus expectativas (su pasado, su socialización) a un presente repentinamente alterado por las circunstancias de la crisis y a un futuro caracterizado por la incertidumbre y por la indeterminación. En ese proceso de *adaptación*, esta generación presentaría, como rasgo diferencial y característico, la pérdida de visión del futuro, hallándose bloqueada, atrapada dentro de un “saco” del que creen que sólo lograrán salir de forma individual (y, de nuevo, la formación vuelve a manifestarse como vía recurrente para lograr encontrar esa salida –y, de nuevo también, los condicionantes de clase para tomar parte en esa competición formativa se manifiestan como preponderantes, decisivos).

El capítulo 13, último de la tesis, presenta una síntesis relativamente concisa de algunas de las ideas que habrían ido apareciendo a lo largo del trabajo previo, ideas que se apuntan más como *hitos* desde los que seguir trabajando que como afirmaciones con pretensión conclusiva de cualquier tipo. Escritas en papel (y no talladas en piedra), estas “conclusiones provisionales” servirán de punto de partida para el desarrollo de nuevas líneas de indagación, que podrían orientarse en algunas de las distintas direcciones que también se recogen, para finalizar, al cierre de este capítulo.

CONVENCIONES DE ESCRITURA

Como ejercicio comunicativo, esta tesis doctoral ha seguido, en su proceso de redacción, una serie de convenciones que entendemos que conviene explicitar desde este primer momento, a fin de facilitar la labor de lectura y, también, para dejar constancia de las decisiones que se han adoptado y de los principios que subyacen a las mismas. Entre esas decisiones, una que resulta ineludible para cualquier texto que se produce en el ámbito de la Academia es la que se refiere a la norma que se va a seguir para presentar los aspectos formales relativos a citación de fuentes documentales. En nuestro caso concreto, el formato de citación empleado constituye un *híbrido* entre los principios del sistema *Harvard* y algunos aspectos recogidos en las normas de la *APA* (tanto en su quinta como en su sexta versión en inglés). Hay, por lo tanto, voluntad deliberada por parte del autor de esta tesis de *fusionar* ambas fuentes normativas, intentando aprovechar distintos aspectos (fortalezas) de una y otra, con el propósito de aportar a la lectura una información bibliográfica lo más completa posible. Así, por ejemplo, nos regimos por *APA* (adaptando algún pequeño matiz –como el mantenimiento de las comillas, que esas normas no consideran necesario) a la hora de presentar las citas extensas, mientras que seguimos los preceptos de *Harvard* para llevar a cabo la citación en formato “autor, año, página” y, sobre todo, a la hora de presentar las referencias en el texto, siguiendo el orden cronológico (y no el alfabético, como postula el sistema *APA* en su sexta edición de normas). De este modo, en los paréntesis con referencias que se encontrarán a lo largo del texto se observará que el orden en que aparecen los autores es ascendente en función del año de publicación original de la obra. En aquellos casos en que un mismo autor tenga más de una obra citada en un mismo paréntesis, se ha optado por no romper la secuencia, aunque algunas de esas publicaciones sean posteriores a otras obras incluidas en el mismo paréntesis. Así, por ejemplo, aparecerá “(Alonso, 2000b, 2004, 2007; Santamaría, 2002; Santos, 2006)” en lugar de “(Alonso, 2000b; Santamaría, 2002; Alonso, 2004; Santos, 2006; Alonso, 2007)”.

Asimismo, en línea con lo anterior, se ha optado por aportar, siempre, tanto la fecha original de publicación de una obra como la fecha de la edición

traducida al castellano que se haya manejado para cada referencia. Obviamente, cuando se citen obras originalmente publicadas en un idioma extranjero, sin traducción, se recogerá únicamente la fecha de dicha publicación original (siempre se ha intentado trabajar con primeras ediciones). De esta manera, en el texto aparecerá, por ejemplo, “Veblen, 1899/2004” o “Foucault, 1975/2012”. Entendemos que esta forma de presentar estas referencias puede resultar farragosa por momentos (piénsese, especialmente, en obras que presentan distintos volúmenes, como el *Tiempo y narración* de Ricoeur, que aparecerá como “Ricoeur, 1983-1985/1995-1996”), pero nos parece que resulta una decisión necesaria para garantizar que no se produce un “desfase” a la hora de interpretar las ideas de los autores así citados. Adoptada esta norma como estándar para el conjunto del texto, se aplica también a otras obras que, aparentemente, no necesitasen tanto nivel de detalle informativo o en las que, directamente, la fecha de publicación en su idioma original coincide con la de su traducción al castellano (como en “Sennett, 2006/2006”).

Más que como convención, lo anteriormente expuesto sobre las fechas puede servirnos como advertencia para otra cuestión que consideramos importante. El lector observará la abundancia de referencias “antiguas” que presenta el texto. Esto no debiera tomarse, por favor, como negligencia por parte del autor en su trabajo de revisión bibliográfica. El manejo de esta bibliografía, que se combina, como es lógico y exigible, con la revisión de obras más recientes, obedece a un propósito deliberado de mostrar la “evolución” (o, directamente, la “antigüedad”) de determinadas nociones y de diversos fenómenos, algunos de los cuales se intentan muchas veces hacer pasar por radicalmente novedosos. El proceso de búsqueda bibliográfica partía de estas premisas para abarcar un “rango de lectura” de unos treinta años. El manejo de esta bibliografía, extensa por demás (como podrá comprobarse en la magnitud del listado final de referencias), pretende, por lo tanto, aportar una amplia visión histórica a la revisión que, sobre determinados temas, se ha llevado a cabo en la Sociología durante las últimas décadas.

Volviendo a los aspectos puramente formales en lo que se refiere a citación de fuentes, se ha querido ser escrupuloso con lo que hace a las citas indirectas (el clásico “citado en”). Esto introduce un elemento añadido de

“rigidez” al escrito, pero entendemos que es una obligación reconocer el trabajo, también en lo que se refiere a “descubrimiento” de fuentes bibliográficas pertinentes, que han desarrollado nuestros colegas a lo largo de los años. A muchas (a muchas) de las obras que hemos accedido y que hemos trabajado en esta tesis no hubiéramos llegado si una cita o una referencia en otro texto no hubiera encaminado nuestros pasos en esa dirección. Sería seguramente un exceso indicar, para cada una de las referencias manejadas, el camino que nos ha llevado hasta ellas. No obstante, no tenemos ningún inconveniente (más bien todo lo contrario, por cuanto nos sitúa en el seno de una *comunidad*) en reconocernos en deuda con todos los autores que aparecen citados en esta tesis, tal y como ya recogimos en los propios agradecimientos de apertura.

Hablando específicamente sobre economía del lenguaje, nuestras últimas palabras en esta nota han de servir a modo de (relativo) descargo. En primer lugar, y pese a que ello puede dar lugar a malentendidos en determinados puntos, se ha empleado el género masculino como género neutro en la redacción. Así, cuando hablemos de “algunos de los titulados universitarios extremeños” nos estaremos refiriendo, salvo mención explícita que altere la interpretación en un sentido u otro, al conjunto de esos “algunos titulados universitarios extremeños”, ya sean hombres o mujeres. Se pretende, con ello, agilizar una lectura ya de por sí excesivamente ralentizada por el propio estilo del autor. Una construcción del tipo “algunos y algunas de los y las titulados y tituladas universitarios y universitarias extremeños y extremeñas” nos parecía excesivamente compleja, del mismo modo que tampoco nos pareció oportuna la forma “algunos/as de los/as titulados/as universitarios/as extremeños/as”. Mientras se desarrolla un sistema más eficaz, adoptamos el masculino como género neutro (insistimos: salvo mención expresa que concrete más esas cuestiones en el texto).

Por último, también referido a aspectos “económicos”, pero, sobre todo, aludiendo al estilo de redacción que se hallará en esta tesis, se han utilizado, con gran profusión, notas al pie de página. El propósito es mantener o establecer un diálogo cruzado en determinados puntos y cuestiones, lo cual entendemos que es un ejercicio interesante, por más que pueda ralentizar la lectura. En ese sentido, hemos de reconocer que la lentitud introducida por

estos medios es absolutamente deliberada, voluntaria: el autor pretende que la mirada del lector avance lentamente por el texto para lo cual, asimismo, se sirve (también con fruición) de los paréntesis, que muchas veces obligarán a volver atrás y releer frases enteras (con el mismo propósito se manejan, de forma ciertamente excesiva en ocasiones, las propias comas y demás signos de puntuación).

Una última precisión nos parece oportuna. En el texto se observará, también, un uso recurrente de comillas y cursivas. Entendiendo el lenguaje como “casa” del sujeto y como “juego” en su aspecto comunicativo, muchas veces habrá de ser el propio lector el que complete el movimiento que ha llevado a expresar determinado término o frase en letras itálicas o a ponerlo entre comillas. Si el entrecomillado “de citación” no requiere mayor explicación, el entrecomillado “propio” del autor sí que obedecerá a otros propósitos comunicativos, no siempre explicitados (vale decir: justificados) en el contexto de una frase o un párrafo. La premisa de partida, en cualquier caso, habrá de responder a una suerte de adaptación del principio jurídico “*in dubio pro reo*”: todo lo que se presente en este texto ha de ser interpretado como resultado de una decisión deliberada por parte del autor. Obviamente, ello incluye, también, todos los errores (incluso los relativos a la siempre cambiante ortografía) que presente dicho texto, de los que el autor se declara único responsable (y por los que, desde ya, pide disculpas).

PARTE PRIMERA.

TRABAJO Y TRABAJOS: APROXIMACIONES SOCIOLÓGICAS.

CAPÍTULO 1.

El trabajo: breviarío de aclaraciones conceptuales.

1. De trabajos y empleos: la desnaturalización de una actividad específicamente humana.

La noción contemporánea de trabajo/empleo (a continuación entraremos en las necesarias distinciones terminológicas) tiene un recorrido histórico relativamente breve. Y ciertamente circunscrito a las sociedades occidentales¹. Si seguimos la senda del trabajo como trabajo asalariado, y no como categoría antropológica universal (Bouffartigue, 1996/1997), cabe plantear un recorrido histórico que nos mostrará, muy pronto, la falta de inocencia de las etiquetas y los nombres dados a estas actividades productivas desarrolladas por el ser humano². El lenguaje nunca es inocente. Por eso parece prioritaria una aproximación, por breve que resulte, a la conformación histórica de esta noción de “trabajo”, distinta a “trabajo asalariado” (empleo) y que, en las sociedades modernas, introduce una serie de complicaciones conceptuales a la hora de manejar sus opuestos de “desempleo” o de “trabajo atípico” (con sus correlatos correctivos de “empleo decente”, “empleo de calidad”, etc.). El profesor Naredo (2001:13) expresa esta necesaria aproximación sociohistórica al concepto de trabajo: “Por lo común se olvida que la noción actual de trabajo no es una categoría antropológica ni, menos aún, un invariante de la naturaleza humana. Se trata, por el contrario, de una categoría profundamente histórica”. En el mismo sentido se expresa Georges Friedmann (1961/1978) en el capítulo

¹ Por mor de la globalización, con lo que implica de proceso de expansión, más o menos contestada, más o menos completa, de los valores y cosmovisiones propios de la civilización denominada “occidental”, y por centrar nuestro trabajo en la sociedad española, consideramos oportuno centrarnos en este ámbito de producción intelectual, más allá de que la propia noción de “trabajo”, tal y como se manejará en esta tesis, difiera de las visiones que ha recibido el concepto en otras culturas con otros sustratos sociohistóricos (Kohler y Martín Artiles -2005- para una revisión, somera, de estas distinciones).

² El carácter mítico de la consideración del trabajo como algo natural y de la función igualmente natural, humanizadora, de la técnica ya aparecen como punto de arranque de la reflexión de Blanch (2001) cuando vincula la “naturalidad” del trabajo con la “normalidad” del trabajo productivo (asalariado), que introduciría un elemento de carencia en las situaciones de desempleo, de ausencia de dicho trabajo asalariado. Volveremos sobre estas consideraciones más adelante, en todo caso.

introdutorio al clásico manual que firma con Naville. En dicho texto, tras reconocer el trabajo como rasgo específico de la especie humana (valga la redundancia), lanza la siguiente advertencia sobre los peligros de un exceso de abstracción en el estudio del trabajo:

“Conviene desconfiar de las definiciones metafísicas o muy generales del trabajo, desligadas de la historia, de la sociología y de la etnografía, sin referencia a la variedad de sus formas concretas de acuerdo con las sociedades, las culturas, las civilizaciones, sin consideración suficiente de la manera en que el trabajo es vivido y experimentado por quienes lo realizan” (Friedmann, 1961/1978:16)³.

Otros autores, desde muy distintas posiciones ideológicas (cristianismo, humanismo, marxismo), hablan del trabajo como categoría antropológica, rasgo propio de la naturaleza humana. Sería a través del trabajo como el ser humano alcanza su realización personal, como expresa su humanidad: el trabajo como esencia y condición (Méda, 1995/1998)⁴.

Cabe, por lo tanto, en ese sentido, distinguir el “trabajo”, como universal antropológico, actividad humana (específicamente humana, de transformación creativa del entorno), y el “empleo”, que no sería sino una de las concretas variantes que aquella actividad puede adoptar, por más que, durante la Modernidad, tiendan a confluir semánticamente, trabándose en una unión, en el plano performativo del lenguaje, difícil de desentrañar después. El trabajo pasa a ser el empleo, es decir, una actividad mercantilizada, salarial y contractual (Zubero, 1998). Estas tres características funcionan “como un *trípode ideológico* sobre el que se sustenta la idea moderna de empleo” (Santamaría, 2011:27). De esta manera, el empleo es una actividad que se realiza en la esfera pública, demandada, definida y reconocida como útil por otros y como tal remunerada. Miguélez (2003:151) ofrece una valiosa aclaración terminológica al respecto:

³ En la misma línea, postulando el carácter histórico de la noción de trabajo, véase Sanchis (2004), Díaz-Salazar (2003b) o Alonso (1999).

⁴ En el repaso de esta autora, el trabajo, para las corrientes cristianas, humanistas y marxistas, presentaría “una esencia, un carácter antropológico, que se constituye en creatividad, inventiva y lucha contra la necesidad, que le confiere su doble dimensión de sufrimiento y de realización personal” (Méda, 1995/1998:20).

“Por trabajo entendemos la actividad por la que los seres humanos realizan tareas tendentes a hacer frente a sus necesidades, o a las de otros, en términos de bienes y servicios (...) Por empleo entendemos las condiciones sociales en las que el trabajo se realiza, partiendo de la base de que trabajar, para una gran mayoría, se ha convertido en una actividad absolutamente necesaria no solo para gozar de un cierto bienestar, sino sencillamente para poder vivir. Dichas condiciones son: el intercambio contractual a que el trabajo –en este caso el trabajo llamado productivo– da lugar, principalmente el *salario* supuestamente “digno” y seguro por día, semana o mes, el *horario de trabajo* socialmente reconocido, los *subsídios* cuando no se encuentra empleo (por ejemplo el de paro), la *remuneración en el postempleo* (la jubilación)”.

Serrano (2005:220), por su parte, habla del empleo como “intercambio políticamente regulado” y Maruani (2000:10-11) también plantea la necesidad de no tomar por sinónimos empleo y trabajo, vinculando el primero al mercado de trabajo y a la traducción de la actividad laboral en estatus sociales. En línea análoga se encuentran Kohler y Martín Artiles (2005:17), quienes se refieren al empleo como “...una modalidad de trabajo desarrollada en el marco de una relación contractual de intercambio mercantil, de naturaleza jurídica, establecida, pública y voluntariamente entre la persona contratada y la persona/organización contratante”. Esa voluntariedad es puesta en entredicho en la definición clásica de Friedmann (1961/1978), cuando propone reservar el término “trabajo” para aplicarlo a aquellos actos que cuentan con una cierta imposición, exterior (ya sea la necesidad económica, la fuerza física, la “persuasión moral” o cualesquiera otro elemento coercitivo de naturaleza ajena al individuo) o interior (ideales, vocación, etc.), que no debe confundirse, no obstante, con falta de satisfacción ante la actividad desarrollada (la cual puede orientarse, instrumentalmente, a la consecución de otros fines más deseables para el individuo)⁵.

A partir de las definiciones anteriores, observamos una serie de rasgos definitorios de la categoría de empleo, categoría invisibilizada (por naturalizada, por camuflada bajo un halo de aproblematicación) en la Modernidad, en las

⁵ Una revisión, casi a modo de glosario, también pertinente, puede encontrarse en el “manual” de Recio (1997), o en las muchas obras que sobre este hecho social fundamental que es el trabajo se han producido en la Sociología (disciplinariamente vinculada al trabajo desde sus orígenes como ciencia), siendo objeto de interés recurrente en la tradición sociológica española como atestigua la abundancia de referencias bibliográficas pertinentes sobre la materia.

denominadas sociedades del trabajo, bajo el genérico nombre, precisamente, de “trabajo”. Así, el carácter contractual (la voluntariedad del contrato viene a sustituir a formas más explícitas de coerción para forzar a los individuos al trabajo), la fijación de condiciones concretas de trabajo y la adquisición de cierto tipo de derechos sociales a partir de la naturaleza de este vínculo salarial concreto (la retribución como elemento distintivo, de acuerdo con Prieto -2000-, o Bauman -1998/2011), definirían un tipo de actividad particular, que no debe confundirse con la más rica noción de “trabajo”, que se ve limitada a su componente más instrumental: el trabajo queda reducido a trabajo productivo, generador de riqueza, que se puede comprar y vender como cualquier otra mercancía (Méda, 1995/1998). Relaciones de intercambio comercial mediadas por el cálculo económico (Blanch, 2001; Rolle, 2005b), en las que el propio individuo se cosifica (y es cosificado), deviene mercancía, siendo, a partir de ahí, tratado como tal. Esta es la “doble verdad” del trabajo, a la que aluden García López, Lago, Meseguer y Riesco (2005): el trabajo como actividad y, al tiempo, como relación social más allá de los límites de dicha actividad⁶.

Algunos trabajos, en este proceso de mercantilización de las actividades, pasan a convertirse en empleos, mientras que otros no se consideran como tal y, progresivamente, dejan de ser considerados “trabajos” (la falta de remuneración excluiría de la definición de “trabajo”, a decir de Friedmann -1961/1978-, a buena parte de las actividades que responden a obligaciones sociales o familiares). Esta distinción, siguiendo a Prieto (2007), no tiene nada de inocente ni de casual. Este autor destaca el interesado manejo de esta distinción empleo/trabajo en las estadísticas oficiales, que toman como trabajo exclusivamente aquel que es remunerado monetariamente, es decir, una definición basada en el discurso de la economía de mercado, tal y como lo manejan los Estados y los economistas, frente a la perspectiva que defiende la necesidad de un enfoque sociológico que capte la diversidad de actividades que caen bajo el paraguas de la categoría trabajo, que no empleo. No en vano Mingione (1991/1994) reivindica la necesidad de desarrollar una sociología de la vida económica que trascienda el paradigma del mercado, ampliando el

⁶ Desde este punto, la misión de la Sociología del Trabajo sería, precisamente, desvelar esa parte “oculta”, escondida, del trabajo, la relación social que, bajo formas de dominación o violencia de uno u otro tipo, subyace al mismo. Idea esta, de des-cubrimiento, que alimentaría las posiciones de partida del trabajo de Castillo (2005c).

concepto de trabajo más allá de la distinción, arbitraria e ideológicamente interesada, entre trabajo y empleo. En la misma línea podemos encontrar a Bouffartigue (1996/1997), para quien debe distinguirse el trabajo, como trabajo asalariado, del trabajo como categoría antropológica universal, y diferencia, para ello, tres sentidos del valor del trabajo: el registro económico (el del valor de intercambio del trabajo), el registro topológico (del lugar que ocupa el trabajo en el sistema de distribución social de las actividades y de los grupos) y el registro simbólico (de los significados sociales y sentidos personales atribuidos al trabajo). Como veremos en el capítulo siguiente, el empleo, como forma salarial del trabajo, configura unos tipos concretos de trabajadores y, con ello, de estatus sociales y relaciones de jerarquía.

“¿Qué hay detrás de esta definición “estadística” del empleo o incluso del trabajo? Dos ideas muy simples: a) que, como sostienen la mayoría de los economistas, no hay más economía que la de mercado; y b) que es esa economía y sus derivados (el mercado de trabajo monetariamente retribuido) la única que interesa a los Estados. Es decir, que detrás de la definición que ofrecen del empleo o del trabajo los Estados con sus estadísticas, se halla la voz de los portavoces de la ciencia económica en su formulación hegemónica” (Prieto, 2007:5).

La insistencia con la que Prieto vincula “Estado” y “estadística” no parece casual, y apunta, en la resolución de su argumento, a la subordinación de lo “social” al imperio de la economía, subordinación que, como veremos después, caracteriza para muchos autores a nuestra actual sociedad (Bilbao, 1998, 1999b).

Así, el centro del análisis del trabajo pasa a ser el salario, y el hecho salarial subsume, absorbe, la noción general de *trabajo*, en un recorrido que es descrito en la obra de Castel (1995/1997), en un proceso de evolución de la relación salarial que configura una forma concreta de sociedad definida, no en vano, como “salarial”, que va marginando sistemáticamente a todos aquellos que no se integren en el mercado laboral (operando, de este modo, el paro como fuente primordial de exclusión). Un recorrido similar al que plantea el autor francés es el expuesto por Prieto (2007) cuando postula la existencia de tres etapas históricas en el desarrollo de la noción de empleo:

“La primera sería aquella en la que tuvo lugar la “invención” de la categoría y del concepto de trabajo (y de trabajador) como una categoría que había de ocupar una posición central en el orden social moderno y que podría situarse en los siglos XVIII y XIX (europeos). Una segunda en la que se produce la consolidación/“reforma” de ese significado y de esa centralidad y que abarcaría desde la transición del siglo XIX al XX hasta los años 70 del siglo pasado: es la etapa del empleo. Y una tercera, la actual, en la que la centralidad anterior es cuestionada por diversas vías y en la que la claridad y la distinción de la categoría y del concepto de empleo y su posición en el ordenamiento social y en las identidades sociales se vuelven complejas y borrosas” (Prieto, 2007:20-21).

La crónica del salariado realizada por Castel⁷ correspondería, esencialmente, con las dos primeras etapas descritas por Prieto, y el declive del concepto *trabajo* y de su posición central que se indica en la tercera fase de este relato dibujaría el escenario de precariedad en el que se desenvuelven los *empleos* contemporáneos. Esta noción, la de precariedad (o empleo precario o “cuasiempleo”), alimentará buena parte de nuestra reflexión en este trabajo, por cuanto se enfrenta a las nociones “estándar” en el imaginario colectivo de distintas generaciones de trabajadores, constituyéndose, de manera incipiente, en noción propia, autónoma, para designar una nueva realidad laboral de nuestro tiempo.

2. Huellas del trabajo: pinceladas históricas en torno a una noción ambivalente.

Desde esa perspectiva, con las debidas cautelas que se deben adoptar siempre que se realiza un ejercicio que implique categorías lingüísticas, nunca neutras u *objetivas*, procedemos a desarrollar un breve recorrido histórico que nos sirva para ir recogiendo “sedimentos” que hayan contribuido a formar la imagen contemporánea del trabajo, ahora que parecería estar difuminándose, evaporándose, ante nuestros ojos. En su ejercicio de “repensamiento” de la noción de trabajo, el filósofo chileno-argentino Martin Hopenhayn destaca de

⁷ Para una revisión histórica análoga, aplicada al caso español, véase Bilbao (1993).

forma recurrente esta idea de “mosaico”, que toma, como buena parte de su reflexión, de Dominique Méda (1995/1998). De este modo, afirma que

“en la vida contemporánea conviven sedimentos de diversas visiones del trabajo, incorporados en diversos estadios históricos, bajo múltiples cosmovisiones y según diferentes patrones tecnológicos y productivos (...) Así, hay algo en nosotros del concepto grecorromano del trabajo, del concepto cristiano, del calvinista, del economicista-hedonista, del concepto crítico nacido de Marx y de aquél elaborado por la psicología industrial, de los futurólogos entusiastas y de los apocalípticos” (Hopenhayn, 2001:219 y 247).

Visiones que son permanentemente re-creadas, re-interpretadas, generando una síntesis conflictiva y siempre provisional en torno a los significados (que tienen efectos prácticos, siempre) del trabajo.

Seguiremos “el rastro o la huella del trabajo en sus distintas repeticiones históricas” (López Calle, 2000:139) y descubriremos, muy pronto, lo inaprehensible del concepto⁸, que se muestra, más que como un sedimento (o un fósil a conservar), como una representación fluida (líquida), volátil, que se escapa entre nuestras manos. Quizás la noción más oportuna sea la de “metamorfosis”, tal y como es manejada por Castel (1995/1997). Metamorfosis como metáfora de un cambio social (o de una *dinámica*), en el que las formas nuevas, procediendo de formas conocidas y documentadas, son esencialmente distintas, novedosas, y van incorporando continuas reinterpretaciones de valores y visiones previas, que aquí sintetizaremos.

En lo que seguramente resulte un exceso de simplicidad descriptiva, adoptaremos la propuesta de Beck (1999/2000), que plantea una revisión histórica de tres períodos que constituirían diferentes modelos en relación al trabajo y a la libertad: la polis griega y la Roma clásica, en las que el trabajo estaba fuera de la sociedad, a la que sólo pertenecían quienes no tenían que dedicarse a trabajo alguno; la democracia laboral moderna, en la que el trabajo se presenta como valor integrador, nuclear de estas sociedades, elemento clave para el orden de las mismas y de los individuos que las componen, que

⁸ Para revisiones más exhaustivas, remitimos al magnífico trabajo que constituye la tesis doctoral de Elsa Santamaría, publicada como monografía en 2011. Véase, especialmente, para un recorrido histórico, el capítulo primero.

logran su identidad a través del trabajo (los ciudadanos son aquellos que trabajan); y un tercer modelo, todavía por definir, de sociedad más allá de la sociedad laboral⁹.

En las sociedades primitivas, las analizadas por la Antropología Económica¹⁰, el trabajo no podía diferenciarse del resto de actividades cotidianas. No ocupaba una esfera independiente. En línea con los postulados de Polanyi, el trabajo estaría “incrustado” en la sociedad, tal y como destacan Prieto (2000) o Kohler y Martín Artiles (2005), no estructurando en modo alguno el conjunto de la sociedad (Naredo, 2001), y, consecuentemente, no era objeto de valoración específica (multitud de lenguas antiguas ni siquiera tenían términos específicos para estas actividades). En muchas sociedades, el trabajo fue considerado, en el mejor de los casos, una actividad más, nada deseable ni positivamente *cargada* en lo simbólico. Las actividades directamente vinculadas con la producción material, siempre necesarias a lo largo de la historia de la Humanidad, fueron después separadas (divididas, alienadas) del conjunto de actividades humanas, resultando objeto de desprecio por parte de los antiguos griegos y romanos, tradicionales referentes de la construcción cultural de Occidente. No debemos obviar el origen etimológico del término “trabajo”, derivado del latín “*tripalium*”, que designaba a un instrumento de tortura (Machado, 2001/2007; Tezanos, 2001; Sanchis, 2004; Kohler y Martín Artiles, 2005). Coerción, esfuerzo físico, cansancio, malestar... El trabajo, orientado a la subsistencia y a la satisfacción de las necesidades más inmediatas, era considerado una actividad servil, inferior, “envilecida” (Jaccard, 1960/1971:12), propia de esclavos (Veblen, 1899/2004; Gorz, 1991/1995;

⁹ Una secuencia histórica similar es la expuesta por el profesor Naredo (1997, 2001), que lleva a cabo un recorrido por la noción de trabajo desde las sociedades primitivas hasta el siglo XVIII, cuando se habría asentado la actual definición de este concepto. Para una revisión de la genealogía del trabajo, véase también López Calle (2000), que describe una secuencia evolutiva del proletario al obrero, y de este al asalariado, a través de distintas cesuras, momentos de crisis social (no sólo económicas). También puede encontrarse un repaso histórico relativamente exhaustivo en Gorz (1991/1995), que sigue un hilo argumental esencialmente weberiano para referirse a un progresivo proceso de racionalización de la vida social, que, como ya temiera Polanyi (1944/1989, 1977/2009), acabaría incluyendo la esfera productiva, introduciendo el trabajo bajo la égida de la economía. Prieto (2000) también lleva a cabo una revisión histórica del lugar social del trabajo, y del trabajador, en los órdenes sociales precedentes: las sociedades primitivas, el mundo clásico griego y romano y la sociedad del Antiguo Régimen. Por último, para referencias antropológicas en torno al trabajo, véase, por ejemplo, la reflexión de Méda (1995/1998).

¹⁰ Para una introducción a la materia, véase, por ejemplo, Johnson y Earle (2000/2003) o Moreno Feliu (2009).

Prieto, 2000; Naredo, 2001), absolutamente indeseable, llevándose a cabo, así, por parte de los que no tenían elección o poder decisorio (los obligados a trabajar, como destaca el manifiesto antilaboriosidad del Grupo Krisis, 1999/2002).

En la Grecia clásica, por lo tanto, el trabajo manual era completamente desprestigiado: sólo quien estaba liberado de la necesidad de trabajar podía ser considerado plenamente hombre, ciudadano (Beck, 1999/2000; Hopenhayn, 2001). Esta visión del trabajo como castigo, o maldición, tan presente en el pensamiento grecolatino (Jaccard, 1960/1971)¹¹, también aparece en la Biblia (“ganarás el pan con el sudor de tu frente”, le dijo Dios a Adán tras expulsarle del Paraíso), estando a la base de una valoración negativa del trabajo en la tradición judeocristiana (Naredo, 1997, 2001; Prieto, 2000; Tezanos, 2001), como bien apunta Sanchis (1988:135): “...parece que el trabajo propiamente dicho sólo puede ser una obligación desagradable, fuente de tedio y de empobrecimiento del ser, un mal necesario para ganarse la vida”. Pero se trata de una visión cargada, por lo demás, de ambigüedades en su concepción del trabajo. El propio Sanchis (2004), por ejemplo, señala cómo el trabajo está relacionado, desde el mismo libro del Génesis, con el pecado, el castigo y los padecimientos, pero como, igualmente, en el Génesis Dios aparece como trabajador y como “empleador” (encargándole a Adán el trabajo de cuidar el Paraíso). Ambigüedades y ambivalencias que son arrastradas a lo largo del devenir de los siglos, configurando una realidad tendencialmente bifronte en torno a estas nociones, ora denostadas como indignas y reducidas a lo puramente instrumental, ora valorizadas como esencia de la creatividad humana y reconocidas como muestra de una capacidad cuasidivina de generar sus propias condiciones de existencia y de realizarse (trascender) a través de sus obras. Cualidad emancipadora y alienante al tiempo (Ovejero, 2001; Hopenhayn, 2001), objeto de honra y desprecio (Blanch, 2001), de amor y,

¹¹ Por más que las ambivalencias y contradicciones no deben tampoco obviarse: en *Los trabajos y los días*, Hesíodo contrapone una visión negativa del trabajo a un vicio mayor (dentro de los vicios que caracterizarían ese momento de decadencia social que dibujaría la “quinta edad” descrita por el poeta) como es la pereza: el trabajo es penoso, pero posibilita alcanzar una felicidad que no está al alcance del perezoso (Jaccard, 1960/1971; Hopenhayn, 2001). Observamos, igualmente, un componente moral, que después encontraremos en distintas formulaciones, como elemento recurrente (e inicial) para arrastrar a los individuos al trabajo (Bauman, 1998/2010, para una detallada explicación de este proceso, de esta magna construcción social del sujeto trabajador).

simultáneamente, de odio, el trabajo ha ido configurando la estructuración de las sociedades occidentales hasta nuestros días¹².

Esta visión, ambigua pero generalmente negativa del trabajo, experimenta un giro con la idea del trabajo como medio de salvación, propia del Renacimiento y la reforma luterana, idea que marcaría un punto de inflexión en lo que hace a la valoración y las visiones en torno al trabajo (Sanchis, 2004). Se comienza a censurar el ocio y el trabajo aparece como elemento de prevención de la pereza, verdadera enemiga del alma (Méda, 1995/1998). Se extiende, a partir de ahí, una ética del trabajo, que sirvió para disciplinar a la población, para inculcarle la obediencia al floreciente régimen fabril. En palabras de Bauman, 1998/2011:20):

“El problema central que enfrentaban los pioneros de la modernización era la necesidad de obligar a la gente (...) a volcar su habilidad y su esfuerzo en el cumplimiento de tareas que otros le imponían y controlaban, que carecían de sentido para ella”.

Progresivamente, el trabajo irá apareciendo como condición natural del ser humano, como deber moral. Son los albores de las sociedades del trabajo, desarrolladas durante la Modernidad. Como indica Gorz (1991/1995:25), “lo que nosotros llamamos “trabajo” es una invención de la modernidad”, a la que debemos la posición central que dicha institución ha alcanzado en una sociedad que lo adopta como medio de integración en la vida pública, como principal factor de socialización, una sociedad, por lo tanto, que cabe llamarse “de trabajadores” o “del trabajo”. En esta sociedad (o, mejor, en estas sociedades, por cuanto hay diferencias bajo unos principios comunes), el vínculo contractual de la sociedad salarial, aparentemente voluntario, sustituiría (pero no alteraría en lo esencial) las formas de dominación antiguas, basadas

¹² Sobre la ambivalencia de estas concepciones, que se debaten entre lo instrumental y el discurso de la realización a través del trabajo, tendremos ocasión de volver de forma recurrente cuando analicemos las vivencias y las visiones de nuestros informantes (véase, especialmente, 8.5 al respecto). En esta línea, una revisión interesante en torno al significado del trabajo, cambiante y vinculado siempre a contextos sociales en continua transformación, puede verse en Gallardo (2011), o, centrado en las dos concepciones antagónicas (trabajo alienante vs. trabajo dignificador) que se han enfrentado en España desde los albores del liberalismo, el capítulo de Maurice (1996).

en la coerción orientada a conseguir que los individuos trabajasen¹³. Una violencia dulce, que se mece sobre un discurso (el lenguaje, insistimos, nunca es inocente, y es labor del sociólogo desvelar sus efectos sociales) que enfatiza los aspectos positivos del hecho laboral (denostando, correlativamente, todo lo que implica la carencia de dicha experiencia de participación en el empleo), dando lugar a una especie de “nuevo fanatismo del trabajo”, santificado desde todas las perspectivas ideológicas (democracia, fascismo, socialismo...), como denuncia el *Manifiesto contra el trabajo* del Grupo Krisis (1999/2002:52), para el que esta suerte de nueva religión del trabajo, impuesta a la fuerza a lo largo de los siglos, habría conseguido conformar un tipo concreto de individuo, que asume como normal la violencia del trabajo:

“Después de siglos de adiestramiento, el hombre moderno ya no se puede imaginar, sin más, una vida más allá del trabajo. En tanto que principio imperial, el trabajo domina no sólo la esfera de la economía en sentido estricto, sino que también impregna toda la existencia social hasta los poros de la cotidianidad y la vida privada” (Grupo Krisis, 1999/2002:52).

Imposición violenta, más o menos resignada aceptación instrumental o anhelo capaz de dotar de sentido a la vida, el trabajo, como noción y como práctica, arrastrando sus ambigüedades y sus visiones contrapuestas, se constituirá en la piedra angular sobre la que se construirá el edificio de la Modernidad, verdadera clave de bóveda de un proyecto societario que se extenderá hasta el último tercio del siglo XX y que servirá como referente y estándar con respecto al cual se contrastarán las experiencias de empleo o *cuasiempleo* de los jóvenes contemporáneos.

¹³ Alonso y Fernández (2009b) llevan a cabo un interesante ejercicio de revisión histórica del desarrollo de los medios de control en el trabajo y de los mecanismos de coacción para fomentar dicha actividad.

CAPÍTULO 2.

La Modernidad o el lugar vertebral del trabajo.

1. Una nueva pauta social, gravitando en torno al trabajo.

Comencemos citando a Prieto (2000:24):

“En contraste con los órdenes sociales anteriores la modernidad estatuye un sistema central de clasificación de actividades e individuos claramente distinto: si anteriormente la clase de actividades denominada trabajo o no había existido o, de existir, había ocupado un lugar de segundo orden y lo mismo había sucedido con la clase de trabajadores, ahora el trabajo va a convertirse en la categoría central entre todas las actividades y el trabajador en la categoría central de miembros de la sociedad. Se entra así por primera vez en la historia, como subraya Arendt, en un proyecto de orden social centrado en el trabajo y en los trabajadores”.

Apunta, por lo tanto, Prieto (2000) que la Modernidad trajo consigo la glorificación teórica del trabajo, que pasa a ocupar una posición central (centralidad de la actividad “trabajo” y centralidad de la figura social del “trabajador”), en torno a la cual se construye la legitimidad del nuevo orden social (Arendt, 1958/1993). Gorz, en su clásica obra (1991/1995), es igualmente explícito: “Lo que nosotros llamamos “trabajo” es una invención de la modernidad” (1991/1995:25), a la que debemos la posición central que dicha institución ha alcanzado en una sociedad que lo adopta como medio de integración en la vida pública, como principal factor de socialización, una sociedad, por lo tanto, que cabe llamarse “de trabajadores”.

Estamos, pues, ante una nueva concepción del hombre, una nueva concepción del trabajo y de la sociedad, en la cual el individuo, trabajador libre y autónomo, se relaciona con los demás a través del trabajo, que es lo que dota de existencia social a los sujetos (“ámbito exclusivo de legitimación y dignificación pública en las sociedades modernas”, apunta Serrano, 1999:49). Hablamos, siguiendo a Santamaría (2011), de una categoría central en el

discurso y el proyecto societario de la Modernidad, vínculo social por excelencia que otorga el estatuto de ciudadanía (Zubero, 1998; Alonso, 1999; Beck, 1999/2000; López Calle, 2000; Ovejero, 2001; Blanch, 2001; Serrano, Moreno y Crespo, 2001; García Noguerol, 2009). El trabajo aparece como elemento vertebrador (“categoría sociológica clave”, a decir de Offe, 1984/1992b; “hecho social total”, según Méda, 1995/1998), eje en torno al cual se construye el orden social emergente, pilar sobre el que se intenta construir el edificio de la Modernidad, proyecto (proyecto político, con Prieto, 1999) que busca la estabilidad, el consenso frente al conflicto, en aras de lograr el crecimiento, el progreso social, actuando el trabajo como catalizador de dicho nuevo orden (Castel, 1995/1997; Zubero, 1998; Agulló, 1998; Bauman, 1998/2011; Fernández Steinko, 1999; Sanchis, 2004; Prieto, 2007). “A grandes rasgos, el trabajo es capaz de articular, desde el punto de vista macro, el orden y la integración sociales, y desde el punto de vista micro, el sentido de la vida y la vertiente social de la identidad” (Santamaría, 2002:6). Mucho más se explora Blanch (2001:31) al hablar del papel central otorgado al trabajo como mecanismo estructurador de lo personal y de lo social en el proyecto de la Modernidad:

“Todas las sociedades organizan su orden sociopolítico, jurídico, cultural y moral en torno a algún principio básico profundamente arraigado en la conciencia popular, como la religión, la autoridad o la coerción. En la modernidad industrial, esta tarea ha sido encomendada principalmente al trabajo, que no sólo funciona como factor económico de producción, para la satisfacción de necesidades materiales primarias, sino también como dispositivo regulador del intercambio económico de bienes y servicios, como ámbito privilegiado de relaciones sociales interpersonales, como referente clave de la experiencia del espacio y del tiempo cotidianos, como medio de participación cívica, como soporte de la integración sociopolítica y cultural, como fuente del bienestar subjetivo, como base para la asignación de roles, estatus e identidad sociales, como contexto para la socialización secundaria, como marco de todo tipo de cogniciones autorreferenciales y de experiencias emocionales y como punto de articulación entre la vida privada y la pública, así como entre los proyectos individuales y los colectivos”.

De ahí que se hable, en la fase final de la Modernidad, que identificaremos con el siglo XX y, más específicamente, con la segunda mitad

del mismo, de sociedad salarial o sociedad del trabajo, de la que encontramos una definición operativa en Alonso (2000b:93)¹⁴:

“Consideramos con Offe ([1984/]1992[a]:10) como “sociedad del trabajo” aquella “sociedad en que las oportunidades económicas, participativas y vitales están acopladas –directamente o a través de unidades económicas privadas y públicas- al trabajo lucrativo, los que no encuentran alojamiento duradero en el sistema ocupacional y los que con frecuencia más que suficiente ven desplazado su potencial del trabajo hacia una tierra de nadie, están amenazados por el estigma del fracasado””.

En esta sociedad, el empleo y el hecho salarial (véase capítulo 1 para distinciones terminológicas al respecto) presentan una posición de absoluta centralidad, jugando un papel integrador fundamental y, consecuentemente, haciendo que los efectos desintegradores de la ausencia de trabajo sean devastadores para el individuo (Garner, Méda y Senik, 2009). El trabajo, así, emerge en este momento histórico como “cemento de lo social y del orden de lo social” (Santamaría, 2011:25). Como deber personal y como imperativo moral (Offe, 1984/1992b; Bauman, 1998/2011), como norma social (Prieto, 1999, 2007; Miguélez y Prieto, 1999; Prieto, Arnal, Caprile y Potrony, 2009)¹⁵.

Este patrón societario, resultado de la cristalización de procesos vinculados al devenir histórico del capitalismo, alcanzará su auge en la segunda mitad del siglo pasado, desarrollándose hasta su cénit en ese período de aproximadamente tres décadas que media entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los años setenta, período conocido en la sociología francesa (Fourastié fue el primero en manejar la expresión, en 1979) como “los treinta gloriosos” (a los que después sucederían, en acertada expresión de Boyer -1992/1994:192-, los “veinte dolorosos”, objeto de revisión

¹⁴ Otras definiciones pueden encontrarse en Offe (1984/1992a, 1997), Kohler y Martín Artiles (2005), Sanchis (2004), Méda (1995/1998), Gorz (1991/1995, 1997/1998) o Aronowitz y Cutler (1998). Para una revisión crítica de dicha etiqueta de “sociedad del trabajo”, véase Finkel (1994) o Gorz (1991/1995).

¹⁵ Véase Alonso (2000a y 2000b) para un recorrido histórico a través de la regulación sociojurídica del trabajo desde finales del siglo XIX. Sobre la centralidad del trabajo en la “cuestión social”, y acerca de la evolución histórica de dicha *cuestión*, se remite también a la lectura del manual de Sociología del Trabajo de Kohler y Martín Artiles (2005) o a los trabajos de Prieto (por ejemplo, Prieto, 1999), aparte de la clásica referencia a Castel (1995/1997), cuyo consejo (analizar el pasado para comprender el presente) es un *dictum* metodológico mencionado también por Díaz-Salazar (2003b) o Prieto (2007).

en el capítulo 3 de esta tesis)¹⁶. Debemos hacer notar que esos “treinta gloriosos” no han de ser, exactamente, treinta años, sino que la expresión se refiere a una “época”, a un período que iría desde el final de la Segunda Guerra Mundial a la crisis de los años setenta. Un período, por lo demás, ciertamente excepcional en la historia de las relaciones laborales, como destaca Bouffartigue (1996/1997). Una especie de “paréntesis” histórico efímero, pero que dejó una honda huella en el imaginario colectivo¹⁷.

Según los autores, el período puede variar en su duración cronológica en cuanto a número de años. Miguélez y Prieto, por ejemplo, hablan del período comprendido entre 1950 y 1980, al que caracterizan como un modelo “de pleno empleo estable, asalariado, a tiempo completo y con garantías sociales” (2009:275). Prieto *et al.* (2009) sitúan la frontera superior en mediados de los ochenta, igual que Cano (2004); mientras Gil Calvo (2009) pone el punto de inicio en 1950, como segundo momento histórico de una secuencia que culminaría con la actual fase de globalización y sociedad posindustrial. Standing (2000), por su parte, ubica este período entre 1945 y “mediados de los setenta” y se refiere a él como época dorada del capitalismo del bienestar (en los mismos términos lo define Ramos-Díaz, 2004), “la era de la regulación social” (en contraste con la posterior “era de la regulación mercantil”, a la que después nos referiremos –véase, especialmente, capítulo 3.3). Asistimos a “la edad de oro del capitalismo”, como titulaban Marglin y Shor (1990) y recogen también Etxezarreta (2007:184) o Gaudié (2004:149), un capitalismo de bienestar que se apoyaba en la promesa de mejora continuada de las condiciones de vida y trabajo de la población.

El éxito en la implantación de este sistema sociolaboral debe buscarse en la excepcionalidad histórica del momento en que se instaura. Díaz-Salazar (2003b) sintetiza los elementos clave de esta coyuntura histórica: elevada demanda de mano de obra no cualificada; acuerdo social entre Estado, patronales y sindicatos; intervención estatal y regulación pública de las relaciones laborales; empleo masivo y rápidos procesos de aprendizaje para

¹⁶ Para un retrato histórico y económico de la época de posguerra, véase Santamaría (2011:26) y la bibliografía por ella recomendada, entre la que se destaca, para una aproximación más sociopolítica que economicista, Offe (1984/1992a), Esping-Andersen (1999/2000) o Castel (1995/1997).

¹⁷ En la misma línea, enfatizando la brevedad y la limitación geográfica (y masculina) de esta ordenación social, véase Miguélez (2003).

una entrada temprana de los jóvenes al mercado de trabajo. Apunta Beck (1999/2000:117):

“La estabilidad en la Europa de los Estados asistenciales tras la Segunda Guerra Mundial se basó esencialmente en la promesa (y la experiencia) de una movilidad colectiva hacia arriba o “consenso fordístico”: es decir, que el trabajo disciplinado en fábrica se aceptaba y compensaba con una mejora en el ámbito de los ingresos, la seguridad social y el tiempo libre”.

En una línea similar, Robert Castel, en su magna obra *Las metamorfosis de la cuestión social* (1995/1997), dedica una loa a la sociedad salarial¹⁸, partiendo del estudio histórico de las formas sociales que la habían precedido, rastreando las condiciones de posibilidad que facilitaron el paso desde la relación salarial prevaleciente en los inicios de la industrialización hasta la pauta de relación salarial propia del fordismo. Una de las cinco condiciones que identifica el autor francés (y que destacamos por su influencia en épocas posteriores –véase capítulo 4.2) es la organización científica del trabajo, la racionalización del proceso productivo, que favoreció una homogeneización (y un nuevo modelo de gestión) de la clase obrera, fijando al trabajador a un puesto de trabajo, dotándole de una seguridad que le otorgaría posibilidades de consumo de las que había carecido hasta la fecha.

Durante este período, el desarrollo económico propicia la generalización de los asalariados (es la “época del empleo seguro”, como la nombra Miguélez, 2003) y, a partir de ahí, la extensión de nuevas condiciones laborales, como los subsidios o algunas garantías sociales. El modelo dominante, durante esta época, es el del pleno empleo estable, asalariado, a tiempo completo, de duración indefinida (permitiendo configurar largas carreras laborales), masculino, con transiciones relativamente breves desde el período formativo y con garantías sociales, regulado por la legislación y la negociación colectiva (Díaz-Salazar, 2003b; Gautié, 2004; Cano, 2004, 2007; Frutos, 2006; Zubero, 2006; Gálvez, 2007a; Recio, 2007; Miguélez y Prieto, 2009; Santos y Martín, 2012). La pauta de relación salarial que establece este modelo de empleo se

¹⁸ Dicha sociedad salarial “parecía arrastrada por un irresistible movimiento de promoción: acumulación de bienes y riquezas, creación de nuevas posiciones y de oportunidades inéditas, ampliación de los derechos y garantías, multiplicación de las seguridades y protecciones” (Castel, 1995/1997:327).

convierte en la numéricamente más frecuente¹⁹ y, sobre todo, supone la constitución de una norma social de empleo, construida en torno a derechos laborales (en materia de seguridad y de estabilidad, fundamentalmente), que redujo la vulnerabilidad de los trabajadores frente al capital y frente a la disciplina del mercado, constituyendo una especie de emancipadora desmercantilización (*decommodification*), una relativa liberación con respecto a las contingencias que históricamente habían mantenido a la clase trabajadora en condiciones de permanente incertidumbre (Cano, 2007).

2. Los Estados del Bienestar: el trabajo regulado y la singularidad española.

Todo este conjunto de garantías en materia laboral se realiza a través de los Estados del Bienestar, que se desarrollan, con diferentes formas y niveles de profundidad, en los distintos países europeos. En el caso español, el impacto de la Guerra Civil y de la posterior dictadura franquista hará que el fordismo sea algo prácticamente sobrevenido, que emerge en “un espacio social invertebrado desde el punto de vista del trabajo” (Fernández Steinko, 1999:491), cuyo desarrollo nunca acabará de ser completo. Así, Alonso (2007:183-184) habla de un “fordismo inacabado e incompleto”, singularmente español, sin derechos sociales de ningún tipo, que dará lugar a un peculiar posfordismo, caracterizado por fuertes tendencias segmentadoras del mercado de trabajo (Alonso y Fernández, 2008, 2009a; Alonso, 2013). Bilbao (1993), por su parte, enfatiza el desfase entre España y el resto de países de nuestro entorno, negando la posibilidad de hablar de keynesianismo en el caso español, toda vez que el Estado Asistencial no empieza a desarrollarse hasta 1977, dándose así la paradoja de que España se incorpora al ciclo del gasto social en capítulos asistenciales cuando los recortes comenzaban a hacerse sentir en el resto de economías (y en la propia española, que nunca alcanzará niveles de cobertura asistencial homologables a los del resto de países de la

¹⁹ Para un análisis de la relación entre este momento de auge del obrero industrial (masculino) y el desarrollo de la Sociología del trabajo (que por aquel entonces tendía a aparecer bajo la etiqueta de “Sociología de la empresa” o “Sociología industrial”), véase Finkel (1994).

OCDE). Este “peculiar posfordismo” (de aquellos polvos...) presenta (y explica) una serie de condiciones que provocan efectos diferenciados sobre la situación de los individuos en el contexto español.

Si miramos más allá del caso español, vemos cómo en toda Europa la génesis del Estado del Bienestar se sitúa en el intento de articular una respuesta institucional a la “cuestión social” (Alonso, 2000a, 2000b, 2007) después de la Segunda Guerra Mundial: “posibilitando una cobertura de riesgos vitales a los ciudadanos mediante un sostenimiento financiero general a través de impuestos, cotizaciones laborales o una combinación de ambos procedimientos” (Moreno Fernández, 2009:3). Una especie de “póliza colectiva de seguro” (Bauman, 1998/2011) que descansa en la idea de que es responsabilidad del Estado asegurar una supervivencia digna a sus ciudadanos, a través del trabajo y, cuando no pudieran desarrollar éste, a través de diversas formas de subsidio. La centralidad del trabajo (de la ética del trabajo y de la práctica del trabajo) estaría, a decir de Bauman, en el origen mismo de la noción de Estado benefactor. Esta idea también aparece en Migliavacca (2010) o en Alonso (2007), para quienes el Estado del Bienestar aparece como mecanismo neutralizador de los riesgos, dotando de previsibilidad y seguridad a los trabajadores y sus familias. Un sentido similar le otorga Mingione (1991/1994), que explica el surgimiento de los Estados del Bienestar como respuesta a la necesidad de regular el mercado de trabajo y proporcionar servicios complementarios a las rentas monetarias (salariales) para garantizar con ello la supervivencia de las familias ante cualquier contingencia.

El pacto keynesiano se asentaría, de este modo, sobre la promesa de mejora continuada de las condiciones de vida y trabajo de la población (Recio, 1997), para lo cual el Estado asume un papel protagonista en el crecimiento de la demanda y en la regulación de las relaciones industriales: la economía se pone, así, bajo el control de las instituciones políticas (Bilbao, 2000), lo que favorece una redistribución de la riqueza, el desarrollo, en suma, de una “sociedad del bienestar” (Poveda y Santos, 1998)²⁰. Esta redistribución de la

²⁰ Gaggi y Narduzzi (2006/2006), en su “panegírico” sobre el declive de las clases medias europeas, vinculan el desarrollo del Estado de Bienestar con el florecimiento de dichas clases medias, hoy agonizantes. Si el papel del Estado había sido limitado (al menos en cuanto a garante del bienestar de

riqueza social actuaría como motor del funcionamiento del Estado del Bienestar keynesiano, un Estado que persigue conseguir “cueste lo que cueste, tasas de crecimiento económico positivas que permitan distribuir compensaciones y, en última instancia, contrarrestar la relación salarial” (Méda, 1995/1998:110). Para Castel, que caracterizaba la sociedad salarial como una fusión entre el crecimiento económico y el crecimiento del Estado social, la intervención estatal se despliega en tres direcciones principales: “la garantía de una protección social generalizada, el mantenimiento de los grandes equilibrios y el pilotaje de la economía, la búsqueda de un compromiso entre los diferentes asociados en el proceso de crecimiento” (Castel, 1995/1997:377). En suma, hacer a los individuos más independientes de las contingencias económicas, más seguros frente a los riesgos (espantar los fantasmas del hambre y la pobreza), más ubicados (integrados) socialmente, para lo que se sirve del vínculo laboral, viendo así cómo el desarrollo y configuración de los Estados del Bienestar va de la mano de la consolidación de una forma muy concreta de trabajo-empleo, de una pauta laboral que configura una forma concreta de ser-en-sociedad para los individuos, un proyecto determinado de sociedad.

3. La norma social del empleo fordista: patrón procedente de un paréntesis.

En ese intento por hacer coincidir la cuestión social con la cuestión económica, el keynesianismo hizo del trabajo una “norma social” (Prieto, 2000, 2002, 2007; Cano, 2007), como conjunto de mecanismos disciplinarios, políticos e ideológicos por los cuales se establece un determinado comportamiento laboral como el normal, modelo a seguir, que ha de desarrollarse, desempeñarse, en determinadas condiciones. Destacan, en ese sentido, Prieto *et al.* (2009) que dicha norma social de empleo, cambiante a lo largo de la historia, no tiene que coincidir necesariamente con la realidad del empleo, sino que, más bien, debemos entenderla como referencia, como punto

los trabajadores) hasta la posguerra, después se habría hecho “omnívoro” (Gaggi y Narduzzi, 2006/2006:105), sirviendo como vector de elevación del nivel general de vida y promoción social de las clases trabajadoras que devienen medias en esta sociedad del pleno empleo (pleno empleo masculino, insistimos).

común en el imaginario colectivo para la definición de lo que es aceptable en una relación laboral, asalariada²¹.

Se sirve, por lo tanto, el floreciente Estado del Bienestar keynesiano, triunfante en su pugna por someter a la economía a los dictámenes y las actuaciones políticas en pos de una tendencia redistributiva de la riqueza, de toda una gama de medidas orientadas a la regulación del mercado laboral, dotando a los trabajadores de crecientes derechos en su relación asalariada, derechos que se traducirán, en el marco de esta norma socioeconómica, en posiciones y estatutos diferenciados en la estructura social del momento. Esta regulación, tipificada en una relación salarial concreta²²

“incorporó cierto grado de regularidad y estabilidad a las relaciones laborales, protegiendo a los trabajadores de prácticas y condiciones de trabajo socialmente inaceptables, fijando derechos y obligaciones y aportando un núcleo de estabilidad social como apoyo al crecimiento económico” (Rodgers, 1989/1992:15).

En España, donde el desarrollo de una pauta socioeconómica que pudiera asimilarse al fordismo-keynesianismo presenta los matices que apuntábamos más arriba, este proceso se encarna en el paso de las reglamentaciones del trabajo franquistas, que abogaron por el principio de estabilidad en el empleo, de la mano de la intensa industrialización desarrollada entre los sesenta y los primeros setenta (Ruiz Galacho, 2006), con una estricta regulación de las relaciones laborales (Martín Criado, 1998; Laparra, 2006), a una configuración socio-jurídica (contratos indefinidos bien protegidos contra el despido) que se orienta hacia el pleno empleo de calidad (la propia

²¹ Establecer lo que se considera aceptable nos lleva, inevitablemente, a identificar también todos aquellos rasgos que se valoran como inaceptables en una relación laboral, por opuestos, por desviados con respecto a la norma instituida. Esta distinción nos podría llevar a la dicotomía decente/indeceniente propuesta, entre otros, por Zubero, 2007; o por el propio Prieto (2002; Prieto *et al.*, 2009). La noción de *trabajo decente*, que Zubero (2007:14) repasa desde su primera aparición en un documento de la OIT en 1999, podría definirse del siguiente modo: “Se trata de un trabajo productivo, desarrollado en condiciones de libertad, equidad y seguridad de manera que no viola la dignidad intrínseca del ser humano; un trabajo con derechos, protegido en un marco de regulación legal y de diálogo y negociación entre las partes; en definitiva, un trabajo de calidad”. El trabajo, como derecho, debe ser ejercido en determinadas condiciones y grados de libertad (Cortina y Conill, 2002, ya citaban a Marx al respecto).

²² Véase Castel (1995/1997) para una revisión histórica del paso de la condición proletaria a la condición obrera, de la relación salarial prevaleciente en los primeros años de la industrialización a la relación salarial fordista.

Constitución de 1976 iría en esa dirección), en un contexto económico internacional que ya no permitirá alcanzar ese objetivo, por más que siga operando como norma social de referencia en lo sucesivo (Prieto, 2002)²³.

No basta con asegurar el pleno empleo (faro y horizonte irrenunciable, por lo demás, para una sociedad que toma el trabajo como eje central de la identidad ciudadana –Alonso, 1999; Prieto *et al.*, 2009), sino que, además, debe tratarse de empleos de calidad, de “buenos empleos” (Prieto, 2002). Entre los rasgos que definirían la calidad de un determinado empleo destacan, por encima de todos, la seguridad y la estabilidad, en una acepción que resulta distinta a la que posteriormente manejarán enfoques como los relativos a la “flexiguridad” (enfoque este, característico del mercado de trabajo contemporáneo, en el que después nos detendremos –véase, por ejemplo, capítulo 3.3) o a los “mercados de trabajo transicionales” (Schmid y Schömann, 2000)²⁴. Para Prieto *et al.* (2009), los rasgos que definen un empleo de calidad son los siguientes: estabilidad o seguridad en el empleo (normalmente asociadas a trabajo a tiempo completo y suficientemente bien retribuido, empleo estable, fijo, indefinido), duración máxima de horas diarias y vacaciones retribuidas, no discriminación, permisos para el cumplimiento de ciertos compromisos extralaborales, mantenimiento de las condiciones de trabajo fundamentales previamente establecidas y de la categoría profesional de cada trabajador, protección eficaz en materia de seguridad e higiene, promoción profesional, participación y representación en la empresa, y negociación

²³ Véase el magnífico trabajo de Ruiz Galacho (2006) para una revisión de las reformas laborales en España desde la transición democrática hasta comienzos del siglo XXI (año 2002), con mención expresa a las “rigideces” heredadas del ordenamiento franquista, fecundamente explotadas como coartada para desarrollar políticas “flexibilizadoras” durante las décadas siguientes al fin de la dictadura. Idea también presente, de forma recurrente, en la argumentación de Andrés Bilbao (1989, 1993, 1998, 1999b, 2000), y que veremos en los apartados correspondientes de nuestro trabajo (especialmente, en 4.1 y 4.4).

²⁴ En una línea similar, Miguélez (2003) apunta que estabilidad en el empleo no equivale simplemente a pleno empleo (por más que esta situación del mercado de trabajo también sea una condición necesaria para que exista dicha estabilidad). Estabilidad, en este sentido, significa que las personas tienen seguridad, real, de no perder fácilmente su empleo, o de encontrar otro rápidamente. También quiere decir que hay una organización social que garantiza esta estabilidad y seguridad, un sustento estructural, normativo. Hablamos, entonces, de aumento del margen de maniobra (de libertad, por decirlo claramente) de los trabajadores para, llegado el caso, elegir unos trabajos u otros en función de sus condiciones. Esto redundaría en un aumento de la calidad de los empleos (en épocas de escasez, las condiciones impuestas por el empleador tienden a ser más duras, habida cuenta de la imposibilidad de los trabajadores individuales de exigir mejoras, viéndose obligados a aceptar condiciones que, en circunstancias mejores, rechazarían).

colectiva²⁵. En esa misma línea encontramos a Cachón (2000), que caracteriza el empleo típico del fordismo como un trabajo realizado para un único empleador y en el centro de trabajo de éste, con un vínculo contractual de duración indefinida y a tiempo completo. La estabilidad como rasgo principal de los empleos de esta época puede hallarse también en la reflexión de Petras (1996), para el que serán los bajos salarios, y no las incertidumbres derivadas de la ausencia de empleo, lo que marcará los límites de acción (y las posibilidades de planificación) a la generación de los trabajadores mayores (estabilidad como garantía desde la que trazar planes de futuro), los padres de los jóvenes de su estudio²⁶.

Nótese que la precariedad de los empleos, característica recurrente de la época “posfordista”, se definirá en términos de carencia²⁷, de imperfección con respecto a estos rasgos, que han de tomarse como definitorios de un tipo ideal de empleo de calidad (Cano, 2000; Battistini, 2009), como “desviación” con respecto a la “relación de empleo estándar” (Rodgers, 1989/1992; Cano, 2007; Santamaría, 2010). Así lo plantea Standing (2011/2013) al perfilar al “precariado” (véase, también, Castel, 2007), que se definiría por la ausencia (inseguridad) de alguno (o de todos) de los rasgos que caracterizan, a decir de este autor, los empleos de la pauta fordista, a saber, seguridad del mercado laboral (posibilidad de obtener un trabajo con ingresos decentes), seguridad en el empleo (protección frente a despidos arbitrarios, regulación sobre la contratación y el despido, etc.), seguridad en el puesto de trabajo (oportunidades de movilidad ascendente, capacidad para mantener un nicho de empleo...), seguridad en el trabajo (protección frente a accidentes y enfermedades laborales), seguridad en la reproducción de las habilidades

²⁵ En el análisis cuantitativo que llevan a cabo estos autores se apuntan cuatro dimensiones básicas para establecer la calidad y la decencia (que aparecen, en su libro, como sinónimas) del empleo: “la seguridad y estabilidad en el empleo y en la trayectoria laboral; el salario decente; el entorno laboral saludable; el equilibrio entre vida laboral y personal” (Prieto *et al.*, 2009:140).

²⁶ Sobre estabilidad (y su contraste con las situaciones de empleo posteriores), véase también Alaluf (2005), Carnoy (2000/2001), o Muñoz del Bustillo (1993).

²⁷ Y aquí puede establecerse una conexión, ciertamente simplista pero apoyada, como veremos (capítulo 4.3), en una realidad laboral dualizada, entre empleos precarios (como imperfectos, como “atípicos”) y juventud (como etapa de formación, como todavía-no-adultez, adolescencia en sentido literal, etimológico).

(formación), seguridad en los ingresos (ingreso estable adecuado y protegido), y seguridad en la representación (sindicatos, derecho de huelga, etc.)²⁸.

Como decimos, los rasgos antes señalados (u otros análogos) caracterizan el “buen empleo” fordista de los años de posguerra, y dibujan un tótem laboral con respecto al cual se juzgarán posteriormente (y también en aquel entonces) todos los empleos, de modo que, como veremos en nuestras entrevistas (Parte Tercera de esta tesis), las comparaciones serán odiosas y cualquier tiempo pasado nos parecerá mejor. Esta relación de empleo estándar, esta norma social de empleo estable, sigue vigente y continúa siendo la norma de referencia del mercado de trabajo (Prieto, 2002; Laparra, 2006), conformadora de convenciones y aspiraciones (Alonso, 2004, 2007; García Noguerol, 2009; Artegui, 2014), patrón desde el que se analizarán después las expectativas y estrategias de trabajadores y empresarios (Dombois, 2002), horizonte asintótico al que pretenden dirigirse las propuestas políticas (Prieto *et al.*, 2009). Los rasgos, ideales, de estos empleos acordes (o tendentes, real o ficticiamente) a la norma sociolaboral fordista continúan actuando como punto de referencia desde el que evaluar las condiciones de cualesquiera otros empleos (Cebrián y Moreno, 2001; Prieto, 2002; Miguélez, 2003; Alaluf, 2005; Cano, 2007).

Jugamos con la noción, estadística (pero también ideológica), de normalidad, que no excluye (más bien supone, asume como necesaria) la existencia de situaciones “distintas” en los extremos de esa curva de Gauss. El debate sobre si la Sociología debe trabajar con la normalidad o analizar las situaciones relativamente atípicas parece un tanto vacío si lo enfocamos desde una perspectiva sistémica: la normalidad nos habla de lo extraño, y lo extraño nos habla de la normalidad, por contrastes y por aproximaciones sucesivas.

²⁸ Rasgos que ya son objeto de reflexión en Standing (2000:97-98). En ese trabajo, tras pasar revista a las distintas dimensiones de calidad/precariedad laboral, continúa con un breve repaso histórico que ya introduce las primeras debilidades (o las primeras excusas para el neoliberalismo) que conducirán a la crisis de la sociedad salarial fordista: “La etapa del capitalismo del bienestar de la posguerra fue un período en el que se extendieron todas las formas de seguridad, se incrementó el salario social y se extendió la justicia distributiva a grupo que hasta entonces habían sido marginados o excluidos del mercado laboral (...) Sin embargo, mientras que la primera parte de esta etapa se caracterizó por la flexibilidad y un progreso económico y social sostenido, en el que los cambios eran lentos y negociables, a medida que las regulaciones, las disposiciones en aras del bienestar y los mecanismos corporativos se generalizaron, se fueron dedicando más a preservar la estabilidad que a promover una reestructuración socioeconómica. Así, el mercado laboral se fue haciendo rígido tanto en su carácter como en sus resultados” (Standing, 2000:101-102).

Una visión holística, obviamente, debería dirigirse a analizar el conjunto de empleos que se desarrollaban durante los años de hegemonía de la pauta fordista, y, metodológicamente, evitar cualquier ingenuidad (por solaz que resulte) respecto a considerar que todos los trabajadores de aquel período, sin distinción, desarrollaban carreras laborales idénticas. Ya Pollert (1991/1994c) nos advertía sobre los peligros de una visión nostálgica, de estabilidad y armonía funcional, que recubriría la imagen del fordismo, por contraste con las incertidumbres que caracterizarían a la sociedad “poslaboral”²⁹. Para esta autora, se producen tanto “distorsiones” como “amnesia” con respecto a esa visión del fordismo:

“La imagen aséptica de un largo período de auge durante la posguerra, presentado como una especie de círculo virtuoso del crecimiento fordista, prescinde del conflicto y la contradicción y de las vidas reales de los trabajadores sometidos a unas relaciones de producción basadas en la explotación (...) la tosca presentación del “consenso de la posguerra” fordista es una caricatura” (Pollert, 1991/1994c:72).

Se habría construido una imagen distorsionada (y deliberadamente ideológica, por supuesto) que oculta unas relaciones mucho más conflictivas de lo que se tiende a señalar, tanto a nivel laboral como social. El modelo de pleno empleo keynesiano, con sus redes públicas de protección, nunca fue universal, toda vez que sólo cubría a los hombres (y hombres nacionales) y ni siquiera a todos ellos, habida cuenta de la persistencia de segmentos (“secundarios”) de empleo en los que no estaba garantizada ni la estabilidad laboral ni un salario suficiente (Recio, 2007). El supuesto universalismo de la pauta fordista y del keynesianismo a ella asociado se erige como un mito, como un discurso ideológico capaz de naturalizar la situación de subordinación de diversos colectivos, que apenas reciben un estatuto de ciudadanía vicaria (y precaria, subordinada, incompleta) en esta sociedad del trabajo (Alonso y Torres, 2003).

²⁹ Una nostalgia peligrosa, según Dombois (2002), por cuanto esta queja sobre la pérdida de la “edad dorada” del capitalismo, que viene a convertirse en un discurso de la degradación (el fordismo como lo normal y todo lo demás como desviado, imperfecto) estaría impidiendo aprovechar (explotar) las oportunidades sociales que ha generado la transformación, en todos los ámbitos, que sigue al colapso del sistema fordista-keynesiano.

Del mismo modo, como veremos al hablar de los tiempos más recientes (capítulo 4.4), esa “forma estándar de empleo” (Cano, 2007:27; Santamaria, 2010:102), configurada durante el período que venimos analizando, se constituye como referente, punto de comparación, para evaluar los distintos empleos y su grado de precariedad. El trabajo asalariado de duración indefinida y a tiempo completo, con derechos sociales de diverso tipo, se convierte, pues, en la vara de medir (Zubero, 2000; Marchand, 2002 –citados en Alonso, 2004; Miguélez, 2003; Prieto *et al.*, 2009; Santamaría, 2010) empleada para calibrar situaciones laborales concretas en períodos sociohistóricos muy distintos al fordismo-keynesianismo en que dicha forma de empleo se configura. Este hecho comparativo que venimos señalando a lo largo de este apartado será crucial de cara a analizar las relaciones intergeneracionales que se articulan en torno al empleo. Como afirmaba Zubero (2006, a partir del relato autobiográfico de Geertz -1983/2002) y como asevera Santos (2003), las trayectorias (la experiencia laboral –y, junto a ella, buena parte de la propia experiencia vital) de los padres dejan de ser una guía para los hijos. De ahí a la tesis de la individualización y de los “viajeros sin mapa” (Bontempi, 2003) hay, como veremos (en el último epígrafe de esta Parte Primera de la tesis, capítulo 5.5), un paso. También lo hay a la frustración juvenil (recogida en Miguélez, 2003; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; también en Moreno, López y Segado, 2012; en CES, 2006; o en Rodríguez y Ballesteros, 2013) al comparar sus empleos con los que disfrutaron sus padres (y que ellos disfrutaron vicariamente, configurando un mundo simbólico que hoy parece desmoronarse). Y es que la forma estándar de empleo estable no es sólo pasado, sino que también sigue vigente para parte de los trabajadores³⁰, actuando como norma de referencia, e ideal, del mercado de trabajo (Laparra, 2006; Prieto *et al.*, 2009).

En estas circunstancias de estabilidad laboral (y vital) y de seguridad material garantizada por los Estados del Bienestar, el trabajo concede una identidad sólida (Dubar, 2000/2002), en tanto que la existencia del individuo (trabajador) se vincula a dicho empleo, que opera, además, como puerta de entrada a la sociedad y a sus beneficios, constituyéndose, así, en medio (único

³⁰ Más adelante (capítulo 4.3) hablaremos de las tendencias de segmentación/dualización del mercado de trabajo español, y de las dinámicas que lo atraviesan y lo configuran, también, como espacio de eventuales conflictos intergeneracionales.

medio, de hecho) de supervivencia. De ahí que se hable del trabajo como una necesidad, aparte de como una obligación moral³¹, en un giro de la dialéctica medios/fines, tan presente en los discursos en torno al trabajo, que identifica al empleo alternativa o simultáneamente como una obligación para la subsistencia (medio) y como una forma de adquirir y de expresar una determinada identidad (fin).

4. Integración social, ciudadanía laboral y (aparente) consenso social.

Esta sociedad del trabajo, basada en la producción en masa bajo los auspicios del modelo fordista, permitirá al trabajador, con un empleo estable y un salario relativamente suficiente, gozar del consumo y, a través de él, de la integración social (Alonso, 2000a, 2000b; Miguélez, 2003). Se trata de un consumo (Alonso, 2007) masivo, poco diferenciado, y esencialmente homogéneo (y homogeneizador), pero que, de alguna manera, introduce un hedonismo que podría generar contradicciones con el régimen disciplinario de trabajo de la época (Alonso y Fernández, 2009b). En cualquier caso, este consumo homogéneo sería reflejo de una cierta homogeneización social³².

³¹ En esa línea se manifiesta Gorz (1991/1995:278): “Lo propio de las “sociedades de trabajo” es que el trabajo está considerado a la vez en ellas como un deber moral, como una obligación social y como la vía hacia el éxito personal”. No menciona el carácter más puramente instrumental del trabajo, pero es que las sociedades del trabajo han contribuido (véase 1.2) a generar toda una mística en torno al empleo que pareciera haber subsumido el carácter esencialmente violento que hay detrás de todo este proceso de asalarización creciente de la actividad humana productiva (mística que, no obstante, estaría en crisis a causa de la pujanza del hedonismo contemporáneo –Offe, 1984/1992b). Respecto al componente moral o ético del trabajo y su centralidad en la vida de los individuos, véase también Santamaría (2002); Crespo y Serrano (2011) para una introducción al tema de la carga moral de la dependencia, tema presente también en Sennett (2003/2003) y en Bauman (1998/2011) y que revisaremos con más detenimiento en epígrafes posteriores (por ejemplo, 3.6) al hablar sobre el paradigma de la activación y las estrategias para culpabilizar (en términos morales incluso) a los individuos por su situación; o Jaccard (1960/1971), Hopenhayn (2001) y Kohler y Martín Artiles (2005) para una revisión de la relación entre moral y trabajo a lo largo de distintos períodos históricos. Quizás el enfoque más decidido a la hora de considerar la importancia de la aparición y circulación de un discurso centrado en la ética del trabajo sea el desarrollado por Bauman (1998/2011) cuando afirma que la ética del trabajo, como deber moral, misión y vocación de todos los miembros de la comunidad, fue la piedra angular sobre la que se construyó el proyecto de la Modernidad al forzar, más o menos suavemente, a la gente a trabajar más allá de lo deseado, más allá de lo necesario.

³² Si bien la identidad, como venimos diciendo, se configuraba, en la época fordista, en la sociedad salarial, a través del trabajo, conviene no descuidar que la diferente posición social que otorgaba un empleo u otro generaba consumos diferenciados, dentro de lo masivo del consumo de dicho período

Para Castel, de hecho, la articulación de la producción en masa con el consumo masivo sería la característica definitoria del sistema fordista (1995/1997:338). Con todo, los viejos ideales de igualdad, perseguidos como anhelo durante siglos, apenas duraron un par de respiraciones (Nietzsche, 1873/1998:17) en la historia de la humanidad. El afán de aumentar la productividad y la rentabilidad, unido a la propia diferenciación (creciente tendencia hacia la personalización) de los mercados de consumo, son factores que están a la base de la crisis de la sociedad fordista, como después veremos (capítulo 3.1). Ya Simmel (1905/2011) o Veblen (1899/2004), por citar sólo dos sociólogos clásicos, señalaban la “necesaria” existencia de la moda y del consumo diferenciador (la *distinción* de Bourdieu, 1979/2012) mientras existieran clases sociales. La sociedad fordista triunfó relativamente en su afán por apagar las grandes llamas revolucionarias que otrora habían alimentado conflictos interclasistas, pero fracasó en su intento de situar la dinámica social en el orden de la estática, de lo inmutable, de la “chatura gris” mesocrática. El propio Alonso (2000b) ya sintetizaba el fordismo diciendo que se caracterizaba por la masa y la homogeneidad, con una libertad de elegir relativamente reducida... un escenario, en definitiva, que hoy nos resultaría ciertamente distópico.

La cuestión laboral, fundiéndose con la cuestión social, quedaba sofocada por la intervención de los Estados de Bienestar orientada a reforzar las seguridades en el trabajo: garantizar el pleno empleo, promover buenas condiciones laborales, proteger al trabajador (Gentile, 2013). Se desarrolla una “ciudadanía laboral” (Alonso, 1999, 2007; véase también Prieto, 2000), que subsume las diferencias de clase bajo las diferencias laborales, asumidas y legitimadas, aceptadas a cambio de la estabilidad laboral y de la seguridad (buenas condiciones, salarios dignos, protección legal) en el empleo. En el esquema interpretativo de Alonso (2004, 2007:69-72), la ciudadanía laboral sólo puede entenderse en el marco general de desarrollo de los Estados del Bienestar, que actuaban como garantes de la previsibilidad y la seguridad frente a cualquier fuente de aleatoriedad que pudiera afectar a los individuos,

histórico (hábilmente retratado por Ritzer en el primer capítulo de su conocida obra *La Mcdonalización de la sociedad* -1993/1996-, donde dibuja un retrato de la época en el que confluyen Taylor y su cronómetro, Ford y su estandarización –negro, negro o negro-...). Para una descripción del fordismo, como contexto vital y organizador de la cotidianeidad, véase, por ejemplo, Sennett (1998/2010).

ciudadanos con derechos garantizados en virtud de su relación con el mercado de trabajo.

“El trabajo se constituía, así, en el elemento central de esta ciudadanía social, y, por tanto, como forma de reconocimiento social servía de primer regulador de los derechos y deberes de los individuos dentro de la sociedad del bienestar” (Alonso, 1999:216).

El empleo como componente esencial en la definición de la ciudadanía y en la constitución del vínculo social (Agulló, 1998; Prieto, 2000; Schmid y Schömann, 2000; Kohler y Martín Artiles, 2005; OBJOVEM, 2008b)³³, como elemento vertebrador en torno al cual se ordena la totalidad de los tiempos de vida de los individuos (Prieto y Ramos, 1999; Rolle, 2005b; Prieto, Ramos y Callejo, 2008), como factor, en suma, que les dota de existencia e identidad sociales (Zubero, 1998; Prieto, 2002; Alonso, 2004). Dominique Méda (1995/1998) plantea el trabajo como “hecho social total”, principal eje social, elemento central que propicia la integración social y constituye una de las formas principales del vínculo entre individuos, por cuanto media y rige todos los intercambios a través de los cuales se construye la identidad individual y colectiva. Y es competencia del Estado lograr ofrecer a los trabajadores/ciudadanos un empleo desde el que ubicarse socialmente, acceder al consumo (Méda, 1995/1998), existir en definitiva³⁴.

Los conflictos, así, quedan regulados, y pasan a ser más horizontales (por puestos de trabajo) que verticales (lucha de clases típica). A decir de Castel, la clase obrera, en cuanto revolucionaria, es “destituida”. No en vano, este autor dedica un pequeño artículo a la cuestión, con el significativo título de *¿Por qué la clase obrera ha perdido la partida?* (Castel, 2001). Entre los

³³ La visión del trabajo como absoluta necesidad para lograr el reconocimiento social (la existencia, el estatuto ciudadano pleno), para la completa inserción del individuo en la sociedad, aparece específicamente en el clásico trabajo de De Zárraga (1985). Sólo cuando se alcanza una situación de actividad “continuada” (De Zárraga, 1985:287) cabe hablar de un proceso de inserción social efectivamente completado.

³⁴ No en vano se destacan los dramáticos efectos que, en una sociedad como esta, presenta una situación de desempleo (como refleja, por ejemplo, el clásico estudio de Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel sobre los parados de Marienthal -1933/1996). Apunta Beck (2001:28), mirando desde el umbral del siglo XXI a esta herencia que nos ha llegado desde aquel momento histórico, desde la construcción de las sociedades del trabajo: “¿En qué medida hace el trabajo libre o no, feliz o no, en una sociedad de pleno empleo a la que le falta el trabajo “normal”?”.

factores que incidieron en dicha “derrota” apunta el sociólogo francés el aumento de la proporción de asalariados no obreros, la segmentación del mercado de trabajo, la aparición en escena de numerosos contingentes de trabajadores inmigrantes, la incorporación definitiva de la mujer al mercado de trabajo, las actuaciones del sector público como contratista... elementos, todos ellos, que quiebran la unidad de la clase obrera, dificultando cualquier propuesta revolucionaria basada en la figura de un obrero (el obrero industrial, dedicado a la producción, el que tenía en mente Marx) que, con el proceso de división de tareas, había quedado obsoleto y resultaba ahora minoritario en el conjunto de la fuerza de trabajo.

“La oscilación entre revolución y reforma, que nunca dejó de atravesar el movimiento obrero, fue fijándose cada vez con mayor insistencia en el segundo polo, y la división entre “ellos” y “nosotros” dejó de alimentar un imaginario de cambio radical” (Castel, 1995/1997:363).

La alternativa revolucionaria se disuelve y la conflictividad social resulta absorbida en un modelo de sociedad salarial, pretendida superación del modelo de sociedad de clases³⁵.

Paralelamente, se abandonan progresivamente las identidades de clase a favor de identidades ciudadanas, no iguales, pero sí “semejantes” (Bilbao, 1993), proceso en el cual los individuos se reconocen como asalariados, condición común pese a las diferencias jerárquicas que se establecen en la

³⁵ Continúa la reflexión de Castel: “Esta concepción secular del trabajo asalariado desapareció en las décadas de 1950 y 1960, arrastrando consigo el rol histórico de la clase obrera. La lenta promoción de una clase asalariada burguesa abrió el camino, y desembocó en un modelo de sociedad ya no atravesada por un conflicto central entre asalariado y no-asalariado, es decir entre proletarios y burgueses, trabajo y capital. La “nueva sociedad”, para retomar un lema de principios de la década de 1970 que pretendía ser la traducción política de ese cambio, estaba organizada en torno a la competencia entre diferentes polos de actividades salariales. Esta sociedad no era homogénea ni estaba pacificada, pero sus antagonismos tomaban la forma de luchas por los puestos de trabajo y las categorías, y no ya de lucha de clases” (Castel, 1995/1997:365). En su *Manifiesto contra el trabajo*, el Grupo Krisis (1999/2002:37) presenta una lectura que resulta crítica con el movimiento obrero, el cual “en vez de criticar radicalmente la transformación de energía humana en dinero como fin absoluto irracional, aceptó el “punto de vista del trabajo” y concibió la explotación económica como un orden de cosas positivo y neutral”, adoptando los postulados pro trabajo en una especie de pacto fáustico, a cambio de unas cuantas monedas de oro o, como diría Ibáñez, a cambio de unos cuantos sueños inmateriales.

pirámide ocupacional, que adopta la forma de *continuum*³⁶. No es que la lucha de clases desaparezca por quedar subsumidas las identidades “fuertes” bajo un concepto tan universal como el de ciudadanía, pero sí, al menos, quedan reguladas, normadas, canalizadas a través de esquemas normativos, bajo formas de negociación colectiva, mecanismos de redistribución de la riqueza en el marco de los estados sociales de inspiración keynesiana (Alonso, 1999; Prieto, 2000; Díaz-Salazar, 2003b). En su *Breve historia del neoliberalismo*, David Harvey (2005/2007) caracteriza este período de posguerra a partir del decisivo papel jugado por los Estados keynesianos, orientados al pleno empleo, interviniendo, siempre que era necesario, en los mercados, “embridando” (Harvey, 2005/2007:17) así al liberalismo, sujetándolo por una red de constreñimientos políticos, sociales, jurídicos. Hablamos de un pacto social, de un consenso, de una *pax* que es más bien tregua durante el período dominado por la socialdemocracia de posguerra (Prieto, 2000; Rodríguez y Ballesteros, 2013).

Alonso (2007), por ejemplo, caracteriza el paso de la sociedad industrial, prefordista, a la sociedad “de la seguridad”, el régimen fordista, por el papel desempeñado por el Estado keynesiano del bienestar, que ensanchaba la noción de ciudadanía y la ampliaba en sus contenidos hasta poder hablar de una ciudadanía total. Existiría, en este movimiento, una dinámica centrípeta, tendente a generar una ideología de clases medias laborales (en línea similar a lo expuesto por Gaggi y Narduzzi, 2006/2006), lo que contribuiría a una integración sistémica del conflicto, una nueva cuestión social (en línea con Castel) integrada orgánicamente en la sociedad fordista. La lucha de clases tradicional queda vaciada de contenido (o cuestionada en su razón de ser) en un contexto de relaciones laborales que parece ceder gustoso (obligado o estratégicamente) a los requerimientos de mejora de las condiciones de vida de su población.

Las contradicciones (como las que apunta Méda, 1995/1998) de esta pauta laboral, de este modelo de sociedad, harán que, años después, el obrero devenido ciudadano (y su familia) tenga que enfrentarse a una situación ya no

³⁶ La existencia de dicho *continuum* no eliminaba la existencia de un bloque periférico o residual de trabajadores que ocupaban posiciones precarias. Para Castel, siempre, en todas las épocas históricas, han existido “inempleables”, bolsas de excluidos (desafiliados o “*surnuméraires*”, en la terminología del autor francés), un “cuarto mundo”, incluso dentro de la sociedad salarial del pleno empleo.

de lucha de clases al uso, sino de una especie de malestar generalizado (o de “sálvese quien pueda”), desde una posición atomizada, fragmentada, carente de referentes colectivos, débil, en suma, tan pronto como el sueño fordista/keynesiano engendrase los monstruos de la desregulación y la precariedad laboral³⁷.

5. Invisibilización y vicariedad en la sociedad del “pleno empleo”.

Este modelo socioeconómico que venimos describiendo supone una relativa “desfamiliarización” de la sociedad o, si se prefiere, una privatización de la familia³⁸, que ya no es el sujeto que se inserta en la vida social, sino que resulta el espacio privado del que, a modo de “gancho”, sale un individuo para engarzar familia y sociedad. Y es a través de dicho individuo, investido de un determinado prestigio social en función del empleo desempeñado, como la familia adquiere una posición determinada en la estructura social. Del mismo modo, el individuo empleado tendrá una posición u otra en su núcleo familiar en virtud de la relación que establezca con el mercado de trabajo, del tipo de

³⁷ Una de las características del precariado (al que después nos referiremos con detalle en 4.5), que habría ido sustituyendo a la clase obrera tradicional (Gálvez, 2007a), sería, precisamente, su carácter diverso, heterogéneo, que le dota de una configuración (y unas identidades) fragmentada que le aleja de cualquier noción tradicional de “clase”. Ahora bien, intentando recuperar la validez de la noción para el heterogéneo mundo laboral contemporáneo, Alaluf (2005:213) plantea lo siguiente: “¿Se corresponde la clase obrera con un estado estable? ¿Puede considerarse su comportamiento como relativamente homogéneo y portador de un proyecto revolucionario natural? Si fuera así, deberíamos admitir que cuanto más nos alejemos de ese estado, más se debilita –si no desaparece– el movimiento obrero. Si, por el contrario, consideramos que el trabajo se transforma constantemente, que está inscrito en una relación salarial que sanciona de alguna manera la precariedad del asalariado, su situación será por definición inestable y la clase obrera, en consecuencia con esto, no podrá más que estar al mismo tiempo en descomposición y recomposición”. Sobre el carácter “de clase” del precariado, la referencia obligada es Standing (2011/2013), obra cuya traducción al castellano olvida sorprendentemente el contenido del subtítulo (*the new dangerous class*). Tampoco faltan voces que afirman la vigencia de la clase trabajadora clásica (y de la noción de clase social, en suma), a partir de la perenne centralidad del valor trabajo, también en estas sociedades supuestamente poslaborales (véase Mingione -1991/1994- o Antunes -1995/1999).

³⁸ Y aquí *privado* funciona tanto en calidad de nombre como en calidad de adjetivo, tal y como apunta Virno (2003). Privado como carente: el trabajo que se realiza en la esfera doméstica es invisibilizado, carece de representación (y valoración) social, resulta “improductivo”, está desprovisto de reconocimiento y de derechos, y es desempeñado por personas, paradójicamente, “inactivas” a ojos (el ojo foucaultiano) de la estadística estatal, que pretende instituirse como único dato cierto a nivel de la sociedad.

empleo que alcance (de ahí la importancia capital, a todos los niveles, de la tenencia de empleo –y de un tipo de empleo u otro- y los efectos negativos que, sobre ese individuo trabajador, puede tener la ausencia de trabajo, la situación de desempleo, la movilidad ocupacional, etc.). En resumen: la sociedad del trabajo configura, moldea, un tipo concreto de trabajador y, también, de familia (Giddens, 1999/2001; Alonso, 2000b). Es el modelo del “male breadwinner”, que tiene como correlato, para la mujer, el papel de “housewife” (y, para los hijos, el papel de estudiante... hasta que consiga integrarse en cualquiera de estos dos roles adultos), el modelo de familia del hombre proveedor de recursos y la mujer ama de casa (Carnoy, 2000/2001; Prieto, 2002; Miguélez, 2003)³⁹.

En este modelo familiar, el hombre es el único que desempeña un *trabajo* (véase 1.1), adquiriendo el resto de los miembros de la familia sólo garantías ciudadanas vicarias (Dombois, 2002; Alonso, 2004; Gautié, 2004)⁴⁰. Bauman (1998/2011) enfatiza el carácter funcional de este modelo de familia tradicional, patriarcal, en la que el hombre habría de comportarse como un capataz se comporta en la fábrica: vigilando y disciplinando allá donde el Estado no llega. Una sociedad basada en el trabajo, que sitúa el estatus laboral en el centro de la condición ciudadana (pública), ha de tener un correlato adecuado en el ámbito familiar (privado), para asegurar una correcta reproducción social, de personas y de mentalidades.

Este modelo de familia se engarzaba, funcionalmente, con el modelo de Estado del Bienestar propio de la época, cuya función vendría a ser complementar el salario del varón sustentador y las rentas suplementarias (siempre secundarias, siempre menos reconocidas socialmente –y con menor

³⁹ Para una revisión de este modelo tradicional de familia desde su fuente funcionalista, véase, por ejemplo, Parsons y Bales (1955).

⁴⁰ Como en diversos otros puntos a lo largo de nuestro texto, volvemos a enfatizar la necesidad de evitar cualquier tipo de esencialismo. Si el modelo de familia tradicional se habría visto hoy “erosionado” (Dombois, 2002) con la incorporación masiva (y permanente) de la mujer al mercado de trabajo, ello no implica que este modelo haya llegado a su fin, como defienden Carnoy (2000/2001, para quien esta familia nuclear sería el modelo propio de la Revolución Industrial y, por lo tanto, hoy carecería de existencia en un contexto de cambio acelerado al calor de la *Era de la información*) o Recio (2010, para el que este modelo tradicional, simplemente, ya no estaría vigente -o sería “minoritario”, como afirma Giddens, 1999/2001). Defendemos la vigencia, todavía hoy, de esta forma familiar tradicional, especialmente si nos referimos no ya sólo a las prácticas familiares, sino al imaginario colectivo en torno a las obligaciones (reales y/o prescritas) asociadas a los distintos roles dentro de una familia. Sobre los cambios en la familia y su vinculación con el contexto laboral actual, véase Migliavacca (2010), o Gautié (2004).

retribución) de otros miembros del hogar (Mingione, 1991/1994). No es casual que las actividades tradicionalmente vinculadas con tareas “femeninas” (cuidado de personas y mantenimiento doméstico), no reconocidas como “trabajo” según la acepción normalizada del término, hayan sido (y sigan siendo) merecedoras de una menor valoración social, lo que ha permitido que la minusvaloración en términos de prestigio se traduzca en una infrarremuneración en términos salariales⁴¹.

Esta figura, prototípica, del varón sustentador construye, en el imaginario colectivo, un patrón social para la regulación de la relación laboral (Finkel, 1994; Torns, 2000; Comisión de Expertos para el diálogo social, 2005), marcando una cierta pauta de aceptabilidad de las distintas situaciones laborales y de desempleo. Así, existiría una tolerancia social mayor (Alonso y Torres, 2003; Gentile, 2005; Baizán, 2006) ante el desempleo de todas aquellas personas (jóvenes, mujeres...) que no son (o se piensa que no serán) los principales proveedores de los ingresos económicos de la unidad familiar, por más que ésta también esté sometida a un proceso de transformación muy profundo, también en lo que atañe a quién se constituye como generador de recursos económicos (*incomes*). De modo coherente con esa visión, el trabajo de las mujeres es percibido como “ayuda”, complemento, secundario con respecto a este trabajo del hombre adulto, que es el “empleo normal” de la pauta fordista (Alonso y Torres, 2003). Así, como ya mencionábamos antes al citar a Anna Pollert (1991/1994c), el modelo de “pleno empleo” fordista se nos presenta como una ilusión, por cuanto es un (supuesto) pleno empleo limitado a los hombres, adultos y nacionales, excluyendo del mercado a grandes contingentes poblacionales. Su universalismo, en las denominadas “sociedades del trabajo”, es ficticio (Prieto, 2002) y establece jerarquías (exclusiones, divisiones, fracturas) entre asalariados y no asalariados.

Como vimos con anterioridad, la definición de trabajo desarrollada durante la Modernidad se limita a un tipo concreto de relación (salarial), limitando la actividad en sí misma susceptible de ser considerada “trabajo”

⁴¹ Veremos más adelante (capítulo 4.2) cómo este hecho afecta especialmente a la sociedad “poslaboral”, que descansa, precisamente, en la difusión de servicios personales como “yacimiento de empleo” en un contexto marcado por la desaparición de los “trabajos” al uso tal y como los definía la pauta fordista, en el advenimiento de una sociedad (“civilización”, a decir de Tezanos, 2001) “poslaboral”, de empleos menguantes y ocios supuestamente crecientes.

hasta hacerla coincidir con el más restrictivo término de “empleo”. En este orden social, el trabajo adquiere una forma particular, invisibilizando gran cantidad de actividades, por carecer de alguno de los atributos que caracterizarían el trabajo-empleo, como la retribución, a decir de Prieto (2000), o de Naredo (1997, 2001), rasgo fundamental de la definición de *empleo* por cuanto excluye buena parte de las actividades humanas, así como el trabajo voluntario, las ayudas familiares (vinculadas en gran medida a los miembros más jóvenes de la familia), las actividades de autoproducción y cuidado (tradicionalmente asociadas a las mujeres) (Bauman, 1998/2011; Zubero, 1998; Torns, 2000; Precarias a la deriva, 2004). De esta manera, el fordismo irá definiendo aquellos colectivos integrados socialmente y aquellos otros que quedan subordinados, en la cuneta, o en las regiones de sombra e invisibilidad (pero sin que dicha invisibilidad suponga que no están explotados, dominados, oprimidos y sin reconocimiento). Hablamos, por lo tanto, de una ciudadanía laboral, que tiene el complemento de una ciudadanía vicaria para aquellos grupos que, como las mujeres, no se encontraban bajo el patrón de empleo del fordismo (Alonso y Torres, 2003; Alonso, 2004). Se genera una violencia simbólica sobre estos grupos, que conduce a la naturalización de su situación de subordinación, condición que tendrá su efecto en la posterior sociedad posfordista:

“El supuesto universalismo del Estado del bienestar keynesiano fue así manteniendo grupos sociales tratados de manera sistemáticamente antiequitativa, grupos que como las mujeres jóvenes contribuyeron históricamente a generar el excedente, la riqueza, la seguridad y el bienestar de su inocultable trabajo monetario y no monetario y a cambio fueron invisibilizadas en sus derechos subjetivos y materialmente discriminadas” (Alonso y Torres, 2003:133).

En la misma línea se expresa Santamaría (2002:4) cuando denuncia que

“El trabajo reducido al empleo y ubicado exclusivamente en el campo de la producción económica, hace invisible tanto social como conceptualmente otros tipos de trabajo, como son el trabajo familiar y doméstico, el trabajo informal, el trabajo de voluntariado, comunitario, etc.”.

Los derechos sociales y civiles irán construyéndose en torno a esta distinción, basada, como decimos, en el empleo, en el desarrollo de la condición salarial. Se construye así una objetivación concreta del trabajo, que lleva aparejada una imagen muy concreta del sujeto trabajador y, con él, del ciudadano sujeto de derechos y receptor de beneficios sociales. Mujeres, inmigrantes y jóvenes (nótese que todas estas condiciones pueden fundirse en una misma persona, sumando factores de debilidad estructural a la posición del individuo en este modelo de sociedad) se mantenían fuera del mercado de trabajo o, cuando estaban dentro, lo hacían en posiciones (segmentos) secundarias, precarizadas, lejos de las garantías de estabilidad y salario propias de los trabajadores del núcleo (Recio, 2007), formando parte de un ejército de reserva de mano de obra flexible y adaptable con respecto al cual no se contraen compromisos sólidos, plasmados en derechos laborales (que son los que engendran los derechos sociales, ciudadanos, en este período fordista-keynesiano). Si la perspectiva de género en Sociología ha mostrado su potencial a la hora de analizar la situación de las mujeres en el mercado de trabajo⁴², conviene desarrollar, igualmente, un enfoque que, integrando también dicha perspectiva, permita comprender la manera en que se desenvuelven, específicamente, los jóvenes en un mercado de trabajo crecientemente cerrado, superando la hipótesis del pacto intergeneracional (a la que nos referiremos en el siguiente epígrafe).

6. Linealidad e identidad: las posibilidades de una biografía controlable.

En un contexto social como el que venimos describiendo es lógico esperar que el trabajo (el trabajo remunerado), elemento al que se confiere

⁴² Por limitaciones de espacio, no nos detendremos específicamente en esta cuestión, del máximo interés, por lo demás. Remitimos al trabajo de autoras que se han especializado en este ámbito, como Teresa Torns (véase, por ejemplo, Torns, 2000), Arlie Hochschild (1979, 1983), o Catherine Hakim (2011/2012)... Sí queremos hacer constar, en la línea de todos aquellos autores que han reivindicado la importancia del enfoque basado en clases sociales, la necesidad de trascender (o, al menos, *complementar*) el análisis de género hacia otras perspectivas que permitan entender formas de división social primarias, como, sobre todo, el origen social. Sin que ello resulte óbice, por supuesto, para entender el género como una variable absolutamente clave en la producción de desigualdades sociales.

absoluta primacía, resulte central a la hora de configurar el ciclo vital de los individuos, sobre todo el de los hombres, protagonistas oficiales de este modelo de sociedad salarial⁴³. Y se trata de un ciclo vital esencialmente lineal, en el que las biografías laborales de los sujetos se articulan en torno a un único empleo (o patrón de empleo), que se mantiene, con contratos prácticamente vitalicios sancionados por las propias regulaciones estatales, desde el ingreso al mercado de trabajo hasta que se abandona con la jubilación (Alonso, 2000a, 2000b, 2004, 2007; Carnoy, 2000/2001; OBJOVEM, 2008b; Moreno *et al.*, 2012). En palabras de Alonso (2000b:75):

“La biografía productiva fordista era un continuo que discurría entre una incorporación relativamente temprana al trabajo corriente y una jubilación relativamente también tardía de la vida activa en una trayectoria levemente ascendente dentro de una misma empresa o con mínimos cambios entre categorías muy homogéneas”.

Un modelo, en definitiva, basado en ciclos laborales largos, trabajando para pocos empleadores (quizás incluso para un único empleador a lo largo de toda la biografía laboral), a través de vínculos contractuales que enfatizaban el componente de estabilidad (duración indefinida, tiempo completo).

Es la época de las políticas educativas expansivas, en la que la formación y la cualificación van de la mano del modelo productivo y de ciudadanía laboral propuesto por el fordismo-keynesianismo, existiendo índices muy altos de correlación entre la inversión educativa y el lugar que se alcanza en la jerarquía de ocupaciones profesionales. De hecho, se llega a postular (Alonso, 2000a, 2000b) que la propia juventud, en tanto que periodo generalizado (masivo, podríamos decir, por acercarnos a la caracterización clásica del fordismo que venimos manejando en este texto), sería una creación

⁴³ La idea de que cada etapa histórica tendría un modelo prototípico de ciclo vital (o de transición entre las distintas fases de dicho ciclo vital, con lo que ello implica de definición de cada una de dichas etapas, siendo una de ellas la propia juventud) está presente en Casal (1999) o en Feixa (2014). Conviene destacar, como hacen ambos autores, que dichos modelos ideales no operan como compartimentos estancos, produciéndose solapamientos, coexistencias en una misma sociedad de elementos de todos ellos. Así, como veremos (capítulo 5.5), hoy todavía existen (aunque seguramente estén en declive) trayectorias “fordistas”, ciclos vitales caracterizados por los principios organizativos y los ritmos de tránsito que a continuación detallaremos en este apartado (no en vano, Casal –véase 1999, 2000, 2004– siempre ha hablado de una pauta transicional de “éxito precoz”, cercana a lo que definiremos como la transición normalizada propia del momento fordista-keynesiano).

(creación/conquista/invento) propia de este período histórico, y aparecería muy vinculada a ese período de adquisición de las credenciales que permitirían a los sujetos insertarse, después, en el mundo del trabajo. Una vez conocido el punto de entrada al mercado de trabajo resultaba relativamente fácil prever la posición en la que se saldría del mismo (como destaca Sennett -1998/2010- en el relato de Enrico), habida cuenta de que las trayectorias estaban muy pautadas, con relativa escasez de movilidad ocupacional una vez tomado el “tren” del empleo (por jugar con la metáfora de Beck, 1986/1998; Roberts, 1995; o Furlong y Cartmel, 1997). Estas credenciales (los “billetes” del tren, por seguir con la fecunda metáfora de Beck), de mayor o menor entidad, se obtendrían en función del origen social y, se postula, crecientemente, en función de las propias aptitudes personales: es el tiempo del discurso meritocrático, que alimenta y se alimenta de una fe en el progreso social (Prieto, 2002; Gálvez, 2007a), en la posibilidad de movilidad social a través del trabajo (Martín Criado, 1998; Sennett, 1998/2010; Fernández Steinko, 1999; Santos, 2003; Standing, 2011/2013). Así lo señala Gil Calvo (2009) en su recorrido histórico, cuando apunta esta etapa, la posterior a la Segunda Guerra Mundial, como aquella en la que se abrieron las oportunidades de movilidad social que habían permanecido bloqueadas durante el tiempo de vigencia de la sociedad industrial previa, emancipándose las trayectorias individuales de los orígenes de clase, gracias en buena medida a la aparición del Estado del Bienestar, pasando a estar autodeterminadas por el esfuerzo meritocrático de cada sujeto⁴⁴. La crisis de este discurso, como veremos (capítulo 5.3), tiene graves consecuencias para los jóvenes actuales, socializados en unos patrones (unas guías de conducta, unas visiones del mundo) que habrían dejado de ser operativos.

Esto, la previsibilidad que posibilita la correspondencia entre cualificación y empleo, la linealidad biográfica y la seguridad en el trabajo son elementos cruciales en el análisis de las transiciones juveniles de la época,

⁴⁴ Esta idea puede encontrarse también en el trabajo clásico de Coleman y Husén (1985/1989). Posteriormente, Esping-Andersen (1999/2000) denunciará que este ideal meritocrático sería, también para estas sociedades, más un mito que una realidad (en la misma línea que, años después, recogerán Standing -2011/2013- o Brunet, Belzunegui y Valls -2013). Para un análisis de la movilidad social desde una perspectiva centrada en las relaciones intergeneracionales y en las inversiones (como estrategias familiares) en educación, véase Escribá (2006) o Bernardi (2007), trabajos que, por lo demás, aportan una abundante bibliografía sobre debates clásicos en torno a esta cuestión.

basadas como estaban en la incorporación al mercado de trabajo y en la promesa de permanencia en el mismo a lo largo de la vida laboral del individuo, permitiéndole planificar en cualquier momento su futuro a medio y largo plazo, con probabilidades de acierto relativamente elevadas. Se trataría de un modelo en el que, como decimos, las inversiones formativas iniciales determinarían en gran medida la posición de acceso (y, con ella, la de la salida) a la estructura salarial, en la que, posteriormente, se promocionaría (normalmente con poco rango de variación) a través de la antigüedad, valor considerado fundamental en un régimen caracterizado por su estabilidad y su progresividad, su carácter lineal y acumulativo, que fomenta la idea de “carrera” y la etiqueta (con toda su riqueza y carga semántica) de “transiciones *normalizadas*” (Osterland, 1990 – Citado en Dombois, 2002; Alonso, 2000a, 2000b, 2007; Machado, 2001/2007; Santos, 2003; Gentile, 2005; Santamaría, 2010; Standing, 2011/2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014).

El modelo fordista se caracterizaría, así (para los hombres), por unas transiciones rápidas de la formación al empleo (Frutos, 2006; Santos y Martín, 2012), complementándose esa formación en el propio puesto de trabajo (Casal, 1999; Díaz-Salazar, 2003b; Recio, 2010). En ello se observa el valor fundamental atribuido a la experiencia (que se hace coincidir con la antigüedad, en un ejercicio de simplificación que, como siempre, no tiene nada de inocente) en un contexto laboral marcado por la estabilidad y la seguridad⁴⁵. La biografía laboral fordista sería, en suma, un largo transcurrir esencialmente lineal en el que la promesa de un progreso continuo descansa en la consecución sucesiva de mejoras que se van acumulando a medida que se van cumpliendo años en la empresa (Alonso, 1999, 2000a, 2000b, 2004).

En ese momento histórico, por lo tanto,

“los jóvenes (...) operaban en contextos razonablemente predecibles, en los que tenían determinadas seguridades y en los que podían alcanzar –y controlar– sus expectativas de acuerdo a sus esfuerzos formativos y a una lógica social conocida de antemano” (Tezanos, 2009:24).

⁴⁵ Alonso (2007 –véase, igualmente, 2004), a partir de Maruani y Reynaud (1993), destaca el valor, utilitario, de la antigüedad, también, como elemento de defensa del puesto de trabajo, siguiendo la lógica de “el último en llegar es el primero en salir” (“*last in first out*”: LIFO, en Malo y Cueto, 2012), que se aplicaría en cualquier categoría profesional. Esta idea merecerá un debate al analizar el mercado de trabajo español y sus tendencias de segmentación/dualización (capítulo 4.1).

Habría que matizar, más incluso de lo que lo hace este último autor citado, que ese “razonable control” de sus trayectorias laborales, o que esa “predictibilidad” de los contextos en que se desarrollaban sus transiciones, no hacían de estas algo “sencillo” en todos los casos y en todas las biografías individuales. Quizás sí más “seguras” (o, por introducir el mantra beckiano, menos “arriesgadas”), pero no por ello menos costosas en todos los sentidos, como muy acertadamente recuerdan Rodríguez y Ballesteros (2013), o Petras (1996), que señala los bajos salarios como principal problema de aquella *época dorada*, lo que hacía del ahorro más una obligación que una virtud: vida asegurada, sin riesgos, pero sin lujos (cercana a la “chatura gris” de la que hablase Simmel (1903/1998). Como sintetiza el manual de Kohler y Martín Artiles (2005:265),

“en la época fordista o del “capitalismo organizado” parecía que el individuo había encontrado un marco institucional estable para la organización de su vida, para la construcción de su biografía personal, siguiendo unos senderos predefinidos de educación, carrera profesional y pautas familiares. La vida de los individuos del siglo XX transcurrió por las grandes organizaciones que daban estabilidad y orden a las sociedades más avanzadas: escuelas, universidades, administraciones, ejércitos, grandes empresas, sindicatos y ciudades ordenadas”⁴⁶.

Sería, en su conjunto, una sociedad de largos plazos y cálculos previsibles, en la que tiene sentido la postergación, la ética del aplazamiento (Sennett, 1998/2010; Alonso, 2007; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015). Del mismo modo que la pauta de empleo propia de este período fordista-keynesiano se constituye como referente para analizar las distintas situaciones laborales de los individuos contemporáneos (como vimos en 2.3), estas transiciones lineales, pautadas, protegidas, “aseguradas”, se convierten en el patrón analítico para la primera sociología de la juventud, con todo lo que ello implica, en cuanto a limitaciones, cuando cambian las circunstancias en que se desarrollan las transiciones (y, con ellas, las propias

⁴⁶ Sobre la importancia de estas instituciones en el proyecto de la Modernidad (de cuya crisis hablaremos a continuación –capítulo 3.2), véase Dubet (2002/2006). La idea del “capitalismo organizado” (en su antítesis, de desorganizado), puede verse en Lash y Urry (1987).

transiciones mudan sus ritmos y características) y los académicos se ven sin utillaje conceptual para desarrollar el análisis de las nuevas trayectorias biográficas en la posmodernidad (véase, al respecto, Santamaría, 2010:109)⁴⁷. De un modo ciertamente esquemático, De la Cal (2002) postula que este modelo sociolaboral favorecía la implantación de un ciclo de vida dividido en tres etapas claramente diferenciadas, con la relación con respecto al trabajo como eje vertebrador de dichas etapas y de las transiciones entre ellas. Así, a una primera etapa de juventud (como formación para el trabajo posterior), seguiría una etapa (la adultez) de producción, que daría paso a una etapa final de jubilación e inactividad (la vejez). Tres fases⁴⁸ perfectamente hiladas, entre las cuales el tránsito es fluido, previsible, con entradas y salidas suaves y relativamente lentas (períodos de adaptación al entrar, períodos de preparación antes de salir), un tránsito dotado de una lógica interna socialmente instituida y asumida como natural, un patrón normalizado en el que se socializan los individuos (y que es asumido como normal por sus descendientes).

Esa lógica temporal, lineal, controlable y garante de todo cálculo, vendría a ser el fundamento de posibilidad del *pacto social* fordista, que descansa en lo anteriormente apuntado (capítulo 2.5) sobre el patrón de ciudadano/trabajador y en la distinta aceptabilidad social (Garrido Luque, 1999; Carnoy, 2000/2001; Alonso y Torres, 2003; Cohen, 2006/2007; Baizán, 2006; Recio, 2007) de distintas situaciones de desempleo o precariedad laboral de mujeres, jóvenes, o cualquier otro colectivo que se aleje de esa norma laboral representada por el obrero fordista (Gentile, 2005)⁴⁹. Desde esta perspectiva, el pacto (o contrato) social implícito (o tácito) respondería a la necesidad de proteger a los trabajadores mayores de una competencia (desleal) cada vez mejor formada y flexible, más adaptable a nuevas exigencias de ritmos, horarios y

⁴⁷ Tezanos (2001) ya menciona este “indicio” de creación de un nuevo lenguaje por parte de los académicos en los momentos de cambio social.

⁴⁸ Las mismas que identifican Prieto (2002) o Alonso (2004, 2007) para referirse al modelo de biografía laboral fordista: “El ciclo de vida estaba organizado exclusivamente por el trabajo teniendo como referencia central al adulto productor, siendo el trabajo el fundamental, casi único, factor de identidad y reconocimiento social” (Alonso, 2007:72).

⁴⁹ “Da la impresión de que a las instituciones y a la sociedad española les tranquiliza el hecho de que el paro sea un problema de personas jóvenes, y no tanto una cuestión que atañe a madres y padres con responsabilidades familiares” (Aguinaga y Comas, 2013:149). El problema, como veremos en 4.3, aparece en toda su magnitud cuando se asiste a la “desestabilización de los estables”, cuando el “coeficiente de lastre” de que hablase Hochschild (1997) comienza a aplicarse a todos por igual (Boltanski y Chiapello, 1999/2002).

cualificaciones, más dócil (por su propia debilidad en el mercado de trabajo). Esta es la explicación clásica que ofrece Luis Garrido Medina (1996b) para justificar las desiguales tasas de temporalidad entre trabajadores en función de su edad, y es la tesis que podemos encontrar también en García Serrano, Garrido y Toharia (1999). A cambio, en lo que a los jóvenes se refiere, este pacto establecía que, tras un período formativo más o menos largo, más o menos breve (generalmente más breve que largo), tenían asegurada la integración sociolaboral, una vez que cumplieran con su parte del trato: sumisión a cambio de integración postergada (Sanmartín y Ballesteros, 2015), moratoria libre de responsabilidades a cambio de aceptación de un *status quo* desigualitario basado en el modelo fordista de trabajador/ciudadano. Fernando Conde (1999:77) lo plantea en estos términos:

“...la “sociedad” exigía al joven amplio rendimiento escolar y educativo. Le planteaba todo un tiempo de transición en el que ser joven significaba prepararse concienzudamente para el futuro. Esfuerzo de trabajo y de estudio que, vendría a decir la sociedad, configuraría el principio de realidad al que han de adaptarse los jóvenes (...) Por otro lado, y como contrapartida, la sociedad permitiría a los jóvenes una amplia libertad personal, corporal y sexual de modo que el joven podría canalizar hacia ese mundo la energía contenida y acumulada en el esfuerzo de futuro anterior (...) El cumplimiento del pacto por ambas partes garantizaba que los jóvenes, al llegar a una cierta edad, alcanzaban su emancipación vía trabajo y vivienda, y podían pasar a formar una nueva familia cumpliendo el conjunto de requisitos citados anteriormente”⁵⁰.

La familia, ayudada por el Estado del Bienestar de la época, se ocupaba de sofocar cualquier frustración, favoreciendo esa aceptación, más o menos convencida (Fernández Steinko, 1999; Toharia, Davia y Hernanz, 2001; Jurado, 2007; Recio, 2010; Gentile, 2013), asistiéndose a una “digestión” familiar de la situación: “los costes que los jóvenes asumen en el espacio público, los ven compensados en el espacio privado” (Garrido Medina, 1996b:72). Todo ello en el marco de una solidaridad intergeneracional (el famoso “colchón” que evitaría

⁵⁰ En la misma línea se manifiesta Conde en el prólogo que escribe al trabajo de Rodríguez y Ballesteros (2013): la juventud como etapa de preparación, de renuncia a la satisfacción inmediata, tras la cual, como contraprestación, la sociedad se comprometía a promover la independencia (integración) de dichos jóvenes.

a los jóvenes caer en la pobreza) que vendría a caracterizar el régimen de bienestar mediterráneo del que España es buen representante (véase 5.2 para estas cuestiones, en su aplicación concreta a la situación de los jóvenes españoles).

Es sobre esta quiebra de la “flecha del tiempo” (Gil Calvo, 2009), sobre el fin del relato ordenado y secuencial y sus efectos sobre las personas, sobre lo que gravita todo el análisis de Sennett en su célebre *La corrosión del carácter* (1998/2010). Volvemos así a la noción de *carrera*, que Sennett vinculará, en términos morales incluso, con la de “carácter”, sustrato profundo de la personalidad del individuo, de su identidad, construida en torno al trabajo⁵¹. Las posibilidades de construir un relato, una narración, permitían dotar de sentido a la propia experiencia, que tendría coherencia interna, y que daría a los individuos la sensación (a veces simplemente eso, una ficción) de estar escribiendo sus propias vidas. Es el relato de Enrico, por contraposición al de su hijo Rico (cuyo recorrido se desarrollará ya en la sociedad posfordista, a la que nos referiremos en los epígrafes de los dos capítulos siguientes), predecible, lineal, de logros acumulativos y escasísimas variaciones a lo largo de los años, lo que le permitía realizar cálculos de futuro con relativa certeza de que se realizarían (Alonso, 2004) y, en ese sentido, dotaría de razón de ser a los compromisos y sacrificios (sustrato del “carácter” en Sennett), organizaría la vida más allá de la ironía propia de nuestra época posmoderna (Rorty, 1989/1996)⁵². Siguiendo a Weber o a Lippmann, Sennett afirma que el desarrollo del carácter sólo es posible mediante un esfuerzo organizado y a largo plazo, algo que, resultando muy difícil en el capitalismo del siglo XXI, sí pudo desarrollarse en el período que venimos refiriendo como “pauta fordista”. “Trabajadores regularizados en ciclos biográficos largos y firmes”, concluye Alonso (2000b:185) para caracterizar esa época. Ciclos largos y firmes como

⁵¹ Sobre la noción de “carrera” (y sobre su crisis en el capitalismo informacional), véase también Santos (2006), Zubero (2006) o Fernández Steinko (1999), quien enfatiza las posibilidades de movilidad social a través de la antigüedad, por acumulación de experiencia, que ofrecía la carrera en la etapa fordista. La noción de carrera puede vincularse a “oficio” (que Callejo -2009-, a su vez, relaciona con el establecimiento de vínculos comunitarios), así como a “artesanía”, por seguir con la terminología de Sennett (véase *El artesano* -2008/2009-, así como la propia historia de la panadería que describe en el capítulo 4 de *La corrosión del carácter* -1998/2010).

⁵² Esta preocupación, tan cara a Sennett, sobre la erosión de las bases que permitían el desarrollo de una identidad estable, vuelve a aparecer en obras posteriores, como en *La cultura del nuevo capitalismo* (2006/2006), o la encontramos gravitando sobre sus reflexiones en *El artesano* (2008/2009), *El respeto* (2003/2003), o en otras contribuciones (véase Sennett, 2000/2001, 2000/2002).

terreno propicio para que ese *carácter*, esa identidad sólida y estable, logre echar raíces.

La importancia del grado de coherencia biográfica entre los distintos tiempos resulta crucial a la hora de dotar a los individuos de una identidad personal estable y socialmente aceptada y reconocida, que les permita gozar de una ciudadanía plena y de una existencia social plenamente reconocida en el seno de las “sociedades del trabajo”. Una identidad narrativa (véase Dubar - 2000/2002- o Ricoeur, 1983-1985/1995-1996, sobre esta noción; o Revilla y Tovar -2009- y De Castro -2012), que, bajo la norma sociolaboral del fordismo, adquirirá la forma de narración del progreso (que se opondrá, según De Castro -2012-, a las narrativas posmodernas: de la frustración o del absurdo)⁵³. Esta identidad narrativa, que podríamos identificar con el “carácter” sennettiano (Sennett, 1998/2010; Alonso, 2000b), se fundamenta en la premisa de que, en ella,

“los acontecimientos se presentan de una manera ordenada e inteligible, y, por otro lado, los trabajadores se muestran capaces de adaptar sus acciones a la dinámica de los acontecimientos que perciben como favorable a sus deseos. Lo más relevante es que la experiencia temporal de los trabajadores se basa en una continuidad entre el pasado y el futuro (tiempo interno) y una coherencia entre los diferentes tiempos sociales (tiempo externo), y que dicha continuidad y coherencia se ha realizado gracias, en parte, a sus propias acciones” (De Castro, 2012:436).

El tiempo vital aparece, pues, estructurado a través del tiempo de trabajo, que se inserta dentro de una continuidad que dota de orden y coherencia al conjunto de la existencia de los trabajadores. Ocupa así el trabajo, en suma, un lugar absolutamente central en la vida de los individuos

⁵³ Si bien es cierto que la diferenciación que plantea este autor se establece a partir del análisis de tres sectores, de tres empresas, contemporáneas a nosotros (una refinería, una entidad financiera y un hipermercado), no parece que hubiera mucha dificultad para ubicar cada uno de los modelos seguidos en la organización de los tiempos de trabajo en dichas empresas asociándolos a un momento histórico concreto, en un *continuum* desde el fordismo clásico propio de la refinería hasta la flexibilidad extrema que experimentan las cajas de hipermercado, con los trabajadores del sector bancario (también estudiados en Prieto, 2009), en una posición intermedia, asimismo de creciente flexibilidad. Un análisis relacionado, pero que analiza un mismo colectivo (profesionales con puestos de responsabilidad intermedia) en tres momentos característicos (taylorismo, fordismo y posfordismo) que definen los tres grandes regímenes laborales del siglo XX, y cómo dichos regímenes inciden en las condiciones de posibilidad del trabajo identitario, de construcción de la identidad personal en relación al trabajo, puede encontrarse en Revilla y Tovar (2009).

(“teñía la totalidad de la vida” -Bauman, 1998/2011:34), ordenando el conjunto de las actividades del individuo, constituyendo el eje central de su identidad social (Dubet, 2002/2006; Callejo, 2009; Garner *et al.*, 2009)⁵⁴, del mismo modo que ocupaba una posición preeminente como principio ordenador, pilar vertebrador, de este modelo de sociedades, en la configuración sistémica de las mismas (Prieto, 2007; Revilla y Tovar, 2009, para una revisión del cambio en la configuración de las identidades a partir de Elias, 1939/1988)⁵⁵.

En esas coordenadas sociales, no es extraño que los desempleados presentasen una “identidad deteriorada” (Santos y Serrano, 2006, en la línea de Goffman). Los efectos del desempleo en una sociedad basada en una norma social de empleo como la que venimos describiendo serán devastadores e irán mucho más allá de lo meramente económico (Jahoda, 1984; Méda, 1995/1998; Garrido Luque, 1996; Ominus, 1997/1998; Giarini y Liedtke, 1998; Beck, 2001; Garner *et al.*, 2009; Muñoz, 2009; Gallardo, 2011), convirtiendo al parado en un “muerto viviente” (Agulló, 2001:122), una aberración con respecto a la norma, produciéndose una estigmatización social de los laboralmente precarios, que se habría agravado después, pese a la progresiva “desaparición” de la sociedad del trabajo, en la sociedad posfordista (Offe, 1997):

“en una sociedad en la que la inserción social, y el sentido de la existencia social se realiza a través del empleo y más precisamente del empleo estable (así se define –todavía- la situación laboral de la mayoría de los trabajadores asalariados), el parado es alguien a quien la sociedad, a través del mercado en tanto que institución social, le rechaza y le condena –

⁵⁴ Por más que haya voces discordantes, como la de Gorz (1997/1998), para quien el empleo, incluso en el apogeo de las sociedades laborales, constituía un lazo débil. Para este autor, la identidad se obtenía, primariamente, de la pertenencia a una determinada clase social, más que del desempeño de un empleo concreto (holgaría decir que la pertenencia a una clase u otra depende, primordialmente, del trabajo que se realiza).

⁵⁵ Igualmente, destaca Santamaría (2011:34-39), el trabajo-empleo ocupa una posición fundamental en el propio campo científico, en el desarrollo y los enfoques de las distintas perspectivas. En Sociología es a partir de 1961 (año en el que Friedmann y Naville publican por vez primera su *Tratado de Sociología del Trabajo*, en la que consideran al ser humano como un animal social esencialmente ocupado por el trabajo (Friedmann, 1961/1978:13-14) cuando cabe hablar de una subdisciplina específicamente centrada en la cuestión laboral, más allá de que el trabajo (quizás no tanto como empleo) ha sido un compañero inseparable de los cambios sociales que han impulsado el desarrollo de la disciplina desde sus orígenes (no en vano, cualquier manual de introducción a la Sociología alude a la época de grandes transformaciones de la Revolución Industrial como caldo de cultivo del primer pensamiento científico sobre lo social). Para una revisión del desarrollo de la Sociología del Trabajo en España, véase Castillo (1996).

“estigmatiza”- como inútil y el empleado inestable alguien a quien sólo le reconoce una utilidad limitada” (Prieto, 1999:541-542)⁵⁶.

Podría sintetizarse, por lo tanto, la importancia del trabajo en su doble vertiente macro-micro (Santamaría, 2002), como elemento capaz de ordenar y vertebrar el conjunto de la sociedad a la vez que ordenaba los tiempos y las identidades de los sujetos trabajadores. De tal manera, el empleo queda como fundamento del vínculo social, actuando en calidad de vector de integración social, al tiempo que el no-empleo, la falta de trabajo, queda como frontera de exclusión, de modo que la norma social que constituye el trabajo queda definida tanto por lo que contiene como por lo que queda fuera de dicha institución social que es el trabajo asalariado, es decir, se define tanto por lo que es como por su contrario⁵⁷. Y en ese “contrario”, dice Santamaría (2011:40-41), hay que incluir tanto a los que se encuentran en principio temporalmente fuera de la norma laboral (desempleados) como a aquellos que han sido excluidos de dicha norma, los excedentarios, que pueblan una zona de exclusión social por no desarrollar empleos formalmente reconocidos (bien sea porque realizan trabajos voluntarios, trabajo doméstico, trabajo extramercantil, trabajo sumergido, trabajo informal...), lo que les sitúa fuera de la categoría de detentores de derechos laborales, con todo lo que ello implica en cuanto a (in)existencia social efectiva⁵⁸.

⁵⁶ Siguiendo a Duvignaud (1980/1982. Citado en Santamaría, 2011), el trabajo-empleo ha sido definido como lo útil, lo funcional para una sociedad, lo único válido. Y así, por contraposición, el no trabajo (o el no trabajador, como apunta Castel en su recorrido histórico -1995/1997) es censurado como inútil, cuando no, simplemente, como peligroso, amenazante para el orden social. No es sólo, por lo tanto, que el trabajo se valore positivamente (incluso desde el punto de vista moral: se construye toda una teogonía en torno al trabajo, una mística, un “embujo” siguiendo a Méda, 1995/1998), sino que, quizás incluso más intensamente, el no trabajo se valora negativamente, estigmatizando, en el más puro sentido goffmaniano, a quienes no tienen (y después tendremos ocasión de detenernos en estas cuestiones relativas a la empleabilidad y la figura del “free-rider” o el “parado malo”) o no quieren tener (querer es poder, dice el paradigma de la activación) un empleo (véase, por ejemplo, 3.6).

⁵⁷ En ese sentido dice Prieto (1999) que la conformación a lo largo de la historia de las categorías centrales empleo y empleado tiene lugar a partir de las categorías de desempleo y desempleado. La norma necesita de las excepciones para ser reconocible.

⁵⁸ Alonso (1999:216) es claro al respecto: “El trabajo se constituía, así, en el elemento central de esta ciudadanía social, y por tanto, como forma de reconocimiento social servía de primer regulador de los derechos y deberes de los individuos dentro de la sociedad del bienestar”. Esta “ciudadanía social” se verá socavada, en fechas más recientes, por las distintas crisis que, a decir del autor español, son, en su fondo, crisis del propio proyecto social en que se basaba la idea de ciudadano moderno, y que tenía como centro y eje la idea de seguridad en el puesto de trabajo, de estabilidad lineal de la carrera laboral. Para una revisión sobre este particular, a partir de la obra de Castel, véase, también, De la Cal (2002),

Por oposición con respecto al modelo social fordista-keynesiano, con sus biografías lineales y sus trayectorias estables y aseguradas, la fragmentación del relato biográfico derivada de la fractura de la experiencia laboral (el fin de la noción de *carrera*), supondría una desestabilización del proceso de construcción identitaria de los trabajadores (Sennett, 2000/2001, 2000/2002), como tendremos la ocasión de referir en los siguientes capítulos (véase, relativo sobre todo a los jóvenes, 5.2 y 5.4). El colapso del modelo keynesiano-fordista, con su plasmación más directa en la destrucción de empleo, llevará aparejada, supuestamente, una pérdida de centralidad del trabajo, pilar sobre el que se habían asentado las identidades (y las posiciones) sociales de los individuos durante décadas. Se asistirá, así, a una crisis de las identidades (Dubar, 2000/2002; Santamaría, 2007), en la que el referente laboral dejaría de ser (tan) central en el proceso de construcción identitaria de los individuos (Alonso, 2000a, 2000b; Sánchez Moreno, 2004; Santos, 2006; Santamaría, 2012), desarrollándose (en una “explosión”, Alonso, 1999) multitud de identidades menos “sólidas” (todo lo sólido...), más flexibles, laxas, cambiantes, episódicas, en las que la posición principal queda ocupada por otros elementos, como la familia o la amistad (CJE, 2014), la edad (Tezanos, 2009; Tezanos, Villalón, Díaz y Bravo, 2010)⁵⁹ o, sobre todo, el consumo (Bauman, 1998/2011; Conde, 1999; Santos, 2003; Alonso y Fernández, 2008; Moreno Mínguez, 2009; Alonso, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013), un hedonismo que orienta a los individuos (y particularmente a los jóvenes, desposeídos de trabajo) al presentismo y que conduce a una infantilización de la juventud, a una visión/imagen muy concreta (y nada inocente) de los jóvenes. Como ya apuntasen Santos, Montalbá y Moldes (2004:302), estos ámbitos (el ocio, el consumo, las relaciones personales) son “a la vez más rentables, menos conflictivos y mantenidos al alza por las ideologías

que se centra, especialmente, en la situación de los jóvenes en cuanto a sus condiciones de riesgo de exclusión social.

⁵⁹ “Los jóvenes españoles en estos momentos expresan sus identidades básicas primordiales en torno a tres ámbitos sociales: en primer lugar, el sector formado por las personas de la misma generación; en segundo lugar, los grupos que tienen las mismas aficiones, gustos y modas; y en tercer lugar, a más distancia, las personas del mismo género” (Tezanos *et al.*, 2010:69).

interesadas en vaciar de contenido lo laboral y de reorientar los deseos de los jóvenes a este terreno del consumo y del ocio”.

Desde nuestra perspectiva, partiendo del hecho de que no debe darse por supuesta una pérdida de la centralidad del trabajo como elemento organizador de la vida de los individuos (como también postula Garrido Luque, 1999, a partir de una revisión de distintas obras), tendemos más bien a observar una “colonización” de las esferas privadas (o ámbito íntimo) por parte del mundo del trabajo (Valenzuela, Reygadas y Cruces, 2015; en línea con lo expuesto por Ritzer, 1993/1996 –véase también 1998/2007). Entendemos que ejercicios que tiendan a desprestigiar la importancia del trabajo en la sociedad contemporánea sólo ayudarán a ocultar la incómoda verdad que subyace al conflicto opacado por los estudios sobre subculturas, estilos de vida, o diferencias generacionales⁶⁰. Si el pacto intergeneracional descansa sobre un intercambio de consumo (vicario y subvencionado) a cambio de sumisión, conviene hacerlo explícito so pena de dejar sin voz a una parte importante de la población. Y conviene dejar claro que “la sociedad” habría partido la baraja, incumpliendo su parte del trato (García Aller, 2006; Rodríguez y Ballesteros, 2013). La tesis del pacto generacional implícito no hace sino normalizar la precariedad, legitimando la situación (Gálvez, 2007a). Como bien señala Santos (1999a:46-47):

“este tipo de planteamiento atribuye al concepto generación o al de grupo de edad demasiada influencia a la hora de conformar las tendencias sociales y demasiada capacidad de interpretación sociológica, sobre todo, cuando la cualificación de la que hablamos contiene, ineludiblemente, orígenes y posiciones de clase, de las que en el “pacto” ni de refilón se mencionan. Esta operación, en apariencia una descripción científica basada en variables clásicas en economía –como la facilidad del despido, la temporalidad o la cualificación–, selecciona y define dos grupos de edad perfilados en torno a estas variables y que quedan así enfrentados de modo que los mayores estables descualificados acaban siendo los culpables de la temporalidad que sufren los jóvenes cualificados (...) Este omisión del conflicto social simplifica la realidad y es profundamente anticientífica e intensamente ideológica. La estructura social no puede ser

⁶⁰ En este sentido, consideramos absolutamente injustificable la afirmación de Gaviria (2007:XLVII), cuando, en el prólogo de su obra sobre la construcción identitaria de los jóvenes españoles y franceses, prescinde alegremente del estudio de las identidades profesionales porque “con la globalización y los cambios en las estructuras de los mercados de trabajo pensamos que las identidades profesionales son cada vez más homogéneas en los países europeos, y especialmente en Francia y en España”.

sustituida por la estructura de edad. El análisis de las edades no puede ignorar a la clase social en la explicación sociológica. En el estudio de las condiciones de vida de los jóvenes esto equivale a ocultar y no investigar las enormes repercusiones que para los jóvenes tiene este vínculo entre la inestabilidad de los recorridos biográficos y su creciente inestabilidad en el empleo”.

CAPÍTULO 3.

La posmodernidad o la evaporación de la norma social heredada.

1. Crisis de la sociedad salarial: el descentramiento del trabajo.

“Todo lo sólido se desvanece en el aire”. El viejo adagio marxista tiene un corolario posmoderno (e irónico, que quizás tiendan a ser sinónimos en nuestros días): todo lo simple deviene complejo (las transiciones juveniles, los ciclos de vida en su conjunto, las pautas y los valores con los que construir la vida y la identidad se han convertido en un puzle en el que las piezas no parecen encajar –y en el que muchas son exactamente iguales: fondo negro). Pero, al tiempo, todo lo complejo tiende a volverse simple: el edificio sobre el que se construyó la Modernidad, con sus Estados sociales, sus ciudadanías laborales y sus mecanismos reguladores, redistribuidores e integradores, no era, precisamente, una fruslería. Y, sin embargo, se asiste, entre el desánimo, el conformismo o la crítica ferviente, a su desmoronamiento o, mejor, por introducir la acción humana, a su desmantelamiento, en aras de un ideal competitivo cuyo eslogan⁶¹ es “beneficio (eficiencia) a toda costa” (a todo coste, a cualquier precio). La flexibilidad (ya no el urbanismo de Wirth -1938- o Simmel -1903/1998) como modo de vida. El *homo laborans* ha cedido su lugar al *homo flexibilis* (*tragicus*, a decir de Ramos, 1999). Repasemos esta *evolución*.

Con excesiva frecuencia, los textos que abordan el paso de la sociedad del trabajo, industrial, fordista, a la sociedad posindustrial, del riesgo, líquida, se limitan a certificar el cambio social para, a continuación, pasar a describir los rasgos que definirían esta “nueva sociedad” (“sobrenombrada, pero indefinida”, con Santamaría, 2011:52), en contraste con la sociedad anterior (y,

⁶¹ La etimología suele encerrar pequeñas curiosidades muy significativas. Así, según Fernández Gonzalo (2011:202), el castellanzado *eslogan* sería un término originariamente procedente del celta y que significaría “el grito de guerra de los muertos” (fusión de *sluagh* –ejército de los muertos- y *ghairm* –grito, llamada).

normalmente, en un contraste nostálgico ante lo que se presenta como un pasado mejor). Pareciera que se ha teorizado más sobre el proceso de “desregulación” (Standing, 2000, 2011/2013, para precisiones terminológicas al respecto), desarrollado a partir de la crisis de los setenta, que sobre el proceso de construcción, de regulación de las condiciones laborales que se habrían, posteriormente, erosionado (y, sobre este proceso de desregulación nos detendremos más adelante –capítulo 4.1). Así lo podemos encontrar (la pauta fordista caracterizada por el empleo para toda la vida, promoción y movilidad profesional, etc.) en Ortiz (2013), Gallino (2002), Cano (2007) o Alonso (2004, 2007). En todas estas referencias, por citar sólo algunas, el período fordista se presenta como telón de fondo (casi como una construcción –o mito-sociojurídica monolítica, prácticamente autogenerada, por cuanto no se detienen en ofrecer explicaciones de su origen o proceso de conformación) sobre el que se recorta el drama de la clase trabajadora tras el colapso del keynesianismo, período histórico (rareza histórica, en realidad) que fue “el de máxima evolución de un proceso de progresiva regulación y juridificación económica y social de las condiciones de inserción personal en los mercados de trabajo” (Alonso, 2007:67, siguiendo a Barbier y Nadel, 2000). No es habitual una descripción detallada de los factores que incidieron en dicho cambio social (verdadera *revolución*, en opinión de algunos). En nuestro intento de dotar de coherencia a nuestro relato (“se escribe con el fin de crear coherencia”, como inicia su libro David Matza -1969/1981:11), vamos a introducir, siquiera someramente, algunos aspectos que estarían a la base de dicha transformación, tan ciertamente radical, de los sustratos básicos de nuestra sociedad, toda vez que se entiende que la sociedad actual, de no-tan-inicios-ya del siglo XXI, es una especie de continuación de los principios (desregulación del escenario laboral, flexibilidad como premisa vital, empleabilidad/activación de la mano de obra, incertidumbre y riesgo en todos los ámbitos vitales de los individuos, desmantelamiento del Estado de Bienestar, ruptura de los ciclos biográficos lineales, nuevos ejes de construcción identitaria, etcétera) que irrumpieron en el período de crisis, de ruptura, de la sociedad salarial.

La crisis de la Modernidad, que marcaría el paso a la sociedad posindustrial (Bell, 1973/1991)⁶², presenta un carácter ciertamente multidimensional. Tezanos (2001:232) habla de un “haz de crisis”, que comprendería:

“una crisis de trabajo como empleo, como resultado de las nuevas estructuraciones de los mercados del trabajo; una crisis de las relaciones salariales vinculadas al trabajo, como nexo económico; una crisis del trabajo como actividad social, como despliegue práctico de capacidad vital que vincula, que proporciona sentimientos de pertenencia y que permite operar en marcos de interacciones sociales; y también, y en relación con todo lo anterior, es una crisis de un modelo específico de sociedad y de una civilización en la que el trabajo ha ocupado un papel central y ha desempeñado una función económica estructurante”.

Multidimensionalidad de la crisis que también es recogida por Bouffartigue (1996/1997), quien habla de una “crisis multiforme del régimen salarial”, en la que se producirían profundas transformaciones en seis dimensiones, tales como el desempleo masivo, la precarización de la relación salarial, la persistencia de malas condiciones de trabajo (denegación de las capacidades movilizadas en la empresa), las dificultades para responder a la exigencia de sentido del trabajo, el debilitamiento del movimiento obrero, y las necesidades de renovación en el conocimiento teórico sobre el trabajo y su definición científica (véase, asimismo, Santos *et al.* -2004:104- para una revisión al respecto)⁶³. Cinco son las “rupturas” que Cohen (2006/2007) identifica para explicar la “gran transformación” de los últimos treinta años: revolución industrial, cambio en la forma de concebir el trabajo humano, revolución cultural asociada al auge del individualismo, liberalización de los mercados financieros, y globalización. También desde la Economía francesa, Leborgne y Lipietz (1992/1994:336) enfatizan la necesidad de entender la crisis

⁶² Adoptamos aquí la terminología de Bell, por más que destacamos la profusa aparición de términos, durante las tres o cuatro últimas décadas, que pretenden caracterizar las sociedades posteriores a la “sociedad del trabajo” (remitimos a la nota número 73, ya en el siguiente epígrafe, para un breve glosario recopilatorio de algunas de estas etiquetas).

⁶³ Aparte de las reflexiones de Bouffartigue, los mencionados autores presentan otras “visiones de autor” en torno al debate sobre el fin del trabajo y el fin, con ello, de las llamadas sociedades del trabajo. Así, Gorz, Beck, Rifkin o Castel son también revisados en sus planteamientos y propuestas. Una revisión similar, circunscrita a Offe, Gorz y Rifkin, es la presentada en su manual por Kohler y Martín Artiles (2005).

del fordismo como una articulación de causas internas (la crisis del propio modelo de desarrollo, fundamentalmente desde el lado de la oferta) y de causas externas (la internacionalización económica –después hablaremos de “globalización”-, que introduce cambios estructurales sobre la forma de gestionar la demanda), mientras Boyer (1992/1994), en el mismo libro que los anteriores, postula cuatro factores principales que darían lugar a cuatro interpretaciones distintas sobre esta crisis, factores que van del agotamiento del propio sistema sociotécnico fordista hasta sus contradicciones sociales y económicas, el conflicto entre la rigidez de las técnicas y las incertidumbres macroeconómicas generadas en un contexto de dislocación del orden internacional. Cambios tecnológicos, organizativos, legislativos, discursivos e ideológicos son los que identifican Crespo, Revilla y Serrano (2009) para este período a partir de la década de los ochenta. Díaz-Salazar (2003b), por su parte, apunta también una serie de factores interrelacionados: altas tasas de inflación y desempleo, nuevas formas de gestión laboral, basadas en la descentralización, la subcontratación o la implantación de nuevas tecnologías que eliminan necesidad de fuerza de trabajo, desarrollo de la temporalidad, cambios en la clase obrera que generan una crisis de representación y acción sindical... Factores similares a los que Bilbao (1993:41) identificase como desencadenantes de una “espiral de inestabilidad” que acabará con la estabilidad del período fordista, lanzando a las sociedades a nuevas políticas socioeconómicas, sobre las que nos detendremos a continuación (3.5 y 3.6). No es una crisis puntual, sino una crisis del orden social, una crisis social total, una transformación estructural cuyos efectos van mucho más allá de lo meramente económico (Prieto, 1999; López Calle, 2000; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013).

Encontraríamos, por lo tanto, dos grandes elementos de esta crisis a partir de lo anterior. De una parte, una crisis en los ámbitos del trabajo (en términos “de empleo”, podríamos decir). Por otra, una crisis en la manera en que el modelo de sociedad se sustenta (sustentaba) sobre dicho elemento central, que era el trabajo, en la sociedad fordista. En general, podríamos hablar de que la crisis, los cambios experimentados en el ámbito del trabajo, generarían consecuencias de hondo calado en una sociedad que lo había

colocado como centro mismo de todos los procesos de integración social (Alonso, 2007).

Indudablemente, se trata de una crisis profunda, sistémica, que va más allá de una crisis de empleo, pero que, también, subsume a ésta (Offe, 1984/1992b, 1997; Mingione, 1991/1994; Gorz, 1997/1998; Alonso, 1999, 2000b; Prieto, 1999, 2000; López Calle, 2000; Dubar, 2000/2002; Agulló, 2001; Kohler y Martín Artilles, 2005). Entre los factores que inciden en dicha crisis del empleo destacaremos dos: el desarrollo tecnológico, que ha merecido especial atención en las tesis más alarmistas (sobre todo a partir de Rifkin, 1995/1996 – véase la revisión en Tezanos, 2001; o en Zubero, 1998); y el progresivo movimiento hacia la productividad flexible, con el fin de acomodarse a las demandas de un mercado de consumo crecientemente diferenciado (Boyer, 1992/1994; Cohen, 1999/2001)⁶⁴. Todo ello hace que nos encontremos, en primer lugar, ante una crisis de desempleo que estaría a la base de la quiebra de la norma social fordista: “No era fácil mantener permanentemente una norma que apostaba por el pleno empleo cuando desde 1975 el desempleo no deja de crecer hasta el punto de alcanzar en 1984 una tasa del 20%” (Prieto *et al.*, 2009:63). Pero, más allá de eso, estaríamos ante una crisis de estabilidad en el empleo (Miguélez, 2003), o una crisis de calidad de dicho empleo (siempre según los estándares del período fordista, referente para cualquier medición, como planteamos en 2.3). La relación convencional de empleo entra en desintegración, flexibilizándose (este será uno de los grandes *mantras* desde entonces hasta nuestros días) o erosionándose el contrato de trabajo ordinario, la relación de empleo normalizada durante el fordismo (Schmid y Schömann, 2000; Dombois, 2002). Desempleo masivo y desarrollo del “empleo atípico”, de las formas de alquiler de la fuerza de trabajo distintas al contrato indefinido y a tiempo completo propias del escenario laboral anterior (Castel, 1995/1997; Recio, 1997, 2002).

Se asiste, así, a una pérdida de centralidad del trabajo, un trabajo que ya no es estable ni seguro (ni asegurado). Y se trata tanto de una pérdida del papel de vertebrador social del trabajo como de un menoscabo de la

⁶⁴ Estos dos factores, junto a otros, habrían ido generando una situación en la que el trabajo, en tanto que empleo, aparecía en el centro de la diana de los ajustes “necesarios” para el avance económico, considerado motor del progreso social, subordinando, con ello, como tanto temiese Polanyi (1944/1989, 1977/2009), la sociedad a los principios mercantiles.

centralidad que el trabajo tenía en la constitución identitaria de los propios individuos, elementos ambos inextricablemente unidos en la anterior pauta social. El trabajo, como categoría, habría perdido su fuerza de organizador y elemento estructurante de la vida social (Castel, 1995/1997; Alonso, 1999, 2000a, 2000b; Dubar, 2000/2002; Agulló, 2001; Tezanos, 2001; Hopenhayn, 2001; Prieto, 2002; Cortina y Conill, 2002; Kohler y Martín Artiles, 2005; Prieto *et al.*, 2009; Muñoz, 2009). En palabras de Alonso (2007:251):

“En suma (...) la profunda transformación que han sufrido las condiciones tecnológicas, jurídicas y sociales del uso de la fuerza de trabajo en los decenios finales del siglo XX ha supuesto un replanteamiento polémico del lugar del trabajo en la vida social contemporánea, así como su posible diversificación de sentidos en la construcción de vínculos comunitarios”.

Al mismo tiempo, este “extrañamiento” con respecto al trabajo, ahora desmitificado al ritmo de su evaporación, tendría, como decimos, sus efectos en los procesos de construcción de las identidades (Offe, 1984/1992b; Sánchez Moreno, 2005; Santamaría, 2007; Prieto, 2007; Callejo, 2009; Cavia y Martínez, 2013), ya no asentadas en un empleo que se torna incierto, volátil (“La referencia al trabajo queda obsoleta en tanto en cuanto éste es cambiante, inseguro, tornadizo e inestable”, CJE, 2014:18), sino, crecientemente, en el consumo (Bauman, 1998/2011; Conde, 1999; Santos, 1999a), en el marco de una sociedad en la que “cada vez es más difícil definirse a partir del trabajo y donde las posiciones sociales parecen determinadas cada vez más por el consumo y por la forma de utilizar el tiempo (creciente) no dedicado al trabajo” (Sanchis, 2004:51). Cambia, así, el elemento central de la sociedad, y atendemos a la conformación de una sociedad que, a diferencia de la moderna, ya no se basa “en el trabajo, el esfuerzo y el ahorro, sino más bien en el no-trabajo, el ocio y el consumo” (Ovejero, 2001:149). La cultura del esfuerzo y la ética del trabajo son sustituidas (Sennett, 1998/2010; Rodríguez y Ballesteros, 2013) por valores hedonistas y una cultura del disfrute y el placer (“de la ética del trabajo a la estética del consumo”, titula Bauman, 1998/2011)⁶⁵. La posición

⁶⁵ “Frente a la ética del trabajo, se comienza a predicar una ética del consumo que se apoya en la valorización del hedonismo, el placer y el juego, y en la idea de que hay que gozar de la vida mientras se pueda (Bell, [1976/]1977)” (Sanchis, 2004:52). Este hedonismo, esta versión de *carpe diem* que pasa por

de centralidad en el imaginario colectivo parece ocuparla ahora el consumo: es una sociedad de consumidores (Offe, 1984/1992b, 1984/1992b; Sanchis, 1988; Alonso y Conde, 1997; Bauman, 1998/2011, 2007/2007, 2010/2011; Cohen, 1999/2001; Díaz de Rada, 2001; Alonso, 2004, 2005; Alonso y Fernández, 2009a; Ehrenreich, 2009/2011; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013).

Este cambio de orientación social tiene efectos, obviamente, sobre la propia consideración de los individuos (su estatuto de ciudadanía, sus posibilidades y niveles de integración social). Así, en una sociedad de consumidores, excluido será aquel que no puede acceder a un nivel determinado de consumo. La sociedad impone una obligación (norma) de consumir, de desear y consumir. Quien no lo alcance será un individuo incompleto, marginal (Bauman, 1998/2011). Y hablamos de un consumo flexible, individualizado, que tiende a la personalización y huye de la estandarización del masivo consumo fordista en un intento permanente de diferenciarse de los demás (Antunes, 1995/1999; Bauman, 1998/2011, 2005/2006; 2007/2007; Ritzer, 1999/2000; Cohen, 2006/2007; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; OBJOVEM, 2008b; Moreno Mínguez, 2009). Se exacerba el elemento consumista, sin que surja contestación o cuestionamiento alguno. Asistimos a un período de “desconcierto ideológico”, en palabras de Boltanski y Chiapello (1999/2002)⁶⁶, un momento de confusión (Serrano *et al.*, 2001) en el que el consumo tiende a erigirse como principio y valor supremo de la nueva sociedad.

Existen, no obstante, numerosos autores que plantean dudas respecto a la validez de esta tesis de la pérdida de centralidad social del trabajo en las sociedades contemporáneas. Desde Prieto (2000), que plantea que lo que está en crisis no es el trabajo, sino el empleo, una forma particular de trabajo (igual que Beck -1999/2000-, para quien el final de la sociedad del pleno empleo no supone el final del trabajo asalariado), hasta Antunes (1995/1999), para quien

caja, se fundamenta, entre otros principios, en la difusión de la compra a plazos o compra a crédito (la tarjeta de crédito como invención social fundamental para esta nueva era). Se trata, entonces, de una sociedad hipotecada, endeudada, rodeada por los finos contornos de una burbuja (véase Ritzer - 1999/2000-, o Ehrenreich -2009/2011-, para un análisis de las consecuencias de esta forma de vida y de los peligros de asentar una sociedad sobre estos elementos).

⁶⁶ Los cuales denuncian, ciertamente sorprendidos, que no parece existir pensamiento crítico y alternativo a este *status quo* implantado, caracterizando nuestra época como un tiempo de aceptación fatalista de los postulados neoliberales.

el valor trabajo es incluso más central en el proceso productivo hoy que en el pasado, y sigue dotando de naturaleza al ser humano (se puede hablar, dice el autor brasileño a partir de Kurz -1991/2016-, de una crisis del trabajo abstracto, pero no de una crisis del trabajo concreto); o Dubet (2002/2006), quien, siguiendo a Méda (1995/1998), plantea que el trabajo continúa siendo fundamental en la constitución de la autonomía y la individualidad de las personas, eje de su identidad y sociabilidad, de sus propios derechos sociales⁶⁷. Apunta Sanchis (2004:37) al respecto, sobre la pérdida de centralidad del trabajo y el supuesto fin de su papel como principio vertebrador de la ciudadanía y de la sociedad en un contexto de creciente escasez de empleo:

“Con el progreso tecnológico y el advenimiento de la sociedad de consumo, el trabajo va perdiendo posiciones tanto en el plano estructural como (según se dice) en el subjetivo y se produce otro punto de inflexión. Sin embargo, investigaciones recientes encuentran que el trabajo sigue teniendo un significado profundo para mucha gente que va más allá de lo puramente instrumental; y sigue sin estar claro cuál puede ser el nuevo vínculo que conecte al individuo con lo colectivo en una sociedad que – según algunos- se caracteriza ya por el “fin del trabajo””.

Asimismo, no podemos obviar que el consumo, que parece caracterizar a la sociedad contemporánea, requiere de unas rentas que, normalmente, se adquieren a través del trabajo, lo que no hace sino reforzar la dependencia de los individuos con respecto al mercado (por más que estos individuos puedan mantener una visión puramente instrumental del trabajo, como medio para lograr el consumo – Alonso, 1999; Ovejero, 2001; Cortina y Conill, 2002; Sanchis, 2004). En ese contexto, el trabajo parece *reencantarse*, repreciarse ante su escasez. Es conceptualizado de maneras ambivalentes, pero tiende a contemplarse, ya sea en su vertiente instrumental o en la puramente expresiva, como algo digno de “amor”:

⁶⁷ En la misma línea, Gallardo (2011) o López Peláez (2005) enfatizan la importancia del trabajo como elemento de integración social. Desde una perspectiva centrada en la propia Sociología del Trabajo, Zubero (1998) y Castillo (2005c) reivindican la importancia del análisis sociológico frente a las tendencias naturalizadoras que, en definitiva, lo que hacen es legitimar la degradación/invisibilización del trabajo. Para una revisión de autores en torno a esta cuestión de la centralidad del trabajo, véase también Fernández Steinko (1999).

““El trabajo hace libre” –este cinismo fundado en la barbarie se situaba a la entrada de Auschwitz. “El trabajo hace feliz” –tal es, hoy, la ideología obligada de la sociedad del trabajo, en su fase final, ya que el trabajo atrae y procura a la vez riqueza, seguridad, reconocimiento social y expansión de la personalidad ahora que se ha convertido en un bien escaso. Cuanto más atractivo pierde el trabajo, un atractivo casi teológico, más insisten los grandes amos de la sociedad del trabajo en que el trabajo no solamente libera, sino que además hace feliz” (Beck, 2001:26-27).

Como plantea Offe (1997:35): “Los pilares morales, culturales e institucionales de la sociedad centrada en el trabajo recompensan al asalariado, pero muchos ciudadanos ya no tienen acceso a estas recompensas”. En estas circunstancias, las propuestas para gestionar la escasez de empleo en una sociedad que se había consagrado y construido en torno al pleno empleo son múltiples⁶⁸, y van desde el intento de salvaguarda de los puestos de trabajo, vía reparto del escaso trabajo (Gorz, 1991/1995, 1997/1998:83-122; Rifkin, 1995/1996; Offe, 1997:33 y ss.; Aznar, 1993/1994, y su propuesta de “trabajar menos para trabajar todos”)⁶⁹, o el estímulo de mercantilizar actividades otrora no consideradas trabajo al uso (Rifkin, 1995/1996; Beck, 1999/2000), hasta la renuncia a la validez del trabajo como eje organizador de la vida de los individuos y como eje vertebrador de la propia sociedad (Grupo Krisis -1999/2002-, en su defensa de una sociedad verdaderamente poslaboral, una vez certificada la defunción del trabajo; o Méda -1995/1998-, que defiende la necesidad de “desencantar”, desmitificar el trabajo, quitarle esa sobresignificación que la Modernidad le confirió durante los dos últimos siglos)⁷⁰, normalmente vinculada a propuestas orientadas a

⁶⁸ Remitimos, por ejemplo, a los once escenarios de futuro que plantea Beck (1999/2000:44-45) sobre el devenir y desarrollo futuro de esta sociedad posmoderna.

⁶⁹ Alonso (1999:155) se muestra escéptico sobre este tipo de propuestas: “...en un entorno social presidido por la inseguridad, a todos los niveles, y por la presión del consumo es muy difícil la renuncia al trabajo o su reparto voluntario, más bien parece que se concluye todo lo contrario, que el trabajo se demanda y se acapara”. Una especie de dilema del prisionero que acaba conduciendo a un acopio de trabajo como estrategia defensiva frente a la inseguridad y al riesgo de exclusión.

⁷⁰ En la misma línea se expresa Dahrendorf (2003:135): “Nuestra sociedad centrada en el trabajo está caduca, pero no sabemos cómo enterrarla”. Con la misma idea de caducidad escribe Gorz (1991/1995:98): “la sociedad de trabajo está caduca: el trabajo no puede servir ya de fundamento para la integración social”, ante lo cual “hay que querer la muerte de esta sociedad que agoniza, con el fin de que otra pueda nacer sobre sus escombros (...) Lo más urgente es hacer que nuestra mirada cambie, para que aprenda a discernir, en el mundo que muere y se transforma, los gérmenes de otros mundos

asegurar una renta vital básica a todos los individuos, independientemente de su relación con el mercado de trabajo (Tezanos, 2001; Offe, 1997; Gorz, 1980/1981, 1991/1995, 1997/1998 –véase, en este sentido, la lectura que sobre este autor plantean Santos *et al.*, 2004:109-111).

En cualquier caso, la identidad colectiva de (como) trabajador (el sentimiento –o la conciencia- de *clase*, podríamos decir) se resquebraja en un contexto de multiplicación de condiciones posibles de relación con el mercado de trabajo, de gran diversidad interna dentro del colectivo de trabajadores. Como plantea Offe (1984/1992b:28): “la condición de trabajador en cuanto tal apenas resulta ya válida como punto de partida para llegar a agregaciones culturales, organizacionales y políticas y a interpretaciones colectivas”. Gorz (1997/1998:67), enfatizando el “lugar central fantasma” del trabajo en nuestras sociedades, se manifiesta en sentido análogo a Offe:

“Convertido en algo precario, flexible, intermitente, con duración, horarios y salarios variables, el empleo deja de integrar en un colectivo, deja de estructurar el tiempo cotidiano, semanal, anual y las edades de la vida, deja de ser el zócalo sobre el cual cada uno puede construir su proyecto de vida”.

Santamaría (2007:631), en el mismo sentido, concluye:

“...si algún día “el trabajo apareció como la principal herramienta para encarar la construcción del propio destino” (Bauman, 2000a:49), hoy en día ya no es una garantía de construcción de una identidad personal sólida a lo largo de toda la vida. De tal manera que su función de punto de orientación para la construcción de las identidades individuales y colectivas necesariamente queda cuestionada”. [Bauman, 1998/2011, en nuestra bibliografía].

posibles” (Gorz, 1997/1998:11 y 36). En la misma línea optimista plantea su visión Tezanos (2001), para quien esta nueva “sociedad del tiempo liberado” emancipará a los hombres de la tiranía del mercado y permitirá el desarrollo de nuevas formas de democracias no basadas en la participación en el mercado laboral (como la actual “democracia de trabajo”, p. 244). Más pesimistas, como vimos (capítulo 1.2), se muestran los autores del *Manifiesto contra el trabajo* (Grupo Krisis, 1999/2002:52), por cuanto entienden que el cambio de sociedad (el cambio a mejor, se entiende) exigiría un cambio de mentalidad que los individuos, por llevar siglos de “adiestramiento” en el trabajo, no podrían ejecutar.

Este desplazamiento del centro vital hacia otros ámbitos, fundamentalmente el mundo del consumo, se observaría, sobre todo, entre los jóvenes, lo cual se vincula con las propias dificultades que éstos tienen para acceder al mercado laboral (Alonso, 2004; Alonso y Fernández, 2008; Alonso, Fernández y Nyssen, 2009). Se trataría, así, de un consumo “amnésico”, como apunta Alonso (2013), escapista, para evitar la frustración de una vida bloqueada. El trabajo habría dejado de ser un valor central o, más bien, habría adoptado la forma de medio instrumental para conseguir otras cosas (la integración al mundo del consumo, fundamentalmente). Más adelante, y desde una comparativa tanto inter como intrageneracional, nos detendremos en este supuesto cambio de perspectiva en la representación del trabajo (capítulo 5.4).

2. El desarrollo de una sociedad mutada definida por lo que ya no es.

La crisis y recomposición del modo de regulación fordista trastocaría inevitablemente todos los espacios donde esta regulación se había encajado (el Estado nación, el trabajo asalariado, el propio proyecto de modernidad occidental, o la estructuración familiar basada en el predominio masculino). Esto conduce, como hemos apuntado, a una crisis de la ciudadanía laboral (Zubero, 1998; Tezanos, 2001; Cortina y Conill, 2002; Santos *et al.*, 2004; Rolle, 2005a; Crespo, Prieto y Serrano, 2009; Prieto *et al.*, 2009; García Nogueroles, 2009; Santamaría, 2012; Cavia y Martínez, 2013; CJE, 2014), que tenía en el trabajo su eje de integración, un trabajo estable y seguro, protegido por unos Estados del Bienestar que, igualmente, entran en crisis (véase, en este mismo capítulo, los epígrafes 3.4, 3.5 y, especialmente, 3.6). La obra de Alonso (1999, 2000a, 2000b, 2007) es una crónica completa y detallada del proceso de desarticulación de la ciudadanía social hacia una creciente individualización:

“...en los últimos años, la ciudadanía, como eje básico de articulación de la vida de los individuos dentro de las naciones, ha venido deconstruyéndose y fragmentándose; reduciéndose a una fórmula cada vez más compleja en

la que se quiebran presupuestos de tipo universal para entrar en combinaciones particulares de derechos, cada vez más personalizados, diferenciados y localizados” (Alonso, 1999:220)⁷¹.

Asistimos a la quiebra del papel de “gran integrador” del trabajo (Castel, 1995/1997) y al desarrollo de “ciudadanías débiles”, socialidades blandas, repliegues individualistas y conservadores (Alonso, 2000b, 2007). Santamaría (2009:37), repasando el trabajo de Alonso (2007), habla de la crisis de la ciudadanía laboral como la

“desarticulación de los resortes institucionales y colectivos que convirtieron al empleo en el principal integrador social, esto es, en el eje central sobre el que se construyó el modelo de ciudadano que hoy en día reconocemos como legítimo poseedor de deberes y derechos sociales”.

Así, pronto la ciudadanía se convertirá en ciudadanía económica, basada en la participación en el mercado, haciendo que el individuo deba “ganarse” su estatuto ciudadano y los derechos sociales asociados (Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Serrano, Fernández y Artiaga, 2012), en un proceso que se vincula a la propia crisis de los Estados del Bienestar y del conjunto de instituciones sobre las que se apoyó el modelo social keynesiano-fordista.

Paralelamente, por lo tanto, en el marco de esa profunda crisis estructural que supone un cambio en el modelo de sociedad en su conjunto, asistimos a una transformación de las instituciones sobre las que se había asentado la pauta fordista-keynesiana. Crisis en todos los ámbitos (Lasch, 1979/1984; Beck, 1986/1998; Grupo Krisis, 1999/2002; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Carnoy, 2000/2001; Sennett, 2006/2006; Zubero, 2008; Tezanos, 2009): debilitamiento de los Estados-nación, transformaciones familiares (sería el fin del modelo de familia nuclear de la pauta de “male breadwinner y housewife”), precariedad laboral e inestabilidad (despidos y traslados forzosos que dificultan el desarrollo de lazos de vecindad o de socialidad entre trabajadores), declive de las grandes ideologías y creencias políticas y

⁷¹ Gauthier (2004:160), siguiendo a Jean-Baptiste Foucauld (1996) y con resonancias polanyianas, señala que “la gran transformación desde el final de los Treinta Años Gloriosos parece ser fundamentalmente “el paso de una sociedad que produce homogeneidad a una civilización basada en la heterogeneidad””.

religiosas... transformaciones y tensiones que situarán al individuo frente a la necesidad de un profundo trabajo sobre sí mismo, a fin de “hilar” una cierta continuidad biográfica e identitaria en medio de esta vorágine (Dubar, 2000/2002).

Las instituciones que habían configurado el programa de la Modernidad y, así, habían moldeado a generaciones de ciudadanos (Dubet, 2002/2006) están en crisis. Las instituciones que, como apuntan Deleuze (1990. Citado en Machado, 2001/2007), Cohen (2006/2007) o el propio Foucault (1975/2012), daban forma a las sociedades disciplinarias (escuela, familia, fábrica, etc.) han entrado en un declive que amenaza con fragmentar hasta el extremo las sociedades poslaborales y las identidades de sus miembros. Revisando a Beck:

“La vida de los individuos del siglo XX transcurrió por las grandes organizaciones que daban estabilidad y orden a las sociedades más avanzadas: escuelas, universidad, administraciones, ejércitos, grandes empresas, sindicatos y ciudades ordenadas. Esa base institucional para una vida organizada y una coherencia personal se está diluyendo, abriendo un proceso de la la redefinición del individuo” (Kohler y Martín Artiles, 2005:265).

Las burocracias que caracterizaron las fases previas del capitalismo (Sennett, 2006/2006), basadas en un tiempo previsible, que permitieron a la gente pensar su vida como un relato coherente y predecible, han quebrado. Se impone la necesidad de superar estas “instituciones concha” (Giddens, 1999/2001), vacías de contenido en las actuales coordenadas socioeconómicas, y buscar otras instituciones capaces de integrar a los individuos en un proyecto social común (Carnoy, 2000/2001). La otra opción, obviamente, es “rellenar” esas instituciones, si es que aceptamos (y parece algo demasiado aventurado) que el enfoque “post” es ciertamente universal y que instituciones como el trabajo o la familia operan realmente en la actualidad como “categorías zombi”, en el sentido que otorgan Beck (1999/2000) o Beck y Beck-Gernsheim (2001/2003) al término.

Asistimos, en definitiva, a una profunda crisis del modelo social, una “catarsis” de la sociedad del trabajo (Millán, 2002), del conjunto del sistema,

con efectos decisivos a todos los niveles y en todas las esferas de la vida social (Offe, 1984/1992a; Mingione, 1991/1994; Gorz, 1997/1998; Recio, 1997; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Prieto, 1999, 2002; Alonso, 2000b, 2007; Tezanos, 2001, 2009; Agulló, 2001; Zubero, 2006; Jurado, 2007; OBJOVEM, 2008b; Miguélez y Prieto, 2009; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013)⁷².

Más que de cambios *en* la sociedad, cabe hablar de cambios *de* la sociedad, en su conjunto, es decir, de los fundamentos básicos de las sociedades (pos)modernas. Alonso (2007:21) lo resume en estos términos:

“El conjunto de convenciones y valores sociales que presentaban el concepto de trabajo y sus derechos asociados como socialmente centrales se diluyen, y el empleo, lejos ya de ser un referente institucional autónomo, se debilita y *flexibiliza* hasta convertirse en un elemento añadido –un empleo temporalizado y desprotegido– de otras dinámicas de desarrollo técnico y acumulación económica, más obligadas éstas a seguir los designios de la rentabilidad financiera que a respetar las cautelas del bienestar social y, particularmente, laboral”.

Para Beck (1999/2000) se asiste al paso de la primera a la segunda modernidad, en un tránsito que se caracteriza por la desaparición de todas las barreras y la tendencia hacia la individualización: se cuestionan las categorías básicas, las ideas centrales de la sociedad, los principios maestros, que habían perdido su autonomía y su poder de convicción. Este proceso de transformación social es glosado sintéticamente por este autor, enfatizando el carácter multidimensional de esa supuesta crisis social:

“El tránsito de la primera modernidad (definida por unas pautas de vida colectivas, el pleno empleo, el Estado nacional y asistencial, una naturaleza

⁷² Para una revisión de los principales textos (al menos de los más mediáticos) en torno al debate sobre el fin de las sociedades del trabajo, es decir, Offe (1984/1992a), Gorz (1980/1981, 1991/1995, 1997/1998) y Rifkin (1995/1996, 2000/2013), véase, una vez más, el manual de Kohler y Martín Artiles (2005), o el trabajo de Santos *et al.* (2004), quienes también analizan la obra de Beck (1999/2000), Bouffartigue (1996/1997), Castel (1995/1997) o Vakaloulis (2001). Igualmente, el manual de Zubero (1998) dedica un apartado a este debate, con la revisión de autores menos glosados en los textos al uso. Véase Alonso (1999, 2000b, 2004, 2007) para una discusión con los profetas del fin del trabajo, “propagandistas liberales o neoliberales” (Alonso, 1999:241); Carnoy (2000/2001) para una crítica feroz al “charlatán” (p. 11) Rifkin; o Castillo (1998, 2008) para una dura crítica a lo que denomina “literatura de aeropuerto”.

amordazada y explotada) a la segunda modernidad (definida por las crisis ecológicas, el trabajo remunerado en retroceso, la individualización, la globalización y la revolución sexual) resulta problemático por partida doble. Por un lado, porque cambian las ideas maestras (coordenadas) del cambio, aparentemente ultraestables. Por el otro, porque el reto principal (desde el punto de vista científico y político) de la segunda modernidad consiste en que las sociedades deben reaccionar simultáneamente a este cambio en todos los planos. Es, por tanto, ilusorio tratar del futuro del trabajo sin tratar del futuro del Estado nacional y asistencial, etc.” (1999/2000:25).

Asistimos entonces a la configuración de la pauta “posfordista”, caracterizada, entre otros elementos, por la flexibilidad, la subcontratación o externalización de tareas (Sennett, 2003/2003), la deslocalización espacial (Del Bono, 2005) y la adaptación a una nueva demanda, menos estandarizada y más personalizada, como apuntamos en el epígrafe anterior. Se trata de un tránsito hacia una nueva pauta laboral que va acompañada de cambios en todas las esferas de la sociedad (dibujando una nueva *norma social*), desde la tecnología hasta la legislación laboral, pasando por la propia concepción del papel del Estado, del trabajo, del desempleo y de la propia ciudadanía (Santos y Serrano, 2006; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Tovar y Revilla, 2012).

La consecuencia de esta “mutación” será el advenimiento de una sociedad post-industrial, post-fordista, post-laboral⁷³. La sociedad moderna, que se estructuraba contra la existencia de riesgos (o, al menos, orientándose hacia la protección institucionalizada frente a los mismos), ha dado paso a una sociedad de la incertidumbre y del constante peligro de precarización o, directamente, de exclusión social (Beck, 1999/2000; Alonso, 1999, 2007; Bilbao, 1999a; Cano, 2000, 2007; Gentile, 2005; Kohler y Martín Artiles, 2005;

⁷³ La proliferación de etiquetas para intentar nombrar a este nuevo tipo de sociedad (o, incluso, de “civilización”, con Tezanos, 2001) es enorme. No en vano, Dubar (2000/2002:120) plantea que se pasa de la sociedad industrial a “otra que nadie está seguro de saber cómo nombrar”. Zubero (1998), siguiendo a Rodríguez Ibáñez (1989), habla del paso de la sociedad industrial a la “sociedad tecnológica”. Cortina y Conill (2002) hablan de la “sociedad postindustrial”, Mingione (1991/1994) de las “sociedades postfordistas”, Alonso y Fernández (2012a) se refieren al paso a la “sociedad de los directores”, Sánchez Moreno (2005) recoge unas cuantas etiquetas más: “sociedad-red”, “sociedad poslaboral”, “sociedad posindustrial”, “sociedad del conocimiento”... Para una revisión en base a distintos autores que han reflexionado al respecto, remitimos nuevamente al manual de Kohler y Martín Artiles (2005).

Zubero, 2006; Miguélez y Prieto, 2009)⁷⁴. Estaríamos ante una encrucijada histórica, en la que

“La crisis de empleo no constituye solo un problema laboral. Las respuestas que se den a la misma van a tener una gran influencia sobre el modelo de sociedad (...) No se trata solo de un mero debate técnico sino también ético-político, de qué objetivos plantean cada una de las políticas, de qué intereses sociales favorecen, de qué costes sociales comportan” (Recio, 1997:242)⁷⁵.

Se trataría, según algunos autores, de una sociedad del ocio (Tezanos, 2001; Hopenhayn, 2001), en la que se exalta la libertad (pero en su acepción limitada a libertad de compra), la elección, la posibilidad de arriesgar (Cortina y Conill, 2002). Pero sería un ocio ambivalente, discutido, entre la exaltación de la “pereza” (como en Grupo Krisis, 1999/2002) y el ocio dedicado a la formación (“sociedad de aprendizaje”, plantea Hopenhayn, 2001:217), pero de una formación no siempre dirigida al desprendido autoperfeccionamiento (como en Gorz, Godino o Paquot, según Hopenhayn -2001-; o como encontramos en Tezanos -2001- cuando revisa el paso del “homo faber” al “homo studiosus” y al “homo ludens” a partir de Schaff, 1985/1985), sino orientada, quizás mayormente, al mercado, a la inserción laboral⁷⁶.

En lo laboral, este auge del consumo, vinculado o no al ocio, orienta el empleo hacia una “sociedad de los servicios” (Méda, 1995/1998; Rolle, 2005b; Cohen, 2006/2007), una sociedad de la información o del conocimiento (Bell, 1973/1991; ANECA, 2007; Alonso *et al.*, 2009)⁷⁷. Será precisamente en torno a

⁷⁴ Refiriéndose a esta “sociedad en transformación”, Crespo *et al.* (2009) hablan de un “nuevo paisaje anímico” en el que prima la sensación de crisis, de vulnerabilidad, de incertidumbre y absoluta falta de seguridad. “La era de la vulnerabilidad”, proclaman Kohler y Martín Artiles (2005:294).

⁷⁵ En el mismo sentido, ratificando que se trata de una crisis social, que va más allá del elemento puramente económico, puede verse Prieto (1999, que habla de “crisis del orden social”), Alonso (2000b), López Calle (2000), Tezanos (2001), Tejerina, Perugorria y Simó (2013), Rodríguez y Ballesteros (2013), o Dubar (2000/2002). Sánchez Moreno (2005) lo sintetiza: estamos ante un nuevo escenario laboral, causa y efecto al tiempo del nuevo escenario social.

⁷⁶ En un epígrafe posterior (3.4) veremos cómo el *marketing educativo* se ha desarrollado al calor de los cambios (y las incertidumbres que dichos cambios introducen) y nos dedicaremos a este *tipo humano*, el cursillista, en línea con los postulados de la formación a lo largo de la vida y el enfoque competencial (capítulo 5.2 y 5.3).

⁷⁷ Véase, en el mismo sentido, Ovejero (2001); Carot, Conchado, Mora y Vila (2011); Valenzuela *et al.* (2015), o, desde una perspectiva crítica con respecto a estas etiquetas, Santos y Martín (2012) o Cohen (2006/2007).

esta terciarización del empleo sobre lo que Rifkin levante su alarmado discurso sobre el “fin del trabajo”. En un epígrafe significativamente titulado “Los futurólogos antes del Gran Desempleo”, Hopenhayn (2001) describe la transferencia de mano de obra de la agricultura a la industria y de ésta al sector servicios. A partir de los ochenta, la tecnología invade este “último reducto” de los servicios, forzando a las sociedades a buscar nuevos “yacimientos de empleo” para albergar a estas masas crecientes de trabajadores desempleados: “la utopía del ocio va deviniendo el infierno del paro” (Hopenhayn, 2001:232). El impacto tecnológico se muestra, al mismo tiempo, como amenaza y como promesa. De ahí su ambivalencia: posibilidad de generar una sociedad del ocio (utopía de base tecnológica) o una sociedad dual, de ganadores (servidos) y perdedores (siervos)⁷⁸. En la misma línea distópica se manifiesta Gorz al referirse a esta nueva economía del ocio: la élite compra tiempo libre haciendo trabajar, para ello, a terceros en su sustitución:

“El trabajo de los servicios personales y de las empresas suministradoras de los servicios personales libera tiempo para esa élite y hace agradable su vida; los ocios de las élites económicas procuran empleos, con la mayor frecuencia precarios y a la baja, a una parte de las masas expulsadas de la esfera de la economía” (Gorz, 1991/1995:17).

Se origina con ello una polarización social entre los que pagan por unos servicios y los que los prestan (que, al ser cada vez más –ejército de reserva de mano de obra...-, cobrarán cada vez menos por este trabajo)⁷⁹. De alguna manera, esto podría conectarse con la “sociedad del autoservicio” que postula Mingione (1991/1994) a partir de diversos trabajos de Gershuny. Se trataría de una sociedad en la que el trabajo remunerado de los asalariados es sustituido por el trabajo no remunerado de los consumidores (en línea con lo que después plantearía Ritzer en su célebre obra -1993/1996), con la novedad de que más que adquirir directamente un servicio, se estaría tendiendo a adquirir

⁷⁸ Hablar de utopía (y de su opuesto: la distopía) nos podría conducir a un interesante recorrido histórico de la mano de la literatura de este período histórico. En términos sociológicos, son diversos los autores que han imaginado las consecuencias sociolaborales del desarrollo tecnológico (véase Tezanos -2001- para una revisión de este tipo de propuestas a lo largo del siglo XX).

⁷⁹ Véase, al respecto, el magnífico documento que constituye el libro de la periodista estadounidense Barbara Ehrenreich (2001/2003).

los medios (productos, conocimientos) necesarios para producir ese servicio por/para uno mismo, en una especie de bricolaje/aprendizaje generalizado.

Es, en definitiva, una nueva fase del capitalismo (el capitalismo de la globalización, el capitalismo financiero –Zubero, 1998; Prieto, 2002; Alonso, 2004, 2007; Santos, 2012), un capitalismo “desorganizado” (Lash y Urry, 1987), un “turbocapitalismo” (Luttwak, 1998/2000), una época en la que el “liberalismo embridado” (Harvey, 2005/2007) se desata y se asiste a una “neoliberalización” de la economía, tendente a actuar ahora sin ningún tipo de freno o contrapeso, siguiendo la única lógica del capital, dibujando un escenario en el que la flexibilidad (como factor competitivo y como pauta organizativa general) aparece como paradigma (y fetiche), tanto para las relaciones laborales como para las relaciones sociales en general (Antunes, 1995/1999; Recio, 1997; Gorz, 1997/1998; Millán, 2002; Sennett, 2003/2003; Ortiz, 2013). Flexibilidad, competitividad, difusión de situaciones de atipicidad y provisionalidad biográfica como rasgos de esta sociedad del riesgo y la incertidumbre (Alonso, 2004; Gentile, 2005; Etxezarreta, 2007; Standing, 2011/2013), que, en España, adopta una pauta de “cultura de la precariedad” (Gálvez, 2007a, 2007b), sobre todo entre los más jóvenes (Jurado, 2007) principales perdedores de la nueva estructuración social, en la que cada vez se les da menos oportunidades de integración social (Tezanos, 2009; Sanmartín y Ballesteros, 2015), como veremos a continuación⁸⁰.

3. La flexibilidad como nuevo principio rector: elogio de la fluidez.

En este contexto de transformación acelerada y profunda de los fundamentos de la sociedad y de su funcionamiento cotidiano, la flexibilidad aparece como nueva ortodoxia, como dogma, como “fetiche” (Pollert, 1991/1994b; Zubero, 1998; Ortiz, 2013), como mantra de un triunfal discurso

⁸⁰ El Consejo de la Juventud en España, en un magnífico informe elaborado por Félix Taberna y Luis Campos, apunta que nos dirigimos hacia una sociedad “nueva (...) con pocas certezas y muchas incertidumbres. Pero en la que emerge un especial riesgo: el descuelgue, la anomia social” (CJE, 2014:7). La exclusión social, la fragmentación, como principal amenaza para una sociedad que, de tanto flexibilizar a los individuos, puede acabar rompiendo sus hilos.

neoliberal que se orienta a pulverizar cualquier vestigio del pasado que pudiera actuar como obstáculo para el desarrollo sin freno del capitalismo fluido. Flexibilidad que se opone a rigidez, como la libertad se opone a las restricciones y constricciones, situándose con ello, semánticamente, en polos positivamente valorados a nivel social (libertad, flexibilidad, adaptación, cambio, progreso...), opuestos a otros términos que resultan denostados (rigidez, conservadurismo, regulaciones, estrechez, esclerosis...). En suma, es la construcción de un discurso que fomenta la movilidad por encima de todo (Santos y Muñoz, 2015) y que presupone como algo deseable el riesgo, la aventura (“si no arriesgas, no ganas”), única puerta que da acceso al cambio social, valorado como positivo en sí mismo. El liberalismo, como dice Bourdieu (1998/1999) se presenta bajo el manto de ser un lenguaje de liberación en una sociedad que prioriza valores como la productividad, la competitividad o la libertad (siquiera bajo la forma de libertad para elegir qué se consume -Cortina y Conill, 2002). El futuro, cualquier futuro, es preferible al pasado (por muy estable –ahora aburrido- que fuera). La flexibilidad, revestida de libertad, es preferible a una seguridad que se presenta como imposibilidad de elección, rutina, estancamiento. Este discurso tiende a naturalizar la flexibilidad, a sacarla de cualquier debate y reubicarla en el plano de lo inevitable, como si fuera una adaptación natural (y absolutamente necesaria, incuestionable) a las condiciones del mercado propio de las sociedades globalizadas, ocultando, en ocasiones bajo la propia indefinición terminológica, que no es sino un noción ideológica, política (Atkinson, 1986/1994; Pollert, 1991/1994c; Sennett, 2001; Recio, 2007)⁸¹.

Pero hay otros elementos más allá del discurso neoliberal que alimentan el triunfo de este nuevo paradigma de la flexibilidad. El más importante de ellos alude a los problemas de las sociedades del trabajo para asegurar, precisamente, el trabajo a sus ciudadanos. La crisis del pleno empleo

⁸¹ Véase Pollert (1991/1994a –especialmente el capítulo que la propia autora firma en esa recopilación) para una revisión sobre este particular, ubicada en el momento histórico de “eclosión” del discurso neoliberal (o “resurgir neoclásico”, como dice Pollert, 1991/1994c:82) que toma la flexibilidad como clave de bóveda. Para una revisión más reciente del lenguaje asociado a este discurso de la flexibilización remitimos a Serrano (2005). En cualquier caso, el resumen de todo ese recorrido discursivo lo encontramos en Ortiz (2013:101): “En la actualidad se ha sacralizado la flexibilidad como una de las fórmulas de reorganización productiva y se da por buena cualquier iniciativa que venga a consagrarla”.

keynesiano y del patrón laboral de los “treinta gloriosos”, exacerbada con el advenimiento de la economía global y sus nuevas dimensiones de competitividad, lleva a plantear la necesidad de desarrollar un nuevo modelo productivo y de gestión laboral (Recio, 2007). En ese contexto es donde la flexibilidad se presenta como única alternativa viable, exclusiva respuesta posible a las nuevas demandas del mercado, “contraseña que abriría la puerta de salida de la crisis”, como planteasen Leborgne y Lipietz (1992/1994:331).

Si el mercado es volátil, cambiante, y siempre está abierto, las empresas (y los trabajadores) han de adaptarse a dicho carácter, han de ser, en definitiva, flexibles para resultar competitivas (y competitivos) (Alonso, 2000b, 2007, 2013; Carnoy, 2000/2001; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Gentile, 2005; Standing, 2011/2013) y, por ello, el escenario en que se mueven, el mercado laboral, ha de flexibilizarse también en sus regulaciones y pautas de funcionamiento (Casal, 1999; Recio, 2002; Etxezarreta, 2007).

Los poderes públicos, desde esa perspectiva, intentan favorecer dicha flexibilidad que permita la competitividad empresarial, eliminando cualquier tipo de restricción que pudiera interponerse en su camino. Se sacrifican en el altar de la competitividad y bajo la guía de la flexibilidad todas las limitaciones (seguridades) de antaño (Castel, 1995/1997; Gorz, 1997/1998; Zubero, 1998; Bilbao, 2000; Recio, 2007; Gálvez, 2007a; Battistini, 2009; Standing, 2011/2013). Todo sea por luchar contra el creciente desempleo, todo sea por aumentar la competitividad y permitir, así, que la empresa lleve el crecimiento, el bienestar, a la sociedad. Se desarrolla, pues, un capitalismo desatado, voluntariamente liberado de cualquier restricción política (Rodríguez Victoriano, 1999; Standing, 2011/2013; Alonso y Fernández, 2012b). Hablamos, entonces, de una sociedad que se entrega a las demandas y deseos de la empresa, con la idea de que habrá una comunión de intereses entre capital y trabajo: el beneficio empresarial revertirá en beneficios sociales, la libertad de mercado se presenta como condición necesaria e ineludible para el éxito económico y el progreso social (véase Moreno Fernández, 2009). Prieto (2002) habla de este proceso como el paso de la norma salarial de empleo a la norma de empleo flexibilizado propia de los “Años de la Globalización”, norma en la que el empleo y las condiciones de empleo han de adaptarse permanentemente a los requerimientos de la competitividad empresarial y de la economía de mercado,

quedando relegados a un segundo plano la seguridad, la estabilidad y los derechos sociolaborales (Bilbao, 1999b; Standing, 2011/2013). No cabe, por lo tanto, entender el triunfo del paradigma de la flexibilidad si no es atendiendo al comportamiento de los distintos agentes implicados en el mercado de trabajo, es decir, Estado, empresariado, trabajadores... En líneas generales, cabe decir que los Estados han periclitado ante las demandas de las empresas, llevando a cabo un ejercicio de neorregulación (más que de “desregulación”, como distingue Standing, 2000) favorable a los intereses de éstas. Como expone Santos (1999b:136):

“Hoy la economía manda e impone sus diagnósticos, una economía liberada del peso de lo social que causa crisis y regresión. Y que define como causa central del mal funcionamiento económico el elevado precio de la mano de obra, cuyo control es imperativo para ocupar un lugar destacado en el contexto económico mundial”.

El afán flexibilizador responde, así, a un interés por parte del empresariado de convertir el mercado de trabajo en un mercado de mercancías que responda a las leyes de la oferta y la demanda, ajeno a cualquier tipo de lógica que no sea la mercantil (como también defiende Gorz, 1997/1998). Las reformas legales (veáse capítulo 4.1), entre otros ámbitos de aplicación, se han orientado a generar mayor flexibilidad en el contrato de trabajo, reduciendo costes en el factor trabajo (Zubero, 1997; Cebrián y Moreno, 2001). Se asiste a una reforma continua del mercado de trabajo, tendente a un uso “más libre, flexible y barato –y por tanto desde un punto de vista *exclusivamente mercantil* (de precio) más eficiente- de la fuerza de trabajo” (Alonso, 2000a:38 -véase, igualmente, García Nogueroles, 2009). Como ya apuntasen Millán (2002) o Recio (1997, 2002, 2010), resulta bastante cuestionable que este conjunto de cambios, que han podido ser muy satisfactorios desde el punto de vista de la eficiencia y del beneficio empresarial, se haya traducido en crecimiento económico para los Estados o en mejoras de la calidad de vida de los individuos. Trillo (2011), de hecho, llega a decir, con el título de su trabajo, que la consolidación de un modelo legal de flexibilidad laboral ha cimentado un modelo “(im)productivo” que resulta contrario al desarrollo social.

El capital pasaría a ser el detentor de la hegemonía, sometiendo así, bajo el “imperativo de la competitividad” y las leyes del mercado (Gorz, 1997/1998), a los Estados, con los que negocian las condiciones que les resulten más acogedoras, en un intento, por parte de los poderes públicos, de evitar que las empresas se deslocalicen y hagan desaparecer, con ello, más puestos de trabajo. En estas nuevas coordenadas, las empresas tienden a actuar como “apátridas éticos” (Santos, 2012:149), moviéndose libremente por el planeta en busca de las mejores condiciones que les permitan maximizar sus beneficios. Es la época del “capital impaciente” (Sennett, 1998/2010, citando a Harrison, 1984), del cambio continuo, del permanente cálculo de beneficios inmediatos (el cortoplacismo como lógica imperante hoy, el beneficio inmediato como objetivo básico de la gestión empresarial – Hyman, 2001; Ruesga, 2012; Alonso y Fernández, 2012b).

En la práctica, la puesta en escena de las estrategias flexibilizadoras se ha concretado en el desarrollo de una flexibilidad defensiva (Boyer, 1986/1986). “Defensiva” desde la perspectiva de la empresa (Leborgne y Lipietz, 1992/1994), y que supone la adaptación a la competitividad y al nuevo contexto tecnológico mediante la eliminación de cualquier tipo de rigidez, como pudieran interpretarse los derechos adquiridos que hacían menos “flexible” el contrato laboral. Se trata de una flexibilidad externa (o numérica), sobre las formas de contratación, y no de una flexibilidad interna (o funcional), sobre los horarios o los ritmos del trabajo⁸², como la que se desarrolla en otros países (Toharia, 2005). La flexibilidad interna resulta una forma preferible, toda vez que posibilita a la empresa adaptarse al volumen de trabajo según marquen las

⁸² Una aclaración terminológica al respecto puede encontrarse en el informe de la Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005:26-31). Resumiendo mucho, diremos que la flexibilidad externa (o numérica) hace referencia a la capacidad de la empresa para realizar contrataciones y despidos y para organizar su proceso productivo acudiendo a los servicios de otras empresas (subcontratación), mientras que la flexibilidad interna se refiere a la capacidad empresarial para modificar las condiciones de empleo y la organización del trabajo dentro de la propia empresa. Nótese que esta distinción, aunque usual, no es universal. Así, por ejemplo, Atkinson (1986, en Finkel, 1994:459-462) identificaba cuatro formas de flexibilidad, a saber, flexibilidad numérica, flexibilidad funcional, distanciamiento y flexibilidad de pago; Auer (2008) distingue distintos elementos dentro de la flexibilidad: flexibilidad numérica, externa e interna, flexibilidad funcional y flexibilidad de salarios; Standing (2011/2013) habla de flexibilidad numérica, funcional, y salarial; mientras que Boyer (1986/1986) señalaba hasta ocho tipos de flexibilidad. Remitimos a los textos citados, así como a los manuales de Zubero (1998, capítulo 4) y Finkel (1994, capítulo 6) para una revisión teórica y bibliográfica al respecto.

fluctuaciones de la demanda al tiempo que permite al trabajador mantener su puesto de trabajo (Ortiz, 2013)⁸³.

Desde el punto de vista del factor trabajo, la flexibilización operada en España ha sido una flexibilización en el margen, que en principio sólo afectaría, de manera directa, a los nuevos entrantes en el mercado de trabajo (Toharia *et al.*, 2001; Toharia, 2005). Según Toharia *et al.* (2001), el mercado de trabajo español habría pasado de una rigidez extraordinaria a un grado de flexibilidad que llega a resultar preocupante y disfuncional (“contraproducente”). Flexibilidad que se habría concentrado sobre los individuos que han intentado acceder más tarde al mercado de trabajo: las mujeres y los jóvenes (y los inmigrantes, habremos de añadir con la perspectiva temporal que nos da la distancia con respecto a la fecha de publicación de su estudio).

Esta estrategia defensiva, en su aplicación en el mercado laboral español, ha adoptado preferentemente la forma de contratación temporal, mecanismo con el que las empresas han intentado ajustar su actividad a la incertidumbre de los mercados (Cano, 1996; Alonso, 2000b; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Toharia, 2005; Ortiz, 2013). Los sucesivos gobiernos españoles han favorecido esta forma de flexibilidad, adoptando el discurso neoliberal que señalaba a un supuestamente elevado coste del factor trabajo como elemento distorsionador a combatir. En estos términos lo expresa Etxezarreta (2007:193 –véase, en la misma línea, la reflexión de Martín Criado, 1998):

“La argumentación y justificación de *todas* las reformas desde la transición era muy similar y recurrente: se apoyaba en las supuestas rigideces del mercado de trabajo en España y a que [*sic*], según los empresarios, el despido es muy caro en este país, lo que retrasa la reestructuración empresarial, desmotiva la creación de empleo y hace las empresas menos competitivas. Permanentemente, por lo menos desde la transición, los

⁸³ La flexibilidad en España asumió esta forma lo mismo que podría haber adoptado otras distintas (no en vano hablamos de “flexibilidad”, de algo que tiene la capacidad para moldearse a voluntad). “Los modelos de flexibilidad son sin duda de diverso tipo, entre otros, flexibilidad en los salarios, en los horarios de trabajo, movilidad geográfica de los trabajadores, flexibilidad en la posición ocupacional, en la seguridad contractual y en las tareas, descentralización en las tareas laborales y a la vez coordinación en una red interactiva de comunicación” (Cortina y Conill, 2002:11). Es una constante en la reflexión sobre este proceso de transformación el argumento de la necesaria desnaturalización de dicho proceso, de “desvelar” los intereses ideológicos (políticos, económicos) que hay detrás de que haya adoptado unas formas concretas (y no otras).

empresarios de este país han estado sosteniendo que el paro es inevitable debido a un rígido mercado laboral y al alto coste de los salarios y el despido”.

La flexibilidad aparece como llave maestra para la gestión de la fuerza de trabajo, concretándose en ajustes continuos de las plantillas, bajo el amparo de la propia legislación, como medida para responder a las fluctuaciones de la demanda o a eventuales problemas de cualquier tipo (Alaluf, 2005): las empresas manejan los contratos temporales como “forma de mantener unas plantillas inestables con las que poder ajustar sus necesidades de mano de obra en caso de encontrarse ante una situación de dificultad económica previsible” (Toharia, 2005:64). Se habría desarrollado, incluso, una “cultura empresarial de la temporalidad” (Cachón, 2000; Toharia, 2005; Jurado, 2007) como modo habitual de gestión de la fuerza de trabajo por parte del empresario, que recurriría a esta forma de flexibilidad por costumbre aprendida frente a la incertidumbre, incluso en situaciones en que no resulta racional su empleo, cayendo en errores de cálculo por mera “tradición”.

Con ello lo que se ha logrado, sobre todo, es transferir la incertidumbre a los trabajadores, temporales, que han de asumir ahora los riesgos inherentes a la actividad empresarial: se traslada al trabajador la necesidad de adaptarse, de ajustarse a las demandas de la nueva economía (Etxezarreta, 2007; Recio, 2007; Santos, 2012), de asumir, también, los efectos de las crisis (Standing, 2011/2013). La empresa, mientras tanto, ha encontrado una forma de reducir sus costes laborales mediante esta política de gestión de la mano de obra (Cebrián y Moreno, 2001) que, por lo demás, contribuye a configurar un mercado de trabajo profundamente segmentado y a favorecer la aparición de masas de trabajadores asentados en la eventualidad, con los riesgos y efectos que ello entraña en todos los aspectos (Albarral, 1996; Álvarez Aledo, 1997; Martín Criado, 1998; Zubero, 1998; Bilbao, 1999b; Santos, 1999a, 1999b; Carnoy, 2000/2001; De la Cal, 2002; Alonso y Torres, 2003; Gentile, 2005; Etxezarreta, 2007; Ortiz, 2013). Así, entre la vía del aumento de la productividad y la vía de reducción de costes laborales (Carnoy, 2000/2001), la concreción de la flexibilidad en España ha elegido esta segunda opción. La precariedad para los trabajadores se manifiesta, de esta manera, como efecto

colateral, indeseado pero inevitable (Gentile, 2013), o, como dice Recio (2007), como la otra cara de la moneda de la flexibilidad, moneda que sonríe a la empresa.

Esta aplicación de la flexibilidad, que, en la práctica, opera como una transferencia de dicha flexibilidad a los trabajadores, quedando los empresarios relativamente a salvo de los embates de las incertidumbres de los mercados, ha sido objeto de revisión por parte de las distintas instancias políticas, que han apostado por un nuevo reparto de los riesgos entre trabajadores y empresarios. Es desde esta consideración como surge la noción de “flexiseguridad” (o “flexiguridad”), híbrido entre flexibilidad y seguridad, que supone unas contraprestaciones en términos de seguridad para aquellos que se encuentran sometidos a la flexibilidad más extrema. Como apuntan Tovar y Revilla (2012:237) al definir el enfoque que adopta la política laboral comunitaria⁸⁴:

“Flexiguridad se entiende, a nivel institucional, como una determinada política de empleo encaminada a proporcionar flexibilidad y seguridad en el mercado de trabajo. A grandes rasgos, la flexibilidad se traduciría en la proliferación de tipos de contratos y, consecuentemente, en la multiplicación de situaciones por las cuales un trabajador puede ser despedido. Seguridad, por el contrario, se refiere al garante que permite al individuo transitar de una situación de actividad a otra de inactividad y viceversa, es decir, el suministro de herramientas para que permanezca activo y empleable”.

Como vemos, nos encontramos frente a una visión concreta de la flexibilidad (vía contratos) y de la seguridad (vía empleabilidad). Conjuguar la flexibilidad de la organización productiva con la seguridad del empleo es uno de los principales retos a los que se enfrentan los mercados de trabajo, máxime aquellos que, como el español, han hecho de la temporalidad contractual su herramienta de flexibilización preferida (OBJOVEM, 2008b). Una variante de este enfoque podemos encontrarla en la perspectiva de los mercados de trabajo transicionales (Schmid y Schömann, 2000), que aboga por proteger

⁸⁴ Remitimos a su artículo (y a los trabajos de Auer -2008-, y Klammer -2007) para una revisión de documentos de la Comisión Europea sobre este particular, así como para una revisión histórica en torno a la noción de “flexiguridad” que, de la mano de las políticas de activación, constituiría la base de la Estrategia Europea de Empleo. Otra revisión en torno a las nociones clave de la política laboral europea podemos encontrarla en Serrano, Martín y Crespo (2013) o en Serrano (2005, 2009).

(aportar seguridad) al trabajador mientras se flexibiliza el trabajo, es decir, garantizar la flexibilidad y la movilidad de la fuerza de trabajo sin, por ello, abandonar a su suerte a los trabajadores, que quedarían cubiertos en sus transiciones de un empleo concreto a otro. Se cambia, con ello, el énfasis de proteger el puesto de trabajo a proteger al individuo en conjunto, es decir, habría de tenderse a una seguridad del mercado laboral, más que a una seguridad del empleo concreto: lo importante es estar cubierto durante las transiciones de unos empleos a otros (Auer, 2008). En la misma línea va el informe de la Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005), que aboga por encontrar fórmulas que permitan aunar seguridad para los trabajadores y flexibilidad para las empresas, entendiendo la seguridad desde una perspectiva del sistema en su conjunto y no tanto con respecto a la permanencia en un puesto de trabajo específico. Así, puede estarse seguro si se goza de estabilidad en el empleo (estabilidad laboral), pero, también, si se garantiza un flujo de ingresos permanente (protección al desempleo) o se articulan mecanismos que permitan reintegrarse pronto al trabajo (políticas activas de empleo)⁸⁵.

Hasta el momento, en todo caso, como destacan Tovar y Revilla (2012), no existe equilibrio entre flexibilidad y seguridad, toda vez que la noción de flexiguridad naturaliza la flexibilidad mientras modifica la concepción de la seguridad, tomada ahora como autoaseguramiento, responsabilidad individual del trabajador (Crespo y Serrano, 2011)⁸⁶. Mientras la flexibilidad contractual se ha extendido de forma exponencial, la seguridad es entendida en términos de empleabilidad y, por lo tanto, es una seguridad “activa”, que el propio individuo ha de procurarse, actuando el Estado únicamente como facilitador de los mecanismos para que el individuo pueda buscar su autoaseguramiento, quedando, en muchos casos, a la intemperie durante unas transiciones por

⁸⁵ La apuesta por la flexiguridad, por combinar flexibilidad y seguridad como alternativa a la “desregulación pura y dura” (Klammer, 2007:118), también la encontramos en Ramos-Díaz (2004), Stauber, Kovacheva y Van Lieshout (2004) o Moreno *et al.* (2012), que enfatizan la conveniencia de desarrollar perfiles laborales flexibles y adaptables, desde los que resulte más sencillo el encaje con el cambiante mercado laboral, es decir, que faciliten al individuo asegurarse, por sí mismo, su participación en el mercado laboral.

⁸⁶ Para Tovar y Revilla (2012:255), se asiste a una manipulación de la noción de seguridad: “La Comisión Europea realiza todo un ejercicio de desapropiación del concepto de seguridad para definirla a partir del contexto de flexibilización. Así, flexibilización, concepto naturalizado y no problemático, es considerado por la Comisión como la *pedra filosofal* a partir de la cual construir todo un sistema de significantes dentro del cual estaría la (nueva) seguridad”.

regiones de desempleo y precariedad que tienden a prolongarse en el tiempo sin apenas apoyo estatal.

4. El individuo empresario de sí mismo y el Estado *coach*.

Decimos que el trabajador ha de buscar su propio autoaseguramiento en un contexto en el que la globalización, la deslocalización, la neoregulación y las nuevas formas de flexibilización del empleo han creado condiciones de mayor precariedad para los trabajadores, especialmente para aquellos que más experimentan las demandas de flexibilidad, la política de ajustes de mano de obra, que tiende a concretarse en contratos temporales normalmente precarios y en condiciones de trabajo degradadas (Martín Criado, 1998; Millán, 2002; Gentile, 2005; Jurado, 2007; Cano, 2007⁸⁷; Ortiz, 2013).

Un mercado laboral cambiante demanda, por encima de todo, capacidad para adaptarse, para “reinventarse”. Ante esta situación, las políticas de empleo han de orientarse a dotar al individuo de estos rasgos, de estas competencias, de este *carácter*. Se desarrollan, entonces, todo tipo de políticas bajo la égida del paradigma de la activación, que, como apunta Serrano (2005), supone una reorientación, moral incluso, de la actividad del Estado hacia políticas laborales activas y un repliegue asistencial a lo meramente paliativo, en línea con el nuevo régimen de “*workfare*” (Zubero, 1998, 2006; Santos *et al.*, 2004; Santos y Serrano, 2006; Alonso, 2007; García Serrano, 2007).

Todo ello va en la línea de fomentar la *empleabilidad* del trabajador (Bilbao, 1999b), responsable último (y casi único) de su destino (Santos, 2006; Santos y Serrano, 2006; Alonso, 2007; Zubero, 2008; Tovar y Revilla, 2012;

⁸⁷ Para este autor, la precariedad laboral, en tanto aumento de la inseguridad y de la vulnerabilidad de los trabajadores, “se relaciona con estrategias empresariales de flexibilidad y de control de la mano de obra, facilitadas por la reorientación de la intervención pública en la regulación laboral”, lo que habría dado lugar a una nueva norma social de empleo, distinta a la del período de posguerra, la cual “se ha visto así cuestionada y fragmentada, reduciéndose de forma general (aunque no igual para todos) la seguridad de los trabajadores frente a las incertidumbres del mercado y frente al poder de las empresas en la determinación de las condiciones de trabajo y salariales” (Cano, 2007:136). Una vez más se enfatiza el carácter político, estratégico, que mueve la flexibilización, no pudiendo ser ésta considerada un fenómeno ineluctable (en el mismo sentido, como una estrategia empresarial por recuperar el poder que las demandas obreras le habían ido arrebatando, véase Gálvez -2007a-, o Recio -2007).

Serrano *et al.*, 2013; Tejerina, Cavia, Fortino y Calderón, 2013). Noción esta, empleabilidad, que puede definirse, como hacen Caballero, López y Lampón (2014:26), a partir de Bernston, Sverke y Marklund (2006), como “el conjunto de las características individuales que permiten a las personas hacer frente al mercado de trabajo impredecible e inestable, a las necesidades de los empleadores y a las relaciones de trabajo más flexibles”, o como hacen Alonso *et al.*:

“El término empleabilidad se refiere a las competencias y cualificaciones transferibles que refuerzan la capacidad de las personas para aprovechar las oportunidades de educación y de formación que se les presenten con miras a encontrar y conservar un trabajo decente, progresar en la empresa o al cambiar de empleo y adaptarse a la evolución de la tecnología y de las condiciones del mercado de trabajo” (OIT, 200[4]:4. Citado en Alonso *et al.*, 2009:57).

El trabajador, como “empresario de sí mismo”, ha de gestionar su empleabilidad (hacerse empleable, aumentar sus posibilidades de participar en el mercado) para alcanzar, por sus propios medios, cierta seguridad en este nuevo contexto caracterizado por la flexibilidad (Alonso, 2000b, 2007, 2013; Alonso y Torres, 2003; Alonso y Fernández, 2008), quedando el Estado, a través de sus políticas, como garante de esas posibilidades de desarrollar la propia empleabilidad (Santamaría, 2010, 2012). En ese sentido, se impone la necesidad de flexibilizar los itinerarios formativos y favorecer la adquisición (a lo largo de toda la vida laboral del individuo) de competencias transversales y cualificaciones y habilidades sociales de todo tipo (Fernández Steinko, 1999; Moreno *et al.*, 2012), que permitan al trabajador desarrollar ese “perfil de empleabilidad” necesario para lograr cierto éxito en el mercado de trabajo (Garrido Luque, 1996).

Ahora, se dice, la solución está en el interior de cada individuo, que, convertido en empresario de sí mismo, es el que debe velar por mantener alta su empleabilidad, su adaptación a un mercado de trabajo en continua transformación (Gautié, 2004; Alonso *et al.*, 2009; Tovar y Revilla, 2012; Santamaría, 2012). Como si de una adaptación profana de la parábola bíblica se tratase, el individuo ha de gestionar sus dones (hoy “competencias”, ayer

“capitales”), de tal manera que le permitan resultar merecedor de ocupar un asiento a la mesa del empleador, conseguir uno de esos empleos que se encuentran “flotando” libremente en el mercado (Alonso y Fernández, 2008). Se ha puesto sobre sus espaldas la responsabilidad de obtener (o incluso generar) un empleo, para lo cual deberá gestionar su “cartera de capitales” (sus activos, sus competencias –Gautié, 2004), buscando un nicho (sic) de/en el mercado (Muñoz y Santos, 2014). “El individuo deberá aprender a internalizar y gestionar, por sí mismo, sus competencias, en una aceleración de su disponibilidad y adaptabilidad a las exigencias del nuevo y cambiante mundo del trabajo” (Alonso y Fernández, 2012a:114). El trabajador, así, actúa como un empresario de sí mismo, un comercial (Ehrenreich, 2009/2011) de su propia persona y de sus capacidades (no en vano los consejos de orientación laboral enfatizan mucho estos aspectos de fachada, en términos goffmanianos, de “saber venderse”)⁸⁸, que actúa siguiendo una lógica empresarial de “maximización de sí” (Dubar, 2000/2002:148).

Michel Foucault, en sus cursos en el Collège de Francia de 1978/1979 (recogidos en Foucault, 2004/2007) señala que esta conversión del trabajador en “empresa para sí mismo” (p. 264) supone una vuelta a la teoría del *homo oeconomicus*, pero no una vuelta del individuo trabajador como “socio” del intercambio, sino como “unidad-empresa”, en un ficticio plano de igualdad con el empleador. De esta manera se diluye el viejo conflicto capital-trabajo: ahora los trabajadores son “colaboradores”, empresarios que son contratados por otros empresarios (Gautié, 2004) y la propia actividad laboral es una actividad empresarial en la que el trabajador es un empresario igual que el empleador (Crespo y Serrano, 2011): “En este nuevo modelo, el trabajo ya no es el teatro de tensiones y contradicciones colectivas, es el espacio privilegiado de la autorregulación, del control de uno mismo, de sus subjetividades en acción” (Tejerina, Cavia *et al.*, 2013:36)⁸⁹.

⁸⁸ Véase, en ese sentido, la investigación con orientadores laborales que desarrollan Serrano *et al.* (2012) y la importancia que estos agentes dan al “autoconocimiento” del trabajador, de sus fortalezas y debilidades (al más puro estilo de análisis DAFO). En línea análoga a los postulados goffmanianos, véase el enfoque de Hakim (2011/2012) o Moreno Pestaña (2013).

⁸⁹ Véase al respecto, sobre la descolectivización y la individualización de las relaciones (los conflictos) laborales, Santos y Muñoz (2015), Alonso (2007), Tezanos (2001) o Grupo Krisis (1999/2002), así como Santamaría (2012), que enfatiza la influencia de esta ideología individualista (y del discurso del autogobierno y la responsabilidad personal) en el auge competitivo de todos contra todos, tendencia a

Con este movimiento se consigue, asimismo, transferir al trabajador-empresario el riesgo (y las consecuencias en caso de error) de sus decisiones⁹⁰: se alaba la movilidad y la creatividad y se desprecia la estabilidad (Santos, 2006, o el relato de Sennett -1998/2010: capítulo 5-, sobre la empresaria Rose), se fomenta la flexibilidad y se establece como premisa irrenunciable la plena disponibilidad. Los trabajadores quedan convertidos en “emprendedores” que deben buscarse la vida (Tezanos, 2001; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013), profesionales móviles que venden sus competencias al mejor postor (Gautié, 2004). Se consigue, igualmente, que el trabajador devenga su propio patrón, explotándose a sí mismo (Valenzuela *et al.* -2015-, donde se cita los análisis de McGuigan -2009- y Fraser -2002)⁹¹. El trabajador, así, queda representado como un empresario, o un inversor, que intenta maximizar lo que gasta (invierte) en la adquisición de capitales de todo tipo (“destrezas profesionales”, en Santamaría, 2012:135), principalmente (por su posición en el imaginario social, más que por su eficacia real) credenciales educativas (Alonso y Torres, 2003; Santos y Muñoz, 2015).

Se convierte así, con todo este ejercicio, el problema económico (y social) en un problema formativo (y personal):

“En otras palabras, dejemos a los poderes económicos, a los empresarios, que organicen la producción como quieran (...) En lugar de ello, hablemos sobre formación: discutamos sobre el sistema educativo, sobre materias y currículos, sobre pedagogías y cursillos. Las responsabilidades se desplazan así del ámbito productivo al formativo; los problemas económicos se

la que nos dedicaremos también después (3.8, 5.3). Remitimos, igualmente, al relato etnográfico de Ehrenreich (2001/2003) sobre esta forma de nombrar a los trabajadores como “colaboradores” o “socios”, en línea con los análisis de Ritzer (1999/2000).

⁹⁰ Al tiempo que, remitidos los riesgos al ámbito de la decisión individual, cargando al trabajador el peso de la incertidumbre de los mercados (Boltanski y Chiapello, 1999/2002), se difuminan las “culpas” externas al individuo, con lo que ello tiene de elemento dificultador de una acción colectiva (Santos y Serrano, 2006).

⁹¹ Dombois (2002:61), en una visión menos pesimista de este giro, revisando los trabajos de diversos autores alemanes de finales de los noventa, considera que el “obrero-empresario” (empresario de su propia mano de obra), que sustituye al obrero fordista, sufre más riesgos (como la colonización por parte del trabajo de otras esferas de la vida o la sobrecarga de funciones, apunta), pero también tiene ante sí nuevas oportunidades (por cuanto se le dota de cierta autonomía), negadas en el paradigma anterior. Un relato similar puede leerse en Fernández Steinko (1999), para quien este nuevo tipo de trabajador, rechazando el patrón de trabajo fordiano, busca una especie de emancipación, de “sentido” en el trabajo, de “realización” a través del mismo.

convierten en problemas culturales: ¡abran paso a los profesores, a los formadores!” (Martín Criado, 1999:40)⁹².

Huelga decir que este enfoque que genera políticas basadas en la formación asume (y transmite) la idea de que el desempleado es un trabajador deficitario (el desempleo como “error personal”, en Standing, 2011/2013), responsable (culpable), por su falta de cualificación o por su baja empleabilidad, de su precaria situación laboral (Espluga, Lemkow, Baltiérrez y Kieselbach, 2004; Alonso de Armiño, Gómez, Moreno y Zubero, 2002; Recio, 2002). Como acertadamente sintetizan Sanmartín y Ballesteros (2015:244):

“La “salvación” ya no parece estar en un orden institucional superior sino en el individuo, que debe autogestionarse la salida del atolladero mediante el emprendimiento, la flexibilidad, la adaptación, la sobrecualificación y otras recetas que agentes privados económicos y poderes insisten en presentar como inversiones imprescindibles de cara al futuro”.

Posibilidad de inversión (y posición de partida) que, obviamente, no es igual para todos los individuos.

En la misma línea se manifiestan Crespo y Serrano (2011:259):

“Los problemas económicos y políticos se transforman, de este modo, en cuestiones de motivos y voluntades personales, estimulándose la despolitización de la gestión del conflicto social. Se omite la emergencia del carácter sociopolítico de la exclusión social, al anular el nexo causal que pueda establecerse con las relaciones de poder y opresión. El nuevo objeto de intervención pasa a ser el sujeto inactivo, convertido discursivamente en pasivo y el problema a combatir, el riesgo de dependencia”.

⁹² Si hablamos de empleo y formación, habría que hablar del empleo de la formación, de la proliferación de “coaches” y demás gurús (“gadgets psicológicos”, en palabras de Santos y Muñoz, 2015:19) que florecen (ellos y su industria) al calor del discurso neoliberal de las competencias. El sueño de los nuevos yacimientos de empleo vinculados a los servicios personales. Nuevamente remitimos a Ehrenreich (2009/2011) para una crítica mordaz de este tipo de “profesionales” (y de sus “hermanos mayores” titulados universitarios). Ya Lasch (1979/1984), en su célebre ensayo sobre la familia, criticaba la tendencia a “psiquiatrizar” (“imperialismo psiquiátrico”, llega a decir –p. 148) todos los problemas, a traducir todo lo humano en términos de desviación (patológica) con respecto a una norma (con lo que todo esto supuso para el desarrollo de todo este abanico de “profesiones asistenciales”). Para el autor norteamericano, este psicologismo estaría en la base de la defensa de la idea de que es el individuo el que debe adaptarse a unas condiciones sociales cambiantes, sobre las que cabe escaso poder de influencia (de ahí al conformismo –o al diván-, un paso).

Se asiste, en opinión de estos autores, y tal y como venimos comentando, a una creciente responsabilización del individuo y, correlativamente, a una desresponsabilización del Estado (en la misma línea que Castel, 2001). Los conflictos laborales y sociales se convierten en cuestiones personales, hacia las que se orientan políticas de activación y “motivación”. El Estado se limitaría, en este nuevo modelo de intervención, a asegurar la posibilidad de participar en la competición... De un Estado social dirigido a una distribución equitativa del bienestar, nos estamos dirigiendo a un Estado social que busca una distribución justa de las oportunidades (igualdad de oportunidad que, apuntan Alonso *et al.* -2009-, es el pilar fundamental de la Estrategia de Lisboa de 2000), un “Estado tutor” cuya principal función sería la de promover la empleabilidad del sujeto, facilitándole, a lo largo de toda su vida laboral (Auer, 2008; Alonso *et al.*, 2009)⁹³, las herramientas adecuadas para gestionar el riesgo, más que protegiéndole frente a dicho riesgo (Serrano, 2005; Serrano *et al.*, 2012). Es una asunción de la perspectiva de los mercados de trabajo transicionales, a los que ya aludimos con anterioridad (véase Schmid y Schömann -2000-, para una revisión inicial; o Toharia, 2000), que se centra en la idea de que la protección ha de centrarse, sobre todo, en los espacios de transición entre empleos (Gautié, 2004; Auer, 2008).

Como vimos con anterioridad al analizar los discursos en torno al desempleo (y a los sujetos desempleados), las ideas de movilidad o creatividad, saludadas con júbilo como rasgos de carácter de los emprendedores, se han transmitido a los parados (Santos, 2006), haciéndoles llegar la idea de que, para salir del paro, lo que hace falta es su propia iniciativa: participación, motivación, movilidad... competencias. El Estado se encargará de facilitar esa “empleabilidad” (normalmente a través de diversos mecanismos de formación), actuando como un proveedor de competencias, pasándole al individuo la obligación de autorresponsabilizarse de sus

⁹³ Este componente longitudinal de la formación es vinculado por Martin Carnoy (2000/2001) con las transformaciones en la institución familiar. Para el autor norteamericano, las nuevas exigencias de flexibilidad impuestas por la actual fase de desarrollo capitalista llevan a que los trabajadores tengan que adquirir nuevos y diversos tipos de conocimientos en diferentes momentos de su vida laboral, para lo cual habrán de pasar períodos de “reformación” que necesitarán del apoyo (a todos los niveles) de su familia.

resultados en el mercado de trabajo (“quien quiere, trabaja”, que se conjuga con el más explícito “quien no trabaja, no come”). La premisa fundamental de este programa aparece glosada por Gaudié (2004:166), cuando apunta:

“El papel del Estado debe consistir primero en proporcionar a los individuos parte de esos “capitales” y/o ayudarlos a adquirirlos, para que puedan disponer así de una “patrimonio” que los convierta en verdaderos “empresarios” de su propia vida. Un “Estado Social Patrimonial” (*“Asset Based Welfare”*) debe sustituir al Estado de bienestar clásico, “negativo”, por ser simplemente protector”.

Se supone que un individuo, así “equipado”, dotado de capitales⁹⁴ entre los que el principal (se dice) es el educativo, podrá gestionar (surfear) las situaciones de riesgo y de entradas y salidas del mercado laboral que caracterizan a la economía posmoderna. Lo importante, desde este enfoque, no es proteger el empleo (en tanto que puesto de trabajo), sino proteger la empleabilidad, garantizar que el individuo tendrá “posible” un nuevo acomodo una vez haya perdido el puesto que ocupaba. El objetivo no es el pleno empleo (*à la Beveridge*), sino la plena empleabilidad, promoviendo las capacidades de los individuos para que puedan hacer frente a todas las circunstancias (el cambio como elemento consustancial de nuestra era) que se puedan encontrar a lo largo de su carrera laboral: de la provisión de trabajo (como objetivo) a la provisión de empleabilidad y flexibilidad (Santos *et al.*, 2004; Serrano, 2005; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Santos y Muñoz, 2015).

Se trata, por lo tanto, de realizar un trabajo sobre el individuo, no ya sobre el mercado (en pos del “autoaseguramiento” –“autoprovisionamiento”, Dean, 2003- el individuo pasa a ser tanto objeto de la intervención como parte del problema –Crespo y Serrano, 2011). Asumiendo (naturalizando) el riesgo como algo inevitable a lo que cada individuo ha de hacer frente se justifican este tipo de políticas: “El objetivo de la intervención serán las competencias, motivaciones y actitudes individuales, siendo el sujeto individual el eje nuclear

⁹⁴ Gaudié (2004) apunta, siguiendo a Sen, una diferencia entre “capitales” y “competencias”, en virtud de la cual los capitales (como valor “en bruto”) necesitan del desarrollo, por parte del individuo, de una serie de competencias para su correcta gestión (valor de uso/valor de cambio, incluso). Nosotros no vamos a entrar en estas disquisiciones terminológicas, relativamente menores, y vamos a manejar ambas nociones como sinónimas.

de las intervenciones y, por tanto, parte del problema” (Serrano *et al.*, 2012:45)⁹⁵. El Estado llevaría a cabo una actuación terapéutica, destinada a paliar los déficits individuales (el problema, así, se transfiere al individuo, junto con la responsabilidad/culpa). Mercado y más mercado como solución a todos los problemas de los individuos, que son, precisamente, “de” los individuos, no ya de los Estados, que bastante hacen con permitirle participar en la competición. Como consecuencia, se asiste a un giro en el tratamiento del desempleo (que obedece al giro sobre la propia conceptualización y nominalización del mismo). Como apunta Santamaría (2012:135):

“Como no se puede asegurar la inserción laboral de las personas jóvenes, ya que requeriría intervenir sobre el mercado laboral y sobre la oferta de empleo, se trabaja sobre la empleabilidad de éstas, convirtiendo, de este modo, el “hacerse empleable” en una necesidad ya no sólo para acceder al empleo, sino también para mantener un empleo. Y este hecho es el que supone un verdadero cambio en el paradigma de la inserción”⁹⁶.

En principio, este enfoque no excluye (ni mucho menos) la participación del Estado para asegurar el bienestar de los individuos, pero sí que le da una orientación distinta, promoviendo la empleabilidad, la formación, más que apoyando directamente los ingresos o garantizando la estabilidad en el puesto de trabajo. De la seguridad del puesto de trabajo a la seguridad del empleo, dice Auer (2008) en su reflexión sobre la combinación de flexibilidad y seguridad, para quien dicha conjunción habría de reposar en cuatro requisitos, a saber, disposiciones contractuales y organización del trabajo flexibles,

⁹⁵ Con anterioridad a este trabajo, Serrano (2005) ya había apuntado esta naturalización del riesgo, tomado por inevitable, como paso en un proceso tendente a la gestión apolítica del conflicto social, transfiriéndose la gestión de dicho riesgo al individuo, y sus causas (y sus soluciones), al mercado, haciendo patente la “necesidad de promocionar la flexibilidad personal y estimular las capacidades de acción de las personas, de modo que éstas puedan enfrentarse a la inseguridad y adaptarse a los rápidos cambios en las demandas productivas” (2005:232).

⁹⁶ Y en ese trabajo sobre los individuos juegan un papel fundamental los orientadores laborales (amén de toda una suerte de profesionales que han emergido en los últimos tiempos, como apunta Ehrenreich –2009/2011- en la anterior nota 92). En el análisis que realizan Serrano *et al.* (2012:50) encontramos el cambio de orientación (valga la redundancia), de rumbo al que se dirige la brújula de estos servicios estatales (o financiados con dinero público): “La orientación para el empleo persigue facilitar mecanismos de ayuda para que el desempleado pueda encontrar sus propias vías con las que hacer frente a la situación de exclusión del mercado de trabajo. No se pretende tanto encontrar un trabajo para el desempleado (dada la escasez de puestos disponibles (...)) sino, más bien, promover una nueva lógica de la seguridad que permita incentivar e inducir competencias activas en los usuarios para garantizar su autoaseguramiento”.

políticas del mercado laboral que faciliten la transición de un puesto de trabajo a otro, aprendizaje a lo largo de la vida que garantice una permanente adaptabilidad y empleabilidad, y sistemas de seguridad social modernos que ofrezcan un apoyo a la renta adecuado y faciliten con ello la movilidad laboral. En una línea similar concluye su informe la Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005:244), para la cual “las políticas de empleo deberían proteger a los trabajadores, no a los puestos de trabajo”, siendo así necesarias acciones destinadas a potenciar la empleabilidad o a mejorar la adaptabilidad de los trabajadores, como herramientas fundamentales al servicio de la seguridad en el empleo.

Aparece el Estado, en suma, con un papel de dinamizador del mercado (más que con un rol regulador y desmercantilizador): “su función será promover la “empleabilidad” del sujeto, esto es, proveer al individuo de las herramientas adecuadas para facilitar la gestión individual del riesgo, más que protegerle frente a éste” (Crespo, Revilla y Serrano, 2009:96; Serrano *et al.*, 2012). Este enfoque, que, a decir de Tovar y Revilla (2012), ha hecho camino en la propia formulación de las políticas económicas de la Unión Europea al calor de la dupla que se funde en la noción de “flexiguridad”, otorga al Estado el papel de garante de que los individuos van a tener las mismas oportunidades de entrenamiento/formación (Comisión Europea, 2007) y van a estar preparados para un futuro empleo: van a ser flexibles (en su formación y en sus “exigencias”) y van a estar seguros (vía Estado) durante las transiciones:

“El Estado aportará “garantías” que permitan al individuo *estar a punto* para un futuro empleo pero sin garantizárselo. Así pues, con este tipo de seguridad al individuo se le asegura para “estar listo para el empleo” pero sin saber si tendrá un empleo mañana” (Tovar y Revilla, 2012:246)⁹⁷.

⁹⁷ Más tajantes se muestran los miembros del Colectivo Crisis en su *Manifiesto contra el trabajo* (1999/2002:15) cuando afirman que “Hoy en día el Estado no repara en gastos para que miles de personas simulen el trabajo desaparecido en peregrinos “talleres de entrenamiento” y “empresas ocupacionales”, a fin de mantenerse en forma para “puestos de trabajo” normales que no van a conseguir nunca. Cada vez se inventan “medidas” nuevas y más estúpidas solamente para hacer ver que la calandria social, que gira vacía, puede seguir funcionando eternamente. Cuanto menos sentido tiene la obligación de trabajar, tanto más brutalmente se machaca a la gente con que tiene que ganarse el pan con el sudor de su frente”. Quizás haya de entenderse todo este “artificio” como una actuación política dirigida a “calmar al tonto” (Goffman, 1989. Citado en Castel, 1995/1997), para dar una salida honorable a los derrotados en el juego social, de tal manera que no se vean así privados de *imagen* y puedan *salvar la cara*, mantener una *presentación* de sí mismos no totalmente descalificada.

Con ello, se naturalizan las leyes del mercado, a las que pasa a servir la propia actividad estatal. Frente a este enfoque podemos colocar la conclusión del trabajo de Espluga *et al.* (2004) sobre exclusión social de los jóvenes. Para estos autores, la mayoría de las intervenciones institucionales (tradicionalmente pobres en recursos, por lo demás) contra la exclusión social juvenil (que vinculan inevitablemente con situaciones de desempleo y precariedad laboral) se centran en iniciativas orientadas a ofrecer formación ocupacional, cuando debieran basarse en mejorar la cantidad (y, sobre todo, la calidad) de posibilidades de empleo para los jóvenes. Entrar y salir de situaciones de precariedad no facilita salir de condiciones de pobreza o exclusión, sino que, antes bien, prolonga en el tiempo, cronifica, solidifica, dichas situaciones de precariedad vital. En la misma línea se posicionan Rodríguez y Ballesteros (2013), quienes sugieren la prioridad de medidas sobre la contratación de los jóvenes por delante de medidas sobre su formación o cualificación.

Los costes derivados del desarrollo de estas competencias, de esta formación, son asumidos por el Estado (o, en su defecto, por los individuos y sus familias: por la colectividad, en cualquier caso) en un intento de ajustar la mano de obra a la demanda de las empresas (ajuste que, se espera, redundaría en una reducción del desempleo). Nos encontramos, así, ante una socialización del gasto formativo (como otro coste salarial más), que redundaría, directamente, en beneficio de las empresas, que disponen (externalizan) de los recursos estatales para formar al trabajador (Bilbao, 1993). Como lo exponen Boltanski y Chiapello (1999/2002:361), “se trata de la organización de una subvención general del sector privado”. En el capítulo tercero (“Ascenso y caída del Estado benefactor”) de su *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Zygmunt Bauman (1998/2011) plantea como esta función de “actualización y mejoramiento de la mano de obra como mercancía” (p. 82) fue desarrollada por los nacientes Estados del Bienestar desde sus orígenes: “al asegurar una educación de buena calidad, un servicio de salud apropiado, viviendas dignas y una alimentación sana para los hijos de las familias pobres, brindaba a la industria capitalista un suministro constante de mano de obra calificada” (pp. 82-83), un ejército de reserva, suficientemente cualificado y mantenido en condiciones de disponibilidad inmediata, al que se pudiera acudir en cualquier

momento sin que su incorporación a la fábrica conllevara, para el empresario, elevados costes formativos (o de disciplinamiento, que también es parte del programa estatal y del desarrollo de la ética para el trabajo, como bien nos recuerda el propio Bauman a lo largo de su obra).

Esta formación se lleva a cabo, en buena medida, en el interior del propio sistema educativo, generándose intensos debates en torno a la “colonización” por parte del mercado de este ámbito (o del pliegue de las instituciones académicas a las exigencias del mercado). De una parte, hay autores que consideran que la escuela (como la Universidad), el sistema educativo, debe mantenerse al margen de esta tendencia mercantilizadora (u oponerse a dicha ofensiva neoliberal), so pena de convertirse en un mero apéndice del siempre cambiante mercado (García Aller, 2006; Zubero, 2008; Muñoz y Santos, 2014), un proveedor (y una poderosa herramienta de inculcación ideológica) de “microsiervos” (Coupland, 1995/1996), disponibles y plegados al capitalismo (Alonso, 1999), un espacio en el que sólo se tome en consideración el rendimiento económico de las cualificaciones y de la formación recibida (Méda, 1995/1998:235). Así lo ve Bourdieu (1998/1999), para quien se produce una especie de “gota a gota simbólico” (p. 45) por medio del cual se intenta hacer pasar por inevitable lo que no deja de ser una opción ideológica: el neoliberalismo es presentado como natural en un discurso producido por medios de comunicación y, también, sobre todo, por cierto número de intelectuales o académicos. Por otro lado, otros autores constatan (Serracant, 2005; Pérez-Agote y Santamaría, 2008) o critican la escasa adaptación de las titulaciones a las demandas del sistema productivo, la proverbial desconexión entre Universidad (como epítome de la formación especializada) y mercado de trabajo, y achacan a dicho desajuste una parte de la carga de explicación del desempleo y la precariedad laboral. Así es en Garrido Medina (1996a) y, mucho más recientemente, en Mora (2002), Carot *et al.* (2011) o Caballero *et al.* (2014). Para todos ellos, la formación universitaria destacaría por su carácter “teórico” (escindido de la práctica, en el sentido en que manejan los términos estos estudios) y la carencia en sus planes de estudio de competencias recurrentemente demandadas en el nuevo contexto laboral, al que, acaban concluyendo, habría de orientarse la Universidad. Otros autores, en esta misma línea crítica con respecto al funcionamiento

“desconectado” de la Academia, insisten en la necesidad de que los sistemas educativos se flexibilicen (ya que se flexibiliza el mercado de trabajo y la vida laboral), permitiendo entradas y salidas o facilitando la compatibilidad (Carnoy, 2000/2001), o que proporcionen, más allá de la formación “*hardware*” un conjunto de instrumentos (“*software*”) a los futuros trabajadores (Stoleru, 1986):

“la escuela debe dar, más que una formación específica, una *formación integral*, que incluya un fuerte currículum psicológico, que proporcione a los alumnos la capacidad de hacer frente con éxito (personal) a los avatares del futuro, en una sociedad caracterizada justamente por la inseguridad y la incertidumbre” (Ovejero, 2001:152)⁹⁸.

El debate en torno al discurso de las competencias, tan en boga (Alonso *et al.*, 2009; Santos y Muñoz, 2015), se articula en torno a esta tendencia a dotar a los estudiantes (insistimos: crecientemente al conjunto de desempleados) de una serie de competencias que son requeridas (o así se afirma) por el mundo empresarial⁹⁹, resultando así el sistema educativo un “proveedor comercial de enseñanza definida por el mercado” (Santos y Muñoz, 2015:20) o, desde otro punto de vista, una industria como otra cualquiera, con la única salvedad de que trabaja sobre el elemento “formativo” (en el sentido amplio del término) de los futuros ciudadanos. Especialmente crítico se muestra Guy Standing al analizar el funcionamiento mercantil del sistema de enseñanza, como negocio orientado al mercado:

“La mercantilización de la enseñanza es una enfermedad social, por la que hay que pagar un precio. Si la enseñanza se vende como una inversión, si hay una oferta ilimitada de títulos y si estos no proporcionan el rendimiento prometido en términos de acceso a buenos empleos y elevados ingresos con los que saldar las deudas contraídas al haberse visto inducidos a comprar esa mercancía, una cantidad mayor de precarizados se sentirán amargados e indignados” (Standing, 2011/2013:124)

⁹⁸ Es más, en la conclusión de su escrito apunta Ovejero (2001:161) que, ante el panorama laboral futuro (hoy ya presente), la escuela debería educar no ya para el trabajo y la seguridad en el empleo, sino para el no-trabajo, para la incertidumbre laboral, para la era de la flexibilidad. En ese sentido, su actuación debería orientarse, fundamentalmente, a formar personas adaptables y “mentalmente abiertas”.

⁹⁹ Véase, en ese sentido, el interesante material cualitativo aportado por Alonso *et al.* en su estudio (2009), en el que se contrastan algunas opiniones de empleadores (8 grupos de discusión celebrados en distintos lugares de España) con las visiones de los propios jóvenes (7 grupos, también realizados en distintos puntos del país) respecto a su formación, sus *actitudes* y *aptitudes* ante el trabajo, etc.

Para profundizar a continuación en el componente de engaño que percibe en el funcionamiento de esta “industria”:

“La mayoría de los empleos ofertados no requieren tantos años de estudio, y presentarlos como requisito para que la gente pueda ocupar esos puestos de trabajo significa crear tensiones y frustraciones que darán paso a la desilusión” (Standing, 2011/2013:129).

En una línea crítica similar encontramos a Santos *et al.* (2004:298), cuando afirman, con respecto a la formación, que

“un marketing educativo la ha sobrevalorado en cuanto significante virtual –haciendo que los jóvenes consuman obsesiva y “ansiosamente” una formación que parece imprescindible-, pero que posteriormente se demuestra, para muchos, devaluada y derrochada en su significado real y en sus usos concretos por parte del sistema productivo”¹⁰⁰.

Sea como sea, no debemos obviar que el movimiento de trasladar al ámbito educativo (como bien apunta Casal -1999-, o Martín Criado -1999) la “responsabilidad” de combatir el desempleo (inicialmente el juvenil, pero, gracias al auge de la formación a lo largo de la vida, todo el desempleo) no deja de ser un ejercicio ideológico que ha de entenderse a la luz de la desresponsabilización del Estado sobre las condiciones económicas de los individuos, proceso en el que nos detenemos a continuación.

¹⁰⁰ Véase, igualmente, Martín Criado (1999) y su crítica (plasmada ya en el propio título de su trabajo: “El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución”) al tratamiento de la formación como panacea (cuestión ya recogida en Martín Criado, 1997), remedio para todos los problemas, que esconde, en realidad, la búsqueda de una justificación (excusa) para la flexibilización del mercado de trabajo (en línea con Bilbao, 1989). Para una profundización respecto a estas consideraciones en torno al “marketing educativo” (“No es que los filisteos estén a las puertas; es que están dentro” -Standing, 2011/2013:120), véase Laval (2003/2004), Hirtt (2000/2003, 2013), Sevilla (2010) o Sotiris (2013). Agradezco a Antonio Santos y David Muñoz estas recomendaciones bibliográficas.

5. Inserción, activación y ciudadanos meritorios.

En esa misma línea de responsabilizar al individuo que hemos visto en el apartado anterior ha de entenderse el desarrollo de las políticas de inserción¹⁰¹ implementadas durante las últimas décadas, bajo la égida del paradigma de la activación y la vinculación de los subsidios con la participación en el mercado, en el contexto del *workfare*. En esta extensa cita, Santos *et al.* (2004:12-13) glosan esta línea de reflexión:

“Durante los años ochenta y noventa, las recomendaciones de la OCDE y de la Unión Europea se orientan a poner en marcha políticas de empleo que mejoren los resultados económicos e introduzcan medidas activas de inserción laboral y de incitación al trabajo. La parálisis de los gastos sociales y la crítica liberal a los efectos de dependencia que generan los subsidios estatales marcan el carácter de las políticas de empleo. El esfuerzo propagandístico de las posturas neoliberales acaba extendiendo la idea de que los sistemas de protección son demasiado caros y desincentivan de cara al trabajo a los parados. Las políticas de empleo deben hacer frente a estas circunstancias. Desde entonces, sus líneas generales han consistido en reducir el peso de los sistemas de subsidios y en poner en marcha dispositivos de activación de los parados para dirigirles al empleo. Estas líneas generales han variado dependiendo de las configuraciones nacionales del sistema de protección de cada país (...) Pero en todo caso, las líneas maestras de las políticas de empleo han consistido en imponer a los colectivos en paro una lógica de activación de cara a restringir su acceso a prestaciones, a aumentar su responsabilidad individual en el regreso al empleo y a establecer mecanismos de contraprestación, de manera que cobrar un subsidio implique una obligación por parte del beneficiario. Por lo general, volver al trabajo ha sido la obligación más habitual, aunque la realización de actividades de utilidad social o la formación han sido también mecanismos de activación muy frecuentes. El debate de los últimos años en el terreno de la política social ha sido en qué medida las sociedades occidentales transitaban de un modelo de *Welfare State* a uno de *Workfare State*, donde todas las medidas de política social están regidas por la lógica de *work for welfare* —es decir quien recibe una ayuda del Estado debe comprometerse a medidas de activación al trabajo”.

¹⁰¹ En los términos en que emplea el término Castel (1995/1997), es decir, como políticas que, si en un momento nacieron como provisionales, para auxiliar a poblaciones concretas coyunturalmente en situación de dificultad, han terminado haciéndose fijas (y crecientes en cuanto a número de colectivos que caen bajo esa “excepcionalidad”) ante la instalación de lo provisional como régimen de existencia para una proporción cada vez mayor de individuos.

Estas políticas de activación (en la propia dicotomía que resuelve al nombrarse como “activas” radica ya parte de su poder con respecto a los “pasivos” desempleados –Crespo, Revilla y Serrano, 2009) contribuyen a desarrollar una estigmatización de los desempleados (Alonso, 2000b; Recio, 2002), como individuos que no poseen la formación necesaria y que, por lo tanto, son merecedores de su situación (y han de hacerse merecedores, igualmente, acreditando su propósito de enmienda, de la asistencia social)¹⁰².

En suma, el Estado social (“la política”, podríamos traducir) habría sufrido una radical transformación, poniéndose por completo al dictado del mercado (Zubero, 2007; Alonso, 2007). Bourdieu (1998/1999), en el contexto de neoliberalismo que se viene imponiendo, califica este cambio de auténtica “involución” del Estado, abandonando en gran medida sus campos habituales de acción social, quedando reducido, en muchos casos, a una especie de Estado penal, encargado de la vigilancia y la represión, al servicio del capital, renunciando a sus funciones sociales¹⁰³. En la misma línea se manifiestan Harvey (2005/2007:6) o Cano (2000:60), para quienes el papel del Estado se limita a crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de las prácticas económicas propias del neoliberalismo, ocupando en todo caso una posición subsidiaria orientada a eliminar cualquier restricción institucional que pudiera interponerse en los objetivos de las empresas. Un Estado director o *manager* (Alonso, 2007), empresarializador, promotor, remercantilizador (Alonso, 2000a, 2000b), “creador de las condiciones para la competencia mercantil y, por tanto, reprivatizador y garante del principio de la rentabilidad y la ampliación permanente de los mercados” (Alonso y Fernández, 2009b:248). Un Estado, asimismo, que actúa como corriente de transmisión del discurso y

¹⁰² En este afán por hacerse meritorio, los jóvenes han recibido, tradicionalmente, un tratamiento un tanto especial (Espluga *et al.*, 2004; CES, 2006; Santos y Martín, 2012). Partiendo de una representación política que los ubica en el polo de la imperfección, en tránsito hacia la adultez, las políticas de juventud se han centrado más en acciones de tipo lúdico y preventivo (educación sexual, sobre distintos tipos de drogas, etc.) que en cuestiones más puramente “mercantilistas”. Después de todo, se da por supuesto que su período formativo (de estancia en las instituciones educativas, en este caso) se prolongará *per se*, sin necesidad de implementar (destinar recursos) políticas específicas en esa materia (la propia legislación laboral española tenderá a aumentar la formación de los jóvenes, al retrasar su ingreso al mercado de trabajo –García Espejo y Gutiérrez, 2000).

¹⁰³ O desarrollándolas desde una perspectiva “terapéutica”, dirigida al autodisciplinamiento de los trabajadores (responsables de su destino sociolaboral), reduciéndose el ámbito de intervención público a dotar a los individuos de habilidades para autogestionar el riesgo (Serrano, 2005; Serrano *et al.*, 2012).

del ideario de la nueva economía de la flexibilidad, el cambio constante, la competitividad extrema (Tovar y Revilla, 2012).

En estas nuevas coordenadas el individuo tendría que ganarse su estatus de ciudadano, hacerse merecedor del mismo:

“En esta nueva etapa, parecen quedar caducados signos anteriores de protección laboral, como el convenio colectivo, el Estado interventor o, incluso, la identidad o cultura obreras (...) Lo que se pretende es modelar al individuo para que sea juez y parte de su futuro laboral, un individuo que encuentre dentro de sí los recursos, caminos y respuestas a la hora de afrontar su futuro laboral. Dicha normalización de la individualización encontraría su reflejo en los discursos organizacionales, los cuales, en nuestra opinión, están conectados directamente con las políticas de empleo de la UE” (Tovar y Revilla, 2012:250)¹⁰⁴.

Para Serrano (2005), el paradigma de la activación implica una redefinición del concepto de ciudadanía, como algo que tiene que ser ganado que, por lo tanto, está vinculado a los “méritos” propios de los individuos, a sus responsabilidades, más que a compromisos sociales, colectivos. Y la mejor muestra de “buena voluntad” por parte del individuo es la búsqueda (o la aceptación, bajo las condiciones que se establezcan) de trabajo, haciéndose de este, una vez más, una obligación moral (véase, al respecto, la caracterización que hicimos de las sociedades del trabajo en el capítulo anterior, especialmente en 2.1), un requisito para que la sociedad se sienta comprometida a ayudar a este individuo-que-no-aún-ciudadano.

La pérdida de centralidad del trabajo, la crisis de empleo y la quiebra de los sistemas de protección social vinculados a la relación laboral dibujan un nuevo escenario en lo que hace al estatuto de ciudadanía. Ahora, a partir del triunfo del paradigma de la activación, la ciudadanía se considera algo que el individuo debe “ganarse”, mostrándose merecedor de la misma. Pasa así de ser “un estatus dotador de derechos sociales a entenderse como una condición

¹⁰⁴ En el mismo sentido, véase Kovács (2014), que vincula las medidas adoptadas desde mediados de los setenta, orientadas a la flexibilización de la economía y del mercado de trabajo, con la reducción del Estado social, situando a los trabajadores como responsables de la gestión de su trabajo, lo que los hace protagonistas (y, a la vez, “culpables”) de su destino laboral. En la misma línea, véase la reflexión de Santos (2006), Santos y Serrano (2006), Alonso (2007; y Alonso y Fernández, 2008), Crespo (2009), Santos *et al.* (2004), o Tejerina, Cavia *et al.* (2013).

que el sujeto tiene que ganar en función de sus actitudes y comportamientos” (Crespo *et al.*, 2009:20). Las políticas de *workfare* trocan derechos por obligaciones, responsabilidades que el individuo ha de asumir para mantener o adquirir su estatus de ciudadano (Serrano, 2009; Tovar y Revilla, 2012). Se postula el paso de una ciudadanía social, propia de la pauta fordista, basada en la idea de proteger a los individuos frente al mercado (véase Serrano *et al.*, 2001; Cortina y Conill, 2002; o el anterior apartado 2.2), a una ciudadanía económica, fundamentada en la participación en el mercado, haciendo de ésta un deber civil (y del trabajo una obligación moral), un prerrequisito de acceso a la ciudadanía (sobra el carácter *moral* del trabajo, véase 2.1): la idea es el intercambio de “*work for welfare*”: quien recibe una ayuda del Estado debe comprometerse a aceptar y adoptar el credo de la activación en todas sus consecuencias (Santos *et al.*, 2004; Serrano, 2005; Crespo, Revilla y Serrano, 2009). Se establece, en suma, un nuevo modo de articulación de la cuestión social (Serrano, 2005; Alonso, 2007), un nuevo contrato social entre Estado (y empresas y familias) y ciudadanos, tendente a la vuelta al Estado mínimo, siendo responsabilidad del individuo proveerse de bienestar, acudiendo para ello al sector privado si fuera preciso (Gaggi y Narduzzi, 2006/2006).

En el ámbito de la asistencia social, el *welfare* se convierte en *workfare*, con los efectos estigmatizantes que esto tiene para quienes recurren a dichas ayudas estatales (Alonso, 2000b)¹⁰⁵. En ese sentido se manifiesta Sennett (2003/2003: capítulo 4) cuando habla de la “vergüenza de depender”, de cómo la gente, en nuestras sociedades, se siente humillada si tiene que pedir ayuda o exponer su debilidad (dependencia se vincula a vergüenza, a pérdida de autoestima). “El Estado, cuando interviene, debe refrendar con su sello la incapacidad de los individuos que acuden a él en la carrera de la competitividad social” (Alonso, 1999:240). En su análisis sobre los trabajadores de bajos ingresos (tema que se puso posteriormente en boga a cuenta de los “*working poors*” –véase capítulo 4.4), López Peláez (2005) destaca el carácter limitado

¹⁰⁵ Bauman (1998/2011), en su capítulo tercero, que lleva por título “Ascenso y caída del Estado benefactor”, analiza este particular a partir del estigma que cubre todo lo que es público por cuanto no es elegido por el ciudadano/cliente/consumidor (la elección como “metavalor de la sociedad de consumo”, p. 91). El hecho de que los servicios ofrecidos por el Estado no sean elegidos por los individuos los sitúa en una posición inferior, estigmatizándolos. Sobre esa premisa se construye, además, toda una serie de dispositivos de control en forma de “investigación de ingresos”, que también tienen un efecto de señalamiento claro sobre los individuos que acuden a estos servicios.

de las ayudas públicas, sólo accesibles en la medida en que se “disfrute” de un cierto (y alto) nivel de pobreza, no presentando una dimensión integral a nivel de sociedad, sino que se orientan a la asistencia complementaria, individual, obviando la antigua función de redistribución de rentas de los Estados del Bienestar (Gaggi y Narduzzi, 2006/2006).

Se asiste así al desarrollo de un sector público más asistencial que redistributivo, promotor de medidas y políticas muy focalizadas, sobre grupos marginales, paliativas, en definitiva, un escenario “donde la flexibilidad básica y fundamental de todos los mercados –sobre todo los de trabajo- es compensada con *políticas paliativas* desplegadas sobre colectivos especialmente erosionados por la remercantilización general” (Alonso, 2007:126). Eso sí, un Estado asistencial que intenta ahorrar recursos, con ayudas frugales y recortes de todo tipo (Álvarez, Davia y Legazpe, 2013), con una progresiva reducción de la protección, de las prestaciones, y un aumento de los controles y de las sanciones (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Prieto, 2002; Laparra, 2006), un “*welfare* de la austeridad” (Alonso, 1999:168; 2007:123)¹⁰⁶.

El debilitamiento, la precarización, del trabajo/empleo llevará aparejada una merma en la calidad de la democracia, como ya recoge Navarro (2002) y sobre la que también reflexionará Beck (1999/2000)¹⁰⁷. Para Conde (2013), la ofensiva neoliberal que se viene desarrollando y que se concreta en todas estas políticas de activación estaría golpeando la propia línea de flotación de la socialdemocracia, rompiendo el “contrato social” que durante años estuvo vigente para la juventud. Diversos autores han enfatizado esta conexión entre precariedad y crisis democrática o deterioro de derechos sociales (Laparra, 2006; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013). Así, Díaz-Salazar, (2003a:11) llega a hablar de “despotismo empresarial” (al que estarían sometidos, especialmente, los jóvenes), paradójico en sociedades con elevados ideales sobre el valor de la justicia, la democracia, etc. (Ehrenreich -2001/2003-, para una crónica descarnada de este contraste entre imagen oficial y realidad laboral en Estados

¹⁰⁶ Para un análisis de este enfoque en relación al tratamiento del desempleo (y de los desempleados), véase el monográfico coordinado por Santos y Serrano (2006) o el magnífico libro de Santos *et al.* (2004). En la revisión que hacen, en dicho libro, de la obra de Gorz, destaca la crítica a las distintas formas de *workfare*, que “estigmatizan a los parados con tareas humillantes e impiden la libre autogestión de su tiempo” (p. 110).

¹⁰⁷ Léase, en el mismo sentido, el apartado final de este capítulo (3.8) y, a modo de síntesis, los dos últimos del capítulo siguiente (4.4 y 4.5).

Unidos). Alonso (2000b:101), por su parte, habla de la refeudalización del trabajo en la sociedad posindustrial, con una democracia debilitada en la que los derechos de ciudadanía han ido cediendo primacía a los derechos de propiedad (en línea similar, véase Recio -1997- y Zubero -2007). Y es que el empleo ha funcionado durante décadas como proveedor de derechos sociales, llave de acceso a muchas de las prerrogativas de los sistemas de protección social que se articularon en torno a los Estados del Bienestar (García Nogueroles, 2009; Gentile, Sanmartín y Hernández, 2014). Hoy, ante la quiebra de esos principios organizativos de las sociedades poslaborales, las propuestas se orientan a reforzar la democracia fuera de la dependencia del mercado (Standing, 2000; Alonso, 2000b; Tezanos, 2001).

6. La crisis de los Estados del Bienestar: un nuevo reparto de los riesgos (y de las culpas).

La crisis de los Estados del Bienestar, a la base de las nuevas políticas de gestión de la incertidumbre antes apuntadas, ha de interpretarse como parte del profundo cambio “*de*” sociedad al que antes nos hemos referido, y, así, debe ser entendida en su multidimensionalidad. A partir de los setenta, los sistemas de bienestar social quedaron desbordados por la crisis económica (en toda su magnitud), los cambios demográficos, la reestructuración industrial, la crisis del Estado-nación, las crisis financieras y las propias dificultades políticas y de legitimación de este modelo de sociedad, cuya eficiencia asistencial también es puesta en entredicho (Mingione, 1991/1994; Rodríguez Cabrero, 1993; Castel, 1995/1997; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Standing, 2000, 2011/2013; Gautié, 2004; Baizán, 2006). Para Alonso (2007:223), la crisis del Estado de Bienestar de corte keynesiano

“comenzaba en forma de crisis fiscal –expresada habitualmente como un crecimiento desmesurado de la inflación y el déficit público-, y (...) anunciaba que el sistema de intervenciones realizadas sobre el modelo productivo comenzaba a alejarse, nítidamente, de su trayectoria de equilibrio”.

Leborgne y Lipietz (1992/1994) señalan que hacia 1979 se constató que las políticas keynesianas de apoyo a la demanda no resolvían la crisis de oferta, pasándose entonces a un movimiento de desregulación internacional, contención de salarios, elevación de tipos de interés... Este progresivo escoramiento de la actuación estatal irá marcando la forma (y el contenido) de las intervenciones y políticas que estarán por venir (de la lucha contra el paro a la lucha contra la inflación, como recogen Recio, 1997; Offe, 1997; o Bilbao, 1993). El Estado pierde capacidad de intervención en la economía, ante su creciente debilidad (Gallino, 2002; Tovar y Revilla, 2012; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015). Todo ello, como vimos al inicio del capítulo, en un contexto de crisis de empleo marcado por la globalización, las exigencias de flexibilidad en aras de una mayor competitividad, los avances tecnológicos... (Alonso, 1999, 2000a, 2000b), escenario que muestra la cada vez menor capacidad del Estado para asegurar un trabajo a sus ciudadanos (Offe, 1984/1992a).

Poveda y Santos (1998) describen con detalle este proceso, que llevaría, a partir de la crisis de 1973, del contrato social fordista a una sociedad “*jobless growth*”, con el desmoronamiento de los pilares del fordismo-keynesianismo de posguerra. En ese proceso, un elemento fundamental fue el cuestionamiento ideológico y la parálisis institucional del Estado del Bienestar: se propaga todo un discurso (ideológico, siempre) que cuestiona las bases de dicho sistema: lo privado se presenta como mejor que lo público en cuanto a calidad y eficiencia, los valores individuales valen más que los colectivos, el asistencialismo es un terreno abonado al fraude que impide el avance (progreso) de las sociedades... Se asiste a una ofensiva neoliberal orientada a recuperar el poder de clase, desatar la economía de las restricciones políticas que el Estado de corte keynesiano había impuesto durante décadas (Foucault, 2004/2007; Harvey, 2005/2007; Moreno Fernández, 2009). Para Alonso y Fernández (2012b), en la presentación del magnífico libro que coordinan en torno a la *financiarización de las relaciones salariales* (“o la destrucción de las bases sociales del trabajo”, subtitulan dicho capítulo introductorio), el Estado del Bienestar desaparece como si hubiese sido un paréntesis histórico, breve además, tras el cual se retorna al clásico Estado liberal, al mercado sin contrapesos. Como un proceso

de “remercantilización social” lo describe Alonso (2000a, 2000b), vinculando la crisis del Estado del Bienestar a una crisis de “lo público” (en la misma línea, véase Standing, 2011/2013), un retorno a la privatización que lleva aparejado un cuestionamiento de la sociedad de clases medias que se había desarrollado a la luz del modelo keynesiano-fordista. En este sentido también se manifiestan Gaggi y Narduzzi (2006/2006:XIII), cuando defienden la emergencia de un “bienestar de bajo coste” como consecuencia del declive de las clases medias, o Mingione (1991/1994) al referirse a los negativos efectos de la tendencia a la privatización en servicios esenciales para la reproducción social, como son la educación, la sanidad o la vivienda¹⁰⁸. Se desarrolla todo un elaborado discurso que facilitará la “fiebre privatizadora” (Poveda y Santos, 1998:20) que irá vaciando de funciones, competencias y recursos al sector público, hasta dejarlo “disecado” (Poveda y Santos, 1998:20), completamente hueco. “Desmantelamiento”, lo nombran Standing (2011/2013), Zubero (2006) o Rodríguez Victoriano (1999); “desmontaje”, dice Muñoz (2009); “profunda reestructuración y limitación” o “reconfiguración regresiva”, concluyen De Marco y Sorando (2015) y Alonso (2007), respectivamente. Entramos en una fase de “financiarización” (Alonso y Fernández, 2012b), de hegemonía del sector financiero sobre el sector productivo, que rompe el pacto distributivo (propio del keynesianismo), degrada las instituciones públicas y, en suma, supone un hundimiento de lo social frente a las pretensiones y los requerimientos de un capital ahora financiero y sin fronteras ni restricciones.

Se pasa, en palabras de Alonso (2007), del Estado del bienestar al Estado del rendimiento. Enfatiza este autor (Alonso, 2000a, 2000b, 2007) el hecho de que la eficiencia económica y la rentabilidad mercantil se han instituido como referentes primarios de todos los discursos, sometiendo al trabajo (vale decir, a los trabajadores) a la obligación de adaptarse a las exigencias tecnológicas del nuevo capitalismo, con lo que ello supone en cuanto a cambios en la forma del mercado de trabajo, que se modifica

¹⁰⁸ Véase Alonso (1999) para una crítica al “*welfare* de la austeridad” que, según el autor español, dibujarían las propuestas de Rifkin sobre la creación de un sector de trabajo voluntario para absorber los excedentes de mano de obra generados por el cambio tecnológico. Para Alonso, este tercer sector propuesto por Rifkin supondría una dualización social, en la que lo público quedaría como algo residual, sometido a lo privado.

“para entrar en una progresiva y acumulativa dualización y fragmentación –institucionalmente organizada- de las situaciones laborales contractuales, en una cadena de sucesivo debilitamiento de las condiciones de protección, seguridad y derechos asegurados en el uso de la fuerza de trabajo” (Alonso, 2007:230).

En la misma línea se posicionan Boltanski y Chiapello (1999/2002) en su análisis sobre el estadio actual del capitalismo. El Estado, por lo tanto, adopta, en sus acciones, criterios antes productivistas, de eficiencia económica, que criterios de generación de empleo, bienestar o igualdad (lo que podríamos llamar “eficiencia social”)¹⁰⁹.

Con todo lo anterior se asiste al paso de las políticas de redistribución a las políticas de activación (o de la intervención desmercantilizadora a la remercantilización, en palabras de Alonso, 1999, 2000a, 2000b)¹¹⁰, para, progresivamente, ir transfiriendo al individuo la “gestión del riesgo”, desentendiéndose los poderes públicos de garantizar nada que no sea la “oportunidad”, la posibilidad de participar en el juego del mercado). A nivel europeo (es decir, según la Estrategia Europea de Empleo), estas políticas activas se fundamentan en cuatro pilares: innovación y “espíritu empresarial”, adaptabilidad, empleabilidad, e igualdad de oportunidades (Santamaría, 2012). Se asumen (Moreno Fernández, 2009) los postulados del Estado “activador” schumpeteriano, basado en el mercado, que conduce a una autorresponsabilización de los ciudadanos de su propio bienestar (Jessop, 1994 –citado en Moreno Fernández, 2009; Santos *et al.*, 2004; Moreno y Serrano, 2007; Recio, 2007; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Gallardo, 2011; Serrano *et al.*, 2012; Alonso, 2013)¹¹¹. Ante la imposibilidad de alcanzar el

¹⁰⁹ En contra de estas prácticas, Hyman (2001) recupera la noción de “economía moral”, del historiador inglés E. P. Thompson, para postular la necesaria puesta bajo control social de los mercados (en línea, una vez más, con las tesis de Polanyi).

¹¹⁰ Los expertos consultados por Gentile *et al.* (2014) apuntan, como tendencia de futuro, esta tendencia a la remercantilización del Estado del bienestar (también en Del Pino y Ramos, 2013). Igualmente, vaticinan asimismo recortes en la protección por desempleo (menor duración y menor cuantía), así como un sistema de bienestar más selectivo y residual, como consecuencia de la reducción de las prestaciones sociales y de los servicios públicos.

¹¹¹ Una revisión histórica del desarrollo de políticas del mercado de trabajo en España, en la que puede verse este auge contemporáneo de las políticas “de activación”, puede encontrarse en García Serrano (2007) o, en perspectiva comparada europea, en Schmid y Schömann (2000), quienes enfatizan las bondades de estas medidas activas en la lucha contra la marginación social derivada del desempleo de larga duración. Desde un enfoque mucho más crítico, véase Serrano (2005) o Standing (2011/2013) para

pleno empleo en que se basaba la pauta fordista-keynesiana, aparecen nuevas propuestas orientadas a adaptar las instituciones del mercado de trabajo a la nueva realidad socioeconómica, como la apuesta por los “mercados de trabajo transicionales” que podemos encontrar en Toharia (2000) o en Schmid y Schömann (2000)¹¹²; la “democracia económica” postulada por Standing (2000); el reforzamiento del Estado para evitar el “naufragio”, como en Castel (1995/1997:478); la gestión “activa” del riesgo postulada por el posfordismo en Gautié (2004); o la defensa de la privatización que hallamos en Gaggi y Narduzzi (2006/2006) al tomar el modelo de asistencia social estadounidense como ejemplo a seguir para el futuro europeo).

Se alimenta, por lo tanto, el desarrollo de políticas “de activación”, políticas mercantilizadoras de la mano de obra, que ponen el énfasis en la empleabilidad de los individuos (Zubero, 1998, 2006; Alonso, 1999, 2000a, 2000b, 2007, 2013; Gallino, 2002; Serrano, 2005; Laparra, 2006; Santos, 2006; Santos y Serrano, 2006; Crespo *et al.*, 2009; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Santamaría, 2012; Serrano *et al.*, 2012), políticas laborales de corte competitivo (y, por tanto, por definición, individualistas y fragmentadoras de la socialidad –y de la solidaridad- entre trabajadores) y que, al tiempo, ejercen una presión para que los trabajadores en situaciones precarias acepten condiciones de trabajo degradadas ante la ausencia de alternativas: sean, pues, menos exigentes (Bilbao, 1998; Recio, 1999; Alonso, 1999; Cano, 2000; Laparra, 2006), teniendo que demostrar, además, su sumisión a los principios de diferenciación entre buenos y malos (en términos tanto ciudadanos como morales) buscadores de empleo (Santos y Serrano, 2006)¹¹³. Cano (2007), en su análisis de la precariedad laboral, destaca este cambio en la protección dispensada por el

quien la evolución de los últimos años (recortes, desahucios, políticas de austeridad, *workfare*...) parece mostrar a un Estado que se ha tendido a posicionar en contra de los más pobres.

¹¹² Dice Toharia, en el prólogo: “Si ese modelo [el de la anterior pauta fordista, el del pleno empleo y las carreras laborales estables y aseguradas] ya no es el válido, las instituciones creadas bajo su influjo quizá tampoco lo sean” (2000:14). Responden Schmid y Schömann, en el capítulo correspondiente dentro del mismo libro: “Por ello, el concepto de mercados de trabajo transicionales prevé la institucionalización de los “puentes de empleo”, que pretenden facilitar las transiciones entre relaciones de empleo variables cuando cambian las circunstancias y a lo largo del ciclo vital y facilitarlas de manera que se mantenga la empleabilidad y se salvaguarde la protección social” (2000:17). Instituciones para gestionar el riesgo derivado de la flexibilidad: la flexiguridad como respuesta a los nuevos tiempos y sus incertidumbres.

¹¹³ Santos *et al.* (2004), refiriéndose a d'Iribarne (1990), señalarían que la “lógica del honor” se habría debilitado, haciendo que, progresivamente, se acepten trabajos en peores condiciones, inicialmente indeseables, ante el avance del fantasma del desempleo con sus efectos asociados.

Estado como una última dimensión de la precariedad, que se plasmaría en un endurecimiento de las condiciones de acceso a las prestaciones y una vinculación de la percepción de prestaciones con la participación del parado en estas políticas activas (que vendrían a sustituir a las políticas “pasivas”: el lenguaje nunca es inocente...).

En la acertada expresión de Tovar y Revilla (2012:248), el Estado habría “pasado la pelota” a los individuos, obligándolos a autogobernarse (hacerse empresarios de sí mismos), situándolos como centro de todos los derechos, pero, también, de todas las obligaciones (y de todos los riesgos y sus consecuencias). Las empresas habrían ido, progresivamente, transfiriendo los riesgos de su actividad económica (y los resultados de sus eventuales crisis) a los trabajadores y sus familias (Gallino, 2002; López Calle y Castillo, 2004; Cohen, 2006/2007; Laparra, 2006; Recio, 2007; Standing, 2011/2013; Santos, 2012; Ruesga, 2012; Serrano *et al.*, 2012; Santos y Muñoz, 2015), aumentando además con ello el control que ejercen sobre los mismos, sometidos a una creciente tensión hacia la docilidad, la sumisión (Etxezarreta, 2007; Alonso, 2007), a fin de mantener el vínculo salarial (“dispositivo precario”, en palabras de Cingolani, 2012. Citado en Santos, 2012:138). Se traslada al trabajador la necesidad de adaptarse, de ajustarse a los nuevos tiempos: una flexibilidad, que va más allá de la tradicional solución empresarial de la flexibilidad numérica (sobre el número de trabajadores que se contratan en cada momento para hacer frente a las necesidades de producción), que hace recaer sobre el factor trabajo (es decir, sobre los sujetos trabajadores) todos los riesgos de la economía contemporánea. Como veremos (3.8, 5.1), esta transferencia de la incertidumbre al trabajador genera el desarrollo de un modelo (tipo) de trabajador flexible, disciplinado (“suavemente” –*soft*–, como apuntan Alonso y Fernández, 2009b, objeto de una “violencia dulce”, como plantea Bourdieu, 2001), disponible, implicado, leal, comprometido con la empresa y su cultura (Santos, 2012). Y, así, los riesgos económicos se concretan (y encarnan) en “riesgos biográficos”, en los términos de Beck (1999/2000)¹¹⁴. Es la “sociedad

¹¹⁴ Más tarde volveremos (capítulo 5) sobre este particular al referirnos a los jóvenes trabajadores, pero conviene resaltar que estos “riesgos” contemplan, también, el propio riesgo físico: los trabajadores contemporáneos, asumiendo el riesgo como una obligación impuesta más que como una decisión voluntaria, están sometidos a condiciones que tienen graves efectos sobre su salud y condiciones de vida. Las enfermedades laborales o la propia siniestralidad no tienen, como bien defiende Castillo

del riesgo” postulada por Beck (1986/1998, 1999/2000), en la que la inseguridad se torna rasgo característico y endémico, afectando no ya sólo a las capas más bajas de la sociedad (es más, no “afectando”, porque se plantea en términos positivos, como oportunidad, como algo deseable –Bourdieu, 1998/1999 sobre el liberalismo como lenguaje, precisamente, de liberación; Ehrenreich, 2009/2011:140 y ss., sobre la nueva conceptualización de los despidos como posibilidades para dar nuevos impulsos a la carrera profesional). Una sociedad en la que la demanda es clara: ser individual y autorresponsable, es decir, no depender (Sennett, 2003/2003; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Serrano *et al.*, 2012). El individuo se ve así condenado a la libertad, a elegir, a asumir estos riesgos biográficos, riesgos (amenazas u oportunidades) que son percibidos y asumidos como cuestiones privadas, consecuencia directa de la actuación de los individuos (responsables, así, de sus éxitos y fracasos), lo cual choca con la realidad objetiva que rodea (determina) dichas actuaciones individuales (Gentile y Mayer, 2009; Serrano *et al.*, 2012; Kovács, 2014). En uno de los fragmentos más clásicos del también clásico *La corrosión del carácter*, Sennett (1998/2010) describe el proceso, vital y discursivo, seguido por unos programadores informáticos de IBM despedidos en un reajuste de plantilla. En los relatos de estos trabajadores vamos viendo el paso de un “la culpa es de la empresa” o “la culpa es de la globalización”, vinculado a un autoconcepto de víctimas pasivas, a un “los culpables somos nosotros, que nos acomodamos y no arriesgamos”. En este giro, que Sennett encuadra en un capítulo significativamente titulado de forma enfática “Fracaso. Manejar el fracaso”, presenta el autor una solución (habríamos de añadir: ciertamente deprimente) para mantener la “ilusión biográfica” y recuperar, siquiera ficticiamente, las riendas (Sennett dice el protagonismo, pero quizás no sea el término más adecuado) de su vida por parte del individuo. Años después, en su reflexión sobre el respeto (2003/2003), el propio Sennett apunta esta tendencia a la individualización (y, podríamos añadir, con Davis - 1987/2002-, a la narrativización en un discurso coherente) como un valor cultural central de nuestras sociedades occidentales, que celebran la iniciativa

(2003), nada de accidental. Y, sin embargo, en el discurso hegemónico, siempre aparecen como cuestiones (y decisiones) individuales (y “normales”, por demás), que se aceptan en aras de adaptarse a un contexto que exige compromiso, dedicación, sacrificio (López y Segado, 2009).

individual y tratan de ocultar (negar, esconder, minimizar en el discurso) la influencia de los demás: intentar mostrar que las fuerzas y habilidades propias (y los resultados de las circunstancias) son productos puramente personales. Zubero (2006:27) critica precisamente este “olvido” de la influencia de lo colectivo en los relatos individuales (que se toman por individualizados, dependientes exclusivamente de la actuación del sujeto, liberado –no *sujetado* de las condiciones del contexto):

“Nos aferramos a un falso discurso individualista, reconstruimos una falsa historia de méritos personales y exigimos a los demás que se ganen la vida por sus propios medios. ¡Qué pronto olvidamos que una vez fuimos frágiles y que si logramos salir adelante fue gracias a la solidaridad de los demás!”.

No en vano, Serrano *et al.* (2012) mencionan la vigencia de un discurso que apela a la autonomía personal frente a una patológica dependencia como mecanismo de erosión ideológica de los Estados de bienestar (el estigma: la dependencia como déficit, como vergüenza).

De esta manera, el individuo es responsabilizado de su situación en el mercado de trabajo (de la que se deriva, lógicamente, una situación en la estructura social, un determinado nivel de bienestar). Y hablar de responsabilización, en un contexto de precariedad y creciente escasez de puestos de trabajo, equivale a hablar de *culpabilidad*. Primero, el individuo es señalado como culpable por otros, para, finalmente, como resultado de la acción de muy diversos actores, acabar desarrollando un sentimiento de autoculpabilización (Recio, 2002; Espluga *et al.*, 2004; Santos *et al.*, 2004; Santos, 2006; Crespo, Revilla y Serrano, 2009; Crespo y Serrano, 2011; Alonso, 2013; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013; Muñoz y Santos, 2014). Una de las críticas más acertadas a todo este dispositivo discursivo la encontramos en el genial libro de Barbara Ehrenreich (2009/2011) *Sonríe o muere*. La autora estadounidense dedica esta obra a realizar un mordaz análisis del pensamiento positivo, que identifica como una de las señas de identidad de la cultura norteamericana (y, así, como uno de los pilares del “capitalismo made in USA” - p. 15- que se extiende por el mundo). Las tesis de dicha forma de pensamiento son simples: no hay excusa para el fracaso: el reverso del pensamiento positivo

(si quieres, puedes) es la insistencia en la responsabilidad individual: “si te sientes decepcionado, rabioso o deprimido, es que eres una “víctima” o un “llorón”” (Ehrenreich, 2009/2011:17). No vale la pena pararse a analizar la situación, las causas, etc. (fugacidad, velocidad, liquidez), sino que el individuo ha de seguir adelante, convencido de que todo lo que le suceda depende de su “actitud”. Ese individuo contemporáneo, imbuido de un “pensamiento positivo” que le llega por doquier (Ehrenreich analiza la vigencia de este discurso en ámbitos como la Economía, la Medicina, la Psicología o la Religión), recibe un mensaje claro:

“puedes *tener* todo lo que ves en el centro comercial, y también la casa estupenda y el coche; basta con que creas que puedes. Pero siempre, en un susurro, le llega también el mensaje ominoso de que, si no tienes lo que deseas, si te encuentras mal, desanimado, o derrotado, la culpa es solo tuya” (Ehrenreich, 2009/2011:176).

Ni que decir tiene que la autora critica este discurso: no en vano, su obra comienza con un llamamiento: “A los protestones del mundo entero: ¡que se os oiga!”. Una idea similar aparece en Serrano *et al.* (2012), en su revisión sobre el trabajo de los orientadores laborales, que desarrollarían más un trabajo *sobre* la persona (que es señalada como responsable de su situación) que un trabajo *para* la persona (sobre el mercado, digamos). Para estos autores, buena parte de la labor de estos profesionales (“profetas del discurso de la activación” -p. 53-, agentes de un proyecto general de “ingeniería de la subjetividad”), generalmente procedentes del ámbito de la psicología, se orientaría a desarrollar en sus “usuarios” una capacidad para “mirar” de forma positiva la adversidad: “el problema no es la precariedad o la vulnerabilidad, sino la mirada del sujeto que promueve actitudes negativas hacia estas” (Serrano *et al.*, 2012:52)¹¹⁵. La vulnerabilidad no es ya con respecto al mercado, sino resultado de un sujeto psicológicamente débil. Una muestra de este enfoque podemos encontrarlo en el siguiente párrafo:

¹¹⁵ Como plantea Ehrenreich (2009/2011:232): “Ante la desaparición de los empleos de verdad, el consejo de los pensadores positivos se dirigía a trabajar más en uno mismo: controla tus pensamientos, ajusta tus emociones, concéntrate más a fondo en tus deseos. Se invocaban todos los mantras de costumbre: quítate de en medio a la gente negativa y aléjate de los que “se pasan el día llorando junto a la máquina del café”. Limita tu consumo de noticias negativas...”.

“En algunas investigaciones se ha llegado a la conclusión de que la actuación conjunta de determinadas características individuales influye de forma significativa en la probabilidad de éxito en el mercado de trabajo. Esto ha llevado a algunos autores a proponer la existencia de un perfil psicosocial de empleabilidad en el que incluyen factores como la disponibilidad para el empleo, la autoimagen y comparación social, la forma en que se explica el desempleo, la valoración del trabajo y el repertorio de actividades cotidianas. De acuerdo con dicho perfil, las personas que encuentran empleo se caracterizarían por tener mayor disponibilidad para trabajar, por haber realizado con mayor frecuencia actividades como trabajos eventuales y consultas en el INEM y por haber buscado trabajo con una mayor intensidad” (Garrido Luque, 1999:293-294)¹¹⁶.

Esta estrategia de culpabilización (y disciplinamiento) del desempleado está profusamente recogida en los trabajos, entre otros muchos autores, de Enrique Martín Criado (1999) o Antonio Santos Ortega (Santos, 2006, 2008, 2012; Santos *et al.*, 2004; Santos y Serrano, 2006). Para Martín Criado asistimos a la “versión moderna del *buen pobre*” (1999:33), un artificio profundamente político (ideológico) por medio del cual se intenta crear un tipo de trabajador perfectamente sumiso que, en su afán por hacerse merecedor (*deserving*) de empleo, rebaja sus pretensiones y acepta cualquier trabajo que se le ofrezca, por precario que sea. Cualquier acción orientada a “crear empleo” (no importa la calidad, sino la cantidad) sería así valorada positivamente. Y, por contraposición, cualquiera resistencia a aceptar dichos empleos (o a aplaudir estas políticas) sería tachada de insolidaria, antisocial.

En ese mismo sentido es en el que Rodríguez y Ballesteros (2013) analizan el discurso sobre los “ni-nis”, jóvenes a los que se culpa (y se estigmatiza) de no aprovechar las oportunidades que se les brindan (una explicación en torno al supuesto *ethos* de una subcultura juvenil reacia al

¹¹⁶ En un trabajo anterior (1996:144) esta autora había sido todavía más rotunda: “En general, las personas que consiguen encontrar un puesto de trabajo se caracterizan por tener una mayor disponibilidad para el empleo, valorar de forma más positiva sus características personales y mostrar una menor tendencia a atribuir su situación a la ineficacia del gobierno o a su mala suerte”. Afortunadamente, la profesora de la Complutense, sin negar la influencia de estas variables, matiza que las oportunidades para integrarse con éxito en el mercado laboral están fuertemente determinadas por la clase social, el género o el origen étnico... más allá de que las “características psicológicas” de los trabajadores (jóvenes, en este caso) puedan suponer un factor más que, a través de una mejora en la empleabilidad, facilite su integración laboral.

trabajo habría sostenido durante décadas, a decir de Serrano -1999-, la aceptación social del desempleo juvenil). Se observa en ello la vigencia de la máxima de “quien quiere, trabaja”, siempre presente en el imaginario (disciplinario) colectivo, con efectos coercitivos sobre los trabajadores, dispuestos a aceptar cualquier trabajo, bajo cualquier condición, a fin de escapar de ese estereotipo negativo (Santos *et al.*, 2004). Toharia *et al.* (2001:57) se sorprenden ante la aceptación de este discurso por parte de quienes, como los jóvenes, están más sometidos a flexibilización: “No deja de ser inquietante esta tendencia de los jóvenes a inclinarse por los argumentos “desde el lado de la oferta” para explicar el problema colectivo del paro” (tendencia también recogida en Santos, 2006)¹¹⁷.

Para Santos, en la misma línea (véase, por ejemplo, Santos *et al.*, 2004), se asiste a una “remoralización” del parado, que ha de mostrarse “empleable”, activo (buscador activo de empleo, no pasivo receptor de subsidios), cubriendo de diversas formas las carencias que le mantienen (él es el responsable) ahora mismo en situación de desempleo/búsqueda-activa-de-empleo. Los parados son contruidos, en todo este discurso de la empleabilidad, en términos de déficits personales y, por lo tanto, su actuación ha de orientarse a su propio perfeccionamiento, un ejercicio casi ascético que les habrá de llevar a la tierra prometida de un puesto de trabajo. Las consecuencias de esta representación social del parado, de este discurso neoliberal, serán mayores sobre los jóvenes que intentan acceder al mercado de trabajo y que son uno de los principales *targets* de toda esta construcción, de todo este *programa* (Santos, 2006)¹¹⁸. Este “giro copernicano” (Santos y Serrano, 2006) de las políticas de empleo, vinculado a una reconceptualización de la figura social del desempleado, ha de

¹¹⁷ Un discurso similar, que descansa en una acepción de la concepción meritocrática de la sociedad, se puede encontrar en uno de los grupos analizados por Martín Criado en su tesis doctoral (1994, 1998), entre los jóvenes estudiantes que valoran la educación como inversión necesaria para ascender socialmente. Para este grupo, la creencia (a veces más “ilusión” que certeza) de que el esfuerzo genera sus frutos (en términos de movilidad social) es una necesidad del guión, un mecanismo de defensa ante la incertidumbre del camino tomado.

¹¹⁸ Enlazaríamos aquí con toda una reflexión en torno a la propia conceptualización del joven como individuo esencialmente deficitario y, por lo tanto, irremediablemente culpable de su situación (Serrano, 1999; Martín Criado, 1999). Cuando está cualificado, aparecen toda una nueva serie de “competencias” que ha de reunir y que le devuelven a la espiral sin fin del mercado de los títulos, a la prolongación *sine die* de su período formativo (que ya, se postula, será *life long*, a lo largo de toda su vida –Alonso *et al.*, 2009; Bauman, 2010/2011).

entenderse en el marco del tránsito del *welfare state* al *workfare state*, a que antes nos referimos (3.4, 3.5)¹¹⁹.

7. Modelando a los trabajadores del siglo XXI: el nómada como tipo humano.

En todo este proceso (estrategia) juega un papel fundamental, pues, la psicologización del trabajo, la remisión al ámbito individual/privado de todas las cuestiones (como los riesgos antes mencionados, como el desempleo) otrora socializadas, que se hacían depender de la acción pública y política. Este discurso (performativo, no sólo descriptivo) psicologizante se orienta a la transformación de la percepción de los problemas sociales en problemas personales y se presenta como uno de los pilares del nuevo capitalismo, articulando las propias políticas sociales de empleo, como vimos (Santos *et al.*, 2004; Crespo, Revilla y Serrano, 2005, 2009; Santos, 2008; Serrano, 2009; Alonso *et al.*, 2009; Crespo y Serrano, 2011; Serrano *et al.*, 2012). Se desplaza la explicación desde las instituciones y las construcciones socioeconómicas a las actuaciones individuales, que son connotadas moralmente, responsabilizándose al individuo de sus efectos (y de sus causas, de hecho).

“Este proceso consiste básicamente en una transformación de los problemas sociales en déficits personales. Esta transformación es producto de un trabajo de producción política y discursiva, por medio del cual los conflictos sociales son transformados en exigencias psicológicas y morales sobre los sujetos, en definitiva, en conflictos personales” (Crespo, Revilla y Serrano, 2009:83).

¹¹⁹ La propia Amparo Serrano, esta vez junto a Crespo (2011) revisa cómo operan las políticas de empleo en términos de construcción de subjetividades y sentidos sobre el trabajo, el desempleo y los desempleados, así como sobre lo que se considera justo e injusto en un determinado contexto social. En dicho ejercicio de repaso histórico, a partir de Lecerf (2002), Castel (1995/1997) o Bilbao (1997), Crespo y Serrano señalan que la aparición de la noción de “desempleo” permitió la socialización del riesgo de ausencia de trabajo, frente a las nociones anteriormente hegemónicas, articuladas en torno a la idea de culpa individual. Hoy, la sustitución semántica de “desempleado” por “buscador (activo) de empleo” puede formar parte de una lucha, nunca sólo semántica, por imponer (volver a) una determinada definición de la realidad.

Es la época triunfal del discurso gerencial (Tovar y Revilla, 2012; Alonso y Fernández, 2012a) y de las políticas que descargan sobre el individuo toda la responsabilidad de su devenir laboral (y ciudadano). Hoy es el individuo el que se convierte “en el único responsable de su vida laboral, un individuo que negocia directamente sus condiciones con la empresa” (Tovar y Revilla, 2012:236).

Esta individualización de las relaciones laborales no es, en modo alguno, casual, sino consecuencia deseada por parte del factor capital a fin de socavar, vía fragmentación, el poder negociador del factor trabajo, haciendo a cada individuo responsable de sus éxitos y, sobre todo, de sus fracasos (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Alonso, 2007). El trabajador, individualizado en su relación de trabajo, se encuentra en permanente evaluación, lo que justifica una vinculación contractual a corto plazo, renovable y revocable en cualquier momento (Rolle, 2005a). Se asume (se naturaliza), así, el discurso neoliberal dominante: la responsabilidad es del individuo (Alonso de Armiño *et al.*, 2002) y es la acción individual (y no la colectiva) la que ha de desarrollarse, lo cual genera desmovilización, resignación o aceptación, conformidad ante la situación (Bilbao, 1999b; Zubero, 2007; Alonso, 2007)¹²⁰.

Es más, dirán Santos y Muñoz (2015), se observa una tendencia a la evaporación del propio mercado: ya no se trata simplemente de que se transfiera a los individuos la necesidad de integrarse en el mercado de trabajo, sino que, ahora, se les transmite (vía discurso neoliberal del emprendedurismo, las competencias y la empleabilidad) la responsabilidad de crear, ellos mismos (como agentes, responsables, que son), las condiciones para su empleo: no *hay* un mercado: *se crea* un mercado.

Esta psicologización se vincula, asimismo, con las propias exigencias (a nivel “íntimo”, psicológico) del trabajo contemporáneo, que van más allá del mero desempeño para implicar, como hecho social total, el conjunto de cualidades y esferas de la vida del individuo, individuo al que, aparte del

¹²⁰ En su acertado análisis de la “generación flexible”, Santos (2006:81) se centra en las estrategias de los jóvenes para lograr un empleo en esta “carrera de pillos” en que ha devenido un mercado laboral con cada vez menos puestos de trabajo y con cada vez una mayor competitividad (con toda la carga semántica, multidimensional, de la noción de “competitividad”). Dichas estrategias siempre son individuales, es decir, apoyadas por la familia, entre los trabajadores. Ajustes individuales (dígase, si se prefiere, “psicológicos”), ya no respuestas colectivas (Alonso, 2007).

cumplimiento de sus tareas, se le exige “compromiso” (Zubero, 1998), “complicidad y disponibilidad” (Crespo y Serrano, 2011); individuo del que, además de sus actitudes, se movilizan sus aptitudes. Hablamos de una “selección psicológica” (Boltanski y Chiapello, 1999/2002:340) que, dando por supuesta la docilidad, valora toda una panoplia de características de la personalidad que son debidamente pasadas por el mercado de la formación a través del discurso de las competencias (Ehrenreich, 2009/2011). Iniciativa, creatividad, disponibilidad (el “lastre cero” de Hochschild -1997-, o Verdú -2009:123), empatía, “habilidades sociales” (“cualificaciones sociales”, en Fernández Steinko, 1999) tan etéreas como omniabarcantes son ahora requisito para cualquier tipo de empleo¹²¹. Como plantea Cohen (1999/2001), siguiendo a Marx, ya no es el esfuerzo físico o la concentración lo que está en juego, sino la propia subjetividad del trabajador¹²². El paso del “gobierno del trabajo” al “gobierno de las voluntades”, como apuntan Crespo, Revilla y Serrano (2009), o al “gobierno de la subjetividad” (Serrano *et al.*, 2012), a una nueva forma de disciplina suave (“motivante”, aparentemente laxa bajo una pátina de participación en la empresa): “La disciplina es cultural, no se ejerce sobre el cuerpo sino sobre la mente: es inscribir en las almas el alma de la empresa” (Alonso y Fernández, 2009b:237)¹²³.

El análisis de Alonso y Fernández (2009b) descansa sobre la utilidad disciplinaria de la precariedad laboral (“mecanismo central del ciclo disciplinario

¹²¹ Así, por ejemplo, encontramos a los (y, sobre todo, las) teleoperadores analizados por Del Bono (2005). Lo que se valora en estos trabajadores (a la hora de seleccionarlos para su contratación, al menos) es la competencia social, una serie de cualidades personales (amabilidad, educación...) difíciles de medir, de objetivar, que se concretan en la denominada “sonrisa telefónica”. El hecho de que estos *talentos* se consideren algo más personal, innato, que formativo (conocimiento, cualificación formal) es, a decir de esta autora, un argumento para poder infravalorar (y subretribuir) este trabajo, esencialmente femenino (porque esos rasgos de carácter se vinculan, tradicionalmente, a las mujeres).

¹²² Gorz (1997/1998), a partir de las reflexiones de Paolo Virno, abunda en el mismo sentido, diciendo que esta venta de sí mismo que llevan a cabo los trabajadores (convertidos en “mercancía que trabaja”, p. 54) se da con mayor intensidad entre quienes prestan servicios personales, como ya recogiese la noción de *emotional labor* de Hochschild (1979, 1983).

¹²³ Una vez más resulta de interés la lectura de Ehrenreich (2009/2011), esta vez hablando sobre “el negocio de la motivación” (“Motivar el negocio y el negocio de la motivación” es el título del cuarto capítulo de su libro). Dice la autora, después de pasar revista al auge de la “industria de la motivación” (*coaching*, *mentoring*, etc.): “La patronal ha convertido el pensamiento positivo en algo que probablemente nunca imaginaron sus adeptos del siglo XIX: ya no es una exhortación a levantarse y ponerse manos a la obra, sino una forma de control social del empleado en el centro de trabajo, un aguijón para que sus resultados alcancen niveles cada vez más altos (...) El pensamiento positivo, con la motivación a modo de látigo, se ha convertido en la marca del empleado deseoso de agradar” (p. 122).

postfordista”, p. 243), que operaría como nueva forma de sometimiento de los trabajadores, con la ventaja para quien detenta el poder de que su mano queda oculta bajo el velo de lo inevitable, cuando no, simplemente, bajo la aparente decisión libre y voluntaria por parte del trabajador de asumir una explotación que, por supuestamente autoimpuesta, no tendría “culpable” más allá del propio individuo. Para Serrano *et al.* (2012:59) el trabajo sobre el individuo tiene origen externo (lo público se presenta como intervención terapéutica), pero se completa internamente: “En este régimen disciplinario se fomenta el autodisciplinamiento en el que es el propio individuo quien tiene que responsabilizarse de sí mismo y contribuir activamente a un proceso de autoayuda individual”. En la misma línea se manifiestan Valenzuela *et al.* (2015) cuando hablan de un “control blando”, internalizado por los trabajadores: se habría pasado de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, en las que el panóptico es interiorizado por los propios sujetos (Deleuze, 2005). Por último, Zubero (1998) apunta que lo que se busca es que el trabajador sienta una actitud de “nosotros”, desarrolle una “disciplina espontánea”. Todo ello genera, por otra parte, que sea el propio trabajador el que haya de fijarse las reglas, autodisciplinarse, convencerse (y con-formarse) y adoptar, y adaptarse a, las pautas de la flexibilidad, el credo del discurso neoliberal hoy triunfante (Alonso, 2000a, 2000b, 2007; Rolle, 2005a; Serrano, 2005; Fernández Rodríguez, 2007; Alonso *et al.*, 2009; Crespo y Serrano, 2011; Serrano *et al.*, 2012; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013), con las consecuencias que ello puede tener sobre este trabajador a todos los niveles. Hablamos de autoexplotación, de un trabajador que se exprime y se lleva al límite sin necesidad de un vigilante o un supervisor (Alonso y Fernández, 2009b; Santos y Muñoz, 2015). Nos encontramos, así, ante un nuevo tipo humano, acorde a los tiempos. Un nuevo “espíritu” o, cuando menos, una nueva tecnología del yo (Alonso, 2007), una nueva subjetividad (o identidad normativa a la que se ha de tender) en cuya formación y desarrollo habría jugado un papel clave este discurso de corte psicologizante (Crespo *et al.*, 2009; Crespo y Serrano, 2011).

Este nuevo *tipo* de trabajador presenta distintos rasgos que le caracterizan y le diferencian, al menos en su “esencia”, del modelo de trabajador vigente durante la pauta fordista (más allá del fin del “*male*

breadwinner”)¹²⁴. En primer lugar, y sobre todo, se trata de un trabajador exigido hacia la flexibilidad (un “profesional flexible” –ANECA, 2007; Fernández Rodríguez, 2007; Carot *et al.*, 2011-, mano de obra “*just in time*”, Carnoy, 2000/2001), al que se le impone como rasgo imprescindible un comportamiento ágil, abierto al cambio, tolerante con respecto al riesgo (Sennett, 1998/2010), asociado a su vez a un pensamiento flexible, fluido, líquido, en el que es más importante la potencialidad (capacidad de adaptarse a las circunstancias cambiantes) que el “talento” (entendido como la competencia para desarrollar correctamente una tarea) (Sennett, 2003/2003, 2006/2006). Si el fordismo exigía saberes fijos, el posfordismo consagra el conocimiento flexible, lo potencial, la capacidad de adaptación continua (Antunes, 1995/1999; Cohen, 1999/2001; Del Bono, 2005; Alonso *et al.*, 2009)¹²⁵, pero, también, la adhesión ideológica y la aceptación del discurso de la empleabilidad, el compromiso íntimo con respecto a la empresa, la movilización de todas las cualidades personales, la subordinación de cualquier aspecto de la vida a las exigencias laborales (Stroobants, 2005; Rolle, 2005a; Lahera, 2005; Alonso y Fernández, 2009b; Prieto, 2009).

Trabajadores sin ataduras, que tienen en la plena disponibilidad espacial (movilidad geográfica) y temporal (su tiempo ha de ser igualmente flexible, elástico), sus señas de identidad (Castel, 1995/1997; Sennett, 1998/2010; Martín Artiles, 1999; Ehrenreich, 2001/2003; Castillo, 2005a; Alonso, 2007; López y Segado, 2009; Alonso *et al.*, 2009; Tovar y Revilla,

¹²⁴ Santos (2006) recoge, en ese sentido, un listado de competencias demandadas a los trabajadores, más allá de la omnipresente sumisión: autocontrol, adaptación, cambio, flexibilidad, organización en red, confianza, concentración en el cliente, actitudes y aptitudes personales y destrezas, participación, motivación, movilidad... Otro catálogo de rasgos que habría de reunir este nuevo tipo de trabajador podemos encontrarlo en Garrido Luque (1996, 1999), que llega a plantear, como ya vimos en el epígrafe anterior, un “perfil psicosocial de empleabilidad” con características personales que facilitarían el acceso al empleo a los trabajadores actuales.

¹²⁵ Remitimos al apartado 3.4 para una traslación de estos principios al debate educativo. No en vano, esto debe conectarse (CJE -2014-, a partir de Sennett -2006/2006) con la nueva valoración de las titulaciones como meros indicativos, puertas de entrada, pero, en modo alguno, cualificaciones sólidas vigentes para toda una carrera laboral. Hoy, la premisa es “aprender a aprender”, más que acumular información y conocimientos cuya obsolescencia se alcanza cada vez antes (Bauman, 2010/2011; Santamaría, 2012). La ruptura del tiempo lineal (del largo plazo), que permitía a los individuos establecer una narrativa biográfica coherente (y, con ello, desarrollar una identidad sólida, clara, estable –véase 2.3 y 2.6 al respecto), vuelve a aparecer como gran preocupación en el pensamiento sennettiano. Para Machado, no obstante, esta nueva “ética de aventura” (2001/2007:16) que se desarrolla en el mercado de trabajo no siempre anula la ética tradicional de trabajo, en la que se asentaba ese “carácter” en torno al que construye su obra Richard Sennett.

2012; Santos, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013). La movilidad (y más aún la motilidad, como capacidad para moverse con relativa *soltura*) se presenta como rasgo imprescindible, lo que vuelve a penalizar (el recurrente coeficiente de lastre de Hochschild, 1997) a las trabajadoras que son madres (Boltanski y Chiapello, 1999/2002). Trabajadores polivalentes, adaptables (Millán, 2002; Santamaría, 2012). Trabajadores con una orientación centrada en el corto plazo (Cortina y Conill, 2002; Laskaway, 2004; Sennett, 2006/2006), con lo que ello implica a la hora de dificultar la posibilidad de establecer relaciones laborales (y no meramente relaciones mercantiles) y desarrollar conciencia colectiva, pese a que ese compromiso con la empresa, esa asunción de una “conciencia colectiva”, se le exige también (sin que se le pague más por ello, por supuesto –Boltanski y Chiapello, 1999/2002).

Igualmente, trabajadores con plena disponibilidad, en todos los sentidos: la sumisión, la docilidad (y la jovialidad, el aseo o la “buena imagen”, la simpatía... -Ehrenreich, 2001/2003; López Calle y Castillo, 2004), más que la mera obediencia, como rasgo que, aunque se oculte bajo una apariencia de reconocimiento de la creatividad (“rebelarse vende”, dicen Heath y Potter -2004/2005-, pero es una afirmación con trampa), se da por supuesto en todas las esferas: no basta con mostrarse sumiso, hay que interiorizar dicha sumisión (convencerse, conformarse) e, incluso, acatar con “pensamiento positivo” sus imposiciones¹²⁶. Así, nos encontramos ante un trabajador “sumiso al capitalismo globalizado, disponible y plegado a un modelo con cada vez mayor movilidad funcional, tecnológica y territorial” (Alonso, 2000b:106), un “trabajador nómada, un sujeto con una actitud positiva hacia el movimiento, el cambio y la adaptación continua a los nuevos requerimientos del mercado” (Serrano *et al.*, 2012:51). Un individuo disponible, adaptable (“el camaleón es la mascota de los nuevos tiempos”, que dicen Cortina y Conill, 2002:11), continuamente perfeccionándose (formándose) para mantener elevada su empleabilidad en el nuevo y cambiante mundo del trabajo (Alonso y Fernández, 2012a). Un “hombre integral” (Ovejero, 2001), que tenga en la polivalencia y en

¹²⁶ Y, desde esta perspectiva, valorar como una “competencia deseable” más la experiencia migratoria que, en el capitalismo fluido y sin fronteras de la movilidad internacional no definida como emigración, se exige cada vez con más frecuencia y tiende a presentarse como una más de las necesarias inversiones que los trabajadores han de hacer para incrementar su capital humano (Santos y Muñoz, 2015; Sanmartín y Ballesteros, 2015).

la especialización (pero no en la superespecialización fordista, sino en una suerte de especialización-polivalente) los pilares fundamentales de su formación, que presente una flexibilidad tanto espacial como mental y profesional (Cacace, 1993/1994. Citado en Ovejero, 2001). Como muy bien sintetiza, una vez más, Martín Criado (1999:42-43):

“La consigna es la *polivalencia*; los sujetos habrían de ser capaces de adaptarse a cualquier trabajo: de obedecer cualquier orden, de estar dispuestos a todo. El sujeto *polivalente* no conocería descanso: su vida debería dedicarse a la adquisición siempre incompleta –los designios del mercado son inescrutables- de formación para poder responder en todo momento a la llamada del amo –de cualquier amo. Como los antiguos sirvientes de las casas pequeñoburguesas, el *polivalente* estaría siempre disponible para responder a los *dictados del mercado*”.

Este nuevo tipo humano, obviamente, no se limita al ámbito de las relaciones laborales o económicas, sino que tiene su reflejo en el conjunto de rasgos hacia los que tienden los individuos en el conjunto de sus vidas. Sería extraño que a una demanda permanente de “flexibilidad” en el contexto laboral no le acompañase una flexibilización también en las instituciones sociales¹²⁷, o en la propia configuración de la biografía de los individuos, máxime en una época en que las fronteras entre trabajo y no-trabajo tienden a difuminarse. La flexibilidad, en sus acepciones de riesgo, incertidumbre o inseguridad, se generaliza a todas las dimensiones de la vida individual y social (Santos, 2003).

Es la época del individuo incierto (Ehrenberg, 1998. Citado en Dubar, 2000/2002), del funambulista (Beck, 1999/2000), del surfista que tiene en la velocidad su salvación (Bauman, 2010/2011) y en el corto plazo su antídoto contra la frustración o seguro ante el vértigo de las múltiples elecciones vitales (Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Verdú, 2003; García Aller, 2006; Artegui, 2014; Sanmartín y Ballesteros, 2015), del individualista por hiperestimulado (Rodríguez y Megías, 2005), del desarraigado sin los sólidos lazos comunitarios de antaño (Alonso, 2000a, 2000b; Dubar, 2000/2002; Alonso de

¹²⁷ Cuestión esta criticada por Sennett cuando apunta que las normas vigentes en el mundo del trabajo (acuerdos a corto plazo, escasez de compromiso, búsqueda de la ventaja inmediata, etc.) pueden llegar a ser disfuncionales al trasladarse al ámbito familiar, generando “demasiados niños desorientados” (1998/2010:24). En una línea similar, véase Carnoy (2000/2001) para una crítica de las demandas de flexibilidad que el nuevo mercado laboral impone sobre las familias.

Armiño *et al.*, 2002), flexible y adaptable (Kurz, 1999/2002; Rodríguez y Ballesteros, 2013), versátil, móvil y polivalente (Martín Criado, 1999; Cohen, 1999/2001; Stroobants, 2005; Alonso, 2004, 2007; Artegui, 2011; Santos y Muñoz, 2015), perfectamente maleable y flexible como el agua (la propia publicidad utiliza con fruición esta metáfora), ligero como el aire, al que nada se le pega (Sennett, 1998/2010; Crespo y Serrano, 2011), posibilista (sin compromiso, sin sacrificio –Sennett, 1998/2010), irónico (Rorty, 1989/1996; Cortina y Conill, 2002), que vive su vida como una aventura (Machado, 1994) repleta de riesgos que debe afrontar porque no moverse equivale al fracaso (Cortina y Conill, 2002; Santos, 2013). Un individuo que, como tradicionalmente se ha considerado a los jóvenes, resulta permanentemente deficitario, incompleto, transitorio, provisional, adaptable y maleable, es decir, precisamente los rasgos que parecen demandar (bajo la formulación de “competencias”) las empresas (Serrano, 1999). Seguramente ha sido Richard Sennett el autor que más profusamente ha teorizado sobre este individuo, digamos, posmoderno. En *La corrosión del carácter* identifica en dicho individuo dos rasgos fundamentales, más allá de la consabida flexibilidad: su capacidad para desprenderse de las cosas (renuncia al atesoramiento, como también a cualquier forma de apego: ese “no dejar que nada se te pegue” que le había dicho Rose –1998/2010:82) y su tolerancia hacia la “fragmentación” (saber moverse en el desorden, en la incoherencia, en el laberinto). Rasgos que, continúa, siendo válidos (y necesarios) para los grandes empresarios de la economía global, corroen y destruyen, dentro y fuera de las empresas, a los trabajadores corrientes cuando tratan de jugar según estas reglas. Una década después, cuando publica *La cultura del nuevo capitalismo* (2006/2006), esa especie de segunda parte de su obra magna, su tono es más sombrío: sólo un tipo concreto de individuo puede subsistir en el nuevo escenario socioeconómico: un individuo dispuesto a improvisar continuamente, a reciclarse periódicamente, a renunciar al pasado¹²⁸. Un ideal capitalista que ha dejado a la deriva a enormes masas de población y que se basa, sobre todo, en la exacerbación de la competitividad, en un juego que no es, precisamente, de suma “no cero”.

¹²⁸ Para una síntesis del enfoque sennettiano, aplicado a la situación actual de la juventud, véase Consejo de la Juventud de España (CJE, 2014).

8. Individualismo competitivo o competitividad individualista: el “sálvese quien pueda” políticamente instituido.

Este auge de la competitividad dibuja un escenario darwinista de lucha de todos contra todos, de individualismo extremo entre los trabajadores, de egoísmo y búsqueda de la propia salvación. La sociedad actúa como una verdadera máquina de competir (CJE, 2014:21) y, por lo mismo, de excluir y vulnerabilizar (Alonso y Torres, 2003)¹²⁹. Como si de una lucha por la supervivencia se tratara, sólo los más aptos, se dice, los más *empleables*, conseguirán un empleo, resultarán *meritorios* del mismo en un contexto de creciente inseguridad y disminución de puestos de trabajo (Vicente-Mazariegos, 1988; Grupo Krisis, 1999/2002; Alonso, 2000a, 2000b, 2007; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; López Calle y Castillo, 2004; Kohler y Martín Artilles, 2005; Cano, 2007; Alonso y Fernández, 2012a; Rodríguez y Ballesteros, 2013, Santos y Muñoz, 2015)¹³⁰. Santos y Serrano (2006:14) vinculan esta situación con el triunfo del discurso de la flexibilidad y el correlativo declive del Estado redistributivo:

“La empleabilidad encumbra el darwinismo empresarial y lo naturaliza en la esfera de la inserción socioprofesional: los parados más aptos, más empleables son los que lograrán empleo. La eficacia personal acaba convirtiéndose en el único principio de justicia social y ésta radica en ajustarse lo mejor posible a las leyes del mercado y a la flexibilidad”.

Y es que el propio Estado fomenta esta especie de *selección natural*, con sus políticas de repliegue (del *welfare* al *workfare*, de los subsidios a la activación), de liberalización y desregulación, de mercantilización, en suma, del

¹²⁹ Rodríguez y Megías (2005:155), en un estudio sobre la educación de los niños pequeños, ya destacan, en el discurso de los padres, una contradicción entre los “valores bienpensantes”, socialmente aceptados (tolerancia, respeto, solidaridad, etc.) y los valores “verdaderamente operativos” en la sociedad actual (competitividad, individualismo...). Contradicción o ambivalencia que se traslada, desde su más corta edad, a los miembros de esta sociedad.

¹³⁰ García Aller (2006), con la espectacularidad de su formación periodística, se refiere a la lógica del “sólo puede quedar uno” para referirse a la competencia entre trabajadores (becarios, en su caso) por lograr *el* puesto de trabajo. Más allá del eslogan televisivo, las dinámicas de selección que emplean las empresas no parecen alejarse mucho de este espectáculo de eliminación.

sistema productivo y social, a las que antes nos hemos referido (Zubero, 2007; Alonso *et al.*, 2009). Quizás pudiera verse, incluso, como un escenario hobbesiano (tal y como se plantea en Alonso, 2004, o en Alonso y Torres, 2003), más que darwinista, en el que las propias estrategias de los actores se orientasen contra otros individuos a los que intenta eliminarse de la competición¹³¹.

Hay que hacer constar que esta lucha de “todos contra todos” alude y se circunscribe, en los enfoques de los autores que la señalan como realidad instituida en el presente contexto socioeconómico, a una lucha de “todos los trabajadores contra todos los trabajadores”, toda vez que se habría evaporado el conflicto con respecto al empleador, cuyos mandatos deberían ser obedecidos con total sumisión. La docilidad, la obediencia, aparece, como ya tuvimos ocasión de señalar (véase 3.6), en el discurso de los nuevos tiempos como una competencia más, como un requisito imprescindible en el marco de valoración de la plena disponibilidad del trabajador con respecto a los requerimientos de la empresa. Operaría la obediencia, igualmente, como estrategia adaptativa (desde la posición del trabajador) o como herramienta disciplinaria (desde el punto de vista del empleador) en un contexto de escasez de puestos de trabajo: el miedo a perder el empleo conduce a la aceptación, más o menos resignada, más o menos naturalizada, de esta disciplina de control, de esta sumisión obligada a los preceptos del capitalismo flexible (Mingione, 1991/1994; Martín Criado, 1998, 1999; Alaluf y Martínez, 1999; Recio, 1999; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Grupo Krisis, 1999/2002; Ehrenreich, 2001/2003, 2009/2011; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Prieto, 2002; Santos, 2006, 2012; Etxezarreta, 2007; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Alonso y Fernández, 2009b; Crespo *et al.*, 2009; Burgi, 2009; Kovács, 2014). En ese sentido, Bourdieu (1998/1999) habla de la violencia estructural del paro y de cómo la amenaza continua de despido contribuye a la institución de este mundo darwiniano y al aumento del poder por parte de los empresarios, que

¹³¹ En su relato etnográfico a través de distintas ocupaciones precarias, Barbara Ehrenreich (2001/2003) menciona la frecuencia con la que son los propios compañeros los que denuncian (a veces incluso sin prueba alguna) a otros trabajadores, si bien muchas veces no es sino una forma de autoprotegerse ante castigos colectivos derivados de “errores” individuales (faltas de adecuación a las demandas del empleador, digamos) de otros compañeros (en una línea similar, en la que el grupo se autopresiona para cumplir con los ritmos establecidos, véase el estudio llevado a cabo por Balbastre y Binhas -2003-, sobre las condiciones de trabajo, en el nuevo capitalismo, en una fábrica de Renault).

aprovechan la existencia de un “ejército de reserva de mano de obra domada por la precarización y por la amenaza permanente del paro” (p. 141). López y Segado (2009:170), analizando la aceptación por parte de los trabajadores de empleos bajo cualquier tipo de condiciones, señalan que la carrera profesional se presenta como una “aventura darwinista y solitaria siempre presidida por el miedo al fracaso y al paro”. El triunfo del discurso del individualismo (y de la responsabilidad individual) conduce a una aceptación resignada de la inestabilidad, la inseguridad, la precariedad. Todo ello, como bien nos recuerda Ehrenreich (2001/2003) en países pretendidamente democráticos (en la misma línea, véase Navarro, 2002, con su lema hecho título: “bienestar insuficiente, democracia incompleta”).

La utilidad de esta forma de gestión de la mano de obra basada en el más descarnado recurso al simple miedo puede observarse en un mercado de trabajo fuertemente dualizado, como es el español (véase 4.3), con un elevado porcentaje de trabajadores con contrato temporal (Polavieja, 2003a), para los que el contrato estable no se presenta como derecho, sino como privilegio (horizonte lejano, tierra prometida), como “don” (la estabilidad como concesión del buen empleador —el “buen jefe”, paternalista, que dice Martín Criado, 1997, 1998- al buen trabajador). La introducción de las relaciones laborales en esta lógica de don-contradón (véase Cano, 2004; o Martín Criado, 1998 — especialmente el capítulo 9) supone un instrumento más de control de la mano de obra, que tenderá a mostrarse solícita (y a no generar ningún tipo de “problema”) a fin de agradar al empleador y conseguir de éste una cierta estabilidad contractual (Martín Criado, 1997; Bourdieu, 1998/1999; Bilbao, 1999a). Andrés Bilbao (1998:52-53) lo expresa en los siguientes términos:

“La buena voluntad de la gerencia es percibida como un factor fundamental para la continuidad del puesto de trabajo. Todo aquello que puede ser perjudicial, o molesto, para la gerencia es evitado por el trabajador (...) un trabajador lleno de miedo y que ve en la completa sumisión la única posibilidad de continuidad en el puesto de trabajo”.

Y Pérez-Agote y Santamaría (2008:98) rematan a partir de las palabras de uno de sus informantes, que se refiere, con la significativa etiqueta de

“síndrome del perrito agradecido”, a una verdadera domesticación de los trabajadores ante el miedo a perder lo que se tiene: individuos llenos de miedo y que buscan siempre evitar el enfrentamiento con el empleador (evitar el estigma del “conflictivo”), aunque ello suponga entrar en otro tipo de enfrentamientos, con los “iguales”, hacia los que tiende a desarrollarse una actitud de egoísmo. Todo ello, insistimos, como estrategia deliberada por parte de las empresas (y tolerada, cuando no fomentada, por parte de la regulación laboral):

“la inseguridad del empleo debe entenderse en el contexto del desarrollo de prácticas empresariales de gestión de la mano de obra que utilizan de forma consciente los mecanismos de contratación como forma de control sobre la fuerza de trabajo” (Cano, 2007:129).

Se utilizan los contratos temporales para conseguir una mayor implicación de los trabajadores temporales y, al tiempo, como amenaza para el resto de trabajadores, cuya solidaridad interna tiende a romperse, buscando con ello reducir su capacidad de acción organizada y su poder de negociación colectiva¹³². Con ello se logra una ocultación (o una “dulcificación”) de la violencia de la dominación salarial, que “resurge bajo la amenaza del despido y el temor, más o menos sabiamente mantenido, vinculado a la precariedad de la posición ocupada” (Bourdieu, 2001:56).

Esta exigencia de sumisión no se circunscribe a empleos descualificados en sectores secundarios o periféricos, sino que, como veremos en el capítulo 5 al hablar de las situaciones típicas de los jóvenes en relación al mercado de trabajo, se manifiesta también en la propia Administración pública, en puestos supuestamente privilegiados, como las becas de investigación en la Universidad pública, marcadas, en ocasiones, por la indefinición, lo cual sitúa al

¹³² Años antes, siguiendo las tesis clásicas de Edwards (1979/1983), el propio Ernest Cano (2000:49) había postulado que “La precariedad laboral se introduce en las prácticas empresariales de gestión laboral no sólo para aumentar la flexibilidad productiva de la manera menos costosa, sino para conseguir de los trabajadores la actitud laboriosa deseada por la empresa y la mayor productividad posible de acuerdo con sus objetivos de rentabilidad”. La idea es manejar la inestabilidad de tal manera que se haga ver a los trabajadores que la estabilidad contractual responde más a una concesión discrecional de la empresa que a un derecho propio de los empleados, logrando así una mano de obra dócil y, cuando tiene o alcanza un contrato relativamente estable, agradecida ante tal *honor*. En la misma línea, véase Recio (1999).

joven becario/trabajador en una relación cuasifeudal con respecto al investigador del que depende su beca. Zubero (1997), siguiendo a Baethge y Oberbeck (1986/1995) ya hablaba de una “refeudalización de las relaciones laborales”, producto del nuevo paternalismo que supondría el modelo toyotista de gestión de mano de obra (que, en opinión de Gorz -1997/1998:47-, supone una regresión respecto al fordismo, toda vez que “reemplaza las relaciones sociales modernas por relaciones premodernas”), si bien se circunscribiría, en principio, a las fábricas y líneas de producción, y no debería extenderse al ámbito más puramente “informacional”, como es la institución académica. Nótese que el vasallaje, si opera como rasgo de este tipo de becas, entra en contradicción, al menos en principio, con los principios meritocráticos (precisamente de competitividad) que parecen animar estas convocatorias de becas de investigación (OBJOVEM, 2008a).

Se impone, de esta manera, en conclusión, un individualismo extremo, con dosis a partes iguales de competitividad y de insolidaridad entre los trabajadores (Bourdieu, 1998/1999; Grupo Krisis, 1999/2002; Dahrendorf, 2003; Díaz-Salazar, 2003b; Santos, 2006). Ello forma parte de una estrategia (de una “tecnología”, digamos, de una ofensiva ideológica), de un programa general orientado a exacerbar el individualismo a ultranza y socavar las bases de cualquier forma de acción colectiva, segmentando, desuniendo, atomizando a los trabajadores, reduciendo el poder del factor trabajo, y de sus representantes sindicales (tan denostados ya), en las negociaciones con la patronal (Gorz, 1991/1995; Bilbao, 1993, 1998; Petras, 1996; Zubero, 1997; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Martín Criado, 1999; Torres, 1999; Alonso, 1999, 2000b, 2004; Castel, 2001; Sennett, 2001; Tezanos, 2001; Santos, 2006, 2008; Cano, 2007; Recio, 2007; Gálvez, 2007a, 2007b; Alonso y Fernández, 2009b, 2012b Serrano *et al.*, 2012; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013; Muñoz y Santos, 2014). Las relaciones laborales tienden a desarrollarse en contextos crecientemente desregulados, informalizados, regidos por acuerdos individualizados entre el trabajador y el empresario, con la brecha de poder que media en dicha relación (Recio, 1999; Cano, 2000, 2007; Carnoy, 2000/2001; Tezanos, 2001; Gallino, 2002; Castillo, 2005b; Alonso, 2007; Santamaría, 2009; Crespo y Serrano, 2011). En síntesis, podríamos decir que el mercado de trabajo sería una esfera institucional

“cada vez menos formalizada en un conjunto de derechos y obligaciones sociales, atravesada cada vez más por negociaciones microscópicas que limitan la capacidad de acción colectiva, para dejar paso a relaciones individualizadas en las que el contexto general del mercado de trabajo sitúa a los jóvenes en trayectorias irregulares, anómalas y claramente vulnerables” (Sánchez Moreno, 2005:380).

Toda esta individualización, que se observa, como decimos, en la propia regulación de las relaciones laborales, tendentes al intercambio entre individuos y a la progresiva pérdida de importancia de la negociación colectiva, supone un debilitamiento de los lazos de comunidad (de clase), de solidaridad y reconocimiento, una crisis, en suma, de la cultura y condición obrera (Sanchis, 1988; Bilbao, 1993; Gorz, 1997/1998¹³³; Dubar, 2000/2002¹³⁴; Alonso, 2000b; Castel, 2001; Ehrenreich, 2001/2003; Santos, 2008, 2012; Standing, 2011/2013; Ruesga, 2012). Una clase obrera que resulta, por lo demás, como consecuencia, en gran parte, de una estrategia orientada a su desestructuración (tal y como plantea Bilbao, 1993, y parece sostener también Castel, 2001), tremendamente heterogénea hoy, muy fragmentaria (Antunes, 1995/1999; Recio, 2007; García Noguerol, 2009; Alonso y Fernández, 2012b; Ortiz, 2013), englobando multitud de situaciones y actores con intereses muchas veces no solo no comunes, sino incluso opuestos (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Etxezarreta, 2007; Sanchis, 2007).

Más allá de esta línea de ruptura de clase, se asiste, como hemos mencionado, a un proceso general de degradación de los vínculos sociales, de los elementos (como el propio trabajo) e instituciones (como los sindicatos, los partidos, o la propia *vecindad* –amén de los cambios en Estado y familia) que mantenían unido al individuo con la comunidad, con el conjunto de la sociedad

¹³³ Gorz (1997/1998), analizando el paso del fordismo a nuevas formas de organización laboral (concretamente al toyotismo, en esta reflexión), constata el paso de una “identidad de clase” a una “identidad de empresa”, en la que se le pide al trabajador que se integre plenamente en la “gran familia” que es la empresa, que tiende a absorber toda su vida. Zubero (1998) también enfatiza esta disolución de los lazos colectivos entre trabajadores, que tienden a fundirse con los intereses empresariales, soslayando así cualquier eventual forma de conflicto con la dirección.

¹³⁴ Para Dubar, esta crisis, vinculada al desmoronamiento de la sociedad salarial, supone el dismantelamiento de las comunidades de oficios, que habían estructurado un tipo de identidad comunitaria en un contexto en que gestionaban los mecanismos de acceso y cierre. En torno a la noción de “oficio”, véase también Callejo (2009, nota al pie número 51).

(Antunes, 1995/1999; Petras, 1996; Offe, 1997; Sennett, 1998/2010; Alonso, 1999, 2004; Carnoy, 2000/2001; Díaz-Salazar, 2003b; Gaudié, 2004; Gálvez, 2007b; Santamaría, 2009; CJE, 2014)¹³⁵. Destaca, sobre todo, la pérdida de importancia socializadora del trabajo, en un contexto en el que tiende a desarrollarse de modo precario¹³⁶, inestable, coyuntural, sin posibilidad de engendrar lazos a largo plazo, sentimiento de pertenencia, compromiso con respecto a la empresa o a los compañeros, *carácter*, en definitiva (Sennett, 1998/2010, 2000/2002; Carnoy, 2000/2001; Cortina y Conill, 2002; Battistini, 2009¹³⁷; Santos, 2012). Lo que emerge es una

“socialidad blanda¹³⁸ que ha disuelto los vínculos sociales en una grupalidad pasiva –la nueva tribalidad- incapaz de generar identidades que se opongan tanto al individualismo hedonista como a la masificación comunicativa del capitalismo ultranconsumista” (Alonso, 2000b:221).

Nos hallamos, entonces, ante una posmodernidad en que “todo lo social se ha vuelto débil” (Alonso, 2007:20) como consecuencia de la crisis del lugar central del trabajo y el socavamiento que ello implica de las identidades colectivas y de la propia condición de ciudadanía laboral. Es una época, como dijimos, de desocialización, de individualismo y competitividad, de insolidaridad, de egoísmo y búsqueda de salidas personales más que de respuestas

¹³⁵ En el tránsito de la sociedad de productores a la sociedad de consumidores (tránsito al que nos hemos referido al comienzo del capítulo, en el epígrafe 3.1), tal y como describe el proceso Bauman (1998/2011), apreciamos el cambio del eje de la vida social, que pasa del trabajo (actividad esencialmente colectiva) al consumo (actividad esencialmente individual, incluso cuando se consume en grupo). El consumo (como nuevo “instrumento de religación social”, en Conde, 1999:224), para el autor polaco, no es una institución capaz de vertebrar un proyecto social colectivo e integrador, por cuanto resulta una actividad individualizada (e individualizadora) por naturaleza.

¹³⁶ Las propias condiciones de este nuevo trabajo introducen barreras al individuo a la hora de integrarse en la sociedad, por ejemplo a través de la falta de sincronía entre horarios de trabajo y horarios sociales (Segado y López, 2007; López y Segado, 2009).

¹³⁷ Para este autor se daría una ambigüedad derivada de la precarización del trabajo. De una parte, sostiene que “en una relación de precariedad, las relaciones que se establezcan pasan a ser relativamente coyunturales, debilitando entonces la posibilidad de engendrar lazos a largo plazo” (2009:139). Pero, por otro lado, presenta casos en los que es la propia precariedad la que actúa como elemento vertebrador de una solidaridad entre trabajadores precarios, de una identidad colectiva que puede operar como conformadora de una unidad de acción. El debate en torno a los efectos de la precariedad sobre la acción colectiva de los trabajadores y su mutuo reconocimiento no estaría completamente cerrado, por lo tanto.

¹³⁸ Ya Fernández Steinko (1999:499) hablaba de un “ablandamiento” de los espacios de socialización colectiva, fundamentalmente articulados en torno al trabajo, en esta nueva sociedad posfordista.

colectivas (Bilbao, 1999b; Alonso, 2000a, 2000b, 2004, 2013; Dahrendorf, 2003; Santos, 2006).

Esta orientación al individualismo y rechazo a lo colectivo pudiera venir acompañada, como apuntan Rodríguez y Ballesteros (2013) de un cierto pesimismo antropológico, en virtud del cual el “sálvese quien pueda” (o incluso el “roba más que el vecino”) parece una respuesta adaptativa perfectamente válida (y moralmente no comprometida, no censurable), que obedece a la idea de que más vale comer que ser comido, porque, al final, “la mentalidad” de los españoles (como dice un informante de ese estudio) “es así”, y sólo buscan su propio beneficio, por lo que resulta conveniente desconfiar que cualquier propuesta de salida colectiva a esta situación, negativa, actual. Desconfianza que se extiende en el caldo de cultivo de la lucha de todos contra todos en un contexto de segmentación del mercado de trabajo, donde, como vimos, se considera que los sindicatos, cuya importancia y peso no ha dejado de menguar, sólo velan por los intereses de una parte de los trabajadores, normalmente aquellos que cuentan con empleos fijos, los “*male breadwinner*” del modelo anterior. Las líneas de fractura quedan claramente definidas y la consigna es clara: asegúrate a ti mismo o, en términos más explícitos, “búscate la vida”.

CAPÍTULO 4.

La era del capitalismo desembridado: nuevas formas económicas, nuevas figuras sociales.

1. La nueva fase del capitalismo (global): la flexibilidad como paradigma.

Si tomamos los desarrollos de las últimas décadas como una progresiva (y exponencial) profundización de las tendencias apuntadas en el capítulo anterior, se estaría asistiendo a una nueva fase de desarrollo del sistema capitalista, la era del capitalismo global o informacional, caracterizado por la interrelación de las distintas economías a escala mundial, con su correlato de entronización de la movilidad (y de la capacidad para que el desplazamiento se realice con velocidad), de la flexibilidad y de las posibilidades de deslocalización de los procesos productivos, postulando una nueva forma de gestión/manejo de las coordenadas espacio-temporales (Beck, 1999/2000; Carnoy, 2000/2001; López Calle, 2000; Blanch, 2001; Machado, 2001/2007; Recio, 2002; Zubero, 2006; Ruesga, 2012). Si el capitalismo del siglo XX se construía alrededor de la gran firma industrial, el capitalismo del siglo XXI lo haría, precisamente, en torno a la evaporación de dicha empresa (como apunta Cohen -2006/2007- en una traducción de la “segunda ruptura industrial” que vaticinasen Piore y Sabel -1984/1990) y su incorporación a un “espacio de los flujos” (Castells, 1997-1998) en el que todo lo antes sólido acaba desvaneciéndose, disolviéndose en el magma del capitalismo gerencial o financiero (Cohen, 1999/2001; Ruesga, 2012). Se trataría de una época “gloriosa y, al mismo tiempo, aterradora” (Giddens y Hutton, 2000/2001:299), llena de oportunidades y de amenazas en todos los ámbitos, que tiende a presentarse en ocasiones como irrefrenable, inevitable, fruto de la propia evolución de la tecnología, promesa de futuro ante la que no deberían

interponerse obstáculos: la economía es la prioridad, la competitividad es necesaria, la flexibilidad es la (única) solución (Poveda y Santos, 1998)¹³⁹.

Si para Giddens y Hutton la globalización todavía estaba en disputa (no estaba determinado para qué lado de la moneda caería un mundo que se encuentra en el límite), para Standing (2011/2013) el devenir del mundo es sombrío y nos encontraríamos en los albores de una “Transformación Global”, de la que la globalización económica (que este autor ubica cronológicamente entre 1975 y 2008) no fue sino la fase inicial, periodo durante el cual la economía se “desenganchó” de la sociedad, dibujando un escenario caracterizado por la flexibilidad, la competitividad y el individualismo, en sus acepciones de inseguridad, riesgo y egoísmo.

En dicho escenario, y ayudando a configurarlo, la globalización aparecería como justificación (siempre ideológica), como mito, para un discurso que ha actuado en pos de erosionar (como un “buldócer social” la califican Gaggi y Narduzzi -2006/2006- en el capítulo cuarto de su libro) los derechos sociales y laborales (Poveda y Santos, 1998; Bourdieu, 1998/1999; Santos, 1999b; Standing, 2000), permitiendo el acceso al mercado de trabajo de un enorme ejército de mano de obra barata, presionando los salarios en todos los sectores expuestos a la competencia internacional (Gaggi y Narduzzi, 2006/2006), actuando las empresas como “apátridas éticos” (Santos, 2012:149) sin ningún tipo de compromiso. Todo ello habría tenido efectos decisivos sobre otros ámbitos distintos (aunque inextricablemente unidos siempre) al laboral, como el familiar (Migliavacca, 2010), amén de sobre el propio funcionamiento y dinámicas de los Estados del Bienestar. Además, vinculándose al discurso de lo inevitable y del propio devenir histórico, se trataría de un capitalismo global triunfante, no contestado (Boltanski y Chiapello, 1999/2002), aceptado su discurso con grados diversos de entusiasmo, resignación o fatalismo.

¹³⁹ No en vano Luttwak (1998/2000) habla de “turbocapitalismo”, Kohler y Martín Artiles (a partir de Sennett) se refieren a un “capitalismo impaciente” (2005:281) y Casal se refiere recurrentemente a la “turbulencia del capitalismo informacional” (2000:57) para enmarcar en ella la multiplicidad de itinerarios biográficos que habrían pulverizado las pautas lineales propias del modelo fordista. Un conjunto de transformaciones (globalización económica, nuevo paradigma tecnológico, crisis de los Estados del Bienestar...) habría hecho emerger un nuevo modelo social, provocando un cambio estructural en el capitalismo, con impactos decisivos sobre las transiciones juveniles (ver, por ejemplo, Casal, 1999). A todos esos elementos nos dedicaremos en este capítulo y, centrándonos en la posición de los jóvenes, en el siguiente.

Esta época, asimismo, vendría perfilada por cambios en los mercados de consumo¹⁴⁰, transformaciones en la parte de la demanda, que se vuelve más desestandarizada y tiende a la personalización, introduciendo, además, una novedad cualitativa fundamental: se deshace de sus limitaciones temporales (y espaciales: la demanda puede provenir de cualquier punto del mercado global), generándose una demanda permanente, que exige satisfacción en todo momento y lugar (Segado y López, 2007; López y Segado, 2009 para un análisis de los efectos de este ritmo sobre los trabajadores, los oferentes para esta demanda 24/7). El consumo ya no se basa en lo masivo, sino que se orienta a la diferenciación, a la individualización, un “consumo a medida” que vendría a sustituir al negro-negro-negro fordista (Gorz, 1997/1998; Cohen, 1999/2001, 2006/2007; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006).

La producción debe, por lo tanto, tender a cubrir esa nueva demanda, lo que introduce nuevas necesidades de competitividad, que se traducirán en estrategias de flexibilización orientadas al corto plazo, a la reducción de costos y riesgos para el empresario, al nuevo contexto, en suma, que impone/supone la globalización (Leborgne y Lipietz, 1992/1994; Alonso, 2000b, 2004; 2013; Cano, 2000, 2004; Bilbao, 2000; Standing, 2000; Recio, 2002; Cortina y Conill, 2002; Miguélez, 2003; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; OBJOVEM, 2008b; CJE, 2014). La flexibilidad (con su correlato de liberalización y privatización) aparece, en este contexto, como el principal mandamiento y *dictum* empresarial, la nueva ortodoxia (Zubero, 1997), una suerte de pensamiento único (“pensamiento cero”, con Todd, 199[7]. Citado en Alonso, 2000b) que, bajo una apariencia de inevitabilidad, se postula como la única alternativa posible para asegurar la competitividad, mejorar la economía (y con ella el bienestar de los individuos), reducir el desempleo, evitar la exclusión social, etc. (Álvarez Aledo, 1997; Santos, 1999b; Alonso, 2000b, 2013; Alonso y Fernández, 2008, 2009a). Y, como ya apuntamos en el capítulo anterior (apartado 3.3), se presenta cargada de una connotación semántica positiva, habríamos de añadir, como bien apuntan Cano (2000), a partir de Miguélez (1995), o Recio (1997). Flexibilidad como sinónimo de progreso, de

¹⁴⁰ Ya vimos como el consumo homogéneo y estandarizado propio de la pauta fordista (capítulo 2.4) daba paso a un consumo crecientemente desestandarizado, diferenciado, “personalizado”, y como esa transformación será, precisamente, uno de los factores coadyuvantes en la crisis de la sociedad salarial (como vimos en el capítulo 3.1).

cambio (la valoración positiva del cambio, frente al inmovilismo), como contrario a “rigidez” o “esclerosis”. En la misma línea se enmarca Pollert (1991/1994c), que señala cómo en los ochenta la flexibilidad se presenta como algo tan inevitable como funcional, por contraposición con la disfuncional rigidez, como discurso que “nada a favor de la corriente del resurgir neoclásico” (Pollert, 1991/1994c:82), tratando de ocultar su carga ideológica, naturalizándose.

En esta estrategia de flexibilización, que supuestamente obedecía a las demandas del nuevo mercado global, encuentran algunos autores los orígenes (o, al menos, un factor decisivo) de un proceso más complejo de precarización de las condiciones laborales en España durante las últimas décadas (Cano, 2000, 2004). Miguélez y Prieto (2009:286) matizan esta valoración:

“la flexibilidad es una estrategia laboral empresarial que explica aspectos fundamentales de los cambios en el empleo, pero no todos los cambios. Hay condiciones mucho más profundas de orden político y socio-económico que hacen que las situaciones de carencia de empleo o de empleo débil se estén convirtiendo cada vez más en formas de pobreza y de marginación modernas”.

La precariedad, pues, como parece lógico, no tendría un único factor causal. Asimismo, conviene recordar que el propio Rodgers (1989/1992), autor de una reflexión clásica sobre el trabajo “atípico”, precario, ya advertía de la necesidad de desligar precariedad y flexibilidad, del mismo modo que también lo hace Laparra (2006:55) cuando afirma que

“existe una tendencia muy arraigada (...) en relacionar la precariedad en el empleo con la flexibilidad que impone la dinámica del mercado y ésta a su vez con el proceso de creciente globalización que implica una intensificación de la competencia a nivel internacional. A nuestro parecer ésta es una perspectiva un tanto reduccionista y determinista, que acaba viendo la precariedad del empleo como una tendencia ineludible de ámbito global”.

El reduccionismo que apunta el autor español descansaría en la falacia de establecer flechas causales prácticamente unidireccionales, cuando, en

realidad, los distintos actores son, en diferente grado, responsables de la extensión de la precariedad laboral.

En cualquier caso, esta flexibilización, para desarrollarse, ha de contar con el beneplácito o la aquiescencia estatal, que establece las reglas del juego en el ámbito laboral a través de los distintos dispositivos institucionales, como la legislación. Pese a que la tendencia flexibilizadora (como parte esencial del programa neoliberal) es común en Europa (institucionalmente, vía Estrategia Europea de Empleo –véase Laparra, 2006; Tovar y Revilla, 2012; o Serrano, 2005), las concreciones de ésta son diferentes en los distintos países, en función de sus distintos sistemas de relaciones laborales, concretados en la tradición, el marco institucional, las posiciones de los distintos actores implicados¹⁴¹ y la legislación que rija las relaciones laborales y el campo de la economía de mercado (Atkinson, 1986/1994; Garonna y Ryan, 1988; Rodgers, 1989/1992; Recio, 1997, 1999; López, Miguélez, Lope y Coller, 1998; Laparra, 2006; Auer, 2008; Miguélez y Prieto, 2009; Ortiz, 2013). Seguramente sea Polavieja (2003a, 2003b, 2005, 2006) el más firme defensor de la importancia de los factores institucionales para entender las diferencias nacionales de la aplicación de estrategias basadas en las mismas premisas flexibilizadoras (y, con ello, acercarnos, en nuestro caso, a la explicación de la “anomalía española”, como titula en 2006). Será la interacción entre diversos agentes con distintos intereses y estrategias lo que vendría a explicar las diferencias nacionales de las estrategias de flexibilización y, en parte, explicaría también los diferentes efectos en unos países y otros, las diversas formas de combinación de flexibilidad y seguridad, los diferentes niveles de “deterioro” de la pauta de empleo estándar anterior, los diferentes grados de flexibilización/precarización que encontramos a lo largo de Europa (Miguélez, 2003; Laparra, 2006; Miguélez y Prieto, 2009). Para este autor, los elevados niveles de trabajo temporal en España y la precariedad asociada al mismo sólo pueden entenderse como resultado de una política específica de desregulación aplicada en un contexto institucional muy concreto. El mercado español se caracterizaría por dos factores de regulación institucional diferenciados con respecto al resto de países de nuestro entorno, a saber, los altos costes de

¹⁴¹ En el caso del Estado, su actuación ha de analizarse desde la doble óptica que implica su carácter tanto de regulador del sistema de relaciones laborales como de empleador a través del empleo público.

despido y un sistema de negociación colectiva no inclusivo, elementos ambos que tenderán a generar segmentación entre trabajadores estables y precarios (*insiders* y *outsiders*). Desde ese punto de vista, España se constituiría, a lo largo de las últimas décadas, como un caso paradigmático de un tipo de flexibilidad muy concreto¹⁴², cuyos rasgos pasamos a analizar a continuación.

De entrada, cabe apuntar cómo la flexibilidad se ha presentado como receta única (como “fetiche”, a decir de Zubero -1998-, o Pollert -1991/1994b) para afrontar las crisis económicas desde los setenta (veáse, en la misma línea, la reflexión al respecto, en 3.3). Se ha dado por supuesto, naturalizando este discurso, situando las reformas en el plano de lo inevitable, que son las rigideces del mercado (y, específicamente, del mercado de trabajo) las que dificultan el adecuado avance de la economía, en virtud de lo cual se han orientado todos los esfuerzos institucionales a facilitar un aumento en el margen de maniobra empresarial, con la idea de que la economía, liberada de constricciones, se ocuparía, por sí misma, de devolver la sociedad a la senda del progreso: la eficiencia económica se presenta como guía de todas las políticas, también de las referidas al mercado laboral (Atkinson, 1986/1994; Bilbao, 1993, 1999b, 2000; Alonso, 2000b, 2007; Carnoy, 2000/2001; De la Cal, 2002; Ruiz Galacho, 2006; Alonso y Fernández, 2008, 2009a, 2012b; Prieto *et al.*, 2009; Ruesga, 2012; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013). Las reformas legislativas han partido de la premisa de aumentar la flexibilidad como necesidad para ser más competitivos, en un contexto de nueva economía global o, antes, de creciente internacionalización (Petras, 1996; Gorz, 1997/1998; Recio, 2002, 2007; OBJOVEM, 2008b; Standing, 2011/2013; Crespo y Serrano, 2011). Como lo plantea Richard Hyman (2001:18-19):

“La flexibilidad se ha convertido en el *leitmotiv* de la política contemporánea de las relaciones laborales en Europa. El desmantelamiento de las normas reglamentadas se presenta de forma casi universal como la inevitable respuesta al imperativo de la competitividad”.

¹⁴² Miguélez y Prieto (2009:283) hablan de España como ejemplo paradigmático de un “modelo con flexibilidad incontrolada”, que “combina alta temporalidad y proporción alta de auto-empleo y de empleo sumergido como características del nuevo modelo de flexibilidad en el empleo, al tiempo que se mantiene una tasa de empleo baja y una tasa de desempleo alta” y se constata la segmentación entre un segmento bastante estable y protegido y otro inestable y escasamente protegido, que constituye ya un rasgo estructural del mercado de trabajo español.

Y esta flexibilidad “desmanteladora” se ha venido centrando sobre los trabajadores, con efectos “devastadores” (Poveda y Santos, 1998) sobre el mercado de trabajo como consecuencia de todo un conjunto de reformas que, bajo el nombre de “desregulación”, habrían alterado sustancialmente las bases de dicho ámbito de las relaciones laborales y que, en ese híbrido entre flexibilidad y seguridad (Auer, 2008), se habrían acercado mucho más al polo de la primera, incrementando el poder empresarial, dejando en segundo plano los aspectos relativos a la protección de los trabajadores y sus familias (Zubero, 1997; Recio, 2002; Alemán, 2002; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Etxezarreta, 2007; OBJOVEM, 2008b; Crespo y Serrano, 2011; Gentile *et al.*, 2014; Kovács, 2014).

Todo ello se intenta hacer pasar como producto de la propia evolución de la economía, ubicando así esta política económica fuera de la política, como un proceso ineluctable, cediendo (abandonando) así a los mercados la dirección de la sociedad (Zubero, 1998; Hyman, 2001). Algunos autores, incluso, critican esta noción de “desregulación”, porque entienden que el papel del Estado en todo el proceso va mucho más allá de la mera eliminación de regulaciones, actuando como “cómplice” necesario en un proceso que, verdaderamente, sería de “re-regulación” (Standing, 2011/2013:54) o de “multirregulación” (Alonso, 2013:225), de mercantilización de todas las esferas de la vida social. Es decir, el Estado habría tomado partido claramente a favor de los intereses empresariales, estableciendo un régimen más coactivo (neorregulado) que desregulado (Standing, 2000), en un proceso general de tres estaciones: Privatización-Desregulación-Liberalización (el “triángulo de la competitividad”, en Petrella, 1995. Citado en Poveda y Santos, 1998). Una liberalización, una reordenación liberal del mercado de trabajo que se viene desarrollando desde mediados de los setenta, en un proceso no lineal, sino fragmentario, de idas y venidas (Bilbao, 1993). Como lo expresa Cano (2000:60):

“La política de empleo se diseña en función de la rentabilidad empresarial y del imperativo de la flexibilidad –entendida de forma simple y con una perspectiva de corto plazo- y de la competitividad, asumiendo el Estado

una posición subsidiaria consistente en permitir a las empresas alcanzar sus objetivos con las menores restricciones institucionales”.

El Estado lleva a cabo una reorientación de la intervención pública (Cano, 2007), que se concreta en su renuncia a cualquier pretensión de pleno empleo y en el paso de una actividad orientada al logro de los efectos redistributivos a una actuación que produce los efectos antidistributivos de las políticas de oferta, orientadas a destruir cualquier obstáculo que se interpusiera en el libre funcionamiento del mercado (Alonso, 2007), como ya apuntamos en el capítulo anterior. En la misma línea se expresa Mingione (1991/1994:25), para quien se asiste a una “transformación de los sistemas de regulación existentes que supone un beneficio para grupos sociales particulares y promueve determinadas formas de conducta en detrimento de otras”. Los grupos sociales más afectados por esta nueva regulación serán, precisamente, los más débiles, dándose un efecto Mateo (por medio del cual las diferencias entre ricos y pobres se harían cada vez mayores) que puede acabar conduciendo a la población más vulnerable a condiciones de auténtica exclusión social (Kohler y Martín Artiles, 2005). Todo esto habría incidido (Alonso, 2007; Gentile, 2013) en el debilitamiento de unas instituciones que parecen orientar su actuación contra los intereses de los más necesitados (Standing, 2011/2013). Muy crítico con este proceso, Zubero insiste en el sustrato ideológico de todo este movimiento flexibilizador, que respondería a un interés del factor capital por convertir el mercado de trabajo en un mercado de mercancías:

“Los empresarios han ganado la batalla de la flexibilidad porque han convencido a los gobiernos, a la opinión pública e, incluso, a los asalariados de que la flexibilidad era a la vez la solución para los problemas de empleo y de la productividad satisfaciendo, al mismo tiempo, las aspiraciones individuales” (1998:121).

Viene a responder Millán (2002:32):

“Ocurre, sin embargo (...) que es más difícil persuadir a los trabajadores y, por tanto, a la mayoría de la población, de que acepte y conviva con

determinadas medidas de ajuste si en el horizonte el panorama que se avista es de la crisis o la amenaza de crisis y no únicamente el deseo de algunos de ganar más”.

El miedo es el mensaje.

En un contexto recurrente de desempleo (estructural, a decir de muchos), la lucha contra el paro aparece como objetivo prioritario al que dedicar todos los esfuerzos posibles (Méda, 1995/1998). Así, el paro (y muchas veces, específicamente, el paro juvenil) ha sido utilizado como excusa, como coartada, para implementar políticas flexibilizadoras de la mano de obra (Bilbao, 1993; Martín Criado, 1997, 1998, 1999; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Cano, 2000, 2007; Alonso, 2000a, 2000b, 2007, 2013; Standing, 2000; Cebrián y Moreno, 2001; Toharia *et al.*, 2001; Recio, 2002; Prieto, 2002; Polavieja, 2003a; López Calle y Castillo, 2004; Espluga *et al.*, 2004; Etxezarreta, 2007; Crespo y Serrano, 2011; Aguinaga y Comas, 2013). En estos términos lo explica Recio (1997:264):

“Desde la crisis de los setenta y el inicio de la transición democrática el mercado laboral español se ha caracterizado por el paro masivo (...) La política económica gubernamental, basándose en las opiniones mayoritarias de la academia española, ha considerado el paro como un problema originado en las peculiaridades del mercado laboral español y por tanto ha concentrado sus esfuerzos (...) en aplicar sucesivos recortes a los derechos de empleados y parados, con la idea de que salarios más bajos y empleos más flexibles originarían una reducción del desempleo estructural”.

Y ello pese a que los resultados de la aplicación de estas políticas no parecen haber contribuido a rebajar decisivamente los niveles de desempleo y, cuando lo han hecho, ha sido a cambio de la creación de un empleo precario, de baja calidad (más vale empleo precario que ningún empleo, resume Cano, 2007 –véase, en la misma línea, Prieto, 2002; Millán, 2002), como el que se pone a disposición de los jóvenes que intentan ingresar en el mercado de trabajo (Alonso, 2000a, 2000b), empleos precarios que, después, se generalizarán, actuando así los jóvenes como punta de lanza de un proceso de degradación de las condiciones de trabajo, como coartada (la lucha contra el

desempleo juvenil, por tolerado socialmente que éste esté)¹⁴³ para la desregulación laboral, que no hace sino aumentar su vulnerabilidad (Bilbao, 1989; Martín Criado, 1997, 1998, 1999; Rodríguez y Santos, 1998; Santos, 1999b; Alonso, 2000a, 2000b; López Calle y Castillo, 2004; Santos y Martín, 2012)¹⁴⁴.

Con estos propósitos se ha desarrollado en España todo un conjunto de reformas legislativas, no siempre orientadas en la misma dirección¹⁴⁵, pero sí tendentes, en su conjunto, a una mayor flexibilización del mercado de trabajo, a un creciente sometimiento del funcionamiento de la economía a los intereses empresariales, y a poner progresivamente el énfasis en la “empleabilidad” de los propios trabajadores, amén de, en sus efectos, tendentes a un progresivo debilitamiento de la posición de los trabajadores y una reducción de los derechos laborales de que alguna vez dispusieron. Una revisión de todo este período histórico, desde la Transición democrática (o incluso echando la vista más atrás en el tiempo) hasta la actualidad, puede seguirse a través de distintos trabajos que, con mayor o menor tono contestatario, con más o menos detalle, con miradas transversales o centrados en una única reforma particular, se han desarrollado en la literatura económica y sociológica española durante todos estos años. Una revisión de este tipo, sin ánimo de ser exhaustiva, serviría para desvelar dos cuestiones entrelazadas, a saber, de una parte, los elementos recurrentemente sometidos a reforma por parte del Legislador en España durante estas décadas; de otra, los temas (*topics*) que han formado parte de la *agenda* de investigación o reflexión por parte de los académicos en la materia. En ese sentido, observamos cómo la temporalidad, primero como

¹⁴³ Aguinaga y Comas (2013:149) cargan las tintas sobre este elemento de tolerancia social, en línea con el argumento del pacto intergeneracional implícito (véase, sobre ese particular, el epígrafe 2.6). Desde ese punto de vista, cualquier medida o política orientada a combatir el desempleo juvenil no sería sino una “concesión”, una especie de limosna institucional a un problema secundario en un mercado de trabajo que debe velar, fundamentalmente, por la protección de los/las “cabezas de familia”.

¹⁴⁴ Esta línea de pensamiento, “inaugurada” por Bilbao en 1989 con un breve y brillante texto, se habría mantenido vigente a lo largo de las décadas, habida cuenta de la estable inestabilidad de los jóvenes en el mercado de trabajo español. Martín Criado (1999) apunta que esta utilización del paro juvenil no deja de formar parte de una estrategia para trasladar al plano de las generaciones (enfrentando trabajadores jóvenes y trabajadores adultos) lo que no es sino un conflicto de clases, y permite, asimismo, un tratamiento personalizado del problema del desempleo, con la formación como panacea y garantía de “empleabilidad” (1997).

¹⁴⁵ Como reconoce, a la altura de 2005, el informe de la Comisión de Expertos para el Diálogo Social al decir que “La situación actual es el producto de muchas reformas marginales, que han seguido estrategias diferentes, a veces contradictorias entre sí, y todas ellas sin mucho éxito a la hora de restaurar un equilibrio aceptable entre la flexibilidad y la seguridad del empleo” (2005:241).

efecto (más o menos imprevisto o no deseado) de las primeras reformas y, después, como elemento enquistado, constituye un problema recurrente que las distintas reformas tenderán a enfrentar. Hay otros temas, que suelen acabar remitiendo a ese rasgo “prístino” del mercado de trabajo español, que también son punto de atención (la segmentación, el desempleo y la economía sumergida, la situación de los jóvenes...).

En un listado preliminar sobre estas cuestiones podemos destacar algunos trabajos, realizando un recorrido cronológico a través de las últimas décadas. Así, al trabajo de Bilbao (1993, para un análisis del impacto de las actuaciones estatales desde 1973 en materia de regulación laboral sobre la segmentación de la clase trabajadora) seguiría, todavía en los noventa, el de Petras (1996, sobre las reformas introducidas por el gobierno socialista entre 1982 y 1995). Los efectos de la reforma laboral de 1993-1994 son objeto de análisis por parte de García Serrano *et al.* (1999), quienes enlazan en su obra un recorrido histórico sobre la evolución del mercado de trabajo español desde 1970. Ya estrenado el siglo XXI, Toharia *et al.* (2001) presentan una revisión, a partir de datos del CIS, sobre la valoración del Acuerdo Interconfederal para la Estabilidad del Empleo de 1997; y, poco después, el documento de la Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005) presenta una revisión del período 1992-2004, centrada, sobre todo, en la evolución de la temporalidad. En fecha cercana, Díaz-Salazar (2003b) analiza la evolución de la legislación española en materia de contratación temporal desde la Ley de Relaciones Laborales de 1976 hasta el Decreto-Ley 5/2002; Polavieja (2003a) revisa la evolución de un mercado de trabajo segmentado a partir de la reforma del ET de 1984; y Espluga *et al.* (2004) llevan a cabo un análisis de la incidencia de las reformas legislativas en la proliferación de la economía sumergida, principalmente entre los jóvenes. Ruiz Galacho, en 2006, realiza un exhaustivo repaso histórico de las reformas laborales llevadas a cabo en España entre 1977 y 2002, que puede completarse con el trabajo de Extezarreta (2007), que constituye una revisión del período 1977-2005, con el énfasis puesto en lo relativo al paro y a la precariedad laboral. Con una cobertura temporal similar, Alonso (2007) lleva a cabo un recorrido histórico a lo largo de los veinticinco años de vigencia del Estatuto de los Trabajadores. Ya en nuestra década, Ortiz (2013) propone una explicación sobre las elevadas tasas de temporalidad en España a partir de los

cambios en el marco de regulación inaugurados con la reforma laboral de 1984 y profundizados en los años siguientes. El tema de la temporalidad fue también objeto de estudio en Toharia (2005), quien plantea un recorrido en tres fases de la regulación de la temporalidad en el ordenamiento jurídico español; y en Laparra (2006), quien, aparte de una revisión análoga en torno a temporalidad, integra recorridos similares para abordar las cuestiones relativas a negociación colectiva y sentidos de las sucesivas reformas, esta vez con cuatro grandes períodos, tomando como punto de arranque la reforma de 1984. De un modo más centrado en los efectos sobre la situación actual (del momento en que se publican dichos trabajos, obviamente), Gálvez (2007a, 2007b) postula el desarrollo de una “cultura de la precariedad” como resultado de todo un proceso de desregulación y flexibilización del ordenamiento jurídico en materia laboral a partir de 1976; mientras que Prieto *et al.* (2009) realizan un profundo análisis de los factores legislativos que inciden en el desarrollo de la denominada “era de la flexibilidad laboral”, con dos hitos fundamentales: la reforma de 1984 y el decreto ley 1/1992, con su continuidad en la ley 11/1994 de reforma del ET.

De alguna manera, todo este progresivo giro legislativo hacia una mayor flexibilidad descansa en una nueva concepción del desempleo, que pone en el punto de mira al parado (la vieja máxima del “parado malo”, que no trabaja porque no quiere), al que pasan a dirigirse ahora políticas de activación (“medidas activas de inserción laboral y de incitación al trabajo”, en Santos *et al.* -2004:12), al que pasan a señalar ahora como responsable/culpable que ha de mostrarse meritorio (como vimos en 3.5 y 3.6) para recibir subsidios (tomados como derechos, marcas, de ciudadanía) (Crespo y Serrano, 2011).

Desde mediados de los ochenta, el conjunto de reformas desarrollado en España se orienta a introducir más flexibilidad en el mercado de trabajo, preferentemente a través de flexibilizar la contratación, estableciendo, como nueva norma, la temporalidad, principal vía flexibilizadora en el caso español, que pasa a ser la dimensión más destacada del empleo precario en nuestro país (Álvarez Aledo, 1997; Cebrián y Moreno, 2001; Cano, 2004; Toharia, 2005; Laparra, 2006; Etxezarreta, 2007; OBJOVEM, 2008b). Así lo plantea Cano (2007:123): “el marco regulador español ha permitido que las empresas pudieran utilizar la contratación temporal prácticamente sin límites reales y que

ésta se convirtiera de hecho en un elemento estructural de la política de gestión de la mano de obra”.

La contratación temporal habría crecido exponencialmente en nuestro país a partir de los ochenta como consecuencia de una política de descausalización de la temporalidad, que permitía contratar bajo esta forma en muy diversas circunstancias, a diferencia de lo que sucedía en otros países de nuestro entorno (Toharia, 2005; Ortiz, 2013). Esto tendrá consecuencias claras sobre la situación de los jóvenes (y de las mujeres, y de los inmigrantes) en el mercado laboral español, toda vez que en España (véase 4.3), a diferencia de otros países, cuando se modificó el ordenamiento jurídico se optó por una flexibilización en el margen, que afectase sólo a los nuevos entrantes en el mercado de trabajo (Toharia, 2005), una “desregulación parcial” (Adam y Canziani, 1998; Polavieja, 2003a) que flexibiliza las condiciones de contratación y despido de un cierto tipo de trabajadores mientras mantiene intacto el marco legislativo que protege a otros, lo que daría lugar a un mercado esencialmente segmentado por sexo y edad (Martín Criado, 1999; Toharia *et al.*, 2001; Ortiz, 2013), entre trabajadores estables y temporales (Garrido Medina, 1996b; Álvarez Aledo, 1997; Bilbao, 1999b; Toharia, 2005; Miguélez y Prieto, 2009), entre “*insiders*” y “*outsiders*” (Polavieja, 2003a).

Así, se postula que los trabajadores con contratos indefinidos permanecerían “blindados” frente a las sucesivas reformas laborales que se han desarrollado en España a partir de la reforma del Estatuto de los Trabajadores de 1984, que introdujo la contratación temporal, trayendo este “blindaje”, esta desigualdad en términos de protección, consecuencias segmentadoras sobre el mercado de trabajo. Herencia del franquismo, la protección contra el despido es, en España, una de las más fuertes de todo el entorno de la OCDE y constituiría la principal causa de segmentación del mercado laboral español entre trabajadores fijos y temporales (Castillo, Jimeno y Duce, 1996; Garrido Medina, 1996b; Polavieja, 2003a).

Paralelamente, y operando en el mismo sentido, cabe destacar que una demanda tradicional de los empresarios españoles durante estas décadas es el abaratamiento del despido, la eliminación de restricciones para poder manejarlo a discreción por parte del empleador (Cano, 2007; Etxezarreta, 2007). Se vincula este abaratamiento con el anteriormente mencionado auge

de la contratación temporal, toda vez que las facilidades para el despido de los temporales, en comparación con los eventuales despidos de los trabajadores fijos (Garrido Medina, 1996b), retroalimentan esta forma de contratación a ojos de los empresarios, que tienden a preferirla para adaptarse a las fluctuaciones de la demanda (Toharia, 2005). Y es que, como recuerdan Malo y Cueto (2012), no es sólo que a “los que están fuera” les cueste más entrar en el mercado de trabajo, en un empleo, sino que, además, cuando entran, salen antes que “los que ya estaban dentro”: la lógica del *last in, first out* (LIFO), bendecida por la propia legislación en materia de indemnizaciones, le marca de esta manera el camino al empleador a la hora de contratar y de despedir. Toharia se muestra pesimista con respecto a la reducción de la temporalidad en el mercado de trabajo español, habida cuenta de que ya forma parte de una especie de “cultura” (como también señala Cachón, 1999) por parte del empresariado español, que opta por ella para cubrir sus necesidades en muy distintas circunstancias o como respuesta *tradicional*, típica, ante situaciones de incertidumbre. En su opinión, sólo una política de elevación de los costes de despido de los temporales (o una reducción de los costes de despido de los indefinidos) puede llevar a que los empresarios tiendan a renunciar a la contratación temporal. Asimismo, plantea un catálogo de acciones que el Estado podría desarrollar en la misma línea de reducir la precariedad a que se ven sometidos en España los trabajadores temporales: fomento de la contratación indefinida, eliminar las vías de escape legales que permiten una contratación temporal injustificada, reducir las diferencias salariales entre indefinidos y temporales, fomento de la contratación indefinida dejando de bonificar la contratación temporal... En la misma línea pueden leerse las propuestas que apunta la Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005) al respecto de la temporalidad.

Ambos rasgos, abaratamiento del despido y facilidades para la contratación temporal, característicos del mercado de trabajo español, dibujarían un escenario de gran incertidumbre para el trabajador, de extensión de la inseguridad en el mercado de trabajo, inseguridad que se relaciona con la facilidad que tengan las empresas (el margen de maniobra que les conceda la regulación del mercado) para prescindir de sus trabajadores, lo que marca un

determinado nivel de protección de éstos frente al mercado (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Cano, 2007).

Todos los elementos expuestos hasta aquí dibujan un marco institucional (que tiene su plasmación en los desarrollos legislativos) proclive a la flexibilización general, pero especialmente propenso a exacerbar estas dinámicas en aquellos individuos que intentan acceder por vez primera al mercado laboral (ver Toharia, 2005), entre los que se encuentran los jóvenes. Este colectivo (o su imagen social, mejor dicho) ha jugado un papel fundamental en el desarrollo (en la justificación del desarrollo, al menos) de políticas flexibilizadoras, como si fueran los más interesados en que las “rigideces” del mercado de trabajo de la pauta anterior fueran eliminadas (Alonso, 2000a, 2000b). Más allá de ser los grandes receptores del discurso neoliberal (con sus conocidas consignas en pro de las competencias, de la empleabilidad, de la responsabilidad individual, etc.), los grandes consumidores de formación (el discurso de la empleabilidad casa perfectamente con el arraigado discurso meritocrático que heredan estos jóvenes de sus padres), resultan también los grandes consumidores de reformas laborales, muchas de las cuales se presentan, al menos sobre el papel, como intentos de favorecer la inserción laboral (la inserción en la sociedad, finalmente) de estos jóvenes (Bilbao, 1989, 1993; Santos, 1999b; Cachón, 1999; Cachón y Lefresne, 1999; García Espejo y Gutiérrez, 2000)¹⁴⁶. En su favor, se dice, se desarrollan programas de actuación orientados a mejorar su empleabilidad (que es como decir, orientados a que ellos se ocupen de mejorar su empleabilidad), a fomentar su flexibilidad, a la que se encuentran más expuestos que otros colectivos, siquiera porque se entiende que todavía no han tenido ocasión de desarrollar lazos sólidos (anclajes) que les impidan *fluir* a través del mercado de trabajo global (López Calle y Castillo, 2004; Recio, 2010; Kovács, 2014). El resultado, no obstante, después de tantos años y tantas reformas, no parece mostrar la eficacia de ninguna de estas políticas “favorables” a la juventud. En el mejor de los casos, a lo que se asiste es a una institucionalización “de los

¹⁴⁶ Para una revisión general, más allá del ámbito laboral, de las políticas juveniles llevadas a cabo en España, véase Casal (2000, 2002), CES (2006), Comas (2007), Gentile y Mayer (2009), o, más recientemente, Santos y Martín (2012) y Moreno *et al.* (2012).

trabajos de mala calidad para jóvenes –los *Mcjobs*” (Alonso, 2000b:81)¹⁴⁷, que incide en que se naturalicen situaciones de precariedad, de inestabilidad, de incertidumbre, que se acepten como inevitables condiciones de dominación (Sánchez Moreno, 2004; Cano, 2007). Trabajos que, no obstante, aún son celebrados por algunos autores (Garrido Medina, 1996a; Touraine, 1999, citado en Hopenhayn, 2001), bajo la premisa de que es mejor un mal empleo que ningún empleo y la confianza (no siempre respaldada por los datos) de que estos trabajos actuarán como “puentes” y no terminarán convirtiéndose en “trampas” que pudieran desterrar a los jóvenes a situaciones estacionarias de precariedad. Esta naturalización de la precariedad dibuja un nuevo escenario anímico, sobre el cual construye Gálvez (2007a) su argumento en torno a la existencia de una “generación de la cultura de la precariedad”, una generación

“cuyo elemento de *conexión intergeneracional* [sic] ha sido la precariedad como pauta cultural instalada en la sociedad tras tres décadas de desregulación laboral. Desde la modificación de las trayectorias laborales característica de la generación anterior, a la conformación de un imaginario propio marcado por la inseguridad e inestabilidad, todos ellos son elementos que confirman la importancia de este proceso histórico vivo” (Gálvez, 2007a:366).

La institucionalización definitiva de la temporalidad en nuestro mercado laboral (con su correlato general de precariedad, en el contexto español), la proliferación de empleos precarios y el auge de la economía informal, la segmentación del mercado laboral y sus efectos de fragmentación de la clase trabajadora, la creciente competitividad y el desarrollo desaforado del individualismo, el aumento de la vulnerabilidad social, en definitiva, y el creciente riesgo de exclusión social a que se enfrentan masas cada vez mayores de trabajadores le deben mucho a esta “coartada” que constituye el desempleo juvenil para introducir reformas tendentes a la flexibilización del trabajo¹⁴⁸ (Martín Criado, 1997, 1998, 1999; López Calle y Castillo, 2004;

¹⁴⁷ El nombre de “*mcjob*” está tomado de Coupland (1991/1993): “Trabajo mal pagado, sin prestigio, sin dignidad, sin futuro, en el sector servicios” (Citado en García Aller, 2006:109).

¹⁴⁸ “No es aventurado afirmar que los cambios introducidos en la legislación laboral han afectado, fundamentalmente, a la fuerza de trabajo más joven, que se ha convertido en protagonista involuntario de la reestructuración del modelo productivo en nuestro país” (OBJOVEM, 2008b:35). Sobre el grado de agencia que ese papel protagónico reconocería cabría discutir sin que se tratase de una cuestión menor,

Espluga *et al.*, 2004; Alonso y Fernández, 2008; Santos y Martín, 2012; Alonso, 2013; Aguinaga y Comas, 2013).

2. Las posibilidades tecnológicas y el “fin del trabajo”: nuevas formas de producción y tendencia a la terciarización.

La flexibilización vertebró así una profunda transformación del modo de producción (Sánchez Moreno, 2005), mediante la puesta en práctica de formas de producción flexibles, creadas *ex novo* o readaptadas a partir de modelos anteriores. “Especialización flexible” (Boyer, 1992/1994; Antunes, 1995/1999; Zubero, 1998; Millán, 2002), “empresas flexibles” (Rodgers, 1989/1992; Coller, 1997) y grupos laborales crecientemente flexibilizados, con un énfasis en la adaptabilidad, la polivalencia, la dispersión, la autodisciplina, lo reticular (Alonso, 1999, 2000b; Beck, 1999/2000; Stroobants, 2005), como en una versión de la pauta toyotista¹⁴⁹. En cuanto a la organización del trabajo, del estandarizado modelo fordista, que tenía en el cronómetro y la cadena de montaje sus símbolos, se pasa a un posfordismo (o “neofordismo”, como apunta Zubero -1997-, a partir de Palloix -1977/1980) que descansa sobre las distintas formas de especialización flexible, con el desarrollo o importación de modelos como el toyotista (Jacot, 1990; Coriat, 1991/1992; Zubero, 1998),

toda vez que en esa disquisición terminológica (activo/pasivo) descansa todo un imaginario construido en torno al socialmente valorado protagonista de su destino (incluso heroico frente a la adversidad de las circunstancias) y al crecientemente denostado individuo dependiente, pasivo, víctima de las circunstancias.

¹⁴⁹ Remitimos al capítulo 1 (“Fordismo, toyotismo y acumulación flexible”) del “ensayo” de Antunes (1995/1999) para una descripción de este modelo productivo, a partir de la obra de Coriat (1991/1992). También puede seguirse esta cuestión en los manuales de Zubero (1998, capítulo 4), Finkel (1994) y Kohler y Martín Artiles (2005). Resumiendo muchísimo, señalaremos la cierta capacidad de encaje entre el toyotismo y los postulados neoliberales, con lo que ello supone de amenaza (a decir de Antunes) para los ya debilitados Estados del Bienestar y sindicatos occidentales. Coriat destaca la capacidad del toyotismo (también denominado ohnismo o modelo japonés) para satisfacer demandas prácticamente individualizadas en el menor tiempo posible, por su forma de gestión del proceso laboral, orientada directamente a, y por, la demanda, con lo que ello supone de requisitos de flexibilidad sobre unos trabajadores que tienen en la polivalencia y en el trabajo en equipo dos de sus rasgos fundamentales. Zubero (1998) invita a desmitificar el toyotismo, que considera un nuevo paternalismo, un nuevo modelo de gestión que refuerza la autoridad empresarial (bajo toda una retórica de participación que es más apariencia que realidad) al tiempo que debilita a los sindicatos, dando lugar a un “neofeudalismo” (Gaeta, 1992:73) que tiende a invadir cada momento y espacio de la vida de los trabajadores, de los que se busca un compromiso *pleno*.

procesos productivos flexibles que se apoyan en los avances tecnológicos para adaptarse a las necesidades, siempre cambiantes, de la demanda (Muñoz de Bustillo, 1993; Antunes, 1995/1999; Carnoy, 2000/2001; Alonso, 2000b; Millán, 2002; Cohen, 2006/2007). Nuevas formas de producción que superarían la división del trabajo fordista a la hora de satisfacer a una demanda volátil y fluctuante (Boyer, 1992/1994).

En su concreción práctica, en el contexto español, estas formas de producción habrían coadyuvado a hacer todavía más fuertes las tendencias segmentadoras del mercado de trabajo, al implantar un tipo de flexibilidad que sólo afectaría a una parte de los trabajadores, como acabamos de señalar (De la Cal, 2002; Millán, 2002; Polavieja, 2003a; Etxezarreta, 2007). Esta presión continua tiende a ser trasladada, junto a todos los riesgos propios de la actividad empresarial, a los trabajadores, que habrán de flexibilizarse, de adaptarse para dar respuesta (siempre disponibles) a una demanda intermitente y fluctuante, imprevisible pero omnipresente (como señalamos en el epígrafe anterior y como vimos, de modo incipiente, en el desarrollo histórico descrito en 3.1). Mejor dicho: que habrán de adaptarse para poder formar parte de las empresas que habrán de dar respuesta... Una adaptación que les exige, ofreciendo muy poco como contraprestación, cambios en todos los ámbitos y que establece una heterogeneidad de condiciones laborales que se aleja de la pauta que establecía (y que sigue figurando como referente ideal en el imaginario colectivo) el empleo fordista (Prieto y Ramos, 1999). La flexibilidad, una vez más, como “fetiché” (Pollert, 1991/1994b), la plena disponibilidad como condición primera para formar parte de unos mercados de trabajo cada vez más inestables (Alonso, 1999, 2007; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Recio, 2002; Etxezarreta, 2007; Santos, 2012).

Se producen, con todo lo anterior, cambios en la gestión de la mano de obra, a la que se hace tender hacia la flexibilidad (movilidad, polivalencia), como respuesta adaptativa ante las limitaciones que suponía la rigidez del modelo taylorista para enfrentar un nuevo escenario de los mercados de consumo¹⁵⁰. La flexibilidad aparece, como venimos apuntando, como principio

¹⁵⁰ Respuesta que, no obstante, tampoco habría sido tan radical en términos de una supuesta ruptura con respecto a los postulados organizativos propios del fordismo-taylorismo: “los principios de división entre concepción y ejecución del trabajo, racionalismo, eficiencia y orden siguen vivos y coleando”

rector en la gestión de la fuerza de trabajo (Martín Artiles, 1999; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Bilbao, 1999b; Millán, 2002; Cortina y Conill, 2002; Kohler y Martín Artiles, 2005; Zubero, 2006; Cano, 2007; Alonso, 2007; Santos, 2008, 2012; García Nogueroles, 2009; Miguélez y Prieto, 2009; Ortiz, 2013), con lo que ello implica en cuanto a transferencia del riesgo de la actividad empresarial hacia los trabajadores, sobre los que se ejerce una nueva forma de control, de discrecionalidad empresarial, debilitando sus bases de acción colectiva, desarrollando prácticas y culturas fragmentadoras del factor trabajo (Recio, 2007; Cano, 2007; Etxezarreta, 2007). Esto se ve igualmente favorecido por la descualificación generada por el cambio tecnológico, que habría reducido el poder negociador de los trabajadores al despojarlos de la cualificación específica que les permitía ejercer cierta presión (Muñoz de Bustillo, 1993; Zubero, 1998). La tendencia general es hacia una exigencia de adaptación a la presión continua de la demanda, para lo cual se economiza con detalle la mano de obra, intentando reducir cualquier coste que pudiera ser susceptible de ser considerado superfluo: horarios milimétricamente establecidos, nuevas formas de control a distancia, desarrollo de la autodisciplina... (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Prieto y Ramos, 1999)¹⁵¹. Se asiste, en definitiva, a una profunda transformación de las bases sobre las que se asentaban las relaciones laborales, propiciada (cuando no espoleada) por los cambios en la legislación que regía dichas relaciones y por el propio contexto estructural macroeconómico (Álvarez Aledo, 1997; De la Cal, 2002; Toharia, 2005; Recio, 2007). Transformación que sume a los trabajadores en un contexto generalizado de fluidez (Beck, 1999/2000; Del Bono, 2005; Valenzuela *et al.*, 2015), caracterizado a su vez por la incertidumbre, el miedo, o la sumisión, por la precariedad generalizada, al fin y al cabo:

(Martín Artiles, 1999:97), dando lugar a lo que este autor define como “neo-taylorismo difuso” (en la misma línea, negando la supuesta ruptura –y la evolución lineal que supone este enfoque- con respecto a las formas fordistas, véase Rolle, 2005a). Ya Ritzer planteaba en su célebre *La mcdonalización de la sociedad* (1993/1996) la vigencia de estos principios. Idea que también aparece en Sennett (1998/2010), para quien, pese al nuevo lenguaje de la flexibilidad, la mayor parte de los empleos siguen inscritos en el círculo del fordismo: repetitivos, rutinarios, etc.

¹⁵¹ “Como un junco, el trabajador flexible se acopla a los requerimientos autónomos de una coordinación temporal expansiva que pone en sintonía perfecta el proceso de trabajo y las demandas del mercado” (Prieto y Ramos, 1999:477).

“Los factores que explican los cambios del modelo productivo e institucional se convierten en variables explicativas de la extensión de la precariedad laboral, traduciéndose en precarización a través de las prácticas empresariales de gestión de la fuerza de trabajo, y la transformación del sistema de relaciones laborales y la reducción de los sistemas de protección social” (Cano, 2007:35).

Esta transformación socioeconómica se fundamenta en, y al tiempo fomenta, un profundo cambio de las condiciones tecnológicas, que algunos autores no han dejado de considerar una “Tercera Revolución Industrial” (Hopenhayn, 2001), que constituiría un hito en el desarrollo histórico de la Humanidad (Vicente-Mazariegos, 1988; Antunes, 1995/1999). Al proceso histórico de tecnologización de las actividades industriales (robotización, perfeccionamiento continuo de las máquinas en la fábrica, etc.) se une ahora el desarrollo de nuevas tecnologías de la información, que comprimen el espacio-tiempo global, permitiendo una práctica sincronía a escala planetaria. Todo ello juega un papel fundamental en el desarrollo de nuevas formas de producción, del mismo modo que inciden en la propia evolución de la demanda.

El debate sobre los efectos que dicha transformación tecnológica tendría sobre el ámbito del empleo (y, con ello, sobre el conjunto de la sociedad, tal y como apuntamos en los primeros epígrafes del capítulo tercero), que se ha visto estimulado por la aparición de distintos *best-sellers* como los populares libros de Jeremy Rifkin (1995/1996, 2000/2013)¹⁵², separaría a los autores en torno a dos posiciones polares¹⁵³. De una parte los que, como el propio Rifkin, consideran que la tecnología está eliminando puestos de trabajo, que quedan obsoletos (y descualificados) y no son absorbidos por otros sectores productivos (Handy, 1984/1986; Barnet, 1993; Freeman y Soete, 1994; Gallino, 1998; Hopenhayn, 2001; Miguélez, 2003; López Calle y Castillo, 2004; Miguélez y Prieto, 2009). Para estos autores, estaríamos ante un paro tecnológico estructural que les lleva a postular el “fin del trabajo” (o, al menos, el fin del trabajo tal y como se venía concibiendo como vertebrador del orden

¹⁵² Para referencias al trabajo de Rifkin y su pesimista visión sobre los efectos del desarrollo de la tecnología en el mercado de trabajo, véase Muñoz (2009), Alonso (1999, 2000b) o Kohler y Martín Artiles (2005).

¹⁵³ Simplificamos en este punto un debate que presenta muchas más aristas. Zubero (1998:28 y ss.), por ejemplo, identifica hasta diez posiciones (optimistas, fatalistas, visionarios, pesimistas...) en torno a la cuestión del impacto del cambio tecnológico en la sociedad y el trabajo.

social), con lo que ello supone para una sociedad que se ha construido históricamente en torno a esta noción clave¹⁵⁴: el progreso técnico, que exige mayores cualificaciones, suprime empleos “dejando fuera de juego a los que no han podido reciclarse por falta de oportunidades o de talento. Estos son numerosos, y la masa que forman (los “inempleables”, los “*surnuméraires*” de Castel, 1995/1997) tiende a aumentar cada vez más” (Dahrendorf, 2003:128). Para otros autores, que critican con más o menos dureza las tesis de Rifkin (véase lo apuntado en la nota al pie número 72), estaríamos, en el peor de los casos, ante un nuevo escenario de transferencia de los puestos de trabajo hacia sectores informacionales de la economía (Bell, 1973/1991; Alonso, 1999; Carnoy, 2000/2001). La visión distópica de los primeros se enfrenta a la utópica de los segundos; el fatalismo, a la ilusión ante los tiempos venideros. Para Carnoy, por ejemplo, el futuro es dorado:

“La nueva tecnología desplaza trabajadores; pero simultáneamente crea nuevos puestos de trabajo, incrementando la productividad en el trabajo existente y haciendo posibles productos y procesos enteramente nuevos. A medida que las economías y los gobiernos postindustriales se adaptan a las nuevas realidades, lo que predomina es el crecimiento del empleo, no su desplazamiento. Existirán numerosos puestos de trabajo en el futuro, y la mayoría de ellos serán bien remunerados” (Carnoy, 2000/2001:22).

No faltan, asimismo, las advertencias para que no consideremos a la tecnología una variable independiente, un factor neutro y ajeno a toda utilización ideológico-política (Alonso, 1999; Carnoy, 2000/2001; Santos *et al.*, 2004; Alaluf, 2005; Rolle, 2005a), sino como una carta más a jugar en las estrategias de flexibilización del mundo del trabajo (Leborgne y Lipietz, 1992/1994). En ese sentido se manifiesta Zubero (1998), quien llama a ideologizar el debate sobre los efectos de la tecnología en el ámbito laboral, frente a un discurso hegemónico que

“lo que intenta es escamotear del debate las condiciones en las que el cambio tecnológico está siendo producido; así las innovaciones

¹⁵⁴ Véase, en ese sentido, la revisión histórica (que incluye incluso a Keynes -1930/1988-, como también hace Zubero -1998) que, en torno a la reflexión sobre el paro tecnológico, realiza Tezanos (2001) antes de plantear el advenimiento de una sociedad poslaboral.

tecnológicas, que modifican radicalmente el proceso de trabajo y provocan paro masivo, son presentadas no como la puesta en juego de estrategias que enfrentan a empresarios y trabajadores sino como una consecuencia de la “modernización”, término que evoca un proceso histórico inevitable” (Zubero, 1998:42).

La tecnología, en suma, no puede presentarse como algo ineluctable, con un desarrollo (evolución) propio, ajeno a la acción y las decisiones humanas. Giarini y Liedtke (1998. Citado en Blanch, 2001:39) hablan de la “paradoja del paraíso tecnológico”, en la que la ultratecnificación del proceso productivo haría absolutamente innecesaria la mano de obra. Que este “paraíso tecnológico” sea o no paradójico (y paradisiaco, también) depende de estas variables de contexto, que marcan, socioeconómicamente, la utilización de la tecnología.

Igualmente, no debemos obviar las voces de aquellos que apuntan que se da en nuestra sociedad (la del fin del trabajo) una contradicción entre necesidades de trabajo e intensidad de dicho trabajo: los aumentos de productividad facilitados por la tecnología (y por los propios cambios en la gestión de la mano de obra, antes apuntados) no se habrían traducido, como esperaban los optimistas clásicos (los “futurólogos” de Hopenhayn -2001; Jaccard -1960/1971-, por ejemplo; o los optimistas no tan clásicos, como Carnoy -2000/2001- o Cohen -1999/2001), en aumentos del tiempo de ocio, alivio de las condiciones de explotación de los trabajadores, etc., sino en una intensificación del trabajo en diversos sentidos (Castillo, 1998, 2005b), generándose una ambigüedad del trabajo en la sociedad actual, “entre una concepción del trabajo como actividad cada vez menos necesaria para la producción y el trabajo como una actividad cada vez más exigente para los trabajadores” (Serrano *et al.*, 2001:52), una dualización entre el “sobre-trabajo” (máxima disponibilidad, máxima exigencia sobre el trabajo) y el “sub-empleo” (precariedad laboral)¹⁵⁵. No es que el trabajo se acabe, se destruya, desaparezca, sino que se hace “invisible” (Castillo, 1998), más fluido, más

¹⁵⁵ En una línea similar, una vez más, remitimos al *Manifiesto contra el trabajo* del Grupo Krisis (1999/2002). Igualmente, Boltanski y Chiapello (1999/2002:347) denuncian el “incremento de la explotación de los trabajadores, que, por decirlo de manera esquemática, “trabajan más y ganan menos” que las ganancias de productividad obtenidas gracias a las innovaciones tecnológicas u organizativas”.

difusa la frontera entre sus distintas categorías y entre la antaño excluyente dicotomía trabajo / no-trabajo (Agulló, 2001).

Uno de los caminos que sigue este trabajo para “evaporarse” radica en la posibilidad, en un contexto de economía global, de su deslocalización. En la nueva economía-red, las posibilidades para la descentralización (subcontratación, deslocalización) productiva tienden a ser infinitas. Las nuevas formas de organización de la producción permiten (casi imponen) una fragmentación del trabajo que puede implicar la deslocalización de ciertas partes del proceso productivo a otros puntos del planeta (profundizando con ello en la lógica centro-periferia), así como la externalización de actividades, la subcontratación de empresas (o individuos, *autónomos* que no forman parte de la plantilla), actuando como una forma de flexibilidad puesta en marcha por la empresa, que reduce de esta manera el número de trabajadores en el “núcleo”, adaptando (flexibilidad numérica) las contrataciones a las fluctuaciones de la demanda (Mingione, 1991/1994; Zubero, 1998; Miguélez y Prieto, 1999; Martín Artiles, 1999; Miguélez, 2003; Díaz-Salazar, 2003b; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; Cohen, 2006/2007; Laparra, 2006; Extezarreta, 2007; Recio, 2007; Standing, 2011/2013). A decir de Castillo (2005b:19), en línea con su argumento sobre la invisibilización del trabajo en las sociedades contemporáneas,

“el trabajo se degrada, descualifica y desmigaja, para poder ser subcontratado, en una miríada de empresas que son ya solo partes de una cadena de montaje invisible, desplegada en el territorio, cuya cinta transportadora está regida por el justo a tiempo y se presenta como una circulación territorial de los productos, bienes o servicios “en curso de producción””¹⁵⁶.

Todo ello debilita sobremanera la posición de los trabajadores, que pueden ver cómo, repentinamente, su trabajo simplemente ha dejado de existir, desplazándose a otro contexto laboral que le resulte más beneficioso al capital, o ha sido confiado a otros individuos que ofrecían algún tipo de ventaja

¹⁵⁶ Para una concisa reflexión en torno a la noción de “empresa-red”, que habría modificado por completo, también, el ámbito del Derecho del trabajo, véase Valdés (2002).

competitiva a ojos del balance contable del empleador¹⁵⁷. Esto opera, obviamente, como un poderoso elemento disuasorio ante cualquier reivindicación, como una herramienta disciplinaria más que la empresa tiene sobre los trabajadores y, correlativamente, sobre los propios Estados, debilitados por la globalización (Carnoy, 2000/2001; Ruesga, 2012) hasta el punto de quedar convertidos en mayordomos que han de intentar facilitar por todos los medios a su alcance la comodidad de las grandes compañías para que quieran asentarse o permanecer en su territorio cuando pueden localizarse en otro punto del planeta (Gorz, 1997/1998; Beck, 1999/2000; De la Cal, 2002; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005). En su estudio exploratorio del futuro más inmediato de nuestro país, Gentile *et al.* (2014) apuntan la deslocalización internacional de empresas españolas como una tendencia para los próximos años. En la medida en que el trabajo se pueda desempeñar con mejores condiciones (para el empleador) en otros puntos del planeta, las empresas tenderán a asentarse fuera de España, quedando nuestro país, como antes dijimos (véase 3.2), como una economía de servicios, esencialmente imposibles de deslocalizar pero, al tiempo, muy proclives a la precarización¹⁵⁸.

Sea como fuere, ya por simple eliminación de empleos industriales, por “emigración” o por transferencia de dichos empleos a otros sectores económicos, el impacto de las nuevas tecnologías sobre el mercado laboral juega un papel clave en el desplazamiento del peso de la economía hacia el sector de los servicios, que crece en un acentuado proceso de terciarización de las economías de los países occidentales, fundamentalmente en lo que hace a servicios personales, hasta el punto de poder hablar de “sociedades de servicios” (o “del autoservicio”, como plantea Mingione, 1991/1994), esencialmente distintas, en su organización social y laboral, a las propias del

¹⁵⁷ Un ejemplo paradigmático de deslocalización lo constituyen las empresas del sector del *telemarketing* (véase Del Bono, 2005, 2006; Del Bono y Bulloni, 2008) o atención telefónica (sector que nace, por lo demás, como una externalización de la atención telefónica por parte de las empresas que subcontratan estos servicios).

¹⁵⁸ Cano (2000) plantea que el margen de maniobra empresarial para flexibilizar o no flexibilizar la gestión laboral depende, más allá de las condiciones del marco legislativo en que opere, de la posición de la empresa y del sector productivo en que se encuadre: en la medida en que éstas le permitan subcontratar partes de su actividad, se generarán mayores posibilidades de precarizar el trabajo en dichas tareas periféricas y, con ello, indirectamente, de precarizar también el trabajo en el propio núcleo de su actividad, aumentando consecuentemente el control sobre los trabajadores.

paradigma fordista anterior (Antunes, 1995/1999; Zubero, 1998; Miguélez y Prieto, 1999; Ovejero, 2001; Dombois, 2002; Alonso, 2007). No en vano, el propio Rifkin apunta hacia el desarrollo de este tipo de actividades como salida para absorber el paro industrial producido por la tecnología (véase Santos *et al.*, 2004: capítulo 3). Y, para algunos optimistas, como Dombois (2002), Jaccard (1960/1971) o Carnoy (2000/2001), ello supone una nueva posibilidad para el desarrollo de empleos mejores y, además, accesibles a grupos que, como las mujeres, siempre habían encontrado grandes dificultades para integrarse en la pauta laboral propia de la sociedad industrial. En la misma línea se interpretaría una extensión del empleo público, que suele alcanzar estándares de calidad más altos (Muñoz de Bustillo, 1993). Se introducen, así, en el ámbito del mercado (se mercantilizan) actividades que anteriormente se realizaban en la esfera doméstica y social (Recio, 2007; Demazière, 2009), lo cual, a su vez, distorsiona el propio significado del término “*trabajo*”, tal y como se venía manejando hasta el momento¹⁵⁹, que parece no poder aplicarse sin matizaciones al trabajo que se desarrolla en el sector terciario, diverso por demás (Offe, 1984/1992b; Finkel, 1994; Rolle, 2005b).

En términos generales, en España, con la terciarización estaríamos hablando de una deriva hacia sectores productivos esencialmente inestables y de baja cualificación (como la hostelería o el turismo), rentables por cuanto tienden a reducir, precisamente, los costes del factor trabajo, a través de estrategias de flexibilidad y bajos salarios. El trasvase de población laboral al sector terciario (el debate sobre el peso del sector cuaternario en la economía española podría resultar también de gran interés) lleva aparejada, en buena medida, una dinámica de descualificación del trabajo. Para García Noguerol (2009) se asistiría al “cambio” de buenos trabajos industriales por empleos precarios en los servicios¹⁶⁰. Los empleos en estos sectores suelen presentar una serie de rasgos que los acercan al polo de la precariedad: contratos generalmente temporales, sueldos bajos y escasas posibilidades de promoción

¹⁵⁹ Véase 1.1 para disquisición terminológica inicial y 2.3 y 2.5 para la “aplicación” del término “trabajo” en la pauta fordista.

¹⁶⁰ Esta perspectiva, no obstante, nos parece que obvia la propia dinámica social, por cuanto compara empleos fordistas propios de un momento histórico anterior con empleos terciarios nacidos en otras coordenadas históricas (y legislativas) muy distintas. Más allá de lo problemático que puede resultar un ejercicio de generalización de estas características (como apunta, por ejemplo, Rolle, 2005a).

(Albarral, 1996; Recio, 1997; Cohen, 1999/2001; Santos, 2003; Díaz-Salazar, 2003b; Espluga *et al.*, 2004; Santos *et al.*, 2004; Laparra, 2006; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; Jurado, 2007; García Nogueroles, 2009; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013; Gentile, 2013; Gentile *et al.*, 2014).

En este sector servicios, por otra parte, las cualificaciones serían muchas veces más “abstractas”, más difíciles de objetivar y medir, más sometidas a la obsolescencia (Fernández Steinko, 1999). El hecho de que tradicionalmente estas ocupaciones (como las propias cualificaciones que se consideran necesarias para desarrollarlas –véase Del Bono, 2005; o el “*emotional labor*” de Hochschild, 1979, 1983) se hayan asociado a labores desempeñadas por las mujeres también incidiría en que tengan una menor valoración social y, por lo tanto, sea más sencillo precarizar sus condiciones de desarrollo de estos empleos, dando lugar a diversas formas de “flexplotación” (Zubero, 2006:20), de precariedad, que sufren, así, en mayor proporción los colectivos con una posición más precaria en la estructura social: mujeres, jóvenes, inmigrantes (Álvarez, Azofra y Cuesta, 1999; Castel, 2001; Alonso y Torres, 2003; Espluga *et al.*, 2004; Jurado, 2007; CJE, 2014). Como expone Teresa Torns (2000:210):

“Son servicios que nacen ya devaluados porque tienen demasiado cerca el referente servil (en el interior del hogar familiar) y nadie con una cierta cualificación reconocida quiere emplearse en ellos, a no ser que no se tenga ninguna cualificación o se pertenezca a una etnia no dominante”.

Todo esto, unido a la facilidad con la que el empleo en este sector servicios se desliza hacia la informalidad (Finkel, 1994, siguiendo a Mingione, 1991/1994) y a las propias condiciones segmentarias de partida del mercado de trabajo español (en que nos detendremos en el siguiente epígrafe), habría dado origen a una dualización, a la aparición de una clase trabajadora degradada, un “proletariado de los servicios” (Santos, 2008, 2012, a partir de Sassen, 1998), compuesto por “nuevos domésticos” (Gorz, 1991/1995:285), al *servicio* de quienes ocupan mejores posiciones en una estructura social que tiende a la polarización (como veremos en el último apartado de este capítulo, el 4.5): “clientes ricos, trabajadores pobres”, concluye Santos (2008:27) (véase,

asimismo, Muñoz de Bustillo, 1993; Antunes, 1995/1999; Hopenhayn, 2001; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006). Dice Gorz (1991/1995:286) que

“lo mismo que en las colonias de antaño y en numerosos países del Tercer Mundo en la actualidad, una masa creciente de personas se ve reducida, en los países industrializados, a disputarse el “privilegio” de vender sus servicios personales a quienes conservan unos ingresos confortables”¹⁶¹.

Siguiendo a Santos (2012), hablaríamos de los “lumpen-empleos”¹⁶², los malos trabajos del sector servicios, que engloban a una franja cada vez mayor de la población laboral: “El capitalismo informacional no genera solo trabajo informacional y creativo, también tiende a producir una franja abundante de empleos mal remunerados y poco cualificados. España ha sido y sigue siendo un ejemplo paradigmático” (Santos, 2012:134). Estos serían los empleos que se habrían creado en España antes de la crisis. Estos serían, también, los empleos que más se habrían destruido durante aquella (Standing, 2011/2013; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013).

3. El mercado de trabajo español: contexto de segmentación/dualización.

El conjunto de reformas laborales antes comentadas, desarrolladas en un marco específico de regulación de las relaciones laborales, junto a las propias políticas de empleo fomentadas estatalmente y/o seguidas por las empresas en este nuevo contexto económico que se ha ido configurando durante las últimas décadas han acabado dando lugar a un mercado de trabajo profundamente segmentado, base sobre la que se desarrollen después las tendencias precarizadoras a las que nos referimos en este capítulo. Frente a

¹⁶¹ Volvemos a remitir en este punto al relato de Ehrenreich (2001/2003), a sus experiencias como personal de servicio doméstico o como camarera.

¹⁶² Con ese término se refiere Santos a las ocupaciones descualificadas de la economía informacional (limpieza, hostelería, cuidados, dependientes de comercios, vigilantes de seguridad, repartidores...), que reciben distintos nombres en la literatura anglosajona (*bad jobs, cheap labor, disposable workers, contingent workers, low-wage works, dead-ends jobs...*) y que remiten a la conformación de ese “proletariado de los servicios” (Sassen, 1998) cuya precariedad va más allá de la mera temporalidad y los bajos salarios.

las teorías clásicas de la segmentación del mercado de trabajo, Polavieja (2003a)¹⁶³ enfatiza (como vimos antes al comentar la implantación y desarrollo de políticas imbuidas por la premisa de la flexibilidad) la importancia de la regulación institucional y el papel jugado tanto por el Estado como por el resto de agentes (empleadores, sindicatos) en la arena del sistema de negociación colectiva. En su opinión, la desregulación parcial que se llevó a cabo en España a partir de la reforma de 1984 (que introdujo la contratación temporal) tuvo consecuencias claramente segmentadoras sobre el mercado de trabajo, debido a la actuación de los distintos actores implicados, que establecieron un tipo de negociación no inclusiva, favorecedora de los intereses de los contratados fijos (cuyo eventual despido no sería rentable para el empleador), generando desigualdades horizontales entre trabajadores de productividad equiparable. La facilidad, reconocida legalmente mediante la laxa causalización, para recurrir a la contratación temporal, pues, no es el único factor a considerar como origen de la precariedad asociada a la temporalidad (ni, menos aún, como elemento explicativo de la anormalmente elevada tasa de temporalidad española), por más que es un elemento decisivo, desencadenante, en un contexto institucional muy concreto (Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Polavieja, 2006; Ruiz Galacho, 2006; Prieto *et al.*, 2009). La clave estará en que la flexibilización siempre ha recaído en las condiciones de acceso al empleo, pero apenas se han modificado las condiciones de despido, haciendo de la antigüedad una protección extraordinaria frente a los ajustes, que siempre habrán de ser absorbidos por esa masa periférica de trabajadores sobre los que se aplica la flexibilidad numérica en función de la demanda (Garrido Medina, 1996b). Para Alonso (2013), el “peculiar posfordismo” español, fuertemente segmentador del mercado de trabajo, sería resultado de un fordismo inacabado, que mantiene rasgos heredados de la regulación laboral franquista (como la elevada protección frente al despido –Polavieja, 2003a) al tiempo que los combina con los *dictums* de la flexibilidad propios del capitalismo informacional de la era global (OBJOVEM, 2008b).

¹⁶³ Véase, asimismo, Laparra (2006: capítulo 3) para un análisis de los efectos segmentadores de las reformas laborales y la negociación colectiva (con la temporalidad como principal eje) desde 1984 hasta 2006.

Según Laparra (2006), siguiendo a Galtier y Gautié (2001), el modelo de mercado de trabajo español sería un modelo dual¹⁶⁴ (*partition model*), en el que los “*outsiders*” están separados de los “*insiders*”, sin poder acceder a los empleos estables de que gozarían estos últimos, porque los sectores primario y secundario serían dos mundos separados sin puentes entre ellos (en la misma línea, Agulló -2001-, que enfatiza las grandes dificultades que encuentran los individuos para pasar del empleo temporal al indefinido). Nótese, en ese sentido, el choque que puede suponer una realidad “de partición” para unas expectativas “de colas” (*queue model*), la imagen de un mercado de trabajo en el que, tras un período de temporalidad/precariedad, el *outsider* acaba incorporándose plenamente a un empleo en el segmento primario, algo que parece no darse (o al menos no con la fluidez deseable) en el caso español, quedando parte de la población laboral en estado permanente de flotación, inmersa en una situación de “atrapamiento”, de bloqueo en su trayectoria laboral, que, como veremos, puede tener nefastas consecuencias a todos los niveles.

La búsqueda de flexibilidad para adaptarse a los requerimientos de la nueva economía de esta fase del capitalismo (como vimos en 4.1) sería uno de los principales factores que inciden en la dualización de un mercado de trabajo. En un texto clásico, Atkinson (1986/1994) plantea que las empresas pueden desarrollar cuatro formas distintas de flexibilidad para hacer frente a las fluctuaciones de la demanda, a saber, flexibilidad numérica, funcional, distanciamiento, o flexibilidad de pago. El resultado de la aplicación de estas formas de flexibilidad sería una creciente diferenciación entre grupos de trabajadores, surgiendo, a decir de este autor, tres segmentos principales: los trabajadores centrales (que llevan a cabo las tareas más importantes dentro de la empresa), los trabajadores periféricos (fácilmente sustituibles, desarrollan actividades normalmente de baja cualificación), y los trabajadores externos (vinculados a la empresa bajo distintas formas de subcontratación, de

¹⁶⁴ Como “mercado dual imperfecto” lo etiquetan Prieto *et al.* (2009:220 y ss.), por cuanto si bien se observarían dos grandes segmentos (“el de los empleos precarios y el de los empleos decentes”, p. 220), existirían dos subsegmentos (llamados “central” y “superior”) dentro del “segmento del empleo decente”, que, a su vez, no presenta unas condiciones tan buenas ni tan estables como cabría esperarse si se tratara de un mercado estrictamente dual.

“distanciamiento” en la terminología de Atkinson)¹⁶⁵. Estos grupos periféricos absorberían los efectos de todos los ajustes empresariales orientados a adaptarse a las fluctuaciones de la demanda, apareciendo la subcontratación y externalización como una solución de los empresarios para transferir el riesgo propio de la actividad empresarial a los trabajadores, ahora convertidos en empresas individuales. En términos generales, plantea Atkinson (1986:1994:465) que

“parece haber tendencias comunes que dividen a la población activa de Europa en grupos centrales, cuya experiencia de empleo está estructurada por la lógica a largo plazo del compromiso mutuo entre trabajador y empresario, y una variedad de grupos periféricos y externos, cuya experiencia está estructurada por la lógica a corto plazo del mercado”.

La dimensión temporal, tan cara a Sennett, resulta, quizás, el eje principal de distinción, pero no el único, entre un tipo de trabajadores y otro¹⁶⁶. Para Boltanski y Chiapello (1999/2002:311 y ss.), la dualización se concreta en la coexistencia de un grupo permanentemente rotado, inestable, de trabajadores precarios, y un personal fijo hacia el que las empresas despliegan todo tipo de políticas de fidelización: se mantiene un núcleo de trabajo estable y el resto se subcontrata o se contrata bajo formas precarias, eventuales. Un “mercado doble”, compuesto de

“por un lado, una mano de obra estable, cualificada, beneficiada por un nivel salarial relativamente elevado y frecuentemente sindicada en las grandes empresas, por otro, una mano de obra inestable, poco cualificada, infrapagada y escasamente protegida en las pequeñas empresas que prestan servicios anexos” (Boltanski y Chiapello, 1999/2002:319).

¹⁶⁵ En una línea similar, contemporánea a la obra de Atkinson, véase el trabajo clásico de Gordon, Edwards y Reich (1982/1986).

¹⁶⁶ El propio Atkinson plantea, en ese mismo trabajo que citamos, cinco dimensiones de diferenciación entre grupos de trabajadores: las relaciones contractuales (la seguridad y continuidad del empleo), las pautas de horarios de trabajo, el contenido del empleo, los sistemas salariales, y las pautas espaciales. Aparte de otras dimensiones secundarias que también habrían de ser consideradas, como las posibilidades de formación en el trabajo, la representación en el trabajo, y los niveles de remuneración. Todo ello iría en línea con las propuestas de multidimensionalidad de la precariedad laboral que encontramos en Laparra (2006) o en los demás autores revisados en el epígrafe siguiente (4.4).

En el mismo sentido se manifiesta De la Cal (2002:70):

“La fábrica flexible divide el trabajo en elementos centrales, a los que les da seguridad y altas gratificaciones a cambio de adaptabilidad, innovación y nueva cualificación, y elementos periféricos, a los que les dan determinadas tareas, menor compromiso de continuación en el empleo y menores incrementos de cualificación”.

La flexibilidad numérica se aplicaría sobre los trabajadores periféricos, mientras sobre los centrales se desarrollaría una flexibilidad de tipo funcional¹⁶⁷. Esta dualidad entre núcleo y periferia es una constante en la literatura sobre segmentación del mercado laboral (Pollert, 1991/1994c; Gorz, 1997/1998; Zubero, 1998; Martín Artiles, 1999; Santos, 2006; Miguélez y Prieto, 2009) y se sintetiza en la diferenciación, en términos polares, entre “un núcleo central, con alta protección social y buenas expectativas y una periferia, sometida a la precariedad en la protección social y en el empleo, con difíciles posibilidades de incorporación y reincorporación laboral” (OBJOVEM, 2008b:9), un “sector garantizado”, de ingresos asegurados y estabilidad contractual, y unos márgenes caracterizados por la eventualidad (Precarias a la deriva, 2004). Otros autores plantean la existencia de posiciones intermedias entre ambos extremos, o diferentes fragmentaciones de la fuerza de trabajo. Así, Standing (2000:122-128), por ejemplo, plantea la existencia de siete estratos, desde la élite de asalariados hasta el lumpenproletariado excluido del mercado de trabajo. O Bilbao (1993:76), para quien el mercado de trabajo estaría entrecruzado por varias líneas de segmentación que dan lugar a cuatro grupos de trabajadores (véase, igualmente, la propuesta de tipología que plantean López Roldán, 1996; o López *et al.*, 1998).

El grado de separación entre ambos segmentos (aceptando la simplificación que supone hablar en términos de dicotomía), en términos de porosidad de sus fronteras, marcaría, así, la característica principal del tipo ideal de mercado dual (Recio, 1999). Ese grado de separación sitúa en posiciones estacionarias o en procesos dinámicos a los “habitantes” de ambos segmentos, los que suelen recibir el (poco imaginativo, pero muy sintomático)

¹⁶⁷ Para una revisión teórica de estas cuestiones, véase Finkel (1994: capítulo 6) o Recio (1997: capítulo 10).

nombre de “*insiders*” (los trabajadores del núcleo) y “*outsiders*” (los trabajadores de la periferia), entre los que existe desigualdad de derechos (amén de la consabida desigualdad de condiciones laborales) en virtud de sus distintos estatutos laborales y su diferente grado de “importancia” para la empresa: personal indefinido y bien remunerado (*insiders*) para desarrollar empleos estratégicos o que requieran una cualificación relativamente elevada o poco común, personal eventual y menos remunerado (*outsiders*) para tareas descualificadas o mecánicas¹⁶⁸ (Muñoz de Bustillo, 1993; Martín Artiles, 1999; Boltanski y Chiapello, 1999/2002:320; Schmid y Schömann, 2000; Millán, 2002; Gentile, 2005, 2013; Gentile y Mayer, 2009; Gentile *et al.*, 2014). Prieto *et al.* (2009:70), siguiendo a Gallie (2007), hablan de que se constituye un “régimen dual”, que

“garantiza amplios derechos sociales a los trabajadores cualificados que constituyen el centro de la fuerza de trabajo a costa de las pobres condiciones de empleo y poca seguridad de los trabajadores de la periferia”.

Para Gorz (1991/1995:94), siguiendo el pensamiento de Lecher, “alrededor de un núcleo de trabajadores estables, que presentan un amplio abanico de cualificaciones, fluctúa una mano de obra periférica con cualificaciones menores y más limitadas, sometida a los azares de la coyuntura”. Este hecho, en opinión del autor francés, genera una “élite colaboradora” en el interior de la clase trabajadora, una élite bien remunerada, respetada y valorada, con gran compromiso con respecto a la empresa, a la que apoyará en caso de cualquier atisbo de rebelión.

El predominio de esta división radical entre estos dos “tipos” de trabajador depende del sector productivo en que opere la empresa, así como del propio tamaño de ésta, como también de las propias decisiones de los agentes implicados (tal como ya apuntaron Garonna y Ryan, 1988). Así, la mayor presencia de trabajadores periféricos se observaría en aquellos sectores con bajos requerimientos de cualificación y elevadas exigencias de flexibilidad

¹⁶⁸ La división entre planificación y ejecución, entre trabajo mental y manual, la dualización clásica, en suma, del proceso productivo (Hopenhagen, 2001).

para ajustarse a una demanda inestable o fluctuante, como es el caso del sector servicios, de importancia creciente, como venimos apuntando, en la economía española (Alonso, 1999; Ortiz, 2013). La terciarización, por las condiciones que suelen adoptar los empleos en este sector (más “empleos McDonalds” que “empleos Microsoft”), contribuiría a la segmentación (Hopenhayn, 2001:233), explotando la brecha entre empleos formales e informales (Requena, 1991; Finkel, 1994; Gallino, 2002; Gentile y Mayer, 2009).

Centrándonos específicamente en el caso español, esta búsqueda de flexibilidad, que se ha concretado, con el necesario respaldo institucional, legislativo, en una forma concreta de gestión de la mano de obra seguida por las empresas, con un uso recurrente de las formas de contratación temporal (flexibilidad numérica más flexibilidad en el margen), habría perfilado un mercado laboral fuertemente dualizado (Poveda y Santos, 1998; Carnoy, 2000/2001; Toharia y Malo; Toharia *et al.*, 2001; Polavieja, 2003a; Espluga *et al.*, 2004; Toharia, 2005; Miguélez y Prieto, 2009; Costain, Jimeno y Thomas, 2010; Ortiz, 2013)¹⁶⁹. Este carácter dual del mercado de trabajo español se habría ido perfilando desde la crisis de los setenta (Muñoz de Bustillo, 1993; Bilbao, 1993; Etxezarreta, 2007; Alonso y Fernández, 2008; OBJOVEM, 2008b) y se habría profundizado con la actual crisis económica (Gentile, 2013; Ortiz, 2013; Álvarez *et al.*, 2013), concretándose en la existencia de una clara divisoria entre los dos segmentos (*insiders* y *outsiders*) radicalmente diferenciados.

La historia de la introducción y el despliegue de la contratación temporal en España sirve para explicar, en parte, el relativamente alto grado de correspondencia entre la línea divisoria estables/precarios y la línea generacional que separa trabajadores adultos (fundamentalmente varones) de trabajadores jóvenes (Petras, 1996; Martín Criado, 1999; Gentile y Mayer, 2009). Los primeros tenderían, siquiera por estar protegidos contra el despido por la reglamentación laboral española, a desempeñar trabajos estables, formando parte de los núcleos de las empresas. Los jóvenes, por su parte,

¹⁶⁹ Visión, no obstante, que también recibe matización, como en Recio (1997), para quien no cabe hablar de un único mercado de trabajo a nivel nacional: cada sector, cada empresa, se caracterizaría por un modelo de empleo diferente, no pudiendo hablarse, en términos generales, de un único núcleo de empleo estable rodeado de una franja de empleo temporal.

tenderían a tener empleos inestables, precarios, periféricos con respecto a la actividad empresarial, siendo los que sufren los ajustes empresariales en situaciones de incertidumbre o crisis (Aragón, Martínez, Cruces y Rocha, 2011; Gentile, 2013)¹⁷⁰, actuando como ejército de reserva al que acudir en momentos determinados en busca de una mano de obra normalmente poco exigente (dócil), relativamente bien formada (crecientemente sobrecualificada, de hecho), y con la que no se adquieren compromisos estables habida cuenta de la facilidad (y los bajos costes) con que pueden ser despedidos. Todo ello, insistimos, auspiciado por la propia legislación en materia laboral:

“En opinión de algunos autores, las reformas acometidas durante la década de los noventa, tendrán como consecuencia la consolidación de un “modelo legal de flexibilidad laboral” (Trillo, 2011) y sentarán las bases de una fuerza laboral “barata”, un mercado de trabajo segmentado por sexo y edad y una temporalidad inasumible en algunos sectores de actividad especialmente intensivos en mano de obra” (Ortiz, 2013:96).

De esta manera, los jóvenes (como se verá en el siguiente capítulo) experimentarían con mayor intensidad el escenario de incertidumbre y riesgo, constituyendo buena parte de la mano de obra “outsider”, empleada en modalidades flexibles (antaño “atípicas”) de trabajo, con frecuentes situaciones de temporalidad y precariedad en segmentos periféricos y secundarios del sistema productivo (Martín Criado, 1998; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Gautié, 2004; Álvarez *et al.*, 2013; Santos, 2013; Gentile, 2015; De Marco y Sorando, 2015), precariedad que también se refleja, aparte de en otras dimensiones, en una protección, tanto en el empleo como en lo que hace a prestaciones por desempleo, muy inferior a la de los trabajadores estables (Mato, 2011. Citado en De Marco y Sorando, 2015). Esta incertidumbre tendrá efectos sobre sus procesos de estructuración vital (véase, sobre todo, 5.2), caracterizados, según

¹⁷⁰ No sólo los jóvenes conformarían este colectivo laboral de condiciones precarias: también las mujeres, los inmigrantes o los trabajadores mayores con bajos niveles de cualificación (o aquellos que han perdido su empleo en los segmentos primarios) serían población de riesgo para participar de este segmento secundario del mercado de trabajo, con elevadas tasas de rotación y precariedad laboral (Atkinson, 1986/1994; Garonna y Ryan, 1988; Alonso y Torres, 2003; Gentile, 2005; Jurado, 2007; Gentile y Mayer, 2009; García Noguerol, 2009; Miguélez y Prieto, 2009; Prieto *et al.*, 2009; Santamaría, 2010; Verd y López-Andreu, 2012...). En suma, un conjunto de individuos que, con la belleza de la prosa de Castel (1995/1997:373), “acampaban en las fronteras de la sociedad salarial, más bien que participar en ella de modo pleno”.

Gentile (2005), por la inestabilidad (imposibilidad de prever el propio destino), la insuficiencia (de recursos económicos, de puntos de referencia, de perspectivas claras), y la inseguridad (imprevisibilidad del futuro). Para muchos jóvenes, la precariedad se habría instalado en sus itinerarios vitales como un elemento constitutivo de los mismos, deviniendo permanente (“trampa”, como se indicará en 5.1) en lugar de transitoria (Sánchez Moreno, 2005), convirtiendo al sujeto en un nómada que no puede hacer sino moverse permanentemente en busca de unos ingresos tan inestables como inciertos (Alonso y Fernández, 2009b).

La aceptación de este estado de cosas responde, en opinión de algunos autores, a la existencia de un pacto generacional implícito (al que ya aludimos en el apartado 2.6), en virtud del cual los jóvenes asumen (o asumían) la precariedad (la flexibilización) a cambio de cierto nivel de comodidad en el presente (facilitado fundamentalmente por sus familias) y de cierto compromiso de inserción laboral en el futuro (del que será responsable el mercado, la sociedad en su conjunto). Quizás el principal valedor de esta hipótesis explicativa sea Luis Garrido, quien ya en 1996 se preguntaba al respecto en un trabajo que llevaba por título “La temporalidad: ¿pacto intergeneracional o imposición?”. En dicho texto, Garrido se cuestiona los motivos que llevan a la sociedad a aceptar, sin excesivas tensiones, una situación de elevadas tasas de temporalidad (hoy diríamos: precariedad) entre los trabajadores jóvenes. Y la respuesta que encuentra descansa en una interpretación generacional del problema: comoquiera que hay una gran diferencia de cualificación entre los trabajadores jóvenes y los mayores, se ha concedido una mayor defensa a los más débiles (los mayores) en la competencia por el trabajo, para evitar que los jóvenes, más cualificados (al menos en términos de educación formal) y con mayor flexibilidad vital, acaparasen todos los empleos (“¿qué hubiera sido de los mayores si no contasen con la sobreprotección de su seguro de antigüedad?”, Garrido Medina, 1996b:69). El pacto implicaría, en suma, que los jóvenes, más flexibles, más adaptables, más formados, aceptarían la inviolabilidad de ese “seguro de antigüedad” de los trabajadores mayores, recibiendo como contraprestación una redistribución de rentas, de manos de

sus familias (donde se concreta este trato a efectos prácticos)¹⁷¹, una parte de los recursos (y de los derechos sociales: ciudadanías vicarias) obtenidos por esos trabajadores mayores cuyo empleo, a fin de cuentas, los propios jóvenes están “tolerando” que mantengan¹⁷².

La principal crítica que se ha formulado con respecto a esta interpretación descansa en su absoluta abstracción del conflicto social (Martín Criado, 1997, 1998; Santos, 1999a; Boltanski y Chiapello, 1999/2002), trasladado (lo cual resulta políticamente muy correcto) al ámbito de las generaciones (y ni siquiera ahí se percibe como un conflicto más que larvado entre generaciones que ganan mutuamente con el acuerdo). Los empresarios, que, como se ha demostrado, sustituyen sin remordimientos a trabajadores fijos por temporales siempre que surge la oportunidad, son evaporados de un supuesto pacto social que termina remitiendo a una negociación de salón familiar la temporalidad contractual, rasgo principal del mercado laboral español.

Sea como fuere, en esta versión “clásica” del pacto intergeneracional los jóvenes son ensalzados como individuos capaces de insertarse sociolaboralmente, y es sólo su sentido de la responsabilidad (o de la solidaridad con respecto a trabajadores peor valorados) lo que les hace permanecer en casa, prolongando su período de dependencia con respecto a sus padres, quienes, por su parte, asumen su papel principal en la misión de garantizar el bienestar de estos hijos (Gaviria, 2007; Gentile, 2013). Se normaliza, en suma, una paz social, normalizando una situación de precariedad (Prieto, 1994. Citado en Gálvez, 2007a), sobre la que se asienta el orden

¹⁷¹ El rol de “amortiguación” de la familia (o de espacio de “digestión” de las decisiones tomadas en el ámbito público –García Serrano *et al.*, 1999), máxime en regímenes familistas como el español, ha sido sobradamente documentado. Véase, sobre el particular de este pacto en materia de (no) inserción laboral, Polavieja (2003a), Malo y Cueto (2012), Gálvez (2007a) o Cohen (2006/2007). Toharia *et al.* (2001:80-81), por su parte, enfatizan la importancia de que aquellas personas que se encuentren en situaciones de precariedad laboral convivan (compartan rentas) con individuos más establemente insertados en el mercado de trabajo, es decir, que estén “atadas y bien atadas a la columna de la seguridad laboral de que disfruta el núcleo de trabajadores españoles (varones, trabajadores indefinidos)”. En la misma línea, sobre los efectos mitigantes de la familia sobre la pobreza juvenil, véase Polavieja (2003a) o Espluga *et al.* (2004).

¹⁷² La tesis del pacto intergeneracional implícito también puede hallarse, según Gálvez (2007a), en Iglesias de Ussel (1994), Roussel (1995), Moreno Mínguez (2002), Garrido Medina (1986), Espina (1986), Gil Calvo (1986), o en García Serrano *et al.* (1999). Garrido cita en su trabajo, asimismo, la interpretación de la “preferencia revelada”, que dice tomar de Espina (1986), según la cual las dificultades de acceso al mercado de trabajo, para los jóvenes, se ven compensadas por mejoras en términos de consumo, convivencia familiar, inversión educativa, políticas culturales y programas de ocio...

social. Precariedad que no sólo se aplica a los jóvenes, sino que se extiende a otros colectivos (el modelo de “*male breadwinner*” haría aquí las veces de pacto intrafamiliar), cuya situación secundaria en el mercado de trabajo es también merecedora de elevados grados de aceptabilidad social (Torns, 1998; Carnoy, 2000/2001; Prieto, 2002; Polavieja, 2003a; Alonso y Torres, 2003; Recio, 2007; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013). El paro (y la precariedad, en su multidimensionalidad) juvenil (y femenino, y de los inmigrantes, y de los trabajadores mayores, y de los discapacitados, y de todos aquellos colectivos que se alejen de la pauta de obrero estable heredada de la anterior pauta sociolaboral) ha sido tratado como un problema menor, remitiendo a la familia para la solución de lo que no se presenta sino como una cuestión de ajuste temporal (recordamos, por ejemplo, lo expuesto en el capítulo 2 sobre aceptabilidad social del paro juvenil, emplazando al lector a la cita de Aguinaga y Comas -2013:149- recogida en la nota 49).

El desempleo juvenil masivo ha venido siendo atenuado, absorbido, interiorizado, por las familias, naturalizándose la permanencia en el hogar paterno del joven o la joven que, tras terminar sus estudios (luego esta premisa se per/convirtió en un itinerario formativo sin fin), aguarda el momento de empezar a trabajar, en una situación socialmente tolerada, escasamente estigmatizada (Garrido Luque, 1999; Fernández Steinko, 1999; Recio, 2010). El régimen familista de Estado de Bienestar español, plasmado en una regulación laboral concreta y en unas específicas políticas de empleo, protege al cabeza de familia, denostando la situación de jóvenes o mujeres, que serán los que experimenten la flexibilidad y sufran con mayor intensidad sus exigencias (Toharia *et al.*, 2001; Cohen, 2006/2007; Gaviria, 2007).

En tiempos más recientes, los jóvenes habrían visto roto este pacto social, habida cuenta de que se han prolongado *ad infinitum* sus situaciones de espera (formación, espera, formación, espera), de inserción precaria en el mercado de trabajo y, a su través, en el sistema social (Rodríguez y Ballesteros, 2013). Defraudados, frustrados, indignados, entienden que la sociedad no ha cumplido su parte del trato (véase 5.3) (Conde, 1999; García Aller, 2006; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015) y, aunque siguen asentados en la temporalidad y en la precariedad, ya no lo harían de un modo tan supuestamente resignado como antes.

Una lectura conflictualista de la hipótesis del pacto, a partir de su remisión a la existencia de dos bloques en el interior del colectivo general de trabajadores, nos acerca al doble efecto que, se postula, tiene la temporalidad (la existencia de este segmento temporal, precario, secundario) sobre el mundo del trabajo, un efecto que es tanto de “amortiguación” como de “incentivación” (Bentolila y Dolado, 1994; Güell-Rotlan, 2000; 2003a; Laparra, 2006) y que se traduce en un reforzamiento de la segmentación, de la dualización entre trabajadores. Siguiendo a Polavieja (2003a:74-76) en su análisis de los efectos segmentadores de la contratación temporal sobre el mercado laboral español, y resumiendo muchísimo, diremos que ambos efectos se refieren a cómo las posibilidades que brinda la contratación temporal inciden en un reforzamiento de la dualidad entre trabajadores fijos y temporales. De una parte, el trabajador temporal tenderá a esforzarse al máximo (y a no plantear ningún tipo de “problema”) para acceder al “don” de un empleo indefinido, lo que redundará en un aumento de su productividad en pro de la empresa. Por otra parte, la presencia de trabajadores temporales sirve como “escudo” para los trabajadores fijos, que verán que, en caso de crisis, la diferencia de costes derivados del despido llevará a los empleadores a prescindir siempre antes de los trabajadores eventuales. Esto les permite un mayor margen de maniobra a la hora de plantear sus demandas al empresario.

Esta oposición, explotada estratégicamente por las empresas, enfrenta a unos trabajadores con otros, estables contra precarios, dificultando la acción colectiva (Bilbao, 1993; Martín Criado, 1998, 1999; Alonso, 2000a, 2000b; Millán, 2002; Miguélez, 2003; Santos, 2006; Miguélez y Prieto, 2009; Alonso y Fernández, 2009b; Muñoz, 2009), y estaría a la base de la crisis de legitimidad de los sindicatos, que tradicionalmente han centrado sus esfuerzos en la defensa de los “*insiders*”, de los trabajadores estables (Atkinson, 1986/1994; Garonna y Ryan, 1988; Bilbao, 1993, 1999a, 1999b; Polavieja, 2003a; Gentile, 2005; Laparra, 2006; Prieto *et al.*, 2009), recibiendo ahora la crítica y el rechazo (véase lo expuesto en 3.8) o, en el mejor de los casos, la indiferencia de los trabajadores precarios (Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Díaz-Salazar, 2003b; Cano, 2004). Si hace veinte años Petras (1996) lanzaba una crítica feroz a los sindicatos (así como al partido socialista y a investigadores e intelectuales autodenominados “progresistas”) por orientar su actividad a problemas que

afectan a colectivos relativamente reducidos de la población en lugar de trabajar por el empleo de los jóvenes, Standing (2011/2013) certifica ahora la ruptura: los sindicatos, en estas décadas, en su defensa de los contratados fijos (en el desarrollo de una acción sindical no inclusiva, como defiende Polavieja, 2003a), no atendieron al precariado, que ahora les ha de dar la espalda.

En un contexto laboral segmentado y dualizado como el que venimos describiendo, el problema tiende a tomarse como drama social cuando son los padres, y no únicamente los hijos, los que se ven envueltos en dinámicas de precarización y desempleo (Mingione, 1991/1994; Aguinaga y Comas, 2013), cuando los estables se desestabilizan, cuando parece que ni siquiera esa “ciudadela del empleo” (Fuentes, Valle y Alcaide, 1993), del empleo estable, está a salvo (Zubero, 1998; Laparra, 2006)¹⁷³. Le debemos a Castel (1995/1997:413) la imagen de la “desestabilización de los estables”, que alude al creciente déficit de posiciones ocupables en la estructura social en una sociedad que ya no es del pleno empleo, lo que estaría aumentando de forma incesante el número de los “inútiles para el mundo” (p. 416), los supernumerarios (*surnuméraires*), el cuarto mundo de las sociedades contemporáneas, masas crecientes de trabajadores que han normalizado la precariedad y que se han visto empujados a “zonas de vulnerabilidad”, al “neopauperismo”, a la mera supervivencia¹⁷⁴. En opinión de Boltanski y Chiapello (1999/2002:329), esta situación es producto de un largo proceso histórico de selección (y, por lo tanto, de exclusión) de la mano de obra, que lleva a círculos viciosos en los que

¹⁷³ Según Álvarez *et al.* (2013), esta es, precisamente, la singularidad de la crisis económica desatada a partir de 2008, que no sólo ha afectado a colectivos que tradicionalmente presentan dificultades de inserción laboral, sino que habría golpeado también a grupos de población que hasta ahora habían permanecido al resguardo de los cíclicos vaivenes de la economía.

¹⁷⁴ Véase Santos *et al.* (2004), Kohler y Martín Artiles (2005), Rodríguez Victoriano (1999) o Poveda y Santos (1998) para una revisión sintética de la obra de Castel y su planteamiento en torno a la “nueva cuestión social”. Igualmente, remitimos a Santamaría (2010:105), que sintetiza este proceso tendencial hacia la precarización, a partir de una revisión de Castel (1995/1997) y de Paugam (2000), en dos procesos: “por un lado, la línea que separa los empleos protegidos de los empleos precarios cada vez es menos nítida (...) y por otro, la precarización del mercado laboral adquiere cierta normalización afectando a cada vez mayor número de gente, es decir, se están extendiendo las condiciones sociolaborales precarias a colectivos y sectores anteriormente protegidos”.

“en una situación en la que “no hay empleos para todos”, son siempre los mismos los que no son seleccionados, lo cual no hace sino aumentar sus desventajas y erigir barreras cada vez más difíciles de franquear entre los diferentes “segmentos” de los trabajadores asalariados”.

En un contexto de reducción continua del número de trabajadores “a seleccionar” (y de aumento, en sentido inverso, del número de individuos “seleccionables”), los distintos territorios en torno a la ciudadela del empleo estable, de ese núcleo laboral, van cayendo uno tras otro en las dinámicas de precarización y “surnumerarización”. Miguélez y Prieto (2009:278) lo resumen atinadamente:

“Esta es la síntesis del gran cambio en curso: El “núcleo fuerte” se va reduciendo lentamente tanto por abajo como por arriba, porque disminuyen las garantías del pasado. Al mismo tiempo crecen los círculos concéntricos del empleo inseguro: los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes, los hombres de edad avanzada”.

Y no faltan quienes denuncian que esta tendencia precarizadora ha sido posibilitada por el Estado, en su función de regulador del mercado de trabajo (como lo plantea Bilbao -1993-, para quien todo el conjunto de ataques contra la estabilidad del empleo, que comienza en los sectores más periféricos de la economía pero va cerrando el cerco hacia los sectores centrales, no responde más que a una estrategia de debilitamiento de la clase obrera), pero, también, en su papel de empleador, llevando a cabo una política de plantillas que ha ido dualizando progresivamente el empleo público y extendiendo la temporalidad allí donde el empleo era más estable (Laparra, 2006; Ruiz Galacho, 2006; OBJOVEM, 2008b).

4. Nueva norma social de empleo: del desempleo al sub-cuasi-empleo.

Todas las transformaciones apuntadas hasta ahora confluyen en la aparición, configuración y desarrollo de una nueva norma social de empleo, la del empleo flexibilizado, o del empleo precario/precarizado, en la que las seguridades de antaño son sacrificadas en aras de una mejor adaptabilidad (adaptarse o morir) a las condiciones que imponen los mercados (Rodgers, 1989/1992; Zubero, 1998; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Alonso, 2000a, 2000b; Prieto, 2002; Cortina y Conill, 2002), “erosionándose” (Dombois, 2002) la relación de empleo normalizada, dando lugar a una rápida expansión de formas de empleo “atípicas” (López Calle, 2000), erigiéndose la precariedad laboral en fenómeno estructural en torno al cual se articula el mercado de trabajo español (Laparra, 2006; Alonso y Fernández, 2009b; Santamaría, 2010), tanto en el segmento inferior como, cada vez más, en las condiciones laborales del conjunto de la población trabajadora. Se produce una tendencia a la precarización que afecta a todos los empleos. Para Santamaría (2010) no cabe hablar de una dicotomía entre precario/no precario, toda vez que las dimensiones de la precariedad se habrían extendido a todas las formas de empleo, en diferentes grados y modalidades. Incluso los segmentos más cualificados habrían ido cayendo en la dinámica de precarización, sufriendo un progresivo empeoramiento en multitud de dimensiones del empleo (Santos, 2012), al tiempo que se profundiza en la dinámica bipolar de cualificación-descualificación que extiende la brecha entre élite y masa: mientras en unos empleos el trabajador se torna supervisor, cualificándose (intelectualización del trabajo), en otros (muchos) el trabajador se descualifica por completo (subproletarización) (Mingione, 1991/1994; Antunes, 1995/1999; Recio, 1997; Tezanos, 2001; Sennett, 2003/2003; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013). Se estaría, pues, ante una precarización generalizada, el desarrollo de una *pauta laboral precaria* con profundos efectos a todos los niveles. Como sintetiza Alonso (2000a:32), en este contexto

“la cultura del trabajo –como relación jurídica a largo plazo que plantea un proyecto vital- pasa a disolverse en una constelación de empleos, tomados

como microcontratos de servicios individualizados y adaptados a las necesidades del negocio –en volumen y tiempo- de las empresas”.

Y es una precariedad aceptada como normal, naturalizándola (Bilbao, 1998; Santamaría, 2007): “La precariedad laboral no es una enfermedad temporal, sino que se ha convertido en un elemento estructural del capitalismo global actual” (Etxezarreta, 2007:201). Paralelamente, la condición precaria se ha convertido en normal en nuestros días, sustituyendo (pero no suplantando) al obrero fordista (Gorz, 1997/1998; Zubero, 2007).

Hablamos de la proliferación de los “cuasi-empleos”, de “ficciones contractuales” (Santamaría, 2010), de “lumpen-empleos” (Santos, 2012), “currillos”, “trabajillos”, trabajadores intermitentes, microcontratos, interinidades, falsos autónomos (*freelance*), trabajadores voluntarios a cambio de experiencia para su currículum, becarios y trabajadores en prácticas, contratos de formación, “*minijobs*”, “*mcjobs*”, falsos jubilados, falsos subsidiados, economía informal, teletrabajadores, trabajo a domicilio, pluriempleados, subcontratados... Empleos de baja calidad caracterizados por la alta temporalidad, la incertidumbre, la falta de seguridades, el escaso reconocimiento social, las malas condiciones laborales, la escasa retribución... (Rodgers, 1989/1992; Mingione, 1991/1994; Finkel, 1994; Antunes, 1995/1999; Gorz, 1997/1998; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Grupo Krisis, 1999/2002; Conde, 1999; Rodríguez Victoriano, 1999; Alonso, 2000b; Standing, 2000, 2011/2013; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Gallino, 2002; López Calle y Castillo, 2004; Santos y Martín, 2012; Gentile, 2013). Dicha proliferación ha borrado las otrora nítidas fronteras entre las distintas situaciones posibles con respecto al trabajo. Hoy, la divisoria entre empleo y no-empleo es borrosa y se difuminan las diferencias entre aquellos que tienen empleo y quienes no lo tienen (Bilbao, 1998), o entre los distintos tipos de empleados (Dombois, 2002), habida cuenta de que la precariedad es una cuestión de grados, de matices, coyuntural en gran medida¹⁷⁵. Como señala Martín Criado (1997:174):

¹⁷⁵ Nótese que, ya en 1985, Zárraga planteaba en su célebre informe la dificultad creciente de distinguir entre las distintas categorías laborales, como consecuencia de la proliferación de situaciones intermedias de todo tipo. A efectos estadísticos, esto tendrá consecuencias evidentes en todos los estudios que, sobre trabajo (y sobre juventud), se realicen.

“cada vez más, multitud de situaciones escapan a una división simple entre *paro* y *empleo* –la precariedad contractual generalizada supone un agudo incremento de las situaciones de rotación laboral, trabajos esporádicos sin futuro, destajos intermitentes...: situaciones cada vez más extendidas, pero invisibles a una mirada que se ciña exclusivamente a la gran dicotomía del empleo y el desempleo”.

Es un tiempo de normalización de lo atípico, de proliferación de todo tipo de figuras *confusas* apenas recortadas sobre la niebla, siempre difusa, de un régimen de riesgo (Beck, 1999/2000). O “siluetas inseguras”, como dice Castel (1995/1997:15), que habitan zonas de vulnerabilidad, ocupando (más bien: flotando en) los intersticios de la estructura social, sin llegar a integrarse plenamente en ella:

“Siluetas inseguras, en los márgenes del trabajo y en los límites de las formas de intercambio socialmente consagradas: personas en desempleo prolongado, habitantes de los arrabales desheredados, beneficiarios del salario mínimo de inserción, víctimas de las reconversiones industriales, jóvenes en busca de empleo que pasean de pasantía en pasantía, ocupados en pequeñas tareas provisionales... ¿Quiénes son, de dónde vienen, cómo han llegado a esto, en qué se convertirán?”.

Dos serían los grandes rasgos característicos del mercado de trabajo español: el desempleo masivo y la precariedad laboral (Comisión de Expertos para el diálogo social, 2005; Laparra, 2006; Segado y López, 2007)¹⁷⁶. Y cabe apuntar que ambos se insertan en una dinámica, en una progresión, de tal manera que uno (las condiciones de precariedad en relación al mercado de trabajo) vendría a ser consecuencia, más o menos deseada, del otro (la situación de desempleo masivo), resultado de las distintas estrategias alentadas o desarrolladas para combatir los elevados niveles de paro que ha venido sufriendo el país durante las últimas décadas. La acción combinada de ambos elementos, en un contexto social e institucional concreto (caracterizado

¹⁷⁶ Nótese que la formulación exacta del problema por parte de la Comisión de expertos para el diálogo social no habla exactamente en estos términos, sino que se refiere a las grandes cuestiones del mercado de trabajo español como baja tasa de empleo y alto nivel de temporalidad. Entendiendo que no se refieren exactamente a las mismas realidades económicas (o que se nombran deliberadamente de forma distinta), adoptamos, y así lo comunicamos expresamente, como sinónimas estas formulaciones con respecto, respectivamente, a altas tasas de desempleo y alto nivel de precariedad laboral.

por la segmentación del mercado laboral y por el familismo del régimen de bienestar), multiplicará las tendencias exclusógenas del mercado de trabajo español, será generadora de situaciones de vulnerabilidad social, produciéndose una creciente polarización, como veremos a continuación, que afectará, especialmente, a los colectivos menos integrados en el mercado laboral, entre los que se cuentan los jóvenes.

Por seguir ese cierto orden cronológico, comenzaremos refiriéndonos a la evolución del desempleo, que se inserta en el propio desarrollo sociohistórico de las últimas décadas¹⁷⁷, durante las cuales se ha pasado de un régimen (fordista-keynesiano) de pleno empleo (afirmación que requiere necesarios matices, como vimos en 2.5) a una nueva pauta social que tiene en la flexibilidad su origen y resultado y en la progresiva destrucción de empleo (por deslocalización a otros países en el marco de una economía globalizada, por desaparición a consecuencia de las mejoras tecnológicas, por cualesquiera otra forma de flexibilización tendente a reducir costes laborales) su efecto más inmediato y visible (Alonso, 2004).

Hemos de hacer constar que, igualmente, a lo largo de estas décadas se han producido cambios en la definición del desempleo. La propia estadística puede manejar definiciones diferentes, que siempre obedecen a intereses concretos (“la codificación nunca es inocente”, como decía Martín Criado, 1998:152). El paro, en definitiva, opera como construcción social “que convierte ciertas situaciones de no-empleo en paro, y expulsa otras fuera de la categoría de paro. El paro es, por tanto, una manera de decir, de clasificar, de categorizar ciertas situaciones” (Demazière, 1995:5. Citado en Martín Criado, 1999:25). Remitimos al debate anterior (capítulo 2.5) sobre la definición de “trabajo” y la forma en que ésta invisibiliza ciertas situaciones de *trabajo*. Toda definición, en síntesis, alude a convenciones sociales y, a su través, a cosmovisiones compartidas/disputadas por los miembros de una sociedad: “Así, podría decirse que en los diferentes países de Europa se han creado definiciones

¹⁷⁷ Para una útil introducción teórica a las interpretaciones sobre el desempleo, remitimos al tercer capítulo del libro de Santos *et al.* (2004). Para un análisis histórico del “surgimiento” del desempleo masivo en España, véase Schmid y Schömann (2000), el capítulo 14 de la obra de Recio (1997), el capítulo 1 de Espluga *et al.* (2004), o, sobre los jóvenes, Recio (2010). Para una perspectiva más amplia, remitimos de nuevo a la crónica de Castel (1995/1997).

“socialmente aceptables” de paro, que están regidas por la configuración institucional propia de cada nación” (Santos *et al.*, 2004:99).

Asimismo, también se han producido cambios en la concepción, en la atribución causal y en la valoración social del desempleo (“una importante mutación”, apuntan Serrano *et al.*, 2012:41), cambios que se han plasmado en el discurso y en la orientación de las políticas de empleo, así como en la propia regulación en materia de Derecho del Trabajo (Arias, 2007). Todo ello en la línea de cuestionamiento del papel central que, hasta el momento, había ocupado el trabajo en la estructuración societal (Castel, 1995/1997; Bouffartigue, 1996/1997), tal y como vimos en 3.1.

Sea como fuere, nos encontraríamos (de forma casi “atávica” en España) en una situación en que el paro se manifiesta como fenómeno masivo, llevando a algunos autores a plantear la existencia de una tasa natural de paro en nuestra economía, de un nivel mínimo imposible de reducir (Bilbao, 1998; Zubero, 1998; Toharia, 2000). El desempleo adquiere carta de naturaleza (como “nuestro triste sino” lo nombra Prieto, 1999:529): un desempleo estructural, masivo y persistente, inevitable, crónico, inherente a las condiciones del sistema económico español (Malinvaud, 1984; Mingione, 1991/1994; Bilbao, 1998; Zubero, 1998; Recio, 1999; López Calle, 2000; Ovejero, 2001; Prieto, 2002; Santos y Serrano, 2006; Crespo y Serrano, 2009; Gallardo, 2011). Un desempleo, por lo demás, que se ha mantenido siempre durante estas últimas décadas en niveles relativamente elevados (Petras, 1996; Toharia *et al.*, 2001; Prieto, 2002; Ruiz Galacho, 2006; Etxezarreta, 2007; Álvarez *et al.*, 2013), sobre todo en comparación con los países de nuestro entorno (Comisión de expertos para el diálogo social, 2005; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013).

A lo largo de las tres o cuatro últimas décadas, con la intención de contener el crecimiento del desempleo, se han llevado a cabo todo tipo de reformas (Recio, 1997; Prieto, 2002; Ruiz Galacho, 2006; Santos y Serrano, 2006), que parecen no haber contribuido de forma eficaz a aplacar este problema, percibido recurrentemente por parte de los ciudadanos en las diversas encuestas al uso como uno de los principales, o el principal problema (Espluga *et al.*, 2004; Aguinaga y Comas, 2013).

En todo caso, el problema (o el riesgo) no es sólo el desempleo, sino la precarización del empleo existente (Alonso, 2000a; Castel, 2001). Paralelamente (o correlativamente) a la generalización del paro se generalizan, también, las condiciones de precariedad en el empleo, a las que a continuación nos referiremos (Mingione, 1991/1994; Antunes, 1995/1999; Martín Criado, 1998; Poveda y Santos, 1998; Santos, 1999b; Standing, 2000; Ovejero, 2001; Díaz-Salazar, 2003a, 2003b; Espluga *et al.*, 2004; Laparra, 2006). Como sintetizan Miguélez y Prieto (2009:277):

“Los principales rasgos y más evidentes de este “nuevo modelo europeo de empleo” son que las tasas de paro se mantienen altas y que una buena parte del empleo que se crea es inestable, al tiempo que en términos porcentuales decrece el empleo estable. De modo que, al final, se produce una estructura global del empleo con un segmento importante de empleos inestables e inseguros que (...) ha ido creciendo con el tiempo”¹⁷⁸.

Esta precarización resulta, en buena medida, consecuencia del nuevo escenario que dibujan las altas tasas de paro, que permiten una gestión empresarial “flexible” (vale decir, tendente a la precarización de las condiciones), por cuanto disponen los empleadores de un abundante ejército de reserva en el segmento inferior del mercado de trabajo, dispuesto a aceptar condiciones degradadas (Bilbao, 1998; Recio, 1999; Alaluf y Martínez, 1999; Prieto, 2002; Etxezarreta, 2007), ante la mirada benevolente de los poderes públicos, que aceptan la máxima de que cualquier empleo es mejor que ningún empleo y que, por lo tanto, la flexibilidad (nuevamente: y la precariedad) son un mal menor que debe ser asumido en aras de la competitividad y la creación de empleo. El propio Garrido Medina (1996a:258), se muestra favorable (con matices) a la proliferación de los entonces llamados “contratos basura”, los puestos de trabajo descualificados:

¹⁷⁸ En la misma línea, Castel (1995/1997:14), ya en el prólogo de su magna obra, plantea echar la vista atrás para rastrear los orígenes de un presente caracterizado por “el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo, la inadecuación de los sistemas clásicos de protección para cubrir estos estados, la multiplicación de los individuos que ocupan en la sociedad una posición de supernumerarios, “inempleables”, desempleados o empleados de manera precaria e intermitente”.

“No se pretende defender que ese tipo de empresas y de puestos sean deseables, sino más bien afirmar que, precisamente porque relativamente prescindibles, si se dificulta o impide su existencia, eso no produce más empleos de calidad, simplemente disminuye la cantidad total de empleos. La cuestión es si la sociedad se resigna a tener una proporción apreciable de puestos de trabajo descualificados (en los que no es necesario ni posible el aprendizaje) de bajos salarios y de cierta rotación o si se resigna al paro”.

De esta manera, son los colectivos que más sufren el desempleo (mujeres, jóvenes, personas con bajos niveles educativos, inmigrantes, etc.) los que tienden a alimentar, a veces de forma permanente, este ejército de reserva, este subproletariado (Dahrendorf, 2003), esta franja de trabajadores precarios (Torns, 2000; Toharia *et al.*, 2001; Etxezarreta, 2007; Jurado, 2007; Álvarez *et al.*, 2013). Refiriéndose a la cuestión juvenil, Martín Criado (1998:155) expone que

“los datos van por el momento en una dirección: el problema no es tanto de *paro juvenil* como de *subempleo juvenil*: bajo una presunta plaga macroeconómica se agazapa la sobreexplotación de ciertos segmentos de la mano de obra”.

No cabe, en suma, explicar el desempleo como un fenómeno natural o como resultado de la evolución tecnológica (que tampoco ha de tomarse como variable independiente), sino que ha de ubicarse socialmente, analizando las políticas de empleo o la acción de los distintos agentes implicados (Finkel, 1994; Offe, 1997; Zubero, 1998: capítulo 2; Cohen, 1999/2001; Hopenhayn, 2001; Santos *et al.*, 2004:92 y ss.).

Esta situación de desempleo tiene efectos claros sobre los individuos que la sufren, principalmente en dos ámbitos: marginación/exclusión social y salud (en el sentido amplio de “bienestar”). En términos “sociales”, más allá de los efectos sobre la fecundidad (Baizán, 2006) o la emancipación residencial, el individuo desempleado, sobre todo cuando entra en dinámicas de paro recurrente o de paro de larga duración, puede verse abocado a procesos de “desafiliación”, de exclusión social (Poveda y Santos, 1998; Espluga *et al.*, 2004), como los descritos en el siguiente epígrafe de este capítulo. En términos individuales, psicológicos, los estudios sobre los efectos del desempleo tienden

a partir de una definición del paro como carencia, como situación deficitaria con respecto a los beneficios que aporta el desempeño laboral. No en vano, Warr (1987) lo plantea en estos términos al formular su “modelo vitamínico” para explicar el mayor bienestar de los empleados sobre los desempleados, que no consumirían suficiente de ese maná que podríamos llamar *experiencia de trabajo*¹⁷⁹. Este sería el enfoque clásico de Jahoda (1979, 1982/1987), para quien

“el empleo no sólo cumple la función de proporcionar a la persona unos recursos económicos sino que, además, cumple una serie de funciones latentes como imponer una estructura temporal a los días, proporcionar la oportunidad de establecer relaciones personales fuera del contexto familiar, unir al individuo con metas y objetivos colectivos, definir el estatus personal y la identidad y forzar el desarrollo de una actividad” (Garrido Luque, 1996:133)¹⁸⁰.

Se asiste con el desempleo, como dice Offe (1997:24), a la “erosión gradual de una conducta disciplinada y organizada de la vida”. Privados de esa posibilidad, la salud mental de los trabajadores se resiente, disminuyendo su bienestar, aumentando su ansiedad, perdiendo autoestima... (Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel, 1933/1996; Espluga *et al.*, 2004; Muñoz, 2009; Gallardo, 2011). El desempleo aparece, así, como exclusión, como factor que hace incompleto al individuo, elemento de desintegración (desviación, anormalidad) con respecto los demás (Blanch, 2001). Y este proceso sería más acusado para aquellos individuos que hayan resultado expulsados del trabajo (ni que decir tiene que las propias condiciones familiares, como la necesidad de

¹⁷⁹ Para una revisión de enfoques teóricos al respecto, puede acudir a Garrido Luque (1996, 1999). Y, para una revisión de estudios destacados en torno a la relación entre desempleo (juvenil, en este caso) y salud en España, véase el capítulo segundo del libro de Espluga *et al.* (2004).

¹⁸⁰ Una formulación en la misma línea puede encontrarse en Agulló (2001), quien parte de Blanch (1990) para apuntar las funciones sociales del empleo y los beneficios que se derivan para los empleados. Remitimos a la bibliografía de este trabajo, que incluye referencias de Antunes (1995/1999, 1999), Álvaro, Bergere, Crespo, Torregrosa y Garrido (1995), Torregrosa, Bergere y Álvaro (1989), Ominus (1997/1998) o el propio Agulló (1997; Agulló, Remeseiro y Fernández, 2000). Igualmente, Bouffartigue (1996/1997) o Extezarreta (2007) también han enfatizado el carácter beneficioso de la posesión y desempeño de un empleo.

proveer a una familia, influirán decisivamente en la vivencia del desempleo)¹⁸¹, y no afectarían tanto a los jóvenes (otro argumento a sumar en el balance de la teoría del pacto intergeneracional...) que, habiendo carecido de experiencias previas, no han podido conformar una sólida identidad laboral (aparte del mayor grado de aceptabilidad social ante su desempleo) (Álvaro, 1992; Garrido Luque, 1996, 1999; Espluga *et al.*, 2004). No obstante, esta experiencia de desempleo (como la precariedad laboral, que veremos después) incidirá, precisamente, en la construcción identitaria de los jóvenes (véase 5.2 y 5.4) (Gallardo, 2011), que tiende a adaptarse a esta ausencia de posibilidades laborales para orientarse hacia otros referentes (siendo nuevamente necesario considerar la diferencia de origen social para entender las diversas formas en que son vividos los efectos de la no integración laboral).

Normalmente, en el sistema social español, estas consecuencias negativas se ven paliadas por el apoyo familiar (Toharia *et al.*, 2001; Espluga *et al.*, 2004; Recio, 2010; Gentile *et al.*, 2014). Las estrategias familiares de amortiguación de los efectos del desempleo (también hay un componente proactivo, en la forma de mecanismos para la lucha contra el desempleo a través de las acciones orientadas a la consecución de un empleo –como veremos en nuestro propio trabajo de campo, en 10.2, por ejemplo) han llevado a plantear la noción de “tasa de desempleo familiar” (Toharia, 1993; García Serrano *et al.*, 1999), que distinguiría dos situaciones familiares: aquellas familias en las que hay al menos un parado (tasa de incidencia familiar del paro) y aquellas otras en las que todos los activos están parados (tasa de paro total familiar). La convivencia en un mismo hogar de personas desempleadas con otras personas que sí tienen ingresos mitigaría los efectos negativos del desempleo, explicando, al menos en parte, la escasez de tensiones sociales visibles en una sociedad con las elevadas tasas de paro que presenta la española¹⁸².

¹⁸¹ Constituyendo, por lo demás, un importante “incentivo” (Toharia, 1993) a la hora de buscar trabajo: a medida que la ratio de ocupados/parados en una familia baja, los incentivos aumentan (de modo que cuando el único ocupado pasa a estar desempleado, sus incentivos serán máximos).

¹⁸² A decir de Álvarez *et al.* (2013), precisamente sería el hecho de que el desempleo se extiende (y un desempleo de larga duración, por añadidura) a los adultos sustentadores de sus familias, lo que explicaría las devastadoras consecuencias de la crisis actual.

Otro factor que se ha mencionado de forma recurrente para explicar esta escasez de conflictos es la elevada presencia (oculta, pero presente) de la economía sumergida en España (Standing, 2011/2013). Este fenómeno estaría relacionado con el propio proceso de flexibilización¹⁸³ y supondría, en su forma más evidente, una precarización de las condiciones de trabajo:

“la economía informal y el trabajo sumergido tienden a caracterizarse por las pésimas condiciones laborales que genera y entraña: puestos de baja cualificación, escasa especialización, elevada rotación y movilidad, salarios bajos, mínimas o nulas medidas de seguridad e higiene, jornadas abusivas, explotación, desprotección oficial y sindical, desinformación, mínima o nula formación, etc.” (Agulló, 2001:126).

El recurso a situaciones de informalidad laboral suele ser una respuesta adaptativa a una situación de escasez de empleos de calidad, y tienden a acudir con mayor frecuencia a estas formas de relación laboral aquellos colectivos peor situados en la estructura sociolaboral, como los jóvenes, que quedan sometidos, por la propia naturaleza ilegal de esta relación laboral, a la total discrecionalidad del empleador, con lo que ello implica en términos de inseguridad a todos los niveles (Cano, 2007). En la economía informal estaría (sub)empleada una parte de esa “*surplus population*” (Mingione, 1991/1994:299), esa población excedentaria sin hueco en el mercado regular, sobre el que, por otra parte, ejercen una presión a la baja (Ruiz Galacho, 2006). En España, la economía sumergida, cuyo crecimiento corre paralelo al del desempleo, tendría un elevado peso sobre el conjunto de la economía, empleando a un elevado porcentaje de los trabajadores (Toharia *et al.*, 2001; Díaz-Salazar, 2003b).

¹⁸³ No en vano, Espluga *et al.* (2004) analizan el impacto de los distintos cambios en la regulación del mercado de trabajo español desde los setenta, que irían en la línea de mayor flexibilización, sobre el desarrollo de estas formas de trabajo informales (en el mismo sentido, véase Ybarra, Hurtado y San Miguel, 2002). Gallino (2002) se refería a un proceso de “surización” de las condiciones de trabajo de los países del Norte, es decir, a la proliferación (en tanto que generalización, más bien) de formas de economía informal, propias de la periferia, en estos países “desarrollados”. Finkel (1994), por su parte, entronca el crecimiento de la economía informal junto a otras dos tendencias del trabajo contemporáneo: la terciarización y la propia flexibilización. Remitimos al capítulo seis del texto de esta autora para una definición teórica respecto a economía informal y nociones próximas (economía doméstica, trabajo sumergido, etc.).

El otro elemento crucial o rasgo característico del mercado de trabajo español es la precariedad. Aunque con mucha frecuencia se hace equivaler precariedad con temporalidad (o con otras formas atípicas de empleo), manejándolas como sinónimas en el discurso común (véase Cano, 1996, 2007; Laparra, 2006; Jurado, 2007; o Recio, 2007), son muchos los autores que defienden la necesidad de realizar una aproximación multidimensional al fenómeno de la precariedad laboral (con su inevitable conexión a la propia precariedad vital y social)¹⁸⁴, siquiera por la proliferación de situaciones intermedias que no permiten mantener una división estricta entre empleo fijo y empleo temporal (ni entre empleo y desempleo, de hecho) (como ya recogiera, hace tantos años, Rodgers, 1989/1992)¹⁸⁵. Del mismo modo, no conviene amalgamar bajo la misma etiqueta de “precariedad” todas las situaciones que, estadísticamente, caerían bajo este rubro (ni identificar igualmente como “precarios/as” a todos los sujetos que las desempeñan) (Precarias a la deriva, 2004). Pese a que el empleo pueda ser el mismo (por ejemplo, un empleo en un restaurante de comida rápida), la vivencia del mismo será distinta en función de diferencias en términos de posición social de los sujetos, que marcan distancias entre ellos en cuanto a sus expectativas o sus motivaciones (Martín Criado, 1998, 1999; Sánchez Moreno, 2004; o Gentile, 2015, que apunta tres visiones diferentes de los jóvenes sobre la crisis y las situaciones laborales que en ella proliferan: como trampa, como obstáculo, como oportunidad). Esta aproximación multidimensional habrá de incluir, obviamente, la temporalidad (en tanto que discontinuidad del vínculo laboral) como otra de las categorías que definirían un empleo precario. Para Ernest Cano, uno de los principales referentes en esta cuestión, precariedad remite a inseguridad, a incertidumbre generadora de vulnerabilidad para el trabajador (1996, 2000, 2004, 2007):

¹⁸⁴ Como recoge Santamaría (2009) al revisar tres planos distintos de la precariedad, a saber, el socioeconómico, el socioestructural y el experiencial, en línea con las tesis de Castel (1995/1997). O Prieto (1999), que vincula precariedad laboral con reducción en la capacidad de control de los individuos sobre sus propias vidas y con estigmatización social en un contexto donde la principal fuente de identidad de los sujetos es su posición laboral. O Battistini (2009), que analiza la inclusión, normalizada, de la experiencia de precariedad en las construcciones identitarias de los sujetos. O Tejerina, Cavia *et al.* (2013), que hacen de la “precariedad vital” el eje vertebral de su reflexión

¹⁸⁵ Una exhaustiva recopilación bibliográfica sobre precariedad en España es la que se recoge en Cavia y Martínez (2013), a la que remitimos para una revisión de las nociones que se han vinculado a precariedad en los estudios desarrollados en nuestro país, tales como incertidumbre, contingencia, inestabilidad, inseguridad, fugacidad, anomia, alienación, marginalidad, pobreza... juventud.

“Existe precariedad cuando la trayectoria laboral del trabajador no le permite consolidar un nivel de ingresos, una profesionalidad, una estabilidad en el empleo que posibiliten planificar el futuro e integrarse en la vida social de manera adecuada. Visto de otra forma, se trata de situaciones de vulnerabilidad, incertidumbre y dependencia de los trabajadores frente a la coyuntura del mercado de trabajo y la política laboral de las empresas” (Cano, 2004:67).

Esta aproximación alude, de alguna manera, a la pérdida de seguridades con relación al empleo propio del modelo anterior (la “forma estándar de empleo”), que es tomado como referencia (Santamaría, 2010). Se trataría de una aproximación similar a la que realiza la propia OIT (en Laparra, 2006) para definir la condición de empleo precario como ausencia de seguridad (vinculable, por lo demás, a los postulados de Beck en torno al riesgo). Siguiendo, precisamente, a Cano, Verd y López-Andreu (2012:135-136) plantean una definición análoga (aunque quizás excesivamente restrictiva), centrada en la estabilidad: “Entendemos por *precariedad* aquella situación que supone una ausencia de estabilidad, ya sea debida a la contratación temporal o al desempleo”. Díaz-Salazar (2003b:76), por su parte, relaciona esta falta de seguridad (que el trabajador quede a merced del mercado) con el aumento de la discrecionalidad empresarial: “Entiendo por precariedad una situación laboral que aúna temporalidad e indefensión ante condiciones de trabajo que vulneran derechos laborales básicos”. En una línea similar encontraríamos a Santamaría (2007), para quien dos serían las dimensiones fundamentales de la precariedad (que tiene efectos más allá de la vida laboral de los sujetos): inseguridad y desprotección. La incertidumbre (en tanto falta de certeza sobre la continuidad), más allá de lo estrictamente laboral (recursos, en sentido amplio), también articularía el concepto de precariedad en la propia autoafirmación de Precarias a la deriva (2004:28): “llamaríamos entonces precariedad al conjunto de condiciones, materiales y simbólicas, que determinan una incertidumbre acerca del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida de un sujeto”.

La precarización, así, se presenta como el proceso “consistente en la degradación de la seguridad asociada a la forma estándar de empleo y en el cuestionamiento de ésta como referencia de la actividad laboral y de la

regulación social” (Cano, 2000:27) y se concretaría en cuatro dimensiones de inseguridad con respecto a la pauta anterior (siguiendo a Rodgers, 1989/1992)¹⁸⁶:

“i) la incertidumbre acerca de la continuidad del trabajo y de la trayectoria laboral del trabajador, ii) la insuficiencia de los ingresos salariales (tanto en volumen como en garantía), iii) unas condiciones de trabajo inferiores a la norma, y iv) una insuficiente protección legal y colectiva del trabajador” (Cano, 1996:82).

Es decir: fin de la seguridad en el mercado de trabajo (desempleo), fin de la seguridad del empleo (temporalidad), fin de la seguridad en el espacio de trabajo (degradación de las condiciones de trabajo), fin de la seguridad de los ingresos (reducción tanto del salario directo como de las prestaciones públicas, insuficiencia de dichos ingresos)¹⁸⁷.

La primera dimensión de la precariedad, y la más central a decir de Cano (2004, 2007), es la inseguridad del empleo, la falta de garantías sobre la continuidad de la relación laboral, que introduce una incertidumbre en el trabajador sobre su situación laboral futura, dificultando con ello cualquier planificación de su futuro. Esta inseguridad no se circunscribiría a los contratos temporales, sino que se extiende a otros tipos de empleo que presenten riesgo de desaparición por diversos motivos ajenos al trabajador. La propia coyuntura macroeconómica que plantea la economía global, junto a aspectos domésticos como las reformas desreguladoras de la legislación laboral, con la creciente facilidad que introducen para el despido, aumentan esta incertidumbre para el trabajador, que, aunque contractualmente tenga una “seguridad de derecho”, vive en una permanente “inseguridad de hecho”.

¹⁸⁶ Para quien el concepto de empleo precario se construye a partir de cuatro dimensiones fundamentales: el grado de certidumbre de la continuidad del trabajo, el grado de control del trabajador sobre su trabajo, el grado de protección del trabajador, y el nivel de ingresos. De modo que la noción de precariedad implicaría, como en un reflejo invertido de esos rasgos (que vendrían a definir al empleo de calidad), inestabilidad del vínculo laboral, falta de protección social, e inseguridad y vulnerabilidad social o económica. Véase Laparra (2006:21 y ss.) para una revisión en torno al enfoque de Rodgers.

¹⁸⁷ En una línea similar se posiciona Agulló (1997), que apunta cuatro dimensiones de la precariedad laboral: la discontinuidad del trabajo, el escaso control sobre el trabajo y la escasa o nula capacidad negociadora ante el mercado laboral, la desprotección del trabajador, y la baja remuneración.

Más allá de esa dimensión central, otros factores pueden introducir vulnerabilidad social y económica en la vida de los trabajadores. Entre estas otras dimensiones, Cano (2007) destaca la insuficiencia salarial, la degradación de las condiciones de trabajo (tanto en lo que se refiere a organización del trabajo como en lo que hace a posibilidades de promoción, adquisición de cualificaciones, condiciones de salud laboral y derechos de participación sindical...) y el aumento de la discrecionalidad empresarial para fijar todas estas cuestiones, o la reducción en la protección proporcionada por los Estados del Bienestar (en sentido amplio: insuficiencia del sistema de protección social)¹⁸⁸. Elementos, todos ellos, que han de leerse a la luz del desarrollo socioeconómico experimentado en nuestro país a lo largo de las tres últimas décadas, con las reformas que venimos indicando a lo largo de nuestra exposición en materia de legislación laboral, estructuración del Estado del Bienestar, gestión de la mano de obra, etc. (Castel, 1995/1997; Gálvez, 2007a).

De esta forma, asistimos a una definición de precariedad por oposición (“por residuo”, como dice Battistini, 2009), en la que se parte de un estándar establecido de calidad en el empleo para considerar precario todo lo que se aleja (se *desvía*) de dicho patrón en mayor o menor medida, no existiendo una dicotomía precario/no precario, sino que las distintas dimensiones están presentes en distintos grados y modalidades en cada empleo, configurándose así un *continuum* de precariedad (Cano, 2004, 2007¹⁸⁹; Pérez-Agote y Santamaría, 2008). Como plantea Santamaría (2010:103):

“Bajo la precariedad laboral se reconocen aquellas situaciones en las que prima la *inestabilidad* del empleo, la *insuficiencia* de ingresos, la *inseguridad* y *desprotección* sociolaboral e incluso, la *falta de reconocimiento* como personas trabajadoras. Por tanto, la precariedad remite a una carencia, a una falta de, bien sea estabilidad, seguridad, protección o reconocimiento, respecto de la normalidad laboral”.

¹⁸⁸ Un empleo incierto, pobre en cuanto a autonomía personal, y mal retribuido, sería el tipo ideal de trabajo precario según Recio (2002). Para otras definiciones, véase Beccaria, Carpio y Orsatti (2000), Ramos-Díaz (2004), o Gentile (2005) a partir de Antunes (1995/1999).

¹⁸⁹ En otro punto, Cano (2000) vincula esa mirada dicotómica, que él critica, con el modelo de *insiders/outsiders*, que reconoce, por ejemplo, en el trabajo de Bentolila y Dolado (1993).

No en vano se habla de empleos “atípicos”, diferentes con respecto a la normalidad que instituye la pauta estándar¹⁹⁰, una pauta que, incluso, es moralizada en términos de “empleo decente” (Sen, Stiglitz y Zubero, 2007; Prieto *et al.*, 2009¹⁹¹).

Un trabajo será tanto más precario cuanto más dificulte la capacidad de los trabajadores de controlar su destino y sus condiciones vitales presentes (Cano, 1996, siguiendo a Alós, Miguélez y Recio, 1988; Prieto, 1999). Nos encontramos, así, ante una precariedad que siempre remite al contexto del trabajador, no prestándose, por lo tanto, a una definición monolítica, sino exigiendo la introducción de una mirada diacrónica (como también propone Laparra, 2006), de modo que se hable de “carreras profesionales [más o menos] precarias” (Burchell, 1989/1992. Citado en Cano, 1996:81). En ese sentido de capacidad para controlar la vida presente y poder hacer planes de futuro, Ramos-Díaz (2004) se centra en otra de las dimensiones básicas para hablar de precariedad, como es la insuficiencia salarial. Así, este autor postula una definición de precariedad que resulta, igualmente, contextual, relativa, por cuanto fija como referencia la mediana del salario medio en un determinado contexto, no pudiéndose, de este modo, hablar de cantidades absolutas, como a continuación veremos. En la misma línea de plantear una definición contextual, Laparra (2006) realiza un recorrido por las distintas definiciones que, sobre precariedad, se manejan en los diferentes países de nuestro entorno. En opinión de este autor, son los marcos históricos, específicos de cada país (su cultura, su cosmovisión) lo que establece “lo que es o no socialmente aceptable o adecuado en una relación de empleo en sus distintos aspectos” (p. 18), marcando, por lo tanto, las expectativas de derechos y obligaciones de empleadores y de trabajadores, fijando distintos estándares de aceptabilidad, muy variables entre países (Gallie y Paugam, 2000; Darmon y Frade, 2002; Jurado, 2007), pero también muy variables dentro de un mismo país entre distintos sectores o colectivos, lo que dificulta cualquier ejercicio

¹⁹⁰ Este elemento de contraste se aprecia claramente en el trabajo de López *et al.* (1998), cuando oponen dos tipos polares (empleo de calidad / empleo precario) en base a una serie de dimensiones: estabilidad *versus* inestabilidad en el empleo, cualificación y promoción *versus* no cualificación y estancamiento profesional...

¹⁹¹ Para estos autores, cuatro son las dimensiones básicas para hablar de calidad y de decencia de un empleo: “la seguridad y estabilidad en el empleo y en la trayectoria laboral; el salario decente; el entorno laboral saludable; el equilibrio entre vida laboral y personal” (Prieto *et al.*, 2009:140).

comparativo sobre este tema. Así, la definición que propone Laparra para empleo precario (2006:22) recogería una

“variedad de formas de empleo (1), por debajo de los estándares normativos socialmente establecidos (2) en uno o más aspectos (3) que resultan de una distribución desequilibrada hacia y entre los trabajadores (4) de la inseguridad y los riesgos habitualmente asociados a la vida económica en general y al mercado de trabajo en particular (5)”.

Nótese que esta definición recoge explícitamente la posibilidad de diferencias entre los trabajadores (dentro de un mismo mercado laboral), en línea con lo planteado al hablar de la segmentación de los mercados de trabajo, con diferentes condiciones (a todos los niveles) para los distritos estratos o grupos de trabajadores (véase, sobre segmentación del mercado de trabajo español, el anterior epígrafe, 4.3).

El hecho de que las condiciones de precariedad en el empleo se hayan extendido cada vez a más trabajadores y afecten, también, a cada vez más dimensiones de las que definen la calidad de un empleo, pero, sobre todo, el hecho de que esta nueva normalidad haya sido naturalizada e incorporada como pauta por los propios trabajadores ha llevado a plantear el desarrollo de una “cultura de la precariedad”, como titula el monográfico de *Sociedad y Utopía* coordinado por Sergio Gálvez (Gálvez, 2007a, 2007b –véase, con la misma etiqueta, Agulló, 2001; Santamaría, 2010), caracterizada por lo aleatorio, por la desigualdad, por la generalización de situaciones de vulnerabilidad y la creciente tendencia a la exclusión social. En el artículo que Recio (2007) escribe en dicho monográfico rechaza el carácter novedoso de la precariedad, toda vez que considera que las situaciones que supone (inseguridad en el empleo, bajos salarios, disminución de derechos laborales, etc.) han sido, durante mucho tiempo, elementos constitutivos, normales, de muchos empleos. Quizás sea, simplemente, la visibilización social de una realidad estadística lo que defina el cambio de paradigma laboral.

En todo caso, esta cultura de la precariedad estaría a la base de nuevas construcciones identitarias, lo mismo que en el origen de un nuevo tipo humano (por no hablar de una nueva generación en términos mannheimianos o

diltheyanos), precario, con algunos rasgos positivos (amén de los consabidos perniciosos como la inseguridad o la vulnerabilidad) como la flexibilidad, la adaptabilidad, la movilidad, la polivalencia... (Precarias a la deriva, 2004:17). Desde esta perspectiva, resulta de gran interés el trabajo de Sánchez Moreno (2004), que solicita a los propios jóvenes (imbuidos en esa cultura de la precariedad) una definición de lo que entienden por precariedad, enfatizando éstos una serie de elementos como son el salario, la forma de contratación y las expectativas de movilidad ocupacional, la estabilidad del empleo, la gestión de horarios y el “trato” recibido (condiciones laborales en general)¹⁹². Lo más interesante de este ejercicio es desvelar que no todos los jóvenes comparten una misma valoración de los rasgos que convertirían un empleo concreto en precario, de modo que lo que algunos consideran precario, para otros son condiciones aceptables de empleo. Decididamente, las comparaciones en esta materia, y el propio lenguaje, se tornan muy complicadas.

En cualquier caso, si nos centramos en las distintas dimensiones que aparecen de forma recurrente en la literatura para definir una situación de precariedad laboral, podemos observar cómo ésta es generalizada en el mercado de trabajo español, inmerso desde hace décadas en un proceso precarizador que se ha caracterizado “por una reducción legal de la estabilidad del empleo de los trabajadores, por un crecimiento de las formas atípicas de empleo y por una presión sobre las condiciones laborales del conjunto de los trabajadores” (De la Cal, 2002:72). En comparación, siguiendo a Frade, Darmon y Álvarez (2003), Laparra (2006) apunta que España presenta los mayores porcentajes de trabajadores bajo alguna de las formas de precariedad laboral¹⁹³, precariedad que se extiende a las distintas dimensiones evaluadas, a saber, temporal (no se garantiza la continuidad, jornadas a demanda), organizativa (duras condiciones de trabajo, horarios que dificultan cualquier tipo de conciliación con la vida familiar y social), económica (salarios bajos o muy

¹⁹² Separando, explícitamente, “temporalidad” de “precariedad” en las conclusiones de su trabajo: “En definitiva, en la medida en que un empleo vincula biografía formativa, trayectoria laboral y expectativas futuras, los jóvenes se alejan de la percepción de precariedad. Por el contrario, cuando se pierden las funciones que dan valor social al trabajo y queda sólo la insuficiencia del valor instrumental del salario, los jóvenes hablan de precariedad laboral. La temporalidad de los contratos se subordina a esas otras dimensiones a la hora de pesar en la definición de los empleos precarios” (Sánchez Moreno, 2004:34).

¹⁹³ Como el “campeón del empleo no estándar” califica Carnoy (2000/2001:102) a España, identificando enseguida un factor responsable de esta situación: “un mercado laboral rígido y tradicional para hombres y mujeres que permite la flexibilidad gracias sobre todo a la contratación temporal” (p. 105).

bajos, insuficientes en todo caso), y social y colectiva (condiciones precarias de contratación, dificultades para acceder a derechos básicos, falta de representación sindical).

En primer lugar, cabe hablar de una precariedad salarial, definida por Jurado (2007:380) como incapacidad para la creación de (acceso a) un hogar propio, en los siguientes términos:

“aquella situación en la que una persona asalariada recibe unos ingresos personales netos en el año 2000 [los datos que maneja para su análisis proceden del PHOGUE de ese año] con los que tendría que pagar más de un 30% de éstos para alquilar una vivienda al precio medio del alquiler de ese año en su comunidad autónoma de residencia”.

Para Ramos-Díaz (2004:103), por su parte, “un empleo precario es aquel que proporciona unos ingresos por debajo del 66 por 100 o del 50 por 100 de la mediana del salario medio”¹⁹⁴. Esta precariedad salarial se manifiesta tanto en términos de abaratamiento de los costes salariales directos, como consecuencia de los ajustes en pos de la flexibilidad laboral (Toharia *et al.*, 2001; Recio, 2007), como en cuanto a reducción de las prestaciones estatales (el grado de desmercantilización, de no depender del mercado). Independientemente de que esta insuficiencia salarial se vincule con formas de empleo atípicas (trabajos temporales, trabajos a tiempo parcial, etc.) (Polavieja, 2003a: capítulo 4), nos encontramos ante un fenómeno que, más allá de poner en riesgo de exclusión social a crecientes masas de la población, mantiene en una situación de falta de expectativas de futuro a unos jóvenes que cada vez ven más lejana la posibilidad de poner fin a su relación de dependencia y convivencia con respecto a sus padres.

Más allá de esta dimensión, esencial, de los bajos salarios, el empleo en España se caracterizaría, además, por ser inestable (fuerte influencia del desempleo y de la temporalidad), poco cualificado, desarrollado en peores condiciones de trabajo y con pocas o nulas perspectivas de mejora profesional (Muñoz de Bustillo, 1993; Albarral, 1996; Poveda y Santos, 1998; De la Cal, 2002; Santos *et al.*, 2004; Del Bono, 2005; Laparra, 2006; Prieto *et al.*, 2009;

¹⁹⁴ Remitimos a este artículo para una revisión de propuestas de varios autores que ofrecen distintas formas de medir la precariedad salarial: salario/hora, salario/mes, salario/año, etc.

Miguélez y Prieto, 2009; García Noguerol, 2009; Santamaría, 2009). En parte, esto tiene que ver con el propio lugar de la economía española, que se asienta en sectores de baja productividad y de escasos requerimientos de cualificación, en el concierto de la economía global. Igualmente, la segmentación del mercado de trabajo español fomenta la proliferación de este tipo de empleos de baja calidad en la periferia del sistema, áreas de empleo precario en las que predominarían los bajos salarios, los derechos sociales disminuidos, la escasa posibilidad de cualificación y el escaso reconocimiento social, etc. (Mingione, 1991/1994; Recio, 1999; Gentile, 2013). Se genera, con todo ello, un conjunto de posiciones, precarias, que son ocupadas por los individuos, en principio de forma eventual, pero que pueden acabar deviniendo estables –en su inestabilidad-, estacionarias, “vías muertas” o “trampas”, más que “trampolines”).

Igualmente, se enfatizan los aspectos de absoluta discrecionalidad del empleador sobre la organización del trabajo, la necesaria disponibilidad plena del trabajador, su falta de control sobre el proceso productivo o sobre los horarios de trabajo. El trabajador aparece como un temporero, un “*just-in-time worker*”, cuyo tiempo está completamente disponible (Zubero, 2007). Todo ello muestra el creciente poder del empresario, dejando en entredicho los derechos y las garantías de los trabajadores en un contexto de creciente debilidad negociadora de éstos y sus representantes (Poveda y Santos, 1998; Bilbao, 1998; Santos, 2006, 2012; Miguélez y Prieto, 2009), con lo que ello implica de crisis social en unos países con democracias pretendidamente consolidadas¹⁹⁵.

Todo lo anterior se enmarcaría, como acabamos de señalar (véase nota al pie número 183), en un proceso de “informalización del trabajo”, como lo expresa Gallino (2002 –véase, igualmente, Sánchez Moreno, 2005), un proceso en virtud del cual el trabajo se estaría desinstitucionalizando,

¹⁹⁵ Santos (2006:68) destaca la abundancia de “triquiñuelas y trampas legales (...) que denotan un funcionamiento paralegal de las empresas”. En términos mucho más contundentes se expresa otro Santos (1998) cuando habla de “fascismo contractual” para destacar el amplio margen de maniobra de que gozan las empresas en la actualidad. En la misma línea crítica ante este estado dictatorial que se impone en la economía de los países democráticos, véase el relato de Ehrenreich (2001/2003); o las reflexiones de Bilbao (1998, 1999a) sobre el poder de “la gerencia” (por encima de las leyes) para imponer su voluntad a los trabajadores precarios; de Díaz-Salazar (2003a:11) en torno al “despotismo empresarial”; o de Alonso (2000b) y su análisis de la “sociedad del todo vale” (p. 101) y sus prácticas empresariales despóticas, que suponen una regresión histórica (refeudalización de las relaciones laborales).

adoptando sus condiciones formas propias de la economía informal de los países del Sur: lo discontinuo, lo impreciso, la inestable (“surización” de las condiciones de empleo, dice Gallino, 2002:24; de “brasileñización” habla profusamente Beck, 1999/2000 –véase Zubero, 2006:19 para una recopilación de términos tomados de distintos autores).

En este contexto, otra dimensión de la precariedad responde a las condiciones en que se desarrolla el trabajo y a las consecuencias que estas tienen sobre el estado físico y mental de los trabajadores y sobre su propia vida social (García, Viciano, Solano y Álvarez, 2002; Laparra, 2006). Si, como vimos anteriormente, han sido muchos los autores que han enfatizado los efectos beneficiosos de desarrollar un trabajo (o de tener un empleo, que no siempre es lo mismo)¹⁹⁶, no son menos los que destacan los problemas que, tanto a nivel físico como psicológico, estarían extendiéndose bajo estas nuevas formas de trabajo precario. A nivel físico, la precariedad tiene plasmación en las largas jornadas y la gran intensidad con la que se trabaja, buscando siempre una respuesta en el menor tiempo posible (hacer lo mismo, si no más, en menos tiempo), una permanente dependencia de la fluctuación de la demanda (Cohen, 1999/2001; Balbastre y Binhas, 2003; Cano, 2004; Laparra, 2006). La demanda de flexibilidad se concreta en una organización del trabajo que transfiere a los trabajadores los costes (externalidades), la obligación de adaptación, también en lo que a ritmos se refiere. Como expone Recio (2002:65):

“Al subrayar la bondad de la flexibilidad sólo han considerado las cuestiones relacionadas con el consumo mercantil y con los intereses rentabilistas de las empresas, minusvalorando los costes sociales que genera un modelo laboral que distorsiona gravemente las condiciones de vida de muchas personas”.

Un elemento clave en que se refleja esta “distorsión” son los horarios de trabajo, que tienden a adaptarse a las demandas del mercado, es decir, a la plena disponibilidad del trabajador, invadiendo así el conjunto de su vida. Las

¹⁹⁶ La distinción clásica entre trabajo y empleo (véase capítulo 1 para recordatorio de los matices diferenciales) vuelve a ser de gran validez en este punto. Veremos, en el análisis de nuestras entrevistas, en la Parte Tercera de esta tesis, como el sentimiento de *utilidad* para quien realiza una “actividad” trasciende hasta cierto punto esta clasificación, o difumina las fronteras entre ambas categorías, en la estela de los planteamientos que tienden a hablar de “seudotrabajos” o de “cuasiempleos”.

demandas de flexibilidad configuran una sociedad (y un mercado) abierta las veinticuatro horas del día, instituyéndose formas laborales “asociales”, como el horario a turnos o el horario nocturno, que, a decir de López y Segado (2009), conducen a una “desconexión” del trabajador con respecto a los ritmos generales de la vida, tanto a los relativos a su propio cuerpo (ritmos biológicos con relación al día y la noche o a las necesarias rutinas) como a los ritmos sociales, introduciendo un elemento de separación entre el trabajador sometido a este régimen y su entorno (familia, amigos, comunidad en general)¹⁹⁷.

La débil posición de los trabajadores les lleva, asimismo, a aceptar trabajos con condiciones “exigentes” en todas estas facetas (horarios, ritmos de intensidad, condiciones ambientales y de seguridad en el puesto de trabajo...), quedando así más expuestos a los riesgos laborales, que son conceptualizados como una decisión individual, que el sujeto opta por asumir libremente, resultando así naturalizados, fuera del juicio y de la responsabilidad del empleador (López y Segado, 2009). Estaríamos ante un nuevo régimen de riesgos laborales, en el que los jóvenes, por su posición vulnerable en el mercado laboral, tienden a estar más expuestos, viéndose perjudicada su salud tanto física como psíquica (López y Segado, 2009; Sweeting, West, Young y Der, 2010; Moreno *et al.*, 2012). No en vano, la estadística suele vincular la temporalidad con la siniestralidad laboral (Agulló, 2001; Etxezarreta, 2007) y, aunque suele explicarse a partir de la falta de pericia del trabajador temporal, esto no hace sino ocultar las condiciones degradadas en las que este trabajador eventual desarrolla su trabajo, así como su extrema debilidad estructural (Cano, 1996, 2004; Albarral, 1996; Toharia, 2005; Moreno Mínguez, 2009¹⁹⁸). La siniestralidad en España, entendida en términos de accidentes (Castillo, 2003) es relativamente elevada (Díaz-Salazar, 2003b:87), llega a hablar de “terrorismo laboral” ante el volumen del fenómeno), por lo que parece

¹⁹⁷ Véase, en el mismo sentido, Segado y López (2007), donde citan estudios de referencia en lo que hace a efectos negativos tanto del trabajo a turnos rotatorios (Costa, 1996) como del trabajo nocturno (Folkard, 1996). En el mismo sentido de pérdida de lazos sociales (erosión de la socialidad que puede devenir aislamiento y exclusión –3.2 para este proceso), véase el relato que introduce Carnoy (2000/2001) en el capítulo primero de su análisis sobre la nueva era flexible o, como tema recurrente, en la obra de Richard Sennett.

¹⁹⁸ La autora del *Informe Juventud en España 2008* ofrece una bibliografía específica en torno a la relación entre juventud y riesgos laborales, a la que remitimos para un análisis de este particular, que se insertaría en la línea que vincula juventud con mayores grados de precariedad laboral (y ésta, a su vez, con mayores niveles de siniestralidad o riesgos laborales). Véase, por lo tanto, Segado y López (2007), Nova (2007) o Peiró, Breso y García Montalvo (2007).

plausible vincularla con la precariedad del mercado de trabajo español, constituyendo, así, como postula Laparra (2006), un buen indicador sintético de la (mala) calidad del empleo en nuestro país (Zubero, 2007).

Más allá de la siniestralidad y de las dolencias físicas, una tendencia del mayor interés por su relativa reciente prevalencia, derivada de las crecientes exigencias de compromiso íntimo que se les hacen a los trabajadores (al respecto, véase 3.7), apunta a los efectos psicológicos de estas formas de trabajo basadas en la plena disponibilidad y adaptabilidad, en la exigencia de autocontrol y competitividad, en una asunción continua de todo tipo de “cargas mentales” (Cohen, 1999/2001; Alonso, 2007; Crespo, Revilla y Serrano, 2009). No todo son accidentes y muertes (aunque estos riesgos no desaparezcan, sino que se suman): estaríamos ante una serie de efectos diferidos en el tiempo (estrés, ansiedad, dolores articulares, problemas de sueño...), no tan “espectaculares”, pero sí crónicos (Balbastre y Binhas, 2003), generadores de insatisfacción, de un difuso “malestar” en y con el trabajo (Santos, 2012). Así, no son extraños los casos de depresión (López Calle y Castillo, 2004) o de *burnout*, que Del Bono (2005), en su trabajo sobre teleoperadoras, vincula con lo exigente, a nivel íntimo, que resulta el “*emotional labor*” (Hochschild, 1979, 1983), con la exigencia de implicación subjetiva, emocional (Santos, 2012). Como dice Cohen (1999/2001:58), “en el mundo de hoy, ya no se averían las máquinas, se averían los propios hombres”, para completar años después su reflexión: este mundo posindustrial, más que liberar al individuo del trabajo, multiplica los desórdenes físicos y mentales (Cohen, 2006/2007 –véase, en la misma línea, Pinilla, 2002; Askenazy, 2004; o López y Segado, 2009). De nuevo, la crónica de Ehrenreich (2001/2003) resulta magníficamente reveladora en este punto, destacando cómo los intensos ritmos y las duras condiciones de trabajo han llevado a masas crecientes de trabajadores a situaciones límite en las que su salud, física, mental, o de ambos tipos, está a punto de quebrar.

Toda esta panoplia de situaciones contractuales “atípicas” (temporales, a tiempo parcial, etc.) tienden a convertirse en mayoritarias (máxime a partir de la crisis que se inicia en 2008), sobre todo para determinados colectivos, entre los que se encuentran los jóvenes (Castel, 1995/1997; Cachón, 2000; García Aller, 2006; Zubero, 2007; OBJOVEM, 2008b; Moreno Mínguez, 2009; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013), previéndose que esta tendencia de incremento de la

flexibilidad, de la inestabilidad, de la intermitencia laboral, no dejará de crecer (Gentile *et al.*, 2014).

El empleo a tiempo parcial, aunque en aumento, no está tan desarrollado en España como en otros países de nuestro entorno (Cebrián y Moreno, 2001; Ramos-Díaz, 2004; Cano, 2004; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Álvarez *et al.*, 2013). Y, sobre todo, no está desarrollado en términos de “voluntariedad” de dicho tipo de contratos: para la mayor parte de estos trabajadores, un empleo a tiempo parcial resulta la única solución a no haber podido encontrar un empleo a tiempo completo (Álvarez *et al.*, 2013), como apuntan Cebrián y Moreno (2001:207),

“hay que tener en cuenta que ni el trabajo a tiempo parcial ni los contratos temporales resultan en nuestro país una opción voluntaria ya que la gente declara mayoritariamente ocupar estos puestos principalmente por no encontrar otros mejores”.

Se trata, entonces, de una imposición del mercado. En la misma línea se manifiestan Toharia *et al.* (2001:44), que explican esta diferencia con respecto al resto de Europa a partir de factores históricos y de la propia regulación de esta forma contractual:

“El trabajo a tiempo parcial en España se ha desarrollado bajo un marco económico muy distinto al que ha motivado su desarrollo en otros países de Europa: mientras que en los países nórdicos fue la escasez de mano de obra la que motivó a la demanda a atraer al mercado de trabajo a mujeres casadas que no querían trabajar una jornada completa, en el caso del mercado español han sido el creciente desempleo y la demanda de nuevos empleos bajo condiciones más flexibles los principales motivos que han condicionado el uso de este tipo de empleos”.

Esto explicaría el elevado porcentaje de “involuntariedad” de este tipo de empleos, así como la sobrerrepresentación de jóvenes, que no tienen muchas más oportunidades de encontrar un trabajo (no sería, pues, una forma de compaginar ingresos con estudios, sino una manera de integrarse, de forma precaria, en el mercado laboral –véase, en ese sentido, Cebrián, Moreno y Lázaro, 2000).

Si bien el empleo a tiempo parcial no está excesivamente desarrollado, la temporalidad (que, por lo demás, muchas veces se da en conjunción con la parcialidad contractual) se presenta como la forma atípica de empleo “estrella” de nuestro mercado laboral, constituyendo, junto con el elevado nivel de desempleo, la característica diferencial más sobresaliente del caso español (Santos, 1999a, 1999b; Ramos-Díaz, 2004; Cano, 2004; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Toharia, 2005; Laparra, 2006; Baizán, 2006; Toharia y Cebrián, 2007; Zubero, 2007; Moreno Mínguez, 2009; Miguélez y Prieto, 2009; Álvarez *et al.*, 2013; Ortiz, 2013; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013)¹⁹⁹, hasta el punto de que algunos autores han llegado a hablar de una “cultura de la temporalidad” (Toharia, 2005), por cuanto ésta habría cristalizado en elemento estructural, rasgo característico (de la excepcionalidad a la norma) del mercado de trabajo español (Bilbao, 1993; Álvarez Aledo, 1997; Zubero, 1998; Poveda y Santos, 1998; Polavieja, 2006; Laparra, 2006; Prieto *et al.*, 2009; De Castro, 2012; Alonso, 2013) y, sobre todo, porque habría devenido receta casi universal del empresariado para manejarse en un contexto de incertidumbre²⁰⁰, haciendo de la precariedad “principal herramienta de la gestión empresarial de la mano de obra” (Martín Criado, 1998:149). Este recurso a la contratación temporal ha sido el modo habitual en España de gestionar las demandas de flexibilidad introducidas por la nueva economía (Cano, 1996; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Etxezarreta, 2007), la estrategia de competencia por vía salarial mediante la reducción de costes derivados del factor trabajo (Álvarez Aledo, 1997; Ramos-Díaz, 2004). Favorecida por las propias reformas legislativas en materia de contratación laboral (Bilbao, 1993; García Serrano *et al.*, 1999; Díaz-Salazar, 2003b; Laparra, 2006; Ruiz Galacho, 2006; Prieto *et al.*, 2009; Trillo, 2011; Standing, 2011/2013; Ortiz, 2013), la temporalidad sería más recurrentemente utilizada en los segmentos secundarios del mercado de trabajo, que resultan, en el

¹⁹⁹ Tres son los rasgos fundamentales que identifican Moreno *et al.* (2012) para caracterizar el sistema de empleo español: la temporalidad contractual, los bajos salarios, y la subcontratación como estrategia de competitividad de las empresas. Más adelante, en el propio texto, completan su cuadro, hablando de un mercado de trabajo caracterizado por “la temporalidad contractual, el desempleo intermitente, los riesgos laborales, la desaparición de la carrera profesional y la falta de adecuación entre la titulación y el puesto de trabajo” (Moreno *et al.*, 2012:97).

²⁰⁰ Cultura que, para Toharia (2005), se debe analizar como estrategia arraigada en los empresarios, acostumbrados (hablamos de tradición) a recurrir a ella, por mera inercia, pero que les hace caer en la irracionalidad en sus decisiones.

contexto español, muy propensos a la flexibilización, a la precarización (Toharia, 2005; Ortiz, 2013), por más que se aprecie un aumento de la temporalidad, también, en el sector público (Recio, 1999; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Toharia, 2005), así como, en general, en todos los sectores y ocupaciones, no sólo en aquellas tradicionalmente “temporales” (Cano, 2004; Etxezarreta, 2007). Se trataría, además, de una temporalidad basada en una elevada rotación, con contratos de muy breve duración (Cano, 1996, 2004; Agulló, 2001; Santos *et al.*, 2004; Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Laparra, 2006; Ortiz, 2013). La temporalidad sería la vía de entrada principal tanto para jóvenes como para desempleados que vuelven al mercado de trabajo (Bilbao, 1999b) y se ven inmersos en dinámicas de encadenamiento de contratos temporales, lo que hace necesario distinguir entre temporalidad contractual y temporalidad empírica: la temporalidad empírica se referiría al tiempo de permanencia efectiva en un puesto de trabajo, que no tiene que coincidir necesariamente con la temporalidad contractual (Laparra, 2006)²⁰¹. Además, se trataría de una temporalidad en la que los individuos quedan muchas veces “atrapados”, no pudiendo acceder a empleos indefinidos.

En cualquier caso, se aprecia la progresiva sustitución de contratos fijos en favor de contratos temporales, principalmente para estos nuevos entrantes en el mercado de trabajo (como son los jóvenes), como estrategia para abaratar costes de eventuales despidos posteriores, para aumentar el control sobre los trabajadores temporales, para fragmentar la solidaridad entre trabajadores, etc. (Garrido Medina, 1996b; Poveda y Santos, 1998; Ramos-Díaz, 2004; Recio, 2010).

²⁰¹ Lo cual tiene un efecto claro sobre el nivel de protección (léase, de “seguridad”, en sentido amplio) de los trabajadores: “La temporalidad contractual mide la proporción de trabajadores sin protección en su estabilidad, mientras que la temporalidad empírica es un índice de la rotación efectiva de los trabajadores contratados durante el último año” (García Serrano *et al.*, 1999:32).

5. Resultado: nuevo modelo de sociedad, nuevos tipos de sujeto.

El problema, como bien nos recuerdan Prieto *et al.* (2009) no es la temporalidad en sí misma (o cualquier otra forma “atípica” de contratación), sino la precariedad, que, normalmente, lleva aparejada en su concreción unas condiciones laborales específicas: inseguridad, inestabilidad en el empleo, bajos salarios, jornadas prolongadas, siniestralidad, escasa o nula protección social... convirtiéndose, con todo ello, en una nueva cuestión social (Miguélez y Prieto, 2009) articulada, fundamentalmente, en torno a una economía política de la inseguridad, la vulnerabilidad, el miedo, en definitiva (Bilbao, 1998; Rodríguez Victoriano, 1999; Beck, 1999/2000; Moreno Mínguez, 2009). Alonso (2000b:75) habla de un mercado “balcanizado”,

“institucionalmente desorganizado y generador de *riesgos* sociales permanentes (desempleo, exclusión social, “desafiliación” o nueva pobreza como pérdida de las relaciones estables con la sociedad) que el individuo capaz debe saber internalizar y gestionar, por sí mismo”.

Estas formas atípicas de empleo a las que nos hemos referido se convierten en norma laboral para un conjunto de colectivos, integrados (en su heterogeneidad y fragmentación) en lo que Standing (2011/2013) ha dado en llamar el “precariado”, una “nueva clase social”, todavía en proceso de formación, tremendamente heterogénea y, por eso mismo, imprevisible en su desarrollo futuro²⁰². Para Standing, el precariado está compuesto por personas carentes de alguna (o de todas) de las siete formas de seguridad asociadas a la pauta fordista (una vez más, la precariedad como opuesto), es decir, seguridad del mercado laboral (posibilidad de obtener un trabajo con ingresos decentes), seguridad en el empleo (protección frente a despidos arbitrarios, regulación sobre la contratación y el despido, etc.), seguridad en el puesto de trabajo (oportunidades de movilidad ascendente, capacidad para mantener un nicho de empleo...), seguridad en el trabajo (protección frente a accidentes y

²⁰² Como ya señalamos con anterioridad (nota 37), resulta un tanto extraña la traducción al castellano del título de la obra de Standing, que elimina una de las premisas que anima su exposición: una clase precarizada y, tradicionalmente, dejada a su suerte, constituye un peligro para la estabilidad social, no ya sólo en términos “morales”, sino en los más prosaicos de una sublevación bajo la bandera de alguna forma de populismo capaz de explotar ese descontento, ese malestar, esa *indignación* incluso.

enfermedades laborales), seguridad en la reproducción de las habilidades (formación), seguridad en los ingresos (ingreso estable adecuado y protegido), y seguridad en la representación (sindicatos, derecho huelga, etc.). Entre los colectivos que el propio Standing considera “con una probabilidad relativamente alta de caer en el precariado” (2011/2013:105) encontramos a las mujeres (como también se recoge en Torns, 2000; Prieto, 2002; Alonso y Torres, 2003; Ramos-Díaz, 2004; Toharia, 2005; Baizán, 2006; o Carrasquer y Torns, 2007)²⁰³ y, sobre todo, a los jóvenes (Alonso, 2000a, 2000b; Santamaría, 2010; Kovács, 2014). La terna de colectivos normalmente precarizados (un mismo individuo puede pertenecer a varios simultáneamente) suele completarse con los inmigrantes (y, para algunos, este “ejército de reserva precario” se nutriría, asimismo, de los trabajadores con baja, o sin ninguna, cualificación –Rodgers, 1989/1992; Ruiz Galacho, 2006; Laparra, 2006; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013- o parados de larga duración y trabajadores mayores –Cachón y Lefresne, 1999; Santos *et al.*, 2004). Así, jóvenes, mujeres e inmigrantes serían los tres colectivos subalternos insertos en la nueva pauta laboral, caracterizada por la inestabilidad, los bajos salarios y las malas condiciones de trabajo (Recio, 1997; Cebrián y Moreno, 2001; Prieto, 2002; Laparra, 2006; Zubero, 2007; Miguélez y Prieto, 2009)²⁰⁴, los “outsiders”, como dice Gentile (2005), los principales candidatos a estar empleados en alguna modalidad flexible de trabajo.

Estos colectivos, insertos en una dinámica de precarización, enfrentados a la intemperie del riesgo sin apenas resguardo, estarían más expuestos al empobrecimiento y a la exclusión (Poveda y Santos, 1998; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Cebrián y Moreno, 2001; Gentile, 2005) y se verían dificultados sobremanera en el desarrollo de una biografía coherente, con los efectos que ello tiene, a nivel social, en la fecundidad (Baizán, 2006) o en la emancipación residencial de los jóvenes, como podremos ver en la Parte

²⁰³ La Comisión de Expertos para el Diálogo Social (2005) vincula esta mayor precarización de las mujeres con su mayor presencia en el sector servicios (sector “feminizado”), tendente a presentar formas laborales más precarias (como afirma Santos, 2008). Esta tendencia choca con el hecho de que también estaría feminizada la Administración Pública, lo que dibuja un escenario de polarización del empleo femenino, entre los trabajos estables y bien reconocidos del sector público y unos trabajos extraordinariamente precarizados en la hostelería, el turismo o el comercio.

²⁰⁴ Volvemos a remitir, para este punto, a la recopilación bibliográfica que llevan a cabo Cavia y Martínez (2013) de estudios españoles en torno a precariedad y género, precariedad y juventud, y precariedad e inmigración.

Tercera de nuestro trabajo. Constituyen, en suma, una franja débil del empleo, como dice Alonso (2000b), una bolsa de precariedad estructural (Laparra, 2006; Santamaría, 2010), caracterizada por una inseguridad corolario de una concepción concreta de la flexibilidad (Álvarez Aledo, 1997; De la Cal, 2002; Santos *et al.*, 2004; Etxezarreta, 2007; Standing, 2011/2013), que deviene vulnerabilidad social, toda vez que, para muchos, se trata de una trampa de precariedad, de un círculo vicioso de malos empleos e inseguridad del que no logran salir (Boltanski y Chiapello, 1999/2002), instituyéndose así trayectorias que tienen la “precariedad como destino” (Castel, 1995/1997:415). Como enfatiza Castel (2001), los dos grandes riesgos inherentes al propio desarrollo de esta fase del capitalismo (el riesgo del paro y el riesgo de la precariedad) se distribuyen de forma desigual en función de la posición que se ocupe en la estructura social, afectando especialmente a las categorías ya situadas en la parte baja de la escala social, profundizando con ello su posición subordinada. Ello supone un aumento de la “*surplus population*” (Mingione, 1991/1994), los grupos de población excedentarios (*surnuméraires*) o “inempleables” (Castel, 1995/1997), y el desarrollo de un neopauperismo: estos individuos, habiendo normalizado la precariedad (Agulló, 2001, habla de una “cultura de la precariedad”), viven con el único horizonte de la supervivencia inmediata, implementando estrategias de supervivencia cotidiana que suelen incluir experiencias de informalidad laboral y reciprocidad familiar (Mingione, 1991/1994; Castel, 1995/1997; Callejo, 1996; Rodríguez Victoriano, 1999; Santos *et al.*, 2004; Cano, 2004). En línea con esa “cultura”, con ese “modo de vida”, Tejerina, Cavia *et al.* (2013:29) se refieren a la “precariedad vital”, que remiten al individuo (precariedad hasta cierto punto subjetiva, al menos en sus efectos más inmediatos), y que definen como

“una situación caracterizada por una restricción, una imposibilidad o una limitación de acceso a las condiciones, exigencias y recursos que se consideran necesarios para plantearse y llevar a cabo una vida autónoma. El nivel de restricción o de limitación puede tener diversos grados de intensidad con respecto a los recursos medios disponibles en una sociedad precisa. La precariedad es por tanto una categoría relacional de doble sentido: a) con respecto a la media de la sociedad, al grupo o a la categoría social estudiada; y b) con respecto a los diferentes ámbitos de la vida”.

En una línea similar, Battistini (2009) se refiere a cómo estos individuos, al normalizar su precaria situación laboral, introducen la precariedad en sus construcciones identitarias. Como cierra Agulló (2001:136): “un nuevo fantasma recorre el planeta: *la precarización creciente e integral de la existencia*”, precarización inherente a la fase de desarrollo actual del capitalismo informacional, que tiene en la exclusión de masas crecientes de individuos su “agujero negro” (Castells, [1997-]1998. Citado en Agulló, 2001:137). Queda por ver si este agujero sigue extendiéndose hasta engullir a todo el universo social.

Inextricablemente unida a estas dinámicas del ámbito laboral, que introducen diferentes líneas de división entre los trabajadores (fundamentalmente: trabajadores estables/trabajadores precarios –Álvarez Aledo, 1997; Alonso y Fernández, 2009b), se encuentra una dinámica de polarización social²⁰⁵: el “régimen dual” de que hablase Gallie (2007) deviene régimen social, pauta de configuración de la sociedad, con una tendencia hacia un ensanchamiento de las distancias entre ricos y pobres, entre los “empleados-masa” cada vez más precarizados y empobrecidos (marginados o premarginados) y la élite consumidora (Alonso, 2000b; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; Santos, 2012), entre los que disfrutan de empleos estables y bien remunerados y aquellos otros que están condenados al desempleo (más o menos subvencionado) y a la precariedad laboral (Gorz, 1991/1995; Petras, 1996; Zubero, 1998; Díaz-Salazar, 2003b; Precarias a la deriva, 2004; Alonso y Fernández, 2008; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013).

Se plantea, incluso, que esta separación entre ricos y pobres lo es, también, en términos espaciales, con la aparición de enclaves privados, comunidades fortificadas en las que viven, separados del resto de la sociedad, estos “nuevos aristócratas” (Kaplan, 1999/1999), urbanizaciones aisladas protegidas por cuerpos de policía privados, en la generalización de un modelo de *apartheid* recurrente en Latinoamérica (Gorz, 1997/1998; Zubero, 2006; Cohen, 2006/2007). Nuevamente, el relato de Ehrenreich (2001/2003) resulta significativo al señalar que la única interacción que se establece entre ricos y

²⁰⁵ Leborgne y Lipietz (1992/1994) ya vinculaban las estrategias de flexibilidad laboral con la posibilidad de que se desarrollase una dualización social en torno a diferencias de género, sexo o edad, según las líneas de fragmentación, por lo tanto, del mercado de trabajo.

pobres puede estar, precisamente, en la relación de servicio que se establece entre unos y otros: los ricos son mantenidos por unos trabajadores (cada vez más empobrecidos) que limpian sus casas, les dan de comer, les atienden, etc., por salarios que muchas veces no les permiten superar el umbral de la pobreza (la “clase servil” a que se refería, en el mismo sentido que Ehrenreich, André Gorz, 1991/1995). Además, destaca Ehrenreich que estos espacios y momentos en que ricos y pobres se encuentran están mediados por una ficción: los pobres/trabajadores muchas veces van disfrazados, como en los centros comerciales o los parques temáticos, lo que sirve, según la autora, a un fin general: invisibilizar la pobreza, maniobra que contrasta con la omnipresencia cultural de los adinerados²⁰⁶.

Este aumento de las diferencias sociales, esta exacerbación de las desigualdades, no dejaría de crecer, perjudicando especialmente a quienes ya ocupan posiciones subsidiarias en la actual estructura social (De Marco y Sorando, 2015). A partir de los pronósticos de los expertos consultados en el estudio de Gentile *et al.* (2014:15):

“La dualización de la esfera laboral se traducirá en una auténtica dualización de los derechos y de las tutelas en nuestra población activa, que acabará agudizando la polarización social, con una acentuada discriminación de género y en contra de los jóvenes en lo que se refiere a las posibilidades de estabilidad ocupacional y de carrera profesional”.

Esta polarización social se manifestaría en la creciente desaparición de las clases medias, pasándose de una sociedad de tercios (Castel, 1995/1997; Rodríguez Victoriano, 1999) a una sociedad dual (Antunes, 1995/1999; Agulló, 1998; Hopenhayn, 2001; Díaz-Salazar, 2003b; Gaggi y Narduzzi, 2006/2006; Muñoz, 2009)²⁰⁷, centrífuga y segmentada (Alonso, 1999, 2000b), de

²⁰⁶ Completa su reflexión en otra de sus obras (Ehrenreich, 2009/2011), cuando señala al pensamiento positivo como discurso legitimador de esta realidad dual, desigualitaria y esencialmente injusta: el sueño americano lleva a la aceptación de que, si no eres rico, es exclusivamente culpa tuya (en línea similar, léase la distinción que establece Bauman -1998/2011- entre marginales y pobres, y como sirve para naturalizar la pobreza y liberar de cualquier carga moral a la sociedad ante la existencia de estos individuos pobres: la miseria, concluye el autor polaco, se define como un delito individual por el que no ha de penar toda la sociedad).

²⁰⁷ Bien es cierto que Díaz-Salazar (2003b, como antes Zubero, 1997, 1998) hace mención a una sociedad “de los dos tercios”, siendo dos de ellos (como los cuatro grupos a los que alude Beck, 1999/2000:117-

“ganadores y perdedores” (Tezanos, 2009; CJE, 2014), en la que, además, *the winner takes it all*: se asiste a un juego de suma cero que tiende a eliminar las posiciones intermedias y del que difícilmente saldrán bien parados los colectivos más débiles (Grupo Krisis, 1999/2002; Sennett, 2006/2006; Waisgrais y Calero, 2008; Álvarez *et al.*, 2013), entre los que tiende a contarse a los jóvenes (pese a que esta simplificación obvia las diferencias de clase en el interior de este colectivo, como bien recuerda Gentile, 2013). Estaríamos ante una especie de efecto Mateo que fomenta que las distancias no hagan sino crecer, aumentando progresivamente la brecha entre clases e individuos (Petras, 1996; Álvarez Aledo, 1997; Alonso, 2000b).

El enfoque clásico de Castel (1991, 1995/1997) habla de tres zonas: la zona de integración (trabajo estable e integración social sólida), la zona de vulnerabilidad (precariedad de trabajo y fragilidad relacional) y la zona de desafiliación (ausencia de trabajo y aislamiento social) y prefiere hablar de desafiliación que de exclusión, por cuanto considera que este último término remite a una situación estacionaria, cuando él se inclina por una aproximación dinámica, en forma de trayectorias, que pueden confluir hasta dejar al individuo en ese último nivel: “la pobreza aparece, así, como la resultante de una serie de rupturas de pertenencia y de fracasos en la constitución del vínculo que finalmente empujan al sujeto, en estado de flotación, a una suerte de *no man’s land* social” (Castel, 1991:30), en el que se combina la falta de integración laboral con una insuficiente participación en los intercambios de sociabilidad que permitirían desarrollar acciones colectivas en pos de una salida a esta situación de marginación. De alguna manera, como plantea Muñoz (2009) estaríamos asistiendo actualmente a un desplazamiento hacia la *zona de exclusión/desafiliación* de esa intermedia *zona de vulnerabilidad*. Alonso y Torres (2003:139), a partir también de Castel, plantean una “sociedad de varias velocidades” para cada uno de los colectivos en función de su posición en la estructura social: los incluidos, los recludos y los excluidos. En una línea similar hemos de entender la “sociedad de dos escalas” que plantea Sennett (1998/2010:56), con un creciente riesgo de fractura social derivado del aumento de la diferencia entre los que tienen elevados ingresos y los que los

118) susceptibles de agrupación, de manera que sólo acabasen quedando dos conglomerados: integrados (con mayor o menor nivel de bienestar) y excluidos.

tienen bajos (en ese sentido, véase también Boltanski y Chiapello -1999/2002-, Beck -1999/2000-, Sennett -2006/2006-, o Gentile *et al.* -2014).

Se estaría, por lo tanto, expandiendo una creciente “periferia precaria” (Castel, 1995/1997:413), con riesgo de caer en situaciones de exclusión social, constituyendo, en opinión del autor francés, la nueva cuestión social de nuestros días, habida cuenta de que se trata de un proceso (la precarización permanente de masas cada vez mayores de trabajadores) inscrito en la propia dinámica del capitalismo financiero del cambio de siglo, que generaliza la existencia de “sujetos frágiles, débiles, fragmentados y aislados, que consagran zonas vulnerables, subcontratadas, semiexcluidas y premarginales en el mercado de trabajo” (Alonso y Fernández, 2008:74). Toda una variedad de grupos excedentarios, “supernumerarios”, “inútiles para el mundo” siguiendo la terminología de Castel (véase al respecto Poveda y Santos, 1998; De la Cal, 2002; Santos *et al.*, 2004: capítulo 3), de “subclases” en situación de irrelevancia o inutilidad social (infraclases en Agulló -2001-, a partir de Tezanos -1998; o nuevas clases, como el precariado de Standing -2011/2013) que proliferan al calor del individualismo extremo propugnado por el dogma neoliberal y que tienen en su fragmentación y en la falta de proyecto colectivo su principal lastre para la acción (Alonso, 2000b).

Estos colectivos difusos, o estos individuos aislados, se encuentran, por lo tanto, en situación evidente de riesgo de exclusión, de pobreza²⁰⁸. La noción de riesgo (Beck, 1986/1998 ó 1999/2000, como referencia clásica), fácilmente relacionable con la aproximación dinámica que plantea Castel, es fundamental para conceptualizar nuestras sociedades contemporáneas, que estarían sometidas a transformaciones, también, en la configuración del “sistema de riesgos” a que deben enfrentarse tanto los sujetos individuales como las sociedades en su conjunto (Gautié, 2004; Gentile *et al.*, 2014). Habríamos asistido a la aparición de nuevos riesgos, como la exclusión o la dependencia,

²⁰⁸ Una valiosa aclaración terminológica al respecto puede hallarse en Espluga *et al.* (2004:76-79). Estos autores, en el capítulo tercero del citado libro, partiendo del enfoque de Kronauer (1998), plantean una definición multidimensional de exclusión social, que iría más allá, abarcándola, de la mera pobreza, tomando en consideración toda clase de déficits sociales: exclusión del mercado laboral, exclusión económica, exclusión cultural, exclusión institucional, exclusión espacial... En un sentido similar, Tezanos (199[8]) plantea reservar la noción de exclusión social para referirse a “todas aquellas personas que, de alguna manera, se encuentran fuera de las oportunidades vitales que definen una ciudadanía social plena en las sociedades de nuestros días” (citado en Agulló, 2001:110).

riesgos (potenciales por definición) que resultan endémicos para grandes masas de la población y que aumentan sus posibilidades de materializarse (hacerse “daños”, en efecto) (Muñoz, 2009): la etiqueta de “vulnerabilidad” que emplea Castel alude a esta realidad de incertidumbre permanente (proceso, más que estado), que es alimentada por las precarias situaciones de conexión (ya ni siquiera inserción) de gran parte de los individuos con respecto al mundo del trabajo en la economía flexible: la precariedad del empleo impulsa (o introduce o es la antesala de) la precariedad en el conjunto de condiciones de la vida de los sujetos, que pasan a regirse por este principio de incertidumbre (Poveda y Santos, 1998; Tezanos, 1998; Prieto, 1999; Alonso, 2000a, 2004, 2007; Cebrián y Moreno, 2001; De la Cal, 2002; Etxezarreta, 2007; Alonso y Fernández, 2012b; Cavia y Martínez, 2013; Álvarez *et al.*, 2013), de manera que la vulnerabilidad se troca “estilo de vida” (Alonso y Torres, 2003) o, por decirlo a la manera de Lewis (1966/1972), “cultura”²⁰⁹.

La amenaza, siempre latente, de la pobreza, el riesgo de caer bajo la línea de integración social, en el limbo de la exclusión, fuera de los estándares socialmente aceptables de consumo (como un “consumidor imperfecto” es como caracteriza Bauman -1998/2011:64- al pobre de nuestros días). Este fantasma de la marginación social también es utilizado con fines disciplinarios sobre la mano de obra, favoreciendo su aceptación del estado de cosas (los mandatos impuestos desde la flexibilidad, la sumisión total al empleador, etc.) (Bilbao, 1998). Y es que esta “clase marginada” (Myrdal, 1963/1964. Citado en Bauman, 1998/2011) no parece tener más función que la de remover los miedos de la sociedad, convirtiéndose ora en enemiga (parásitos, invasores, tan odiados como temidos) ora en reflejo aleccionador (moralismo) para aquellos otros que se cuentan entre los integrados. En esta situación de vulnerabilidad permanente podríamos encontrar a aquellos trabajadores que quedan atrapados en situaciones de empleo precario, sin alcanzar la seguridad, económica y social, ciudadana, que brinda un empleo estable (Laparra, 2006).

²⁰⁹ En su clásico texto introductorio a la noción de “cultura de la pobreza”, el antropólogo apuntaba una serie de rasgos que la definirían y que nos resultarán familiares: apatía, desesperación, desesperanza, fatalismo, falta de conexión con el pasado y con el futuro, desestructuración... Lewis vinculaba estos rasgos con el hecho colonial, en un vínculo que quizás hoy en día pudiéramos actualizar desde otras coordenadas socioeconómicas.

Y este sería un rasgo característico de los nuevos tiempos: la permanencia, a lo largo de toda su biografía, de buena parte de los individuos en situaciones de riesgo de exclusión como resultado de una incertidumbre (inseguridad, inestabilidad) laboral que se hace crónica (García Aller, 2006), se extiende a través de los años (Cano, 2000, 2007; Alonso, 2004; Gálvez, 2007a; Etxezarreta, 2007; Recio, 2010), dificultando cualquier intento de planificación vital en el caso de los jóvenes (Jurado, 2007). La exclusión, pues, ha de verse, como bien postula Castel (1995/1997), en términos dinámicos, como un proceso, más que como un estado cristalizado²¹⁰, del mismo modo que la precariedad debe analizarse como trayectorias (Cano, 1996; Precarias a la deriva, 2004), como “carreras profesionales precarias” (Burchell, 1989/1992. Citado en Cano, 1996:81) en las que, incluso en el mejor de los casos (en que se consiga una salida a esta espiral de empleos inseguros), “la amenaza del empeoramiento y hasta de su precarización no abandona nunca la escena” (Prieto *et al.*, 2009:219). Desde esta perspectiva, los individuos estarían permanentemente en “situación de provisionalidad” (Gentile, 2005), en riesgo de caer en situaciones de exclusión, lo cual se complementa con otro rasgo característico de esta época, como es la proliferación de un conjunto de situaciones intermedias que borran las otrora nítidas fronteras entre exclusión e inclusión social, del mismo modo que se han borrado las divisiones entre trabajo y no trabajo, entre paro y actividad, etc. (Conde, 1999; Alonso, 2004; Zubero, 2006). No terminarían, así, de integrarse en la sociedad (la precariedad laboral genera precariedad ciudadana, apunta el informe del CJE, 2014), sino que quedarían “como en situación de flotación en la estructura social, [poblando] sus intersticios sin encontrar allí un lugar asignado” (Castel, 1995/1997:15), como “residentes” (Standing, 2011/2013), ciudadanos de segunda clase lejos de los patrones al uso de la sociedad salarial, lejos de sus plenos derechos. Cada vez son más los individuos que se ven expuestos a estos procesos de exclusión laboral y social (Poveda y Santos, 1998; Zubero, 1998; Maruani, 2000; Agulló, 2001; Gentile, 2005; Gaggi y Narduzzi,

²¹⁰ Para Gentile (2005), más que de exclusión cabe hablar de vulnerabilidad, como condición o como posibilidad de exclusión, no tanto como estado, sino como riesgo permanente de caer en ella. De exclusión como proceso, más que de pobreza como estado.

2006/2006; Miguélez y Prieto, 2009; Standing, 2011/2013; CJE, 2014). La vulnerabilidad, concluye Castel (1995/1997), es ahora fenómeno de masas.

Comoquiera que se asiste a un déficit de espacios ocupables, muchos son los sujetos que caen efectivamente en situaciones de exclusión o de pobreza, incluso entre aquellos que tienen un trabajo, lo que supone una novedad (una “nueva pobreza”, que convive con la clásica, lejos de la desaparición de ésta) con respecto a momentos históricos anteriores: el empleo deja de ser garantía de inserción social: se puede, a partir de ahora, ser trabajador y ser pobre (Prieto *et al.*, 2009:65-66; Alonso, 2004). Hablando de los jóvenes, pero con un planteamiento extensible al conjunto de la sociedad, Espluga *et al.* (2004:103) lo exponen en estos términos:

“Una característica distintiva de la exclusión social española es que una gran parte de los excluidos desarrollan algún tipo de actividad económica, en general con poca estabilidad y/o en la economía sumergida. A pesar de todo, esta actividad económica no es suficiente para permitirles subsistir ni para desarrollar sus derechos y deberes como ciudadanos. Además, a escala más general, parece que el hecho de trabajar está dejando de ser el principal mecanismo de integración social desde el momento en que muchas personas realizan actividades económicas dentro de la legalidad pero se ven desplazadas hacia una precariedad cada vez más relevante”.

Estaríamos ante el fenómeno de los “*working poors*”, de los trabajadores pobres (o “con bajo salario”, como traduce López Peláez, 2005), de los empleos que proporcionan ingresos por debajo del umbral de la pobreza (Muñoz de Bustillo, 1993; Recio, 2001, 2006; Zubero, 2002, 2007; Díaz-Salazar, 2003b; Fernández, Meixide y Simón, 2003; Medialdea y Álvarez, 2005, Zalakain, 2006)²¹¹. Estos trabajadores, cuyo número estaría aumentando, suelen ocuparse en gran medida en los anteriormente expuestos lumpen-empleos (véase 4.3), y al bajo nivel salarial (que ya vimos en el apartado anterior que sólo era una de las múltiples caras de la precariedad) acostumbran a unir otras condiciones de precariedad, como la temporalidad, la indefensión legal, la falta de seguridad en el trabajo, etc. (Ramos-Díaz, 2004; Laparra,

²¹¹ En la clasificación de cuatro grupos sociales que plantea Beck (1999/2000:117-118), estos “*working poors*” constituirían el penúltimo escalón de la estructura social, en zona de pre-exclusión, sólo por delante de los directamente pobres.

2006; Cano, 2007; Jurado, 2007), corriendo el riesgo de quedar atrapados en una dinámica que no les permita dejar atrás este tipo de empleos (López Peláez, 2005). Este fenómeno, que originalmente fue endémico del sistema estadounidense (Gaggi y Narduzzi, 2006/2006), se estaría extendiendo al resto de sociedades occidentales, situando a los individuos en posiciones muy vulnerables (Zubero, 2006). Como apunta García Noguerol (2009:10): “comienza a ser habitual la figura del trabajador que, a pesar de desarrollar un trabajo remunerado, incluso a tiempo completo, no alcanza los ingresos mínimos para conseguir una correcta inserción social”. Una vez más, el relato de Ehrenreich (2001/2003) resulta tremendamente vívido al describir las condiciones de trabajo y de vida, igualmente precarias, de este tipo de trabajadores, que, con sus salarios, apenas pueden sobrevivir (nada de comprar medicinas o afrontar costes imprevistos: un estado permanente de emergencia) viviendo en caravanas, camionetas, albergues...²¹². En su libro, los bajos salarios aparecen como parte de una estrategia empresarial orientada a minimizar los costes de personal (y a aumentar, de paso, el control de la empresa sobre los trabajadores). El ejemplo que utiliza es el de la cadena Wal-Mart, que ha sido tomado como paradigmático para hablar de “walmartismo” como sistema (o “walmartización”, como proceso) que vendría a sustituir al fordismo (Lichtenstein, 2006/2007 –véase Santos, 2012).

Si la presencia de estos trabajadores pobres resulta novedosa, no es novedad, en cambio, la respuesta social en países como España: el régimen familista hace recaer sobre las redes familiares la carga de tener que apoyar y asistir a los individuos que experimentan estas dinámicas de exclusión (Petras, 1996; De la Cal, 2002; Alonso y Torres, 2003; Flaquer, 2004; López Peláez, 2005; Gentile *et al.*, 2014). No en vano, como plantea Castel (1991), existiría la posibilidad de “compensar”, al menos en parte, una escasez (o precariedad) de trabajo con elevados niveles de inserción social. Recordemos que en el esquema del autor francés lo que define la posición de desafiliación es el cruce de dos ejes, de dos condiciones que han de presentarse de la mano: ausencia de trabajo y aislamiento social (enfoque análogo al que manejan Espluga *et al.*

²¹² “Algo va mal, muy mal, cuando una persona soltera con buena salud, una persona que, por añadidura, tiene coche, apenas puede sostenerse con el sudor de su frente. No hace falta ser graduada en economía para ver que los salarios son demasiado bajos y las rentas demasiado altas” (Ehrenreich, 2001/2003:213).

-2004- en su análisis de la exclusión social juvenil). En este sentido es interesante analizar el grado en que la precariedad laboral “aleja” a los individuos de sus lazos sociales, hasta qué punto existe, como planteaba Offe hace más de tres décadas (1984/1992a), un “estigma del fracasado” que, más allá de la privación material, supone un deterioro en el conjunto de la vida “emocional” del individuo excluido del trabajo. Esta función protectora de la familia se observa con nitidez con respecto a los jóvenes, tal y como veremos en el apartado correspondiente (capítulo 5.2).

Como plantea Mingione (1991/1994), esta polarización social, basada en una honda fragmentación de las bases de cohesión de la sociedad, representa un severo desafío para el orden social, debiendo ser repolitizada la apuesta por la flexibilidad, que estaría, mediante la precariedad y la segmentación que introduce entre los trabajadores, a la base de estas dinámicas exclusógenas de la sociedad contemporánea (Standing, 2011/2013). Díaz-Salazar (2003b:108) expone la situación en los siguientes términos:

“Si la política no centra gran parte de su energía en resolver el problema del empleo precario, nos encaminaremos a la instalación de una sociedad dual, en la que un sector considerable de ciudadanos se verá condenado a nuevas formas de explotación y violación de la dignidad de la persona humana. Si la política de flexibilización laboral propia del neoliberalismo sigue imponiendo su hegemonía, el *nuevo proletariado* experimentará en pleno siglo XXI formas de tiranía laboral que terminarán por socavar el sentido de la democracia”.

Existiría, en definitiva, una fractura entre desarrollo social y desarrollo económico (Millán, 2002) que debe ser cerrada so pena de que se produzca, en caso contrario, una total disolución del orden social, una absoluta “incertidumbre del mañana” (Castel, 1995/1997:465).

CAPÍTULO 5.

La (precaria) posición de los jóvenes en un contexto sociolaboral exclusógeno.

1. El mercado de trabajo como medio hostil: precariedad (y juventud/es).

Es a la luz de esas condiciones que venimos apuntando en los capítulos precedentes como debemos analizar la situación de los jóvenes con respecto a un mercado de trabajo que, como dijimos, penaliza particularmente a aquellos individuos que intentan acceder a él por vez primera. Partimos, en todo caso, de la premisa que impone una necesaria cautela a la hora de generalizar como problema “juvenil”, propio de una edad, amalgamando bajo esa etiqueta a individuos muy diversos, lo que más bien parece un problema estructural, que acaba aludiendo siempre a las diferencias de origen social de los individuos como primigenio factor de explicación (Martín Criado, 1997, 1998, 1999; Casal, 1997; Santos, 1999a, 2003; Recio, 2010; Santos y Martín, 2012). Con esta cautela procederemos a lo largo de todo este capítulo cuando nos refiramos a *los jóvenes*, con el convencimiento de que la noción de *juventud* no hace sino opacar o difuminar una realidad tremendamente más compleja (de ahí que optemos por el plural, “juventudes”, que acaso ofrece una mayor profundidad – o, al menos, una mayor consciencia- a la hora de acercarnos a la *comprensión* de estos sujetos).

Cuatro son las tendencias que Santos *et al.* (2004) identificaban en lo que se refiere (o se refería, antes de la última crisis) al empleo juvenil. Estas tendencias nos servirán de guía en torno a la cual articular nuestra exposición, y son las siguientes: altas tasas de desempleo (el empleo juvenil como variable de ajuste del sistema económico), altísima flexibilidad y temporalidad laboral (asociadas a otros fenómenos, como el deterioro de las condiciones de trabajo o la siniestralidad laboral), aumento de las incertidumbres en las trayectorias vitales juveniles (ante la creciente dificultad de encontrar un “empleo

significativo”²¹³, un trabajo que permita alcanzar autonomía plena y desarrollar así trayectorias de emancipación), y acumulación de empleos en los segmentos ocupacionales más descualificados (generando abundancia de situaciones de sobrecualificación en un contexto de competitividad en aumento entre los jóvenes). En la misma fecha, Espluga *et al.* (2004:14), siguiendo a Martín Criado (1998), caracterizaban de este modo el mercado de trabajo para los jóvenes:

“una elevada tasa de paro, una legislación laboral liberal, una amplia discrecionalidad empresarial, una débil presencia sindical, una situación precaria y de segmentación de la mano de obra, una elevada descentralización productiva y una polarización y fragmentación de la estructura ocupacional”.

Poco después, en un informe que lleva por título *El papel de la juventud en el sistema productivo español*, el Consejo Económico y Social (CES, 2006) habla de una posición relativamente peor de los jóvenes españoles (con respecto a los mayores y en comparación con otros países del entorno) en el mercado de trabajo: alto desempleo (sobre todo para los más jóvenes y para las mujeres), baja participación en el sistema productivo (y separación casi radical entre formación y ocupación), creciente desequilibrio entre el nivel de cualificación alcanzado y las bajas demandas de cualificación de los puestos que ocupan los jóvenes, alta temporalidad (y corta duración de los contratos temporales: elevada rotación), y ganancia salarial media inferior a la percibida por los adultos. Ya en fechas más recientes, Moreno *et al.* (2012:43) apuntan una serie de tendencias que vendrían a completar el cuadro: “el incremento de la flexibilización del mercado laboral, el aumento de la temporalidad en el empleo, la precarización de los salarios de los jóvenes y el creciente desajuste existente entre la formación y el empleo”. En suma, la precarización del empleo juvenil, inevitablemente inserta en dinámicas de precarización del empleo en general, se enmarca dentro de las transformaciones experimentadas por el

²¹³ Definido por estos autores como aquel que tiene una duración de al menos seis meses con jornadas mínimas de veinte horas semanales, según el Módulo de transición de la educación al mercado laboral, elaborado por el INE en 2000. Para otras aproximaciones a la noción de “empleo significativo”, véase Albert, Toharia y Davia (2008).

mercado de trabajo (demanda de flexibilidad, globalización, reformas legislativas, etc.) y se habría desarrollado en las distintas dimensiones de calidad del empleo, marcando un escenario distinto al que vivieron las generaciones anteriores a la hora de intentar acceder al mercado de trabajo (Finkel, 1994). La seguridad y la estabilidad, que aparecerán de forma recurrente como anhelo de estos jóvenes (y de sus familias), son sustituidas por una cultura de lo aleatorio, por la incertidumbre y el riesgo, por la flexibilidad, que concentran sus efectos sobre los jóvenes (López Calle y Castillo, 2004; Kovács, 2014), a los que se considera más proclives a encarnar estas nuevas cualidades²¹⁴.

Las formas laborales concretas que adopten los “empleos de jóvenes” en esta época no pueden, obviamente, evitar estar influidas por las características específicas de este momento particular. De este modo, nuestro ejercicio de análisis tomará la realidad laboral juvenil como “ventana” (Santos -2003-, a partir de Wacquant -2000/2004) desde la que contemplar algunas de las tendencias recientes de la actual fase del capitalismo informacional. Estos “empleos de jóvenes” pueden tomarse como indicio (o como profundización, quizás) de los rasgos que definirán el empleo del futuro (“laboratorios del trabajo del futuro”, como dice Del Bono, 2005:347), habida cuenta de la extensión, sin solución de continuidad, de estos componentes de precarización al conjunto de empleos del mercado de trabajo²¹⁵.

La precariedad de la situación de los jóvenes tiene una primera plasmación en el elevado nivel de desempleo, tanto en términos absolutos como, sobre todo, en comparación con otros países de nuestro entorno. Las tasas de desempleo juvenil en España han sido tradicionalmente altas (Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología,

²¹⁴ No en vano se plantea (como Ovejero, 2001) la necesidad de “moldear” a los jóvenes, mediante la educación, para que puedan hacer frente a este nuevo escenario, que requiere una nueva “mentalidad” (véase 3.4 y 3.7 al respecto). No hace falta señalar que todo el discurso neoliberal fomenta el desarrollo de estas “competencias” en flexibilidad, que son presentadas favorablemente (como la propia movilidad exterior que es presentada como experiencia positiva a todos los niveles, sustituyendo a la más tendente a la nostalgia noción de “emigración” -Santos y Muñoz, 2015).

²¹⁵ Los expertos consultados en el estudio delphi realizado por Gentile *et al.* (2014) no son optimistas al respecto: el empleo (juvenil, en este caso) de los próximos años seguirá caracterizado por condiciones de precariedad: salarios bajos e intermitentes, malas condiciones laborales, escasas perspectivas profesionales...

2011; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015)²¹⁶, lo que ha animado, como vimos (capítulo 4.1), todo tipo de reformas (flexibilizadoras, concretadas en la expansión de la contratación temporal) que han tomado como excusa la lucha contra este fenómeno del paro de los jóvenes, demostrando, después, su ineficacia en tal misión (Bilbao, 1993; Alonso, 2000a; Espluga *et al.*, 2004; Mosca, 2006; Santos y Martín, 2012; Gentile, 2013). Si durante algún tiempo pareció que se asistía a un giro, del problema del desempleo al problema de la precariedad/temporalidad (Martín Criado, 1998; Santos, 1999a; Rodríguez Victoriano, 1999; Santos *et al.*, 2004; López Calle y Castillo, 2004), hoy podríamos considerar que estamos ante el problema del desempleo *en* la precariedad: los trabajos, precarios, que se crearon antes de la crisis y que “solucionaron” el problema del desempleo juvenil, habrían sido destruidos ahora (Tejerina, Cavia *et al.*, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014), expulsando a los jóvenes (la ya mencionada lógica del *LIFO*) y endureciendo, además, las condiciones de nuevo acceso al mercado laboral²¹⁷, aumentando con ello el tiempo de estancia en el “purgatorio de la inserción” (Santos, 2006:69), dibujando un escenario en el que cada vez hay menos oportunidades de empleo, y no ya solo de los empleos primarios y fijos cuya escasez lamentase Mingione (1991/1994), sino de cualquier posibilidad “digna” de insertarse en el mercado laboral.

En estas circunstancias, los jóvenes asisten a la ruptura del supuesto pacto social por medio del cual deberían, tras haber alcanzado el tan saludado honor de ser la generación más formada y, se dice, mejor preparada de la historia de España, integrarse plenamente en el mercado laboral, pudiendo así desarrollar sus proyectos vitales (véase 2.6 y 4.3 sobre la tesis del pacto intergeneracional implícito). Pero, en lugar de esto, perciben que los efectos de la crisis se han cebado con ellos y se ven bloqueados, frustrados, sufriendo tasas de desempleo más elevadas que las de sus mayores (Petras, 1996; Bourdet y Persson, 2000; Gaviria, 2002; De la Cal, 2002; Díaz-Salazar, 2003b;

²¹⁶ Ya Zárraga (1985:368) hablaba de un contexto de paro juvenil generalizado, de una “evolución catastrófica” del desempleo juvenil desde 1974... tendencia que no ha remitido después. Véase, para una revisión sobre el tema en los años finales del siglo pasado, Fina y Toharia (1987), Garrido Medina (1996a), Toharia (1998) o Maurice (1996).

²¹⁷ Condiciones (mayor competitividad, mayores exigencias de todo tipo, aumento del tamaño de las “colas” de inserción...) que, por lo demás, ya venían endureciéndose desde comienzos de los ochenta (Cachón y Lefresne, 1999; Recio, 2010).

Espluga *et al.*, 2004; García Montalvo, 2009; Tezanos *et al.*, 2010; Santos y Martín, 2012). Rodríguez y Ballesteros (2013) advierten de la presencia, desde hace décadas, de las condiciones de precariedad laboral en el mercado de trabajo español. Los jóvenes, no obstante, parecen tender a considerar que la crisis ha exacerbado esta situación de precariedad (o quizás el discurso sobre las bondades de esta generación haya calado en su interior), sobre todo comparada con un pasado feliz e idealizado:

“discursivamente se manifiesta la percepción de una transición radical entre un presente calificado como pésimo y un pasado cercano, preciso, percibido como óptimo, en el que las condiciones laborales, sin ser perfectas, parecían objetivamente mucho mejores” (Rodríguez y Ballesteros, 2013:42).

El pacto aparece, así, como un magnífico acuerdo, al que se anhela regresar, obviando, en aras de un bien mayor, cualquier reserva sobre “aquella” situación previa a la que se alude. En el mismo sentido, Santos (2013) llama la atención sobre lo que parece una amnesia reciente: la precariedad, la brecha salarial con respecto a los trabajadores adultos, la transferencia del riesgo a los trabajadores, etc., ya eran norma antes de la crisis que ha sacudido las economías española y mundial en los últimos años, y que no habría originado sino una “mutación ulterior de la precariedad que los jóvenes ya vivían” (p.125). Parece que ahora, con el objetivo de “movilizar el talento” (vale decir, liberar el factor trabajo de cualquier traba a su movilidad geográfica), se dibuja un escenario absolutamente opuesto a un paraíso perdido, para así fomentar la imagen de que la única salida (individual, por supuesto) está en la emigración (en el mismo sentido, véase Santos y Muñoz, 2015; Muñoz y Santos, 2014).

El desempleo, la discontinuidad laboral (del paro prolongado –véase De Zárraga, 1985- al paro recurrente, habían dicho Santos y Serrano -2006), se generaliza (Santos, 1999b, 2006; Lefresne, 2000; Díaz-Salazar, 2003a, 2003b; Martínez Martín, 2003) hasta convertirse en fenómeno estructural (Muñoz, 2009; Gallardo, 2011; Santos y Martín, 2012; CJE, 2014), en “plaga” (Mosca, 2006:76), sobre todo entre los más jóvenes (CJE, 2014) y entre las mujeres, subgrupo juvenil que tradicionalmente ha sufrido mayores cotas de desempleo

(como ya apuntasen en el cambio de siglo Álvarez *et al.*, 1999; o después recordase el Consejo Económico y Social, 2006 –véase, asimismo, Etxezarreta, 2007). El desempleo (y la precariedad, en general) se extiende incluso entre aquellos jóvenes con mayores niveles formativos²¹⁸: la formación habría dejado de ser garantía de inserción laboral temprana (y exitosa) (Álvarez *et al.*, 2013). Alonso, Fernández y Nyssen, en un informe elaborado para la ANECA en 2009, recurren a un trabajo del lejano 1979 (Martín Moreno, De Miguel y Ubeda) para referirse a la universidad como “fábrica de parados”. Esta situación estaría actuando sobre individuos que no encuentran acomodo en su propia sociedad, alimentando la aparentemente inevitable emigración internacional en busca de una “salida”: el vagar (verbo que algunos discursos trastocan mínimamente, pero cambiando por completo su significado), el tránsito continuo (el limbo, el “*no man’s land*” a que alude Santamaría, 2012), tiene ahora un nuevo escenario de posibilidad: el aeropuerto, el extranjero (Santos, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Gentile *et al.*, 2014; De Marco y Sorando, 2015).

Más allá de los niveles concretos de desempleo, lo que acentúa la condición precaria de los jóvenes es la incertidumbre con respecto a la continuidad del vínculo laboral (incertidumbre que estaría a la base de la “flexplotación” bourdieuana)²¹⁹. Períodos más largos o más cortos de desempleo se combinan con una elevada rotación, con continuas entradas y salidas del empleo, situaciones que han llevado a algunos autores a considerar la necesidad de introducir nuevos indicadores, distintos a la mera tasa de desempleo, que permitan aportar una mirada diacrónica (de “flujos”, más que de “*stocks*”) y captar, así, los nuevos problemas generados por la flexibilidad, la rotación o el subempleo en el mercado de trabajo (Santos, 1999b; Santos y Serrano, 2006), así como, también, recoger la multiplicidad de situaciones intermedias que han pulverizado la tradicional dicotomía entre empleo y desempleo (Martín Criado, 1997; Cachón, 2000). Lefresne (2000), por ejemplo,

²¹⁸ Para un análisis de los efectos en cuestión de exclusión social de este fenómeno del desempleo en los distintos colectivos de jóvenes, desmenuzando la supuesta homogeneidad que se esconde tras la etiqueta de juventud, véase el capítulo tercero de Espluga *et al.* (2004).

²¹⁹ Noción que alude al “modo de dominación fundado sobre la institución de un estado generalizado y permanente de inseguridad dirigido al mantenimiento de los trabajadores en la sumisión y en la aceptación de la explotación” (Santos, 1999b:149). Véase, igualmente, Santos (2003). Para la formulación original, véase Bourdieu (1998/1999).

aboga por diferenciar el “desempleo de inserción”, propio de quienes buscan trabajo por primera vez, del “desempleo de rotación”, que vendría a aludir a la posibilidad de que el desempleo se constituya en situación normal entre dos períodos de empleo (momentos de ocupación laboral que también podrían ser considerados “paréntesis” entre dos periodos de paro...). Moreno Mínguez (2009) se centra en la duración de los períodos de desempleo, enfatizando el porcentaje (15% en aquel momento) de jóvenes en situación de paro de larga duración (más de doce meses desempleados).

Los empleos realizados por los jóvenes presentan, por lo demás, todo tipo de condiciones de precariedad, que los alejan de los estándares socialmente aceptados de “buenos empleos” (véase Prieto, 2002, al respecto de esta norma de empleo anterior, que actúa como referente desde el que evaluar los distintos empleos actuales –como ya señalásemos en 2.3). Como recoge Santamaría (2010:102):

“El punto de partida y de referencia para hablar de precariedad es pues la “forma estándar de empleo” que ha sido la del trabajo asalariado de duración indefinida y a tiempo completo y los derechos sociales asociados progresivamente a dicha forma de empleo”.

Desde ahí, los empleos actuales de los jóvenes pueden considerarse como “cuasiempleos”, donde el empleo no es estable, la organización del trabajo provoca incertidumbre e inseguridad, las perspectivas profesionales son escasas, la rotación es una amenaza permanente, el salario es insuficiente y el ritmo de trabajo muy intenso, los trabajos no son reconocidos socialmente como tales... Empleos incompletos, que no terminan de generar ni identidades laborales sólidas ni ciudadanías plenas (García Montalvo y Peiró, 1999; Santos, 2003, 2008; López Calle y Castillo, 2004; Del Bono, 2005; Gentile, 2005, 2015; Recio, 2010; Santamaría, 2012)²²⁰. Del mismo modo que tampoco generan una carrera laboral reconocible, nítida, clara y coherente, sino que se asiste a una sucesión de empleos inestables, muchas veces ni siquiera relacionados entre sí (“nómadas del trabajo”, apunta Gentile, 2005:16;

²²⁰ Ni, tampoco, sentimientos alternativos “de clase”: el precariado de Standing (2011/2013), autopoisionado como conglomerado de ciudadanos de segunda categoría, todavía es una clase emergente, aún no un colectivo cohesionado, con una agenda, una estrategia, un *enemigo* identificado.

Machado, 2001/2007:5, habla de “trayectos laborales marcados por la turbulencia, la flexibilidad, la inconstancia” -véase, igualmente, Conde, 1999; Santos, 1999a, 1999b; o Martín Criado, 1998). Una discusión terminológica interesante nos lleva a la diferenciación entre los “empleos verdaderos” y esa panoplia de situaciones “incompletas”, deficitarias en algún sentido (los “currillos”, los “trabajillos”, etc.), que no caen bajo el rubro de un “oficio”, que no permiten desarrollar una “carrera”, que son simplemente “para salir del paso”, medio instrumental para alcanzar un fin económico concreto (cuando son voluntarios), trampa de precariedad sin horizontes más allá del día a día (cuando son “trabajos forzados” por las circunstancias)²²¹.

Un rasgo recurrente de estos empleos “juveniles” son los bajos salarios (López *et al.*, 1998; Cachón, 2000; CES, 2006; García Aller, 2006; Moreno Mínguez, 2009; García Montalvo, 2009; Recio, 2010; Colectivo IOÉ, 2013; Santos, 2013), que apenas proporcionan a los jóvenes “dinero de bolsillo” para participar, aunque sea de un modo limitado, en el universo de consumo que dota a los individuos de identidad social, una vez que el trabajo (y más en las formas precarias en que se viene produciendo) ha dejado de facilitar este estatuto de existencia social y ciudadana (véase, sobre este tema, los epígrafes 3.1 y 3.2). El ingreso derivado de este tipo de trabajos, que además suele ser intermitente (Gentile, 2005), no permite, en modo alguno, proyectos de vida independiente (el título del artículo de López Peláez, 2005, resulta de lo más adecuado: “excluidos pero trabajadores”: trabajadores, pero excluidos), lo que lo sitúa como el principal factor de precariedad laboral en opinión de los jóvenes, que habrían adoptado una visión crecientemente instrumental del trabajo (Sánchez Moreno, 2004).

Otro elemento considerado fuente de precarización del empleo es la creciente discrecionalidad de los empleadores a la hora de seleccionar y gestionar la mano de obra y fijar las condiciones del empleo, por encima de leyes y derechos. La dinámica de competitividad, que ya comentamos (capítulo 3.8), sitúa a los empleadores en una posición de preponderancia que les permite imponer cualquier tipo de condiciones, porque siempre podrán acudir al ejército de reserva en busca de alguien que las acepte. Como le dice un

²²¹ Véase, sobre estas distinciones, Conde (1999:26): “empleos-trabajo” vs. “empleos-actividades remuneradas”; Santos (2003): “trabajillos”, “malos empleos”; o Santamaría (2010).

informante a Alonso *et al.* (2009:106-107): “Las entrevistas [de trabajo] son casting de Operación Triunfo y hay que pasar por todo (...) el típico anuncio siempre es: se busca chico con 23 años, dos idiomas y cinco años de experiencia”. Omite, el anuncio, otra forma de “discrecionalidad”, más o menos manifiesta en la realidad cotidiana de la relación laboral, como es el poder, como capacidad para imponer sumisión a los trabajadores.

Los jóvenes, principalmente aquellos sin cualificación, como mano de obra barata, acaban dependiendo exclusivamente de la buena voluntad del patrón (considerado aquí figura paternalista) para mantener su empleo, motivo por el cual han de gestionar su único capital: la sumisión (esta idea, magníficamente abordada en Martín Criado -1997, 1998-, también está presente entre los jóvenes estudiados por Gentile -2005). El desconocimiento de derechos (Aramendi, 2010; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013) o, simplemente, las situaciones de flagrante incumplimiento de las normativas laborales (parte de ese “despotismo empresarial” de que habla Díaz-Salazar, 2003a:11), sitúan a los jóvenes trabajadores ante situaciones de extrema debilidad en relación al empleador, situaciones que muchas veces son aceptadas con resignación, como algo inherente a la relación laboral, como peaje necesario (Alonso de Armiño *et al.*, 2002). Como plantea Santos (1999b:148):

“Contratos temporales, cuasiempleos, irregularidad, paro de larga duración o paro recurrente requieren una mano de obra dispuesta a todo, moldeable y adaptable a los requerimientos del viejo capitalismo y del nuevo capitalismo informacional”.

Esta “adaptabilidad” conjugada con sumisión muchas veces pasa por aceptar condiciones de trabajo potencialmente perjudiciales (o *arriesgadas*, como expusimos en la nota número 114) para la salud o para la vida social del trabajador (Segado y López, 2007; López y Segado, 2009).

En ese sentido, es común entre estos jóvenes el trabajo informal, sin contrato, más allá de la posibilidad de que el contrato exista, pero sus condiciones sean permanentemente violadas (remitimos de nuevo a Finkel -1994: capítulo 6- para una clarificación terminológica y una descripción de

rasgos en torno a la economía informal –véase 4.4). El estudio de Espluga *et al.* (2004) destaca la gran frecuencia con que los jóvenes desempeñan (o han desarrollado alguna vez) actividades en la economía sumergida, con trabajos irregulares y absolutamente inciertos en cuanto a su continuidad, una falta de estabilidad que redundo en una tensión continua para los jóvenes, incapaces de tomar un control definitivo sobre sus vidas (Machado, 2001/2007). Igualmente, se trata de trabajos en los que las condiciones laborales se rigen por la precariedad y la total discrecionalidad del empleador, con los efectos que ello puede tener sobre la salud y la vida social del trabajador²²².

Pero el principal rasgo que introduce precariedad en la situación de los jóvenes es la temporalidad. Igual que dijimos del desempleo, el elevado grado de temporalidad juvenil (mayor cuanto más jóvenes son los individuos, por lo demás) sería otra característica propia del mercado laboral español en comparación con los europeos (OBJOVEM, 2008b; Moreno Mínguez, 2009; Moreno *et al.*, 2012). Además se trata, en muchas ocasiones, de una eventualidad que alcanza niveles paroxísticos, con contratos por un día o, incluso, por unas pocas horas. Se asiste, así, a un elevado nivel de rotación entre empleos y entre situaciones de empleo y desempleo. Los trabajadores jóvenes se encontrarían en situaciones más inestables en términos contractuales (y, normalmente, también en términos empíricos) y la duración de sus empleos será más breve que para los trabajadores adultos (Garrido Medina, 1996b; Santos, 1999b; García Espejo y Gutiérrez, 2000; Bourdet y Persson, 2000; Cachón, 2000; Toharia *et al.*, 2001; Díaz-Salazar, 2003b; Ramos-Díaz, 2004; CES, 2006; Toharia y Cebrián, 2007; García Montalvo, 2009; CJE, 2014)²²³. La temporalidad se habría convertido en norma para los jóvenes (Santos, 1999a; Recio, 2007; Santamaría, 2012), siendo estas formas de contratación una “solución” desarrollada por las políticas de flexibilización en

²²² Santamaría (2007) enfatiza las consecuencias que para el autorreconocimiento (y para el reconocimiento por parte de los demás) como trabajador tiene este tipo de relación laboral, que normaliza la inestabilidad, la incertidumbre, haciendo habitual lo atípico, llevando a la aceptación de unas condiciones de empleo extremadamente precarizadas.

²²³ Más allá de que, como recuerda Recio (1999:145), el empleo temporal se esté expandiendo (y todavía más en el lapso temporal que transcurre desde su texto hasta nuestros días) al conjunto de la población trabajadora española: “Aunque puede decirse que empleo temporal es casi sinónimo de empleo juvenil, no puede asociarse estabilidad laboral con empleo adulto. La progresión del empleo temporal ha sido tan importante que alcanza de forma significativa a todos los grupos de edad”. En la misma línea, véase Cachón (2000) o Recio (2010).

la gestión de la mano de obra, que transfiere a los individuos (a los jóvenes, en este caso, de forma preferente) la necesidad de ajustarse a la arbitraria e impredecible economía (Santos, 1999b; Alonso, 2000a; Toharia, 2005; Alonso y Fernández, 2008): la precariedad, así, como efecto colateral, indeseado pero inevitable, de la flexibilización laboral (Gentile, 2013).

Ya vimos (capítulo 4.4) cómo para Sánchez Moreno (2004, 2005) la temporalidad no es el principal elemento que defina la precariedad de un empleo, desde el punto de vista de los propios jóvenes, pero, desde luego, si la interpretamos en un sentido más amplio, que se refiera a la incertidumbre que introduce en la participación laboral de los sujetos (con su corolario de participación en el mundo social en su conjunto), sí que parece factor clave, máxime cuando se presenta asociada a otra serie de elementos igualmente precarizadores de su situación vital: menor salario, peores condiciones en el trabajo, situaciones laborales basadas muchas veces en la informalidad y en la ausencia de derechos, etc. (Lefresne, 2000; De la Cal, 2002; Santamaría, 2012; Santos *et al.*, 2004; Espluga *et al.*, 2004; Ramos-Díaz, 2004; Santos, 2006; García Aller, 2006; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Recio, 2010; Artegui, 2011; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014; De Marco y Sorando, 2015; Sanmartín y Ballesteros, 2015; Alcañiz y Querol, 2015). Para Cano (2004:69), la temporalidad, junto con las altas tasas de desempleo, indicarían “una inserción en el mercado de trabajo caracterizada por la eventualidad y la discontinuidad del empleo”, que imposibilitan cualquier intento de establecer planes a medio o largo plazo (en la misma línea, años antes, se pronunciaba Petras, 1996). Conviene, no obstante (como ya advertimos en el capítulo anterior), no caer en la correlación directa (la tentación de los sinónimos) entre temporalidad y precariedad, correspondencia frecuente en la literatura, que, de alguna manera, contribuye a normalizar (al darla por supuesta) una situación de precariedad bajo cualquier contrato temporal.

En parte, este rasgo de la alta temporalidad en el empleo juvenil se ve favorecido por las particularidades de los sectores productivos en que estos trabajos tienden a desarrollarse (véase 4.2). Los jóvenes suelen acceder al mercado laboral a través del sector servicios, en ocupaciones como la hostelería, el turismo, el ocio o el comercio (Álvarez *et al.*, 1999; Aguinaga y Comas, 2013), en puestos, normalmente, con bajos requerimientos de

cualificación (Santos, 2003; Toharia, 2005; CES, 2006; CJE, 2014), bajos salarios y escasas posibilidades de promoción (Santos *et al.*, 2004), y que tienden a presentar rasgos de informalidad (tendencia a “sumergirse”) con mayor frecuencia de la que podría esperarse en otros sectores productivos (Finkel, 1994; Conde, 1999; Toharia *et al.*, 2001; Machado, 2001/2007; Gentile y Mayer, 2009). La temporalidad, en estos sectores, tenderá a ser mayor (OBJOVEM, 2008b; CJE, 2014) y las condiciones de trabajo (salarios, siniestralidad, horarios...), peores (Cachón, 2000), afectando fuertemente, en suma, la precariedad a este sector servicios (Alonso, 2013). Por eso se concentran en estas ocupaciones, en los márgenes del sistema laboral (Rodríguez y Ballesteros, 2013), las franjas más débiles del mercado de trabajo: jóvenes, mujeres, inmigrantes, etc. (Espluga *et al.*, 2004)²²⁴.

El problema, más allá de la experiencia de aleatoriedad que este tipo de contrato introduce, es la posibilidad de que los jóvenes se vean atrapados en itinerarios sin salida, en los que se vayan encadenando estas experiencias laborales con períodos de desempleo más o menos prolongados, sin desarrollar una carrera coherente, sin posibilidades de integración social plena. Los trabajos “flexibles” (precarios) desarrollados por los jóvenes pueden ser “puertas de acceso” (“puentes”, “trampolines”) a trabajos mejores o “trampas” (“círculos viciosos”, en un giro)²²⁵ que no conducen a empleos regulares, estables. En buena medida, el horizonte de posibilidad de un determinado empleo es conocido de antemano, por lo que el joven, probablemente, sabrá si está cruzando un puente o cayendo en una trampa. En la “voluntariedad” de este acto, mediada siempre por la posición de la familia de origen en la estructura social (Martín Criado, 1997, 1998; Cachón, 2000; Santos, 2003), habrá de buscarse el sentido estratégico (que puede pasar por la mera supervivencia) de aceptar este tipo de condiciones degradadas de empleo:

²²⁴ Más allá, insistimos, de que la precarización (la “brasileñización”, la progresiva degradación de las condiciones de empleo) tienda a extenderse a otros sectores y a otros colectivos, como ya apuntamos: los jóvenes empleados en otras ocupaciones ajenas al sector servicios también presentarán, mayoritariamente, en algún grado, estos rasgos de precarización en sus empleos (Santamaría, 2010, 2012).

²²⁵ El enfoque de “puentes” y “trampas” puede encontrarse en el trabajo clásico de Buchtemann y Quack (1989/1992), y puede encontrarse, más recientemente, en Gash (2008) o en Santamaría (2012).

“si consideramos el origen social de los jóvenes, las situaciones son muy variadas: desde aquellos mejor situados social y educativamente, que pueden permitirse la espera estratégica de un empleo de calidad, hasta aquellos otros de clases populares con menores niveles educativos, para quienes la perpetuación en el subempleo es un destino frecuente” (Santos, 2003:90).

Esta diferencia de posición en la estructura social, asociada a diferentes estrategias vitales y trayectorias, supondrá, por ejemplo, que algunos individuos opten voluntariamente (en el sentido, al menos, estadístico que se da a la dupla voluntariedad/involuntariedad, al hablar de este tipo de empleos) a introducirse en experiencias laborales precarias (aquí como sinónimo de atípicas), como solución provisional para cubrir determinados objetivos, considerando, en su estrategia a largo plazo, que esto no impedirá una “evolución” posterior a mejores empleos (Agulló, 1998; Stauber *et al.*, 2004; Espluga *et al.*, 2004; Gentile, 2005). Esta estrategia aparece recogida en el trabajo de Gentile (2015), que establece una tipología de tres tipos de jóvenes en virtud de la relación (visión) que establezcan con respecto a la crisis y sus efectos sobre las condiciones de los empleos a los que tienen acceso. Así, para algunos jóvenes la crisis ha devenido “trampa”, por cuanto la precariedad laboral se ha tornado precariedad existencial, mientras que para otros esta precariedad no es más que un trámite temporal (la crisis como obstáculo) o, directamente, una opción voluntariamente aceptada (la flexibilidad como estilo de vida), desarrollando, como dice Battistini (2009:130), una “cultura de la intermitencia”, que sería valorada por este tipo de jóvenes como preferida en comparación a situaciones de estabilidad, que implican más compromiso²²⁶. De este modo, para los jóvenes de extracción social más alta, estos trabajos tienden a ser provisionales, para obtener unos ingresos destinados al consumo, mientras se alcanza una posición acorde a la cualificación obtenida o equivalente a la familiar (Toharia *et al.*, 2001; Stauber *et al.*, 2004; López Peláez, 2005). En el otro extremo, para los jóvenes con menores niveles de cualificación, pero, crecientemente, también para los titulados universitarios,

²²⁶ Nótese que el texto de Battistini vincula precariedad con sector informal de la economía, en el que, idealmente, por el mismo motivo que el empleado no puede exigir nada al empleador, el empleador no puede presuponer un compromiso sólido por parte del empleado.

estos trabajos pueden empezar siendo provisionales, pero acabar degenerando en trayectorias erráticas sin vía de escape hacia empleos estables, seguros, con lo que ello implica de introducir a los individuos en situaciones de precariedad vital, con bajos ingresos y riesgo permanente de exclusión social, rompiéndose la tradicional vinculación entre temporalidad (precariedad) y juventud: “para determinadas categorías laborales, la temporalidad es una experiencia que puede abarcar toda la vida laboral” (Recio, 2010:71). La precariedad puede dejar de ser compañera provisional que se deja atrás para pasar a formar parte del individuo, de toda su trayectoria laboral, joven y adulta (López *et al.*, 1998; Recio, 1999; Santos, 2003; Ramos-Díaz, 2004; Jurado, 2007; MacDonald, 2009; Moreno *et al.*, 2012; Verd y López-Andreu, 2012; Kovács, 2014)²²⁷. Esta es la opinión de Toharia y Cebrián (2007), de Moreno Mínguez (2009) o de Cano (2007), para quien la precariedad laboral se estaría implantando como norma social, haciendo que cada vez sea más frecuente que no se realice el tránsito de empleos precarios a empleos estables, o se haga a muy largo plazo, después de largos períodos de eventualidad, paro e inactividad, produciéndose estancamientos (“*durable trap*” -Gentile, 2013:25) en situaciones ocupacionales inciertas. Remitimos al trabajo de Toharia y Cebrián (2007), específicamente dedicado a discutir esta cuestión del atrapamiento en contratos temporales, para una revisión de estudios al respecto²²⁸. Los resultados de todos esos estudios comparten la valoración de que el empleo temporal, cuando es involuntario, ejerce un “efecto atrapamiento”, quedando muchos de los jóvenes en este tipo de contratos temporales, no alcanzando empleos más estables. Bien es cierto que también hay autores que refutan estos resultados, señalando el carácter “de puente” de estos primeros contratos precarios. Así, por ejemplo, Cachón (1999, 2004) habla de un tránsito, relativamente lineal y acumulativo, desde la precariedad de los primeros empleos a una estabilización progresiva: “existe un patrón de integración en el

²²⁷ Para Laparra (2006), esto no es sino reflejo de un modelo de mercado de trabajo dual, más que “de colas” (como aparece en Garrido Medina -1996a-, o en Cachón -2004), reflejo de la segmentación de nuestro sistema laboral, tendente a dificultar el acceso a los nuevos entrantes en el mercado de trabajo, como los jóvenes (una vez más, remitimos al epígrafe 4.3 al respecto de la segmentación del mercado de trabajo español).

²²⁸ En el contexto español, y centrados concretamente en el caso de los jóvenes, véase Alba (1998), Amuedo (2000), o Hernanz (2003).

empleo similar, aunque algo más lento, al de generaciones anteriores” (Toharia y Malo, 1999. Citado en Cachón, 2004:62).

2. Bloqueo transicional y dependencia familiar: de la vulnerabilidad estructural a la pobreza encubierta.

Comoquiera que el empleo, más o menos estable, es un requisito para la transición a la vida adulta, cuando la permanencia en estos trabajos precarios se extiende en el tiempo, las transiciones de los jóvenes se ven bloqueadas, adoptando formas (o, en el mejor de los casos, velocidades) distintas a la fluida linealidad del modelo anterior (García Montalvo y Peiró, 1999; Cachón, 2000; Toharia *et al.*, 2001; Machado, 2001/2007; De la Cal, 2002; Santos *et al.*, 2004; Sánchez Moreno, 2005; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Colectivo IOÉ, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015), como la espiral que describe Santos (1999a:47), “en la cual se suceden, cada vez con mayor normalidad, períodos de empleo seguidos por otros de paro que preparan para un nuevo y diminuto episodio laboral”. Todo ello actúa en el sentido de aumentar (y/o prolongar) la dependencia de estos jóvenes con respecto a su familia, incluso, a veces, aunque estén trabajando, habida cuenta de las condiciones, principalmente en lo que hace a imprevisibilidad de los (escasos, por lo demás) ingresos, que presentan estos trabajos (Albarral, 1996; Santos, 1999a; Carnoy, 2000/2001; Stauber *et al.*, 2004; López Peláez, 2005; Ruiz Galacho, 2006; Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, 2011; CJE, 2014; Gentile *et al.*, 2014; Gentile, 2015; De Marco y Sorando, 2015).

La dependencia de los jóvenes con respecto a su familia también queda constatada a partir de la importancia de los canales familiares en la consecución de un empleo (redes de contactos, recomendaciones, pero también autoempleo en negocios familiares). El recurso a los contactos (o a los “enchufes”, directamente) para conseguir un empleo se muestra como una constante, recurrente a lo largo de las últimas décadas (De Zárraga, 1985; Requena, 1991; García Montalvo y Peiró, 1999; García Espejo y Gutiérrez,

2000; Toharia *et al.*, 2001; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Martínez Martín, 2003; Moreno Mínguez, 2009). Este hecho habría sido interiorizado como rasgo normal del mercado de trabajo español por los propios jóvenes, muchos de los cuales consideran más importante (y valioso) disponer de una red de este tipo que de credenciales educativas (Martín Criado, 1998; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014): las “colas” pueden formarse en virtud de la cualificación, pero se entiende que hay salvoconductos para adelantar puestos y acceder al mercado de trabajo. Y esos canales, al menos al comienzo de la carrera profesional, dependen, fundamentalmente, de la posición familiar, como capital (“capital relacional”, que decía Requena, 1991:4) del que se disfruta vicariamente (Martín Criado, 1998, 1999; Waisgrais y Calero, 2008; Moreno Mínguez, 2009).

Normalmente se asocian estas estrategias a los primeros trabajos y a puestos poco cualificados (Martínez Martín, 2003; Moreno Mínguez, 2009)²²⁹. García Espejo y Gutiérrez (2000) destacan la racionalidad empresarial de recurrir a redes informales para contratar personal de baja cualificación:

“Desde el punto de vista del empleador, las redes sociales posibilitan la reducción de los costes de búsqueda y selección de personal. También facilitan la contratación verbal o informal y constituyen una garantía de la calidad de la información respecto a la lealtad y rendimiento del futuro empleado. Este último motivo puede ser especialmente relevante en la contratación de jóvenes que no tienen ninguna experiencia laboral. En estos casos el empleador puede hacer uso de las recomendaciones efectuadas por personas de su confianza, que conocen o son familiares del joven, como una señal de su rendimiento laboral” (García Espejo y Gutiérrez, 2000:188).

Ahora bien, la crisis del discurso meritocrático tiende a extender esta visión del mercado, que no deja de ser clientelar, a todos los niveles de la empresa, al conjunto de experiencias laborales, al igual que a todas las esferas de la vida política y económica del país: no se cree, por ejemplo, que los procesos selectivos que lleva a cabo la propia Administración, cuando actúa como empleadora, estén regidos realmente por los principios meritocráticos

²²⁹ En el mismo sentido, véase el ya clásico estudio de Requena (1991), a partir de Osterman (1979/1983); o, también, el trabajo de Martín Artiles y Lope (1999).

que proclaman (Alonso *et al.*, 2009). La aceptación de este tipo de situaciones da lugar a un sentimiento fatalista, a la resignación o la pasividad, a la creencia de que el destino laboral está fuera del control personal (Martín Criado, 1998; Serrano *et al.*, 2001), lo cual choca con el discurso psicologizante a que antes aludimos (veánse los epígrafes centrales del capítulo tercero, especialmente 3.7), dejando al sujeto, cuando menos, en situación de desconcierto. Esta tensión entre el papel activo del individuo y los condicionantes externos aparece bien reflejada en Machado (2001/2007:20-21), cuando mezcla todos esos elementos añadiéndole el componente del azar:

“La estrategia para conseguir trabajo es como un *lance* en un juego de cartas. Depende de la calidad del juego que se tiene entre manos (títulos escolares, valor nominal de los mismos), de la manera de jugar (red de conocimientos, “enchufes”...) y, finalmente, de la astucia del jugador (*feeling*)”.

Desde el mismo *abstract* de su artículo, Alonso de Armiño *et al.* (2002:143) ya apuntan en esa dirección de la pérdida de control sobre sus propias vidas:

“Las dificultades que actualmente encuentran tantas personas jóvenes para lograr una mínima estabilidad laboral repercuten sensiblemente sobre sus posibilidades de tomar determinadas decisiones vitales: constitución de un hogar independiente, emparejamiento, etc. Todo ello supone un déficit de autonomía”.

La idea de que debe pluralizarse la juventud, asumiendo las enormes diferencias internas que estarían ocultas bajo una aproximación meramente etaria a esta noción, es una constante dentro de la Sociología de la Juventud (recordemos el “la juventud sólo es una palabra” de Bourdieu, 1984/2000:142), constituyendo una perspectiva teórica que, en España, encuentra en Martín Criado (1994, 1997, 1998, 1999) uno de sus principales valedores, pero, obviamente, no el único. Así, por ejemplo, Rodríguez Victoriano (1999:109) plantea una crítica, inspirándose, explícitamente, en Martín Criado, a los

estudios que sobre juventud se venían desarrollando en España y a los que acusa de realizar una “sociología sin sociedad”:

“La tendencia por parte de la sociología de la juventud hacia la sustitución de los análisis de la dependencia estructural de los jóvenes por las descripciones de su autonomía expresiva, así como su concreción institucional en determinadas propuestas políticas para los jóvenes, pueden ser útiles, en la medida en que hacen de la necesidad virtud, pero inevitablemente conducen a un ocultamiento de las situaciones de dependencia real y a un deterioro de la cultura cívica de los propios jóvenes”.

Ocultamiento de los aspectos conflictivos, énfasis en elementos “de consenso” (ocio, familia, amistades, etc.) y propósitos meramente descriptivos (en línea con la “juventud de las encuestas”, de Martín Criado, 1998). Todo lo que hace a la juventud un grupo tan “ficticio” como “interesante” (Martín Criado, 1998:88), políticamente construido, ideológicamente útil. La propuesta de esta línea de pensamiento descansa en la creencia de que “condición juvenil” no sería experimentada, vivida, igual por todos los estadística o biológicamente jóvenes, sino que se deben introducir diferenciaciones a partir de variables como la clase social (o el género, o la etnia, etc.) (Margulis y Urresti, 1996; Prieto, 1997; Gaullier, 1998 –Citado en Santos, 1999a; Gallardo, 2011), repolitizando el debate. Como bien señala Martín Criado (1997:174):

“La identidad de edad cronológica no nos permite en ningún caso inferir una identidad social: sólo el *olvido* de la estructuración de la sociedad en clases sociales puede permitir constituir un abanico de edades como *grupo social*, como actante de un relato sobre la sociedad que ignoraría las distintas condiciones materiales y sociales de existencia asociadas a las diferentes posiciones en la estructura social, en las relaciones de producción y en la distribución de las distintas especies de capital”.

La juventud no es, en suma, un grupo homogéneo que afronte de modo similar unos problemas de inserción que, por lo mismo, tampoco son iguales entre sí.

En el punto que nos ocupa ahora, se postula que las transiciones laborales (y, por extensión, las transiciones vitales en general) dependen en

gran medida de la posición social de partida, de la clase social de origen, que ofrece diferentes “oportunidades de clase” (Halsey, 1967/1974. Citado en Requena, 1991) en función de la ubicación que se tenga en la estructura social. La clase social, así, aparecerá como elemento crucial de la biografía del joven, condicionándola desde el comienzo (Santos, 1999a; Valles, 1999). El rango de alcance de su trayectoria (o el margen de maniobra/error), y el propio éxito en llegar a ese punto, dependerá, en buena medida, de estos condicionantes externos al individuo (Cachón, 2000; Espluga *et al.*, 2004; Sennett, 2006/2006; Moreno Mínguez, 2009), por más que el discurso hegemónico tienda a obviarlos y a centrar el énfasis (vale decir, la responsabilidad, la culpa) en las acciones personales del sujeto. No en vano se habla de “ventajas” y “desventajas” de partida en las transiciones juveniles (López Blasco, 2006; Gil Rodríguez, 2007). Desigualdades que se van multiplicando, como brechas que se abren progresivamente, a medida que se avanza por un camino u otro en la transición. Así, parafraseando a la autora, si “el origen social y el nivel de escolaridad alcanzado condicionan fuertemente las trayectorias de trabajo y constituyen la base para la acumulación de ventajas y desventajas” (Kovács, 2014:45), las trayectorias de trabajo condicionarán fuertemente las trayectorias vitales en su conjunto, exacerbando esa desigual *distribución* de ventajas y desventajas, que tiene su reflejo en la propia posición social, ciudadana, del individuo.

Pero *clase* no alude simplemente a una determinada posición social, sino que supone una particular forma de ver y entender el mundo, un sistema complejo de prácticas, aspiraciones, recursos, expectativas y estrategias que configuran transiciones diferenciadas, características o típicas de su clase, para los distintos tipos de joven (Galland, 1991; Casal, 1996, 1997; Martín Criado, 1998; Alonso, 2000b; Casal, Merino, García y Quesada, 2006; Waisgrais y Calero, 2008; Dávila y Ghiardo, 2011; Kovács, 2014). Por concluir esta reflexión volviendo a Martín Criado, diremos que estas distintas posiciones en, y ante, el mundo tienen una concreción en la estrategia de posicionamiento laboral y, a través de lo laboral, social:

“Frente a la imagen de una *juventud* con problemas de *inserción*, tenemos formas de transición e itinerarios muy distintos por el mercado de trabajo

en función, principalmente, del origen social –que supone diferencia en los recursos escolares, económicos, familiares, relacionales, informacionales, disposicionales... movilizables en la búsqueda de un *buen empleo*” (Martín Criado, 1999:21).

Ante estas circunstancias de dependencia y de relativa escasez de capacidad de control de sus vidas, la situación de los jóvenes reviste una gran vulnerabilidad²³⁰. La juventud (unas “juventudes” más que otras)²³¹ sería uno de los colectivos más amenazados de caer en situaciones de exclusión social (véase 4.5), uno de los grupos que más directamente experimenta los riesgos asociados al nuevo paradigma socioeconómico y los efectos de sus crisis, máxime por cuanto su relación con el mercado de trabajo es, como vimos, mayoritariamente precaria (Santos, 1999a, 1999b; López Peláez, 2005; Alonso, 2007; Tezanos, 2009; Muñoz, 2009; Moreno *et al.*, 2012; Álvarez *et al.*, 2013). Son muchos los jóvenes que evitan caer en la pobreza, precisamente, gracias al respaldo que reciben por parte de sus padres (la “pobreza encubierta” a que se refiere Zubero, 2006): de emanciparse (o de perder el sostén familiar), muchos de ellos estarían por debajo del umbral de la pobreza, pasarían, simplemente, a ser pobres (Alonso de Armiño *et al.*, 2002; De la Cal, 2002; Espluga *et al.*, 2004; Gentile, 2005, 2013; Etxezarreta, 2007; Marí-Klose, 2008, 2010; Moreno Mínguez, 2009; Tezanos *et al.*, 2010; Santos y Martín, 2012). Esta situación de dependencia con respecto a la familia (o de carga para la familia, si lo miramos desde la perspectiva de los padres) se siente como algo natural, como una responsabilidad inherente a las familias, gracias a la configuración familista del régimen de bienestar español. Como concluyen Moreno *et al.* (2012:96):

“nuestros jóvenes tienen el porcentaje de riesgo de exclusión social más elevado en relación con otros grupos de edad incluso en su grado más agudo, como es la pobreza. Una orientación social marcadamente familista protege y hace invisible en cierto modo la precariedad y exclusión a la que se ven abocados nuestros jóvenes”.

²³⁰ Inseguridad y vulnerabilidad son los dos rasgos que identifican Alcañiz y Querol (2015) como definitorios de estos tiempos en la introducción al monográfico que la revista *Recerca* dedica a “la juventud en tiempos de crisis”.

²³¹ Remitimos de nuevo al exhaustivo trabajo de Espluga *et al.* (2004) para un análisis comparativo de distintos colectivos en riesgo de exclusión social dentro del conjunto de “la juventud”.

Son, por lo tanto, habitantes recurrentes (e invisibilizados) de la zona de vulnerabilidad, cuando no de las regiones más oscuras de la estructura social. Y como tal se sienten, como ciudadanos de segunda clase, que diría Standing (2011/2013), como “extranjeros en nuestra sociedad” (Dahrendorf, 2003:134), una población flotante para la que no se encuentra un acomodo en el escenario social actual (Tezanos *et al.*, 2010; Santos y Martín, 2012; De Marco y Sorando, 2015).

Ante esta situación de “colapso de las oportunidades” (De la Cal, 2002:78), el aplazamiento de las transiciones de los jóvenes opera como estrategia defensiva, sostenible, únicamente, en la medida en que sus familias puedan actuar como garantes de un cierto nivel de seguridad material²³² (Alonso, 2000b; Toharia *et al.*, 2001; Gaviria, 2002, 2007; Gentile, 2005; Tezanos *et al.*, 2010; Moreno *et al.*, 2012; De Marco y Sorando, 2015), posibilitando una postergación del momento de abandonar el hogar familiar: “el retraso en el abandono de la casa paterna es la red protectora del azar del mercado” (Alonso, 2000a:36). Retraso que suele ir acompañado, como apuntan Jurado (2007) o Pérez-Agote y Santamaría (2008), de un incremento de la inversión educativa, con la paradoja, que apuntaremos en el epígrafe siguiente, de que, por una parte, se critica un sistema educativo que no parece dar ventajas competitivas a la hora de intentar insertarse laboralmente, mientras que, por otra parte, se siguen empleando recursos familiares en participar en ese mercado de la formación. El estereotipo del “ni-ni” o las políticas de “calmar al tonto” (Goffman, 1989. Citado en Castel, 1995/1997) pueden ayudar a entender este comportamiento por parte de los jóvenes y sus familias.

Obviamente, cuando el “colchón” familiar falla, no existe, o se agota, el hundimiento de estos jóvenes en situaciones de pobreza o exclusión social es casi inevitable, demostrando la gran debilidad de su posición (Alonso, 2000b; Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, 2011; Brunet *et al.*, 2013). En su análisis de los “nuevos pobres”, De la Cal (2002:76), para quien esta condición de pobre no es opuesta a

²³² Destacamos, con Alonso de Armiño *et al.* (2002), la importancia de la familia (y del resto de círculos sociales en que se integra el individuo), también, en el apoyo emocional al joven (o al desempleado o precario, en general). En línea similar, véase Barraca (2000), para un intento de explicación del retraso en la emancipación juvenil.

trabajador, sino que incluye a individuos perfectamente integrados en el sistema, pero vulnerables dentro del mismo, se muestra clara:

“dentro de esta categoría de trabajadores a los que la crisis les ha hecho vulnerables, hay situaciones diferentes dependiendo de las redes de protección y asistencia existentes. Si además de perder el empleo, el trabajador pierde también estas redes se encontraría en una situación de marginación/desafiliación”.

Porque el familiar es un respaldo que, obviamente, también puede alcanzar su límite y, en tal caso, la situación puede devenir dramática: “si entra en crisis el núcleo familiar, el trabajador con bajos salarios puede acabar en la calle o en el albergue” (López Peláez, 2005:159). Para muchos jóvenes la pobreza es una amenaza real, bien sea por inactividad o por caer bajo esa categoría de “trabajadores pobres” (véase 4.5) incapaces de alcanzar un nivel de vida satisfactorio según el estándar de esta sociedad (De la Cal, 2002; Jurado, 2007). El tomo segundo del Informe de Juventud de 2008, del que es autora Almudena Moreno, resume esta situación:

“en el marco de la nueva economía globalizada existe una tendencia común para todos los jóvenes europeos que es la precarización y flexibilización del empleo, situación que dificulta la transición de los y las jóvenes a la vida adulta en el tránsito del sistema educativo al mercado laboral. Pero esta situación es especialmente acusada en determinados países del sur de Europa, como España, donde la precarización de los salarios y los empleos para los y las jóvenes se está convirtiendo en un hecho asumido por los propios jóvenes, con el riesgo que este supone para experimentar situaciones de pobreza y exclusión social. Estas situaciones precarias que caracterizan a los y las jóvenes siguen siendo neutralizadas por las familias, que son el principal soporte económico de estos jóvenes hasta que se estabilizan en el mercado laboral, lo que en parte sigue siendo un elemento referencial para explicar la tardía emancipación familiar de los y las jóvenes españoles” (Moreno Mínguez, 2009:87).

En este contexto, de familismo protector y malas oportunidades de trabajo, los jóvenes tienden a naturalizar su situación de precariedad, asumiéndola como algo normal, inherente a su trayectoria vital (Rodríguez Victoriano, 1999; Cachón, 2000; Sánchez Moreno, 2004, 2005; Gentile, 2005;

Gálvez, 2007a; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Muñoz, 2009; Miguélez y Prieto, 2009; CJE, 2014; Muñoz y Santos, 2014). Como apunta Cano (2007:124):

“para los jóvenes –sobre todo para los de menor cualificación- se produce una “naturalización” de la inestabilidad del empleo y, de forma más amplia, de la precariedad como fenómeno global en sus vidas y en su trayectoria laboral, fenómeno que perciben como injusto pero también como “normal” ante la imposibilidad de modificar la situación”.

Se generan así biografías precarias: precariedad vital (Tejerina, Cavia *et al.*, 2013), una *cultura* de la eventualidad (Agulló, 2001), de la precariedad (Gálvez, 2007a, 2007b; Santamaría, 2010), en la que la vida laboral (y, por extensión, su vida toda) es percibida como un ejercicio de “funambulismo en la cuerda floja” (Rivas, 2004): la fragilidad y la temporalidad como forma de vida, la transitoriedad como estado permanente (Serrano, 1999), la flexibilidad, en suma, con todos sus apéndices, como característica o competencia necesaria (que no suficiente) para surfear los nuevos tiempos, en lo que sería un continuo “buscarse la vida” (Santamaría, 2010). La elección de esta expresión por la socióloga vasca no es casual: no es “ganársela”, sino “buscársela”, como ya no es “colocarse”, sino “montárselo”. “Una especie de *carpe diem* pero más postmoderno”, decía Casal (2000:63) para referirse al asentamiento en el corto plazo, en vivir al día, asumiendo la inestabilidad y la necesidad de adaptarse a situaciones permanentemente cambiantes (en el mismo sentido, véase Santos *et al.* -2004:299 y ss.- o Gentile -2005).

Integran, así, la precariedad a su propia construcción identitaria, que tiene en el consumo y el hedonismo sus referentes (Rodríguez y Ballesteros, 2013) y en el fatalismo con respecto al futuro (sublimación de la resignación) uno de sus rasgos más intensos (Cano, 2004; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Tezanos, 2009; Gentile *et al.*, 2014). Identidades deterioradas (Santos y Serrano, 2006) como consecuencia de la dificultad para conceptualizar su actividad como “trabajo”, y para ser reconocidos socialmente como trabajadores (Santamaría, 2012).

El trabajo, que sigue ocupando un lugar preeminente en la mente de los jóvenes, tiende a desplazarse a visiones más instrumentales, en un movimiento que va de la mano de las propias condiciones de precariedad de los empleos desarrollados: a más precariedad, más valor instrumental. A más posibilidad de “realización”, valoración más expresiva y menos instrumental del trabajo (Sánchez Moreno, 2004). La precariedad, como nueva norma de empleo, es interiorizada por los jóvenes, que asumen todos los *dictums* de la economía flexible, desde la empleabilidad (Santamaría, 2010, 2012) hasta la plena disponibilidad o la empresarialización de sí (López Calle y Castillo, 2004; Santos, 2006; Klammer, 2007; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014; Santos y Muñoz, 2015).

Esta normalidad en lo precario tiene, asimismo, consecuencias sobre el estatuto de ciudadanía de los jóvenes: “no es posible ser un/a ciudadano/a con plenos derechos si no se ostenta un trabajo con derechos” (CJE, 2014:22). La plena inserción parece un horizonte asintótico, que nunca se alcanza, quedando los jóvenes suspendidos en una posición de “interino permanente” (Castel, 1995/1997:437), una especie de limbo social (Santos, 1999a; Alonso, 2000b; Serrano *et al.*, 2001). A decir de Castel (1995/1997:448) se estaría “perdiendo el mañana”, como consecuencia de la paradoja de que los mayores tengan más asegurado el porvenir que los jóvenes. Vuelve a resonar el oráculo de Standing (2011/2013) advirtiendo de los peligros que, para nuestras sociedades, tiene dejar en la cuneta a los jóvenes (junto a otros cada vez más numerosos colectivos), arrojándolos a las regiones de sombra donde se constituye el precariado como “*new dangerous class*” (que conectaría con MacDonald, 1997).

Las transiciones juveniles contemporáneas (a las que nos dedicaremos en el último apartado de este capítulo) se caracterizarían, más allá de por su eventual reversibilidad (que no refleja sino una precariedad o una provisionalidad existencial), por su retraso, provocado por una situación de bloqueo que, naciendo de su situación laboral, se extiende al conjunto de la vida de los individuos, haciéndolos dependientes, en grados variables, de sus padres por períodos cada vez más prolongados (Santos, 1999a, 2003; Conde, 1999; Alonso de Armijo *et al.*, 2002; Gentile, 2013; CJE, 2014). Los jóvenes se encontrarían, así, ante una situación de insuficiencia económica (sobre todo en

cuanto a falta de regularidad de los ingresos), que les sitúa en una posición desde la que no es posible desarrollar planes a largo plazo (de la precariedad laboral a una precariedad en la constitución de los proyectos de vida –Alonso, 2013-, el riesgo, cada vez más extendido, de una “precariedad como destino”, como dice Castel, 1995/1997:415). Incluso en casos en los que el individuo está trabajando, los ingresos son tan escasos y tan incierta su continuidad en el tiempo que no permiten la emancipación residencial, máxime habida cuenta de los elevados precios de la vivienda en España (López Calle y Castillo, 2004; Jurado, 2007; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Moreno *et al.*, 2012). Se prolonga la estancia en ese “purgatorio de la inserción” laboral que antes apuntamos (Santos, 2006:69). De hecho, Santamaría (2010) llega a plantear que se debería cuestionar la propia noción de “inserción laboral”, que alude a ocupar un hueco existente (a “colocarse”, dice esta autora), mientras que la realidad contemporánea parece situar a los individuos ante la necesidad de hacerse ellos mismos el hueco (“montárselo”, “buscarse la vida”), normalmente un nicho inestable, breve, transitorio²³³. Durante esa larga marcha se prolonga, correlativamente, como estrategia o como simple protección, la permanencia en el hogar familiar, lo que ha influido en el alargamiento, también, del período formativo, como veremos a continuación (García Montalvo y Peiró, 1999; Santos, 2003; Santos *et al.*, 2004; Frutos, 2006; García Aller, 2006; Tezanos *et al.*, 2010; Santamaría, 2012)²³⁴.

Ante esta situación, se postula la necesidad de que las políticas de apoyo a los jóvenes se adapten a las nuevas condiciones en que se realizan sus transiciones, no partiendo de esquemas lineales válidos para todos por igual, sino apoyando individualmente cada proyecto vital concreto (Casal, 1999; Gentile y Mayer, 2009). Los dispositivos de inserción (Santos *et al.*, 2004) que conformaron el programa de la modernidad, masivos y estandarizados, podrían haber quedado obsoletos y resultar incluso disfuncionales para los jóvenes.

²³³ Sobre la inserción como estado/proceso permanente, que nunca termina de alcanzarse (comparándolo con el suplicio de Sísifo), ya había escrito Castel (1995/1997).

²³⁴ Tendencias, todas ellas, ya advertidas, hace tres décadas, en el informe de De Zárraga (1985). Los datos que se manejan allí para argumentar al respecto resultan, a día de hoy, de gran interés para acercarnos al imparable proceso de naturalización de la precariedad juvenil en todos los ámbitos.

3. El/la joven como encarnación del “tipo posmoderno”: una “formación” en la frustración.

Como plantea Serrano (1999:62-63), el joven encarnaría, en la mirada que tradicionalmente se ha vertido sobre él, los rasgos del “hombre nuevo” del capitalismo globalizado (véase 3.7). Flexible (al menos estereotípicamente), de mente abierta (en formación), sin ataduras (por voluntad propia o por imposibilidad debida al contexto), móvil y cosmopolita (ídem: al menos estereotípicamente), adaptable y crecientemente polivalente, cada vez más pluriespecializado. Se trataría de una generación dominada por lo aleatorio y que se asentaría en una “ética de experimentación” (Machado, 2001/2007:29), que no se vive con pasividad, sino con un importante (y, por momentos, estresante) componente performativo, habida cuenta de la ausencia (o la inutilidad actual) de reglas de actuación que resulten válidas en el nuevo contexto (dependiendo, indudablemente, esta posibilidad creativa en lo biográfico de los márgenes de maniobra que permitan las distintas situaciones socioeconómicas de partida de dichos jóvenes, como venimos insistiendo).

En sus coordenadas vitales prima el corto plazo, la exacerbación del momento presente (Santos, 2003; Verdú, 2003; García Aller, 2006; Artegui, 2011), la velocidad (el desasosiego, podríamos decir, en términos clásicos), la inmediatez, lo efímero, lo rápido²³⁵, la adaptabilidad (Rodríguez y Ballesteros, 2013), junto a una “pulsión” competitiva que se intenta hacer pasar por natural. Todos estos rasgos se desenvuelven, se desarrollan, en un contexto de creciente dificultad para acceder a las señas indicadoras que, un día, marcaron la senda del tránsito a la condición adulta, actuando como remedo posmoderno de aquellos rasgos sólidos y estables con que los jóvenes de otras épocas construían sus biografías (como ya vimos en 2.6). El debate sobre si este “afán” por trabajar (y la aceptación del dogma de la flexibilidad), que sería el motor que empuja a esta generación a una desaforada competitividad, responde a intereses puramente instrumentales o persigue sentidos más “profundos” (vale decir posmaterialistas), es decir, si cabe hablar de

²³⁵ García Aller (2006), en su retrato de esta generación, recuerda que “wiki” es un término hawaiano que significa “rápido”. En su traslación al ámbito del consumo, Bauman (2007/2007) lee a Italo Calvino (1972/2012) y nos introduce en el permanente ciclo consumista: comprar, tirar, comprar.

“conversión”, “utilización” o “resignación” con respecto a la fe del neoliberalismo, puede seguirse en Kovács (2014). Quizás, como apuntan Pérez-Agote y Santamaría (2008), la propia desesperanza, la sensación de desconcierto ante una situación de transitoriedad que no termina nunca, acabe empujando a los jóvenes a un pragmatismo que no estaba inicialmente en sus planes (una versión de la sentencia de Sennett en torno a la supervivencia de los -muy escasos- más aptos en el contexto del capitalismo contemporáneo).

Para Sanmartín y Ballesteros (2015), estaríamos ante una generación que hace de la transformación (del cambio) permanente su filosofía de vida, su actitud básica (su brújula) para moverse por el mundo social. Una generación compuesta por jóvenes en permanente reciclaje, continuamente reinventados en lo profesional y en lo vital, espontáneos, capaces de deshacerse del pasado y empezar de cero a cada paso, adaptándose a las circunstancias, siempre cambiantes, del presente (el futuro es visto sólo en el corto plazo). Una generación, en suma, dicen, resiliente. Muy diversas son las etiquetas (en el sentido, incluso, de la teoría del etiquetado) y los nombres que han pretendido caracterizar a esta generación, más allá del recurrente “perdida”: generación “en fuga” (Santos, 2013:127), generación “atrapada” (Sanmartín y Ballesteros, 2015), “generación flexible” (Rodríguez y Ballesteros, 2013), “generación precaria” (García Aller, 2006), “generación esquilmada” (Castillo y López Calle, 2007), “generación puteada” (como dice un informante en Pérez-Agote y Santamaría, 2008)...

Más allá de lo arriesgado que nos pueda resultar el intento de manejar la noción de generación, entendemos que este enfoque presenta a la juventud como una suerte de apátridas, de nómadas eternos, sin mencionar un elemento que entendemos fundamental, como es que no cabe hablar en términos esencialistas de generación, habida cuenta de que muchos jóvenes no sólo no son resilientes (ni cualquier otro de los rasgos que se les atribuyen “generacionalmente”), sino que no quisieran serlo en ningún caso. Precisamente para evitar ese vagar sin fin, el elemento que obvian Sanmartín y Ballesteros es el que destacaba Sennett (señalar las estrellas no quiere decir que olvidemos el dedo que nos impone la dirección de la mirada): la competitividad. La competitividad, la acción individual (familiar, sostenemos en esta tesis), como mecanismo de defensa (más que como arma ofensiva) ante

la incertidumbre, rasgo principal del discurso de los jóvenes (y de sus padres Rodríguez, Ballesteros y Megías, 2011) respecto al futuro (Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Artegui, 2014)²³⁶.

Esta competitividad, reflejo de un individualismo que muestra, a partes iguales, el “esplendor de la racionalidad económica” y la “degradación de la racionalidad social” (Santos, 2003:88) tiene una de sus *arenas* principales en la acumulación de credenciales educativas. No en vano, el discurso de las competencias ha sido distribuido, de forma extraordinaria, entre los jóvenes, que cada vez pasan más tiempo en instituciones educativas, en las que este dogma se ha convertido en mantra. Los jóvenes han de estar debidamente “activados”, interiorizar (o impostar con gran credibilidad) la lógica competitiva y credencialista (por más que sus visiones tiendan a apuntar a otros factores como elementos clave del éxito laboral), mantener siempre actualizadas sus competencias, su capacidad de emprendimiento, de asumir riesgos y renunciar al pasado, su empleabilidad, en suma (Muñoz y Santos, 2014), que va mucho más allá de lo que tradicionalmente han demandado las empresas, para abarcar toda una serie de cualidades “personales”. En su informe al respecto, plantean Alonso *et al.* (2009:41-42 –véase, asimismo, Santamaría, 2012):

“Al parecer, las empresas comienzan a exigir de sus candidatos, cada vez más, ciertas competencias que tradicionalmente no han formado parte del currículo académico, tales como habilidades sociales, liderazgo, capacidad de trabajo en equipo, gestión del estrés, inteligencia emocional y otras. De este modo, los jóvenes universitarios no sólo deben poseer unos conocimientos teóricos suficientes, sino, además, toda una serie de “nuevas” destrezas”.

Estas nuevas competencias, como vimos (capítulo 3.7), no se les piden exclusivamente a los jóvenes, por más que ellos, por su posición con respecto al mercado de trabajo (fuera, esperando entrar) son los que sienten esta demanda de un modo más intenso. Son los tiempos de las “inteligencias múltiples”, las “inteligencias emocionales” o las “competencias de personalidad”. Por desgracia para los jóvenes, se da por supuesto que los

²³⁶ A algunos jóvenes, es cierto, les gusta la incertidumbre y esta “ética de aventura”. Estos son los jóvenes que valoran la crisis como “oportunidad”, como se recoge en los trabajos de Gentile (2015) o Rodríguez y Ballesteros (2013).

recién titulados carecen de buena parte de estas características (y más: son faltos de iniciativa, faltos de seriedad, faltos de compromiso, faltos de capacidad de sacrificio...) ²³⁷. Por suerte para los jóvenes, todas ellas se pueden adquirir en el mercado de las credenciales, siempre que se esté dispuesto a, manteniendo el rol de “buscador activo de empleo”, seguir formándose adoptando el papel de “cursillista”.

La decisión de prolongar el período formativo, de retomar la formación después de haberla abandonado, o de seguir consiguiendo (consumiendo) credenciales en el sistema de formación continua, es tomada como una inversión frente a las circunstancias del mercado de trabajo. Un aumento del nivel formativo, se piensa, protege (inversión defensiva) contra el desempleo y la precariedad, y facilitaría el posicionamiento social (Masjuan, Troiano y Vivas, 1999; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Cachón, 2004; CES, 2006; Colectivo IOÉ, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014; Gentile, 2015). Más allá de la representación social (un tanto ambivalente, como veremos a continuación, en este punto), los datos parecen ratificar (aunque no de modo irrefutable) esta visión (Garrido Medina, 1996a; Santos *et al.*, 2004; Ramos-Díaz, 2004; Comisión de expertos para el diálogo social, 2005; CES, 2006; Moreno Mínguez, 2009; Moreno *et al.*, 2012; Gentile, 2013), por más que no faltan autores que llaman a matizar esta correspondencia entre “más formación, mejores empleos” (máxime si la consideramos en perspectiva longitudinal a lo largo de la carrera del individuo, como plantean García Espejo, Gutiérrez e Ibáñez, 1999), siquiera aludiendo a la importancia de la posición de partida, que sería el verdadero elemento explicativo de los diferentes logros laborales, de las posibilidades de rendimiento de los títulos educativos obtenidos (Martín Criado, 1997, 1998; García Montalvo y Peiró, 1999; García Espejo y Gutiérrez, 2000; Lefresne, 2000; Toharia *et al.*, 2001; Frutos, 2006; CES, 2006; Waisgrais y Calero, 2008; Moreno Mínguez, 2009).

Asimismo, hay quien señala que la estrategia de mejorar el expediente académico o acumular exclusivamente credenciales educativas puede no ser la más rentable en el mercado de trabajo (Masjuan *et al.*, 1999). La dedicación

²³⁷ Véase, en ese sentido, en el trabajo de Alonso *et al.* (2009), su análisis a partir de grupos de discusión con empleadores y las críticas que éstos ofrecen al sistema educativo y, por extensión, a los titulados que de él egresan.

exclusiva al estudio puede que no sea lo que proporcione un rendimiento laboral más alto en el nuevo contexto de las competencias, tamizado siempre por el viejo contexto de los otros tipos de capitales (como tan insistentemente recordase Requena, 1991)²³⁸ y compungido por el contexto socioeconómico general y el mercado de trabajo concreto. Como recordaba Castel (1995/1997:409), criticando la apuesta exclusiva por la cualificación (en su caso más como apuesta institucional que como decisión individual), lo que se logrará con esto es que “más bien que en una reducción de desempleo, se desemboque en una elevación del nivel de calificación de los desempleados (...) resulta ilusorio deducir que los no-empleados podrán encontrar empleo simplemente elevando su nivel”. La formación, por sí misma, no genera empleo.

Para los economistas Toharia, Davia y Hernanz (2001), el consumo de formación (ya masivo y creciente, tendente a una imparable proliferación de nuevos productos formativos) obedece a la lógica del coste de oportunidad: los jóvenes prolongarán su etapa formativa (o la retomarán, o se dedicarán con más fruición a la búsqueda de credenciales) en la medida en que el mercado laboral no les ofrezca alternativas más deseables... o les exija más que antes para acceder a los mismos puestos (véase, asimismo, Garrido Medina, 1996a; García Montalvo, 2009; o Cachón, 2000, sobre la “competencia descendente” y el aumento de la presión para la formación que implica). En la misma línea, también, se expresan Pereda, Actis y De Prada (Colectivo IOÉ, 2013:10):

“la generalización del desempleo juvenil pone en valor el currículo con vistas a poder concursar o acceder con ventaja a los escasos empleos que se ofertan, lo que ha provocado la permanencia en la escuela o la vuelta a ella por parte de un sector de jóvenes que, en las condiciones anteriores, estaría trabajando”.

²³⁸ Quien aconseja sin ambages que, ante la reducción de utilidad de los títulos académicos (o ante la ficción de la meritocracia, incluso, como también recogen Santos -2003-, o López Calle y Castillo -2004), los jóvenes deberían invertir más en capital relacional que en seguir aumentando su carpeta de credenciales: “La saturación de los mercados de trabajo hace que no sólo sean necesarios activos culturales y educativos, sino que resulta indispensable invertir en relaciones sociales. Todo ello confirma la hipótesis del capital relacional, que supone que cada relación informal proporciona una ventaja ocupacional” (Requena, 1991:187). En una profundización de estas tesis, a otro nivel, véase Hakim (2011/2012) o, desde un enfoque más clásico o menos controvertido, López Calle y Castillo (2004).

Similar afirmación plantea (conste que hace veinte años desde nuestros días) Luis Garrido (1996a:242): “El éxito individual relativo en el logro de trabajo al que dan lugar los estudios hace que se generalice la opción por continuar los estudios”. A decir de Cachón (Cachón, 2004:55; Cachón y Lefresne, 1999:71), la formación no deja de ser una “huida hacia adelante” ante la constatación de que la sobreabundancia de titulados ha devaluado unos títulos que, no pudiendo ser absorbidos por el mercado de trabajo español (de ahí a la fuga de cerebros), apenas cumplen la función de señalamiento social, siendo necesario, para lograr ahora el mismo efecto, seguir acumulando más y más credenciales, en un proceso que, para muchos, parece no tener fin. Santamaría (2012), en ese sentido, enfatiza la contradicción que se da en un mercado de trabajo que pide una cualificación que, para la mayoría de los trabajos, no se aplica nunca (en la misma línea, Grupo Krisis -1999/2002- o García Espejo y Gutiérrez -2000). La salida a esta situación es, paradójicamente, aumentar el nivel de estudios o de formación especializada (como también apuntan Sanmartín y Ballesteros, 2015), con lo que se entra en un círculo vicioso: “si ahora valen menos, hay que acumular más para tener la misma cantidad que se tendría sin devaluación” (Martín Criado, 1998:125), y así progresivamente. Otra posibilidad consiste, simplemente, en bajar las expectativas laborales y mantener una “sobrecualificación a la baja” ocupando puestos de empleo más precarizados (estrategia a la que también alude Gentile -2013-, señalando los efectos perjudiciales que esto tiene sobre la ventaja relativa de los titulados universitarios con respecto a otros niveles educativos). Para Alonso (2013), la elevación del nivel formativo de los trabajadores no ha servido para evitar la precariedad, sino, muy al contrario, para extenderla a niveles anteriormente a resguardo de ella (véase, en la misma línea, Alonso y Fernández, 2009a). Como apunta Martín Criado (1998), las ventajas proporcionadas por los títulos han disminuido, por más que la “sobrevaloración” que indicase De Zárraga (1985), que se había producido desde los años setenta, siga fuertemente arraigada en el imaginario colectivo, que identifica cualificación con mayores posibilidades de posicionamiento social (la lógica de “colocarse” o “montárselo” de que hablase Santamaría -2010- en su análisis del cambio de patrones de inserción/transición laboral).

Otros autores, más críticos con los jóvenes, consideran que es la comodidad (o la falta de posibilidades reales) lo que les mueve a seguir distrayendo su tiempo en la obtención de títulos que no van a poder hacer valer en el mercado de trabajo: el sistema educativo como refugio (o como “aparcamiento”, a decir de Alonso -2000a y 2000b- o del CJE -2014:102), paralelo al refugio familiar, que tiende a financiar (junto al propio Estado, aunque en mayor medida que éste) esta moratoria formativa frente al desempleo y la precariedad (véase Toharia *et al.*, 2001; García Aller, 2006; o, desde una perspectiva menos crítica, que achaca esa permanencia en el sistema formativo a la falta de oportunidades laborales, Cachón y Lefresne, 1999; Alonso, 2000a, 2000b; Santos, 2003; Santos *et al.*, 2004; Cachón, 2004; Pérez-Agote y Santamaría, 2008)²³⁹.

No debemos obviar, por lo demás, que estamos ante una competitividad (inversión para un “sálvese quien pueda”, Sanmartín y Ballesteros, 2015:251) con respecto al resto de individuos que tratan de integrarse también en el mercado de trabajo, una competitividad de corte credencialista y, por definición, esencialmente individualista (Alonso, 2013; Gentile, 2013) o, como defendemos a lo largo de esta tesis (véase, especialmente, lo recogido en el capítulo 10.2), familiar, por cuanto son las familias las que asumen buena parte de los costes, tanto directos como indirectos, de estas “inversiones” formativas (con Lefresne, 2000). Podría tomarse esta “tozuda insistencia” en la formación como indicio de un desajuste, como reflejo una época en la que no se da correspondencia entre las pautas de desarrollo aprendidas y la realidad, que muestra cómo estas reglas en que los jóvenes se han socializado ya no operan como garantía de integración, ni de futuro... sin que existan unas reglas alternativas, lo que acaba conduciendo a la acumulación de títulos, intentando conjugar el discurso de la empleabilidad, de las competencias, de la flexibilidad con el más clásico discurso meritocrático que tomaba la formación como herramienta de movilidad social²⁴⁰.

²³⁹ Pérez-Agote y Santamaría (2008), como García Aller (2006) o Alonso *et al.* (2009), apuntan otra cuestión: la propia inercia del estudiante, que accede a la universidad, muchas veces, sin siquiera haberse planteado otras alternativas: “Era lo que toca a los 18, ¿no?”, le dice una informante a García Aller (2006:121), “O hacías una carrera o eras un inútil”, afirma, más caústica, otra entrevistada en el estudio de Pérez-Agote y Santamaría (2008:91).

²⁴⁰ ¿No será acaso la formación, o incluso la Educación, en sentido amplio, una “institución concha” a la manera de Giddens (1999/2001)? Como los zombis de algunas películas de Romero (el halo espectral ya

Esta situación de desconcierto, siempre alimentada por más cantos de sirena respecto a más formación y exacerbada por la quiebra de las grandes certezas que guiaron los pasos de padres y generaciones anteriores, puede conducir a los jóvenes a itinerarios ciertamente caóticos, incoherentes, en los que se realicen largas pero erráticas singladuras formativas (“absurdos recorridos educativos”, Santos y Muñoz, 2015:14), que dificulten más todavía el propio itinerario laboral (Garrido Medina, 1996b; Casal, 1999:174; Toharia *et al.*, 2001). Formación sin meta, sin *sentido*:

“Observamos cómo el proceso formativo se alarga en el tiempo sin objetivos concretos, construyendo bolsas de jóvenes hipercualificados, pero sin ningún sentido, de tal manera que proyectar una mínima planificación en el recorrido por el sistema educativo carece de cualquier interés” (CJE, 2014:20).

Más allá de la frustración individual que genera, o de los “disgustos” familiares, la sobrecualificación supone un despilfarro de recursos económicos, públicos, que no obtienen rendimiento en el mercado laboral español, incapaz de crear el número suficiente de empleos para dar respuesta a las capacidades de los jóvenes que a él intentan acceder (Alonso, 2000a, 2000b; Santos, 2003; Albert *et al.*, 2008; García Montalvo, 2009; Alonso *et al.*, 2009), lo que puede acabar dando lugar al fenómeno de la “fuga de cerebros” (Gentile, 2013), de emigración al extranjero de jóvenes altamente cualificados que no encuentran acomodo en el sistema productivo español.

Participar en esta competición requiere, en cualquier caso, abundantes recursos (sea o no fantasma, los billetes que dispensa la estación tienen un coste bien real), lo cual marca (o agrava) una diferencia entre los jóvenes (insistimos en que, pese a hablar de jóvenes, puede extrapolarse esta reflexión al conjunto de la sociedad) en virtud de si pueden acceder o no (y por cuánto tiempo) a este “mercado de las credenciales” (López Calle y Castillo, 2004:58): “lo que para las empresas es un negocio, para los alumnos que pueden pagar estos recursos es una inversión, toda vez, claro está, que se asegure el

lo aporta la “estación fantasma” de la metáfora beckiana), los individuos siguen acudiendo a las instituciones educativas, siguen haciendo lo que siempre les han dicho que conviene hacer, lo que debe hacerse.

reconocimiento en el mercado de trabajo de estas credenciales” (López Calle y Castillo, 2004:62). Y esa es, precisamente, la segunda parte del “trato”, la que tantas veces genera frustración en unos jóvenes que, seducidos por el “*marketing* educativo”, pueden terminar desarrollando itinerarios ciertamente incoherentes de acumulación de títulos y diplomas sin rendimiento en el mercado laboral. Esta diferencia de situaciones determina, igualmente, el propio nivel de tolerancia con respecto a las distintas formas de precariedad laboral que pueden encontrar en el mercado de trabajo²⁴¹.

De hecho, la institucionalización de las *trayectorias de precariedad* ya está recogida en los trabajos de Casal (véase, por ejemplo, 1999, 2000, o, para una aplicación reciente, Verd y López-Andreu, 2012)²⁴², y se presenta como una tendencia que acompaña, paradójicamente, al incremento en el consumo de acreditaciones académicas durante las últimas décadas: la trayectoria de precariedad, el bloqueo de las transiciones, parece hasta cierto punto indiferente a los aumentos en capital formativo (y viceversa...) acumulados por los jóvenes durante sus (cada vez más) prolongados períodos educativos: la titulación no siempre protege contra la precariedad (Masjuan *et al.*, 1999; Fernández Steinko, 1999; Santamaría, 2012), generando todo ello un profundo sentimiento de frustración, de engaño, de pérdida de fe en la educación y en el discurso meritocrático (Santos, 2003; Gentile, 2005; Gálvez, 2007a; Alonso y Fernández, 2009a; Standing, 2011/2013; Alonso, 2013)²⁴³. La seguridad aparece como el principal anhelo; la estabilidad, como el rasgo más valorado de un trabajo y, así, la precariedad cristalizada como estado permanente ocupa el primer puesto en el imaginario de miedos de esta generación (Santos, 2003; Gentile, 2005; Pérez-Agote y Santamaría, 2008). De la Cal (2002, como ya

²⁴¹ En esos términos se expresan los universitarios del estudio de Pérez-Agote y Santamaría (2008:95), cuando justifican la prolongación de su etapa formativa, durante la cual su familia actúa como colchón: “Nos podemos permitir ese lujo en la mayoría de los casos y tiramos y tiramos hasta que encontramos lo que se adapte a nuestras necesidades, desechando o descartando cosas (...) Entonces, esa comodidad nos permite ser más exigentes, buscar un trabajo mejor”. Es la estrategia de “prolongar los estudios y residir en el hogar familiar hasta la llegada de la tierra prometida de un buen empleo informacional, donde poder rentabilizar el título universitario”, que describe Santos al hablar de los *jóvenes de larga duración* (2003:93).

²⁴² Desde otra tradición intelectual, Kovács (2014) llega a conclusiones similares: las trayectorias precarias estarían tendiendo a hacerse mayoritarias entre los jóvenes.

²⁴³ Llamamos la atención sobre la existencia de estudios que apuntan hacia la tendencia a la frustración y al descontento incluso entre aquellos colectivos de jóvenes que sí han visto recompensada su inversión educativa (estos que, por supuesto, consideran que existe una correlación significativa entre nivel de estudios y éxito laboral relativo). Véase, por ejemplo, Tezanos *et al.* (2010).

había planteado, en otros términos, Casal, 1999) introduce un nuevo elemento para “temer” estas trayectorias por los márgenes del empleo (como diría Santamaría, 2012): la posibilidad de que estos empleos precarios estén afectando negativamente a la cualificación de los jóvenes que los desempeñan, que se podrían estar viendo incluso incapacitados para desarrollar, llegado el caso, un “buen empleo”, por carecer de las competencias profesionales que este tipo de empleos de calidad demanden, o por haberlas perdido en su periplo de empleos precarios (en un sentido similar se manifiesta Garrido Medina, 1996b; o Santos, 1999b, este último refiriéndose a los efectos negativos del desempleo de larga duración).

Sea como sea, afirman Rodríguez y Ballesteros (2013), los jóvenes españoles actuales, después de (y pese a) años de crisis, valoran positivamente los estudios para conseguir una mejor inserción laboral y, más a largo plazo, para el desarrollo de una carrera profesional que les permita un posicionamiento social más elevado. Pensarían, en suma, que, a pesar de todo, los títulos siempre suponen una ventaja con respecto a quienes no los tienen y que esa inversión, ese esfuerzo, al final (al final) se verá “recompensada” (cuando el feliz pacto social se vuelva a instituir, los títulos volverán a ser debidamente valorados –Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015).

Es, como dicen Sanmartín y Ballesteros (2015) citando a los jóvenes que han investigado, una cuestión de fe (sic) en la formación y en su capacidad salvadora, como garantía para conseguir un mejor empleo, como ancla para no ser arrastrados por olas de deprimente pesimismo y frustración biográfica o, simplemente, para no caer en el circuito de la exclusión social. En un apartado que se titula como el célebre lema *punk* (“*No future*”), Alonso de Armiño *et al.* (2002:168 y ss.) recogían, antes de la crisis económica, esta visión por parte de los jóvenes que entrevistaron:

“Es como si se tratara de un sorteo y mientras que ellos, en virtud de sus estudios realizados, disponen de un boleto que puede ser premiado (aunque las opciones sean mínimas), los no universitarios ni siquiera cuentan con opción para participar y por tanto tampoco tienen esperanzas de resultar agraciados (...) No se trata sólo de la interiorización del discurso neoliberal de que a mayor acumulación de conocimientos más facilidad

para encontrar un trabajo digno, sino que ante una visión desoladora de futuro, de un no-futuro, se plantea la necesidad de mantener ocupado el tiempo. Y parece ser que la solución que encuentran una mayoría, especialmente entre los universitarios, es la de seguir estudiando” (pp. 168-170).

De los títulos como condición necesaria pero no suficiente (nunca es suficiente) a la vida como aventura (o azar) o la juventud como sala de espera (de paredes, al menos, verde-aula, relajantes por familiares). Tal es el recorrido que conduce a caer en el “cursillismo”, como es definida por Alonso esta figura (2000a:41-42 o 2000b:84), la del

“cursillista permanente, la de los jóvenes que van corriendo de un curso a otro sin acabar de entrar en el mercado de trabajo (...) generaciones de jóvenes [que] atesoran gran cantidad de horas de estudio, compran a precio de oro enseñanzas de todo grado, demandan de forma patéticamente adaptativa gran cantidad de cualificaciones suplementarias y de conocimientos añadidos sobre sus titulaciones de base, pero estos conocimientos jamás se hacen efectivos para una parte bien importante de sus efectivos”.

Una fiebre por conseguir títulos (“titulitis”, como apuntan Alonso y Fernández -2008:76, 2009a:124- o Alonso -2013:230; “fetichismo de títulos”, que dice García Aller -2006:54), por lograr ese “plus formativo” que proporcionase alguna ventaja en la carrera competitiva, que se extiende a todas las clases sociales, variando en función de las posibilidades económicas de cada familia, con lo que ello supone de agravar las distancias, la brecha social: “El credencialismo sólo ayuda, así, a aumentar las diferencias y la desigualdad, haciendo las cosas más difíciles a los que menos posibilidades tienen de comprar estos diplomas” (Alonso, 2000b:106)²⁴⁴. Así, mientras unos hacen másteres o doctorados, otros realizan cursos de sindicatos o de los servicios públicos de empleo (Martín Criado, 1998; García Aller, 2006; Alonso *et al.*, 2009), pero todos intentan obtener formación suplementaria que les pudiera ser de utilidad en su proceso de posicionamiento social, de inserción

²⁴⁴ Sobre el impacto de la sobrecualificación en la devaluación masiva de los títulos y, a través de esta, en el reforzamiento de las desigualdades de origen, véase Baizán (2003).

laboral (Carabaña, 2004; Santamaría, 2012; Gentile, 2013; Rodríguez y Ballesteros, 2013). De forma muy gráfica lo describe la periodista Marta García Aller (2006:65) en un epígrafe titulado “El negocio de los máster” y dedicado a esta “prórroga bendita” (p. 62) para continuar con la vida de estudiante como alternativa al desempleo o la precariedad laboral:

“Al final, con lo de los títulos, actuamos igual que cuando nos quejamos porque un bar está hasta los topes. Protestamos del agobio y de lo que se tarda en conseguir una copa, pero nadie quiere irse, porque a todos nos gusta ese bar. Nos quejamos en alto, eso sí, echando para atrás con el codo para ganar espacio, a ver si así se marchan los demás y nos dejan sitio”.

Esa presión (más allá de que pueda acabar asfixiando a los individuos), basada en una universalización (o masificación, cuando menos) de los títulos universitarios, tiende a generar una inflación, una devaluación de dichos títulos, que pierden valor ante la sobreabundancia de poseedores (dejan de “distinguir”, incluso en términos bourdieuanos). Pierden capacidad de señalamiento y pasan a considerarse estrato primero (base necesaria pero insuficiente en sí misma, como ya se apuntaba en el clásico informe de De Zárraga, 1985), cada vez más al fondo, cada vez menos distintivo, más degradado (Martín Criado, 1998; García Espejo *et al.*, 1999; Toharia *et al.*, 2001; López Calle y Castillo, 2004; García Aller, 2006; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Alonso y Fernández, 2008, 2009a; Moreno Mínguez, 2009; Gentile y Mayer, 2009; Santamaría, 2010; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Gentile, 2013, 2015; Alonso, 2013; CJE, 2014) y generan una sobrecualificación que empuja al conjunto del mercado laboral, sustituyendo (desplazando) los universitarios a otros trabajadores menos cualificados... en empleos que no exigen (o exigen una menor) cualificación (García Espejo *et al.*, 1999; Cachón, 2000; López Calle y Castillo, 2004; Sánchez Moreno, 2005; CES, 2006; Moreno *et al.*, 2012).

Muy críticos con este sistema basado en el cursillismo, en la formación (y el discurso neoliberal que lleva aparejada: la responsabilidad es del individuo), y en entretener (a buen precio) a los jóvenes ante la imposibilidad de encontrar empleo, se muestran Santos *et al.* (2004), Alonso de Armiño *et al.*

(2002), o Serrano (1999), para quien esta proliferación de programas instala a los jóvenes en una condición de “estudiantes indefinidos”, sin acceder al mercado laboral, con lo que ello implica de retrasos en el desarrollo de sus itinerarios biográficos. Asimismo, este continuo acumular de credenciales de todo tipo genera también frustración (desmotivación, desaliento, decepción... depresión) entre los propios jóvenes, que con frecuencia llegan a sentirse engañados (o desengañados, que no es igual), resentidos (Alonso *et al.*, 2009), no ya sólo con quienes les ofrecen los diplomas en el mercado de las competencias, sino también con respecto a la sociedad en su conjunto, a la que se considera “en deuda” con ellos después de haber cumplido su parte del trato (formación y espera a cambio de inserción plena) (Santos *et al.*, 2004; Sánchez Moreno, 2004; Langa, 2005; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Ariño y Llopis, 2011; Rodríguez y Ballesteros, 2013). Apuntan Pérez-Agote y Santamaría cómo una parte de estos jóvenes se sienten “traicionados” después de haber puesto, ellos y sus familias, los medios socialmente prescritos, sin conseguir los fines que el imaginario colectivo asocia a dicho esfuerzo. De todas las etiquetas que recibe esta generación, quizás la más abrupta sea la que utiliza uno de sus informantes cuando explica ese salto al vacío: “y sales con tu título, te sientas y ¡joder! ¡A ver! ¡Alguien me debe algo! Yo he cumplido, ¿no? Pues, ahora que cumplan otros. Y yo tenía esa sensación de injusticia y generación puteada” (Pérez-Agote y Santamaría, 2008:81). En la misma línea, Alonso de Armiño *et al.* (2002:150) recogen otro testimonio, también de un universitario que muestra su desmotivación y frustración porque, como dice, “ha estado los diez mejores años de su vida estudiando como un cabrón y luego sale a la calle y le dan 130.000 pelas al mes, pues apaga y vámonos”. Las promesas incumplidas habrían derrumbado el mito de la educación universitaria, según García Aller (2006). El propio sistema educativo podría haber alimentado unas “expectativas irreales, o al menos desproporcionadas, respecto a la prosaica realidad del mercado de trabajo” (Sanchis, 1988:139), lo que favorece la desilusión, este sentimiento de decepción por parte de los jóvenes.

4. Hacia una identidad poslaboral: entre lo aprendido y lo vivido.

Como una época en que rige una “ética del desconcierto” caracterizan nuestros días Rodríguez y Ballesteros (2013:25). Un desconcierto que todavía es mayor en el caso de los jóvenes, que carecen de experiencia personal para afrontar el nuevo mundo y que, a la vez, constatan la pérdida de vigencia de las guías de conducta que han recibido de sus padres, de los referentes en que se han socializado (García Aller, 2006; Moreno *et al.*, 2012; Sanmartín y Ballesteros, 2015). Sin brújulas, sin mapas, sin modelos pasados, tienen grandes dificultades para trazar su camino y para construirse identitaria y socialmente a lo largo del mismo (Giddens, 1991/1995; Dubar, 2000/2002), máxime teniendo en cuenta las dificultades de inserción laboral que acabamos de revisar en el apartado anterior. En opinión de Santamaría (2007), no cabe hablar tanto de crisis de identidades como de nuevos campos de significado a partir de los cuales se construyen nuevas “configuraciones precarias de la identidad” (p. 634). Los individuos siguen, obviamente, construyendo su identidad, pero ya no lo hacen con las “piezas” estables del pasado, por más que tengan que convivir con estos “fantasmas” que habitan, vívidamente, en el imaginario (y en sus propias familias, en otras figuras, en otros individuos) en que se han socializado. Aguinaga y Comas (2013:119) lo plantean en términos gráficos:

“[para los jóvenes] las instrucciones de uso que les venía proporcionando la sociedad (a través de las instituciones, las familias y los adultos) han desaparecido. Ello les obliga a analizar y a elegir, es decir, a decidir, sin ningún referente previo y en un entorno en el que no es sencillo orientarse y que se percibe como una maraña en la que no parece fácil determinar prioridades”.

La individualización de que hablan Beck y Beck-Gernsheim (2001/2003) es vivida como un salto al vacío en la incertidumbre, teniendo que asumir los propios individuos los riesgos y resultados de sus actos (De Singly, 2005; Santos y Muñoz, 2015). La obligación de elegir, la libertad (de elección, y

mucho más restringida de lo que se tiende a postular) como imposición²⁴⁵. Libertad que, en un contexto marcado por la incertidumbre, carga de un elevado nivel de riesgo cada decisión, haciendo hasta cierto punto imposible la planificación a largo plazo de un devenir esencialmente incierto. Se trata de una incertidumbre que va más allá, aunque la supone, de la mera precariedad de la condición laboral, con su correlato de inseguridad y pérdida de control de los trabajadores sobre sus vidas (Cano, 1996; Conde, 1999; Santos y Muñoz, 2015)²⁴⁶: estaríamos ante una “cultura del riesgo” (Gentile, 2005), de exposición permanente a condiciones de riesgo, de una generación que se hallaría siempre en la provisionalidad, en la eventualidad de unas elecciones que pueden acabar derivando en situaciones de vulnerabilidad social, haciendo de la vida una “aventura” (Machado, 1994, 2001/2007) en la que, no pudiendo prever el futuro a partir del inestable presente, el único horizonte es la supervivencia (Bourdieu, 1998/1999; Alonso, 2004, 2007; Gentile, 2005, 2013, 2015; Alcañiz y Querol, 2015), tomando el cortoplacismo como antídoto ante esa difuminación del futuro (Artegui, 2014) y la familia como el hilo de Ariadna para no perderse en el laberinto de la vida (tal y como veremos en nuestro análisis a partir del trabajo de campo realizado).

Sufren los jóvenes de esta generación, además, toda una serie de tensiones identitarias derivadas de la crisis del valor trabajo (y de sus propias formas precarizadas), tan caro, como vimos (1.2 y 2.1), a la cultura occidental en que se han socializado (Agulló, 1998; Cavia y Martínez, 2013). Sennett (2000/2001:258) se lo pregunta en los siguientes términos: “¿cómo se puede crear una sensación de continuidad personal en un mercado de trabajo en el que las historias son erráticas y discontinuas, en vez de rutinarias y bien definidas?”. La dificultad de obtener un relato vital coherente se vincula con la dificultad de obtener un sentido de identidad personal a partir de un trabajo incierto, volátil. Siguiendo al propio Sennett, De Castro (2012:424) apunta la “profunda alteración de la experiencia temporal de los trabajadores” que resulta

²⁴⁵ Para una revisión de esta cuestión en Sennett, Beck o Giddens, véase Kohler y Martín Artiles (2005: capítulo 8).

²⁴⁶ Incertidumbre generalizada que, obviamente, no se circunscribe a los jóvenes, sino que afecta al global de trabajadores (Arias, 2007; Alonso y Fernández, 2012b), si bien con las necesarias matizaciones que introdujimos con anterioridad al hablar del contexto institucional que perfila el mercado de trabajo español (remitimos al apartado 4.3 para una caracterización de dicho mercado de trabajo).

consecuencia de la reorganización de los procesos productivos y de los mercados de trabajo, y que tiene como principal efecto la dificultad para establecer una continuidad entre pasado, presente y futuro, modificando la configuración narrativa, lineal, de las identidades construidas en torno al trabajo.

Como ya hemos señalado en otros puntos de nuestra exposición, la concepción del trabajo, así como el papel de éste en la configuración de las sociedades y de los propios sujetos, ha variado a lo largo de la Historia (véase 1.2, 2.1 y 3.1). Por circunscribir nuestro análisis a las épocas más recientes, vimos cómo el trabajo se convertía en piedra angular del edificio de la Modernidad, marcador social primero para los individuos, a los que dotaba de estatuto de ciudadanía e identidad reconocida. Constituía, asimismo, el elemento principal del vínculo social que se establecía entre individuos (véase, por ejemplo, Méda, 1995/1998; Antunes, 1995/1999; Offe, 1984/1992b; o Friedmann, 1961/1978). Seguramente, el empleo fordista (máxime atendiendo a las proclamas del propio Ford) no puntuaría muy alto en una medición de valores posmaterialistas asociados al trabajo: sus rutinas no parecen el mejor escenario para la “realización” del trabajador. Con todo, permitía al sujeto ubicarse y religarse socialmente, aportando, así, beneficios que diversos estudios²⁴⁷ han querido demostrar (véase lo expuesto en 4.4 al respecto – especialmente en torno a las notas 179 y 180) y que todas las corrientes de pensamiento han acabado consagrando, con mayor o menor fervor, con unas consideraciones más o menos imbuidas de moralismo (como subraya el manifiesto del Grupo Crisis, 1999/2002). Trabajar es bueno, no trabajar es malo o sospechoso o antisocial.

Ante todo este despliegue ideológico (simplemente coactivo al principio, como recuerda Bauman -1998/2011-, suavemente disciplinario después) de todas las instituciones que formaban el proyecto de la Modernidad, no es de extrañar que la crisis que se desata a partir de los setenta y que agita violentamente las bases de las “sociedades del trabajo” (capítulo 3.1) haya

²⁴⁷ Desde la loa de Freud: “Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad” (Freud, 1988:80. Citado en Rodríguez Victoriano, 1999:103 [Freud, 1930/2016, en nuestra bibliografía]). En un sentido igualmente pro trabajo cabría leerse el clásico trabajo de Friedmann (1961/1978).

multiplicado sus efectos devastadores al chocar con una arraigada concepción del trabajo que lo toma como algo tan positivo como absolutamente necesario, imprescindible. Si el trabajo ocupa un papel central en la biografía de los individuos y en su propia construcción identitaria (Bouffartigue, 1996/1997; Agulló, 1998; Gallardo, 2011; Dávila y Ghiardo, 2011; Valenzuela *et al.*, 2015), su pérdida o degradación afectará a nivel íntimo al sujeto, que puede experimentar este proceso (como vimos: precarización, vulnerabilidad, riesgo) como una expulsión del paraíso (si es que lo conocieron en el pasado) o, en el caso de los más jóvenes (que solo han tenido referencias a partir de otras personas), como un cierre del mismo (*knocking on heaven's door*). El desempleo o la precariedad, en términos amplios, tienen nocivas consecuencias sobre la salud y el bienestar (igualmente en términos amplios) de los sujetos (volvemos a remitir a lo planteado al respecto en el apartado 4.4). La teoría dice que este deterioro será tanto más acusado cuanto más intensamente se haya estado inmerso en el trabajo con anterioridad y, por ahí, los jóvenes que intentan acceder por primera vez al mercado resultarían más inmunes a este modo de desánimo (Garrido Luque, 1999; Espluga *et al.*, 2004)²⁴⁸.

Esta circunstancia, esta pérdida de un pasado mejor (seguramente idealizado, también, como apuntan Pollert, 1991/1994c, o Rodríguez y Ballesteros, 2013), y el hecho de que aquella sociedad del pleno empleo ya no vaya a volver (véase 3.1 y 3.2) han hecho que diversos autores (por ejemplo, Espluga *et al.*, 2004) aboguen por “suavizar” (“desencantar”, dirá Méda - 1995/1998-, desmitificar) la conceptualización del trabajo, relativizar su importancia (disminuir su valoración), al menos a nivel del individuo, de su subjetividad, de su construcción personal (como salvaguarda para su propia salud mental, tal y como planteaba, hace tres décadas, Blanch, 1986). Obviamente, como vimos, en la sociedad poslaboral no faltan las voces que reclaman que los derechos de ciudadanía se desmercantilicen (en una variante de la clásica *decommodification*, a la que aludimos en el capítulo 2.1), se hagan

²⁴⁸ Argumento que se puede vincular rápidamente con toda la construcción en torno al “pacto generacional implícito”: si los jóvenes están a salvo de las consecuencias (depresión, ansiedad, etc.) derivadas de perder un trabajo... porque nunca lo han llegado a tener, tanto a favor de proteger a quienes sí lo han tenido y, se dice, sufrirán más intensamente la pérdida.

independientes de la participación o de la relación del sujeto con respecto a un mercado de trabajo que no acoge a todos los miembros de la sociedad.

Quizás como respuesta adaptativa ante una situación de escasez y degradación del empleo o como resultado de la crisis de las identidades colectivas que las fragmentarias carreras laborales actuales no permiten sostener, quizás como rebrote de una concepción negativa del trabajo (un malestar latente, independiente de las concretas condiciones de empleo) o quizás como correlato de ese posmaterialismo que tiende a ser mediado por el consumo, se estaría generalizando una visión instrumental del trabajo (Korpi, 1980 -citado en Zubero, 1998; Offe, 1984/1992b; Carboni, 1991 -citado en Sanchis, 2004; García Noguerol, 2009). Esta nueva orientación supondría una disociación entre empleo y vida, remitiendo el “ser”, la identidad del individuo, a esferas ajenas a la actividad laboral, cada vez más incierta, inestable y secundaria: la vida está en otra parte (Gorz, 1997/1998; Alonso, 2004; Gentile, 2005). El trabajo, desde esta perspectiva, sometido a procesos de precarización, habría perdido su sentido típico, no siendo capaz de dotar de una identidad firme a los individuos (Muñoz, 2009; Standing, 2011/2013). Así, aunque seguiría teniendo un papel fundamental, absolutamente central, en la vida de los individuos (como afirma Sanchis -2004-, por ejemplo), lo haría únicamente en papel de medio, de instrumento que permite, primero subsistir y evitar la pobreza (como forma de marginalidad, de exclusión social -Bilbao, 1998; Serrano *et al.*, 2001; Muñoz, 2009) y, segundo, abrir la puerta al mundo del consumo, que tendería a constituirse en pilar (con todas las limitaciones que ello supone) de la nueva sociedad “de consumidores”, en la que, igualmente, no consumir equivale a quedar en una posición marginal, excluida (Beck, 2001; Cortina y Conill, 2002; Alonso, 2004; Bauman, 2007/2007, 2010/2011)²⁴⁹.

Esta visión instrumental del trabajo sería tendencia compartida en todos los grupos de edad (CES, 2006), aunque se tiende a personalizar como propia del colectivo juvenil. Los jóvenes, se dice, estarían abandonando las imágenes

²⁴⁹ Todo lo expuesto en este párrafo coincide con el análisis de Callejo (2009), que introduce un interesantísimo elemento comparativo entre dos generaciones de trabajadores, para concluir que la tendencia a la instrumentalización del trabajo no implica una división esencialista entre períodos históricos: no cabe asociar valoración positiva o identidad sólida con el pasado y visión instrumental con el presente.

del trabajo como fuente de identidad y realización personal (que, por lo visto, alguna vez tuvieron, en el pasado) y estarían desarrollando una racionalización en la que el trabajo aparece en términos instrumentales, como medio que facilita la consecución del bienestar emocional, que se obtiene de otras fuentes, como familia, pareja, amistades... y de otras actividades, principalmente vinculadas al tiempo de ocio/consumo (Sanchis, 1988; Conde, 1999; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; CES, 2006; García Aller, 2006; Alonso y Fernández, 2008; Alonso *et al.*, 2009; Moreno Mínguez, 2009)²⁵⁰. Esta reorientación de los elementos centrales de la identidad hacia esferas menos “conflictivas” no es, en absoluto, inocente, y se integra dentro de un dispositivo ideológico centrado en ocultar cualquier atisbo de conflicto social, remitiendo al individuo, a su esfera privada y subjetiva, tanto la responsabilidad de su situación (como vimos), como las posibilidades de autoconstruirse (al respecto, véase 3.7):

“Estos ámbitos son a la vez más rentables, menos conflictivos y mantenidos al alza por las ideologías interesadas en vaciar de contenido lo laboral y de reorientar los deseos de los jóvenes a este terreno del consumo y del ocio” (Santos *et al.*, 2004:302).

El trabajo, en suma, dejaría de ser, para los jóvenes, eje vertebral en su biografía, actividad expresiva de su ser y fuente primera de identidad, y tendería a ser entendido como mera relación de intercambio mercantil, orientada a la consecución de ingresos (Santos, 1999b, 2003; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; CJE, 2014).

No obstante, los autores tienden a distinguir entre las distintas situaciones que caen dentro de ese cajón de sastre llamado “juventud”, para destacar que algunos tipos de jóvenes mantienen (o desarrollan) una visión del trabajo en términos expresivos, como fuente de identidad y de felicidad, como posibilidad de realización personal (Machado, 2001/2007), mientras que otros, adaptándose a, normalizando, situaciones laborales degradadas (temporalidad, inestabilidad, malas condiciones de trabajo, etc.), adoptan una perspectiva

²⁵⁰ Gorz (1997/1998) sitúa este cambio de mentalidad ya en la denominada “Generación X”: una vez más, vemos que fenómenos supuestamente actuales tienen una inercia de décadas después de la gran fractura de la pauta social que se inició con la crisis de los setenta: todo lo posterior no son sino réplicas, resacas de aquella gran ola.

instrumental del trabajo e, incluso, llegan a sentirse relativamente satisfechos, lo que demuestra hasta qué punto se ha naturalizado la precariedad (CES, 2006). Una interesante comparativa entre ambas posiciones puede hallarse en el estudio de Sánchez Moreno (2004, 2005). En dicho trabajo se contrastan las perspectivas hacia el trabajo (y “su trabajo”) de tres colectivos de jóvenes, a saber, jóvenes con baja cualificación, jóvenes con cualificación media o alta que trabajan en ocupaciones por debajo de su nivel de cualificación, y jóvenes con cualificación media o alta y que trabajan en ocupaciones acordes a su nivel de cualificación. Como cabe prever, la valoración del trabajo como medio instrumental o como fuente de identidad o realización personal varía entre los grupos analizados. Quizás lo más interesante es la vinculación que se establece, en el discurso de los jóvenes, entre precariedad (que se traducirá en diferentes grados de satisfacción o diferentes valoraciones e imágenes del trabajo) y desconexión de las biografías laboral y formativa con respecto a las expectativas vitales:

“En la medida en que un trabajo vincula los tres criterios [biografía formativa, biografía laboral y expectativas laborales y personales], nos alejamos de la definición de precariedad. En la medida en que existe una desconexión entre los distintos criterios, emergen procesos disfuncionales que llevarían a la definición de un trabajo como precario” (Sánchez Moreno, 2005:375).

Incluso hay estudios (García Montalvo y Peiró -1999-, por ejemplo) que destacan la aparente paradoja de la pervivencia de valores “pro trabajo”, de la centralidad del trabajo en las vidas de los jóvenes, pese a la precariedad de los empleos que se realizan en la práctica. Tal vez, como apuntaba Sanchis (1988), los jóvenes le conceden una elevada importancia al trabajo, que, como cualquier bien, se revaloriza cuando escasea. Fernández Steinko (1999) ahonda en esta paradoja: la ética del trabajo cambia (del aburrido trabajo fordista a la búsqueda de “sentido” y realización a través del trabajo), precisamente, coincidiendo con el momento histórico de generalización del desempleo y de devaluación de las condiciones de trabajo: se busca sentido en el trabajo cuando el trabajo, especialmente el de calidad, tiende a desaparecer,

“las aspiraciones colisionan contra la escasez de trabajo y las características del que se oferta” (p. 510).

En conclusión, siguiendo a Laparra (2006), quizás quepa decir que el trabajo sigue teniendo una alta valoración en lo que hace a la construcción personal (identidad, carácter, etc.) del individuo, del joven (Agulló, 1998; Gallardo, 2011), y que son las precarias condiciones en que suelen desarrollarse estos trabajos las que marcan las escasas posibilidades de lograr una satisfacción, un cumplimiento de esas elevadas expectativas que se esperaba que el trabajo permitiera alcanzar. Y hablamos tanto de expectativas a nivel laboral como de su correlato en términos de proyecto vital, ahora bloqueado: el trabajo es, pues, visto como mecanismo de integración en la sociedad (Álvarez *et al.*, 1999; Moreno Mínguez, 2009; Rodríguez y Ballesteros, 2013), aunque el trabajo realmente existente (por parafrasear a Castillo, 2005b) sería una llave imperfecta para abrir la cerradura de la inserción. Pero no por esa realidad de desaparición de una forma de empleo y su sustitución por otra pauta precaria se abandona (más bien todo lo contrario) el deseo de un horizonte laboral con trabajos estables, bien remunerados, acordes al nivel de cualificación conseguido: un trabajo “de lo nuestro”, que sea “como el de nuestros padres”²⁵¹. Cuanto mayores son estas expectativas (lo cual está directamente relacionado con el contexto familiar en que se han socializado los distintos jóvenes), o cuanto más improbable se ve alcanzarlas en un margen de tiempo variable, mayor impacto tendrá el choque con una realidad de precariedad o con unas trayectorias de inserción distintas a las pautas trazadas como itinerario a seguir (Espluga *et al.*, 2004).

El nuevo contexto laboral, de trabajos breves, inestables, con frecuencia desconectados entre sí, propicia o facilita toda una serie de crisis de las identidades laborales, en el sentido que maneja Dubar (2000/2002:21), como mutación, por efecto de un proceso de décadas, de la configuración de las formas identitarias. Como vaticinase Sennett de forma recurrente (véase, por ejemplo, 1998/2010, 2000/2001, 2000/2002), la corrosión del carácter, la pérdida del sentido de largo plazo por causa de los procesos de precarización

²⁵¹ La discrepancia de valoración entre el “trabajo ideal”, que permite la realización personal y genera reconocimiento, y el “empleo posible”, como algo poco atractivo, temporal e inseguro, ya se recoge en Serrano *et al.* (2001).

laboral, que se refleja en una sucesión crecientemente aleatoria de empleos (una cultura de lo aleatorio, de lo provisional), dificulta la construcción de una narrativa coherente, de una identidad sólida basada en el trabajo o en el *oficio* (Conde, 1999; Santamaría, 2007²⁵²; De Castro, 2012), del mismo modo que obstaculiza cualquier identificación colectiva (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Precarias a la deriva, 2004; Standing, 2011/2013). Como plantea Dubar (2000/2002:147-148),

“todas las formas anteriores de identificación con colectivos o papeles se han convertido en problemáticas. Las identidades “tayloriana”, “de oficio”, “de clase” o “de empresa” están devaluadas, desestabilizadas, en crisis de no reconocimiento. Todos los “nosotros” anteriores, marcados por lo “comunitario” y que habían permitido identificaciones colectivas y modos de socialización del “yo” a partir de la integración definitiva en dichos colectivos son sospechosos y están devaluados y desestructurados”.

Ante esto, se aprecia una traslación al individuo de la pérdida de centralidad del trabajo como elemento vertebrador de la sociedad (como ya vimos en 3.1). Ahora son otros elementos, como el ocio o el consumo, los que ocupan un papel crecientemente preponderante en la constitución identitaria del sujeto, sobre todo en el caso de los jóvenes (Conde, 1999; García Aller, 2006; Rodríguez y Ballesteros, 2013), pudiendo disociarse vida y trabajo (Zubero, 1998), aunque a veces no se desee y el trabajo siga constituyendo la clave de bóveda en la construcción del individuo (Valenzuela *et al.* -2015-, que apuntan también a Overell -2008).

El trabajo, entonces, cuando resulta precarizado, pasa a recibir una valoración instrumental (Santos, 1999b; Alonso *et al.*, 2009), como mero medio para lograr otros fines más *elevados*, como episodio provisional en el que “se está” (o “se hace”), pero que no llega a sentirse como propio, como parte del “ser” (García Aller, 2006). La identidad, más que firme, sólida y vitalicia, como se presume que fue alguna vez en el pasado (Carnoy, 2000/2001), se presenta como “débil, fluida, recomponible en una multiplicidad de formas y experiencias distintas entre ellas, y que no le garantiza una integración social óptima

²⁵² Remitimos, asimismo, a la revisión que constituye este artículo sobre la obra de otros autores, como Sennett, Beck o Dubar. También el manual de Kohler y Martín Artiles (2005) dedica algunos epígrafes a revisar esta cuestión al referirse a la obra de Offe, Beck, Sennett, Boltanski y Chiapello, Alonso...

(Bauman, 2001)” (Gentile, 2005:28 –véase, en la misma línea, Battistini, 2009). La flexibilidad también alcanza el ámbito de la subjetividad de los individuos, quizás como objetivo último de todo el dispositivo flexibilizador, de todo el discurso neoliberal que, al final, pretendía la victoria conquistando el corazón o la mente de los sujetos, ahora “vaciados” de sus pasados referentes, colectivos, de identificación (Santos, 1999b).

5. Crecer en una época de trayectorias pulverizadas: el puzle biográfico.

Todo este nuevo escenario laboral, caracterizado por la flexibilidad, la precariedad, la terciarización y la globalización, el empleo temporal, la segmentación del mercado de trabajo, las dificultades de ingreso para los individuos recién llegados, etc., genera una ruptura, como vimos, con respecto a la pauta sociolaboral propia del fordismo, fractura que se concreta, entre otros fenómenos, en un colapso de la tradicional carrera laboral, lineal y acumulativa, de que disfrutaron durante los “treinta gloriosos” los “*male breadwinner*” de la época (véase capítulo 2.6). Durante aquella época, como hemos visto, la inserción laboral de los individuos era rápida y, tras breves períodos formativos, el trabajador entraba a formar parte de un mercado laboral en el que, con escasas variaciones, ocuparía siempre una misma posición, que le garantizaba, a él y a su familia, un estatuto ciudadano y un conjunto de derechos que tenían en la seguridad y en la estabilidad su principal valor (Alonso, 2007). Hoy, la noción de carrera laboral resulta cuestionada, puesta en entredicho tanto por la discontinuidad en las biografías laborales que introducen los episodios recurrentes, de mayor o menor duración, de desempleo (Offe, 1984/1992b; Santos, 1999a, 1999b, 2006; García Espejo *et al.*, 1999; Alonso, 2000a; García Espejo y Gutiérrez, 2000; CES, 2006; Pérez-Agote y Santamaría, 2008), como por la falta de coherencia de muchas trayectorias laborales, que no son sino sucesión de empleos precarios, o informales, actividades puntuales que no han de guardar necesariamente relación entre sí (Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Espluga *et al.*, 2004; Zubero, 2006; Frutos, 2006; Tezanos, 2009;

Rodríguez y Ballesteros, 2013), y que convierten a los trabajadores en “nómadas del trabajo” (Gentile, 2005:16), dificultando sobremanera la consolidación de una identidad laboral sólida, articulada en torno a una carrera con *sentido*, una narrativa capaz de dotar al individuo de *carácter* (Sennett, 1998/2010, 2000/2002; Bauman, 1998/2011; Alonso, 2000a, 2000b, 2007; Machado, 2001/2007; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Standing, 2011/2013). Como expresaba hace años Fernando Conde (1999:24),

“se ha pasado a una situación de realización de desempeño de múltiples actividades remuneradas, de ejercicio de una amplia cantidad de empleos inestables, habitualmente sin ningún tipo de relación profesional entre sí, de una diversidad de situaciones sociolaborales que no generan, en casi ningún caso, una mínima trayectoria laboral para el joven que los va desempeñando”.

De modo que este individuo puede acabar inserto en dinámicas de atrapamiento, de bloqueo, que le sitúen en una situación estacionaria indeseable. Por la misma fecha, Serrano (1999:50) destacaba el “carácter rotativo, prolongado e intermitente” de la inserción laboral juvenil, mientras que Recio (1999:143) se refería a “una vida laboral más sincopada”, en la que el ingreso al mundo laboral no sólo se retrasa, sino que está asociado con un largo y complicado proceso de inserción en el que se combinan períodos de desempleo, formación, experiencias de empleos temporales...²⁵³. En los términos del GRET, cabría decir que la trayectoria de *aproximación sucesiva* tiende a perpetuarse (tiende a *trayectoria de precariedad*), cristalizándose en itinerarios permanentemente discontinuos, inestables: la precariedad, con sus efectos, se habría enquistado para cada vez más jóvenes (Casal, 1999; García Montalvo y Peiró, 1999; Recio, 2007; Cano, 2007; OBJOVEM, 2008b; Muñoz,

²⁵³ Recio (1999) también alude a las mayores posibilidades de resultar expulsado del mercado laboral antes de alcanzar la edad de jubilación, lo que vendría a comprimir la vida laboral de los individuos, reduciéndose su duración tanto en la entrada como en la salida. Reducción de los años de vida laboral que también se recoge en Sennett (1998/2010), Prieto y Ramos (1999), Recio (1997), Klammer (2007) o De Castro (2012). Esta compresión de la vida laboral supone, a decir de Alonso (2007) una intensificación de la actividad, que ya no tiene, como sí existían en la pauta fordista, períodos de aprendizaje ni períodos de paulatino relajamiento de la productividad a medida que se acerca el retiro: hoy es precisa una productividad máxima desde el primer día hasta el último.

2009; Santamaría, 2010, 2012; Verd y López-Andreu, 2012; Moreno *et al.*, 2012; Kovács, 2014), dificultando tanto su situación presente como el desarrollo futuro de su biografía laboral (Alonso de Armiño *et al.*, 2002; De la Cal, 2002; García Montalvo, 2009, a partir de Raaum y Roed, 2006; Standing, 2011/2013)²⁵⁴. Obviamente, no debemos pasar por alto que las probabilidades de atrapamiento en este tipo de situaciones con respecto al mercado laboral varían, muy sensiblemente, en función de la situación de partida de los distintos jóvenes (Casal, 1997; Martín Criado, 1998; Santos, 1999b, 2003; Cachón, 2000; Alonso, 2000a, 2000b), por más que sea un *riesgo* que tiende a extenderse a cada vez más y más jóvenes, independientemente de su capital educativo acumulado o de su origen de clase (Poulet, 1996; Masjuan *et al.*, 1999; Lefresne, 2000; CES, 2006; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Santamaría, 2012; Verd y López-Andreu, 2012). Los jóvenes, en definitiva, estarían sufriendo un grave problema de bloqueo en la entrada al mercado de trabajo, traduciéndose la crisis actual más por la menor contratación (y contratación, cuando se produce, en términos precarios) que por una mayor intensidad de destrucción de empleo (Malo y Cueto, 2012). Con la imagen recurrente del puente (Buchtemann y Quack, 1989/1992), Cachón (2000) da cuenta del cambio experimentado en las transiciones profesionales de los jóvenes (vale decir, en su ingreso y desarrollo en el mercado laboral) desde la crisis de los setenta:

“El modelo tradicional de paso de la escuela a la vida activa era el de un corto puente, que se cruzaba de modo relativamente rápido y seguro. Hoy ese modelo se ha complejizado considerablemente y la transición profesional (o mejor, las transiciones profesionales) no sólo se ha retrasado (como consecuencia del incremento de la escolaridad), sino que se ha alargado y se han multiplicado los diversos estatutos o posiciones que los jóvenes recorren en la misma” (Cachón, 2000:162).

La ruptura de la linealidad laboral incide, asimismo, en la desaparición de la propia linealidad de las transiciones juveniles a la vida adulta, así como

²⁵⁴ Cano (1996:81), como vimos, siguiendo a Burchell (1989/1992), llega a hablar de “carreras profesionales precarias” (en lo que puede ser un precedente de las recurrentes *misleading trajectories* de nuestros días), planteando la necesidad de considerar la precariedad de un modo dinámico, como proceso más que como estado.

en la propia conceptualización de la vida como un esquema de etapas que se suceden de forma ordenada: se asiste a una “desinstitucionalización de las edades de la vida” (Guillemard, 2003. Citado en Gautié, 2004), un creciente desfase entre los distintos calendarios que otrora marcaran las transiciones entre fases de la biografía de los individuos (Agulló, 1998; Zubero, 1998; Dubar, 2000/2002; Cicchelli y Merico, 2005; Machado, 2010; Santamaría, 2010, 2012), una pérdida de función de los marcadores tradicionales de la transición a la adultez (Moreno *et al.*, 2012), un desdibujamiento de los hitos que antes marcaban el acceso a la adultez (Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Artegui, 2011).

Se aprecia una nueva visión del tiempo, que muestra un individuo contemporáneo incapaz de dotar de sentido a la realidad presente a partir de las expectativas que se construyeron en el pasado (Rodríguez y Ballesteros, 2013; Artegui, 2014), incapaz de prever (controlar) y hacer proyectos sobre el futuro por la incertidumbre que tiñe el presente (Santamaría, 2012; Gentile, 2005). Un tiempo cíclico, de eterno retorno, animado por el principio de reversibilidad, zigzagueante y veloz, acelerado, flexible (Machado, 2001/2007). El sujeto de nuestros días, privado de la capacidad de prever el futuro, pierde el horizonte temporal del largo plazo, abandona, por disfuncional, la lógica del aplazamiento y se centra en lo inmediato, en lo efímero, en el corto plazo (Sennett, 1998/2010, 2000/2002; Conde, 1999; Carnoy, 2000/2001; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; García Aller, 2006; Alonso, 2007; Crespo y Serrano, 2011; Standing, 2011/2013). Este nuevo tipo de sujeto experimenta un sentimiento de impotencia, de pérdida de control sobre su vida (como Rico o los programadores del libro de Sennett, 1998/2010 –véase, también, Santamaría, 2007; o Evans y Furlong, 2000 –citado en Cicchelli y Merico, 2005), algo que choca fuertemente con la santificación que esta sociedad hace de la libertad y la capacidad de elección.

Se rompe, con ello, con los patrones vitales propios de la generación de los padres. Uno de los planos en que se concreta esta fractura es en la creciente dificultad de “enclasmiento” de los jóvenes por parte de sus familias, así como en la perplejidad con la que los padres tienden a ver cómo el discurso meritocrático basado en la acumulación de credenciales educativas puede no ser suficiente para que sus hijos alcancen un determinado estatus social a

partir de una inserción laboral acorde a lo esperado. Las transiciones son, ahora, irregulares.

La pauta biográfica lineal se habría pulverizado, cediendo su lugar a una miríada de trayectorias e itinerarios posibles, individualizados, que tendrían, para muchos autores, en su carácter reversible uno de sus rasgos más destacados (EGRIS, 2001; Machado, 2001/2007, 2002, 2010; Du Bois-Reymond y López Blasco, 2004; Cicchelli y Merico, 2005; López Blasco, 2005; Gentile y Mayer, 2009; Moreno Mínguez, 2009; Santamaría, 2010, 2012; Moreno *et al.*, 2012). Como resumen Dávila y Ghiardo (2011:1210):

“La tradicional estructura *lineal* de transición, definida por una secuencia culturalmente establecida y socialmente reproducida, en que de estudiar se pasa a trabajar, de ahí al matrimonio y la crianza de hijos, todo con plazos estrictos, con edades prescritas, ha ido cediendo terreno a nuevas formas de hacerse adulto, nuevas formas de transición, con otra estructura, con otro orden en la secuencia y otros tiempos para cada paso”.

Toda esta profunda transformación de la pauta transicional ha llevado aparejada una prolongación de la juventud, así como un estatuto difuso de la misma, cada vez más heterogénea y difícil de definir (Garrido Luque, 1999; Alonso, 2000a, 2000b; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; Moreno *et al.*, 2012), percibida como una especie de estado estacionario (o vía muerta, incluso), un tiempo “de actividades sin proyecto, de actos sin estrategias (...) tiempo de paréntesis, ralentizado, sin apenas trascendencia para el futuro” (Santos, 2003:95), una época de deambular y consumir en la que el carácter finalista de las transiciones antiguas ha cedido su lugar a trayectos inciertos y sin metas claras (Conde, 1999; Alonso, 2000b; Conde y Rodríguez, 2001; Rodríguez y Ballesteros, 2013; CJE, 2014).

Hoy, las biografías tienden a fragmentarse, quebrando esa linealidad de antaño, en la que, no obstante, los individuos se han socializado en sus hogares (las biografías paternas como referente, y/o ideal, para los individuos de nuestros días). De hecho, no falta quien afirme que el patrón lineal de

integración laboral sigue vigente, pero con ritmos y plazos muy diferentes a los propios de generaciones anteriores (Cachón, 2000)²⁵⁵.

Biografías fragmentadas, hechas de fragmentos que no tienen porqué conectarse en un relato lineal, lógico, ordenado y continuo (Machado, 2001/2007)²⁵⁶. En un epígrafe titulado “Un tiempo de biografías rotas”, Zubero (2006) destaca esta novedad de los relatos de los más jóvenes con respecto a las biografías de los mayores:

“entrevistar a un trabajador mayor de 60 años e invitarle a contarnos su historia nos permite construir un relato coherente de su trayectoria profesional, a la manera de las grandes narraciones clásicas: con un comienzo, un desarrollo y un final claramente entrelazados. Hoy esto es algo que empieza a resultar imposible [toda vez que los relatos están compuestos de] pinceladas aparentemente inconexas: una sucesión de empleos nula o escasamente relacionados entre sí” (Zubero, 2006:17).

Relatos biográficos, en suma, fragmentarios, como puzles en los que no siempre encajan las fichas de modo coherente (en la misma línea, véase Alonso -2000b- o CJE -2014). Las vidas tienden a parecerse más a un laberinto que a una pista de atletismo. Por utilizar la tan manida metáfora (ya mencionada en el capítulo 2.6) de Beck (1986/1998), los individuos (hablaremos de los jóvenes, por más que no son los únicos que han de construir sus biografías con los retales de este tiempo) habrían cogido sus automóviles y habrían acabado enfrascados en un atasco, habida cuenta del bloqueo que sufren sus individualizadas transiciones, de las enormes dificultades que tienen para lograr una cierta consolidación laboral (García Montalvo y Peiró, 1999; Prieto, 2002; López Calle y Castillo, 2004; Santos *et al.*, 2004; Cicchelli y Merico, 2005; CES, 2006; Jurado, 2007; Pérez-Agote y

²⁵⁵ En sentido análogo, Feixa (2014) defiende que los distintos modelos de transición a la vida adulta (preindustrial, industrial y posindustrial) no se suceden históricamente, sino que conviven, manteniendo, así, vigencia modelos “antiguos” para determinadas situaciones e individuos.

²⁵⁶ Para el sociólogo portugués, este cambio esencial en el material con el que trabajan los investigadores sociales ha de empujarles a adoptar métodos poslineales (no en vano es el título de su tercer capítulo: “Por una sociología de la poslinealidad”) que les permitan trabajar con los fragmentos de biografía, sin pretender cerrar los relatos: ser más “*bricoleur*” que “ingeniero”: “interpretar un relato de vida no es darle un sentido de linealidad más o menos fundamentado, sino apreciar la pluralidad de la que está hecha la vida” (Machado, 2001/2007:47). Resta comprobar hasta qué punto los relatos de los sujetos no presentan este intento de cierre, de establecimiento de coherencia lineal.

Santamaría, 2008)²⁵⁷, lo que ha llevado a postular (Santamaría -2010-, a partir de Bouffartigue, Lagree y Rose -1989) que la inserción laboral ha de verse más como un proceso que como un resultado. Ello tiene consecuencias sobre la propia conceptualización de la juventud, que habría de considerarse más un estado que una fase meramente transicional (Conde, 1999; Santamaría, 2010; CJE, 2014).

Se trata de biografías caracterizadas, como las propias trayectorias laborales que las sustentan, por la incertidumbre, el riesgo (Sennett, 1998/2010; Santos, 2003; García Aller, 2006; Gálvez, 2007a; Moreno *et al.*, 2012; Santamaría, 2012). El laberinto como metáfora sustituye a la linealidad de épocas anteriores (Machado, 2001/2007, 2002, 2003; Gil Calvo, 2005; Rodríguez y Ballesteros, 2013). Como plantea Kovács (2014:31): “De cara a la inseguridad, cada uno tiene que encontrar su camino en un mar de incertidumbre a través de varias experiencias y opciones que se reflejan sobre los riesgos implicados”. Biografías individualizadas, en las que los individuos se mueven sin poder acudir a referentes ni guías del pasado, resultando presentar, por su carácter arriesgado, un importante componente de vulnerabilidad (Furlong y Cartmel, 1997; Alonso, 2000b; Anderson, Bechhoffer, Jameson, McRone, Li y Stewart, 2002; Furlong, Cartmel, Biggart, Sweeting y West, 2003; Gentile, 2005; Crespo y Serrano, 2011; Moreno *et al.*, 2012). Se produce una desaparición (o, con Fernández Steinko, 1999:499, un “ablandamiento”) de los enmarcamientos colectivos e institucionalizados que servían de referencia para todos los miembros de una sociedad (Castel, 1995/1997). Una vez más, la flexibilidad se concreta en una transferencia de los riesgos (y los costes, con Recio -2002- o Del Bono -2005), ahora los biográficos, a los individuos (Beck, 1999/2000; Santos, 2013).

En la tesis de la individualización (Beck, 1986/1998; Beck y Beck-Gernsheim, 2001/2003; Leccardi, 2005a, 2005b; Cicchelli y Merico, 2005), el sujeto se ve obligado a elegir, a buscar “soluciones biográficas” a “contradicciones sistémicas”, en los términos de Beck (1986/1998, 1999/2000; Santamaría, 2007; Muñoz, 2009); forzado, igualmente, a responsabilizarse de las consecuencias de sus elecciones, a asumir cualquier error, cualquier

²⁵⁷ Para la noción de “detención de las carreras”, véase Estrade y Thiesset (1998. Citado en Lefresne, 2000).

fracaso, como resultado directo de la acción personal (Gentile y Mayer, 2009). En la introducción de su libro, Moreno *et al.* (2012:9) ofrecen una definición del proceso de individualización y del anejo de desestandarización de las trayectorias vitales:

“Por *individualización* se entiende la progresiva independencia de las decisiones personales respecto a las instancias normativas tradicionales que en el pasado habían determinado las trayectorias vitales de los jóvenes, tales como abandonar el hogar familiar, finalizar los estudios, integrarse en el mercado laboral, formar una pareja y tener hijos (Beck y Beck Gernsheim, [2001/]2003; Meil, 2011) (...) El concepto de *desestandarización* alude al proceso mediante el cual los individuos siguen itinerarios más complejos, al margen de la linealidad tradicional y de los rituales convencionales”.

Así, se habla de una “dispersión de trayectorias vitales” (Fernández Steinko, 1999:498), de biografías elegidas o experimentales (Beck, 1999/2000; Moreno Mínguez, 2009), cada vez más “personales e intransferibles” (Santamaría, 2012:131), individualizadas (Walther, 2006) e imprevisibles (Crespo y Serrano, 2011), totalmente personalizadas (Alonso, 2000b; Alonso y Fernández, 2008), “biografías electivas” (Du Bois-Reymond, 1998), “biografías de bricolaje” (López Blasco y Du Bois-Reymond, 2003 –también en Gentile, 2005:7) o de “hágalo-usted-mismo” (Beck, 1994/2008:30), en las que el individuo adquiriría (al menos desde el discurso hegemónico) un papel más activo, un mayor protagonismo performativo de sus propios caminos vitales, eligiendo su devenir lejos de las rígidas imposiciones estandarizadas de otras épocas (Machado, 2010). Todo ello sin obviar, como bien previene Moreno Mínguez (2009:20) los factores contextuales que limitan o encauzan estas “elecciones biográficas”:

“tal y como lo entiende Beck (2002) [Beck y Beck-Gernsheim, 2001/2003 en nuestra bibliografía], el proceso de “individualización” no está basado únicamente en la libre decisión de los individuos, sino que el proceso de individualización responde a un proceso complejo en el que los individuos se encuentran menos subordinados a las estructuras normativas tradicionales aunque tienen que definir sus biografías y elecciones personales en el marco institucional establecido por los Estados del bienestar, el mercado laboral, el sistema educativo o el mercado de la

vivienda. En definitiva las “elecciones biográficas” de los individuos reemplazan a las “biografías estándar” sin que ello signifique que desaparecen los determinantes institucionales y normativos en los que los y las jóvenes definen sus itinerarios individuales”²⁵⁸.

Forzado o libre, en estas ineludibles elecciones ya no podrá contar con la guía (a modo de brújula) de la experiencia, ni de la suya propia (su propio recorrido resulta fragmentario e incoherente) ni del referente de sus padres. Los modelos y las guías de actuación del pasado dejan de ser válidos (Santos, 2003, 2006; Moreno *et al.*, 2012): se erosiona el valor de la experiencia, como diría Sennett (1998/2010). Es más: los consejos de los padres pueden conducir a más dificultades (García Aller, 2006). Sin embargo, la familia mantiene un papel que, como veremos en los capítulos de la Parte Tercera (especialmente en el 10 y en el 11), sigue siendo fundamental, a todos los niveles, para ese joven forzado a elegir (a elegir la entrada al *laberinto*).

²⁵⁸ Esta larga cita se complementaría con una alusión, que la autora introduce antes de abordar la tesis de Beck, a los propios condicionantes establecidos por la situación familiar de origen del individuo.

PARTE SEGUNDA.

BIOGRAFÍA Y SOCIEDAD: PROPUESTA METODOLÓGICA.

RECORDATORIO DE OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN

Habitualmente, los capítulos (o los apartados) dedicados a la Metodología en un trabajo sociológico, bien sea una tesis doctoral o un proyecto de investigación cualquiera, se abren con una presentación más o menos detallada de los objetivos (interrogantes, hipótesis, propósitos, etcétera) que pretende alcanzar la investigación desarrollada. A partir del objetivo general, en un proceso de *despliegue* (o *desarrollo*), se presentan los objetivos específicos, que dan lugar a un planteamiento de la metodología que se habrá de implementar y que, una vez implementada, generará unos resultados que, felizmente, vendrán a satisfacer esa *curiosidad* inicial que subyacía a los objetivos planteados. En nuestro trabajo, de manera deliberada, se ha optado por hacer un recorrido un tanto distinto, ubicando los objetivos de *esta* investigación concreta en el último epígrafe de este capítulo (si esta Parte Segunda que, de manera igualmente consciente, se ha agrupado en un único capítulo se hubiera presentado en varios, los objetivos hubieran estado, de cualquier forma, al final). El propósito de este ejercicio de *localización* es, fundamentalmente, problematizar la cuestión metodológica: ¿el investigador, por su “crianza metodológica”, orienta sus preguntas a determinadas parcelas de la realidad o es la realidad la que le *impone* la metodología, en función de unos objetivos “neutros”, que se le manifiestan como pertinentes con independencia de su propia subjetividad científica? En nuestro caso concreto, esta particular ubicación de los objetivos obedece, asimismo, a un reconocimiento honesto del proceder seguido en este estudio. El autor, así, presenta primero una justificación de la validez del enfoque cualitativo (y, más específicamente, de la perspectiva biográfica) para, a continuación, perfilar los propósitos de esta investigación, unos objetivos, unas preguntas, que, por más que ya *estuvieran* en su planteamiento inicial del estudio, difícilmente podría decirse que preceden en el tiempo al desarrollo de una *conciencia (sensibilidad) cualitativista*.

Sea como fuere, siquiera por cumplir con la *tradición* y las convenciones al uso, se apuntan aquí (se recuerdan, por cuanto ya se indicaron en el capítulo inicial, introductorio) los objetivos del estudio desarrollado en esta tesis doctoral, que posteriormente (apartado 6.7) se desarrollarán con más detalle.

El objetivo principal de esta investigación es aproximarse a la comprensión del modo en que los cambios en el mercado de trabajo español (vale decir, el proceso general de precarización de las últimas décadas) han afectado a las vivencias transicionales de los jóvenes (extremeños, en este caso) y a la manera en que conceptualizan el trabajo y valoran sus condiciones.

Como objetivos secundarios, subsidiarios del anterior, podríamos señalar los siguientes:

- 1) *Establecer hasta qué punto cabe considerar la reciente/actual crisis económica como un hito generacional, esto es, como un punto de inflexión que marca el carácter de quienes la han vivido en un momento clave de sus biografías (el de transición –o intento de transición- del ámbito educativo al mercado laboral), suponiendo una diferencia con respecto a otras cohortes (anteriores y posteriores).*
- 2) *Analizar el papel jugado por las familias como sostén de apoyo y fuente de recursos (patrocinador) en un contexto de competición creciente.*
- 3) *Comprobar la pervivencia o la sustitución de los patrones transicionales tradicionales, así como de los itinerarios típicos de transición, tanto en términos ideales como prácticos, esto es, tanto como imágenes y prototipos a los que se tiende (o que se anhelan) como en su vertiente de procesos desarrollados en la práctica vital de los jóvenes actuales.*
- 4) *Explorar el modo en que la precariedad laboral (en el sentido amplio del término) incide sobre el conjunto de la vida de los individuos, configurándolos a nivel íntimo, condicionando su cosmovisión del mundo y sus planes de futuro.*
- 5) *Perfilar los rasgos característicos de esta generación de jóvenes extremeños.*

CAPÍTULO 6.

Metodología: tentativas de aproximación a fenómenos sociales desde la profundidad de lo biográfico.

1. Lo cualitativo como forma de vida: posiciones de partida en un debate relativamente estéril.

Sin tratar de presentar aquí un *tratado* (valga la redundancia) sobre metodología, consideramos importante, no obstante, *desvelar* los presupuestos de partida, en el sentido de hacerlos explícitos, en la creencia de que el investigador (máxime el investigador de corte cualitativo, como dirán los autores clásicos) debe mostrarse en su obra, no en un vano ejercicio de exhibicionismo más o menos ególatra o egocéntrico, sino en una práctica de honestidad profesional que permita a los lectores no ya sólo evaluar su trabajo, sino también simplemente *entender* la posición en la que, igual que les sucede a los sujetos estudiados, el autor se halla *situado*, desde la que actúa e interpreta (interpreta y actúa) la realidad que le sumerge. A tal fin se destina este capítulo, en el que procederemos a establecer, con relativo grado de detalle, tanto los postulados básicos del enfoque adoptado como las formas concretas en que tales premisas se han desarrollado en el trabajo de investigación que se ha llevado a cabo²⁵⁹.

Nuestra aproximación a la realidad de los jóvenes extremeños y las jóvenes extremeñas es, deliberadamente, cualitativa, orientación que aceptamos sin rubor y con la firme determinación de que el objeto de nuestro estudio exige (supone) este tipo de enfoque de investigación, como trataremos de justificar. Si Pérez-Agote planteaba hace ya casi treinta años, en la

²⁵⁹ El lenguaje, nunca inocente, muestra en este primer párrafo algunos indicios valiosos para acercarse al trabajo desarrollado. Así, no hablamos de una investigación que haya “recogido” o “hecho emerger” conocimiento, sino de un ejercicio de “desarrollo”, que etimológicamente ya nos remite a la idea de proceso, de “descubrimiento”, pero no como un mapa enrollado en un pergamino que, al desenredarse, va mostrando paisajes y dibujos preexistentes, sino más bien como un papel de máquina registradora que va siendo escrito a medida que avanza. La realidad no está allí de modo prístino, previo a nuestra intervención: el trabajo del investigador social crea (o contribuye a crear, si se prefiere) los mundos sobre los que informa.

presentación que firma en uno de los primeros manuales en la materia (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989), que los sociólogos tienen, al menos, dos complejos de inferioridad (con respecto a los psicólogos y, también, con respecto a los profesionales de las ciencias naturales), el sociólogo que, además, realiza investigaciones basándose en métodos y técnicas (*prácticas*, con la terminología de Ortí –véase, por ejemplo, Ortí, 1994) cualitativas, parece necesitar un *plus* de justificación, no ya a la hora de presentar y comunicar sus hallazgos, sino, incluso, a la hora de plantear su manera de acercarse a un determinado objeto de investigación.

Durante décadas, el espejo de las ciencias físico-naturales ha devuelto miradas distorsionadas a todos aquellos científicos sociales que han pretendido mirarse en él. Los métodos cuantitativos, como si de un trasunto del rigor y la precisión de las ciencias “duras” se tratase, han mantenido una hegemonía en las formas de trabajar de la propia Sociología, operando, incluso, como una especie de espectro, invisible pero omnipresente, al que los cualitativistas se veían en la necesidad de enfrentarse, a medio camino entre la justificación y la disculpa, si proponían una investigación sin el sólido andamiaje de las formulaciones matemáticas y los arneses de protocolos estandarizados (*validados*)²⁶⁰ por la *tradición*.

Obviamente, partimos de la convicción de que las Ciencias Sociales (desde luego la Sociología) no deben mirarse en el espejo de las Ciencias físico-naturales, siquiera por la *naturaleza* absolutamente disímil de sus objetos de estudio. Así, como bien afirma Beltrán (2000), el objeto (mantendremos, por el momento, la ficción de una separación entre objeto y sujeto) de la Sociología tiene voluntad, reflexividad y subjetividad propias, exactamente lo mismo que el propio investigador (observador). Siguiendo la reflexión del propio Miguel Beltrán, quizás esta diferencia debiera suponer el abandono de la pretensión de asentar un único procedimiento, un único método como camino (*meta-odos*,

²⁶⁰ Una vez más, la terminología resulta harto significativa. Validado, que está sometido al juicio de la verdad, que se ha dado por verídico. Si “juicio” resulta un término un tanto alejado del acervo científico, quizás “control” pudiera parecer más adecuado. Tanto da. Quizás el propio dominio del campo semántico contribuya a configurar una falsa oposición entre las perspectivas cuantitativa y cualitativa, como si no fueran ambas igualmente “empíricas” (Beltrán, 2000; Ortí, 2000), como si la única salida para quienes rechacen la traducción cuasiautomática de los postulados (y la terminología) de las Ciencias Naturales fuera echarse al monte del romanticismo que, tantas veces, tiñe los campos de la perspectiva cualitativa de investigación en Ciencias Sociales.

etimológicamente, como bien apunta Alonso, 1998), que pudiera arrogarse la condición de “científico”. Bajo otras formulaciones, este debate llenará numerosas páginas en los primeros capítulos de los manuales de metodología cualitativa (fundamentalmente de los anglosajones, tan interesados en la provisión de formación técnica como en las bases epistemológicas que sustentan –y explican, justifican- dichos dispositivos tecnológicos: un buen sociólogo es un buen metodólogo, dice la máxima –Ortí, 1994, 2000-, que bien podría resultar simétrica en sus términos: un buen metodólogo ha de ser un buen sociólogo...).

Si, muy frecuentemente a lo largo de su historia, la Sociología ha “tomado las ciencias naturales y su exactitud como modelo, prestando especial atención al desarrollo de métodos cuantitativos y estandarizados [buscando con ello] medir, establecer relaciones causales, generalizar...” (Flick, 2002/2004:17), entendiendo la actividad científica como una tarea con pretensiones de objetividad y orientada a la formulación de leyes mediante una lógica deductiva (Tarrés, 2013), nosotros nos posicionamos en línea con el pluralismo metodológico postulado por diversos autores (Ortí, 1994, 2000; Alonso, 1998; Beltrán, 2000), que diversifica los modos de aproximación a la realidad social que se estudia, haciendo necesaria una definición plural del método (los métodos), como caja de herramientas a la cual recurrir para implementar una u otra técnica²⁶¹ en función del aspecto del objeto que se trata de indagar. En principio (o por principio), cualquier técnica es potencialmente válida²⁶², útil, y será el contraste con la realidad del objeto lo que determine si resultará eficaz o si ha de volver al cinturón de herramientas del investigador, cuya figura se asemeja, por lo tanto, más al artesano (Mills, 1959/2000) o al

²⁶¹ Nótese que Beltrán, en ese trabajo (ya presente en la primera edición del clásico *El análisis de la realidad social*, en 1986), que es referencia recurrente (véanse, sobre pluralismo metodológico, del mismo autor: Beltrán, 1979, 1991. Citados en Alonso, 1998), habla de “métodos” y no de “técnicas”, y lo hace en el sentido, recogido en el propio título de su texto, de “vías de acceso a la realidad social”. Cada método supondría una serie de técnicas concretas. Hasta cierto punto, manejamos con flexibilidad la distinción entre “método” y “técnica”, que podemos hacer subyacer a la noción de “mirada” (Alonso, 1998), “enfoque”, “perspectiva”... vinculable, por lo demás, a la propia aclaración terminológica (confusa desde sus orígenes en la indefinición del propio Kuhn) en torno a la noción de “paradigma”.

²⁶² Por seguir constatando matices semánticos, diremos mejor “valiosa” que “válida”. Mínima corrección entre términos que, pese a tener la misma raíz, remiten a dos condiciones diferentes del ser.

bricoleur (Machado, 2001/2007; Denzin y Lincoln, 2005/2012a) que al científico de laboratorio, microscopio y bata impecable²⁶³.

El sujeto investigador, en suma, no puede entenderse al margen de lo observado. Esta es la idea que orienta la reflexión de Luis Enrique Alonso (1998) cuando apuesta por el término “mirada” (o “visión”), que siempre remite a un sujeto que mira: la mirada está formada (educada), actúa como conexión entre lo individual, lo subjetivo, y lo social, lo intersubjetivo (como sustituto de la tan manida como imposible “objetividad”). El ojo del observador no es un perceptor neutro, pasivo, sino que se halla culturalmente conformado, resultando un “instrumento condicionado y sujeto tanto a un aprendizaje cultural como a una validación social” (Alonso, 1998:21-22). El sujeto siempre va unido a sus ojos (lo mismo que la actividad de los ojos depende siempre del sujeto que los aporta). La noción de “mirada” remite, por lo tanto, al sujeto: la visión, así, siempre es selectiva, situada. En este sentido, no duda Alonso en afirmar la “encarnación” del conocimiento, como proceso que se produce en el propio sujeto, inserto, a su vez, en el cuerpo social. “Aprendemos con las manos”, dice un adagio bourdieuano (Bourdieu, 1980/1991; Wacquant, 2000/2004 –véase Urraco, 2013, para una reflexión metodológica a partir de estas cuestiones). El objeto observado, dijimos, está dotado de voluntad, reflexividad y conciencia. El sujeto observador, quiera o no, está configurado a través de su historia, como producto de su biografía, que siempre remite a unas coordenadas socioculturales concretas. El “rigor científico”, por lo tanto, queda comprometido a ambos lados de la ecuación sujeto-objeto.

El enfoque de Alonso resulta indudablemente deudor de la reflexión de Ortí (1986-2000). Este autor parte de una serie de duplas, que remiten a la recurrente entre cuantitativo y cualitativo (hechos / discursos, empirismo

²⁶³ Una lectura cruzada de gran interés puede realizarse a lo largo de todo nuestro texto entre el *trabajo*, tal y como es representado y recreado por nuestros informantes (y por los autores que revisamos en capítulos precedentes), y el *trabajo* que constituye este propio ejercicio de investigación que es la tesis doctoral. Igualmente, el artesano de Mills (académico) podría contraponerse al artesano de Sennett (2008/2009) (que sería el mismo sujeto que encontramos, fuera del taller, en un claro *declive* –Sennett, 1977/2011- o jugando solo en la bolera –Putnam, 2000/2002). Los profesionales de la Sociología, quizás sobre todo los neófitos, los aprendices, no están al margen de las tendencias de cambio social, tampoco de las que se refieren al ámbito laboral, eje central de nuestro trabajo, como venimos expresando hasta aquí.

abstracto / empirismo concreto, distributivo / estructural)²⁶⁴, para destacar la necesidad de una actitud de profunda cautela metodológica, al tiempo de reconocer la falsa dicotomía que se postula entre ambos enfoques de aproximación a la realidad social, que no serían sino

“dos distintas formas de *interpenetración de la teoría con la realidad*, con “objetos formales” distintos –los “hechos” o los “símbolos”, pero igualmente relativas –y más bien indigentes- en sus capacidades productivas de un conocimiento pretendidamente “objetivo”, “bien definido”, “cristalizado” y “absolutamente incuestionable” sobre la sociedad y sus cambios y conflictos” (Ortí, 2000:234).

Se exige, por lo tanto, una aproximación metodológica plural, que no equivale necesariamente a la más moderna noción de “triangulación”, sino que implica el reconocimiento de la necesaria adaptación a cada objeto/nivel/faceta de realidad observada (flexibilidad como premisa, como dogma para el investigador –de nuevo remitimos al contraste con el trabajador extraacadémico perfilado en capítulos anteriores). La realidad social resulta excepcionalmente compleja, poliédrica, como para intentar abarcarla con un único método (Conde, 2008)²⁶⁵. De nuevo explotando la metáfora del método como camino:

“En definitiva, tanto la contrastación empírica *de los hechos*, como la *interpretación y análisis de los discursos*, aunque se abren o apuntan a dimensiones bien diferenciadas de la realidad social, constituyen enfoques parciales y vías estrechas –más bien “desfiladeros”- para el acceso a esa misma realidad social; y suponen, ante todo, simples *construcciones metodológicas* en su proceso de análisis, incapaces de abarcar y desentrañar por sí mismas toda la intrincada e insondable densidad real de los procesos sociales” (Ortí, 2000:226-227).

²⁶⁴ Una dicotomía complementaria, en forma de secuencia, la hallamos en Davila (1994): cuantitativo-números-exterior-explicación-facticidad *versus* cualitativo-palabras-interior-comprensión-virtualidad. Para este autor, en línea con los postulados de Ibáñez y su escuela, el enfoque cuantitativo supone una asunción alopoietica de la realidad (como agregación de *individuos*), mientras que el enfoque cualitativo implica una asunción autopoietica de dicha realidad (como conjunto auto-constituyente de *sujetos*).

²⁶⁵ Para Conde, que también parte de la imposibilidad de abarcar en su totalidad con un único método fenómenos tan ricos y complejos como los sociales, cada técnica no sólo recoge, sino que también polariza y descompone el fenómeno investigado, “haciendo que surja, que se constituya, que se evidencie y que se exprese, de una u otra forma, el lado, la faceta que buscamos estudiar en un fenómeno social dado, en un grupo humano determinado” (Conde, 2008:157).

A partir de ahí, Ortí plantea la idea de complementariedad “por deficiencia” entre las técnicas cuantitativas y las prácticas cualitativas, incapaces, en solitario, de aportar una explicación completa de una realidad siempre demasiado compleja²⁶⁶. No caben, pues, integristas metodológicos de un signo u otro ni dogmatismos que cercenen la creatividad y la reflexividad en la investigación sociológica (Beltrán, 2000; Tarrés, 2013; Reséndiz, 2013). Asentada la igualdad entre ambos enfoques, entre ambas aproximaciones, será el objeto de conocimiento el que justifique y reclame uno u otro, en función de sus necesidades, resultando ambos igualmente empíricos, igualmente científicos. En palabras de Beltrán (2000:45):

“los métodos empíricos cuantitativo y cualitativo son, cada uno de ellos, necesarios *in sua esfera, in suo ordine*, para dar razón de aspectos, componentes o planos específicos del objeto de conocimiento. No sólo no se excluyen mutuamente, sino que se requieren y complementan, tanto más cuanto que el propósito de abarcar la totalidad del objeto sea más decidido”.

La necesidad de adaptar el método al objeto de estudio supone evitar tanto el “imperialismo cuantitativista” como el “triunfalismo cualitativista” (Davila, 1994:70-72; Ortí, 2000:237), ambas formas de absolutismo igualmente peligrosas por cuanto imposibilitan una comprensión más profunda de los fenómenos sociales, conduciendo a un “refugio en un metodologismo estéril” (Ortí, 1994:88)²⁶⁷. Pero tampoco debe ello conducirnos, como de nuevo

²⁶⁶ Remitimos al texto de Ortí (véase, igualmente, Ortí -1994-; o Alonso -1998: capítulo 1-, para una presentación de esta línea de pensamiento), que encierra siempre múltiples lecturas, como consecuencia de la extraordinaria riqueza de su lenguaje, para una revisión más detenida de la propuesta del autor español en torno a la existencia de tres niveles de realidad (nivel de los hechos, nivel de los discursos y nivel de las motivaciones), que se articulan con tres perspectivas (fáctica, significativa y simbólica), vinculadas a distintas opciones estratégicas de aproximación metodológica. En la misma línea puede leerse la propuesta de Alonso (1994, 1998), quien, a partir del modelo de Jakobson, centra su atención en las diferentes funciones que desempeñan las técnicas cuantitativas (función referencial, de comunicación descriptiva, denotativa) y cualitativas (función metalingüística –el grupo de discusión- y expresiva –la entrevista en profundidad).

²⁶⁷ La misma advertencia es planteada, en la primera línea de su primer capítulo, por Alonso (1998:35), cuando expone sin ambages que “el enfrentamiento entre lo cuantitativo y lo cualitativo en sociología es tan viejo como radicalmente inútil”. Se trata, a decir de este autor, de enfoques complementarios, acumulativos, lo que le lleva a oponerse a las dos “desviaciones” (1998:36) que identifica: la desviación humanista (que rechazaría todo intento de cuantificar cualquier fenómeno social) y la desviación

acertadamente destaca Ortí (2000:221), a una “acracia metodológica”, a un “todo vale”. La cuestión de la validez, tantas veces referida en los manuales de metodología cualitativa (nos detendremos al respecto en un epígrafe posterior, al hablar sobre entrevistas en profundidad), no debe aparcarse sin más. Nuevamente, el consejo de Pérez-Agote (1989) parece correcto: el investigador ha de actuar con creatividad (y arte-sanía), pero dejando constancia, de modo sincero y honesto, de cómo ha desarrollado su labor, siendo este relato el que permita a los demás valorar su trabajo, marcando con ello los límites de su validez. La prudencia, la cautela metodológica, vuelve a ser el principio rector. Prudencia que se *materializa* en consciencia, podríamos decir, en el trabajo del investigador, que debe desarrollar una profunda y minuciosa reflexión sobre el método antes de emprender un viaje ciertamente lleno de decisiones²⁶⁸ cruciales, en el sentido de cruce de caminos, con lo que ello implica siempre de posibilidades de perderse si no se cuenta con el debido aparatage teórico-metodológico (nunca separables ambas cuestiones en el oficio del investigador social). El sociólogo, sin duda, ha de ser un (buen) metodólogo.

Desde el reconocimiento, humilde, de la insuficiencia de uno u otro enfoque (cuantitativo o cualitativo) para el estudio (holístico, como se pretende, omnicomprendivo u omniprevisor, como se puede aspirar) de la sociedad²⁶⁹, cabe establecer una suerte de división del campo entre las técnicas correspondientes de una y otra perspectiva metodológica, quedando “legitimadas” únicamente para acceder a determinados niveles de la realidad social. Esta “feliz comunión de intereses”, este armisticio, que conduce a un reparto del campo de la indagación sociológica, encierra, no obstante, posibles nuevas luchas sobre el grado de *relevancia* de los objetos “asignados” a uno y otro enfoque. Así lo apuntan Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989) cuando revisan las contribuciones de Cook y Reichardt (1979/1986) o Conde (1987), quienes,

cuantitofrénica (que, tomando la expresión de Sorokin -1956/1964-, se referirá a la pretensión de cuantificar todas y cada una de las esferas de la realidad social, reduciéndolas a mediciones matemáticas). Para Alonso, que no en vano hace una defensa del enfoque cualitativo, la posición adecuada será aquella que utilice el enfoque cuantitativo “restringido a aquellos aspectos del objeto que lo exigen o lo permiten sin pretender ni cuantificar lo que no es cuantificable, ni, mucho menos, convertir la cuantificación en el único y exclusivo objetivo profesional del sociólogo” (1998:37).

²⁶⁸ La omnipresencia del análisis en la labor del sociólogo, a la que remitiremos reiteradamente después.

²⁶⁹ Tómese aquí esta noción de *sociedad*, que acaso debiera ir siempre con una ese mayúscula inicial por cuanto implica, como condensación de todo aquello (potencialmente: todo) que la Sociología asume como campo propio de estudio, es decir, el conjunto de procesos y fenómenos sociales, conductas individuales, instituciones, etc.

pese a defender un uso combinado de ambas aproximaciones, acaban situando a lo cualitativo en una posición subsidiaria (como fase previa, exploratoria, tentativa) frente a lo cuantitativo (en la misma línea se manifiestan Denzin y Lincoln -2005/2012a-, o Corbetta -1999/2003-, que enfatiza este carácter asimétrico que se produciría en gran número de investigaciones supuestamente “mixtas”, trianguladas, combinadas, en lo metodológico)²⁷⁰.

El relato de Ortí se aleja un tanto de la narración canónica, que no alude tanto a “niveles”, en el sentido casi topológico o estratigráfico (de “ámbitos” o “regiones”), como a niveles de profundidad o, mejor, a diversidad en la naturaleza de los productos heurísticos derivados del estudio, cuantitativo o cualitativo, de un mismo objeto (para una misma “región”, si queremos mantener la terminología anterior). Nosotros hacemos propia la perspectiva de este autor, asumiendo que objetos tan difusos e inaprehensibles como “juventud” o “trabajo”²⁷¹ resultan susceptibles de aproximación desde ambos enfoques, por cuanto cada mirada se orienta a (y, en el mejor de los casos, obtiene, desvela) aspectos concretos y diferenciados de los fenómenos estudiados. No obstante, nos parecía una ilusión (quizás también “biográfica”, parafraseando a Bourdieu, 1989) intentar una aproximación cuantitativa a un fenómeno tan *acelerado* como, ciertamente, *borroso* (invisible, incluso, por sumergido). La foto fija de los métodos cuantitativos resulta, en nuestra opinión, incapaz de captar debidamente siquiera el aspecto más puramente descriptivo (cuántos son) del fenómeno al que nos enfrentamos (en ese sentido, nos aproximamos, con matices, a la propuesta de Machado -2001/2007- cuando

²⁷⁰ Conviene destacar el ejercicio comparativo, de gran valor didáctico, que realiza Corbetta a partir del contraste de dos obras que toma por paradigmáticas de uno y otro enfoque (Sánchez-Jankowski -1991-, para el enfoque cualitativo, y Sampson y Laub -1993-, para la aproximación cuantitativa). La conclusión del autor italiano remite a la idea de complementariedad entre ambos enfoques, como fuentes de conocimiento social, pero cuestiona la posibilidad de que, en un mismo estudio, puedan combinarse, en pie de igualdad, técnicas de una y otra perspectiva, habida cuenta de que implican diferencias fundamentales sobre la forma de conocer el mundo. Miradas complementarias, en suma, pero que sólo pueden captar tonalidades diferentes por más que miren a un mismo objeto.

²⁷¹ El desdibujamiento de los límites, la condición cada vez más borrosa y porosa de los distintos estatutos otrora sólidos (adulto, parado, estudiante, joven, etc.), es, precisamente, una constante en la literatura sociológica de los últimos tiempos, como hemos tenido ocasión de dejar asentado en capítulos precedentes (véase, sobre todo, lo apuntado, sobre el momento actual, en 4.4).

defiende la necesidad de que la Sociología desarrolle y ponga en uso métodos “poslineales”²⁷².

Este posicionamiento no es un mero acto de reivindicación de una frontera epistemológica que sólo pudiese cruzarse con una brújula metodológica cualitativa: es el fruto de la reflexión sobre los efectos que los cambios en el objeto de estudio impone sobre los métodos con que se pretende abordar dicho objeto. Si en su momento señalamos que la terminología sociológica debe adaptarse a los cambios sociales (la propia noción de transiciones podría haber quedado ya obsoleta en esta era posmoderna –véase 2.6), no haremos menos con nuestra propuesta metodológica, decididamente cualitativa por convicción de que, sólo así, podrá aproximarse a unos sujetos, a unos actores y productos del cambio social, demasiado sometidos a indeterminación como para ser plácidamente cuantificados. El uso de conceptos sólidos, categorías firmes que devienen casillas tipológicas de gruesas divisiones, parece contradecir el auge del discurso de la flexibilidad y la rapidez del cambio. Sólo una mirada diacrónica (rasgo propio de lo cualitativo), que se ponga al lado de los jóvenes y camine junto a ellos (Kvale, 2008/2011)²⁷³, podrá, en nuestra opinión, aportar algo de

²⁷² En el tercer capítulo de su libro, el sociólogo portugués defiende “una sociología de la poslinealidad”, que asuma la potencialidad del método biográfico, pero que rompa con el uso que tradicionalmente se ha dado del mismo, por cuanto considera que se ha orientado hacia la búsqueda del sentido a través de una supuesta linealidad de las trayectorias vitales, con límites unívocos y predeterminados, linealidad que resulta tan alejada de la heterogénea realidad de nuestros días. Para Machado, la vida está hecha de fragmentos, que no tienen porqué conectarse en un relato lineal, ordenado, lógico y continuo. Consecuentemente, el investigador, más “bricoleur” que ingeniero, ha de ser capaz de captar y trabajar con estos “retazos”, apreciar los fragmentos más que dedicarse a buscar con denuedo un cierre y una coherencia de conjunto: “interpretar un relato de vida no es darle un sentido de linealidad más o menos fundamentado, sino apreciar la pluralidad de la que está hecha la vida” (Machado, 2001/2007:47).

²⁷³ En múltiples ocasiones jugaremos con la metáfora del minero y el viajero, que este autor ya recogía en su primera gran obra sobre la técnica de las entrevistas en profundidad (1996:3-5). En su formulación detallada, expone Kvale (2008/2011:43-44): “En la *metáfora del minero*, el conocimiento se entiende como metal enterrado y el entrevistador es un minero que desentierra el valioso metal. El conocimiento está esperando en el interior del sujeto a ser descubierto, incontaminado por el minero. El entrevistador desentierra pepitas de conocimiento a partir de las experiencias puras de un sujeto, no alteradas por ninguna pregunta dirigida” (p. 43). La metáfora del viajero, por su parte, “concibe al entrevistador como un viajero en un viaje a un país lejano que después contará como relato al volver a casa. El viajero-entrevistador recorre el paisaje y entabla conversaciones con las personas que encuentra. Explora los numerosos dominios del país, como un territorio desconocido o con mapas, deambulando libremente por él. El viajero de entrevista, en concordancia con el significado latino original de *conversación* como “recorrer en compañía”, camina con los habitantes locales, les hace preguntas y los anima a contar sus propias historias de su mundo vivido. Las potencialidades de los significados en las historias originales se diferencian y despliegan mediante las interpretaciones del viajero en las narraciones que él o ella lleva a la gente que le escucha en casa. El viaje puede llevar no sólo a un nuevo conocimiento; el viajero podría

luz a un fenómeno demasiadas veces sepultado (de ahí el recurso al “*mining*”) bajo los excesos de la “cuantitofrenia”.

2. Tradición cualitativa: comprensión y lenguaje: el (difícil) rol del investigador.

En línea con este pluralismo metodológico, tan reivindicado, no deja de destacarse, en la literatura sobre métodos al uso, que la controversia cualitativo/cuantitativo es ajena al trabajo (en cuanto a práctica de investigación, más que en cuanto a reflexión teórica) de los autores que, una y otra vez, se establecen como germinales de ambas tradiciones (tradiciones en cuanto a estilo o, incluso, en cuanto puntos fundacionales paradigmáticos), es decir, Durkheim y Weber²⁷⁴, que hacían gala de eclecticismo a la hora de manejar las distintas técnicas de investigación y enfoques metodológicos a su alcance. Como nos recuerda Tarrés (2013:55):

“Los casos de Emilio Durkheim y Max Weber, cuyas definiciones de lo social y de las ciencias sociales son disímiles, muestran que es posible hacer diferentes cortes de la realidad y que los métodos cuantitativos y los cualitativos pueden ser utilizados indistintamente por el analista, siempre y cuando tenga sentido teórico”.

Durante mucho tiempo, la Sociología (como el resto de las Ciencias Sociales) tomó el modelo de trabajo de las Ciencias Naturales, lo que supuso un desarrollo de las técnicas y los métodos cuantitativos y estandarizados, orientados a la medición y al establecimiento de relaciones causales, en aras de alcanzar niveles de generalización que permitieran asentar leyes positivas.

cambiar también. La travesía podría instigar un proceso de reflexión que condujera al viajero a nuevas formas de comprensión de sí mismo, así como a descubrir valores y costumbres dados antes por supuesto en su país de origen” (p. 44). Nos encontramos, en definitiva, ante dos formas diferentes de concebir el conocimiento, como algo dado o como una construcción que se produce en el mismo acto de la entrevista. Dos perspectivas que se pueden hacer equivaler, respectivamente, con los postulados de las metodologías cuantitativa (el minero) y cualitativa (el viajero).

²⁷⁴ Remitimos al manual de Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989:32-43), pese a lo críptico de su presentación, para una revisión al respecto de los orígenes de esta controversia a partir de los postulados básicos de ambos autores fundantes de la Sociología.

Durante décadas, el positivismo, bajo sucesivas y superpuestas formas, dominó la escena sociológica. Una serie de factores²⁷⁵, entre los que no es el menor la insatisfacción con respecto a los resultados de la investigación basada en encuestas y demás dispositivos cuantitativos (Ferraroti, 1983/1993; Ortí, 1994; Vela, 2013), explican el “desencanto con los ideales de objetividad” (Flick, 2002/2004:17) y, con ello, el resurgimiento y auge de la perspectiva cualitativa, que se manifiesta en el *renacimiento* de distintas técnicas que sitúan al sujeto en el centro del análisis (Rojas, 2013), recuperando, con ello, *su voz* (Taylor y Bogdan, 1984/1987; Santamarina y Marinas, 1993; Ortí, 1994).

En un plano menos romántico y más pragmático, Ortí (2000) reflexiona sobre la dinámica histórica que llevaría del interés por saber “cuántos son” (momento cuantitativo) al afán por saber “cómo son” (aproximación cualitativa, más profunda, más íntima, si se quiere). La investigación de mercados ha dejado constancia de la adecuación y eficacia metodológica de las prácticas cualitativas para dar cuenta de estas nuevas pretensiones (necesidades) de conocimiento sobre los súbditos, sobre los consumidores (en un sentido similar vincula Flick -2002/2004- la relevancia de la investigación cualitativa en un mundo crecientemente pluralizado como consecuencia de los procesos de individualización desarrollados con la posmodernidad). Quizás las técnicas cualitativas no impliquen una recuperación (o un retorno, como plantea Rojas -2013- seguramente parafraseando a Ibáñez) del sujeto, sino (jugando también nosotros con la terminología de Ibáñez) un aumento de su condición de “sujetado”, un escrutinio más profundo, tan alejado de la potencialidad de emancipación que tradicionalmente se atribuyen estas técnicas (por ejemplo, es así en Santamarina y Marinas, 1993), por cuanto se acerca al sujeto, para *examinarlo* más, y mejor (examen como dispositivo disciplinario, en línea con los postulados foucaultianos). No en vano, apunta el propio Ortí, la encuesta, por definición, por sus características, está incapacitada para captar y analizar el discurso hablado, para alcanzar, pues, *hasta el fondo* (Ortí, 1994:92-95), el

²⁷⁵ Véase Denzin y Lincoln (2005/2012b) para una apretada revisión histórica de los “saltos cuánticos” (p. 27) experimentados por el enfoque cualitativo en las últimas décadas (enfoque siempre en pugna, para estos autores, ideológica, política, con el positivismo hegemónico, que sustenta la aproximación cuantitativa). Mucho más antigua es la reflexión de Van Maanen (1983) sobre los motivos del auge, incipiente y actual por aquellos tiempos, de lo cualitativo frente a lo cuantitativo.

reino de las motivaciones (deseos) de los individuos, tan caro a las sociedades de consumo (y a sus analistas, no siempre desinteresados).

Como bien indican Denzin y Lincoln (2005/2012a:43): “La investigación, ya sea cualitativa o cuantitativa, es una actividad científica que provee los fundamentos para los informes y las representaciones del “Otro””. A partir de aquí, su tono militante les llevará a vincular hecho colonial e investigación social (como medio para comprender, y así someter, a ese “otro”), reivindicando la perspectiva cualitativa como modo de lucha “contra los regímenes neoliberales de la verdad, la ciencia y la justicia” (2005/2012b:32), desde un enfoque necesariamente crítico y humanista: la investigación cualitativa, en suma, como forma de práctica democrática liberal que puede contribuir a cambiar el mundo... a mejor.

En cualquier caso, hablar de “dar voz” a los sujetos/objetos de estudio nos orienta inmediatamente a la que quizás sea la característica principal del enfoque cualitativo (y, desde luego, la fuente primera de diferencias que se establece con el cuantitativo)²⁷⁶: la metodología cualitativa trabaja con el lenguaje, con el discurso, con las palabras, como elementos y guías que habrán de conducir a la comprensión del mundo social (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989). “El enfoque cualitativo orienta el estudio sociológico como una investigación en los procesos de producción y reproducción de lo social a través del lenguaje y de la acción simbólica” (Alonso, 1998:45). Enfatizando el carácter esencialmente interpretativo de la investigación cualitativa, Flick (2002/2004:25) apunta que la premisa fundamental de este enfoque es que trabaja con *textos*: “Dicho de manera muy breve, el proceso de investigación cualitativa se puede representar como un camino de la teoría al texto y otro de vuelta del texto a la teoría”. La hermenéutica como modelo de trabajo, la decodificación como objetivo, el lenguaje como material y medio. Lenguaje que es tanto producto como configurador del mundo social, al que siempre remite, no de modo puramente denotativo, sino, como decimos, también

²⁷⁶ Tal es así en el clásico texto de Schwartz y Jacobs (1979/1984), que establecen que la diferencia entre lo que ellos denominan “sociología cualitativa y cuantitativa” descansa en los dos diferentes sistemas de notación que utilizan para describir el mundo (números y palabras), que conducen a dos caminos distintos: la comprensión de la vida de los sujetos (a través de sus palabras) o el desarrollo de una ciencia positiva (a través de la abstracción matemática). En una línea similar, véase el capítulo introductorio, que sirve de presentación sintética del enfoque cualitativo, del manual de Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989).

performativo (Rapley, 2007/2014), creativo (no sólo, por lo tanto, en su dimensión “indicativa”, sino también en su función creativa de “irradiación de sentidos”, como expone Lledó, 1997 –citado en Alonso, 1998:29).

El estudio de los discursos, como “conjunto articulado de prácticas significativas” (Alonso, 1998:46), donde se entrecruzan lo simbólico (lo social) y lo estratégico (lo individual), es el campo propio y específico (la esfera, la región) de aplicación del enfoque cualitativo. En la misma línea se expresa Ortí (1994:89), apuntando el punto de fractura con respecto a la metodología cuantitativa:

“la especificación de la *dimensión cualitativa* de la investigación social entraña, ante todo, el reconocimiento del papel estructurante en la interacción personal/grupal de las mediaciones simbólicas de la vida social, en cuanto estructuras significantes con una autonomía relativa”.

Es en este sentido en el que Vasilachis (2006) destaca que la investigación cualitativa está basada en la comunicación, en la recolección/recreación de historias, narraciones (narrativas) y relatos, que deben analizarse a la luz de la organización social, en un enfoque análogo al planteado, más detalladamente, por Alonso (1998), que hace descansar toda su propuesta metodológica en esa idea general de que el lenguaje no es un mero instrumento de comunicación, sino una herramienta configuradora de mundos, que ha de ser “decodificado” en sus niveles sucesivos de estructuración simbólica dentro del universo de representaciones y valores de los grupos sociales, resultando absolutamente fundamental partir del lugar ocupado por el sujeto en la sociedad para interpretar sus interacciones (sus estrategias) comunicativas²⁷⁷.

El lenguaje, por lo tanto, se presenta como llave a la comprensión (la *Verstehen* weberiana) de la conducta humana, como vía de acceso a la subjetividad de los individuos (Vela, 2013), tomada como objeto último de investigación para la metodología cualitativa. En el capítulo primero del clásico

²⁷⁷ De ahí que se tome el enfoque cualitativo como eminentemente motivacional, por cuanto se orienta, a través del análisis de estos intercambios comunicativos, a la comprensión de las razones que explican la conducta de los actores en sus *mundos de vida*. De ahí, igualmente, que el lenguaje no sea sólo instrumento, sino también objeto de la investigación social (Ibáñez, 1979; Beltrán, 2000).

manual de Taylor y Bogdan (1984/1987), que lleva el significativo título de “ir hacia la gente”, se expresa esta idea de forma explícita a través de breves consignas: la fenomenología (como enfoque que sustenta la perspectiva cualitativa, en contraste con el positivismo) “quiere *entender* los fenómenos sociales desde la perspectiva del actor. Examina el modo en que se experimenta el mundo. La realidad que importa es lo que las personas perciben como importante” (p. 16), lo que lleva a que el fenomenólogo busque la “comprensión en un nivel personal de los motivos y creencias que están detrás de las acciones de la gente” (p. 16). Para la perspectiva cualitativa, el punto de vista subjetivo del actor es absolutamente central (Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Alonso, 1998).

En el *manifiesto* de Denzin y Lincoln (2005/2012a), “cualitativo” implica un énfasis en las cualidades de las cosas y en los procesos y significados que no pueden examinarse o medirse, en la construcción social de la realidad, destacando el papel que, en tal proceso, juega el propio sujeto investigador con respecto a aquello que observa o estudia²⁷⁸. Un cuadro bastante exhaustivo de las premisas de partida de la investigación cualitativa lo encontramos en la “introducción editorial” que escribe Flick al texto de Gibbs (2007/2012:13-14), cuando traza el perfil de los investigadores que se adscriben a esta perspectiva. Según este autor (Flick), los investigadores cualitativos se interesan por acceder a las experiencias, interacciones y documentos en su contexto natural; se abstienen de establecer conceptos rígidos de partida: los conceptos e hipótesis se desarrollan y refinan en el proceso de investigación; parten de la idea de que los métodos y las teorías deben ser apropiadas para el objeto que se estudia (y no al revés); consideran que los propios investigadores son una parte primordial del proceso de investigación; se toman en serio el contexto y los casos para entender el problema sometido a estudio; se basan, en buena medida, en textos y escrituras, por lo que el lenguaje es una preocupación fundamental para este tipo de investigadores²⁷⁹.

²⁷⁸ Cinco son los puntos en los que, según estos autores, se diferencian los investigadores cualitativos de los cuantitativos. Las diferencias en estos cinco aspectos, que incluyen desde la perspectiva *emic* hasta la utilización de descripciones *ricas* o la aceptación de todo tipo de “sensibilidades posmodernas”, establecen diferentes epistemologías y diferentes formas de representación, diferentes estilos de investigación en Ciencias Sociales.

²⁷⁹ Una formulación similar podemos hallarla en el decálogo que plantean Taylor y Bogdan (1984/1987) para caracterizar el enfoque cualitativo, o en el contraste que plantea Corbetta (1999/2003:44 y ss.) a

Desde sus orígenes, situados habitualmente en la obra del propio Weber²⁸⁰, la perspectiva cualitativa ha centrado su atención en alcanzar una comprensión profunda del mundo de los actores sociales, a partir, de modo innegociable, de una *empatía* que les permita (idealmente) percibir la realidad (el *mundo de la vida*, con resonancias de Schutz) desde los ojos de los sujetos estudiados, para comprender, así, la forma en que éstos construyen el mundo a su alrededor (Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Taylor y Bogdan, 1984/1987; Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Alonso, 1998; Flick, 2002/2004; Denzin y Lincoln, 2005/2012a; Vasilachis, 2006; Gibbs, 2007/2012; Reséndiz, 2013). Se parte, por lo tanto, de una posición esencialmente interpretativa (de ahí que Alonso -1998- hable de una “mirada hermenéutica”), que se interesa por las formas en que el mundo social es vivido, comprendido, experimentado, producido por los actores sociales. Más que como un conjunto de dispositivos técnicos, la perspectiva cualitativa debe verse como forma de ver el mundo o, incluso, como forma de vivir el mundo, de entenderlo²⁸¹.

En ello hay una profunda apuesta, a decir de multitud de practicantes de la investigación cualitativa, por privilegiar el conocimiento cotidiano, de los sujetos estudiados, y un correlativo descenso de la torre de marfil del sujeto

partir de cuatro momentos de la investigación (planteamiento, recogida de datos, análisis y resultados). Para el metodólogo italiano, el enfoque cualitativo se caracterizaría por abordar la realidad sin esquemas de partida, intentando que la teoría surja de los propios datos, manejando los procedimientos de recogida de los datos con total flexibilidad, buscando más la comprensión de la conducta y los puntos de vista de los sujetos (profundidad) que la representatividad estadística o la formalización matemática (generalización), y exponiendo los resultados en forma de narraciones que, eventualmente, pueden dar lugar al desarrollo de tipologías.

²⁸⁰ Véase Tarrés (2013) para una interesante revisión condensada de los presupuestos del enfoque weberiano y sus implicaciones metodológicas (y un ejercicio análogo a partir de la obra de Durkheim). Para una lectura algo más detallada, con el sugerente título de “la sociología del interior”, que recoge el influjo de la obra de Weber sobre autores más modernos, como Mead, Blumer o Glaser y Strauss, remitimos al capítulo segundo del libro de Schwartz y Jacobs (1979/1984). Para una historia general de la perspectiva cualitativa puede verse la cronología de Denzin y Lincoln (1994) (Vasilachis -2006- o Flick -2002/2004-, para una revisión al respecto), actualizada posteriormente para incluir los últimos desarrollos (Denzin y Lincoln, 2005/2012a); o Vidich y Lyman (1994). Otros textos generales de Sociología servirían de guía para una revisión de la Escuela de Chicago, referente metodológico principal del enfoque cualitativo, así como para abordar la pugna entre positivismo y fenomenología a lo largo de la historia de la disciplina (véase, a tal fin, el recorrido histórico que realizan Taylor y Bogdan -1984/1987: capítulo 1; Ruiz Olabuénaga e Ispizua -1989; o, más centrado en el enfoque biográfico, al que después nos referiremos, Rojas -2013-, o Reséndiz -2013).

²⁸¹ Lo cualitativo como forma de vida (como forma de encarar el mundo, la realidad, lo conciben Taylor y Bogdan -1984/1987-, como forma de pensar lo describe Vasilachis -2006) alude a las implicaciones profundas, para el investigador, de desarrollar esta mirada, difícilmente impostada si se pretende alcanzar un grado elevado de manejo de las técnicas cualitativas. Obviamente, la formulación rinde tributo al clásico trabajo de Wirth (1938).

investigador (Reséndiz, 2013). Como expresaba Bertaux (1980/1993:169) al hablar del auge del enfoque biográfico y sus implicaciones para la Sociología:

“Tratar al hombre común ya no como un objeto que observar, que medir, sino como un *informador*, y por definición como un informador mejor informado que el sociólogo que le pregunta, supone cuestionar nuestro monopolio institucional sobre el saber sociológico, y abandonar la pretensión de la sociología de convertirse en una ciencia exacta”.

Al sociólogo le queda ahora el rol de “guía” (viajero, en la útil metáfora de Kvale, 2008/2011:43-44), de contribuir a producir un material comunicativo, un producto social (y sociológico) que no preexistía²⁸², y de transmitirlo sin incurrir en ejercicios más o menos inocentes, más o menos deliberados, de ventriloquía²⁸³. La cautela, unida ahora a la ética, vuelve a estar en su equipaje para esta travesía, que sólo puede ser entendida como proceso interactivo, colaborativo, entre investigador e investigados (un diálogo permanente entre observador y observado, dirán Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989), sin poder separarse uno de otros, sin poder obviarse el papel del sujeto investigador y sus efectos sobre los fenómenos estudiados (Flick, 2002/2004; Vasilachis, 2006).

Para llevar a cabo esta misión de guía, el investigador cualitativo recurrirá a multitud de técnicas, estando en este *oportunismo metodológico* una de las principales características de esta forma de indagación, que no privilegia ninguna técnica sobre otra, del mismo modo que no privilegia unas voces sobre otras, ni unas orientaciones teóricas sobre otras que pudieran emerger a lo

²⁸² En línea con las enseñanzas de Ortí (2000:223), para quien los “hechos” y los “discursos” no son simples resultados o registros observacionales que “se recogen”, sino que constituyen “producciones empíricas” y “construcciones metodológicas”, “forjados por y fruto de la *actividad teórico-práctica* del propio sujeto investigador”.

²⁸³ Obviamente, la labor del sociólogo es mucho más que un mero ejercicio de transcripción, esperándose de él que sea capaz de articular lo individual con lo social (hablamos de “individual” y no de “biográfico” como medida de seguridad, por cuanto no entendemos que sea posible desligar la biografía de lo social), de hacer sociología a partir del relato/discurso de los individuos, tomados, si se quiere asumir hasta su extremo esta orientación epistemológica, como *universales singulares* (Rojas, 2013, a partir de Ferraroti o Bertaux).

largo del proceso de investigación (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Flick, 2002/2004; Denzin y Lincoln, 2005/2012a)²⁸⁴.

Esta multiplicidad de técnicas obedece a la necesidad de captar la multiplicidad, también, de tipos (fuentes) de datos con los que trabaja la investigación cualitativa (de nuevo la complejidad), que lleva a advertencias como la que expone Vasilachis (2006:30): “Se recomienda evitar la utilización de un único método de recolección de datos e intentar que la diversidad de estos pueda reflejar la idiosincrasia y la complejidad del contexto que se estudia”. La flexibilidad se presenta como premisa fundamental en el trabajo de desciframiento de la realidad (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989), lo que aleja al investigador de la imagen del mero robot recolector de datos²⁸⁵ para acercarle al polo del arte, del oficio como ejercicio basado en una tradición pero abierto siempre a la creatividad y a la necesidad de afrontar con mente abierta (“improvisar”, como apuntan Schwartz y Jacobs, 1979/1984) cualquier nueva situación que pudiera presentarse. Precisamente este elemento, la combinación entre arte y flexibilidad, es el décimo punto del listado de *mandamientos* de Taylor y Bogdan (1984/1987), que se muestran explícitos en este punto:

“Lejos de asemejarse a un robot recolector de datos, *el propio investigador es el instrumento de la investigación, y no lo es un protocolo o formulario de entrevista*. El rol implica no sólo obtener respuestas, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas” (Taylor y Bogdan, 1984/1987:101).

Ya apuntamos con anterioridad que este elemento aproxima al investigador cualitativo a la figura del artesano o “bricoleur”. Denzin y Lincoln (2005/2012a:49) apuntan otra figura: el “*quilt maker*”, el artesano que produce

²⁸⁴ Esta imagen de “amalgama” (Tarrés, 2013) sobre la forma de desarrollarse la investigación cualitativa (tanto en cuanto a enfoques teóricos como en lo que hace a técnicas concretas) puede revisarse en Vasilachis (2006), quien hace un excelente recorrido por la obra de distintos autores para concluir hablando de un “mosaico de perspectivas de investigación” (p. 24) que caen bajo el rubro general de “investigación cualitativa”, sin que pueda hablarse de una única posición o cosmovisión que sustente este concepto general en términos de una “tradición” monolítica o uniforme.

²⁸⁵ Alejamiento que no tiene tanto que ver con la técnica manejada como con la orientación general (el *estilo*) de la investigación desarrollada, como podemos constatar a partir de la propuesta “robotizadora” que presentan Cannell y Kahn (1953/2008) para estandarizar al máximo una práctica (una técnica) tan inicialmente “cualitativa” como la entrevista personal.

colchas a partir de retazos o retales (una especie de “*patchwork*”). El investigador cualitativo, a decir de estos autores, trabaja con retazos, dando forma a una realidad que se va manifestando (construyendo) a medida que avanza el propio estudio. Este trabajo supone (exige) la realización de gran número de tareas por parte del investigador, que habrá de manejar tanto distintas técnicas como distintos paradigmas o enfoques teóricos, diferentes prácticas interpretativas en un mismo estudio.

La combinación entre flexibilidad y empatía sitúa al investigador en una posición *comprometida* en la investigación cualitativa, tomada como labor que le implica, personalmente, de un modo íntimo y profundo, incluso *integral*. El investigador es el instrumento, en su búsqueda de comprensión de la vivencia de los sujetos, debiendo aceptarse como parte del proceso de investigación la propia subjetividad de dicho investigador (Flick, 2002/2004), también situado biográficamente y perteneciente a una comunidad científica concreta, como bien destacan Denzin y Lincoln (2005/2012a). De ahí que se hable de “investigaciones sensibles” (Vasilachis, 2006:34), con fuertes requisitos, correspondientemente, de ética. Este énfasis dado al punto de vista de los actores, esta apuesta deliberada por la reciprocidad y la empatía no ha de verse, en todo caso (Reséndiz, 2013), como una claudicación con respecto a los criterios científicos de control y validez de la información, como tendremos ocasión de comentar en el epígrafe siguiente. Nuevamente, lo cualitativo no debe confundirse con una “acracia metodológica” (Ortí, 2000:221) o un “todo vale”.

3. El enfoque biográfico en las entrevistas en profundidad: forma de aproximación metodológica para esta investigación.

Expuestos los principios básicos del enfoque cualitativo, al que nos adscribimos por las razones anteriormente aducidas de necesidad de captar el fenómeno de la transición juvenil en su desarrollo, de manera diacrónica, para lo cual consideramos insuficiente el manejo de técnicas cuantitativas (y de las propias categorías que de dicho uso se derivan), presentamos a continuación

la propuesta metodológica concreta a la que tal objeto de investigación da origen.

De entrada, consideramos interesante introducir la noción de biografía en nuestra aproximación. Biografía en un sentido amplio, como lugar (*locus*) de encuentro entre las aptitudes y conductas individuales y los condicionantes y estructuras sociales, económicos, culturales. En la biografía del individuo, así, quedan impresas (a modo de *huella*) diversas experiencias que pueden (deben) leerse (*rastrearse*) interpretativamente a la luz del entorno socioeconómico en que dichas biografías se desarrollan. Reivindicamos lo biográfico como enfoque, como mirada, como modo de aproximación a la realidad social, asumiendo el matiz dado por Bertaux (1980/1993) bajo la formulación de “perspectiva biográfica”, como manera de hacer Sociología, como orientación general, estratégica, metodológica en sentido profundo. En dicho planteamiento general se suelen reconocer distintos rasgos, antes mencionados al referirnos al conjunto de la perspectiva cualitativa de investigación, pero que adquieren, quizás, especial visibilidad en las técnicas conversacionales, que trabajan específicamente con relatos, con narraciones, con construcciones y *re-presentaciones* de los sujetos a través de los discursos sobre sus vidas.

Descansa esta aproximación sobre una forma concreta de entender la Historia y sus procesos, tomando como protagonistas de éstos a los sujetos cotidianos, normalmente invisibilizados, dados por irrelevantes, dejados al margen de la historiografía tradicional, más preocupada por las hagiografías que por dar voz a estos sujetos, marginalizados pese a ser mayoría²⁸⁶. En las bellas palabras de Ferraroti (1980/1993:130), “las biografías son la materia prima esencial para una historia ‘que llega de abajo’”, una Historia constituida a partir de las historias, anónimas y pequeñas (Santamarina y Marinas, 1993), de

²⁸⁶ Como herramienta para “iluminar” individuos, grupos sociales y temas que son frecuentemente invisibilizados desde las posiciones dominantes (así como, también, como forma de aproximarse a fenómenos y procesos difícilmente accesibles por otros métodos de indagación) entienden la historia de vida Mallimaci y Giménez (2006). Atkinson (1998:5) apunta, acertadamente, que este “dar voz” (“to let their voices be heard”) no sólo resulta emancipador para los individuos que ocupan posiciones subsidiarias en la estructura social, sino que constituye una obligación para con el conjunto de miembros de la sociedad (“to let them speak for and about themselves first”).

los individuos *comunes*, una Historia que no siempre corresponderá con la Historia oficial, canónica²⁸⁷.

En suma, con esta reivindicación de *lo cotidiano* (de los sujetos y de sus conductas, cuyo significado se trata de interpretar) se da protagonismo al sujeto investigado, apareciendo el investigador como un colaborador (Atkinson, 1998:9; un “compañero”, plantean Taylor y Bogdan en su obra clásica - 1984/1987), que no un escriba, en la producción de un discurso antes silenciado, antes inexistente a efectos sociales, que habrá de ser leído en conexión inextricable con el contexto social, en el que ambos, narrador e intérprete, se hallan *situados*.

Entendemos que esta *lectura* resulta prometedora a la hora de aportar coherencia, de obtener algo de comprensión, al proceso de transición juvenil, tan supuestamente desigual hoy con respecto a generaciones previas. Para ello, para poder realizar la lectura de estos *textos* que son las biografías, se postula la realización de un estudio de corte cualitativo, que tiene en la entrevista en profundidad su técnica más idónea. Entrevistas en profundidad con un marcado componente biográfico que las acerque, sin asimilarlas, a las historias de vida, al menos tal y como han sido conceptualizadas estas últimas en la literatura metodológica al uso. Una (necesariamente) breve aclaración terminológica puede resultar de utilidad en este punto²⁸⁸, dentro del marasmo de términos (y acepciones, y significados) que encontramos sobre este

²⁸⁷ Y se trataría de un enfoque, heterodoxo con respecto a la Historia hegemónica, que habría alcanzado un auge en los finales del siglo XX, hasta el punto de hablar de una “era de la narrativa” (Josselson, 1995. Citado en Atkinson, 1998). Bertaux (1980/1993) traza un recorrido histórico a lo largo del siglo pasado, señalando la quiebra de la hegemonía cuantitativista, de finales de los sesenta, como momento de recuperación del interés por el uso de los relatos de vida, técnica muy antigua en Sociología (y en el resto de Ciencias Sociales, de hecho), como atestiguan los manuales señalados en la nota 280 o los textos mencionados en las revisiones que llevan a cabo las obras que aparecen en la nota siguiente, la 288).

²⁸⁸ La bibliografía al respecto de esta práctica de investigación es ingente y resultaría seguramente excesivo, a efectos de nuestra línea expositiva actual, realizar una revisión exhaustiva sobre la misma. Prácticamente todos los manuales de metodología cualitativa, tanto españoles (por ejemplo, Valles, 1997) como extranjeros (nuevamente, Corbetta, 1999/2003), incluyen algún capítulo sobre historias de vida o, en general, métodos biográficos. A ellos remitimos al lector para una profundización en la materia. Igualmente, hay textos específicos (relativamente antiguos, por lo demás) que pueden aportarle un conocimiento profundo sobre el tema, por cuanto, además, presentan magníficas recopilaciones bibliográficas, recogiendo buena parte de los estudios clásicos que se han basado en esta técnica de investigación. Véase, por ejemplo, el cuaderno metodológico de Pujadas (1992) o las compilaciones de Balán (1974) o de Marinas y Santamarina (1993). Para revisiones más recientes, véase la aproximación de Rojas (2013).

particular, en parte debido a los problemas de traducción de expresiones foráneas.

En un trabajo ya clásico, Pujadas (1992:13-14) plantea la distinción terminológica entre *life story* (en francés *récit de vie*) y *life history* (o *histoire de vie*), siguiendo a Denzin (1970) y a Bertaux (1981)²⁸⁹, proponiendo una traducción al castellano como *relato de vida* e *historia de vida*, respectivamente. El primero correspondería a “la historia de una vida tal como la presenta la persona que la ha vivido” (Pujadas, 1992:13), mientras que la segunda vendría a aplicarse al “estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story*, sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible” (Pujadas, 1992:13). Esta distinción, aceptada mayoritariamente (aparece tal cual en el reciente trabajo de Rojas – 2013- y también se recoge en la exhaustiva revisión bibliográfica de Mallimaci y Giménez -2006²⁹⁰), no agota las disquisiciones a la hora de establecer tipos de categorías y técnicas concretas en el interior de la metodología cualitativa. Esta diversidad de etiquetas ha llevado a otros autores a optar por hablar de “métodos biográficos” (Creswell, 1998), ampliando el campo hasta abarcar la totalidad de los escritos que presentan un componente biográfico central (autobiografías, biografías, historias de vida e historias orales). Un vistazo a la tipología de entrevistas en profundidad de Taylor y Bogdan (1984/1987:102) nos devuelve la sensación de indeterminación sobre qué se entiende por historia de vida, al definirla como aquella entrevista en la que

“el investigador trata de aprehender las experiencias destacadas de la vida de una persona y las definiciones que esa persona aplica a tales experiencias. La historia de vida presenta la visión de su vida que tiene la persona, en sus propias palabras”.

²⁸⁹ Bertaux, por su parte, reconoce a Denzin (1970) como su autor de referencia a la hora de establecer esta distinción, si bien remite a Langness (1965) a la hora de sustentar ese elemento de complementariedad, de ir más allá del simple relato individual, como diferencia fundamental entre *life story* y *life history*, siendo esta última la que comprende “todo lo que habían podido saber de una persona, sea a través de ella directamente, sea interrogando a los demás miembros de la comunidad” (Bertaux, 1980/1993:152).

²⁹⁰ A la que remitimos como muestra de un ejercicio recopilatorio de gran valor, que presenta y discute definiciones de autores como Atkinson (1998), Bertaux (1997), Miller (2000) o Ferraroti (1988).

Bajo el paraguas general de “métodos biográficos”, en suma, recogemos un conjunto de técnicas que ponen el énfasis en acontecimientos en la vida del individuo (o de las familias, como en las propuestas de Bertaux -1996- o Miller - 2000) para llegar a un conocimiento de la sociedad en su conjunto.

Esta última acepción es la que consideramos más afín al enfoque desarrollado en nuestro trabajo, quizás asimilable a la “entrevista biográfica” de Rosenthal (2004. Citado en Kvale, 2008/2011) o a la “entrevista narrativa” de Kvale (2008/2011) o Flick (2002/2004), por cuanto el relato, la conversación de entrevista (en tanto que proceso y en tanto que producto de investigación), adopta la forma de una narrativa, en la que se entrecruza el pasado, el presente y los planes de futuro con los condicionantes familiares y la propia historia del país durante estos años²⁹¹.

Con todo, preferimos hablar de entrevistas en profundidad de corte biográfico, más que de historias de vida, por más que, de un modo más laxo, ambas aproximaciones metodológicas compartan diversos rasgos. Si bien aparentemente se aleje nuestra perspectiva de la “historia de vida” canónica en otros aspectos, como en el énfasis puesto a los casos particulares, entendemos que esta visión del método biográfico resulta ciertamente parcial. La historia de vida, en nuestra opinión, no debe confundirse con el relato más o menos pintoresco de casos particulares, sino que siempre habrá de remitir (como pretende hacer nuestro enfoque), por más que se base en pocos casos (o incluso en un único caso) a una lectura a nivel macro y meso de la sociedad, que se considera “encarnada” en la biografía de esos pocos (o de ese único) sujetos. No se “habla” de una persona determinada, sino que, a través de esa persona, se están “diciendo cosas” sobre el mundo social en su conjunto. El ejercicio, en síntesis, no es (o no sólo es) de la manera que apuntan Mallimaci y Giménez (2006:175), para quienes los métodos biográficos “describen, analizan e interpretan los hechos de la vida de una persona, para comprenderla en su singularidad o como parte de un grupo”, sino que el trayecto siempre ha

²⁹¹ Resulta complicado establecer la distancia entre la biografía individual y el *testimonio*, como ejercicio de historia general en que el individuo da cuenta de un proceso o un fenómeno del que ha sido testigo. Un mismo relato puede presentar elementos de ambos tipos de narración, habida cuenta, como venimos destacando, que siempre se da una intersección entre individuo y sociedad, biografía e historia (Viedma, 2010).

de ser de ida y vuelta de la sociedad al individuo, no pudiendo comprenderse uno (ni una) en ausencia de la otra (o del otro).

Entre los puntos de conexión entre nuestro enfoque y el habitualmente señalado para caracterizar la metodología biográfica, destacaríamos el hecho de que también nosotros otorgamos un importante peso a los momentos cruciales (las “epifanías” o “*turning points*” de Denzin, 1989; Smith, 1994:287; los “momentos críticos” que dice Sautu, 1999:63), los hitos biográficos que marcan “un antes y un después” (“hechos bisagra” los nombran Mallimaci y Giménez, 2006:198), puntos de no retorno tan denostados en otros enfoques quizás excesivamente orientados a una supuesta reversibilidad total de las biografías de los individuos (reversibilidad total que rechazamos: la vida puede ser como un chicle que se dobla o se estira, pero la materia siempre tiene límites antes de quebrarse y el tiempo, circular o lineal, avanza inexorable)²⁹².

Resulta habitual que los entrevistados, cuestionados sobre su vida, traten de construir un relato coherente, lineal, que habría de chocar con la indeterminación de esta época de biografías quebradas, tal y como venimos apuntando en nuestra revisión teórica. Ese relato, esa narración, estará normalmente construido en forma de trama marcada por sucesos clave (Atkinson, 1998; Gibbs, 2007/2012), adoptando una estructura prototípica de planteamiento, nudo y desenlace²⁹³. Este esquema básico (*pattern*) resultaría, a decir de Atkinson (1998), una especie de universal cultural, el reflejo de una

²⁹² Schwartz y Jacobs (1979/1984) apuntan que el método del historial, centrado en la recogida de esos acontecimientos clave, los tomados por destacados, por decisivos en la configuración de la biografía del individuo, se ha utilizado de manera recurrente en multitud de disciplinas (historiales médicos, criminales, de servicios sociales...), asumiendo la forma de historia de caso, término que, en Sociología, siempre nos evoca a Foucault y los procesos de cosificación del sujeto, convertido en *caso* de estudio, en objeto examinado. La técnica del biograma, que también opera con el relato biográfico de los individuos, nos recuerda que la frontera entre procesos cualitativos y cuantitativos se establece, en realidad, a partir de la definición de la propia posición del sujeto investigador con respecto a los sujetos investigados (y con respecto a los resultados de la investigación desarrollada y sus potenciales usos para con dichos sujetos estudiados).

²⁹³ El trabajo de Gibbs establece una correspondencia entre el análisis de biografías y el análisis general de cualquier otro tipo de narración. La biografía no será, en suma, más que una forma particular de narración a través de la cual los entrevistados se retratan a sí mismos, explican sus acciones y dan sentido a sus vidas. Las narraciones, por lo tanto, cumplen una serie de funciones (véase, asimismo, Coffey y Atkinson, 1996/2005; Atkinson, 1998, a partir de Campbell, 1970; o Kvale, 2008/2011, a partir de Mishler, 1986) y, en función de su lógica interna, presentan una serie de elementos (Labov, 1972, 1982; Labov y Waletzky, 1967. Citados en Gibbs, 2007/2012; véase, también, Riessman -1993- o Coffey y Atkinson -1996/2005), obedecen a una serie de convenciones sociales para comunicarse, para transmitirse. En la identificación de estos patrones generales de cursos biográficos sitúa Flick (2002/2004:117) la primera meta del análisis cualitativo, estableciendo tipologías de cursos biográficos que sirvan como paso intermedio en el camino hacia la construcción de teorías.

necesidad innata de los individuos por construir el relato de sus propias vidas como un recorrido coherente. La noción de *carrera*, que tanto explotamos en capítulos anteriores, cobra aquí nuevamente sentido, en la formulación de Taylor y Bogdan (1984/1987:174): “El término carrera designa la secuencia de posiciones sociales que las personas ocupan a través de sus vidas y las definiciones cambiantes de sí mismas y de su mundo que sustentan en las diversas etapas de esa secuencia”. Nuevamente, el choque de las biografías reales (o del intento de armar narrativamente estas biografías vividas con respecto al patrón ideal socialmente establecido) con estos principios organizativos generará todo tipo de reacciones entre los jóvenes entrevistados en este estudio.

4. La entrevista en profundidad: justificación y usos de una técnica abierta a lo inesperado.

La principal consideración a la hora de definir la entrevista de investigación (entrevista cualitativa, entrevista en profundidad, etc.)²⁹⁴ es desligarla de la conversación cotidiana, en la que tiene su origen, pero de la cual la diferencian una serie de elementos, como puede ser, fundamentalmente, el propósito de investigación, que establece una interacción “interesada” (interesada hacia unos fines de indagación, porque, en realidad, todo encuentro conversacional se orienta a fines) en la que hay un reparto de roles entre los participantes, estableciendo con ello una asimetría de poder en la interacción²⁹⁵, que no deja de ser una situación artificial (Ruiz Olabuénaga e

²⁹⁴ La variedad de etiquetas para referirse, en términos generales, a las entrevistas de investigación de corte cualitativo es ingente, y no siempre obedece a diferencias siquiera de matiz a partir de consideraciones técnicas sobre la orientación o los propósitos de cada tipo de entrevista. Adoptamos, indistintamente, los términos “entrevistas en profundidad” o “entrevistas cualitativas” (con Valles, 2002) como “paraguas” para recoger esta variabilidad, sin entrar en mayores disquisiciones sobre la pertinencia de las formas en que han sido nombradas en otras ocasiones, por otros académicos. Una recopilación de tipologías, junto a una propuesta propia, a partir de una elaborada revisión de planteamientos de distintos autores, puede hallarse en el manual de Valles (1997: capítulo 6).

²⁹⁵ Un nuevo enlace entre el mundo académico y el mundo laboral general podría establecerse en este punto. Tradicionalmente, la asimetría de poder se ha señalado como “favoreciendo” al investigador con respecto al entrevistado (véase, por ejemplo, Kvale, 2008/2011:38-39). Quizás la posición (de poder) que ocupan los autores que firman los manuales y tratados de metodología distorsione la cuestión. En

Ispizua, 1989; Valles, 1997; Kvale, 2008/2011; Viedma, 2010). Como “mecanismo controlado donde interactúan personas” la define, sintéticamente, Vela (2013:65). Interacción en la que ambos persiguen fines distintos, siendo siempre responsabilidad del entrevistador velar por la satisfacción de los deseos propios (obtener información) y del entrevistado (por ejemplo, ser escuchado, ser gratificado de cualquier manera, etc.). En ese sentido retoma Valles (1997) a Caplow (1956) para mostrar las diferencias entre la entrevista, que también constituye un encuentro interpersonal, regido por reglas como cualquier otro, y la conversación cotidiana: expectativas explícitas de investigador y entrevistado, escucha “complaciente” del entrevistador, y trabajo de mantenimiento de la conversación por parte del entrevistador, que es quien guía el intercambio.

En palabras de Ortí (2000:272), la entrevista abierta constituye un

“diálogo *face to face*, directo y espontáneo, de una cierta concentración e intensidad entre el entrevistado y un sociólogo más o menos experimentado, que oriente el discurso lógico y afectivo de la entrevista de forma más o menos “directiva””.

Enlazando con su enfoque del yo narrativo, Alonso (1994:228 y 1998:76) define la entrevista de investigación como

“una conversación entre dos personas, un entrevistador y un informante, dirigida y registrada por el entrevistador con el propósito de favorecer la producción de un discurso *conversacional, continuo y con una cierta línea argumental* –no fragmentado, segmentado, precodificado y cerrado por un cuestionario previo- del entrevistado sobre un tema definido en el marco de una investigación. La entrevista es pues una narración conversacional, creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado, que contiene

nuestra experiencia, en todo caso, podría hablarse de una (relativa) asimetría de conocimiento sobre el tema de estudio (y, desde luego, sobre el objeto y proceso de la investigación, sobre la que el entrevistado sólo tiene un conocimiento muy puntual). Más allá de una cierta *autoritas* (derivada de la posición del entrevistador “como profesor”, más que “como doctorando”), no consideramos que quepa hablar de asimetría de poder (no al menos en el sentido de un investigador situado en una posición superior, “poderosa”) con respecto a un entrevistado que puede, en cualquier momento, decidir dar por finalizada la entrevista o, simplemente, optar por no colaborar en modo alguno con la investigación.

un conjunto interrelacionado de estructuras que la definen como objeto de estudio (Grele, 199[1]:112)”²⁹⁶.

Desde coordenadas distintas a nuestro país, rescatamos la concepción de Kvale (2008/2011), para quien la entrevista ha de verse como entre-vista (no en vano ese es el título que le da, jugando con las palabras, a su obra de 1996: *InterViews*), como intercambio de visiones sobre un tema que resulta común a entrevistador y entrevistado (la conversación cotidiana aparece como punto de partida para esta reflexión). Doce son los rasgos que caracterizarían, según Kvale, a las entrevistas (“entrevistas semi-estructuradas del mundo de la vida”, las nombra él de manera recurrente), que siempre se orientan a entender el mundo cotidiano vivido desde la perspectiva de los sujetos. Seis son los que rescata Corbetta (1999/2003:368) en su manual para definir (todo en cursiva) las entrevistas cualitativas como

“una conversación: a) provocada por el entrevistador; b) dirigida a sujetos elegidos sobre la base de un plan de investigación; c) en número considerable; d) que tiene una finalidad de tipo cognoscitivo; e) guiada por el entrevistador, y f) sobre la base de un esquema flexible y no estandarizado de interrogación”.

El modo en que se articulen las demandas de flexibilidad propias de una aproximación cualitativa con el grado de determinación de los temas sobre los que se requiere respuesta (digamos: grado de dirección empleado y nivel de profundidad buscado) establece toda una panoplia de variantes de la entrevista cualitativa, recogidas en distintas tipologías. Así, Corbetta (1999/2003), atendiendo al grado de estandarización/flexibilidad de las entrevistas, distingue entre entrevistas estructuradas, semiestructuradas y no estructuradas, en lo que viene siendo la división más clásica entre tipos de entrevista²⁹⁷ (véase, en

²⁹⁶ De la misma escuela que los anteriores, Fernando Conde (2008:158) se refiere a la “entrevista personal” como la “realización “cara a cara” de una “conversación” personal entre el entrevistador y el entrevistado en la que se trata de generar un “proceso comunicativo” en el que el entrevistado exprese de la forma más libre, distendida y espontánea posible el conjunto de sus vivencias y de sus puntos de vista personales sobre el tema investigado”.

²⁹⁷ Por más que luego reduzca la división a una dupla (estructurada / “menos” estructurada), a la que se añaden tres (cuatro, en realidad) tipos (“casos especiales”) más: entrevista no dirigida y entrevista clínica, entrevista a observadores privilegiados, y entrevista de grupo.

el mismo sentido, Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Flick, 2002/2004; Viedma, 2010; o Vela, 2013). Variantes de entrevista que, por lo demás, como enfatizan los expertos en la materia, pueden combinarse en una misma entrevista concreta, que puede presentar grados de estructuración diversos en distintos puntos de la conversación, así como orientaciones y estímulos igualmente diferentes en función de los propósitos concretos que persiga en cada momento

Entre las situaciones en las que la entrevista en profundidad aparece como solución metodológica adecuada suelen señalarse aquellas en las cuales se busca una aproximación a fenómenos que sólo pueden ser estudiados mediante declaraciones personales (Cannell y Kahn, 1953/2008). Como técnica cualitativa, la entrevista no se orienta a producir datos métricos, sino a mostrar los aspectos significativos de la conducta, tal y como se manifiesta y se experimenta desde la perspectiva de los sujetos. Para ello, para obtener ese relato personal, la entrevista se presenta como la técnica más útil, dando acceso al significado otorgado por los sujetos (el tan manido punto de vista de los actores) a fenómenos y conductas (Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Alonso, 1998; Flick, 2002/2004; Sanmartín, 2003). Una cita de Finkel, Parra y Baer (2008:132) condensa toda una serie de elementos tradicionalmente indicados a la hora de señalar los *usos* de investigación de la entrevista cualitativa:

“Mediante la entrevista el investigador social enmarca histórica y socialmente las experiencias personales de sus entrevistados y busca comprender los procesos sociales que subyacen a las valoraciones e interpretaciones subjetivas individuales. En este proceso, el investigador social no ignora además el hecho de que el propio contexto de investigación es parte de la estructura social y comunicativa que produce e incita estas mismas valoraciones”.

La remisión de la entrevista al contexto social general se produce en un doble plano: tanto como fuente de condicionantes para la interpretación del relato producido como, de un modo más inmediato, como *escenario* en el cual

se produce y se mantiene la interacción comunicativa que constituye el acto de entrevista²⁹⁸.

Con respecto a otras técnicas cualitativas, la entrevista se presenta como alternativa viable, idónea, bajo determinadas circunstancias, que serán las que marquen (la técnica siempre ha de adaptarse al fenómeno, no al revés) la pertinencia de su aplicación. Entre estas circunstancias, apuntan Taylor y Bogdan (1984/1987:104-106) las siguientes: 1) cuando los intereses de la investigación son relativamente claros y están relativamente bien definidos; 2) los escenarios o las personas no son accesibles de otro modo (porque se quieran estudiar acontecimientos del pasado o porque no se pueda tener acceso a determinados escenarios o personas); 3) el investigador tiene limitaciones de tiempo (no puede desarrollar una investigación basada en observación participante, que sería la técnica cualitativa ideal, según estos autores); 4) se deben estudiar una amplia gama de escenarios o personas (lo cual, igualmente, hace inviable un trabajo de observación participante); y 5) el investigador quiere *esclarecer* experiencia humana subjetiva (para lo que el lenguaje se presenta como el mejor medio para llegar a conocer íntimamente a las personas, para ver el mundo a través de sus ojos e introducirse en la vivencia de sus experiencias).

Para Ortí (2000), la entrevista sirve para rastrear el discurso motivacional del sujeto y para interpretarlo a la luz de su posición en el sistema de clases. Según este autor, la entrevista, inferior al grupo de discusión (por cuanto éste sirve para hacer emerger mejor la estructura motivacional básica), sirve para el estudio de casos tópicos o extremos, pero, sobre todo, para el análisis de las relaciones de los sujetos con los modelos culturales de personalidad establecidos socialmente (el otro generalizado o *superego social institucionalizado*, en sus palabras). Cuatro son los campos básicos de aplicación de la entrevista en profundidad, a decir de Alonso (1994, 1998), a saber: reconstrucción de acciones pasadas; estudio de las representaciones

²⁹⁸ Véase Valles (1997) para una reflexión en torno a la importancia crucial de tomar en consideración los aspectos macrosituacionales en el análisis de la microsituación que supone la entrevista. Para Alonso (1998:80-81), en ese sentido, la entrevista de investigación social constituye “la mínima expresión de un sistema comunicativo”, siendo una interacción normada, un “juego social” en el que se despliegan todo tipo de estrategias y transacciones entre los *jugadores*, que establecen un “contrato comunicativo” sujeto a reglas en permanente renegociación.

sociales personalizadas; estudio de la interacción entre constituciones psicológicas personales y conductas sociales específicas; y prospección de los campos semánticos, vocabulario y discursos arquetípicos de grupos y colectivos. Partiendo de una concepción de la entrevista como interacción social, mediada por el lenguaje, la técnica resulta útil para obtener información sobre cómo los sujetos actúan y reconstruyen el mundo de significados sociales (y, con él, a sí mismos) en sus prácticas individuales, cotidianas: el habla, lo dicho, como conducta, el relato como medio para conocer (y comprender) las motivaciones de dicha conducta²⁹⁹.

Estamos hablando, en todo momento, de entrevistas abiertas, de corte cualitativo, no de entrevistas estandarizadas plegadas a un cuestionario rígido, que no permitirían alcanzar los puntos de vista propios del entrevistado, por cuanto suponen una *imposición*, una limitación sobre el universo de posibilidad, por parte del investigador, que, definiendo las preguntas (y las respuestas pertinentes), define y constriñe la realidad. Obviamente, la elección de un tipo u otro de variante de entrevista dependerá del objeto y de los propósitos de investigación. Como bien apunta Viedma (2010:63):

“La entrevista es una de las formas de producción de información empírica más comunes e importantes de la investigación social. Los distintos niveles de apertura en la comunicación entre investigador e investigado, la variedad de instrumentos utilizados y su capacidad para producir distintos tipos de información permiten que esta práctica pueda ser aplicada desde perspectivas, campos y disciplinas con objetos y objetivos de conocimiento muy diferentes. La adecuación de la entrevista a estas necesidades ha tenido como resultado la creación de prácticas tan heterogéneas como la encuesta a través de cuestionario estandarizado, la entrevista abierta o cualitativa, las historias orales y de vida o las entrevistas focalizadas grupales, entre otras muchas”.

Así pues, “la decisión de utilizar un modelo u otro de entrevista en una investigación debe tomarse considerando el grado de adecuación de cada

²⁹⁹ “La técnica de la entrevista abierta se presenta útil, por lo tanto, para obtener información de carácter *pragmático*, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales” (Alonso, 1994:226). A partir de aquí, la complementariedad con los grupos de discusión se hace evidente, por cuanto éstos aportarían representaciones colectivas mientras que las entrevistas cumplirían una función similar a nivel individual, particular.

modelo de entrevista concreto a los objetivos, condiciones, necesidades y tipo de información a obtener” (Viedma, 2010:70-71).

La entrevista, por lo tanto, como herramienta de investigación, presenta una serie de puntos fuertes que se relacionan con esa posibilidad de alcanzar una información *íntima*, una mirada profunda al interior de los sujetos³⁰⁰. Tomando como meta de la investigación cualitativa el acceso al punto de vista del sujeto, para desde allí comprender (aprehender) cómo construyen y dan sentido a sus mundos, la entrevista aparece como potente instrumento (el instrumento, en realidad, como ya señalamos, es el propio sujeto investigador, que se pone en juego –*implica*– en un sentido profundo en la tarea de indagación) para lograr tal fin. La entrevista sería una técnica valiosa por cuanto genera conocimiento a través de la interacción entre el que estudia y el que es estudiado, permitiendo, por su carácter abierto y flexible, que el investigador descubra la definición de la realidad dada por el actor, su percepción y su interpretación de la misma (Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Taylor y Bogdan, 1984/1987; Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Corbetta, 1999/2003; Viedma, 2010; Vela, 2013). En un tono didáctico, Valles (1997:196-197) apunta una serie de ventajas de las entrevistas en profundidad:

“el estilo especialmente abierto de esta técnica permite la obtención de una gran riqueza informativa (intensiva, de carácter holístico o contextualizada), en las palabras y enfoques de los entrevistados; proporciona al investigador la oportunidad de clarificación y seguimiento de preguntas y respuestas (incluso por derroteros no previstos), en un marco de interacción más directo, personalizado, flexible y espontáneo que la entrevista *estructurada* o de encuesta (...) [es] más capaz y eficaz en el acceso a la información difícil de obtener”³⁰¹.

³⁰⁰ Como en el relato de Meher Baba que abre el libro de Schwartz y Jacobs (1979/1984:13), la entrevista sería una especie de operación de rescate de una “perla de incomparable valor de las profundidades del océano”, por más que esta metáfora (tan cercana a la del minero de Kvale o a la concepción de la entrevista como “herramienta de excavar” –Benney y Hughes, 1970. Citado en Taylor y Bogdan, 1984/1987:100) suponga una concepción del conocimiento (y de la tarea del propio investigador) distinta a las visiones constructivistas más recientes (representadas, metafóricamente, en ese viajero de Kvale), para las que el conocimiento no se “recoge”, sino que se genera en el proceso de investigación.

³⁰¹ Y puede preferirse, asimismo, por su intimidad o por su comodidad, aparte de por favorecer la transmisión de todo tipo de información no superficial.

Si las fortalezas de la técnica de la entrevista descansan en su falta de estandarización, que la dota de un gran potencial exploratorio, sus limitaciones radican, igualmente, en dicha falta de estandarización, que hace inviable, en la práctica, cualquier intento de establecer generalizaciones “duras” a partir de sus hallazgos (Corbetta, 1999/2003; Vela, 2013)³⁰². La subjetividad del producto generado por la entrevista es su principal riqueza y, también, su principal limitación (Alonso, 1994). Como situación social, la entrevista es irrepetible por definición, dependiente de las circunstancias concretas y del clima en que se produzca la interacción (Viedma, 2010). La *validez* de los resultados obtenidos mediante esta técnica se encuentra siempre comprometida, más allá de que se plantea que, seguramente, la fiabilidad y la validez (y aquí remitimos al debate del epígrafe anterior, en lo relativo a métodos –en tanto procedimientos y principios- cuantitativos y cualitativos de investigación en Ciencias Sociales) no sean los criterios más adecuados (“the appropriate evaluative standards”, Atkinson, 1998:59) para evaluar la calidad de los resultados de investigación obtenidos mediante entrevistas cualitativas³⁰³, debiendo ponerse el énfasis en otras cuestiones, como la autenticidad o la coherencia de la estructura narrativa proporcionada por los informantes (Vela, 2013) o, sin más, en una traducción de la máxima de Thomas (1928), reconociendo que lo importante no es la veracidad del relato, sino la forma en que resulta construido por el autor, es decir, la perspectiva o la experiencia de éste, la forma en que el propio hablante se presenta y se construye en la interacción a través de su narrativa (Taylor y Bogdan, 1984/1987; Atkinson, 1998). Para Alonso (1998), no habiendo regla fija sobre la forma de realizar una entrevista, ni existiendo posibilidad de reproductibilidad de la misma, los resultados no tienen posibilidad de generalización ni de universalización, por lo que sólo se puede juzgar una entrevista por la riqueza heurística de las producciones discursivas que se han obtenido de ella. Schwartz y Jacobs (1979/1984:105) plantean, como norma general, que el investigador debe

³⁰² Amén de otras limitaciones, más “logísticas”, como el factor tiempo (lo costosa que resulta la realización de entrevistas –el propio coste económico, que no suele recogerse en los manuales, sería otro elemento a considerar) o la reactividad que se produce en la interacción entre entrevistador y entrevistado (Valles, 1997; Corbetta, 1999/2003; Viedma, 2010).

³⁰³ Para una reflexión en torno al debate sobre fiabilidad y validez en el enfoque cualitativo puede consultarse el epígrafe correspondiente en el texto de Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989:72-78) o, para una revisión más reciente referida al tema de la calidad en las entrevistas cualitativas, Valles (2005).

“creer en lo que se nos dice”, máxime cuando la meta consiste en reconstruir el mundo de la vida de la otra persona, tarea en la que esa otra persona es el único experto posible.

En todo caso, este “riesgo” sobre la validez de la investigación mediante entrevistas resulta consecuencia de una serie de circunstancias que rodean a la técnica, como puede ser la falta de conocimiento del contexto del entrevistado, la discrepancia entre lo que las personas dicen y lo que hacen, o la distorsión, deliberada o involuntaria (por engaño, por olvido o por incompetencia a la hora de expresarse), de los relatos de dichos entrevistados (Cannell y Kahn, 1953/2008; Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Taylor y Bogdan, 1984/1987; Atkinson, 1998; Flick, 2002/2004; Viedma, 2010). Estas cuestiones, objeto de discusión habitual en los textos sobre entrevistas cualitativas, pueden ser *controladas* por el investigador mediante diferentes mecanismos, en aras de intentar asegurar la validez, la capacidad heurística, de los resultados obtenidos en una investigación basada en esta técnica de indagación. En ese sentido, parece que la solución estándar consiste en el recurso a la combinación de técnicas (*triangulación*, si se quiere), que permitan al investigador tener un conocimiento más completo del contexto del sujeto (y del propio sujeto), a fin de valorar (*ponderar*) sus relatos personales. Empleo de otras técnicas de investigación y otras fuentes de datos, entrevistas repetidas, contraste con otros informantes, conocimiento del sujeto entrevistado a través de otros medios y canales... pueden ser formas de validar (enjuiciar su dimensión de verdad) la información producida en una entrevista (Klockars, 1977; Schwartz y Jacobs, 1979/1984; Taylor y Bogdan, 1984/1987; Valles, 1997; Reséndiz, 2013)³⁰⁴.

La cuestión fundamental, en cualquier caso, descansa en el reconocimiento y la aceptación de que, en la entrevista en profundidad, más

³⁰⁴ Con todo, asumiendo la advertencia de Valles de que no puede tenerse “exceso de confianza en las entrevistas” (1997:198, siguiendo a Dexter, 1970:13-16), resulta complicado delimitar, en un estudio de investigación cualquiera, el campo específico de la entrevista. Si el investigador, como dijimos, no es un mero robot que se conecta para realizar la entrevista y se desconecta a continuación hasta la próxima sesión, resultará muy complicado que no reciba de manera continuada todo tipo de *información* susceptible de ser utilizada en su estudio (“*all is data*”, establece el mantra de Glaser -2001. Citado en Valles, 2007:300). En su capacidad para absorber (y traducir en términos productivos de cara a su investigación) esta información (lo que podríamos asimilar a la *imaginación* postulada por Mills -1959/2000) radicarán buena parte del éxito de su estudio. Una vez más el *dictum* se nos presenta claramente: la investigación sólo será tan buena como el sujeto que la desarrolle.

importante que el nivel de exactitud, en términos de cercanía entre el relato y la realidad, es el efecto que el relato construido tiene sobre el sujeto, sobre sus percepciones de la realidad y su propia identidad individual. Más que buscando una Verdad inaprehensible para la Ciencia Social, la entrevista busca recoger la presentación, en términos goffmanianos, que de la realidad (y de sí mismo) hace el sujeto, intentando con ello comprender la posición en la que éste se sitúa (al tiempo que es situado) con respecto a sus mundos (a las estructuras y condicionantes socioculturales), desvelando el diálogo que el propio sujeto establece con respecto a los significados sociales de los que se sirve para presentarse ante los demás, para darle sentido a su experiencia vital (Atkinson, 1998; Mallimaci y Giménez, 2006). Revisando el enfoque dramatúrgico de Goffman, Alonso (1994) caracteriza la entrevista como un juego social en el que ambos participantes, entrevistador y entrevistado, asumen un determinado papel, un cierto modelo de rol socialmente establecido, con respecto a cuyo ideal se manejan las actuaciones correspondientes.

“La entrevista abierta es, por lo tanto, un proceso de interacción específico y parcialmente controlado en el que el interlocutor “informante” construye arquetípicamente una imagen de su personalidad, escogiendo una serie de materiales biográficos y proyectos de cara a su *representación social* (Goffman, [1959/]1973) (...) La entrevista, de esta manera, se instituye y desenvuelve a partir de su capacidad para dar cuenta de la vivencia individual del informante (manifiesta o latente) del sistema de “marcadores sociales” que encuadran la vida social del individuo específico, ya que en nuestra sociedad rige un sistema de *etiquetas* que insta al individuo a manejar en forma conveniente sus sucesos expresivos, y a proyectar, por medio de ellos, una imagen adecuada de sí, un respeto apropiado por los presentes y una consideración satisfactoria por el encuadre” (Alonso, 1994: 237-238).

Un análisis minucioso del material de entrevista, por lo tanto, debe atender tanto a lo producido como a lo silenciado, como, desde luego, a las formas en que los discursos individuales se hallan entrecruzados por reglas y pautas sobre lo pertinente, sobre lo esperable, sobre el poder de las *etiquetas* en las acciones (de habla y también de pensamiento) de los actores³⁰⁵.

³⁰⁵ Véase también, en ese último sentido, sobre la interacción a través de la entrevista entre el sujeto y el sistema de etiquetas sociales que lo enmarca, la reflexión posterior del propio Alonso (1998).

La narración, el relato producido a través de la entrevista en profundidad, ha de entenderse como una práctica social, que permite acceder a cómo desean los entrevistados retratarse a sí mismos, cómo explican sus acciones y conductas (Gibbs, 2007/2012; Conde, 2008; Gutiérrez Brito, 2010). El sujeto se expone como un “yo narrativo” o dramatizado, que vincula su experiencia con la propia macrosituación social a través de una línea pretendidamente coherente y lineal. Esta exigencia de linealidad ha sido señalada como “ilusión biográfica” por parte de Bourdieu (1989), quien la considera una ficción ante la que el analista debe estar prevenido para no caer en lecturas simplistas de las narraciones (o para no buscar un sentido –*telos*- a todo relato biográfico)³⁰⁶.

La labor del sociólogo consiste, así, en un ejercicio interpretativo, que busca desvelar, precisamente, la interpretación (tanto en el sentido metarreflexivo como en el puramente dramático) que de su relato hacen los sujetos. Este trabajo hermenéutico no debe dejarse exclusivamente para la parte final del proceso de investigación, para la “fase de análisis”, sino que impregna todo el recorrido, incluyendo, obviamente, los procedimientos que debería seguir el investigador durante la interacción particular que constituye el encuentro de entrevista. En este punto, en esa interacción personal, la consigna fundamental es lograr establecer una situación en la que el entrevistado se sienta cómodo, intentando conseguir un nivel de empatía (*rapport*) que permita que el relato fluya sin obstáculos (y, en la medida de lo posible, sin distorsiones de ningún tipo) entre entrevistado y entrevistador (narrador y oyente, productor y guía de la información) (Cannell y Kahn, 1953/2008; Corbetta, 1999/2003; Kvale, 2008/2011; Vela, 2013). Lograr esa confianza será el primer objetivo del entrevistador, habida cuenta de que buena parte del éxito de su entrevista reposa en conseguir que el informante esté dispuesto a abrirse, a proporcionar un relato tan verosímil como, sobre todo, profundo y detallado. Y esa “apertura” depende, en buena medida, de la

³⁰⁶ Conectando esta advertencia con la demanda por parte de Machado, antes expuesta, de desarrollar métodos poslineales (2001/2007: capítulo 3) tendríamos un nuevo programa de trabajo para analizar este tipo de material biográfico, en el que resulta de especial interés, precisamente, el momento de choque entre la *ilusión* de linealidad y coherencia y la realidad de indeterminación, trayectorias abiertas, caminos emergentes e incertidumbre biográfica que tanto caracterizaría a los jóvenes posmodernos. En un sentido crítico cercano a la propuesta de Bourdieu puede verse la crítica de Davis (1987/2002) a la narrativización de la vida, tan enraizada desde los propios cuentos infantiles, como ya estudiase, hace casi un siglo, Vladimir Propp (1928/2014).

definición que haga el entrevistado sobre la situación de entrevista, por lo que es una cuestión de la mayor importancia hacer que esta definición sea *favorable* (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989).

Partiendo del hecho, ya mencionado, de que la entrevista es una situación artificial, se produce un “pacto (o contrato) comunicativo”, que fija las reglas que van a regir el intercambio que supone la entrevista (Alonso, 1994, 1998). Este pacto va más allá de las cuestiones logísticas³⁰⁷, aunque también las incluye, para sentar las bases sobre las que ambos participantes van a interactuar durante la entrevista. La negociación, como habilidad en cualquier esfera de la vida social, determinará buena parte de las posibilidades de éxito de un encuentro de entrevista, incluso antes de que ambos participantes se hayan sentado a la mesa, antes, incluso, de que siquiera se conozcan personalmente.

En lo que se refiere al momento de entrevista en sí (los manuales muchas veces establecen esta división “por fases”, por más que la lógica no sea tan sencillamente lineal), la flexibilidad vuelve a ser la premisa fundamental del trabajo de entrevistador, que se perfila como un *arte* (o un *oficio*), en ocasiones casi como una alquimia que sólo puede aprenderse a lo largo del tiempo, como una mezcla entre preparación y habilidad personal, entre ciencia (procedimiento) y arte (práctica interactiva) (Atkinson, 1998; Corbetta, 1999/2003; Kvale, 2008/2011). En términos posmodernos podríamos hablar de “competencias”, siendo fundamental el cultivo de cualidades relacionadas con la escucha y la comprensión³⁰⁸: saber preguntar (Bertaux, 1997; Sautu, 1999; Mallimaci y Giménez, 2006), saber generar discurso (Holstein y Gubrium, 1995), saber mantenerse entre la cercanía y la distancia. Kvale insiste en su libro en que la formación del entrevistador cualitativo es larga (no debe caerse en el error de pensar que cualquiera puede ponerse a hacer entrevistas –a hacer buenas entrevistas, se entiende- sin un proceso adecuado de formación). La idea de artesanía impregna su obra:

³⁰⁷ Para una revisión sobre estas otras consideraciones, véase Valles (1997), Sanmartín (2003), Viedma (2010) o Reséndiz (2013). La preocupación por los aspectos logísticos alcanza mayor atención en los manuales anglosajones, como en el de Wengraf (2001), que dedica una parte entera de su libro a estas cuestiones (pp. 183-206), llegando a plantear una programación/planificación diaria de tareas a desempeñar por el entrevistador en esta fase *around the interview*.

³⁰⁸ En ese sentido debe interpretarse el subtítulo del manual de Rubin y Rubin (1995), que hablan de las entrevistas como “the art of hearing data”.

“El artesano competente no se centra en los métodos sino en la tarea; en el análisis de Heidegger sobre la artesanía, el carpintero no se centra en el martillo, sino en la madera y en la mesa que hay que construir. Aprender a entrevistar es alcanzar una transparencia de las técnicas y de las herramientas. El entrevistador diestro piensa menos en la técnica de la entrevista que en el entrevistado y en el conocimiento buscado (...) La buena entrevista de investigación va más allá del conocimiento de las reglas formales y abarca más que el dominio de las destrezas técnicas de un oficio, para incluir también un juicio personal sobre las reglas y las técnicas a las que hay que apelar o no” (Kvale, 2008/2011:77).

Y eso, concluye el autor noruego, sólo se aprende en la práctica: “la investigación a través de entrevistas es un oficio que se aprende mediante la práctica de la entrevista”, había sido la primera frase de su libro (Kvale, 2008/2011:19), que se completa con la igualmente explícita “el oficio de entrevistar se aprende con la práctica y no leyendo un libro” (p. 20)³⁰⁹.

El entrevistador, que ya ha puesto las primeras piedras en el edificio de la confianza con sus tareas de contactación/negociación, tiene que intentar, mediante sus intervenciones y su propio “trabajo de cara” (nuevamente explotando el glosario goffmaniano), conseguir que el entrevistado se sienta cómodo (y *confiado*) (Taylor y Bogdan, 1984/1987; Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Fontana y Frey, 1994; Valles, 1997; Alonso, 1998; Viedma, 2010; Vela, 2013). Para ello tiene a su disposición todo un repertorio de estrategias (Corbetta, 1999/2003; Valles, 1997³¹⁰; Legard, Keegan y Ward, 2003; Viedma, 2010) que habrá de ir manejando con cautela y experticia, sabiendo qué preguntar, cuándo y, sobre todo quizás, cómo hacerlo.

Reiterando que la entrevista se asemeja a la conversación cotidiana, Taylor y Bogdan (1984/1987) apuntan algunas claves para que se desarrolle de forma fluida y establezca un marco en el que el entrevistado se sienta cómodo. Entre estas claves o consejos se encuentran los siguientes: no juzgar nada de

³⁰⁹ En el mismo sentido, véase la reflexión de Alonso (1998:88), después de plantear el conjunto de intervenciones que puede desarrollar el entrevistador durante la entrevista: “Del uso de todos estos resortes enunciativos depende el resultado de la entrevista; esto es lo que hace al entrevistador un auténtico investigador. Depende de su habilidad, su sensibilidad y su cultura para llevar a cabo la entrevista; no hay recetas ni instrucciones estandarizadas, sino su *capacidad de reflexión* y decisión sobre el propio trabajo que está realizando”.

³¹⁰ Las “tácticas” de entrevista planteadas por este autor (1997:219-222; 2002:111-126) se convirtieron en referente clásico en manuales y textos sobre esta técnica de investigación.

lo que el entrevistado diga (comunicar comprensión, empatía), no interrumpir al entrevistado (se enfatiza la necesidad de “tacto” sobre la manera de reconducir la conversación, si se desvía de los intereses del estudio), prestar atención (mostrar un interés sincero), o ser sensible (tratar al otro con total respeto). Atkinson (1998), por su parte, que enfatiza que la entrevista no es una conversación, señala algunos elementos de guía también: saber escuchar, apoyar a quien habla, mostrar interés sincero, ser amable, ser agradecido, saber gestionar las emociones, saber qué preguntar (y cuándo y cómo hacerlo)... En el mismo sentido, Sanmartín (2003) apunta que la esencia de la entrevista es la escucha y que, por lo tanto, lo principal será mantener una apertura plena de la atención, una “disposición humana” a escuchar plenamente, a no ser mero recopilador de información.

El papel del entrevistador será, en definitiva, de “facilitador” o “mayéutico” (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989), de guía (Atkinson, 1998), de auxiliar para la generación del relato (Corbetta, 1999/2003; Finkel *et al.*, 2008), más que de mero “preguntador”. El guion de temas de conversación es más que un simple arsenal de preguntas cerradas y estandarizadas, que habrá de ser manejado con flexibilidad. Obviamente, este nivel de flexibilidad en el manejo del guion, así como en el propio carácter más o menos abierto o cerrado de las preguntas, depende del tipo de entrevista que se esté desarrollando, más o menos estructurada. Así, por ejemplo, pese a que normalmente se recomienda el uso flexible del guion y grados bajos de estructuración de las preguntas³¹¹, en el texto de Cannell y Kahn (1953/2008), que pretendía constituirse en una guía para entrevistadores en la época de más auge del enfoque positivista y cuantitativo, se abogaba sin ambages por hacer que las preguntas fueran absolutamente estandarizadas, de tal manera que la entrevista resultase completamente pautada y, con ello, “científica” (el entrevistador, por ejemplo, se presenta como un “técnico científico” -p. 314-, cuyo trabajo consistiría en administrar sin incurrir en variación de ningún tipo los cuestionarios de entrevista a cada sujeto). Pese a su carácter eminentemente cuantitativista, este texto ofrece algunas enseñanzas valiosas,

³¹¹ Para una revisión sobre los tipos de preguntas que pueden componer una entrevista cualitativa, véase Schwartz y Jacobs (1979/1984), Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989) o, en fechas más recientes, Corbetta (1999/2003) o Kvale (2008/2011:88-89).

también, para los practicantes del enfoque cualitativo. Entre ellas, el énfasis puesto por los autores en la necesidad de que el cuestionario (llámese guion o guía de conversación: tanto da) esté centrado en el entrevistado, reflejándose esta premisa en aspectos como el lenguaje, el marco de referencia de las preguntas o el nivel de información requerido en las respuestas, así como la propia lógica que aporte orden a la sucesión de temas.

Será en el manejo más o menos flexible del guion que marca la pauta de la conversación (Taylor y Bogdan, 1984/1987; Valles, 1997; Atkinson, 1998; Corbetta, 1999/2003; Rapley, 2007/2014; Kvale, 2008/2011; Finkel *et al.*, 2008) donde el investigador se jugará buena parte de su suerte para que la travesía de la entrevista (una vez más con la metáfora de Kvale) llegue a buen puerto y resulte tan productiva como satisfactoria para ambas partes (se respeten, por lo tanto, los compromisos adquiridos con el pacto, implícito o explícito, que se estableció). ¿Qué motivación podía tener el entrevistado para dejarse entrevistar? ¿Qué *satisfacción* puede, entonces, esperar obtener? Esa era la pregunta que se formulaban Cannell y Kahn allá por el lejano 1953. En su reflexión, varios eran los motivos que podían estar detrás de esta decisión, de esta *concesión*. Por ejemplo, contribuir al desarrollo científico, obtener el reconocimiento de la autoridad, fomentar un cambio a través del testimonio que se pueda aportar, o, directamente, el más prosaico objetivo de obtener una retribución económica (o el más emocional de “sentirse escuchado”). Dicen estos autores que es una buena idea intentar vincular las metas del sujeto entrevistado con las de la propia investigación, para lograr así que se desarrolle una especie de “trabajo en equipo” que fomente la motivación del entrevistado. De esta manera, si se produce una comunión de intereses, será más sencillo que, al final de la entrevista, se dé una satisfacción para ambas partes, y no quede la sensación de que una parte (el investigador) ha “extraído” algo de la otra (el entrevistado) sin haberle aportado nada a cambio³¹².

Una especie de “mala conciencia” parece abordar a los autores de manuales y textos sobre metodología en este punto. Después de haber presentado al entrevistado como informante (vale decir, como recipiente de

³¹² Sorprende que la mayor parte de los manuales no se planteen siquiera este interrogante sobre la motivación del entrevistado, que resulta una cuestión crucial (máxime en investigaciones, como la nuestra, en que la participación resulta completamente altruista, sin retribución alguna a cambio del relato personal concedido en la entrevista).

información que el investigador, legítimamente por lo demás, desea obtener), se presentan todo tipo de consideraciones en línea de conceptualizar (y tratar, correspondientemente) al sujeto entrevistado como una persona, en su dimensión integral, lo que implica, en buena medida, establecer una relación con él/ella en unos niveles *personales*, más allá del mero “sonsacamiento” (término que emplean, sin mayor rubor, Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989:135)³¹³.

La posición que ocupa el investigador con respecto a sus informantes resulta, así, problemática y problematizada, insistiéndose en la necesidad de poner en juego una sensibilidad (una empatía, si se prefiere) a nivel personal (Corbetta, 1999/2003), estableciendo una relación con los informantes que va más allá del mero intercambio de la entrevista, en la que, de hecho, muchas veces no se produce intercambio, sino “extracción” unidireccional: el investigador obtiene algo de la relación, pero no así el informante (por lo que ha de ser el investigador quien haya de trabajar intensamente para mantener estas relaciones). El consejo de Taylor y Bogdan (1984/1987:128) se orienta en esa dirección, en intentar vincularse a los informantes con otro patrón distinto al de recolector-recipiente de información (siquiera porque así se conseguirá mejorar el flujo comunicativo entre ambos...): “relacionarse con estos últimos [los informantes] como personas y no como si fueran meras fuentes de datos”, lo que puede implicar “pasar tiempo con el entrevistado” (Mallimaci y Giménez, 2006:200), más allá de las sesiones de entrevista, estar dispuesto a ayudarles (lógica del don: devolver los favores) en otras circunstancias de sus vidas, etc. (Sanmartín, 2003)³¹⁴. No en vano apuntamos que el entrevistador se ve

³¹³ Estos autores, de hecho, parecen sugerir la impostación (no dudamos que pueda tratarse de un reconocimiento honesto de la realidad del proceso de entrevista) de una “rica sensibilidad” por parte del entrevistador, como estrategia que, unida a la “agresividad creciente” en el desarrollo de la entrevista, permita que se produzca el “abordaje del tesoro simbólico que posee el entrevistado” (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989:138-139).

³¹⁴ El contrapunto cuantitativo lo volvemos a encontrar en la reflexión de Cannell y Kahn, que parece mostrarnos la faz más *interesada* de la relación: cuanto más íntima sea la información que se busque, mayor será el nivel de *rapport* que se deberá construir y, por lo tanto, mayores habrán de ser los esfuerzos por parte del investigador para *ganarse* al entrevistado: “En general, podemos decir que cuanto más íntimo, emocionalmente cargado o comprometido para el yo es el tema de la entrevista, más delicada es la tarea de establecer la relación con el sujeto y más profunda debe ser la relación personal” (Cannell y Kahn, 1953/2008:335). Hasta qué punto una relación de investigación (como cualquier otra relación social, humana) es desinteresada, intencionada o directamente falsa, es algo que, a efectos técnicos puede resultar secundario (la ética, la moral, parece situarse en otra esfera de la

implicado de manera profunda, integral, en el proceso de investigación cualitativo (“investigaciones sensibles”, apunta Vasilachis, 2006:34), actuando, además, como su propia herramienta de investigación (Flick, 2002/2004; Kvale, 2008/2011). Sanmartín (2003) lo expresa en términos más drásticos, hablando de que el investigador (el antropólogo, en este caso) pone su humanidad en juego en el proceso de investigación³¹⁵.

Los requisitos éticos son, por lo tanto, fuertes en estas investigaciones, por cuanto trabajan con material sensible, con lo más profundo de los seres humanos que han colaborado en el estudio (Atkinson, 1998; Gibbs, 2007/2012; Reséndiz, 2013). El investigador cualitativo, se dice, ha de ser muy cuidadoso con este material, en todas las fases del proceso de investigación, desde la publicación de resultados hasta la conservación del material (Gibbs, 2007/2012), asegurando siempre que los compromisos adquiridos con los informantes se respetan (en el presente y en el futuro) y siendo consciente de quién detenta los derechos sobre dicho material producido (a quién pertenecen, en suma, los relatos generados en las entrevistas)³¹⁶. El entrevistado te ha confiado un regalo muy valioso (Mallimaci y Giménez, 2006), incluso algo “sagrado” (Atkinson, 1998:22), y el investigador ha de estar a la altura, en todo momento, de dicha confianza. Desde nuestro punto de vista particular, consideramos que la mayor consideración ética a tener en cuenta en nuestro trabajo es la de no someter los relatos de los informantes a ninguna forma de ventriloquía, por más que puedan resultar contradictorios con los postulados teóricos de los que partíamos, por más que puedan resultarnos, por momentos, *falsos*, reflejo de una visión de la realidad que se quiere construir a partir de una selección de experiencias y discursos que no se corresponden fielmente con la realidad vital de los entrevistados. Es labor del sociólogo, en este caso, expresar fielmente lo que los informantes le han transmitido, por más que estos no lo hayan hecho con el mismo grado de fidelidad.

actividad científica del sociólogo), pero sobre lo que, obviamente, debe trabajarse también (de nuevo el enfoque goffmaniano muestra su potencial práctico).

³¹⁵ En el mismo sentido se expresa Atkinson (1998), para quien la realización de una historia de vida puede tener un profundo impacto emocional sobre los investigadores, constituyendo experiencias muy profundas, trascendentales, que pueden llegar incluso a cambiar sus vidas.

³¹⁶ En ese sentido, Atkinson (1998) es muy gráfico al presentar al investigador como una especie de matrona (*midwife*) que ayuda a que el bebé nazca... pero que nunca será la madre de dicho bebé (o como un banco, que guarda y custodia el dinero, pero que no es su propietario).

5. El diseño cualitativo: flexibilidad, saturación y competencia(s) del investigador.

El diseño cualitativo, en concordancia con los postulados paradigmáticos fundamentales que sustentan este enfoque, tendrá en la flexibilidad su premisa básica, su condición irrenunciable y su rasgo más característico. Flexibilidad que habrá de entenderse como “disposición ante lo nuevo”, capacidad de asumir e incorporar elementos que vayan surgiendo a medida que avance el proceso de investigación (Taylor y Bogdan, 1984/1987; Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Davila, 1994; Valles, 1997). Desde esta posición de partida se hace necesario un plan de trabajo que, marcando una determinada orientación inicial, no se dé por cerrado hasta el mismo momento de publicación del trabajo final, manteniendo siempre una actitud de “dejarse sorprender por la realidad”, tan alejada de la rigidez establecida en el diseño de investigación cuantitativa³¹⁷.

Así las cosas, no resulta posible fijar desde un principio el número de entrevistas que se van a realizar para completar nuestro estudio (ni, tampoco, el propio perfil de los entrevistados finales). Obviamente, todo trabajo de investigación parte de algunas *suposiciones*, basadas en la experiencia previa (ya dijimos que el investigador, como miembro de su sociedad, puede tener ciertos conocimientos sobre un determinado tema, a partir de sus propias interacciones cotidianas y experiencias vitales) y en la propia formación del investigador (la revisión de la literatura, como paso inicial en todo proceso de indagación, muestra aquí su *utilidad* más inmediata). Estas ideas de partida, que el investigador ha de estar dispuesto a aparcas o modificar en función del contraste con la realidad que se vaya encontrando en el *campo* a medida que avance su trabajo, le servirán para perfilar los tipos de informante con los que debe contactar en un principio.

³¹⁷ Volvemos a remitir, para una revisión de los puntos de contraste entre ambos enfoques, ahora en lo que se refiere al *momento* del diseño de la investigación, a la abundante bibliografía sobre metodología de uno y otro enfoque, especialmente a la didáctica lectura cruzada entre ambos que lleva a cabo Corbetta (1999/2003: capítulo 2). Un ejemplo interesante de cómo realizar una investigación cualitativa basada en entrevistas en profundidad, con narración de las decisiones tomadas a lo largo del proceso en todos sus puntos (planteamiento del problema, desarrollo del guion de entrevista, diseño general de la investigación, contactación, realización de las entrevistas, etc.) puede hallarse en Finkel *et al.* (2008).

El muestreo cualitativo es, como destacan reiteradamente los autores que trabajan estas cuestiones, esencialmente “teórico”, más interesado en la representatividad *estructural* que en la estadística (del mismo modo que la investigación cualitativa está más orientada a la construcción de tipologías que a la formulación de generalizaciones o leyes), más atento a recabar todos los discursos que operan sobre un fenómeno que a intentar que los resultados sean generalizables o extrapolables a otros contextos (Davila, 1994; Corbetta, 1999/2003; Mallimaci y Giménez, 2006; Vela, 2013). Como apunta Viedma (2010:77-78):

“el criterio más importante de inclusión en la muestra es la capacidad de los sujetos para producir discursos tipo diferentes. Estos discursos se entiende que están relacionados con posiciones sociales o características sociodemográficas que pueden servir como orientaciones de la selección. Es decir, se parte de la hipótesis de que determinados factores sociales influyen en la caracterización del discurso producido y a partir de ahí se seleccionan a [*sic*] los entrevistados (...) Más que el número de entrevistas o su heterogeneidad, lo importante es que en la muestra se encuentren presentes todas las perspectivas desde las que los sujetos interpretan en [*sic*] el fenómeno”.

Una vez más encontramos en la entrevista el cruce entre lo individual y lo social. El diseño ha de intentar considerar, y operar con, todas las variables analíticamente relevantes, aquellas que resultan susceptibles de introducir variaciones en el discurso de los individuos sobre un determinado fenómeno. La noción clave será la de “saturación” (Bertaux, 1980/1993)³¹⁸, punto a partir del cual las nuevas entrevistas no aportan elementos diferenciales con respecto a la información ya obtenida (escuchada, registrada), marcando con ello el momento en el que cabe dar por finalizado un trabajo de campo cualitativo³¹⁹. Kvale (2008/2011:70) lo resume en pocas palabras: “La respuesta para la pregunta habitual de las investigaciones con entrevistas,

³¹⁸ Bertaux (1980/1993:156-157) lo define así: “La saturación es el fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas (biográficas o no), el investigador o el equipo tienen la impresión de no aprender ya nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación”. Valles (1997) alude también a Glaser y Strauss (1967) como referentes obligados a la hora de hablar de muestreo teórico.

³¹⁹ Como plantea Viedma (2010:78): “El final del muestreo es cuando los entrevistados dejan de ofrecer respuestas alternativas en la explicación del fenómeno”.

“¿cuántos sujetos de entrevista necesito?”, es simple: “entrevista a cuantos sea preciso para averiguar lo que necesitas saber”³²⁰. Para alcanzar ese nivel, el investigador habrá de ir entrevistando a distintos sujetos, cuyas características (perfiles) tienen que ver con el casillero tipológico que ha diseñado y que, como venimos diciendo, está abierto a modificación (digamos, *corrección*) en cualquier momento del proceso de trabajo de campo (Valles, 1997).

La praxis de la investigación (una praxis artesana, podría decirse), como encuentro entre la formación teórica (sobre el tema) y metodológica (sobre la técnica) y las circunstancias concretas del *campo* (en cuanto a contexto sociocultural y, también, en cuanto a sujetos concretos que se van contactando), demanda del investigador cualitativo (que ha asumido, como dijimos, una actitud concreta ante su trabajo –y ante su vida, en general) una flexibilidad obligatoria, amén de una implicación plena en su trabajo. No parece casual el título con el que inicialmente se publicó el libro de Schwartz y Jacobs (1979/1984). “*A method to the madness*” bien podría estar refiriéndose a lo costoso que resulta cerrar cualquier tipo de investigación de corte cualitativo, siempre abierta a la posibilidad de nuevos hallazgos que lleven el estudio por nuevos derroteros imprevistos, prolongando (y aumentando el coste de) el proceso de indagación, llegando a agotar al investigador (la paciencia como competencia indispensable para el cualitativista). Hablar de flexibilidad obligatoria podría llevarnos, también, a la idea de “investigación costosa” aludiendo a la realidad cotidiana del investigador *comprometido*, de aquel implicado a nivel personal con el fenómeno y, sobre todo, con los sujetos estudiados.

Esa implicación plena, ese *compromiso*, le exigirá el desarrollo de todas sus competencias sociales, desde la capacidad de escucha hasta la capacidad de redacción, desde su capital relacional hasta su capital *humano*, desde la

³²⁰ Para continuar su reflexión enfatizando la importancia de que este número no resulte demasiado pequeño (en cuyo caso resultará difícil comparar o hacer generalizaciones) ni demasiado grande (en cuyo caso será más difícil hacer análisis profundos sobre el material): “Una impresión general de los estudios de entrevistas actuales es que a muchos les hubiera venido bien tener menos entrevistas y tomarse más tiempo para prepararlas y analizarlas. Quizá como reacción defensiva exagerada, algunos estudios de entrevistas cualitativas parecen estar diseñados según un presupuesto cuantitativo: cuantas más entrevistas se hagan, más científico será” (Kvale, 2008/2011:71). El número necesario de sujetos a entrevistar depende del propósito del estudio, siendo lo más habitual, según Kvale, que se encuentre en torno a “15 +/- 10”.

sonrisa durante la entrevista hasta la negociación durante la contactación³²¹, desde la paciencia hasta la gratitud, desde el control emocional hasta la capacidad analítica, desde la empatía hasta la ética, desde el sujeto hasta el objeto de investigación (en un camino, por lo demás, que siempre será de ida y vuelta...)³²². En todo ello hay, como bien expone Sanmartín (2003), toda una construcción (negociada) del propio rol del investigador, a partir del repertorio de imágenes sociales culturalmente disponibles.

6. Presupuestos de análisis cualitativo: la omnipresente artesanía y la síntesis micro-macro.

A la hora de hablar del análisis del material cualitativo vuelve la premisa de flexibilidad a ocupar el lugar de clave maestra del proceso. Flexibilidad que, en este punto, tiene una doble acepción. De una parte, se refiere a la necesidad de que el análisis sea creativo (*imaginativo*), no constreñido a unos postulados teóricos fijados de antemano, sino haciendo emerger la propia construcción teórica en el propio análisis (en línea con, o cercana a, la

³²¹ El proceso de contactación cualitativo, que muchas veces asume la forma de “bola de nieve” (Bogdan y Taylor, 1984/1987; Valles, 1997; Corbetta, 1999/2003; Sanmartín, 2003), nos sitúa ante la importancia de contar con un eficaz capital relacional, que permita al investigador alcanzar sujetos de muy diferentes características, en función de los objetivos del estudio. Obviamente, el nivel de formalización de este proceso va a depender, en buena medida, de los propios recursos de que disponga el investigador para realizar (o subcontratar, recurriendo a profesionales del ramo para llegar a perfiles que estén fuera del alcance del investigador) dicha contactación, así como de las posibilidades para retribuir a los potenciales entrevistados (la reciprocidad –en términos antropológicos, según el patrón desarrollado por Sahlins, 1972/1983- que se pone en juego en un trabajo de campo cualitativo tiene mucho que ver con la *magnitud* –léase: la calidad- de ese capital relacional). No debe obviarse el efecto de estos condicionantes a la hora de evaluar las posibilidades reales de cumplir con todos los dictados al uso sobre *calidad* de los informantes contactados (no siempre capacidad y buena voluntad van de la mano, como bien apuntasen Taylor y Bogdan -1984/1987- o Gorden -1975).

³²² Nuevamente podemos vincular el trabajo del investigador (y esta demanda de poner en juego el conjunto total de competencias y saberes personales) con las tendencias generales del mercado de trabajo, tal y como las expusimos en los capítulos precedentes, en la Parte Primera de esta tesis. Nuevamente, como dijimos entonces, el trabajo va más allá de la esfera “laboral” del individuo, exigiéndole que se implique en un plano más profundo de su ser. El grado en el que dicha implicación sea sincera o impostada (el grado en el que el investigador esté “concernido”, como seguramente dirían los autores anglosajones) también supondrá diferencia a la hora de juzgar el trabajo desarrollado (y las facilidades para realizarlo).

formulación de la *grounded theory*)³²³. De otra, alude a la imposibilidad de reducir el ejercicio analítico a una única etapa del trabajo de investigación. El análisis cualitativo no puede circunscribirse a un único momento del proceso, esto es, no se limita a la fase final, una vez obtenidos los “datos”, las narraciones de los informantes. El análisis cualitativo es omnipresente (omniabarcante), va marcando todas y cada una de las decisiones tomadas por el investigador, pudiendo ejercer un efecto sobre dichas decisiones, como vimos, en cualquier momento del trabajo de diseño o de campo. Hay actividad analítica a la hora de plantear el problema de investigación o a la hora de seleccionar las variables que se consideran relevantes para el diseño del casillero tipológico, pero también la hay en la contactación o durante las propias interacciones de entrevista, en el momento de tomar notas después de las mismas o en la escucha posterior de las grabaciones (Bertaux, 1980/1993; Taylor y Bogdan, 1984/1987; Gibbs, 2007/2012; Kvale, 2008/2011).

Así, la propia forma de registro de las entrevistas condicionará ya el posterior uso que se pueda hacer del material obtenido (Valles, 1997; Corbetta, 1999/2003; Kvale, 2008/2011). Los consejos suelen ir dirigidos a la grabación en audio (o en video, si se van a analizar después elementos anejos a la propia comunicación verbal), enfatizándose que este hecho no debe suponer una merma en la atención puesta por el entrevistador, “liberado” por la grabadora durante la entrevista (consejo más frecuente en décadas pretéritas, entendemos que para investigadores que aún no habían naturalizado esta cuestión de las grabaciones –véase, al respecto, Schwartz y Jacobs, 1979/1984; o Taylor y Bogdan, 1984/1987). Más controversia hay a la hora de recomendar (o no) la toma de notas durante la entrevista. En nuestro caso concreto, optamos por grabar en audio (a través del teléfono móvil, por cuanto entendemos que es un objeto tan cotidiano sobre una mesa que no generaría reactividad significativa), pero pensamos que era mejor no tomar notas durante la entrevista, considerando que esta práctica podría ser tomada por parte del entrevistado como una especie de “evaluación” (como si hubiera respuestas

³²³ Sobre este enfoque, aparte del texto germinal de Glaser y Strauss (1967), véase Glaser (2001), Bryant y Charmaz (2007), o, en España, el cuaderno metodológico de Carrero, Soriano y Trinidad (2006). En el análisis de las entrevistas, de modo coherente con los postulados generales de la metodología cualitativa, se suele seguir un enfoque inductivo, “en el cual el investigador trata de dar sentido al tema que estudia sin imponer expectativas preexistentes o teorías preformuladas” (Vela, 2013:85).

mejores y otras peores), aparte de por considerar que es importante, en la interacción de entrevista, mostrar atención plena, lo cual no se lograría si se mantiene la vista sobre el papel (en la misma línea se manifiestan, por ejemplo, Ruiz Olabuénaga e Ispizua -1989- o Kvale -2008/2011-, por citar sólo un par de referencias al respecto).

En función del modo en que se haya registrado la interacción de entrevista se podrá llevar a cabo un tipo u otro de transcripción, dando lugar a distintos subproductos susceptibles de análisis³²⁴. De este modo, el investigador tendrá que decidir si maneja la transcripción, sus notas personales, el archivo de audio (o de video), etc. (Sanmartín, 2003; Gibbs, 2007/2012; Rapley, 2007/2014). Se recomienda, obviamente, no prescindir de ningún tipo de material: todo es útil para lograr una visión más completa de la entrevista, para comprender, a través de matices sólo perceptibles con uno u otro tipo de registro, el relato en su conjunto. La transcripción, pues, llevada a cabo por el propio investigador (al menos esto es lo que, idealmente, se aconseja)³²⁵, supone ya un primer ejercicio analítico, por cuanto selecciona (y traduce) la información de la entrevista (Atkinson, 1998; Sanmartín, 2003; Kvale, 2008/2011; Reséndiz, 2013).

Se puede optar (como ha sido en nuestro caso) por trabajar directamente sobre el archivo de audio que recoge la grabación de la entrevista, esperando con ello no descontextualizar en modo alguno la conversación, que siempre se verá “alterada” al ser pasada de su ambiente natural (el discurso oral) a su traducción por escrito (la transcripción). Nos guiamos, en ese punto, por la reflexión de Kvale (2008/2011:124), que dedica un capítulo entero de su obra a la transcripción, que “en lugar de ser una simple tarea menor, es un proceso interpretativo en el que las diferencias entre el habla oral y los textos escritos dan lugar a una serie de problemas prácticos

³²⁴ Gibbs (2007/2012) adopta un enfoque en el que el análisis se entiende como un proceso de transformación del material original (la grabación), que tiene una doble vertiente: administrativa (de gestión de ese volumen de información) y teórica (de interpretación y generación de ideas), siendo una previa a la otra, pero dependiendo la segunda (lo que podríamos considerar, en rigor, análisis interpretativo) de las decisiones tomadas en cuanto a procedimientos administrativos de reducción y procesamiento de la información original.

³²⁵ Por cansado que resulte, como recuerda Sanmartín (2003), conviene que sea el propio investigador/entrevistador quien lleve a cabo la transcripción, por cuanto ello le permitirá recordar matices (y plasmarlos, de algún modo, en la transcripción), al tiempo que resulta un valioso ejercicio analítico, inseparable del resto del proceso de investigación.

principales”, problemas que tienen que ver con la manera en que se pierden los matices de la interacción al pasar el texto del plano oral al escrito: “En resumen, las transcripciones son traducciones empobrecidas descontextualizadas de las conversaciones de la entrevista”. Rapley completa el argumento (2007/2014:87):

“personalmente, no me gusta hacer *ningún* análisis únicamente a partir de transcripciones. Las encuentro reproducciones bastante planas de las interacciones, pues es fácil que uno se forme una impresión “falsa” de lo que está pasando y pierda los matices que gana al escuchar un tono, una voz o un ritmo de habla específicos”.

Sin duda, dependerá del tipo de análisis que se quiera desarrollar (más o menos centrado en el lenguaje y sus usos o en las narraciones y los hechos descritos) que esta pérdida de matices tenga mayor o menor trascendencia para el estudio (así como que se deba realizar con mayor o menor grado de exhaustividad o detalle la transcripción). En nuestro caso, junto a la convicción de que es preferible trabajar con la propia fuente *original*, hemos de reconocer otras consideraciones prácticas a la base de la decisión de no transcribir la totalidad del material producido en las entrevistas. También esta posibilidad la recoge Kvale (2008/2011:131-132) cuando apunta que “trabajar directamente con el sonido ahorrará tiempo y dinero para transcribir entrevistas enteras, permitirá sortear además muchos de los problemas de transcripción comentados con anterioridad y asegurará al investigador un contacto estrecho con el discurso oral original”.

El procedimiento de análisis cualitativo no sigue un principio estándar, sino que, siempre con la flexibilidad y la artesanía como elementos rectores (valga la contradicción semántica), puede presentar muy distintas formas, en función de cada investigador (una vez más, representado como un artesano). Kvale (2008/2011:136-137) afirma que no existe un modo estándar de análisis, una “*vía regia* para llegar a los significados esenciales y las implicaciones más profundas de lo que se dice en una entrevista”. No faltan, en todo caso, algunas indicaciones generales sobre los pasos que debería incluir todo análisis (o sobre las secuencias de procedimiento). En ese sentido, podemos

remitirnos a Viedma (2010), que apunta siete momentos para el análisis, que se iniciaría con la transcripción de las entrevistas, continuaría con la codificación y con la agrupación de los fragmentos a partir de dicho sistema de códigos, para acabar integrando todos los fragmentos en un único documento o informe de investigación. Mallimaci y Giménez (2006:201), por su parte, aconsejan “aislar hechos significativos y ordenar el material alrededor de núcleos temáticos” a la hora de analizar historias de vida. Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989) ofrecen también un valioso ejemplo de su manera de entender el proceso de análisis, a partir de la noción de “cartografiar” lo recogido en la entrevista, que se refiere a realizar una codificación orientada a sistematizar y reestructurar el material obtenido, relacionándolo con la teoría para finalmente exponerlo. Para Valles (1997) el procedimiento de análisis (que ilustra en su texto con diversos ejemplos) incluye varios pasos, entre los que se cuentan, igualmente, la transcripción, codificación, integración del material así codificado en una narrativa coherente... En el mismo sentido puede leerse a Taylor y Bogdan (1984/1987) y su descripción de los pasos del proceso de análisis de material cualitativo, esencialmente iguales a los ya expuestos (lectura, anotación, codificación, integración...). En todos estos casos nos encontramos con un proceso que va más allá de la mera “traducción”, para generar un producto que, partiendo de lo que han transmitido los informantes, suponga un aporte en términos de lectura sociológica de la realidad analizada.

Al final, la calidad del análisis descansará en el oficio, en la calidad del propio analista, que, sea como sea, tendrá que desarrollar un ejercicio interpretativo (Alonso, 1998), que busca más la profundidad que la “exactitud” (la veracidad, la precisión) (Atkinson, 1998). Esa profundidad requiere la lectura en contexto del texto que constituye la entrevista. El discurso, bajo la forma de texto, constituye un material empírico que debe ser situado en el entramado contextual de la situación que lo produce, que incluye la comunidad cultural y el momento histórico en que dicho texto es producido (Gutiérrez Brito, 2010). La relación entre texto y contexto nos debe llevar a reflexionar, amén de sobre la interacción de entrevista, sobre el propio rol desempeñado por el entrevistador, que no es un mero “recolector” de discursos previamente existentes, sino que juega un papel clave en la generación de dichos discursos, que, así, no pueden ser desprendidos de sus condiciones de surgimiento. Hablamos de la

entrevista, siguiendo a Alonso (1998), en suma, como un ejercicio de construcción de un texto en un contexto, y no como de una práctica de aislamiento de dicho texto (no en vano la propia formulación semántica es significativa: con-texto)³²⁶.

Este ejercicio, hermenéutico en definitiva, nos ha de llevar a la comprensión (la *Verstehen*, en suma) de las conductas, en su carácter dinámico, como interacciones entre individuo y sociedad. La biografía individual siempre está conectada con la estructura social³²⁷. El objetivo último ha de ser trascender el relato individual, empleándolo para conectar la biografía del sujeto con el contexto socioeconómico del momento, utilizándolo, en suma, para comprender la conducta de los individuos ante un determinado fenómeno o situación social (Ferraroti, 1980/1993; Santamarina y Marinas, 1993; Alonso, 1998; Corbetta, 1999/2003; Sautu, 1999; Vasilachis, 2006; Mallimaci y Giménez, 2006; Reséndiz, 2013)³²⁸. Para Conde (2008), el análisis de las entrevistas supone mirar más allá de la emotividad del discurso del informante, del caso particular, buscando la estructura, los determinantes de la posición social del individuo en el sistema de clases, y cómo dicha estructura condiciona o *performa* el discurso plasmado por ese informante concreto. En las palabras de Bertaux (1980/1993), el objetivo es convertir la mirada biográfica en mirada etnográfica, partir de los relatos concretos para alcanzar cierta comprensión del universo social. Ese es el desafío (esa es la *promesa* del sociólogo): vincular el relato individual y el análisis social (la generación de teoría a partir de las narraciones particulares), entender la sociedad (sus estructuras, sus conflictos, sus procesos) partiendo de los sujetos que la componen, aportar coherencia,

³²⁶ Para opiniones similares, desde otras perspectivas, en torno a la necesidad de que el investigador sea sensible al contexto (en el doble sentido de contexto de la interacción concreta y de contexto discursivo a nivel macrosocial), véase Flick (2002/2004: capítulo 16), o Rapley (2007/2014: capítulo 8), así como el texto clásico de Taylor y Bogdan (1984/1987).

³²⁷ Constituyendo esta afirmación un dogma del enfoque biográfico, como puede leerse en Ferraroti (1983/1993), en Balán (1974) o en Santamarina y Marinas (1993). La idea fundamental consiste en presentar al ser humano como un “universal singular” que, “por su praxis sintética, singulariza en sus actos la universalidad de una estructura social” (Rojas, 2013:178). En la misma línea apunta Viedma (2010:89) que debe entenderse la reflexión de Mills (1959/2000) sobre los usos de la historia: la biografía como punto de encuentro entre individuo, historia y sociedad. Reséndiz (2013) señala la noción bourdieuana de “habitus” como puente entre micro y macro que es susceptible de análisis a través de las narraciones de los sujetos.

³²⁸ Nuevamente remitimos al didáctico texto de Finkel *et al.* (2008:142-143) para un ejemplo de cómo se plasman estas premisas en una investigación real.

en suma, como demanda el *dictum* de Matza al que ya aludiéramos (1969/1981:11).

7. Objetivos de investigación y propuesta de metodología para esta tesis doctoral.

El objetivo principal de esta investigación es aproximarse a la comprensión del modo en que los cambios en el mercado de trabajo español (vale decir, el proceso general de precarización de las últimas décadas) han afectado a las vivencias transicionales de los jóvenes (extremeños, en este caso) y a la manera en que conceptualizan el trabajo y valoran sus condiciones. Como objetivos secundarios, subsidiarios del anterior, podríamos señalar los siguientes:

1) *Establecer hasta qué punto cabe considerar la reciente/actual crisis económica como un hito generacional, esto es, como un punto de inflexión que marca el carácter de quienes la han vivido en un momento clave de sus biografías (el de transición –o intento de transición- del ámbito educativo al mercado laboral), suponiendo una diferencia con respecto a otras cohortes (anteriores y posteriores).* Partimos de la noción de generación de Mannheim (1928/1993), desarrollada posteriormente por Abrams (1982), tal y como es revisada por Leccardi y Feixa (2011). Para estos autores, lo que configuraría una generación, a decir de Mannheim, no es compartir fecha de nacimiento (“situación de generación”), que es algo sólo potencial, sino compartir partes del proceso histórico, marcado por acontecimientos que rompen la continuidad histórica y marcan un antes y un después en la vida colectiva, acontecimientos que, para crear un vínculo generacional, han de ser experimentados por miembros de un grupo de edad en un punto formativo en el que el proceso de socialización no ha concluido, “por lo menos en sus fases más cruciales, y cuando los esquemas utilizados para interpretar la realidad todavía no son rígidos por completo” (Leccardi y Feixa, 2011:17), de tal forma que esos acontecimientos “se graben” en, y den forma a, las mentes de los individuos. Abrams, a partir de la concepción mannheimiana (que tiene sus raíces, por lo

demás, en la visión de Dilthey de que son experiencias históricas comunes lo que define a las generaciones), vinculará identidad personal con tiempo social. Para este autor, la identidad individual sólo puede entenderse entrelazada a la historia social. Así, para Abrams, “una generación en el sentido sociológico es el período de tiempo durante el cual una identidad se construye sobre la base de los recursos y significados que socialmente e históricamente se encuentran disponibles” (Leccardi y Feixa, 2011:18). Siguen las generaciones, por lo tanto, un ritmo social, que no es posible determinar por adelantado (puede durar diez años o puede durar siglos, como sucedió en las sociedades premodernas). “Concluyen cuando grandes acontecimientos históricos –o más frecuentemente, procesos lentos, no catastróficos de naturaleza económica, política y cultural- vacían de sentido el sistema previo y las experiencias sociales que se le asocian” (Leccardi y Feixa, 2011:19). En resumen, por lo tanto, para estos autores el principio de una nueva generación está marcado por importantes discontinuidades históricas. Desde esta perspectiva, en este estudio entendemos que la crisis (cuyo arranque situaremos en 2008, por más que toda delimitación precisa resulte siempre grosera a la hora de establecer fronteras) constituye un fenómeno (traumático) de suficiente envergadura como para generar una conciencia colectiva (y una conciencia colectiva *diferencial*) a quienes lo experimentaron en un momento crucial de sus biografías. Entendemos, igualmente, que supuso un cambio en las condiciones del mercado de trabajo, estableciendo diferencias (tanto “objetivas” como “subjetivas”) entre quienes “estaban dentro” y quienes “llegaron después”, suponiendo así una ruptura que da lugar a dos generaciones: “la de la crisis” y una previa (cuya frontera superior también sería interesante rastrear). Asimismo, en la medida en que se considere que el supuesto fin de la crisis devolverá las condiciones (o, al menos, la concepción de las condiciones) o supondrá una continuidad (objetiva o subjetiva: del clima anímico en torno al presente y al futuro) cabrá hablar de una nueva generación, poscrisis.

2) *Analizar el papel jugado por las familias como sostén de apoyo y fuente de recursos (patrocinador) en un contexto de competición creciente.* La abundante literatura sobre el carácter familista del Estado del Bienestar

español³²⁹ nos lleva a pensar que la transición juvenil puede ser entendida, de hecho, como una transición “familiar”, por cuanto de ésta proceden los recursos que ponen en juego los jóvenes a la hora de adquirir credenciales educativas con las que entrar en la competición por un puesto de trabajo. Se revisará, igualmente, el papel tradicional de las familias como agente de enclasmiento para sus miembros más jóvenes. El enfoque sería similar al que subyace a la noción de “estrategias familiares”, tal y como es expuesto por Garrido Medina y Gil Calvo (1993)³³⁰.

3) *Comprobar la pervivencia o la sustitución de los patrones transicionales tradicionales, así como de los itinerarios típicos de transición, tanto en términos ideales como prácticos, esto es, tanto como imágenes y prototipos a los que se tiende (o que se anhelan) como en su vertiente de procesos desarrollados en la práctica vital de los jóvenes actuales.* Se busca determinar si se asiste en la actualidad a un simple retraso (prolongación) de la transición juvenil, bajo formas esencialmente iguales a las de las generaciones previas (la de sus padres, por ejemplo), o si, por el contrario, nos encontramos ante nuevas formas transicionales. Con el patrón analítico desarrollado por Casal y sus colaboradores del GRET (véanse, sobre todo, los primeros trabajos de Casal, que sentaron las bases del enfoque posterior: 1996, 1997, 1999), pondremos a prueba las tesis más posmodernas, que parecen señalar en el sentido de una pulverización de las trayectorias vitales hacia nuevos itinerarios caracterizados por la individualización, la reversibilidad, la indeterminación y el cortoplacismo. Hemos querido centrar nuestro estudio en la juventud extremeña (una de las posibles *juventudes* extremeñas, de hecho) por cuanto consideramos que la Sociología tiene cierta tendencia “colonial”, a tomar los fenómenos y procesos de la *metrópolis* como pautas generales. Creemos que la *posmodernidad*, como proceso general, tiene diferentes grados de desarrollo y niveles de profundidad, y que no cabe trasladar, sin más, la teorización sobre, por ejemplo, Londres al contexto extremeño.

³²⁹ No disponemos de espacio para desarrollar debidamente este punto, rasgo fundamental para comprender la sociedad española (y sus dinámicas de funcionamiento y de gestión de las crisis). Remitimos a la obra de Almudena Moreno para una revisión detallada de estas cuestiones (Moreno, 2002, 2004, 2007, 2009; Moreno y Acebes, 2008).

³³⁰ Sobre el papel de la familia como “proveedora de recursos”, en línea con el carácter familista del régimen de bienestar español, véase Flaquer (2004), Cardenal (2006), Albertini (2010), Meil (2011), Ayuso (2012), Gentile (2015)...

4) *Explorar el modo en que la precariedad laboral (en el sentido amplio del término) incide sobre el conjunto de la vida de los individuos, configurándolos a nivel íntimo, condicionando su cosmovisión del mundo y sus planes de futuro.* Nuestra idea inicial apunta en la dirección de que se estaría produciendo una “generación precaria”, en el sentido de que ha naturalizado unas condiciones concretas de trabajo que, después, se extrapolan al conjunto de la vida de los sujetos (el trabajo como elemento fundamental en las biografías de los jóvenes, quizás incluso más ahora que tiende a *desaparecer*). Los cambios en el mercado de trabajo, pero también los cambios en la propia definición de trabajo, chocan con unas imágenes heredadas de sus padres, generando un “clima anímico general” de frustración que impregnaría el conjunto de la experiencia vital, que cabe ser considerada como *precaria*.

5) Por último, se pretende con esta investigación *perfiar los rasgos característicos de esta generación de jóvenes extremeños*, enfatizando las estrategias que manejan para hacer frente a las condiciones que les han tocado vivir. Se ha optado por circunscribir el estudio a los jóvenes titulados universitarios (tanto hombres como mujeres) por el hecho de que estos serán los principales consumidores de los discursos en liza en la actualidad, en torno a nociones como empleabilidad, activación, emprendimiento, etc. La expansión educativa de las últimas décadas les sitúa, en muchos casos, como primera generación de sus familias con estudios universitarios. El cruce entre ideal meritocrático, aspiraciones de movilidad social ascendente basadas en el credencialismo (visiones familiares, es decir, originalmente más de los padres que de los propios jóvenes, por más que estos se hayan socializado en esas imágenes) y condiciones reales del mercado de trabajo supondrá, como hipótesis, un mayor impacto para los titulados universitarios que para otros jóvenes que, por no haber contado con esas expectativas de movilidad (ni haber recibido el discurso credencialista con tanta intensidad, siquiera por haber abandonado antes el sistema educativo), no verán frustrados dichos ideales.

Para tratar de dar respuesta a estos objetivos de investigación, se diseña un estudio cualitativo, más centrado en la generación de discursos y en la comprensión de procesos (conductas y representaciones sociales) que en la cuantificación de pautas y situaciones. Se parte, asimismo, de la *sospecha* en

torno a la validez de las estadísticas al uso (como veremos, la inmensa mayoría de los jóvenes entrevistados reconocen desarrollar actividades económicas informales, normalmente dando clases particulares –que, en ocasiones, constituyen la única fuente de ingresos y la única experiencia laboral de dichos jóvenes). En un contexto general caracterizado por la inestabilidad de las situaciones laborales, no parece que las rígidas categorías (“desempleado”, “trabajador”, etc.) constituyan un anclaje sólido para una investigación de este tipo. Así las cosas, se plantea una investigación de corte cualitativo, exclusivamente cualitativo, mediante la técnica de la entrevista en profundidad, por cuanto se pone el énfasis en la generación de narraciones (enfoque biográfico), relatos de vivencias y sentimientos personales, más que en la recogida de discursos y representaciones sociales (que supondría el recurso al grupo de discusión). Se plantea, por lo tanto, la realización de entrevistas con jóvenes (titulados y tituladas universitarios/as) extremeños (y extremeñas).

El diseño de investigación tiene en cuenta las siguientes variables a la hora de desarrollar el casillero tipológico de jóvenes titulados extremeños.

-Sexo. La premisa de partida es que las transiciones a la vida adulta están diferenciadas en función del género del protagonista. Hombres y mujeres tendrían diferentes patrones de transición, del mismo modo que presentan características diferenciadas en lo que hace a su relación con el mercado de trabajo. A medida que avanzó el estudio se constató que, además de este elemento inicial, se establecían diferencias a partir del “estado civil” (entrecomillado por no quedar siempre recogido en las categorías oficiales al uso) de los y las jóvenes. Así, chicos y chicas en situaciones análogas (sin pareja, con hijos, etc.) presentan biografías (y visiones) bastante similares. Teniendo esto en consideración, se intentó adaptar el proceso de contactación para recoger variabilidad en cuanto a ese elemento (jóvenes sin pareja, jóvenes viviendo en pareja, jóvenes con hijos).

-*Situación laboral del joven o la joven.* En un primer momento se planteó esta variable con tres categorías posibles: “desempleo prolongado”, “precariedad” y “empleo idóneo”, tomando como criterios para la definición y

ubicación en una u otra casilla la noción de “empleo significativo”³³¹ y la propia autodefinición de las condiciones de empleo ofrecida por el potencial entrevistado³³². No obstante, pronto se constató que, como antes apuntamos, buena parte de la actividad laboral de los jóvenes se desarrolla en el sector informal de la economía, bajo formas de empleo sumergido. Así, jóvenes de treinta años con sólo siete días en su (documento de) vida laboral pueden llevar diez años dando clases particulares. Oficialmente, por lo tanto, estarían en situación de “desempleo prolongado”, pero a efectos de nuestra clasificación serían considerados en situación de “precariedad”³³³. El giro definitivo se da cuando estos mismos jóvenes consideran su empleo como “idóneo”, estando satisfechos (o incluso contentos) con las condiciones de su trabajo (en cuanto a ingresos, horarios, etc.). Ante esto, optamos por fusionar las dos primeras categorías (desempleo y precariedad –cabría decir: desempleo y subempleo) y establecer una dicotomía (empleo precario vs. empleo idóneo), siendo nuestro criterio (a partir de unas condiciones estándar para todos los empleos) el que ubique cada caso particular en una u otra categoría tipológica³³⁴.

-*Rama de los estudios*. Sin entrar a revisar estudios de inserción laboral por carreras (sin entrar a revisarlos porque consideramos que presentan los defectos antes apuntados para la metodología cuantitativa y que no recogen la

³³¹ Según definiciones oficiales, se entiende por empleo significativo “aquel empleo con una duración mayor o igual a seis meses y de al menos veinte horas semanales” (Rahona, 2006:107). Es la misma definición que manejan Albert *et al.* (2008:38) para hablar de “*significant job*”.

³³² En este punto se seguía la senda abierta por Sánchez Moreno (2004) y su intento de alcanzar una definición de los propios sujetos (jóvenes, también en su caso) acerca de qué se entiende por “precariedad”. La correspondencia del trabajo con el nivel y área de formación del joven (trabajar “de lo suyo”) aparece como principal elemento, en su estudio, para que los sujetos definan un empleo como “idóneo” (la etiqueta es nuestra). Quedan en segundo plano las condiciones laborales (salario, fundamentalmente), que sí que cobran fuerza a la hora de calificar un empleo determinado como precario (el salario, concluye Sánchez Moreno, cobra tanta más importancia cuanto más se difuminan las otras condiciones de un empleo: “En definitiva, en la medida en que un empleo vincula biografía formativa, trayectoria laboral y expectativas futuras, los jóvenes se alejan de la percepción de precariedad. Por el contrario, cuando se pierden las funciones que dan valor social al trabajo y queda sólo la insuficiencia del valor instrumental del salario, los jóvenes hablan de precariedad laboral” – Sánchez Moreno, 2004:34).

³³³ Parecen poco frecuentes los casos de absoluta desocupación (en términos económicos), de desempleo total o de dedicación exclusiva a los estudios: muchos son los jóvenes que, de un modo u otro, obtienen algún tipo de ingresos derivados de formas más o menos precarias de empleo (*cuasiempleos*, como los caracterizarían Santos -1999b- o Santamaría -2010).

³³⁴ Se adopta, por lo tanto, una perspectiva *etic* en este punto. La perspectiva de los actores se recogerá en el análisis que hagamos de las entrevistas (el hecho de que un joven titulado se muestre feliz con un empleo irregular –en el doble sentido del término: imprevisible de cara al futuro y fuera de la regulación laboral- ya es materia de análisis, remitiendo, quizás, a un descenso de las expectativas o a una normalización de la precariedad/irregularidad laboral).

realidad laboral –el trabajo verdaderamente existente, que diría Castillo, 2005b- de los jóvenes titulados), entendemos que cada disciplina presenta condiciones particulares en su relación con el mercado de trabajo. Una posibilidad de aproximación a la cuestión era intentar cubrir la totalidad de titulaciones, pero el resultado hubiera sido un casillero tipológico excesivamente grande, inviable en la práctica. Además, quizás los titulados de unas y otras carreras no presenten suficientes diferencias como para disgregarlos de esta manera. Otra posibilidad planteada fue centrarnos en algunas carreras “características” de las distintas ramas (Medicina y Economía, por ejemplo), pero temimos limitar demasiado el discurso y vernos afectados por especificidades que impidiesen cualquier ejercicio posterior de generalización (siquiera relativa) de los resultados del estudio. Así, se optó finalmente por una división clásica (“ciencias” / “letras”), agrupando las distintas titulaciones en dos categorías: “Ciencias Sociales y Humanidades”, por un lado, y “Ciencias Naturales y carreras Técnicas”, por otro. En el primer grupo se incluirían titulaciones como Educación (antes Magisterio), Derecho, Economía, Filología, Sociología, etc. En el segundo se recogerían las carreras como Biología, Matemáticas, Enfermería, Odontología, Ingeniería... Se incluyen, eventualmente, todas las carreras existentes, teniendo en cuenta que algunas no pueden cursarse en Extremadura (salvo que se realicen a través de alguna de las universidades que ofertan educación a distancia). Este hecho nos llevó a plantear la necesidad de recoger, también, el relato de algún estudiante que saliera de la Comunidad Autónoma extremeña para cursar sus estudios.

-*Nivel de estudios de los padres.* A modo de variable indicativa de la posición de la familia en la estructura social (la *clase social* de origen, en definitiva). Entendimos, a la hora de introducir esta variable, que, en una región como Extremadura, la realización de estudios universitarios hace treinta o cuarenta años estaba limitada a miembros de las clases superiores. Si el origen de esa posición (hablamos de la familia de los padres: de los abuelos de los jóvenes de nuestro estudio) era campesino o burgués es una cuestión relativamente menor, por más que también se tiene, de alguna manera, en cuenta en nuestro diseño (como se constatará en la siguiente variable considerada). Más que manejar una farragosa lista de niveles educativos (cambiantes en el tiempo, por lo demás), asumimos una postura dicotómica,

una vez más: padres con estudios universitarios o padres sin estudios universitarios. Obviamente, todo ejercicio de este tipo supone pérdida de detalle, pero entendemos que la “experiencia universitaria” es (y era, sobre todo) el elemento (la frontera) que marcaba verdaderamente diferencias de clase, siquiera por el esfuerzo económico (por aquel entonces asumido en exclusividad por las familias) que suponía una formación prolongada como la universitaria (no ya sólo como gasto directo, sino, también, como coste de oportunidad con respecto a no estar desempeñando otra actividad durante esos años). Asimismo, se entiende que el hecho de que los padres hayan realizado o no un itinerario relativamente similar (al menos en lo que a educación se refiere) puede incidir en la forma en que la educación/formación es conceptualizada como elemento más o menos central en una estrategia de acceso al mercado de trabajo. Hay, en todo ello, una idea general de que la socialización de los jóvenes varía, en lo que hace a educación/trabajo (y en la relación entre ambos términos de la ecuación), en función de la experiencia de los padres (que depende, a su vez, de su posición en la estructura social)³³⁵.

-*Hábitat*. Realizando nuestro estudio en Extremadura consideramos que esta variable resultaba analíticamente relevante, máxime teniendo en cuenta las distancias en una Comunidad como la extremeña, tan extensa y con la ciudad más grande, Badajoz, situada en un extremo de su provincia. La oferta laboral varía (esta es la premisa de partida para incluir esta variable) en función del *tamaño* (como trasunto de la estructura económica) de las localidades, por lo cual, pese a subsumir todos los municipios distintos a Badajoz, Cáceres y Mérida como “hábitat rural”, intentamos introducir variación en cuanto a tamaño poblacional de los municipios de origen de los jóvenes entrevistados, así como en cuanto a distancia con respecto a núcleos de población mayores. Este elemento, la distancia, aparece como cuestión crucial en la Sociología rural, que enfatiza las posibilidades (o no) de movilidad como elemento clave a la hora de analizar las condiciones del mercado de trabajo de un determinado lugar o área³³⁶. Habida cuenta de que muchos de los jóvenes de origen rural se

³³⁵ Aunque se habla en plural, de “los padres”, se considera condición suficiente que uno de ellos haya realizado estudios universitarios, por más que (por mor de la endogamia) suele ser habitual que sean ambos quienes tengan este nivel formativo.

³³⁶ En ese sentido se expresan, por ejemplo, Camarero y Sampedro (2008:80): “Los mercados urbanos suponen una mayor autonomía y desarrollo profesional, mientras que los mercados rurales suponen

desplazaron a las ciudades para cursar sus estudios (viviendo en residencias o, mayoritariamente, compartiendo piso con otros estudiantes), la distancia puede tomarse, también, como indicador de las posibilidades de haber tenido que realizar un movimiento de “*boomerang*” ante las dificultades de obtener un empleo que permita mantener la vivienda independiente una vez finalizado el período formativo. Esta diferencia entre los jóvenes rurales (que salieron de casa de sus padres y han tenido que volver, o que salieron de casa y siguen residiendo fuera por haber conseguido un empleo o por haberse establecido en pareja) y los jóvenes urbanos (que nunca dejaron de vivir con sus padres durante su época de estudiante –salvo, quizás, algún año de beca Erasmus) es también materia de análisis a la hora de rastrear diferencias en los relatos de esta generación.

El casillero resultante, una vez consideradas las variables antes expuestas, es el siguiente:

			Padres: Estudios universitarios		Padres: Estudios no universitarios	
			Rural	Urbano	Rural	Urbano
Hombre	Empleo precario	CCSSH	1	2	3	4
		CCNNT	5	6	7	8
	Empleo idóneo	CCSSH	9	10	11	12
		CCNNT	13	14	15	16
Mujer	Empleo precario	CCSSH	17	18	19	20
		CCNNT	21	22	23	24
	Empleo idóneo	CCSSH	25	26	27	28
		CCNNT	29	30	31	32

una mayor dependencia y subsidiariedad, en la medida en que aparecen vinculados frecuentemente al trabajo familiar o informal”. En el mismo sentido, enfatizando la posición de vulnerabilidad en que quedan quienes no tienen posibilidad de desplazamiento, vuelve a manifestarse el propio Camarero junto a sus colaboradores (Camarero, Cruz, González, Del Pino, Oliva y Sampedro, 2009:172): “El acceso al trabajo en las áreas rurales aparece fuertemente condicionado. Condicionado por género y condicionado por tiempo de residencia. El trabajo es fundamentalmente extralocal. Trabajar en áreas rurales significa moverse por el territorio, sobre todo, si el trabajo es de calidad, los buenos trabajos implican moverse diariamente a otros lugares. Esto es más asequible para los hombres y los nuevos residentes, y menos factible para las mujeres y los autóctonos. Se genera así una nueva fuente de vulnerabilidad y de desigualdad social cuyo elemento clave es la movilidad”. La capacidad de movilidad aparece como elemento crucial para acceder a unos u otros tipos de mercado, ya sea en su forma de *commuting* o en su vertiente de emigración a la ciudad (Oliva y Díaz, 2005; Oliva, 2006; Camarero, Castellanos, García Borrego y Sampedro, 2006).

Aparte de esas variables, se han manejado otras para intentar que la selección de entrevistados resultase lo más heterogénea posible. Como ya expusimos, se buscaron jóvenes en distintas situaciones de relación familiar (sin pareja, casados, con o sin hijos...) y de distintas titulaciones dentro de las categorías generales de “Ciencias Sociales y Humanidades” o de “Ciencias Naturales y carreras Técnicas”. Igualmente, se tuvo en cuenta la experiencia migratoria de los jóvenes, distinguiendo entre aquellos que vivieron fuera de casa (entendiendo como tal la simple residencia externa durante un período de más de seis meses continuados)³³⁷ por motivos de estudio o de trabajo y aquellos que no han vivido nunca fuera del hogar familiar³³⁸. Igualmente, también se recogió información sobre la experiencia migratoria de la familia, considerando que ésta puede incidir en el modo en que es vista la movilidad, tan presente en el actual contexto de la globalización y en los discursos sobre empleabilidad.

Con la misma lógica, se buscó variabilidad en lo que se refiere a situación laboral de los padres, tomando una serie de categorías fundamentales, a saber: funcionariado (de distinto nivel, en función de la variable antes señalada de nivel de estudios), autónomos (igualmente, de distinto nivel), técnicos y profesionales, administrativos, trabajadores del hogar, y trabajadores manuales (tanto urbanos –industriales y de los servicios- como rurales –agroganaderos y de los servicios).

Por último, aunque lógicamente sea la primera variable a considerar, se intentó introducir heterogeneidad entre los jóvenes en lo relativo a su edad, tomada no tanto como dato biológico, sino, a la manera crítica que normalmente emplea la Sociología de la Juventud (y aquí Martín Criado vuelve

³³⁷ En las tipologías al uso (deudoras, en mayor o menor medida, del enfoque y la propuesta de José Luis De Zárraga -1985:108-109), hablaríamos de *residentes externos* que pueden estar siendo mantenidos por sus padres (como, de hecho, sucede en la inmensa mayoría de los casos de estudiantes –por cuanto muchos de ellos, pese a contar con becas con las que se sufragan estos gastos, no gestionan dicha fuente de ingresos, administrada por sus padres como recurso familiar), gozando de cierta autonomía en sus nuevos domicilios, pero sin contar con independencia económica, en suma. Hemos de destacar, por otra parte, que esta residencia extrafamiliar prolongada no sería “de continuo”, habida cuenta de la gran frecuencia con la que los jóvenes vuelven a sus hogares familiares (generalmente, cada fin de semana), práctica común que, como se plantea muchas veces, disminuye sensiblemente el carácter “universitario” de las ciudades extremeñas.

³³⁸ Nótese que existe la posibilidad, constatada en algunos casos entrevistados en nuestro estudio, de personas que han salido de casa de sus padres pero no han salido de su localidad de origen. En tales casos hablamos de “no movilidad”, al no haberse dado experiencia migratoria como suele ésta conceptualizarse normalmente.

a ser nuestra figura de referencia), como situación relativa con respecto a un determinado plan biográfico general (momento de la transición a la vida adulta, entendiendo como “vida adulta” la posibilidad de autogestión y autosuficiencia económica plena). Por acotar, a efectos operativos, planteamos una primera aproximación, absolutamente abierta al cambio (como posteriormente sucedió), de juventud como período comprendido entre los 25 y los 35 años. La frontera inferior se situó en esa edad por cuanto el estudio se centra en jóvenes titulados, pero se quieren estudiar los primeros pasos en el mercado laboral, para lo cual se estima necesario esperar al menos un año tras la consecución del último título (último título que, cada vez más, habida cuenta de la prolongación del período formativo, se obtiene a edades más avanzadas). El desarrollo del propio trabajo de campo fue descubriéndonos la existencia de un punto de inflexión fundamental en la historia de estos jóvenes, como es la crisis económica posterior al año 2008. En el imaginario colectivo (y en el relato de los que la vivieron desde uno u otro lado de la frontera entre sistema educativo y mercado de trabajo), este acontecimiento supuso una brecha con respecto a un pasado de fácil transición, estableciendo un presente (y, quizás, un futuro) de peregrinajes sin fin por los *márgenes* del mercado de trabajo o de acumulación de títulos y diplomas a la espera de que, algún día, se vuelva a abrir la frontera (y sólo quienes tengan más sellos en su pasaporte formativo puedan cruzar al otro lado). De este modo, no es tanto la edad (tener equis años en 2008), sino la situación en la que se encontraban en dicho momento, la que marque la pertenencia a una u otra “generación” (la afortunada previa a la crisis o la “zaleada” de la crisis –o, aun, la posterior, la que ha naturalizado la precariedad y tiene en ese “olvido” de un pasado mejor la anestesia para salir adelante).

Convertimos, así, la variable “edad” en una dimensión situacional, en una posición relativa con respecto al mercado de trabajo en un punto concreto, identificado con el año en que se hizo patente (y así se transmitió a través de los *media*) la explosión de la burbuja económica (la imagen del globo pinchándose, tan gráfica) y el advenimiento de una “edad oscura” (de recortes y declive general, que también, seguramente, tendrá sus efectos a nivel psicológico). Por lo tanto, nuestro proceso de contactación se orientó a buscar entrevistados que accedieran al mercado de trabajo antes de 2008 (y que hoy

estarían *circa* 35 años, por más que, insistimos, jóvenes de esa edad pueden pertenecer a la generación de la crisis, por diversos factores) y después de dicha fecha (como regla general, todos los titulados universitarios hoy situados *circa* 30 años, así como algunos mayores que no habían accedido al mercado de trabajo por acumular retrasos por el motivo que fuera). Igualmente, optamos por realizar algunas entrevistas a jóvenes cercanos a los 25 años, incluso menores, rastreando eventuales diferencias con respecto a los dos grupos anteriores³³⁹.

Marcando sobre el casillero tipológico las entrevistas finalmente realizadas tenemos³⁴⁰:

			Padres: Estudios universitarios		Padres: Estudios no universitarios	
			Rural	Urbano	Rural	Urbano
Hombre	Empleo precario	CCSSH	1	2	3	4
		CCNNT	5	6	7	8
	Empleo idóneo	CCSSH	9	10	11	12
		CCNNT	13	14	15	16
Mujer	Empleo precario	CCSSH	17	18	19	20
		CCNNT	21	22	23	24
	Empleo idóneo	CCSSH	25	26	27	28
		CCNNT	29	30	31	32

Se puede observar que se han cubierto 16 de las 32 casillas, habiéndose realizado un total de 20 entrevistas. El propio proceso de trabajo de campo llevado a cabo nos ofrece algunos indicios de interés analítico, como puede ser la dificultad de cubrir las casillas relativas a padres con estudios universitarios residentes en el entorno rural, en lo que puede leerse como un proceso de cooptación de la mano de obra cualificada (los padres con titulación universitaria, en este caso) por parte de las ciudades (buena parte de los que

³³⁹ En diversos casos, el relato de los entrevistados nos orientó en estas direcciones, mediante las referencias a la situación de familiares (hermanos o primos, generalmente), mayores o menores, que tendrían otras condiciones (y otras visiones) de vida y trabajo (de trabajo y vida). En varios casos, hemos entrevistado a miembros de una misma familia, siguiendo esta lógica.

³⁴⁰ Las casillas 19, 20 y 28 se encuentran sombreadas de un tono más oscuro porque en ellas se ha realizado más de una entrevista, buscando introducir heterogeneidad en alguno de los sentidos anteriormente planteados.

tienen dicha formación en el entorno urbano han desempeñado su carrera en la Administración pública, como funcionarios).

Asimismo, se puede constatar una mayor facilidad para localizar jóvenes en situaciones de precariedad entre aquellos cuyos padres no tienen estudios universitarios que entre aquellos otros (ya dijimos que el nivel de estudios de los padres no deja de ser una traslación de su clase social) cuyos padres sí cuentan con esta formación. En el mismo sentido, resulta complicado hallar jóvenes con padres universitarios que se encuentren en situaciones de precariedad, lo que podría inducirnos a pensar que el poder enclasante de las familias sigue operando en la actualidad como lo hiciera en épocas pasadas.

En suma, el nivel formativo de los padres sí que parece ejercer un influjo en las posibilidades de “acomodo” de los hijos, a modo de “garantía” de una mínima ventaja de partida (siquiera a la hora de acumular credenciales que puedan ser puestas en juego con posterioridad en la competición por los empleos). En aquellos casos en que los padres no proceden de esas clases superiores la precariedad o idoneidad de la situación laboral de los jóvenes dependerá de otros factores, como rastreamos en el análisis de nuestras entrevistas.

De los 20 entrevistados, 14 son chicas y 6 chicos. Con ello pretendemos recoger el impacto diferencial que, para ellas, tienen las distintas situaciones en lo que se refiere a formas de convivencia (con la maternidad como elemento crucial en sus biografías, más que, se postula, para ellos). Asimismo, es reflejo de la mayor presencia de mujeres en el sistema universitario actual³⁴¹.

Por rama de estudio, 13 son de Ciencias Sociales y Humanidades, mientras que los 7 restantes tienen una titulación técnica, de Ciencias de la Salud o de ciencias Naturales, en general. En lo que hace al hábitat de origen, se ha buscado un cierto equilibrio, por lo que 12 son jóvenes urbanos (en su origen, insistimos) y los otros 8 proceden de municipios rurales, de mayor o menor tamaño (cinco de pueblos de más de 10.000 habitantes y otros cinco de núcleos de población menores). Si hablamos de movilidad, 10 tienen

³⁴¹ Mayor presencia que, paradójicamente, puede estar reforzando pautas tradicionales desigualitarias, habida cuenta de la frecuencia con la que jóvenes con titulación universitaria dependen en lo económico de parejas sin ese tipo de formación pero con mayores posibilidades de acceso al mercado de trabajo (tituladas en Educación que viven como amas de casa emparejadas con miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado, por ejemplo).

experiencia de migración por motivo de estudios (la condición rural lo implica, en este caso, para cursar la carrera), 5 han vivido alguna vez fuera de su hogar paterno por cuestiones relacionadas con el trabajo, y otros 5 no han salido nunca de su localidad de origen por períodos prolongados de tiempo (véase nota 338).

Distinguiendo en función del estatus profesional alcanzado por los padres, tenemos que 9 de nuestros jóvenes tienen padres (uno o los dos) entre el funcionariado, a distintos niveles (en función de la formación). 7 de los entrevistados tienen padres con formación universitaria, mientras que los 13 restantes son la primera generación de su familia en alcanzar este tipo de titulación.

Por último, atendiendo a la edad, diez de los entrevistados son mayores de 30 años, y se ha entrevistado a dos menores de 25, estando, por lo tanto, todos los demás entre los 26 y los 30 años de edad. Cuatro de los diez mayores de 30 se encontraban ya en el mercado de trabajo cuando se desencadenó la crisis de 2008. El resto, por lo tanto, estaba en distintos escalones del sistema educativo en dicho momento. Algunos estaban a punto de terminar sus estudios, otros los estaban empezando e, incluso, hay algún caso en el que aún no habían comenzado siquiera su andadura universitaria.

En todos los casos, la contactación se realizó a través de conocidos (*bola de nieve*), aprovechando las posibilidades de entrar en contacto con los jóvenes que me brindaba mi posición como profesor universitario, puesto desempeñado desde 2009 hasta 2017. El trabajo de campo tuvo lugar entre los meses de noviembre de 2016 y febrero de 2017. Las entrevistas, grabadas en audio, tienen una duración entre la hora y media y las dos horas y cuarenta minutos, estando la media, aproximadamente, en algo menos de dos horas. El guion de temas manejado incluye diversos ítems en torno a la experiencia laboral y a su grado de correspondencia con las expectativas generadas, a las estrategias familiares desarrolladas, o a la visión en torno a la propia generación (y al contraste con respecto a la generación de los padres). Con la flexibilidad como premisa fundamental, el orden de los temas variaba en cada entrevista, manteniendo un bajo nivel de estructuración de las preguntas. Algunas premisas (o consejos) recurrentes en la literatura al uso no se han aplicado de forma completa, como lo relativo a no contradecir al entrevistado.

En ocasiones, hemos considerado más productivo, por el bien de los objetivos del estudio, generar cierta controversia con las opiniones de los entrevistados. Muchas veces, por otra parte, se traían a la conversación opiniones y discursos de otras personas (o de otras instancias), para pedirle contraste al entrevistado. Estas pequeñas polémicas, obviamente, siempre han intentado ser introducidas en el marco de una interacción fluida, dependiendo del grado de confianza que se hubiera establecido entre interlocutores. Las reglas evidentes (de sentido común, podríamos decir) se han respetado siempre, del mismo modo que se ha mostrado profunda gratitud tanto antes como después de las entrevistas, sin caer por ello en formas de “servilismo” con respecto al material producido. El investigador ha de tener una conducta ética y respetuosa, sin que ello suponga, naturalmente, estar plenamente de acuerdo con todo lo expresado por sus informantes.

El análisis del material de entrevista que llevaremos a cabo a continuación, en los capítulos siguientes, dentro ya de la Parte Tercera de la tesis, intenta dar respuesta a los interrogantes que, bajo la forma de objetivos de investigación, alimentan este estudio. Desde una posición de partida profundamente marcada por el “conflictualismo” (nuevamente aludimos a Martín Criado, como fuente de inspiración de dicha perspectiva de partida), tomamos la clase social como elemento clave desde el que interpretar las formas transicionales, las estrategias familiares y el propio uso que se hace de los discursos para construir el relato y para construirse los propios sujetos a través de dicha narración. Nos detendremos (así lo planteábamos en las propias entrevistas –el guion como ejercicio analítico) en los puntos de inflexión de las biografías, tomándolos como momentos críticos en los que los *recursos* familiares de todo tipo son movilizados y condicionan, en buena medida, el resultado de las trayectorias seguidas.

Nuestro enfoque parte de la idea de que las pautas posmodernas no se han generalizado todavía (no, al menos, entre la juventud extremeña de nuestros días), produciéndose una continuidad básica con respecto a los patrones transicionales (a los patrones laborales) del pasado (digamos: de la generación de los padres). Transiciones más largas y más precarias, que se fundamentan en los recursos familiares y que, por lo tanto, son más heterónomas y más precarias para los y las jóvenes, que seguramente no

alcanzarán el nivel de vida que disfrutaron sus padres (y que ellos disfrutaban, vicariamente). Pero, en términos relativos, comparándose no con sus padres sino con los otros jóvenes, las posiciones de partida tienden a reproducirse en la estructura social de esta nueva generación (se da, por lo tanto, una suerte de “reproducción a la baja” de los modelos tradicionales). Nuestro afán es intentar desvelar, a través de las narraciones, cómo se produce este proceso de transición y qué papel juegan en el mismo las familias, los estudios, los cambios en el mercado de trabajo, etc. A ello se dedica el siguiente punto de esta tesis doctoral

PARTE TERCERA.

GENERACIONES EN TORNO A LA CRISIS: INFORME DE RESULTADOS.

NOTA SOBRE CITACIÓN DE EXTRACTOS DE ENTREVISTAS

Siguiendo la convención sociológica sobre el uso de los materiales cualitativos obtenidos mediante entrevista en profundidad, se han modificado los nombres de los informantes, de tal manera que los que aparecen en el informe no se corresponden con sus nombres reales (ni de ninguna otra persona entrevistada en este estudio). En un intento de facilitar la lectura de los fragmentos transcritos en este informe, se opta por no señalar, en las citas, más que el nombre del sujeto, sin aportar más datos identificativos. Con el fin de servir a modo de pequeña guía para “conocer” a estos informantes, se presenta a continuación un cuadro resumen, que podrá completarse con los datos derivados del entrecruzamiento de variables del casillero tipológico (se indica, para cada caso, la casilla concreta en la que ha sido ubicado). Complementariamente, por no haberse recogido como variable propia en el diseño del casillero, se apunta la edad de cada persona en el momento de realizar la entrevista, por más que, como después argumentaremos, el dato verdaderamente clave a efectos *etarios* sería la fecha de finalización de la primera titulación universitaria. Por último, se aporta en el cuadro una cita procedente de la entrevista, que, sirviendo quizás como autorresúmenes de cada caso, serán posteriormente revisadas en el capítulo 11.3.

Alias	Número de casilla	Edad	Definición de la trayectoria
Carolina	29	26	<i>“Cambiante”</i>
Tamara	19	27	<i>“Estudiante”</i>
Claudio	10	31	<i>“Luchador y paciente”</i>
Jimena	28	34	<i>“Muy estable”</i>
Elías	3	30	<i>“Inestabilidad y precariedad”</i>
Pablo	8	30	<i>“Querer y no poder. O querer y que no te dejen”</i>
Natalia	17	22	<i>“Esfuerzo y paciencia”</i>
Noelia	22	31	<i>“Incertidumbre”</i>
Julio	14	30	<i>“Satisfactoria”</i>
Esther	28	27	<i>“Constancia”</i>
César	12	30	<i>“Jodido pero contento. Bien no estamos, pero podríamos estar peor”</i>
Miriam	20	32	<i>“Demasiado estudiar”</i>
Almudena	20	30	<i>“Constancia”</i>
Catalina	26	33	<i>“Hizo una apuesta, luchó por ello, y lo consiguió”</i>
Luisa	24	27	<i>“He aprendido bastante. He evolucionado bastante rápido”</i>
Alba	19	26	<i>“Supervivencia”</i>
Celia	27	27	<i>“Incertidumbre, y momentos de lucha de conseguir lo que quieras... y suerte”</i>
Esmeralda	19	29	<i>“Me he dejado llevar por la corriente”</i>
Valeria	31	27	<i>“He ido consiguiendo todo lo que me he propuesto”</i>
Víctor	2	28	<i>“Incertidumbre... e ilusión”</i>

CAPÍTULO 7.

Formación: una acumulación ¿de nada? “a cualquier coste”.

1. La formación universitaria: experiencia, base, punto de partida y cruce: entre la utilidad y la incertidumbre.

Con una adaptación de la fórmula fraseriana (*cómo y cuándo terminaste de estudiar*, en nuestro caso) arrancaron algunas de las entrevistas desarrolladas en esta parte *empírica* de la tesis doctoral que presentamos. Se intentaba, con ello, situar al entrevistado, de inicio, frente a un primer gran *turning point* de sus biografías. Obviamente, esta elección de qué es un momento *crucial*³⁴² resulta *impuesta* por el investigador, que ya marca con un hito el punto de la biografía a partir del cual quiere que el narrador desarrolle su relato (*in medias res*). En cualquier caso, el relato puede moverse (y se mueve, frecuentemente) hacia atrás en el tiempo, vinculando el momento de salida del período formativo con el momento de inicio de los estudios (momento crucial *emic*, según sea reconocido como tal o no por el entrevistado). En otras ocasiones, precisamente, la primera demanda de la entrevista consistió en un relato del recorrido desarrollado por el entrevistado desde el momento en que dejó el instituto, para abarcar esa *primera gran elección* de los estudios universitarios a cursar. Sea como fuere, el “acantilado” de la finalización de los estudios (tal y como lo nombra César)³⁴³ es el primer momento *traumático*, por

³⁴² Como apuntamos en el capítulo anterior (apartado 6.3), la consideración de los *turning points*, de los puntos de inflexión, como elementos fundamentales de interés en los trabajos de corte biográfico es una constante en la reflexión de los autores que han trabajado sobre esta metodología (o sobre este enfoque de investigación, mejor dicho). Manejaremos de forma indistinta los términos “*turning point*”, “epifanía”, “punto de inflexión”, “hito”, etc. Con todo, preferimos la traducción como “momento crucial”, por cuando lo conceptualizamos, precisamente, como un punto en el cual el camino se bifurca y se debe optar por un sendero u otro, sin que esté claro (¿punto de inflexión como “punto de no retorno”?) si después se podrá volver atrás y *enmendar* o cambiar la elección realizada (la reversibilidad, tan recurrente en las formulaciones posmodernas de la transición juvenil, puesta a prueba).

³⁴³ Otras expresiones, igualmente gráficas, para referirse a este momento, nos evocan también esa conceptualización de riesgo (y de relativa soledad) que tienen los jóvenes entrevistados sobre ese momento. Así, “salto al vacío” aparece varias veces en nuestras entrevistas. Otros, como Víctor, juegan con la metáfora de la pista de despegue (o quizás con el paracaidismo, cuando en otras ocasiones habla de “saltar”), para referirse al momento en el que “se supone que tenemos que despegar” (por más que, por las circunstancias del momento, se vean obligados a permanecer “en tierra”).

incierto a nivel profundo, de los relatos recabados. Esta situación de incertidumbre, derivada del cambio de rol (de estudiante, que es lo que se había sido toda la vida, a una nueva situación, indeterminada en muchos casos, en la que la inercia del pasado deja paso a una necesidad de actividad para la que no se han sentido, muchas veces, preparados), podría estar a la base (o, cuando menos, actuar como otro factor más) de la prolongación potencialmente ilimitada de la fase *de estudiante*, más cómoda y menos angustiosa, por conocida, por pautada en sus contenidos, lógicas y exigencias.

Un primer elemento comparativo de interés sobre este punto podemos encontrarlo en la edad con la que se produce esta finalización de los estudios (finalización que, insistimos, para muchos ni se ha producido aún ni, se presume, se va a producir jamás)³⁴⁴. Edad que se vincula con dos factores principales: la fecha en que dicha transición escuela-trabajo se desarrolla (el momento histórico, que marcará la cesura generacional) y la propia titulación que se finaliza, que será la que permita acceder o no al mercado de trabajo, determinando, así, si “ya está bien de estudiar” o si, por el contrario, cabe seguir *formándose* para aprovechar el tiempo que el sistema “te ha puesto a hacer cola”.

En el mismo sentido, este rendimiento más o menos inmediato del título universitario será lo que determine, en buena medida, la valoración que los jóvenes tengan de dicha titulación. Siempre se atiende, por lo tanto, a la utilidad práctica (en términos laborales) de dichos diplomas, a su carácter de “llave” para el mercado de trabajo³⁴⁵. Así, son valoradas positivamente aquellas

³⁴⁴ El discurso del *life long learning* (al que nos referiremos en un punto posterior de este capítulo -7.4) adopta formas distintas: como imposición competitiva o como feliz formación permanente que conduce a un perfeccionamiento continuo de la persona.

³⁴⁵ Más allá de que también aparezcan loas más o menos inspiradas sobre el valor del *conocimiento* y de la formación, a nivel, digamos, integral, de la persona (el *crecimiento*) a través de la carrera cursada (alabanzas enunciadas, normalmente, por titulados bien asentados en el mercado de trabajo o que proceden de estratos sociales más elevados). Así lo vemos en el caso de Jimena: “Yo aún así [pese a la situación actual de precariedad generalizada] creo que hay que estudiar, o por lo menos pasar la experiencia de la Universidad. Eso nunca... Si puedes y te lo permites... que son cuatro años, cinco, que tampoco... (...) Sólo por la experiencia, de conocer gente, de abrirte (...) ves otras realidades que hasta entonces no habías visto (...) ves otras realidades, otra gente que no tiene nada que ver contigo (...) te desenvuelves más, tú tienes tus problemas ahí, tú tienes que estudiar, tienes que aprobar y ya sabes que si no apruebas pues igual no vienes el año que viene a estudiar otra vez... (...) Te da una experiencia que otros que no han estudiado no han tenido”. Discurso que podría deslizarse, fácilmente, al tan manido de las competencias: los universitarios han vivido una serie de experiencias que los han ido (con)formando como personas, desarrollando un perfil concreto que puede resultar útil después en distintos puestos del mercado de trabajo.

carreras que dan acceso inmediato o en un breve lapso temporal a puestos de trabajo (acordes a la titulación alcanzada, se entiende); mientras que otras, con menores tasas de inserción laboral (en condiciones acordes a las expectativas creadas por la posesión de un título, insistimos), son juzgadas con severidad.

Obviamente, las salidas laborales no son el único elemento considerado a la hora de evaluar una titulación (el nivel del profesorado también resulta decisivo), por más que sea, seguramente, el factor clave. En nuestro estudio, los relatos más positivos (“excepcional”, “nivelazo tremendo”, etc.) los encontramos entre aquellos jóvenes que han cursado carreras como Matemáticas, Química o Filología, todas ellas claramente minoritarias (menos de veinte alumnos... hasta el extremo del relato de Almudena, la filóloga portuguesa que estuvo completamente sola en clase –es más: ni siquiera iba a clase, al aula, puesto que visitaba a los profesores en sus despachos- durante todos los años que duró su carrera). Este hecho, que suele derivar en una atención más personalizada (vale decir: menos masificada, con todo lo que ello implica a la hora de desarrollar el trabajo diario de aula o laboratorio), puede leerse a ambos extremos de la flecha causal: son pocos y, por tanto, buenos alumnos; o son buenos alumnos y, por ello mismo, acaban siendo pocos (el proceso de “selección natural” al que se refieren algunos de nuestros entrevistados). Que esas titulaciones *produzcan* tan pocos egresados es visto, por los propios egresados, como un factor decisivo a la hora de explicar su éxito en el mercado de trabajo, capaz, aquí sí, de absorber a todo aquel que sale del sistema educativo con esa credencial (a diferencia de lo que se observa en otras titulaciones cursadas por un número mucho mayor de alumnos).

De esta manera, aquellos jóvenes que se encuentran bloqueados, en mayor o menor medida, tenderán a enfatizar los elementos de crítica sobre los estudios realizados. Y, en ese sentido, la falta de adecuación entre formación (excesivamente teórica, abstracta) y mercado (que demanda práctica, exige experiencia) será una constante. Las titulaciones universitarias serán vistas, en muchos casos, como una transmisión acumulativa de saberes teóricos, que no facultan al estudiante para después ejercer su profesión, que “no le enseñan a trabajar”. Cuando la vivencia de búsqueda de empleo les ha situado frente a la necesidad imperiosa de contar con experiencia laboral (práctica) es cuando

perciben con mayor intensidad que su formación adolece de este elemento. Sin práctica no hay trabajo. Y, por desgracia, en su formación el componente práctico no se considera que esté suficientemente desarrollado. Esta *necesidad* de experiencia práctica lleva a muchos titulados a intentar conseguirla por otras vías, bien sea a través del voluntariado (véase 7.3) o por medio de las diversas formas de *becas* que proliferan en la actualidad y que brindan al joven la oportunidad de entrar en contacto con el mundo *real*, de desarrollar una actividad (más o menos) relacionada con su formación, etc. Indudablemente, que el voluntariado se oriente a alimentar el currículum podría pervertir el carácter supuestamente altruista de dicha actividad. El hecho de que esto (la perversión) se asuma como normal (no en vano el propio baremo de algunas oposiciones valora –cuantifica– dichas prácticas *voluntarias*) es sintomático de nuestros tiempos.

Más allá de esta crítica a la supuesta escasez de contenido práctico va Esmeralda, cuando expone el carácter meramente instrumental (como trámite, como *habilitación*³⁴⁶) de la titulación, unido a una amarga crítica de la labor del profesorado universitario:

A ellos les da igual... Te preparan para que tengas el título y luego te apañes como puedas. Como si te quieres quedar en casa (...) No aprendes nada de lo que luego vas a tener que realizar, o aprendes poco. Te habilita porque tienes el título. Luego ya la vida real es otra cosa³⁴⁷.

En la misma línea, otra cuestión recurrente a la hora de juzgar la calidad de una titulación será su carácter más o menos completo, es decir, el grado en que resulta *autosuficiente* o ha de completarse con formación complementaria.

³⁴⁶ Contradicción semántica, a partir de la opinión de esta informante. “Habilita”, pero no hace *hábil*, no dota de capacidades prácticas para resolver los problemas de la “vida real” del puesto de trabajo. Habilita en el sentido *jurídico*, como requisito necesario para poder ejercer una determinada profesión regida por la posesión de ciertas (y concretas) credenciales educativas.

³⁴⁷ En ese sentido, una crítica unánime (absolutamente unánime, de hecho) es sobre el tan solicitado Máster Universitario de Formación de Profesorado de Educación Secundaria, que sustituye al antiguo CAP, y que faculta para presentarse a oposiciones del cuerpo de profesorado de Educación Secundaria (“para trabajar en los institutos”). La pésima organización de dicha titulación en la Universidad de Extremadura, según los estudiantes, contrasta con la importancia de los conocimientos que habría de cubrir el programa de este Máster. Un mero trámite para conseguir el certificado, pero ningún aprendizaje real a lo largo del curso completo que abarca el Máster (nada barato, por lo demás, y muy costoso, también, en cuanto al tiempo que exige –presencialidad controlada mediante el sistema de firmas, etc.).

Si la titulación sólo sirve como “base”, la visión de los jóvenes puede deslizarse con facilidad a la idea de fraude, de engaño, por cuanto se obliga a pasar después por caja para adquirir una formación de posgrado/especialización, costosa en lo económico (en la doble vertiente de coste directo y de coste de oportunidad)³⁴⁸ y no prevista inicialmente. Este sentimiento de engaño o fraude se agrava cuando los titulados revisan la duración de los estudios cursados (o la falta de correspondencia, según su opinión, entre el precio de las tasas universitarias y lo recibido, tanto en cuanto a medios materiales como en cuanto a atención personal a todos los niveles). Que después de cuatro o cinco años de carrera (“que da tiempo para muchas cosas” pero que no se aprovechan por el diseño de los planes de estudio, como dice Natalia) salgan de la Universidad sin saber afrontar los requerimientos de un eventual puesto de trabajo les resulta, simplemente, lamentable. Esta inseguridad, este no sentirse cualificados, alimenta el recurso a la formación complementaria y choca y entronca, como veremos en el epígrafe correspondiente (7.4), con el discurso de la sobrecualificación³⁴⁹. Así lo expone Luisa al referirse a su licenciatura en Biología, de la que critica su falta de especialización:

La carrera no es suficiente (...) Cualquier trabajo que buscas como biólogo te exigen más que un simple título de Biología. Para cualquier trabajo (...) necesitas, eso, especialidad, que hayas trabajado en una especialidad o en otra, da igual (...) Claro, eso es lo malo, que al final dices: “buf, es que he hecho ahí cinco años y para qué te sirve eso”. No te sirve para nada. Lo único que al final dices: “son cinco años que he estado ahí para qué, ¿para una base? ¿Cinco años para una base?”. Son muchos años. Es mucho dinero perdido. Y mucho tiempo. Mucho tiempo.

Más tajante se muestra Míriam al respecto:

³⁴⁸ El coste de oportunidad no debe tomarse, en modo alguno, como una cuestión menor. En los relatos de los entrevistados, una crítica recurrente se dirige a la escasísima flexibilidad del sistema educativo, agudizada con la forma en que se ha gestionado la implantación de los nuevos estudios con el plan del Espacio Europeo de Educación Superior, que ha supuesto que, en muchas carreras, se exija asistencia diaria a todas y cada una de las sesiones de clase, lo que hace imposible compatibilizar la formación con otras obligaciones, ya sean laborales o familiares, enfatizando la idea (que tan mal encaje tiene con la nueva realidad *flexible* del mercado de trabajo) de que hay “una edad para cada cosa” y que, por lo tanto, el ser estudiante tiene una fecha de caducidad (si se quiere hacer “algo más en la vida”, es decir).

³⁴⁹ Nótese, en todo caso, que algunos de los entrevistados sí que tienen una visión positiva de este proceso posterior de especialización. Como Carolina, odontóloga, que apunta que la carrera te forma lo suficiente como para empezar a ejercer, pero que luego son los propios titulados quienes optan, *libremente*, por especializarse, porque aporta mayores ingresos económicos el desempeño de una tarea más especializada.

Muchas veces parece que tu carrera no vale nada si no la has completado con un máster. Es que son cosas ridículas. Pon directamente que las carreras duren diez años. ¿Para qué me engañas? ¿Por qué me dices que tengo que hacer una carrera, ahora un trabajo de fin de carrera que a lo mejor me requiere echarle casi un año más, y ahora además tengo que hacer un máster porque, si no, todo eso que he hecho no vale para nada? Pues dime que la carrera dure diez años y salgo ya con el título que valga para algo.

Todo ese escenario de falta de salidas laborales lleva a no pocos jóvenes a renegar de sus titulaciones y arrepentirse de haber tomado, en aquel cruce inicial, el camino formativo³⁵⁰. Este arrepentimiento suele basarse en la constatación, a través de otras figuras cercanas (familiares o amigos), de que las posibilidades de inserción laboral (léase como primer paso necesario para desarrollar una vida independiente, anhelo generalizado de buena parte de los titulados) eran mayores por otras vías. Y arrepentimiento, también, porque, en varios casos, al final el titulado que ha seguido la senda académica acaba incorporándose a ese camino que no exigía titulación universitaria, pero lo hace con retraso. Así nos lo expresa César, comparándose con su amigo militar y, después, hablando de la salida habitual de las oposiciones (para acceder a puestos de rango bajo en la Administración, en este caso).

Viendo a día de hoy dices: “pues, mira, no hubiera estudiado nada, ningún tipo de titulación universitaria, termino el bachillerato, me meto en un ciclo formativo o me meto a estudiar una oposición de bedel, y yo estoy a piñón, ya sé leer, ya sé escribir, ya sé hacer cuentas, oposición de bedel, y ya después tengo mi cargo y ya, si acaso quiero, si me apetece, me planteo estudiar algo”, que no al final que veo que tienes una trayectoria académica de estudios más o menos altos y al final vas a acabar haciendo la oposición de bedel, que no es por desmerecer a los bedeles, ni mucho menos, pero por dificultad de una oposición simplemente lo digo (...) Que al final es lo mismo: la persona que deja de estudiar después de bachillerato y empieza a estudiar una oposición y ahora yo después de estudiar mucho más adelante en el tiempo voy a estudiar una oposición igual, que a lo mejor esta persona lleva estudiando, después de dos años se saca la oposición, pues yo ahora, en este momento, quiero estudiar esa oposición, me pegaré otros dos años de estudiarla para después sacar la plaza y la otra persona pues ya lleva, pues eso, una experiencia, o lleva unos años trabajados que yo no... no los voy a conseguir (...) Entonces piensas: “para qué yo estudié tanto, que no me vale para nada aparte de para tener unos titulitos

³⁵⁰ “Sí que es verdad que muchas veces pienso que lo que he hecho no me vale para nada. Que he perdido tres años de mi vida en una carrera que no me vale”, resume amargamente Alba.

colgados en una pared, que es muy bonito, sí, pero eso de comer no te da, o podía haber estudiado una oposición a los dieciocho años, de bedel, de cartero, de lo más bajito que te permita estudiar con tener el bachillerato hecho” (...) Cuando estás buscando trabajo son momentos que piensas “para qué he estudiado yo, para qué he perdido tanto tiempo, cuando tengo a este amigo, a este conocido, que era un bala perdida en el instituto, se sacó bachillerato malamente, no hizo ni selectividad, no hizo nada, no fue siguiendo el camino más o menos establecido por la sociedad, o aquí en Extremadura (...), esta persona no hizo ese camino y se metió a militar (...) y está muy bien, o sea, cobra bien de dinero, tiene ya su vida montada y yo a día de hoy me veo que no sé dónde voy a acabar”.

La concepción de una formación universitaria excesivamente teórica y poco práctica contrasta con la visión de la Formación Profesional, mucho mejor valorada por los propios universitarios, por su mayor carácter práctico (profesionalizante), por su menor duración (aprendes más en menos tiempo) o, siquiera, porque “si no es en una cosa, será en otra” (como resume Elías) te permite un mejor acceso al mercado de trabajo³⁵¹. Una especie de inercia llevó a muchos de estos jóvenes a la Universidad, sobre todo en aquellos casos en los que no existía vocación alguna por cursar unos u otros estudios. El carácter de moda de algunas titulaciones, unido a la propia valoración social de los estudios universitarios (que va paralela a la estigmatización de la FP), acabó llenando las aulas universitarias de jóvenes que, ahora, se arrepienten de las decisiones tomadas, al tiempo que sienten que, con esa edad, no estaban todavía capacitados para realizar un análisis de futuro tan profundo³⁵².

Normalmente, la elección de carrera se realiza “porque me gustaba”, como un remedo de la vocación, también presente, desde edad muy temprana, en algunos casos concretos, generalmente en aquellos que después

³⁵¹ Como veremos más adelante (capítulo 8.1), los propios titulados universitarios se ven en posición desventajosa con respecto a los titulados de FP a la hora de optar a distintos trabajos. Por su falta de formación práctica, por sus mayores expectativas/condiciones salariales, por su (supuesta) mayor volatilidad (la idea general de que un titulado universitario está “de paso” mientras encuentra algo mejor, más acorde a su formación) que se traduciría en un menor compromiso hacia el contratante, etc. Otro factor que se apunta en algunas entrevistas es, directamente, el tema de la edad: el empresario preferirá (con motivaciones no siempre *legítimas*) contratar a gente más joven. El titulado de FP, siquiera por la menor duración de su recorrido formativo, tiende a satisfacer mejor esta condición (la juventud como *ventaja* competitiva) que el (multi/pos)graduado universitario.

³⁵² Nótese que el conocimiento que estos jóvenes tienen de la Formación Profesional es, en muchos casos, indirecto. Por ejemplo, no están al corriente de las dificultades que existen para lograr una plaza en un ciclo formativo, en ocasiones más demandados (y, por lo tanto, con unos requisitos de acceso más elevados) que algunas carreras universitarias. Quizás, por lo tanto, la opción de “meterse a FP” no hubiera sido tan viable como la presentan en sus relatos.

construyen narrativas de éxito y satisfacción profesional en torno a esa primera decisión, dada por validada por el desarrollo posterior de los acontecimientos, pero también presente en aquellos otros relatos de gran frustración, en torno a titulaciones tradicionalmente vocacionales, como las de la rama de Educación. Otros acaban en una titulación concreta por descarte, o “rebotados” porque no les llegó la nota para acceder a la titulación que deseaban, o, en muchos casos, por *aproximación sucesiva*: querían estudiar algo de una rama concreta, como “ciencias” o “economía” y acabaron cursando una titulación específica, cambiándose en algún momento del itinerario, si eso fuera posible, o especializándose después (igualmente: si eso ha sido posible económicamente). Por último, una minoría pragmática apunta directamente a las salidas laborales de una titulación a la hora de decantarse por cursarla (incluso vinculando esta decisión, desde el principio –por influencias familiares, en algunos casos-, con el posterior camino de funcionariado que se desarrolló). Esta diversidad de situaciones de partida incide, asimismo, en la vivencia posterior de la carrera (del “me gustó desde el principio” al “no me gustó nunca”, pasando por el epifánico “me empezó a gustar cuando...”). En todo caso, la elección se ve muy determinada por la oferta de titulaciones *próximas* a la residencia familiar (“las circunstancias”, como suele aparecer en las entrevistas): no suelen tener problema a la hora de desplazarse en el interior de la Comunidad extremeña, pero son habituales los descartes de ideas iniciales (cursar Psicología en Sevilla, por ejemplo) que implicasen migraciones más largas (a esa edad de comienzo de la experiencia universitaria).

Esta idea de inercia y de elección relativamente ajena al individuo la encontramos en el relato de Noelia, que hizo (y se arrepiente, porque ni tenía vocación ni luego ha tenido oportunidades laborales) Biología:

En mi época era lo típico de “a Ciencias, que es lo que tiene salida, a Ciencias, que es lo que tiene salida”. Yo desde que era chica siempre quería ser profesora de Historia o profesora de guardería. Y no, porque “a Ciencias, que es lo que tiene salida”. Claro. ¿Qué pasa? Que terminó la carrera en el momento en que no había salida para nada (...) Influencia ya no solamente de mis padres: de los profesores, del entorno, de como que todas tus amigas van a hacer cosas de Ciencias, porque es lo que tiene salida, que mis amigas todas, absolutamente todas, hicieron cosas de Ciencias [sin lograr luego el éxito esperado] (...) Era como “terminar y carrera, terminar y carrera”, que los que hacían los módulos eran los negados de estudiar, los

tontos y los gamberros, y ahora no, ahora afortunadamente se está viendo como una opción buena (...) La Universidad era obligación: cuando yo terminé el colegio era lo que se supone que tienes que hacer: Instituto y Universidad. Y el noventa por ciento de la gente de mi clase hizo carrera universitaria y en mi época era esa frase: “la ciencia es lo que tiene salida” [resopla].

Por ese motivo, algunos informantes acusan a la propia Universidad de engañar a los jóvenes³⁵³, por permitir el acceso a titulaciones que se sabe con antelación que no darán salida después al mercado de trabajo (no al menos en el mismo volumen: la ratio entradas/salidas genera una *bolsa* de titulados sin opciones de inserción laboral). Nuevamente, un discurso crítico es el expuesto por Míriam:

Es un problema también gordo que haya de algo trescientas plazas. Si no hay trescientos trabajos para esas personas... Mismo Magisterio (...), que depende de unas oposiciones. Tú no puedes, si sólo van a sacar veinte plazas, no se pueden matricular doscientas personas, si su única opción es acceder a esas plazas. Porque en otros trabajos pueden surgir mil empresas privadas, pero en un trabajo que depende prácticamente de unas oposiciones, si no hay una tasa de reposición tampoco que cubra a lo mejor jubilaciones... Ahí sí que esas carreras (...) hacen que la gente infravalore carreras que para mí son muy importantes. Que tú tengas una carrera que sea fácil entrar y luego salen doscientos o trescientos titulados para cincuenta plazas, o menos, entonces...³⁵⁴.

³⁵³ La idea de *conspiración* del *sistema* contra los jóvenes merecerá nuestra atención más detalladamente a continuación, sobre la base de que se generan unas expectativas para los jóvenes que, después, no se cumplen. La Universidad, el sistema educativo, sólo sería un agente más (pero uno poderoso, sin duda) en este proceso de *inoculación* del discurso (de base meritocrática, a fin de cuentas) de la mejora constante de las condiciones de vida, mejora que pasaría por cumplir con *la parte del trato* que le corresponde al joven: formarse con fruición.

³⁵⁴ Bien es cierto que también hay opiniones que eximen a la Universidad de culpa en este desajuste entre oferta y demanda. Así, Alba, maestra en la especialidad de Audición y Lenguaje, habla, más bien, de una asincronía entre el mercado de trabajo y el sistema educativo (o, directamente, de un mal funcionamiento del mercado laboral): “es una carrera que... antes sí que se necesitaban... porque en los colegios, supuestamente, debería de haber Audición y Lenguaje y Educación Especial, que hay muchos centros en los que hay o uno de los dos o algo que suplante ese puesto, a lo mejor alguien que tiene algún curso o algo así que lo pueda... que pueda desempeñar ese puesto. Entonces hay muchos puestos de trabajo que no están desempeñados por gente que en realidad tiene esos estudios”. En un sentido similar se manifiesta Celia, también maestra, cuando, tras reconocer que todas las carreras tienen un punto de engaño, por cuanto se sabe desde el principio que no todo aquel que la complete va a poder ejercer esa profesión (se sabe y, por lo tanto, quien entra en una carrera “ya sabe lo que hay”), destaca que debería darse la oportunidad de estudiar “lo que quieran” a un número elevado de personas (a todo el que quiera, en definitiva), siquiera por “probarlo”, por brindarles esa oportunidad, incluso siendo conscientes de la ausencia de posibilidades posteriores de inserción laboral.

Esta valoración crítica de la Universidad, como epítome del sistema educativo en su conjunto, acompañará el relato de algunos de los entrevistados (insistimos: normalmente el devenir laboral posterior es lo que marca una posición más o menos contestataria con respecto a la formación recibida) en todos los puntos que abordamos en este informe, que no deja de ser un relato seleccionado (al modo de las crónicas del errante Marco Polo de Calvino - 1972/2012) con la intención de ofrecer, a base de pinceladas como en un cuadro impresionista, un retrato general de la juventud extremeña (de una de las juventudes, al menos).

2. Perspectivas de futuro durante la carrera: la realidad y el deseo.

Si bien la crítica con respecto a la formación se sitúa, por el mismo momento en que se realiza la entrevista (una vez obtenido su título universitario), cuando la trayectoria formativa ha finalizado (o, al menos, en su parte “básica”, de base, de punto/puerto de partida para iniciar una carrera profesional), la visión negativa (o positiva, insistimos) de la formación ya se desarrollaba durante los años en que se estuvieron cursando las respectivas titulaciones. En aquel momento, en aquel punto de su biografía, las perspectivas de futuro laboral solían ser, por lo general, buenas, optimistas de cara al futuro (futuro no ya sólo laboral, sino, a través de esa integración en el mercado de trabajo, personal en todas sus facetas). Simplemente, se daba por sentado que, al acabar su formación, iban a tener la posibilidad de trabajar “de/en lo suyo”³⁵⁵. En palabras de Míriam:

Yo cuando estudiaba pensaba que yo iba a salir e iba a encontrar trabajo. Es que no te lo planteas (...) yo cuando estudiaba yo tenía claro que iba a acabar bachillerato, iba a hacer una carrera, iba a terminar mi carrera e iba a trabajar. Es que no me planteaba que hubiera otra opción. Yo daba por hecho que eso iba a ser así.

³⁵⁵ Más allá de que, en algunas titulaciones (como las de Educación), parece darse por supuesta la salida laboral futura... y el recorrido formativo que implica (con la oposición, al fondo, como meta final).

Se integraba esa normalidad en la propia pauta biográfica interiorizada por los jóvenes:

Tú empiezas la carrera. Dices: “esto son tres años, pues yo me veo con veintiún años, veintidós a lo sumo, ya pues trabajando de lo mío, tal” (...) Yo, más o menos, no totalmente calculado cuándo y cómo pasarían las cosas, pero sí esperas unas ciertas cosas... pues esperas: “pues a tal año, más o menos, tendré mi trabajito”, “a tal año estaré viviendo solo”, “a tal año...”. Eso sí, lo vas, más o menos, calculando, internamente aunque no lo exteriorices, pero pienso que todos, más o menos, sí van pensando “pues yo pienso que de aquí a diez años pues ya voy a tener una casa, ya voy a tener un trabajo, ya voy a tener... bueno, una familia, ya voy a tener ciertas cosas...” que al final no... no lo he tenido (...) Yo pensaba: después de Empresariales... pues yo termino mi carrera después de tres, cuatro años, y empiezo a trabajar en una empresa, empiezo...”. De una manera u otra, empezar ya a... a hacer tu vida (César).

El relato de la inercia, con el que muchos entrevistados describían el paso a la vida universitaria, tiene su continuación durante los años de estancia en la Universidad, en los que el estudiante vive “al día”, preocupado solo por el presente. Como nos lo explica Esther:

Es que yo allí no pensaba ni en el futuro, yo iba al día: “¿hoy qué toca?” Y no me paraba a pensar “espérate, que voy a terminar y a ver ahora qué hago”. No.

Alba completaría la explicación introduciendo otro elemento:

Como en ese momento lo que estaba haciendo me estaba gustando no me di cuenta en realidad de lo que me podría pasar cuando terminara, que es en realidad cuando me di cuenta de que en realidad lo que había hecho tampoco me valía para mucho.

Se observa, en todo ello, una continuidad entre el *estilo de vida* del estudiante de instituto y el estudiante universitario. El paso a la Universidad no parece suponer, pese a los cambios (residenciales, en muchos casos) que implica la experiencia, un cambio radical con respecto a las exigencias o a las formas de acometer los problemas: la lógica de estudio sigue siendo, esencialmente, la misma que en etapas anteriores. Quizás esta continuidad

como estudiante tenga consecuencias después, amplificando los efectos del choque con una nueva realidad de pretrabajador, conceptualizado (la imagen del acantilado, de nuevo) como *no-estudiante*, como una figura distinta a lo que se había sido, sin variaciones significativas en el recorrido, durante tantos (y tantos) años.

El estudiante, vive, así, en una especie de *burbuja* con respecto a la realidad circundante³⁵⁶. Sólo en algunos casos se enfoca la mirada más allá de las paredes del aula, desarrollando itinerarios formativos (o estrategias de cualquier tipo) orientados a preparar el momento en el que habrán de incorporarse (o intentarlo, al menos) al mercado laboral³⁵⁷. Nuevamente, la presencia en el entorno del joven de alguien que pueda asesorarle incidirá en la forma en que se viva este período universitario y se prepare ese momento de *salir*. Y aquí encontramos un elemento primero (o no tan primero: puede que esa influencia se manifieste antes en el itinerario formativo, a la hora de elegir carrera) de *enclasmiento*. El hecho de que los padres estén en posesión de estudios universitarios ya los sitúa en una posición privilegiada a la hora de *supervisar* la evolución académica de sus hijos (más allá de que se den *sagas* de una misma titulación –el abogado que espera que su hijo entre a trabajar en su bufete, la odontóloga que espera incorporar a su sobrina a su clínica privada, por ejemplo). Como dice Luisa:

³⁵⁶ La imagen de la burbuja evoca, asimismo, a las propias estrategias desarrolladas por algunos estudiantes. Así, Pablo, que podría haber acabado antes su licenciatura en Química, optó por “dejarse” pendientes voluntariamente algunas asignaturas para poder seguir teniendo derecho a disfrutar de una beca y prolongar, con ello, el período de estar *a cobijo* de las condiciones del entorno (“como estaba tan mal la cosa, que terminé la carrera en plena crisis (...) dije: “mira, con dos asignaturas” (...) tuve todo ese año beca, ahorré para el máster, porque es bien caro, y de ahí saqué el dinero”). Este recurso a la beca como *paraguas* frente a la situación de crisis es recurrente en nuestros informantes. Con mayor o menor cuantía económica (en ocasiones con cuantías que sobrepasan lo que se podría obtener de un trabajo “juvenil” al uso). Un porcentaje muy amplio de los estudiantes universitarios extremeños disfruta de beca, sobre todo los procedentes del ámbito rural (beca por desplazamiento). No es extraño encontrar jóvenes universitarios que estudian *para* la beca y no *por* beca o a través de ella: la beca no es el medio para estudiar, sino que estudiar es el medio para poder disfrutar de una beca.

³⁵⁷ Itinerarios que, por supuesto, no tenían tampoco garantía de éxito, como le sucedió a Pablo, quien, en vista de la situación, se especializó en cuestiones en las que creyó que se invertiría (en su caso, Química Sostenible), pero nunca ha podido sacarle rendimiento a aquella inversión educativa (que, para él –y ya vimos en la cita anterior de dónde procedían sus ahorros–, era la “única bala” que podía permitirse en términos económicos para realizar másteres y cursos de especialización: las posibilidades de realizar nuevas apuestas en materia formativa dependen, como es obvio, de la situación económica del joven o de su familia: *class matters*).

Muchas veces, si han estado tus padres en la Facultad, o amigos, te dicen: “oye, pues no hagas esto”, o “haz lo otro”. Yo he tenido eso, que mis padres ninguno, mis hermanos ninguno, dentro de mi familia, tanto por parte de unos como por parte de otros, creo que ninguno ha hecho carrera, o sea que tampoco he tenido yo familiares que me han dicho: “oye, pues ten cuidado con esto”...³⁵⁸.

Contar con referentes (los hermanos son la figura más típica, pero también se recurre mucho a los *veteranos*, miembros de promociones cercanas a la propia)³⁵⁹ puede actuar como elemento *señalador* del futuro, como advertencia y como aviso frente a la realidad exterior a la Universidad, resultando útil para prever el *choque* con dicha realidad, o, llegado el caso, para ir asumiéndolo.

El momento histórico en que se cursó la carrera (en relación a la cronología de desarrollo de la crisis económica de 2008) se manifiesta como elemento crucial a la hora de analizar el grado de conciencia (*awareness*, que dirían los anglosajones) con respecto a la situación *extrauniversitaria*, determinando, en buena medida, el grado de *presentismo* de la experiencia estudiantil, pero, también, el nivel de optimismo (¿felicidad?) de cara al futuro laboral. Más allá de que algunos individuos cursasen la carrera con una especie de anteojeras que no les permitían ver las situaciones que, en ocasiones, se desarrollaban en su propia familia³⁶⁰, el optimismo suele hacerse descansar en la situación que se observa en esas figuras tomadas como referentes, bien sean familiares (padres, tíos, o hermanos y primos)³⁶¹ o

³⁵⁸ Situación que contrasta con la de Claudio, cuya tía (que llegó a doctorarse y a hacer carrera en la Academia) le llegó a suscribir a revistas científicas especializadas cuando él todavía era estudiante de Economía, para ir “metiéndole la idea” de hacer el doctorado y tirar por ese camino laboral de la docencia universitaria (que es el que finalmente siguió, por lo demás).

³⁵⁹ En la Universidad de Extremadura, por más que oficialmente estén prohibidas (en la práctica no están en absoluto perseguidas), son muy habituales las “novatadas”, en todas las carreras. Esta práctica, que suele prolongarse durante varios días al principio del primer curso de cualquier titulación, pone en contacto a los “novatos” con los “veteranos”, que pueden ser alumnos del curso inmediatamente anterior o de cursos más avanzados (incluso, como es el caso normalmente, estudiantes que se encuentran ya en el último curso de carrera).

³⁶⁰ En tales casos el optimismo ante el futuro puede venirles *de serie*, por el mero hecho de haber asumido el discurso tradicional de “estudiar y después trabajar de lo estudiado” (discurso que puede chocar, frecuentemente, con la realidad posterior). Por cierto que dicho discurso es alimentado (o, al menos, normalmente no desmentido) por la propia Universidad, que, en opinión de los informantes de este estudio, no muestra, como institución, ningún interés por estos temas, por mostrarle a sus alumnos la situación *exterior*, la realidad del mercado de trabajo, tantas veces denunciada como “totalmente distinta” a la imagen mostrada por los profesores o a los diseños de los planes de estudio.

³⁶¹ Al contraste intergeneracional dedicaremos posteriormente un capítulo específico, el número 10.

profesionales (promociones de la misma titulación –el veterano y su situación laboral- o figuras paradigmáticas con las que el joven se ha socializado –el maestro que le dio clase, el pediatra, el cartero, etc.)³⁶².

La propia crisis alteró no solo los ritmos y las expectativas de los jóvenes, sino, también, las propias orientaciones de algunas carreras, como nos cuenta Julio con respecto a Matemáticas, titulación que ha conocido incluso un auge con el nuevo escenario económico, haciendo que quienes la cursen hayan pasado de tener una orientación primordialmente docente a una perspectiva más enfocada hacia el sector privado, tanto por el aumento de demanda de matemáticos en este sector (“nos rifan”, llega a decir) como por la propia reducción del número de plazas de profesorado a que estos graduados pueden aspirar.

Simplificando mucho la realidad, podríamos decir, a partir de lo recabado en las entrevistas, que los jóvenes sienten que las promociones que salieron al mercado laboral antes del comienzo de la crisis tuvieron más posibilidades de lograr una inserción laboral más o menos satisfactoria. Así lo expone, en primera persona, Jimena, que terminó su licenciatura en Administración y Dirección de Empresas en 2005:

En esa época, como había muchísimas entrevistas y mucho mercado, ibas picando e ibas viendo qué hacer (...) Es que salían ofertas de trabajo... vamos, yo me apunté a muchas, otras no fui, otras te llamaban... es que podías descartar (...) es que la gente descartaba: “pues yo quiero las cajas porque sé que voy a estar más cerca de mi casa” o “pues yo quiero un banco más grande”... No tiene nada que ver [con lo que vino después].

Por el contrario, los titulados más jóvenes, que ya entraron en la carrera en un contexto de crisis, como es el caso de Natalia (cuyas dos hermanas, que habían salido antes de la Universidad, no han terminado todavía de encontrar un acomodo idóneo en el mercado laboral):

³⁶² Este elemento (haber estado toda la vida estudiando, lo que implica haber tratado con tantos tipos de maestros y profesores) es lo que explicaría, a decir de Esmeralda, que se genere un “trasfondo mental” que haga ver como plausible conseguir un empleo de ese tipo. Esa plausibilidad, en su caso concreto, luego resultó cuestionada por la realidad del proceso de oposiciones en que esta informante se halla inmersa: “en el primer momento no me parecía como irme al fracaso, como ahora mismo estoy”.

Ya estábamos en crisis y ya la gente estaba muy alerta, ¿no? Mi respuesta era: “me meta donde me meta voy a estar así. No porque me meta en Educación voy a estar de cajera. Es que a lo mejor me meto en una ingeniería y estoy de cajera igual. Porque las hay. ¿No está mi hermana, con Biología, de cajera?” (...) Lo veía en mis hermanas. Yo veía que mi hermana se había metido en una segunda carrera porque no había nada. O que mi otra hermana estaba en Irlanda porque no había nada.

Para esta generación *poscrisis* el horizonte ya era sombrío desde el inicio de sus trayectorias académicas, lo cual, en buena medida, ha podido servirles como *antídoto* para afrontar el largo peregrinaje que todavía les quedaba por hacer en el sistema educativo. Para los de la generación intermedia, aquellos que conocieron los tiempos en que los titulados salían y podían “colocarse” sin demasiados problemas, la situación es bastante más complicada, siendo general una sensación de “juguetes rotos”, como apunta Víctor, y una amarga constatación de falta de correspondencia entre sus altas expectativas y la tantas veces precaria realidad laboral posterior (burbujas hinchadas, sueños quebrados).

Generalmente, habida cuenta de la situación actual (coyuntural, a decir/creer de muchos de nuestros informantes), las perspectivas de futuro que se tenían durante la carrera (normalmente optimistas para estos jóvenes que empezaron sus estudios antes del estallido de la crisis) se ven frustradas tan pronto como se intenta acceder al mercado de trabajo, momento en el que se dan cuenta (el relato puede ser más o menos epifánico en este punto) de que no hay salida (no hay *nicho* laboral para ellos) o que no están, todavía, en condiciones de competir por un puesto³⁶³. Que se sitúen en una u otra visión de la situación no es cuestión menor en absoluto. Si adoptan el primer enfoque (tras estudiar, no hay salida) pueden desarrollar un profundo sentimiento de frustración (canalizado hacia una sensación de haber sido engañados durante todo este período formativo). Si, por el contrario, piensan que hay huecos en el mercado de trabajo y que el *problema* está en ellos, que no pueden aspirar a competir por un puesto, la *solución* se canaliza hacia otras pautas, más

³⁶³ Este relato de falta de posibilidades de competir lo encontramos tanto en carreras “de Ciencias” (como en los casos de Noelia y de Pablo, que descubrieron que su currículum no les daría acceso a plazas como becarios de investigación de ningún tipo) como en el ámbito (oposicional) del Magisterio (siendo una constante en el discurso de todas las maestras entrevistadas, que consideran que todavía les queda un largo camino para disputar –y ganar– las plazas que se convocan).

relajantes, siquiera porque suelen llevar al joven de vuelta a un contexto familiar: la formación, otra vez³⁶⁴.

3. El discurso meritocrático y el día a día contable: pese a todo, la ilusión.

Cabría calificar la relación de los jóvenes universitarios con los títulos y diplomas como de *paradójica*. Paradójica por cuanto, al tiempo que se critica la escasa utilidad práctica de los diplomas para conseguir empleo, se siguen haciendo cursos y más cursos de manera indefinida. Paradójica porque se enfatiza el valor de la experiencia y de los *saberes prácticos* (como se refleja en la mejor valoración que hacen de la FP que de sus propias titulaciones universitarias, en muchos casos), pero, simultáneamente, se emplea el tiempo y el dinero en acumular *saberes que ni siquiera llegan a teóricos*, acreditaciones vacías de contenido que son empleadas para participar en un juego competitivo que se critica, pero que, *paradójicamente*, ocupa todos los esfuerzos de buena parte de nuestros informantes. Se destacan en las entrevistas los anhelos de independencia económica y de realización de proyectos de vida independiente a todos los niveles y, al momento, se apunta la existencia de una “hucha” para seguir financiando un proyecto formativo que, efectivamente, parece que se va a desarrollar/prolongar a lo largo de toda la vida. A largo plazo, los planes son *vitales*. En el corto, siempre aparece algún máster o algún curso que se compagina con, y se orienta a, la preparación de alguna oposición. La formación, que no es percibida como precisamente barata, ocupa el horizonte inmediato de muchos jóvenes, que, después de tantos años *ocupándose* en estos menesteres, sienten que se ha desarrollado una cierta “adicción” a hacer cursos o, en su formulación más romántica, a “aprender cosas nuevas” (o a “seguir formándose”, algo que ven como

³⁶⁴ Tendremos ocasión de ver cómo la gestión de la frustración (término tabú, por lo demás, entre muchos de nuestros entrevistados), o de las distintas posibles frustraciones, en plural, es el verdadero pilar fundamental de todo el proceso (más o menos tortuoso) de *becoming adult* en las actuales coordenadas socioeconómicas (capítulo 11.2).

absolutamente necesario, natural)³⁶⁵. Quizás el relato más detallado sobre este particular lo encontramos en la respuesta de Víctor a la provocación fraseriana que apuntamos al inicio del capítulo.

Acabé un poco harto de estudiar, pero siempre cuando ya me veo un poco en el... que no sé qué hacer... parece como que recurres mentalmente a decir: “tengo que hacer un máster sobre... tal”. Si en la oferta de trabajo piden, a lo mejor, *community manager*, pues pienso que tengo que hacer más estudios sobre *community manager*, sobre algo de internet, pues para ser más... yo qué sé, para que aumente mi empleabilidad, que sea empleable, o sea, que me puedan coger con más facilidad (...) Me he dejado llevar por la inercia de ver que no había nada que me enganchara laboralmente y “bueno, pues qué toca, pues estudiar, si no hay algo que me enganche laboralmente”.

Y todo ello (paradójicamente) pese al escaso rendimiento laboral que se le atribuye a másteres, cursos y demás elementos de especialización formativa. El fatalismo no detiene al cursillista. Puede que piense que “siempre te pueden pedir algo más” (o que siempre buscarán algo que no tienes para justificar que te quedes fuera del mercado de trabajo), pero siempre pensará, a continuación, que el siguiente curso es imprescindible. Quizás se traduzca esa visión negativa de la realidad en un círculo vicioso (la recurrente “pescadilla que se muerde la cola”) en el que sin experiencia no hay posibilidad de encontrar trabajos, sin que pueda obtenerse esa experiencia si no se accede a un trabajo. Ello es coherente con la mejor valoración (parece que siempre se valora más aquello de lo que se carece...) que recibe la experiencia con respecto a la mera acumulación de acreditaciones y diplomas (lo cual no impide, en todo caso, que se sigan acumulando diplomas). Desde una posición privilegiada, Jimena reflexiona sobre esta cuestión de acumular títulos:

Yo creo que te tienes que plantear decir: “bueno, pues, hasta aquí”. Yo también empecé a estudiar porque no había hecho otra cosa en mi vida y digo: “bueno, pues, mientras me sale algo y hago entrevistas sigo estudiando”, pero llegó un momento que digo: “bueno, pero yo para qué quiero tantos estudios si no me van a aportar...”. Es que para un trabajo después el día a día, hasta que no estás dentro no lo ves, pero tampoco te hace falta tanta, tanta formación. Tienes que tener formación, pero hasta un

³⁶⁵ “Como que me he enganchado a aprender otra cosa”, dice Tamara, que ya está pensando en matricularse en francés una vez que termine portugués (cuando hizo portugués para diferenciarse de la masa que estudia inglés...).

punto. Para un trabajo práctico, al final, tener cinco títulos no te aporta más.

Esta visión que privilegia la experiencia sobre los títulos es compartida por Natalia (en el otro extremo de Jimena en lo que hace a la edad), que no se plantea hacer ahora mismo un máster porque:

No creo que sea esencial. Es que creo que ahora mismo le dan más prioridad en algunos sitios a la experiencia, antes que a la formación (...) Realmente creo que sí, la formación está claro que ayuda, y es un título o dos o los que sean, pero la experiencia da también muchos puntos y no lo tiene cualquier persona.

Para completar después su argumento:

Es que a día de hoy, en el que todo el mundo tiene muchísimos títulos, creo que en una entrevista en la mayoría de los casos se valora mucho más la forma de... de llevarlo. O sea, necesitas unos títulos básicos pero que (...) no creo que fuera superdecisivo (Natalia).

Es posible que el fatalismo que niega cualquier posibilidad de acceder al mercado de trabajo, con cursos o sin ellos, adopte la forma de culpar de la situación (y de la posición que se ocupa en dicha situación) al “enchufismo”, a la necesidad de contar con contactos (con “padrinos”, pero padrinos de *rango* elevado). La existencia de “enchufes”, que resultan decisivos para acceder a multitud de puestos de trabajo, según nuestros entrevistados, desde un puesto de dependienta en una tienda de ropa hasta una plaza en un colegio privado, pasando por las becas de investigación (supuestamente competitivas) en la Universidad o en otras instituciones públicas, es percibida con absoluta normalidad (y aceptación –más que resignación). Plazas con perfiles acordes a un determinado candidato, procesos selectivos aparentemente abiertos hechos para “lavar” una decisión ya tomada... “Contra eso no se puede hacer nada” es la conclusión más repetida en las entrevistas al respecto. O el consabido “es lo que hay”: si quieres participar del juego, ya sabes que tiene estas “reglas paralelas”. Como sintetiza Alba: “Es que no te queda otra: tienes que adaptarte a lo que tienes y es que no puedes hacer otra cosa. Es lo que te queda”. Por

supuesto, esto también puede jugar a favor del joven, si cuenta con los contactos necesarios. “No he tenido que utilizar mi currículum para nada, para trabajar”, dice Luisa, que ha conseguido todos sus empleos a través de contactos familiares o personales.

La vigencia del *padrinazgo* no se trata, en modo alguno, de una suerte de *leyenda urbana*. Tamara vivió una experiencia que le resultó muy traumática al respecto:

Hay un colegio aquí que los que conozco que han entrado, que tienen más o menos mi edad, son porque sus madres han hablado, o son... hijas de... Bueno, bueno, y yo en el XXX hice un curso e hice las prácticas allí. Y un día no tenía nada que hacer y me dijeron: “mira, pues, ¿sabes lo que vas a hacer? Toma, este tochón lo vas a ir rompiendo, y los que pone en boli “fulanito de no sé qué”, esos no los rompas”, de currículum. Y a mí me daba una pena... porque veía gente tan preparada, con tantas titulaciones y tenía que romperlos. “Es novia de no sé quién”. “No, no, ese no lo rompas, Tamara”. Y yo: “ah, bueno, pues esta tiene menos que la que acabo de romper”. Ese día salí de allí diciendo: “vaya... vaya mierda”.

Se establece, además, una gradación de los candidatos (de aquellos que pasan esa primera criba y su currículum no es roto o tirado a la papelera) en función de la *calidad* del contacto con el que cuentan: no basta con tener un *contacto*, no vale cualquier tipo de contacto. Al final, como resume Elías, “si tú tienes un padrino, ellos el padrino que tienen es más gordo que el tuyo”.

Esos contactos difícilmente (o no) se lograrán mediante cursos. El enigmático paréntesis (“o no”) de la frase anterior remite a la práctica habitual de realizar cursos de todo tipo por el mero hecho de que son “llave” para entrar en contacto con determinadas instituciones (que, con frecuencia, los ponen como requisito insoslayable para poder acceder a un puesto de trabajo en su organización). Esta misma lógica opera con el voluntariado, como apuntamos con anterioridad (en 7.1). Por supuesto, también hay gente cuya participación en programas de voluntariado es absolutamente *voluntaria*, en cuanto que altruista, sin buscar nada a cambio o, si acaso, intentando “tener una toma de contacto” con su profesión, por no olvidar lo estudiado o por recordar su vocación (como dice Celia). No obstante, la reivindicación continua de que se reconozcan estas *prácticas informales* como experiencia laboral parece orientarse a un fin más bien instrumental (lo cual no obsta para que el

voluntariado tenga efectos beneficiosos –como en el relato que hace Carolina de los odontólogos que se van a Senegal a “hacer mano” extrayendo muelas).

De todo ello se deriva una visión instrumental de la formación (entendida ésta en sentido amplio, como el conjunto de prácticas y actividad que *forman* al individuo, futuro trabajador), que genera figuras más preocupadas por el trámite (el “papelito”) que por el aprendizaje real³⁶⁶. Lo *crudo* (por más que, en términos levistraussianos fuera precisamente, o al menos así se pretende, lo *cocinado*) es que los entrevistados perciben que esta lógica es una continuación de la que ha regido la totalidad de su formación universitaria. Así lo plantea Esmeralda, cuando se refiere a los cursos *necesarios* para participar en la carrera del opositor:

Es una continuación de la Universidad: aprendes cero al coste que sea (...) Te costeas tú el título con el trabajo que tú quieras hacer y con lo que tú quieras aprender, lo mismo que en la Universidad (...) Si tú quieres, aprendes, pero no por lo que ellos te den, sino por lo que tú vayas buscando por otros lados.

Y es que, en definitiva, el mercado español se rige por el diploma, por la *posesión* de un diploma que habría de demostrar (simbolizar) un conocimiento³⁶⁷: la meritocracia queda, en muchos casos, como una burda burocracia que santifica el título por encima de las tan proclamadas competencias³⁶⁸. Matizando: no es que se pida el diploma *en lugar del* conocimiento, sino que, de hecho, se pide tanto uno (el título, la credencial)

³⁶⁶ Muchas veces, esta falta de preocupación por el aprendizaje es achacada a “los demás”, a los otros, en nuestras entrevistas. Así pasa con Claudio, por ejemplo, quien, tras criticar que los jóvenes actuales (entendemos que se refiere a los adolescentes o a sus alumnos de primeros cursos de la Universidad) por no estar interesados en el *conocimiento*, reconoce que él mismo realiza cursos (y asiste a congresos y, prácticamente, orienta toda su actividad) pensando exclusivamente en el baremo (en “lo que sea” que le dé puntos para “rellenar huecos” de los apartados valorados en un determinado baremo). Todo ello sin que perciba la contradicción, muy acentuada en un discurso que muestra una verdadera veneración por la Universidad, como lugar donde *está* (físicamente, parece) el último conocimiento, el saber más elevado.

³⁶⁷ Bien es cierto, como nos recuerda Almudena, que el certificado también opera como garantía para evitar el intrusismo que puede darse en multitud de profesiones, por lo que ella aboga por la exigencia de títulos para desempeñar cualquier trabajo. El problema es cuando un profesional del ramo simplemente no puede, económicamente, alcanzar esos niveles de *acreditación* de sus capacidades laborales.

³⁶⁸ Algo que, a decir de Catalina, lleva a una fragmentación del currículum, contemplado como acumulación de títulos, pero no visto desde una perspectiva global, centrada en el sujeto de modo integral, acorde a ese enfoque de las competencias tan supuestamente en boga.

como otro (el conocimiento, el saber práctico). La situación del mercado de trabajo permite a las empresas “exigirlo todo” y seleccionar, después, en función de los criterios que determinen (que muchas veces pasan, como decimos, al menos en la representación de la realidad de los entrevistados, por el mero “enchufismo”).

En esa carrera en pos del diploma, en ese escenario competitivo, no todos los individuos parten de las mismas posiciones, ni tienen las mismas posibilidades. Obviamente, tampoco tienen acceso a los mismos niveles de formación complementaria, que parece ser el campo en el que se filtra (una vez que se ha generalizado la tenencia de un título universitario –igualados todos al mismo nivel desde la implantación de los Grados) la elite diferenciada de la masa homogénea. Los condicionantes de clase son decisivos:

Tú puedes ser el número uno en la carrera, pero si el número veinticinco hace cuatro másteres, porque tiene posibles para hacerlo, ya es mejor que tú, y se puede posicionar compitiendo mejor que tú (Elías).

La única opción que tienen algunos jóvenes procedentes de estratos sociales inferiores para intentar competir con sus coetáneos económicamente más afortunados pasa por ahorrar para disponer de una “mochila” que les permita invertir en formación. “Estudiar no es barato” (es un “desperre continuo”), concluye Almudena, que ya ha hecho cuatro másteres, algunos por obligación (contar con el certificado que la habilite para ciertas funciones) y otros por complementar su formación. Ahora la formación (que ella nombra como “educación”) es “como el que se compra tres vaqueros... pues se hace veinte másteres: si tienes dinero”. Por supuesto, del *tamaño* de la mochila dependerán tanto el número de másteres que se puedan comprar (o, en su defecto, de cursos sustitutivos más o menos caros) como las posibilidades de reintentarlo en el caso de que se haya producido una apuesta fallida (si sólo tienes dinero para un máster, más vale que tu apuesta sea a caballo ganador). Ni que decir tiene que el dinero que se invierte en formación no se destina a otras cuestiones, como pudiera ser el ahorro para la compra de una vivienda o el pago inmediato de un alquiler.

Cuando los padres no proveen de recursos para llenar ese *fondo de inversiones* formativas, la única forma de ahorrar pasa por disponer de unos ingresos derivados de un empleo... que no se alcanzará, supuestamente, si no se dispone de esa formación complementaria. Se entra así en una tensión que amenazaría con quiebra total para estos jóvenes, en la práctica fuera de la competición (o fuera de las opciones de salir victoriosos en tal competición: cualquiera puede correr, pero sólo uno llegará el primero), si no fuera por dos potentes mecanismos destinados a aliviar este tipo de *tensiones*. De una parte, el pensamiento positivo, que adopta formas tan diversas como alejadas de la realidad, como un susurro que llega sigiloso al oído del sujeto y le dice que, pese a todo, pueda obtener más o menos formación, le llegará su momento (susurro que no da más detalles sobre cuándo y cómo se producirá tan feliz acontecimiento, por si acaso). De otra parte, la oposición emerge como gran igualador social, como el crisol en el que individuos procedentes de cualquier estrato tienen las mismas oportunidades de ser valorados (se te valora a ti, a tu ejercicio, sin tener en cuenta de qué familia procedas o a quién conozcas, etcétera) y de alcanzar, además, un trabajo de ensueño (estable, bien retribuido, con buenos horarios...).

Pero la oposición (a la que dedicaremos atención específica en un punto posterior, en el capítulo 8.2) es un tótem imperfecto, como pronto destacan los propios jóvenes implicados en preparar alguna de las muchas disponibles (jóvenes que, no obstante, siguen en esa carrera que –gracias al pensamiento positivo-, pese a todo, creen que podrán ganar). La preparación de una oposición no está al alcance de cualquiera. Requiere un considerable volumen de recursos (tiempo y dinero, que deberían contarse como sinónimos) y consume, además, gran cantidad de *energía* para el sujeto implicado (carrera de fondo que sólo ganan aquellos que tienen la –competencia- fortaleza mental necesaria). Con todo, puede ser la salida típica para una situación de desempleo permanente. A efectos de nuestra exposición en este punto, lo importante es destacar que, incluso cuando se convocan escasísimas plazas (y sin la regularidad que cabría esperar), *la oposición* opera como mecanismo de control social, como anestésico, como recordatorio de la máxima (de la promesa) de que, con esfuerzo, las cosas sólo dependen de uno mismo (el pensamiento positivo, de nuevo a escena). Y, con esa perspectiva en mente, el

individuo (que ha de conceptualizarse como individuo, entendiendo que la oposición sólo depende de él y de sus capacidades individuales) puede abrazar sin rubor la lógica credencialista hasta sus últimas consecuencias, y seguir acumulando formación, al coste que sea, para “cubrir huecos” en el baremo.

Entre aquellos jóvenes que, por distintas circunstancias, no pueden embarcarse en la preparación de una oposición (o no al menos en las condiciones idóneas de exclusividad y *concentración* en la tarea de estudiarla), la formación cumple, igualmente, una función tranquilizante³⁶⁹. Estudiar reporta al individuo una sensación de utilidad, la creencia de que se está haciendo algo productivo con el tiempo (tiempo que se hace largo cuando el sujeto está desempleado). Como en el relato de Míriam:

Quando te quedas parado entras en un estado... no sé si de hibernación o de qué... pero que no te mueves, no haces nada. Al final no haces nada. Entonces yo siempre intento estar ocupada, si no es con trabajo es con cursos, pero cursos de estos que te ocupan toda la mañana, que entras a las nueve y sales a las dos de la tarde, y además te mandan cosas, y por lo menos por la tarde en casa haces cosas, porque es que, si no... Yo no puedo, el estar parada del todo no, porque psicológicamente... el humor cambia (...) A falta de trabajo, con tal de estar ocupada, prefiero hacer por ejemplo un curso³⁷⁰.

Al final, la conclusión a la que llegan los entrevistados, muchos de ellos consumidores compulsivos de programas formativos de todo tipo, es que “si hubiera trabajo, la gente no estudiaría (tanto)” (como atestiguan, por sus propias experiencias, aquellos informantes más mayores que sólo en el caso de que no estén sólidamente anclados a un puesto de trabajo optan por emplear su tiempo y su dinero en adquirir *más* formación)³⁷¹. En concisas palabras de Celia:

³⁶⁹ En todo este apartado estamos jugando con la metáfora de la formación como una droga, como *pastillas* (no en vano se habla de *píldoras formativas*, consumidas con voracidad por determinados jóvenes), como anestésicos o calmantes a los que el individuo *se engancha* y no es capaz de dejar de consumir. Obviamente, es una metáfora desagradable (grosera, incluso), por la que pedimos disculpas llegado el caso, pero que entendemos que refleja ese carácter *adictivo* que, para muchos, ha llegado a tener el olor de un diploma o el sello de caucho. La formación como opio del pueblo...

³⁷⁰ “Estar parado es pensar cosas malas”, sintetiza Tamara. A falta de trabajo, buena es la formación, que mantiene la mente ocupada (y evita, pues eso, pensar *cosas malas*).

³⁷¹ O, como nos recuerda Catalina hablando de “su época” (acabó la licenciatura en 2005), algo que se hacía más con funciones de señalamiento social (como símbolo de estatus) que buscando un rédito laboral. Másteres muy concretos (carísimos MBA realizados en centros muy exclusivos) que se cursaban

Como el mercado laboral está tan mal, la gente dice: “para irme a mi casa, me sigo formando, sigo haciendo algo útil en la vida” (...) Si hubiese trabajo, yo no creo que la gente siguiera estudiando por estudiar, se iría directamente a trabajar.

De hecho, esa máxima (a más trabajo, menos formación) se traduce en las propias posibilidades prácticas de estudiar en el momento en que se está trabajando. Es una crítica que aparece en nuestras entrevistas: la escasa flexibilidad del sistema formativo para ofrecer posibilidades a aquellas personas que trabajan (y que se plasma, especialmente, cuando son trabajos irregulares, de días o semanas sueltas) o que tienen cualquier otro tipo de responsabilidades incompatibles con los requisitos impuestos por la célebre “hoja de firmas”³⁷². Se observa, en ello, una falta de concordancia con las proclamas de la formación permanente y, también, con la santificada flexibilidad del mercado de trabajo, a la que se opone la rigidez burocrática de un sistema formativo todavía no adaptado a los nuevos tiempos. Al final, el aprendizaje durante toda la vida choca con las restricciones que marcan “una edad para cada cosa”: “Hay que aprovechar el momento en el que vives con tus padres”, concluye Míriam.

En definitiva, mal que bien, empleando unos recursos u otros, casi todos los jóvenes entrevistados participan de esta continuación de la formación universitaria, cada vez más asumida como una “base” (más o menos sólida) sobre la que cimentar las expectativas de construir una carrera profesional/laboral³⁷³. Se emplean cantidades importantes (siempre en términos relativos, según las posibilidades de cada quien) de tiempo y de dinero, en lo que se considera una *inversión* a futuro, pese a que, en el presente, las inversiones análogas en materia formativa no parecen haber

por “ponerse una etiqueta”, pero cuyos contenidos después muchas veces no se pusieron nunca en práctica.

³⁷² Por ahí se abre un nicho de mercado inmenso para aquellas instituciones educativas que ofertan formación en modalidad *online*, a distancia, sin requisitos de presencialidad. Por ahí, también, se pierde cuota de mercado para unas universidades (como la de Extremadura) que, no obstante, parecen tranquilas porque, de un modo u otro, siempre hay una bolsa suficiente de potenciales clientes que, literalmente, no tienen otro sitio mejor que un aula para emplear su tiempo.

³⁷³ Nótese que la formulación es intencionada: lo que se cimenta son unas expectativas. Que se concreten o no en el desarrollo de una carrera depende de diversos factores, no siempre vinculados con la propia formación (básica o *extra*) recibida.

tenido el rendimiento laboral esperado (“me han quedado tres titulos muy bonitos colgados en mi pared de mi casa, pero, aparte de la satisfacción personal (...) no me... no me lleva a ningún lado”, resume amargamente César)³⁷⁴.

En ocasiones se perfila la sombra de la idea de desperdicio de recursos³⁷⁵, que abre la puerta a la frustración. Pero pronto la supuesta *normalidad* ineluctable de las nuevas condiciones del mercado de trabajo viene a decirle al joven que, efectivamente, los tiempos han cambiado y, ahora más que nunca, necesita seguir formándose, que es como decirle, obviamente, que todavía no está formado (que todavía no está en condiciones de exigir nada, por lo tanto), que todavía tiene que seguir haciendo *depósitos* en ese plan de inversión que es la carrera meritocrática de la formación *posobligatoria*³⁷⁶.

La formación, que, por definición, nunca puede darse por finalizada (nunca se llega a “saberlo todo de algo”), puede actuar, así, como manera de justificar que la gente esté en paro: no tienes suficiente formación como para lograr un empleo. Como resume Claudio:

El que consigue trabajo es un ejemplo de “con tantos títulos he conseguido trabajo”, y el otro no los tiene, con lo cual tiene que conseguirlos, entonces “espábilate. Te estoy diciendo que o estudias o no te voy a contratar”.

4. ¿Sobrecualificación? La roca de Sísifo y el *life-long learning*.

Así, muchos jóvenes continúan con su formación y asumen que no están suficientemente cualificados, pese a todas sus titulaciones, para desempeñar un trabajo (del nivel y con las condiciones que ellos identifican como

³⁷⁴ “Me pongo a pensar y me he gastado muchísimo dinero en formación... para estar donde estoy”, concluye también Pablo.

³⁷⁵ Desperdicio que también se considera que *comete* el propio sistema, pues ha formado a una población cuyas habilidades luego no aprovecha (la agencia, a quién se indica como productor o receptor de la formación -se forma el sujeto o el sujeto es formado por las instancias educativas-, es significativa en este discurso). Este desperdicio asume la forma de “fuga de cerebros” cuando ese valioso capital humano, formado y sobreformado, opta por emigrar.

³⁷⁶ Ese “todavía no puedo exigir nada” lo veremos (capítulo 11.2) como mecanismo de defensa ante la eventual frustración que muchos jóvenes pueden (o podrían) llegar a sentir ante una situación de precariedad en el mercado de mercado.

deseables). En ocasiones, esta idea se deriva de la propia experiencia laboral que han podido tener los entrevistados. Así es en el caso de Esmeralda, que lo expresa muy gráficamente:

Como si te hubieran metido una hostia cuando te vas a enfrentar a la realidad. Lo mismo. Porque a mí me pasa: yo, cuando estuve allí [en un trabajo relacionado con su formación], yo porque me había informado bien y yo tengo esta cosa de “me voy a preparar”, pero si yo hubiera tenido que buscar en mis apuntes lo que yo necesitaba allí... yo no lo hubiera encontrado. Es que no lo hubiera encontrado.

Esta creencia (o esta constatación, llegado el caso) en la falta de cualificación actual puede llevar a una vuelta a, o a una continuación en, el mercado de titulaciones (sumando idiomas, informática o cualquier tipo de especialización a su currículum) o, si no se dispone de esa posibilidad, a un estado de autoculpabilización (si se culpa al currículum que se ha podido desarrollar, a la formación que se ha podido adquirir) o de decepción (si se considera que las promesas recibidas sobre la formación desarrollada no se cumplieron por factores que no son imputables al desempeño del individuo). En cualquier caso, se da una valoración negativa de la carrera, al menos en cuanto a su concepción como algo *completo*, autosuficiente para acceder al mercado de trabajo con ciertas garantías de éxito.

Esa visión de la propia formación como insuficiente puede conducir a una rebaja de las expectativas laborales, a un consumo mayor de formación en aras de alcanzar ese nivel de expectativas (para lograr el cual, por lo visto, no bastaba con la formación inicial) o a desarrollar estados más o menos agudos de frustración (que deriven en situaciones más o menos prolongadas de “hibernación”, como vimos, o de *desengaño* en general). Sea como sea, cualquiera de estas respuestas asume como un hecho la falta de correspondencia entre formación y demandas del mercado, falta de correspondencia en la que el mercado, por supuesto, siempre tiene la razón³⁷⁷.

³⁷⁷ Incluso en aquellos casos en que se critican los excesivos requisitos que se piden por parte de los empleadores (máxime considerando las precarias condiciones laborales que se ofrecen a cambio), el discurso de los entrevistados se muestra condescendiente con los empresarios (“en su situación, yo haría lo mismo”) y trasvasa la responsabilidad a las instancias políticas, por permitir (cuando no, directamente, fomentar) que estas prácticas, abusivas, se desarrollen.

Frente a esta opinión de cualificación insuficiente, otros entrevistados sí que se consideran suficientemente formados en el momento actual y creen que, si no fuera así, sería la propia práctica laboral la que serviría para completar su cualificación y permitirles un desempeño correcto de cualquier puesto de trabajo. El valor formativo de la experiencia es aquí ponderado como complemento a la carrera académica, que se toma como una base útil (necesaria, pero también suficiente) sobre la que construir, ahora, una carrera profesional (o, en términos más modestos, un desempeño laboral inmediato)³⁷⁸.

En algunos casos, las titulaciones se presentan como sometidas a un proceso de *envejecimiento* (¿o serán los propios titulados quienes envejezcan?) que va haciendo “caducar” unos conocimientos que, en su momento, sí hubieran sido suficientes para ejercer una profesión. Este hilo argumental remite a la tan manida lógica de la “actualización” (o a la noción, por supuesto nunca inocente, de “reciclaje”), que ya encontrásemos al referirnos a los motivos y estrategias que utilizan los titulados para mantenerse “en contacto” con su ámbito profesional (voluntariado, cursos de todo tipo, etc.).

No faltan, como es lógico, entrevistados que se sienten sobrecualificados, si bien se destaca siempre el carácter relativo de dicha sobrecualificación. Para Míriam, por ejemplo, la situación de sobrecualificación se da cuando se podría aportar en un puesto más de lo que el puesto exige... o más de lo que los empleadores permiten que se aporte³⁷⁹. En esta definición, por lo tanto, encontramos tres elementos (habilidades del trabajador, necesidades del puesto y demandas del empleador) que interaccionan para valorar las *exigencias de cualificación* de un puesto de trabajo cualquiera. El mismo individuo, en suma, puede estar sobrecualificado para unos puestos e infracualificado para otros. La comparativa entre contenidos del puesto y capacidades del individuo habría de hacerse, obviamente, con respecto a

³⁷⁸ En esa línea cabría interpretar el relato de Alba cuando dice que no se siente sobrecualificada para trabajar en una planta de procesamiento de fruta. Ella, diplomada en Magisterio, considera no estar sobrecualificada para trabajar en una *línea*, porque, simplemente, el trabajo no guarda relación alguna con ningún tipo de formación (formal, se entiende, por más que afirma que el aprendizaje –formación informal– para desarrollar ese empleo es extremadamente corto). Como cualquiera podría sentirse sobrecualificado en un puesto así, le parece sencillamente ridículo plantearse tal cuestión.

³⁷⁹ Que se enlazaría con el tema del desarrollo personal/profesional (la realización a través del trabajo) y que es, en opinión de esta entrevistada, lo que define como precario su trabajo (en un puesto muy similar al “no sobrecualificado” de Alba).

aquellos puestos que, al menos inicialmente, presentan unos requisitos formativos acordes al perfil del entrevistado, en función de su titulación (el “trabajo de lo suyo”, en definitiva). Esta, que es la primera opción para todos nuestros entrevistados cuando finalizan sus estudios, va siendo progresivamente abandonada a medida que la travesía por el desierto del *desempleo de lo suyo* se prolonga en el tiempo. La cualificación había situado el “listón” de lo aceptable a un nivel determinado (en función de las expectativas desarrolladas por el joven, que dependen de multitud de factores, siendo uno fundamental el nivel de la familia de origen, tomado como referente –y, también, como *colchón* para permitirse una *travesía* más larga a la espera de un puesto acorde a las condiciones buscadas)³⁸⁰. Es posible que el joven opte *voluntariamente* por bajar ese listón y reduzca sus expectativas laborales (orientándose a empleos para los que, supuestamente, estaría sobrecualificado). Pero también es posible que esa bajada del listón no le dé acceso a esos puestos “inferiores”: no se produce, sin más, un desplazamiento directo de los trabajadores menos cualificados por los titulados universitarios para el desempeño de trabajos de menor cualificación. Esta imagen simplista, que se traduciría en la máxima “el trabajo (cualquier trabajo) siempre se lo van a dar al que más títulos tenga”³⁸¹, no se concreta en la realidad de un mercado de trabajo que, muchas veces, *desconfía* del universitario. César, con el discurso crítico que mantuvo durante toda la entrevista, nos pone sobre la pista de esta cuestión:

A mí alguna vez vas a una entrevista: “no, es que esto... buf... cuánta carrera y tal”. Y muchas veces como... o que es que no tenías otra cosa más interesante que hacer o es que nunca... o es que tienes mucho dinero... ¿por qué no has trabajado, hijo? (...) Es un arma de doble filo tener más o menos

³⁸⁰ Muy claramente lo manifiesta Valeria, cuando habla de los motivos para rechazar la posibilidad (tan común entre los titulados de Química) de preparar oposiciones para dar clase en Secundaria: “Porque yo no he estudiado cinco años de carrera, un año de máster y cuatro años de doctorado para acabar explicándole el enlace químico a los niños de cuarto de la ESO, ni a los de primero de Bachillerato, porque no. No”. Que completa después rechazando otra salida laboral posible: “...y yo, sinceramente, estoy sobrecualificada para estar en una planta de tomates midiendo el pH de las latas de conservas. Sinceramente”. Siempre, eso sí, se trata de un rechazo *provisional*, atendiendo a las circunstancias (y a las expectativas) del momento: “que luego a lo mejor de aquí a cinco años no me sale nada y estoy trabajando midiendo el pH de las latas de tomate”.

³⁸¹ Premisa que, incluso cuando se percibe como irreal en el contexto inmediato del joven, fundamenta la posición de muchos de nuestros entrevistados (y alimenta, así, su afán por adquirir más y más titulaciones).

titulaciones, porque vas a trabajar y, claro, los empleadores se quedan con la cosa de “¿y por qué no has trabajado antes?” o “¿y por qué te has estado formando?” (...) Muchas veces no sabes muy bien cómo se acierta³⁸².

En las sintéticas palabras de Almudena:

Tener mucho es malo y tener poco, también. Tan malo es tener mucho como no tener.

Así, no es raro, sino práctica habitual (otra leyenda urbana que habría de ser sometida a revisión), que nuestros entrevistados tengan “dos currículums”, y presenten uno u otro en función de las condiciones del puesto de trabajo para el que se postulen. La lógica defensiva del empleador³⁸³ dibuja al titulado universitario como una figura *sospechosa* y volátil, de quien cabe esperar poco compromiso a largo plazo, por lo que se optará por contratar a otros individuos, menos cualificados, que resulten más dóciles, más *estables* o más *comprometidos* con el trabajo. Esta imagen tiende a ser aceptada por los informantes, en parte porque les sitúa en una posición (mítica) de superioridad (el universitario –el individuo *formado*– como sujeto más crítico, más consciente de las injusticias y menos dispuesto a aceptarlas...) y en parte, también, porque les permite mantener la esperanza de, efectivamente, poder *volar* algún día hacia puestos más adecuados a su nivel formativo (léase: puestos que recompensen el esfuerzo realizado a lo largo de los años, los sacrificios soportados, etcétera).

En tales casos, cuando ni siquiera se encuentra refugio en ocupaciones *degradadas*, la situación del joven puede ser bastante complicada en términos

³⁸² Más adelante, en mitad de una crítica feroz al “caramelito envenado” de la formación (que mantiene “entretenidos” a los jóvenes), le pone un número (punto de saturación) a esta cuestión: “con dos carreras ya se iría perfectamente por la vida. Ya con tres ya pienso que es demasiado. Ya con cuatro... te estás pasando”.

³⁸³ Que se asume como correcta (cierta y acertada) en la mayoría de nuestras entrevistas, para la mayoría de las cuestiones que se abordan. Esta *comprensión* (casi en sentido weberiano, de empatía con el empresario) mueve siempre el radar de identificación de “culpables” de la situación de la juventud hacia otros agentes, bien sea el propio individuo (las menos veces) o esa nebulosa identificada como “los políticos”, sobre los que no se tiene ningún control ni, desde luego, ningún poder. Remitir la responsabilidad de la situación al ámbito de lo político supone para nuestros informantes, de una parte, una *despedida* de cualquier posibilidad de que las cosas cambien, pero, también, supone un *descanso* para ellos, que, por impotentes, no tienen nada de lo que (pre)ocuparse, más allá de gestionar (bandearse en) la cotidianeidad, que “es la que es”.

de inserción laboral. Si tiene el acceso bloqueado a puestos “de lo suyo” (digamos: bloqueo *por arriba*) y tampoco le permiten trabajar en puestos de menor cualificación (bloqueo *por abajo*), se encuentra atrapado en una *pinza*³⁸⁴ de la que sólo puede escapar intentando ganarse la confianza de algún empleador que le permita acceder (y agradecido, por demás) a un puesto de menor cualificación (en las condiciones habituales de dichos empleos); desarrollando *versiones* de puestos de su cualificación (becas, prácticas, etc.); o aumentando su cualificación todavía más, intentando que ello permita acceder a esa tierra prometida del “trabajo de lo mío”³⁸⁵. En todas esas circunstancias, no obstante, el saldo (económico, pero no solamente económico en términos monetarios) entre lo hecho y lo recibido muestra déficit en contra del joven, que prolonga su juventud, si entendemos como tal su situación de dependencia o de imposibilidad de disponer, como decía César, de “las cosas normales de la vida”.

³⁸⁴ Precisamente esta imagen de bloqueo “por arriba y por abajo” es la que manejan algunos entrevistados para hablar de su generación, de la que salió al mercado laboral cuando ya la crisis había comenzado a tener efecto. Nos referiremos a este bloqueo en uno de los últimos apartados de la tesis (11.3), pero rescatamos aquí la imagen para mostrar la posibilidad de que la misma generación esté *colgada por más de una pinza* de manera simultánea, bloqueados por edad (generación) y por posibilidades laborales (cualificación).

³⁸⁵ Como resume Víctor: “pero como estamos sobrecualificados todo el mundo, tenemos que estar más sobresobrecualificados para... para realmente acceder a un puesto bajo tienes que tener muchas más cosas hechas”.

CAPÍTULO 8.

El mercado de trabajo para los jóvenes titulados universitarios extremeños: el funcionariado o la nada.

1. Diferenciarse y sobrevivir: la adaptación al medio y la lucha sin cuartel.

La competitividad tiene en la formación una de sus primeras *arenas*, pero, desde luego, no su único (ni, tal vez, su principal) escenario. Tomando la Universidad (y la constelación de instituciones educativas de distinto corte que ofertan *formación* de todo tipo) como apéndice del mercado, no es de extrañar que los mantras al uso imbuyan los discursos educativos, convirtiendo a los estudiantes en máquinas de competir, en empresarios de sí mismos orientados a crear, promocionar y, con suerte, conseguir vender su producto (con su correspondiente marca personal). Ese producto es el propio individuo, que se vende como trabajador, pero, por mor de las crecientes demandas de *implicación* personal en el trabajo en la sociedad *poslaboral*, se vende también como subjetividad completa, como sujeto integral. Acertadamente, Víctor nos describe este proceso:

Yo pienso que hay como que diferenciarse, que es lo que me han inculcado ellos [sus padres], como que hay que destacar en algún sentido para que sea más... para que resaltes entre una pila de currículums, pues tienes que tener más cosas hechas. Entonces es lo que... mi filosofía ha sido “acumular para destacar” (...) Es algo que también veo a mi alrededor: yo no soy el único que ha hecho dos másteres o dos carreras (...) Y estamos todos igual (...) Es que realmente somos productos del mercado laboral, vamos, porque yo vengo de esa rama, que me han inculcado toda la vida el “diferénciate”, bueno, y lo que ahora está en alza, que es lo de la marca personal, que tienes que crearte una marca personal para que la gente te vea ahí y que te contrate y entonces yo tengo esa visión totalmente, de que es un mercado, el mercado laboral, que tienes que destacar y que tienes que diferenciarte (...) y cuanto más diferenciado estés, cuanto más tengas elementos que resalten, mejor creo yo que es la posibilidad de que te contraten. Es mi visión.

La idea fundamental es “destacar”, sobresalir por encima del resto de individuos para alcanzar la meta deseada, que se traduce en un trabajo con unas condiciones (de estabilidad, de salario, horario, ritmos, etc.) que permitan al joven desarrollar un proyecto vital independiente. Ese *plus* que lleva a ganar la carrera³⁸⁶ puede ser, como vimos, la formación o la experiencia (o los contactos, no lo olvidemos), incluso bajo formulaciones más *posmodernas*, en términos de competencias personales (“desparpajo”, habilidades sociales). Sea como sea, se debe competir. Incluso cuando las circunstancias parecen ir en contra del individuo, éste nunca debe renunciar a la idea de que puede resultar ser el elegido (*the chosen one*). Dos ideas refuerzan esta imagen utópica. De un lado, la fe, tantas veces manifestada en los relatos recabados, en que “en algún sitio hay un hueco para mí”. De otro, relacionado con lo anterior, la exhortación a buscar ese hueco por todos los medios, sin pararse en ningún momento a plantear un nuevo análisis de la realidad circundante. Está en tus manos. Y punto. Hay que moverse... y competir por ello³⁸⁷.

Obviamente, más allá de estas formulaciones centradas en el individuo, hay una realidad más prosaica, que plantearía la competición no como una elección libremente asumida por los sujetos (que pueden conceptualizarla incluso como algo *positivo*, como un reto o un desafío, una manera de demostrar su valía personal), sino como una mera obligación para asegurarse unos medios de supervivencia. Competir es, simplemente, inevitable, ineludible. Y acumular los *recursos* para esta competición es, por lo tanto, *necesario* (como dice Celia), lo que no implica, como piensa Víctor, que sea *deseable*:

³⁸⁶ La metáfora de la carrera está muy presente en nuestras entrevistas. Y aquí no vale correr “por participar”, ni siquiera por “llegar a semifinales” (como plantea Elías su periplo por algunos procesos selectivos de varias entrevistas), sino que sólo vale quedar el primero. “Correr o morir”, como en el título del libro de Dashner (2009/2010 -para una reflexión sobre la metáfora del corredor, a partir de la literatura distópica contemporánea, puede verse Urraco, 2016).

³⁸⁷ Se produce una naturalización de esta lógica, que sirve perfectamente a los intereses del sistema capitalista. Pese a que algunos de nuestros entrevistados critican duramente este carácter ultracompetitivo de nuestra actual sociedad (amén de criticar las condiciones de trabajo que dicha competencia genera: si no lo aceptas tú, ya vendrá otro y lo aceptará: presión siempre a la baja), todos reconocen “entrar en la rueda” y mantener girando el engranaje, desde la acumulación de títulos hasta la aceptación (“cuando las circunstancias así lo exigen”) de ciertas condiciones laborales cuando menos *cuestionables*.

Es lo que te exige ahora mismo la sociedad, porque te quedas atrás... es como que te quedas atrás, tienes menos posibilidades [si no entras en el juego de seguir acumulando títulos].

Me gustaría que las cosas fuesen más fáciles. Cuando salí estaba indignado (...) pero ahora lo veo y [resopla] como que es que es lo que toca. No sé. Es el sistema que está montado así y que hay que claudicar y ya está. Y que por mucho que quieras luchar contra él y decir: “bueno, yo ya tengo los conocimientos suficientes habiendo estudiado una carrera y que ya debería acceder a un puesto medio o alto...” es que es imposible (...) Pienso que es una cosa con la que yo personalmente yo no puedo luchar. Entonces o me adapto al medio y hago lo que tengo que se supone que tengo hacer o... o... o no hago nada. [M: Adaptarse al medio]. Sí, adaptarse al medio, a lo que te obligan las circunstancias. Que yo vivo en un sistema económico, que es el que es, y es capitalista y... y nosotros somos productos. Y eso es así. Y... no puedo luchar contra eso. O lo hago o me quedo fuera del sistema, porque no me... no encuentro hueco (...) De una manera u otra tienes que agachar la cabeza (...) no creo que haya ahora mismo posibilidad de elección.

En los relatos de los jóvenes, esta visión macro (“el sistema está montado así”) puede coexistir con la anterior (“todo depende de uno mismo” o, como dice Almudena, “cada uno tiene lo que quiere tener”) sin problema aparente. El ejercicio para conjugar ambos discursos suele partir de la aceptación, más o menos acrítica, de la realidad actual para, a continuación, cargar sobre los hombros del sujeto la responsabilidad de, en ese contexto particular, hacer camino. Julio lo expresa criticando, precisamente, a aquellos jóvenes que se muestran reticentes a *moverse* en estas coordenadas:

Muévete. Vete. Haz. Sal. Yo eso lo he tenido clarísimo (...) Si no es aquí, será allí, pero para mí hay un trabajo. Lo tiene que haber. Lo tiene que haber. No puedo aceptar que en mi mente entre el sentimiento derrotista “esto es una mierda”. Sí, es una mierda, claro, pues ya está: con esa mierda, juega. Porque quedarte en tu casa ahí con la pena de que esto es una mierda y nadie trabaja, no. Claro, trabaja poca gente, sí, pero ¿y por qué no puedes ser tú uno de esos? Pero tienes que menear el culo. Existe muy poco [trabajo] y muy malo, pero existe (...) De mis otros amigos [los que no son matemáticos], los más vivos, trabajan (...) Cuando las cosas vienen mal, tú tienes que esforzarte el doble.

Partimos, y casi obviamos señalarlo (hasta tal punto llega la naturalización de esta *realidad evidente*), de la premisa de que el trabajo es un “premio” (así lo caracteriza César, por ejemplo). Bien sea como fin (con sus

beatíficos efectos de realización personal y reconocimiento social) o bien sea como medio (por cuanto da acceso a unos ingresos), el trabajo se muestra como leitmotiv de los relatos de nuestros entrevistados (incluso aunque el eje discursivo parezca la formación –período más largo en sus biografías-, se trataría de una formación orientada siempre a un horizonte laboral). Sólo en algunos casos muy concretos (entrevistados con un historial prolongado de malas experiencias laborales o, aun siendo buenas, con una vida laboral ya relativamente dilatada en el tiempo), hablando sobre el supuesto de poder dejar de trabajar (“si te tocase la lotería...”) la respuesta ha sido afirmativa. Así, pues, el individuo, cualquier individuo, *tenderá hacia* el trabajo, por más que, para obtenerlo, deba competir duramente. Pero, competir, ¿con/contra quién, exactamente? La respuesta parece evidente: con todos. Un análisis más detenido nos lleva a desgarnar distintas figuras en ese “todos”.

Primeramente, el aspirante a trabajador debe competir consigo mismo. No es una cuestión menor, por cuanto marca un rasgo de *carácter* necesario para sobrevivir en el nuevo contexto laboral, especialmente en aquellas esferas que demandan una prolongada dedicación a una misma tarea (una vez más: la preparación de oposiciones). Este elemento de competir “con uno mismo”, presente en varias de nuestras entrevistas, podría conectarse con los *dictums* actuales en torno a la realización personal a través del trabajo (“sólo se disfruta de aquello que ha costado trabajo conseguir”, “si te lo regalan, no lo valoras”, etcétera) o, en términos generales, vincularse al proceso de *individualización* que se vendría desarrollando en las sociedades posmodernas.

El buscador de empleo (el competidor por un empleo, deberíamos decir)³⁸⁸ compite, también, con sus coetáneos, sobre todo con aquellos que comparten sus mismas credenciales educativas. Esa competición (no en vano el joven lleva compitiendo –Foucault, 1975/2012, tenía razón- desde el primer

³⁸⁸ El matiz no es trivial en absoluto. No es lo mismo imaginar el mercado de trabajo como un conjunto de *nichos* más o menos ocultos, más o menos accesibles, cuya ocupación depende de que sean *encontrados* (figura del buscador de empleo, del explorador), que imaginarlo como un conjunto de *plazas* que han de ser conquistadas (figura del competidor por el empleo, del guerrero). Parece, en todo caso, que el escenario actual dibuja una realidad mixta: los puestos *están ahí* (el sujeto es instruido en todo tipo de técnicas de exploración –ya sea a través de servicios públicos de *orientación* o por medio de cursos específicos que le enseñen estas competencias), pero el individuo ha de estar prevenido para pelear por ellos contra todos aquellos otros buscadores/competidores que también hayan conseguido llegar a la equis del mapa del tesoro laboral (y para vencer en dicha competición también se le instruye en todo tipo de estrategias y recursos).

minuto en que entró en la institución escolar) viene mediada por el propio éxito formativo, pero lo trasciende, abarcando toda otra serie de *fuentes de diferenciación* susceptibles de ser puestas en juego. A medida que han escaseado las oportunidades laborales, la rivalidad (cuando no, directamente, la hostilidad) entre compañeros y colegas se ha visto exacerbada³⁸⁹.

Más allá de su círculo etario (generacional) más inmediato, el joven ha de competir tanto con *sus mayores* como con las promociones más recientes (posteriores) de titulados. La competición con los primeros no llega a materializarse (o al menos no se formula de manera explícita), quizás por el efecto del pacto intergeneracional tan asentado en nuestra sociedad. El mayor *ocupa* una plaza, un puesto de trabajo, que el joven anhela. Pero esperará pacientemente hasta que ese mayor se jubile (cada vez más tardíamente, por lo visto) y esa plaza (*su plaza*) quede *desocupada*, vacante. No hay interacción entre ambos (no hay *convivencia* laboral, no hay transmisión de *oficio*, no hay aprendizaje mutuo), sino mero reemplazo. Pero incluso los entrevistados más conscientes y críticos pronto matizan cualquier afirmación que pareciera demasiado revolucionaria. Así lo vemos, por ejemplo, en esta reflexión de Víctor (que a lo largo de su relato critica que la sociedad española –y, especialmente, la extremeña– no explote el *dinamismo* y la creatividad de los jóvenes) sobre los contratos precarios que suelen utilizar los empresarios (con la connivencia de los poderes políticos, que lo permiten) con los jóvenes:

Debería jubilarse antes la gente y dejar espacio también para los jóvenes, ¿no? Eso también podría ser (...) Yo no soy de los que... yo no tengo una visión negativa de las personas mayores: tienen su experiencia y,

³⁸⁹ Indudablemente, esta escalada de rivalidad no se limita a aquellos en situación *cercana* a la propia, sino que se extiende a todos los posibles competidores por un puesto de trabajo (“Si te puedo pisar el cuello para mi beneficio, te lo piso. Y ya está. Eres un número”, resume Elías, que ha sufrido estas prácticas cuando ha trabajado a comisión vendiendo seguros). En ámbitos regidos por un determinado baremo, que discrimina qué se valora (y qué es fútil, no digno de valoración) y qué valor recibe cada cosa, no resulta extraño el desarrollo de carreras competitivas llevadas a cabo por individuos que tienen “el baremo en la cabeza”, orientando todo su currículum hacia ese “rellenar huecos” (como lo nombra Claudio, ejemplo paradigmático de este *tipo* de sujeto) de actividades susceptibles de valoración en dicho baremo. Así las cosas, la competición puede empezar desde los primeros estadios de la vida universitaria, en la medida en que la nota media de la titulación sea valorada o no en el baremo (a partir de ahí se entenderían todas las anécdotas que nos cuentan los entrevistados al hablar sobre la creciente insolidaridad que perciben entre los estudiantes, con respecto a épocas pretéritas –el tradicional ejemplo de dejar, o no dejar, los apuntes de clase). Por supuesto, un baremo puede cambiar repentinamente, con los efectos, devastadores, que eso puede tener para sujetos excesivamente especializados en su *observancia*.

obviamente, merecen su espacio y su atención, pero también es verdad que hay muchos jóvenes que también necesitan oportunidades y que aporten nueva savia, entre comillas, al sistema. Entonces es difícil, porque yo tampoco soy de “echemos a los mayores y que entren los jóvenes”. No. Pero pienso que alargar la edad de jubilación teniendo a jóvenes en paro... es un poco una chorrada, ¿no? Bajo mi punto de vista. Cuando ya has llegado a una edad, estás cansado, no es lo mismo....

Con respecto a los más jóvenes, la posición de nuestros entrevistados (la mayoría de ellos egresados hace varios años) es ambivalente: se les tiene miedo (vienen mejor formados, con conocimientos más actualizados, y se les considera más dóciles, más “maleables” o “mangoneables”, por lo que se teme que los empleadores se decanten por ellos para cubrir cualquier puesto)³⁹⁰, pero también se les considera menos experimentados. Luisa, por ejemplo, ve a estos “muchachos” de las nuevas promociones como más motivados, con más nivel de inglés (talón de Aquiles recurrente para muchos de nuestros entrevistados)³⁹¹, más “espabilados”, en general³⁹². Elías, por su parte, reivindica su posición con respecto a estos recién graduados (por más que acaba claudicando en el pesimismo):

Cuento con un plus que ellos no cuentan, que es también con lo que cuentan algunas generaciones anteriores a la nuestra, que es la experiencia. Puede ser que salgan mejor formados que nosotros o igual, no lo sé, habría que ver los planes de estudio (...) Lo que yo sí cuento respecto a ellos pues es con experiencia. Pero una cosa que va en mi detrimento es la edad, porque yo ya tengo treinta años, ellos salen al mercado laboral sin experiencia alguna, son jóvenes, y (...) ¿a quiénes van a contratar las empresas? Pues prefieren contratar a una persona que sale al mercado laboral sin experiencia, pero ¿por qué? Primero porque la pueden manejar

³⁹⁰ Amén de las ventajas diferenciales que pueden presentar para un empleador a la hora de solicitar y conseguir subvenciones públicas por su contratación.

³⁹¹ Más allá de que sea un requisito formal para distintas plazas, como en el ámbito de la educación, donde, como nos recuerda Natalia, ya se pide un B2 pero pronto se pedirá un C1...

³⁹² Esta entrevistada llega incluso a decir que el Grado tenderá a valorarse mejor que la Licenciatura (por más que ésta tuviera un año más de formación que aquél). En ese escenario, su estrategia particular será seguir haciendo cursos para intentar competir con estas nuevas promociones de graduados. En una posición completamente distinta con respecto a la valoración de la nuevas titulaciones (con respecto a las antiguas), tenemos a Esther, para quien el Grado no aporta ventaja formativa alguna en relación a su Diplomatura (nótese que la diplomada se considera superior al graduado, mientras que la licenciada se considera inferior). Para ella, la experiencia es fundamental, y eso no se consigue en la Facultad, “por muchos títulos que traigan”. Otro elemento comparativo lo introduce Pablo, cuando apunta que en el Grado es más sencillo obtener mejores calificaciones, lo que hace que estén en mejor posición competitiva (respecto a licenciados como él) a la hora de solicitar becas para participar en proyectos de investigación (más allá de que él considere que, pese a su mejor nota media, no están mejor preparados en cuestiones prácticas –de laboratorio químico, en su caso).

en cuanto a formación o... esa persona va a ser más maleable que yo, porque a mí me van a decir “esta pared es negra” y yo les voy a decir “no, esta pared es blanca”. Y ellos van a ser mucho más inocentes que yo, van a entrar por el trapo que ellos quieran.

Con todo, la sensación general es de preocupación con respecto a estas últimas promociones, que pertenecerían, por lo demás, a una generación diferente, ya “criada” en la privación, menos exigente, más consciente de la necesidad de formarse y trabajar duro (“ya vienen aprendidos”, como dice Víctor).

En cualquier caso, en este proceso competitivo (ni que decir tiene que, en la práctica, la competición se realiza, como dijimos al principio, con –contra- todos estos *colectivos* a la vez), el joven contará con el inestimable apoyo de su familia. Inestimable, realmente, porque no se trata sólo de un aporte económico para sufragar titulaciones y para mantenerse durante períodos de búsqueda de empleo, sino que también supone un pilar emocional cuya importancia se considera absolutamente fundamental (véase 10.2 para una revisión al respecto a partir del material recabado en nuestro trabajo). En ese sentido, por ejemplo, muy escasos son los entrevistados que fueron becarios que consideren tener algo que agradecerle al Estado (o a ese otro ente, igualmente impersonal, que es *la sociedad*). Se da por supuesto que se tenía derecho a recibir ese dinero. Y se justifica esta *ingratitude* con reflexiones cáusticas sobre el destino que, de lo contrario, tendrían esas partidas presupuestarias en manos de la elite política. Por el contrario, ninguno de nuestros entrevistados escatima agradecimientos hacia sus padres, a los que se considera actores decisivos “para haber llegado hasta aquí” (no se entra en la posible contradicción sobre las condiciones indeseables de ese “aquí”).

Y es que todo el apoyo es poco en un contexto percibido como extremadamente complicado, no ya sólo por la necesidad/obligación de competir continuamente, sino por el nivel de dicha competición. Es una opinión generalizada entre nuestros entrevistados que las exigencias que ellos sufren, a todos los niveles, no las tenían las generaciones anteriores (pero ni siquiera así se desarrolla un *odio* (o, más suavemente, un sentimiento de rivalidad) hacia esos mayores cómodamente instalados en las mismas sillas a las que

nuestros jóvenes aspiran). Hay que competir más tiempo, hay que ser cada vez mejor (mejorarse a sí mismo), hay que competir por menos plazas (empeoramiento de las posibilidades) y hay que competir con mejores rivales (la competencia también mejora, porque también sigue formándose y se orienta a un número menguante de plazas posibles)³⁹³. En general, “se pide” más que antes, se exigen muchas más “cosas” (en la indeterminación del término empleado en las entrevistas reposa la propia indeterminación de qué es lo que se solicita exactamente, que puede ser, potencialmente, *todo*)³⁹⁴. Esas mayores exigencias se producen tanto en el ámbito público (“el que había publicado allí dos artículos o tres, había hecho la tesis y llevaba unos cuantos años ya era catedrático”, evoca Claudio el pasado de la Universidad) como en el privado (por ejemplo, sigue Claudio, en los bancos, donde ahora hay muchos más productos, más complejos...) ³⁹⁵.

Sin embargo, ese aumento de las exigencias contrasta con que se ofertan unas condiciones manifiestamente peores que las expectativas desarrolladas y peores, también, que las condiciones que, por trabajos idénticos o análogos, se ofrecían en tiempos pasados. Coyuntural (fruto de la crisis, que pasará) o tendencial (fruto de la evolución del sistema, que se mantendrá), esta mayor exigencia, contrastada con las peores condiciones, parece orientar la mirada de los jóvenes hacia un oasis incorrupto de posibilidades laborales: el funcionariado.

³⁹³ Con su habitual lucidez, Míriam sintetiza las dificultades de diferenciarse con respecto a la competencia: “Ahora es difícil, porque estamos en una generación que muchos hemos estado parados mucho tiempo y todos nos hemos formado por hacer algo, por lo menos los que teníamos esa mentalidad de formarnos”.

³⁹⁴ Luisa, por ejemplo, se refiere así a los planes de los empresarios (que les lleva a pedir “cosas imposibles”, como una prolongada experiencia laboral a quienes se acaban de graduar) a la hora de seleccionar trabajadores: “Yo creo que ellos van con la idea de decir: “yo pido todo lo que pueda. Si lo consigo, bien””.

³⁹⁵ Hablando del sector bancario, en el que trabaja, Jimena reconoce que ella accedió a su puesto de trabajo sin mayores dificultades por suerte, sin haber tenido que competir con nadie, por el mero hecho de “estar en el momento justo en el sitio adecuado”, por haber coincidido con un momento de expansión (se abrían oficinas por doquier) que ni se había conocido antes ni se volverá a conocer después (ella es de las últimas personas que se contrataron en su entidad). No siente que destacase sobre otros competidores... a los que, de hecho, ni siquiera considera competidores (se avisaban de las ofertas de empleo, se recomendaban, etc.).

2. La oposición: entre el sino vocacional y la única oportunidad.

Si algún tema resulta recurrente en nuestras entrevistas, en el *turning point* entre el período formativo y el (pretendido) acceso al mercado de trabajo, ese es, sin duda, el de las oposiciones para conseguir una plaza de funcionario. La práctica totalidad de nuestros entrevistados ha valorado (siquiera para descartarla) esa posibilidad de “preparar oposiciones”, por voluntad propia o por influencias “del entorno”. En un contexto laboral *devastado*, en un escenario como el extremeño que parece que sólo es capaz de ofrecer “tiendas y funcionarios”, una desembocadura *natural* para muchas carreras universitarias es el estudio (más o menos prolongado en el tiempo) de oposiciones para acceder a la función pública.

Que hoy resulte una salida habitual no implica que siempre haya ocupado ese lugar preeminente en los horizontes de los jóvenes. El auge de la figura del funcionario en nuestros días podría ser reflejo de la mejor valoración social que hoy se tiene de la seguridad, en un contexto esencialmente incierto, inseguro³⁹⁶. Si en otro tiempo se valoraban otros aspectos de un empleo (como el salario o las posibilidades de desarrollar una carrera con proyección profesional) para considerarlo deseable, hoy el puesto de funcionario (con toda la variabilidad de situaciones que caben en la Administración) parece aglutinar todas las condiciones laborales apetecibles, incluso como mero medio para disponer de tiempo (y tranquilidad, y estabilidad en cuanto a ingresos) para “hacer luego lo que me gusta”, *realizándose* (desplazándose) los sueños en otras esferas distintas al trabajo (o, al menos, al trabajo desarrollado durante esas horas dedicadas al puesto “de funcionario”). Catalina, que empezó su entrevista diciendo que la estabilidad ha sido siempre el norte de la brújula de su vida (y apuntando que eso significaba una diferencia con respecto a la mayoría de sus compañeros de estudios), recuerda cómo fueron sus primeros

³⁹⁶ Por más que la preparación de oposiciones, como veremos, también es objetivamente (sobre cómo se percibe a nivel subjetivo hay discrepancias) *arriesgada*, por cuanto no hay certeza de que acabe culminándose con éxito ni, tan siquiera, de que se convoquen plazas (suficientes) en un momento u otro, no pudiéndose, por lo tanto, prever con precisión los plazos para hacer planes vitales en torno a la consecución de un empleo funcional. Julio duda sobre que sea el deseo de estabilidad lo que realmente mueve a los jóvenes a preparar oposiciones. Para él, el motivo es mucho más sencillo: la ausencia de ningún otro tipo de posibilidad laboral para una creciente masa de titulados en paro: “o te vas u opositas”.

pasos fuera de la Facultad, tras conseguir su título de licenciada en Derecho en 2005:

En ese momento nadie apostaba por eso [por hacer oposiciones para trabajar en la Administración]. Que a lo mejor ahora habría que ver si es a la inversa y la gente sí que apuesta por... tiene un perfil más parecido al mío ahora, buscando la seguridad económica o las cosas asequibles, entre comillas.

En el mismo momento histórico, previo a la crisis, Jimena terminaba sus estudios de Administración y Dirección de Empresas y, aunque llegó a empezar con las oposiciones (“para no estar quieta”), pronto encontró trabajo y aparcó para siempre la idea de ser funcionaria, como tantos de sus compañeros:

La gente salía con ganas de trabajar y hacer cosas (...) Había tanto puesto que la gente lo que quería era trabajar y ganar dinero. Quería ponerse ya un medio de independizarse y tener su dinero (...) Todos hicimos entrevistas, en empresas, en cosas y todo... Funcionarios pocos. A ver, como plan B, ¿sabes? Primero vamos a probar cómo nos va en otras cosas. No tengo la sensación de que la gente quería ser funcionaria sí o sí³⁹⁷.

Esta favorable valoración de la seguridad de “lo público” frente a la incertidumbre del ámbito privado la encontramos de manera habitual en nuestras entrevistas, incluso entre aquellos sujetos que optaron de inicio por orientarse al sector privado, rechazando las oposiciones como salida preferente. La estabilidad del flujo de ingresos para el funcionario, con la tranquilidad que ello aporta a un individuo que parece rechazar mayoritariamente los riesgos, permite planificar la vida a largo plazo (aparte de moverse con más tranquilidad en el corto), “asentarse”, relajarse (el descanso del guerrero) una vez haya conseguido esa plaza. Como lo plantea Míriam, opositora fallida:

Estudiar [oposiciones] para tener un trabajo cómodo que luego ¿el día que te quieres comprar un piso? El banco no te pone pegas. ¿El día que quieres hacer esto? Tal. Y es verdad que la gente se piensa que los funcionarios son

³⁹⁷ Y eso a pesar de que el número de plazas era muy superior al actual. Más plazas y menos competidores que ahora. El aumento del *atractivo* de las oposiciones ha coincidido con el aumento de las dificultades para conseguir una de esas plazas.

ricos: un funcionario normal el pobre no le da tampoco para comprarse un Porsche e irse a las Bahamas cada verano, pero... te da para vivir. Sin preocupaciones (...) Te da una comodidad que valoro más que el tema económico. Una estabilidad.

Ese anhelo de llegar a una meta (por más que se proclame reiteradamente que, después, se seguirán formando) es común a nuestros informantes, más allá de que, simplemente, se considere que el propio trabajo desarrollado por el funcionario sea más liviano y se realice en mejores condiciones (en cuanto a ritmos, horarios, salarios, etc.) que el que se desempeña en el sector privado³⁹⁸.

El énfasis en la seguridad procede, en buena medida, de los propios padres, cuyo rol implica ese afán protector, asegurador de sus hijos. La influencia familiar (“hijo, ¿por qué no preparas unas oposiciones?”) aparece en casi todos los relatos (amén del consabido: “mis padres siempre han respetado mis decisiones”). Se da tanto entre aquellos cuyos padres han sido o son funcionarios como entre aquellos otros que han trabajado, en condiciones más o menos estables, en el sector privado. Tantos unos como otros coinciden en señalar las virtudes de trabajar en el ámbito público, con la estabilidad (en sentido amplio) como ítem fundamental, y tratan de “metérselo por los ojos” a sus hijos, que no parecen tener tampoco una alternativa mejor. Que los jóvenes hayan optado o no por este camino puede tener que ver con este influjo paterno, en un sentido u otro, por más que se reconoce que, en muchas ocasiones, los propios padres que lo aconsejan no son conocedores de la realidad actual de este tipo de procesos selectivos, lo que hace que sus consejos se basen más en una confianza ciega (o en una visión *anticuada* del mercado de las oposiciones) que en un análisis minucioso de las posibilidades reales de la situación actual, con todo lo que ello implica.

³⁹⁸ Esta comparación entre el sector público y el privado la encontramos muy acentuada en dos entrevistadas, Celia y Esther, que han dirigido sus pasos hacia el ámbito asociativo, pese a que sus titulaciones (especialidades de Magisterio) parecían encaminarlas forzosamente hacia la oposición. Ambas dicen que preferirían trabajar en un colegio público (que la plaza “es tuya”, “tienes seguridad de que vas a cobrar todos los meses”, etc.), y preparan sus oposiciones para lograrlo, pero también reconocen que la presión que podrían sentir de no contar con un empleo actualmente en sus asociaciones sería mucho mayor que la que están experimentando ahora mismo. Eso sí, ambas consideran que, con ese empleo actual (a diferencia de lo que pasaría si tuvieran su plaza en un colegio), no tienen la suficiente estabilidad como para pensar en emanciparse con ciertas garantías.

En cualquier caso, se valore o no esa seguridad que, supuestamente, brinda un puesto de funcionario³⁹⁹, muchos de nuestros jóvenes se ven, simplemente, “empujados” a la preparación de oposiciones, al no encontrar otra salida laboral viable. Después de un período de búsqueda infructuosa de empleo (primero “de lo suyo” y después “en supermercados y tiendas”), son muchos los que se resignan y, si tienen las posibilidades económicas, se orientan a la oposición. Bien es cierto que, para muchos titulados, la oposición aparecía como única vía laboral desde que entraron en la Universidad. Su propia vocación, que les hizo cursar unos estudios u otros, puede haber marcado su destino futuro como opositores. Tal es el caso de las titulaciones vinculadas con la Educación, que tienen la (errónea) imagen de orientarse necesariamente a una plaza de maestro/profesor en un colegio o un instituto⁴⁰⁰.

Evidentemente, esta *necesidad* alimenta un sistema/mercado de titulaciones anejas y formación complementaria que moviliza un volumen de negocio nada despreciable. Se trata de un mercado que aprovecha la propia regulación educativa para desarrollar títulos que son obligatorios para ejercer (como el tan criticado Máster Universitario en Formación del Profesorado de Educación Secundaria, visto, en el mejor de los casos, como “un trámite caro”) o para ofertar todo tipo de cursos más o menos vacuos o ridículos que aporten puntos para el baremo de la oposición (que siempre es -curioso olvido-, en realidad, concurso-oposición). Los jóvenes se ven inmersos en esta espiral supuestamente meritocrática, que les lleva, también, a plantearse la realización

³⁹⁹ También escuchamos voces que cuestionan esta idílica visión del funcionario, aludiendo a las condiciones de *nomadismo* que muchas veces suponen (“ir dando tumbos” por los pueblos hasta que consigues un destino) o, directamente, desconfiando del futuro de estas plazas. Extrañamente, nadie parece haberse planteado el carácter temporal de buena parte de los contratos que actualmente se firman en la Administración pública.

⁴⁰⁰ Como apunta Celia: “Y lo público es lo mejor. A mí me ha llegado gente a decir: “pero es que no entiendo que me digas que no quieres hacer unas oposiciones. Es que es lo tuyo. Es que tú ya lo sabías. Es que entonces no te gusta tu carrera”. Y yo: “es que yo estoy ejerciendo mi carrera. No lo estoy haciendo en un colegio público, pero sí lo estoy ejerciendo en una asociación. Pues igual que existe un colegio privado”. No, es que aquí todo el mundo quiere unas oposiciones. Vale, sí, lo público siempre es lo mejor, siempre ser funcionario es lo mejor, pero dependiendo también de cómo tú te tomes ese período de estudios y esa época”. Visión que contrasta con la de Esmeralda, precisamente compañera de promoción: “Se supone que haces Magisterio para luego ser maestra en... trabajar en lo público”.

de todo tipo de actividades que les pudieran aportar alguna ventaja competitiva en la realización de los ejercicios que compongan la oposición⁴⁰¹.

Obviamente, en todo este proceso, los recursos con que se cuente jugarán un papel fundamental. A más recursos, más opciones de éxito. Siempre, por supuesto, se piensa, sin que dichos recursos *de partida* resulten determinantes (la lógica individualista de “al final todo depende de ti” viene a insuflar confianza a los competidores más desfavorecidos). Entendemos *recursos* en sentido amplio⁴⁰² y, por supuesto, entendemos que el origen de tales recursos está, la mayoría de las veces, en la propia familia de origen, que suele ser quien financie, directa o indirectamente, ese *paréntesis* de preparación de oposiciones (fase entendida, en ocasiones, como una mera *prórroga necesaria* de la etapa universitaria). En la línea pesimista que mantiene a lo largo de toda la entrevista, Elías señala la necesidad de recursos económicos y de tiempo que implica la preparación de oposiciones, posibilidad que él estaría manejando ante la escasez de puestos de trabajo que identifica en el sector privado (aunque parece descartarla, precisamente por dicha necesidad de recursos, de los que actualmente no dispone):

También es otra vía el poder trabajar en la Administración, vía oposiciones. Pero para eso también, como tú bien sabes, necesitas una hucha o... un tiempo de salida del mercado laboral para dedicarte solamente a estudiar, para invertir en esa oposición, que puede ser que salga o que puede ser que no salga (...) Con lo cual también para poder mantener eso hay que tener unos recursos que yo, de momento, no cuento con ellos.

Más adelante volverá sobre ese “de momento” final:

Yo no puedo estar encerrado tres años, o dos años, en un cuarto consintiendo y permitiendo que mi madre me pague hasta el móvil. No puedo. Mi condición de persona no me deja. Me gustaría estudiar unas oposiciones, pero para eso necesito contar con una cierta mochila para decir: “pues sobrevivo tres años, tengo para pagar todos mis gastos”, aunque tenga que estar bajo el techo de mi madre, pero que no le tenga que

⁴⁰¹ Por ejemplo, dar clases particulares en academias (incluso rechazando otros empleos con mejores condiciones o más acordes a su titulación) para “coger tablas” ante una oposición a profesor. O hacer actividades que fomenten la expresión corporal o las capacidades oratorias...

⁴⁰² La propia localidad de residencia (o las capacidades de movilidad del opositor) puede tomarse como recurso, apareciendo la ruralidad, por su relativo aislamiento (siquiera por el coste económico de los desplazamientos), como un obstáculo (hándicap) más a superar.

pedir a la mujer veinte euros para pagar el móvil, y poder decir: “venga, pues me encierro”. Y luego aparte está la incertidumbre en decir: “¿arriesgo esa mochila, ese esfuerzo de tres años, para un puesto en la Administración... y si no sale?”. Agoto esa mochila, mino tres años de mi vida que, a la hora de lo que es la empresa privada van a decir: “vale, y estos tres años, ¿qué has estado haciendo en cuanto a currículum?”. “Pues he estado estudiando unas oposiciones”. Ya has estado parado tres años ahí. Y otros candidatos, por ejemplo, pues han estado mucho más activos en el mercado, así que ya te está minando también a la hora de competir con esos candidatos (Elías).

Normalmente, el joven que prepara oposiciones continúa viviendo en casa de sus padres, en situaciones más o menos agudas de dependencia económica (puede que esté dando clases particulares o realizando cualquier otro trabajo esporádico para invertir en la preparación de oposiciones ese *dinero de bolsillo* que obtenga). “Estudiar oposiciones es un lujo”, que depende de que tengas opciones para mantenerte, resume Míriam. Durante este período, los planes de emancipación del joven quedan en suspenso, produciéndose una especie de *bloqueo vital* hasta que se consiga la plaza (o se abandonen las oposiciones). Esta perspectiva lleva a considerar las oposiciones como una apuesta cara, que exige mucho compromiso por parte del joven (y mucha *comprensión* por parte de su familia). Se trata de asumir un sacrificio muy grande sin saber si luego se recibirán los frutos del esfuerzo realizado (esfuerzo además en algo *no productivo* si no se consigue la plaza)⁴⁰³. “A nivel mental es horrible”, dice Esmeralda mientras estudia su oposición y no ve resultados a corto plazo. “Psicológicamente, te vuelven tarumba”, evoca Míriam aquel momento antes de abandonarla. Como un momento de grandes sacrificios, de estar “casada con las oposiciones”, como “algo que impregna totalmente tu vida” recuerda Catalina esa época, esa “apuesta cara, pero con final feliz” que la llevó, en su caso sí, a un dulce (y asegurado) presente y a un previsible y tranquilo futuro.

⁴⁰³ Es habitual la queja sobre este carácter improductivo del estudio de oposiciones, que contrasta con las otras experiencias de estudio, en las que, si no se obtenían conocimientos, al menos siempre se obtenía un título (o viceversa: si no se obtenía un título, al menos se supone que se aprendía algo). Parece que lo estudiado en el temario de oposición, al no tener respaldo posterior en un diploma, no es un aprendizaje útil en modo alguno: la plaza como único fin, el estudio como mero medio, absolutamente inútil si no se logra el objetivo. De hecho, como vimos en la última cita de Elías, se sospecha que el propio mercado *penaliza* estos períodos de improductividad, estos “vacíos en el currículum” a los que tanto temen algunos entrevistados.

Esta visión de la oposición como una “apuesta” resulta recurrente en nuestras entrevistas. Apuesta como algo incierto por definición, que se puede perder o se puede ganar (y, que, en este caso, tiene un coste muy alto, para el individuo y su familia, en cuestión de tiempo y dinero). Como lo plantea César, que no termina de decidirse, por todo a lo que te tendría que renunciar para dedicarse, con alguna posibilidad de éxito, a preparar oposiciones a Secundaria:

Si estudio la oposición, pues ya no puedo quedar con mi novia, ya no puedo ir al cine, ya no puedo salir... Es una apuesta fuerte, yo entiendo. Y yo, si me meto a estudiar una oposición, si me meto, pues me meto. Después aprobaré o no aprobaré, quedaré el último en la lista... pero yo pienso que ya si vas a hacer algo, hombre, hazlo bien, o intenta hacerlo lo mejor posible. Pero si vas a hacer una oposición y dices: “bueno, yo, ya, poco a poco”. Y no te planteas, no te... haces un calendario de “hasta aquí voy a estudiar tal, hasta aquí voy a tener tanto”, entonces al final no te metas, porque la oposición es una cosa muy competitiva, lógicamente, y hay gente que está estudiando hace un montón de tiempo, entonces tú te vas a meter en la carrera cuando eso ya ha empezado. O te pones bien, en serio, y a lo mejor no consigues nada, o si no vas a hacer nada, entonces... vamos, que ni estudies, no pierdas el tiempo: te apuntas allí a la oposición, pagas las tasas del examen, vas allí, echas cruces y que sea lo que Dios quiera (...) Si te vas a meter a estudiar una oposición, o la estudias o no la estudias, o sea, para enredar no estamos. Esto es una carrera y gana el primero. Si tú vas a estar allí para llegar el último o te da igual el puesto en el que vas a llegar... coño, pues no corras, ¿para qué vas a pasar ese mal rato?

Pero es que, es más, se trata de asumir un sacrificio sin estar siquiera seguro de que el trabajo que se encuentre debajo del arcoíris llegará a satisfacer (vale decir: realizar) al individuo hasta el punto de querer hacerlo “para siempre”⁴⁰⁴. Cuestionados sobre este particular, los opositores entrevistados se muestran normalmente cautos, intentando dejar puertas abiertas al cambio en el futuro, si descubrieran que el trabajo no les acabase “de llenar”. Buscan estabilidad, pero, al tiempo, temen los grilletes de un

⁴⁰⁴ Por no hablar de los horizontes temporales que algunos de los jóvenes manejan para pensar en el día en que se lograra dicha plaza. Noelia, que se acaba de dar de baja de la academia de preparación de oposiciones, habla de “diez años de mi vida opositando” y se mira en el espejo de otros compañeros de academia que seguían estudiando con cincuenta años. Así como el ejemplo de éxito, más o menos cercano (primos, vecinos, amigos de la infancia, etc.), sirve para animar al opositor, los casos de fracasos prolongados (con sus efectos correspondientes sobre los planes de futuro aplazados *sine die*) son una potente fuente de desmotivación, máxime para el opositor *no vocacional*, como es el caso de esta entrevistada.

empleo vitalicio en el mismo puesto; al menos en cuanto a manifestación exterior, al menos por ahora.

Otra incertidumbre más sobrevuela a los jóvenes cuando se plantean preparar oposiciones. No se sabe si saldrán plazas, ni cuándo, ni cuántas, ni para dónde... Al final, en suma, hay un cúmulo de dudas que introducen un elemento de filtro entre los potenciales candidatos, entre los participantes en este proceso selectivo⁴⁰⁵. Se da una especie de *selección natural* que sólo deja en liza a quienes tienen más *compromiso* con la consecución de la plaza, es decir, a quienes tienen más *ganar* o a quienes tienen mayor *vocación* (otro mantra de preparadores y academias que hacen negocio con las oposiciones). Al final, se dice, si un individuo se mete en una oposición buscando únicamente la estabilidad y la seguridad del puesto de funcionario, no conseguirá superar el proceso y obtener esa plaza.

Pero, incluso en el caso de que nuestro joven esté plenamente convencido de que ese es su camino, tendrá que afrontar la realidad ciertamente subjetiva de los procesos selectivos de este tipo. El sistema, reconocen los informantes, es injusto, no ya sólo por qué se valora (y en qué proporción) en el baremo, sino por el propio diseño de las pruebas (y de los tribunales) o por la sempiterna sospecha sobre su *objetividad*. Pese a todo, la respuesta vuelve a dirigirse *hacia dentro*, aceptando con resignación que “las cosas son así” (o intentando recuperar, en el discurso, la capacidad de agencia, la apariencia de control sobre la biografía y el destino personal). Vemos este movimiento muy bien ilustrado en el relato de Esmeralda, una vez que le planteamos la cuestión de lo injusto que puede resultar el sistema de tribunales en la oposición que ella prepara (maestra de Primaria):

¿Y qué hago? ¿Qué se le puede hacer ante eso? (...) Si es que no hay otra. Yo soy la que voy a entrar en ese juego. A mí nadie me obliga a entrar ahí. Porque yo quiero, entro ahí. ¿Que es injusto? Pues sí, es injusto. ¿Y qué le hago? Pues no entres. Nadie me ha obligado a mí a estar ahí (...) Es que esas son las reglas del juego. Yo no puedo hacer otra cosa.

⁴⁰⁵ Los discursos en torno a los filtros (o a los “embudos”, como a veces aparecen) sirven para animar a los opositores. Puede que se inscriban diez mil personas para cinco plazas, pero de esos diez mil sólo habrá mil que realmente se vayan a presentar. De esos mil, sólo cien habrán estudiado. De esos cien... Al final, parece que conseguir una plaza es un *mano a mano* con otro único competidor (que, en un giro, resulta ser uno mismo).

Y, pese a todo, se considera un proceso más *justo* que el que estos jóvenes han conocido hasta la fecha en su periplo por el mercado de trabajo (amén de que el objeto laboral, la plaza de trabajo, resulta algo más “tangible”, más *real*). Nuevamente escuchamos a César, en su tensión sobre si hacer o no hacer oposiciones:

Eso sí, por ejemplo, estudia una oposición, estúdiala bien, y ya tienes el premio al final, ya tienes tu plaza ya tienes tu... tu vida hecha (...) Porque eso sí tiene un premio, al final alcanzas la zanahoria, esa sí la puedes alcanzar. Tienes que estudiar, no digo que sea fácil, pero estudias, estudias, estudias y estudias, lo haces bien: tienes plaza, tienes un premio. Es algo que puedes tocar, que puedes palparlo, no como cuando tienes una... cuando empiezas la carrera vas a ser después un empresario de éxito y vas a tener mucho dinero. Eso no es palpable, no es una cosa cierta. No es real (...) La oposición dices: “pues yo estudio, estudio, estudio, y cuando termino hago mi examen, si lo he estudiado bien y lo hago bien, tengo una plaza, tengo una nota, tengo una plaza, tengo una lista”. Eso sí lo puedes... lo puedes ver.

3. Emprendimiento: ¿una posibilidad viable?

Entretenida una parte importante de la juventud en la preparación de oposiciones (recogidos en las casas de sus padres, donde se digieren internamente todas las tensiones sociales) y buscando (y realizando) empleos precarios otra (con posiciones intermedias entre el estudio de oposiciones y la inserción insegura en el mercado de trabajo), quedaría analizar una tercera posibilidad, que se presume crecientemente importante de cara al futuro: el emprendimiento juvenil. La opinión generalizada entre nuestros informantes (muchos de los cuales critican el rasgo “cómodo”, o poco innovador, de los extremeños)⁴⁰⁶ es que el emprendimiento es algo demasiado arriesgado en las actuales condiciones, por mucho que, desde las instituciones, se dibuje un

⁴⁰⁶ Cabría matizar que hablamos “de los extremeños que se quedan en Extremadura”. La imagen mítica del conquistador extremeño en América o del más reciente emigrante del siglo XX es recurrente en los relatos de nuestros informantes, que alaban el carácter del pueblo extremeño, vinculándolo a ese afán por “buscarse la vida” donde sea necesario (y que conectan con la actual emigración internacional de tantos jóvenes extremeños, herederos, pues, de una larga estirpe migrante).

escenario favorable a desarrollar proyectos empresariales propios. De entrada, algunos jóvenes consideran que el emprendedor (el empresario) está “mal visto” en Extremadura, una región que siempre habría enaltecido al funcionario⁴⁰⁷. Esta imagen de los empresarios, que encontramos en el relato de Claudio (cuya familia, de larga tradición funcionarial, intentó quitarle de la cabeza –con éxito– sus pretensiones empresariales), puede no ser sino el reflejo deformado de las virtudes identificadas con/en el puesto de funcionario, al que antes nos referimos. Como un individuo que desprecia la seguridad y la estabilidad, el empresario no es visto tanto como un *creador de riqueza para la sociedad* como en su faceta más puramente crematística, como un ser ambicioso y egoísta.

Pero, sobre todo, el rechazo de los jóvenes a emprender negocios propios procede de que consideran que todo el discurso institucional sobre las ayudas al emprendimiento es poco menos que un fraude y que, en realidad, esas ayudas o no existen o no son eficaces. No, al menos, para permitir el desarrollo *seguro* de un proyecto empresarial que ellos pudieran querer emprender. No es tan sencillo como se presenta publicitariamente y sí que tiene muchos costes (amén de multitud de riesgos, de los que nunca se habla en las frecuentes charlas y talleres sobre esta cuestión del emprendimiento)⁴⁰⁸. Escéptica, dentro de la posición crítica que mantiene a lo largo de toda la entrevista, se muestra Míriam, que después enlazará sus críticas al discurso del emprendimiento con una crítica general a las políticas que tanto lo entronizan:

A mí no me convencen. A mí también me han dado charlas así y a mí no me convencen, porque yo he visto gente que ha emprendido y he visto el coste que supone, no sólo económicamente, sino a nivel personal: se dejan el pellejo, casi literalmente, ¿y cuántos? (...) A mí no me vendas la moto, no me digas que hay cien ayudas porque una ayuda está limitada, o sea, está

⁴⁰⁷ Como planteamos antes, ese “siempre” puede no ser tal. Quizás el empresario se haya visto estigmatizado a consecuencia del reparto de responsabilidades posterior a la crisis. Sería una cuestión que merecería atención suplementaria a partir de nuestro estudio.

⁴⁰⁸ De ahí que, en algunos casos, la perspectiva de futuro no sea crear una empresa nueva, sino heredar alguna ya constituida, como es el caso de Carolina, que seguramente acabe gestionando la clínica odontológica de su tía abuela (sus ilusiones de futuro siempre pasaron por tener su propia clínica –y antes de los treinta años, de hecho, en las visiones más optimistas que tenía sobre el futuro).

condicionada a que yo mantenga el negocio que haya abierto equis tiempo, ¿y por qué? Si es que a lo mejor es imposible mantenerlo⁴⁰⁹.

La seguridad, una vez más, se constituye como clave de bóveda del discurso de nuestros informantes a la hora de vislumbrar la construcción de su futuro. Incluso en casos tan decididos como el de Pablo (que procede de una larga tradición familiar de pequeños empresarios y comerciantes), que se siente prácticamente forzado a emprender⁴¹⁰, el anhelo de una cierta estabilidad (que se materializaría a través de un puesto de funcionario) impregna su argumento:

Ayer estuve mirando para sacar oposiciones de técnico de laboratorio, que me estoy rebajando muchísimo, porque nada más que piden bachillerato, ¿sabes? (...) Pero, claro, yo sé que una vez dentro tienes tu sueldo y, quieras o no, pues si quieres otra oposición sigues estudiando, o te montas algo... Una vez teniendo un sueldo tienes una tranquilidad... (...) y ya, esta idea de las gominolas [su proyecto de emprendimiento] pues la estaría haciendo por las tardes.

4. Experiencias laborales: irregularidad de los ingresos y bloqueo transicional.

Si un término pudiera considerarse común a los jóvenes entrevistados, en lo que hace a su recorrido laboral, este sería, seguramente, “clases particulares”. La inmensa mayoría de nuestros informantes, por motivos diversos y con fines también diferentes, han *trabajado*, en algún momento de su trayectoria, en esta actividad que, en algunos casos, constituye de hecho la única experiencia laboral en el haber del joven (pese a que no esté recogida en

⁴⁰⁹ Una posición similar mantiene Alba, quien introduce, además, otro elemento, más allá de la necesidad de pensar en todo lo que se puede perder si una aventura empresarial acaba yendo mal: quizás las competencias profesionales del propio universitario no le capaciten lo suficiente como para emprender un negocio que tuviera posibilidades de éxito, es decir, la cualificación no es suficiente para trabajar “para uno mismo” ni, muchas veces, tampoco para obtener un puesto asalariado (“trabajar para otro”). Si el discurso de la falta de formación servía para desarrollar todo tipo de titulaciones complementarias, la falta de *competencia empresarial* sirve de justificación a toda una serie de dispositivos formativos orientados a *formar emprendedores*.

⁴¹⁰ “Ya creo que... si no lo saco yo, o sea, si no me hago autónomo, no... no trabajo, porque, vamos, visto lo visto...”.

el documento oficial de su *vida laboral*). Si bien tanto el joven de extracción social más alta como el de orígenes más humildes han recurrido a esta práctica, los motivos suelen variar, más allá de que las ganancias obtenidas se orienten siempre a “mis gastos” (clases particulares, gastos particulares). En el primer caso, el destino del dinero así ganado puede ser financiar un máster o, simplemente, sufragar los gastos de un viaje, de un equipo informático o de actividades de ocio. Para el segundo tipo de joven, los ingresos derivados de las clases particulares pueden acabar destinándose a pagar las tasas de academias o de preparadores de oposiciones, a “engordar el cerdito” destinado a formación complementaria o a cubrir gastos más o menos inmediatos (intentando aliviar el peso individual sobre la economía familiar). Igualmente, varía la dedicación del joven a esta actividad, que puede ir desde experiencias puntuales (dar clase a un número reducido de alumnos algún verano suelto) hasta una experiencia *semiprofesional*, que llega a aportar ingresos similares a los que podrían obtenerse con empleos regulares a tiempo parcial. No son pocos, insistimos, los jóvenes que tienen en esta práctica su única fuente de ingresos o su único *escarceo* en el mundo laboral (por más que sea en la región *sombría* de dicho mundo laboral).

Más allá de las clases particulares, la experiencia laboral de nuestros informantes suele incluir otros episodios esporádicos, circunscritos a momentos temporales muy concretos (con contratos, cuando existen, muy limitados en cuanto a la duración del vínculo –muchas veces, de un único día de trabajo). Así, ayudas familiares coexisten en sus biografías laborales con “trabajitos” de una semana o de fines de semana alternos durante tres meses, por ejemplo, en distintos sectores productivos (azafata de promociones, teleoperador, vendedor a puerta fría, cuidadora de niños o camarero, pero también contrataciones puntuales para hacer frente a picos de demanda en industrias agroalimentarias)⁴¹¹. Las prácticas en empresas (realizadas normalmente durante la carrera, como parte del propio plan de estudios), las *becas* de colaboración en proyectos de investigación desarrollados en la Universidad, o

⁴¹¹ Picos puntuales tan breves en el tiempo como intensos en cuanto a trabajo. Como recuerda Pablo una de estas experiencias: “estuve siete días en realidad... pero, bueno, la verdad que siete días que parecieron un mes, porque allí trabajas a destajo... eso no... no tienes ninguna parada”.

las *colaboraciones* administrativas en negocios de familiares o conocidos constituyen también experiencias recurrentes en estos relatos.

En un gradiente ascendente hacia trabajos más *estables*, subimos un nuevo escalón cuando ya hablamos de interinidades derivadas de la necesidad de cubrir bajas, tanto en el ámbito público de la Universidad (donde estas interinidades tienden a cubrirse sin convocar siquiera la plaza, designando directamente el departamento implicado a un sustituto considerado apropiado) como en el privado (donde, igualmente, la importancia de las recomendaciones o los contactos vuelve a ser decisiva). Con esta lógica, muchos son los que intentan “ser recordados” en un lugar de trabajo, por si surgieran estas posibilidades de sustitución temporal (a falta, o a la espera, de una contratación más indefinida). Se intenta “meter cabeza” (exhortación recurrente a la hora de aceptar determinadas condiciones), porque se considera que, después, vendrá el resto del cuerpo. Los becarios en prácticas, intentando ganarse ese *recuerdo*, trabajarán con ahínco el tiempo que dure su estancia en la empresa (lo mismo que harán los voluntarios en asociaciones, por ejemplo). Ese “trabajar con ahínco” incluye, obviamente, un afán por no causar ningún tipo de problema que pudiera hacer “que caigas mal”. Como lo plantea Alba, cuyos ingresos de todo el año dependen de que la llamen para trabajar cada campaña frutícola, lo importante es “que el jefe esté contento contigo para que te pueda llamar la próxima vez”. Esta lógica de plena disponibilidad para acabar desempeñando trabajos puntuales, sin posibilidades reales de integración plena en la empresa, acaba resultando agotadora. En palabras de César, una vez comprendió que el banco en el que hacía prácticas cada verano no iba a darle la posibilidad de entrar en plantilla: “Me están usando, pero al final no me quieren”. Como concluye Elías al respecto:

Te venden que te van a formar, que vas a aprender mucho, que luego te pueden garantizar un puesto de trabajo en esa empresa... con lo cual pues vas todos los días ilusionado y te dejas allí... las garras, apretando los dientes, y luego, cuando acabas, o cuando pasa un tiempo después de haber trabajado, te das cuenta de que no es así: te han utilizado a ti, al que venga después tuya, etcétera, etcétera, etcétera.

Si se da la carambola de poder enlazar varias bajas, el trabajador puede llegar a sentirse *casi* “uno más” en la plantilla. Aunque sea un “uno más” que trabaje más que ningún otro miembro de dicha plantilla. Así lo encontramos en el relato de Almudena, que describe su primera experiencia como interina en la Universidad (con continuidad posterior, de un modo u otro) como un período muy intenso en cuanto a trabajo, porque todos los profesores “se descargaban” en/sobre ella, que aguantaba (de nuevo la lógica de inversión) esperando que ello le sirviera para el futuro, por más que, en aquel momento (que ha tenido continuidad hasta el presente), sentía que no le compensaba... ni le compensa hoy todavía (“pienso que les estoy regalando años de mi vida”).

Sea como fuere, los ingresos derivados de estas experiencias laborales, incluso cuando estas (como muchas veces sucede con las clases particulares) se extienden a través de largos períodos de tiempo, constituyen simplemente un *dinero de bolsillo* que se invierte para cubrir los gastos propios de la cotidianeidad del joven (siendo un capítulo fundamental de dichos gastos la propia formación complementaria/especializada), pero que no se ahorra (tampoco quedaría mucho para ahorrar, una vez cubiertos esos gastos que se toman por *necesarios, fijos*) pensando en un proyecto de vida independiente, fuera del hogar paterno. Ninguno de nuestros entrevistados, de aquellos que se encuentran inmersos en estas situaciones laborales discontinuas, esporádicas o irregulares, piensa siquiera en la compra de una vivienda. Algunos de ellos, de hecho, ya viven de forma independiente, de alquiler con su pareja, en convivencias que descansan en una suma de precariedades laborales o en situaciones algo menos arriesgadas en las que la pareja tiene un empleo algo más estable en cuanto a la continuidad del flujo de ingresos necesario para pagar el alquiler y los gastos vitales básicos.

Es precisamente ese elemento, la irregularidad de los ingresos, su carácter incierto (amén de la escasa cuantía de los mismos), lo que hace que muchos jóvenes ni se planteen la posibilidad de salir del hogar paterno. No, al menos, hasta que se cuente con una cierta *garantía* de continuidad de los ingresos mensuales. Incluso algunos de los jóvenes que se muestran contentos con las condiciones de su trabajo actual (ubicados, por condiciones objetivas y por conciencia subjetiva de las mismas, en lo que denominamos “empleo idóneo” en el capítulo metodológico anterior) reconocen la incertidumbre que,

demasiadas veces, rodea su puesto⁴¹². Así le sucede a Esther, por ejemplo, que tiene un trabajo “que le encanta” en una asociación, pero que reconoce que su sueldo (que a veces cobra a mediados de mes), relativamente bueno (para lo que es el sector), no le permitiría vivir fuera del hogar familiar: “yo porque vivo con mis padres y no tengo más gastos...”. Más explícita parece Carolina al ser preguntada sobre si su sueldo actual (derivado de trabajar en tres clínicas dentales distintas –días alternos y localidades diferentes, para poder simultanear) le permitiría vivir por su cuenta: “ni de coña”.

En sus relatos llega a plantearse la emancipación como una atadura para el individuo, que quedaría así *sujeto*, si tiene que hacer frente a gastos fijos cada mes, a una dependencia con respecto a “tener unos ingresos”, lo que le habría de llevar a aceptar cualquier tipo de trabajo bajo cualquier tipo de condiciones. Y esta atadura, irónicamente forzada por la liberación con respecto a los lazos de dependencia familiar (a los que habría que volver a recurrir, llegado el caso, si no se pudiera hacer frente a los costes derivados de la vida *independiente*), resulta absolutamente indeseable, por mucho que se concretase en un proyecto de vida en pareja⁴¹³.

Con todo, más allá de lo magros que resultan estos ingresos y del carácter incierto de los mismos, de la imposibilidad de situarse en el medio plazo (puede que el niño de turno empiece a aprobar asignaturas y deje de necesitar apoyo extraescolar, o puede que algún familiar más cercano necesite el empleo puntual de fines de semana que se venía desarrollando), la preocupación recurrente de nuestros informantes es la falta de períodos de cotización en sus vidas laborales, que, en el mejor de los casos, pueden tener muchos apuntes, pero sumar pocos meses (o días) en total⁴¹⁴. Este hecho, del que las generaciones más recientes tienen plena consciencia, dibuja un horizonte a largo plazo cuando menos inquietante, por más que se ha aceptado

⁴¹² Incertidumbre que, otra vez, les lleva a mirar hacia las oposiciones como llave de acceso a un mundo de certezas y posibilidades de planificación.

⁴¹³ Malos tiempos para el romanticismo. Y contraste recurrente con la generación de sus padres (véase 10.1), percibida como mucho más “valiente” o “arriesgada”, por cuanto (se supone) iniciaban su vida en pareja contando con menos garantías que los jóvenes actuales, con menos “lujos”, en condiciones de escasez material que hoy serían inaceptables para nuestros informantes (la lista de electrodomésticos de aquellos hogares parece ser mucho más corta que la que manejan mentalmente los jóvenes actuales para plantearse la emancipación).

⁴¹⁴ No han sido pocos los casos en que los propios jóvenes entrevistados fueron incapaces de ordenar en una secuencia cronológica todas sus experiencias laborales, muchas veces tan efímeras como *irrelevantes*.

como natural (e inevitable) que, en el futuro (entendiendo el futuro como el momento en el que ellos lleguen a la edad de jubilación –a la actual o a la prorrogada en aquel entonces), el Estado del Bienestar se habrá desmoronado. Las perspectivas para ese momento resultan desoladoras, pero no pueden entenderse más que como una agudización de unas situaciones presentes de auténtica vulnerabilidad social. Así lo vemos, crudamente, en el relato de Pablo, que vive de alquiler con su novia y reconoce que su situación actual es delicada, moviéndose siempre en la imposibilidad de hacer frente, económicamente, a cualquier imprevisto que pudiera presentarse⁴¹⁵. Su perspectiva del futuro, que él cuenta con forzado humor⁴¹⁶, es sintomática.

Yo sé que voy a pasar mucha hambre de viejo, pero espero que me dé para comprarme un pequeñito huerto [ríe] y cultivarlo yo solo (...) Si podemos, comprarte una pequeña casa para tenerla ahí superbarata que no... que en algún momento dado no te encuentres en la calle, y, con lo mínimo, sobrevivir. Aspiro a trescientos euros al mes de viejo, o sea... Que me dé para comer y poco a poco...

Esta preocupación por la cotización, habitual entre nuestros informantes, lleva a algunos de ellos, como al mismo Pablo, a plantearse la posibilidad de darse de alta como autónomo para seguir desempeñando su labor de profesor particular, o, incluso, “montar” una academia para continuar con ello de un modo más *regular*. Pero las cuentas no les cuadran y rechazan esa alternativa, optando por seguir cobrando “limpio”, aunque sea sin cotizar. Para otros, esta necesidad de cotización, que se entronca con el propio deseo de no dejar períodos en blanco en la vida laboral (algo que, como dijimos, parecería que el mercado fuera a penalizar después a la hora de evaluar su candidatura a cualquier puesto de trabajo), les lleva a priorizar este elemento sobre otras

⁴¹⁵ Con esa formulación que dota de entidad a la pareja constituida (“en casa entran”) inicia la descripción del balance entre ingresos (derivados de sus clases particulares y el empleo a media jornada de su novia) y gastos (más de la mitad de los ingresos *se van* en costes asociados al alquiler), que los sitúa en una posición comprometida (“en el alambre”) para la que no pocas veces han tenido que recurrir al apoyo familiar.

⁴¹⁶ En líneas generales, todos los relatos de nuestros informantes se presentan con estos tonos humorísticos, pese a la gravedad de las situaciones descritas. El mantra de “no vale la pena disgustarse” (o el más exhortativo de “si te quedas llorando no haces nada”) hace *inútil* cualquier queja o, incluso, hace moralmente reprobable cualquier actitud que no sea “tirar hacia adelante con lo que haya”. Asumir la complicada realidad con una sonrisa (“sonríe o muere”, como decía Ehrenreich -2009/2011) y tratar de medrar en ella. Políticamente, la jugada es impecable.

consideraciones a la hora de aceptar un empleo⁴¹⁷. Cotización aparece entonces como remedo de *estabilidad*, y estabilidad aparece, muchas veces, como sustituto del salario. Como una gracia otorgada por el empleador (lógica del don), un contrato, cualquier contrato, puede suponer bajos salarios que se compensan con el hecho, gracioso, de “estar cotizando” (o, en un giro, “estar cotizando para el futuro”). Cuando se valora más la estabilidad que el salario, el individuo puede verse atrapado en una espiral de bajos salarios, potencialmente indefinida en el tiempo⁴¹⁸. Y, sin embargo, se acepta (e incluso se agradece) por ese rasgo *a futuro* de la cotización. El presentismo de los jóvenes, conscientes de que esos salarios no les permitirán hacer planes de ningún tipo a medio o largo plazo, se opone (en una nueva aparente paradoja) a su propio intento de salvaguardar su situación futura, percibida como incierta y amenazada desde distintos frentes. Por cierto que la propia percepción del tiempo de los jóvenes resulta significativa. Así, no es raro que hablen de “trabajo estable” para referirse a acuerdos verbales que se extienden “hasta el verano” o por períodos aun inferiores a los cuatro meses. El intento de asegurar mínimamente un futuro que se ve lejano (por lo borroso del camino que lleva hacia él y por la propia *movilidad* de la meta, habida cuenta de que no se tiene claro que la edad *a alcanzar* sean los 65 años) se plantea a partir de episodios fugaces de empleos más o menos precarios con una proyección temporal verdaderamente corta.

Esta gestión de períodos de tiempo no es, obviamente, homogénea, pues varían mucho las situaciones en que se pueden encontrar los jóvenes. Muchas veces, en nuestra opinión, la Sociología peca de cierto *miserabilismo*, en su búsqueda de lo *extraordinario* (por más que ello se presente, después, con un halo de normalidad generalizable al conjunto de situaciones sociales en cuestión). Así, en el ámbito de lo laboral, con demasiada frecuencia se dibuja

⁴¹⁷ Así lo plantea Víctor, cuando explica los motivos para seguir en un empleo que considera “precario total”, pero que acaba siendo un “mal menor”: “me cojo esto que sé que estoy cotizando por lo menos y que ya no tengo vacíos en el currículum de experiencia”.

⁴¹⁸ También suele valorarse más que el salario el hecho de que los contenidos del trabajo sean relativamente acordes a (o guarden, al menos, alguna relación con) lo estudiado. Este “buscar de lo mío”, con el que empiezan todas las tentativas en el mercado de trabajo, tiene una fecha de caducidad más o menos temprana (según las posibilidades de *espera* que pueda permitirse el buscador, que marcarán su capacidad para rechazar otras opciones menos apetecibles), que acaba disolviendo las expectativas hasta hacer que se acepte “cualquier cosa” que brinde, siquiera, una mínima estabilidad o un salario relativamente aceptable.

un escenario de plena precariedad, en ocasiones sin definir siquiera qué se entiende por tal. No quisiéramos que nuestro estudio incurriese en el mismo error, asemejándose a un sensacionalismo que debería quedar fuera del ámbito de lo académico. Si bien es cierto que muchas de las situaciones de los jóvenes son, simplemente, precarias-en-sentido-objetivo, no cabe plantear una total desaparición de patrones vitales *antiguos*, estables y lineales, en las generaciones de jóvenes actuales. El opositor de éxito, funcionario a los treinta años, sigue existiendo. El joven asentado en un puesto de trabajo en la empresa privada, también. Sigue habiendo estudiantes que pasan de una beca predoctoral a un contrato con perspectivas de continuidad (vitalicias, en la práctica) en la Universidad. Para estos, el futuro se sigue viendo como un viaje en tren con un destino claro. El futuro no es, para ellos, un problema. La existencia (la pervivencia) de estos perfiles *despreocupados* con respecto a su situación laboral nos sitúa, eso sí, ante una realidad emergente: la creciente brecha entre trabajadores plenamente integrados (ciudadanía completa) y trabajadores inestables⁴¹⁹ en situaciones, directamente, de riesgo de pobreza. Siguiendo con el cuadro resumen del mercado de trabajo extremeño, recurrente en nuestras entrevistas, que pinta un escenario en el que únicamente “existen funcionarios y tiendas”⁴²⁰ (servicios y funcionariado, en suma), tendríamos un futuro de contraste pronunciado entre ese funcionario (bien pagado y, también, bien pagado de sí mismo) y ese dependiente de tienda (o ese camarero del bar donde el funcionario va a tomar su café cada mañana), tan sobretitulado como infrarremunerado. Si hasta ahora la distancia existía, la rebaja de condiciones laborales para esa masa reemplazable de

⁴¹⁹ La imaginación se muestra especialmente rica al referirse a estos sujetos inestables, que buscan acomodo en el mercado laboral. Desde “andar a salto de mata” hasta “estar dando palos *pah!*”, se destaca el dinamismo que describen los términos empleados, lo *activo* que se dibuja a este sujeto (que no deja de “mover el culo”), quizás como respuesta a la crítica habitual sobre su pasividad y su comodidad (“estar sentado en casa esperando que le caiga un trabajo”).

⁴²⁰ No parece casual que nuestra entrevistada más joven, Natalia, que acaba de terminar su carrera de Educación, rechace todavía esta visión, renuncie a las oposiciones que todo el mundo intenta “meterle por los ojos” y opte a conseguir un trabajo en la educación privada: “yo es que creo que lo mío es muy difícil porque hay mucha gente, pero que realmente si te lo propones lo consigues. Entonces no sé si es que yo soy muy... soñadora... pero realmente es lo que creo (...) el comentario de “bueno, pues ya sabes lo que te espera: unas oposiciones o acabar de cajera en un supermercado”. Creo que eso es hasta cierto punto, que en mi carrera, como se mete tanta gente por descarte, quien acaba así es porque no le interesa, o sea, creo que a la gente que le gusta pues lucha por ello y lo acaba consiguiendo”. Oposición o supermercado, visión compartida socialmente, que se cristaliza a nivel individual, configurando un escenario de opciones muy limitadas.

trabajadores de los servicios⁴²¹ amenaza con generar una auténtica ruptura entre unos y otros, dando lugar a una profunda dualización social.

Una lógica perversa se utiliza para justificar esa rebaja de condiciones laborales: “trabajo hay”. Que se complementa con la apostilla “quizás no en las condiciones deseables... pero trabajo hay”. Así, Luisa, cuyo recorrido laboral resulta absolutamente precario (precariedad que ella atribuye a carencias, en términos de falta de especialización, de su propia formación), se expresa en estos términos:

También es verdad que, estando las cosas como están, hay gente que no trabaja porque no quiere. Porque yo, si me hace falta el dinero, me agarro a lo que sea. Y si no tengo nada...

Argumento que completa a continuación apelando a ese otro mantra de la movilidad (carrera) ascendente, tan repetible como falsable (desde luego que no todas las carreras empiezan por los niveles más bajos de la escala):

Hoy en día hay que ser realista. Y no están las cosas muy bien. Las cosas no están bien, hay que ser realista, y los trabajos no te van a llover. No vas a encontrar un trabajo ya de gerente, o sea, tendrás que empezar por abajo, te guste o no te guste. Que luego más adelante vas subiendo y vas llegando a gerente, pues genial (...) pero es que todos empezamos por abajo⁴²².

Se asume como normal (o, al menos, como inevitable) la precariedad, las condiciones precarias. Las llamadas a rechazar esta situación se acaban convirtiendo en llamadas a rechazar (*mentalmente*) la aceptación como algo natural de la misma. Por eso Pablo empieza criticando esta asunción de la precariedad como algo normal:

⁴²¹ No en vano este carácter sustituible de los trabajadores “privados” es uno de los rasgos principales que, para la funcionaria Catalina, distingue el ámbito de la Administración pública, en el que el individuo es, precisamente, un individuo, único e irremplazable (la plaza es *suya*, dentro de un entorno significativamente nombrado como *la casa*). Obviamente, cabría discutir sobre el carácter supuestamente “insustituible” de cualquier funcionario público.

⁴²² Lógica similar maneja Almudena para criticar a los jóvenes “de ahora”, que “quieren un trabajo ya, y a ser posible de mil y pico euros (...) Mucha gente no quiere [aceptar trabajos en prácticas]: “es que son trabajos precarios”. Coño, pero es que, a mí, si yo salgo de la carrera con veintiuno o veintidós años y me dan ya un contrato de trabajo, aunque sea de quinientos y pico euros, pero ya estoy cotizando y ya estoy trabajando, hombre... está muy bien. Lo veo bien. Luego ya intenta promocionar, intenta hacer más cosas”.

Es que eso a mí me llevan los demonios (...) Si todo el mundo decimos “no”, esto se soluciona, al fin y al cabo. Pero no puede ser que esté todo el mundo ahí: “sí, *ave*, y da las gracias porque estás trabajando”. No, y da las gracias porque no te fustigan con un látigo, que es lo único que falta.

Para, a continuación, claudicar:

Es que es lo que hay. Dices: “vale, no quiero tragar”, pero cuando ya llevas un año sin tener nada, o dos años sin tener nada, es muy complicado estar sentado en casa (...) es duro decir: “*acho*, que no encuentro nada, que no encuentro nada, y echo los currículums y me gasto dinero en fotocopias y me gasto dinero en esto y me gasto dinero en lo otro...” (...) Y, claro, ya te ves y dices: “al final voy a tener que tragar” (Pablo).

Y Julio, en ese sentido, apela a esos escasos centímetros cúbicos de libertad individual que diría Orwell:

Cuando la gente dice: “ochocientos euros, qué bien”. Yo digo: “No, qué bien no”. O mil euros. “¿Mil euros? Qué bien”. No. Qué bien, no. ¿Que es a lo más que se puede aspirar hoy en día? Sí. Pero que no nos acostumbremos a decir que qué bien. Eso es una mierda de sueldo. La gente te dice: “joder, pero para como está el mercado”. Sí, que el mercado está fatal y hay que aceptarlo, si no te estoy diciendo que no lo aceptes, pero que no se instale en tu cabeza “qué bien”. Eso es una mierda.

Algunos entrevistados achacan esta aceptación de la precariedad a la propia tradición cultural española, que ha basado las relaciones laborales en *aguinaldos*. Hablando de las prácticas en empresas, tan valoradas hoy en día por los jóvenes precarios, afirma Pablo:

Aquí en España siempre se ha tirado por el mínimo esfuerzo y la ley del... del padrino. Entonces, antes hacías las prácticas, pero quieras o no siempre había un volumen de negocio que, quieras o no, el dueño de lo que sea, si no era muy malo, pues te daba algo, aunque sea siempre bajo cuerda (...) La gente lo que quiere es eso: tener a alguien, que te quite trabajo, sin darle nada.

En el mismo sentido, enfatiza Míriam lo profundamente que ha arraigado la idea de trabajar más horas de lo acordado (sin cobrarlas, obviamente), y

hasta qué punto se ha llegado a ver como algo absolutamente normal en las relaciones laborales, en las que, según ella, se ha naturalizado la precariedad: “Te conformas porque cobras cuando tienes que cobrar y poco más”.

Queda todavía un último giro, el de cuestionarse sobre la propia condición precaria de los empleos desarrollados. En una larga intervención, de casi diez minutos ininterrumpidos, César describe su trabajo actual como “precario, pero no tanto” (o como “¿precario? Pues sí y no”), porque la realidad ha cambiado y ahora ese mismo empleo que otrora hubiera resultado absolutamente indeseable es visto como suficientemente aceptable. El individuo, al final, es maleable y se amolda a las circunstancias del momento (la “adaptación al medio”, que hemos visto en otros discursos). La “normalidad” (de la que se deriva, como un sosia, la precariedad) aparece, pues, como relativa, siempre dependiente de con qué (o con quién) se compare. Así las cosas, el olvido, voluntario o *forzoso*, puede resultar plenamente adaptativo.

Al final, todo este proceso deriva en una presión a la baja sobre las expectativas laborales de los jóvenes⁴²³. Los empleadores se aprovechan de la abundancia de mano de obra (“si no lo coges tú, lo va a coger otro, así que tienes que conformarte con lo que sea”, resume Elías) para reducir salarios, incrementar ritmos, imponer horarios, etc. “Es lo que hay. Si lo quieres, bien. Y, si no, la puerta es muy grande y hay mucha gente esperando fuera”, sentencia Alba para referirse a su trabajo (seis días semanales –más algún domingo “en función de la demanda”-, doce horas seguidas –de seis de la mañana a seis de la tarde-, por cinco euros la hora).

La dureza de estas condiciones, que los propios trabajadores consideran insostenibles en el largo plazo (más allá de por la mera insuficiencia de los ingresos que aportan), es asumida como una especie de purgatorio, pero no tanto un purgatorio personal, donde expiar los errores formativos, como un purgatorio social, colectivo, en el que la sociedad en su conjunto se halla inmersa hasta que la crisis amaine y las buenas condiciones laborales vuelvan a florecer. En ese momento, se espera, se abrirá la puerta del cielo para aquellos que se hayan hecho dignos (meritorios) durante este período actual de penurias y calamidades. Por eso se acepta la precariedad, por eso se mantiene

⁴²³ Proceso que se refleja, en los relatos de los entrevistados, en la evolución de la figura del *mileurista*, antes un paria, ahora convertido en encarnación de un anhelo laboral.

la esperanza en un futuro que parece asintótico, inaprehensible más allá de la tan manida plaza funcionarial (“zanahoria visible”, como vimos en la reflexión de César).

En este purgatorio laboral, en esta mazmorra de las condiciones de trabajo, el Estado es identificado como alguacil, como agente necesario para el desarrollo de la trama (véase, al respecto, el capítulo 9). Tiene en sus manos las llaves que podrían cambiar la situación de los jóvenes, pero, en lugar de ello, permite todo tipo de prácticas abusivas, cuando no, directamente, las fomenta *motu proprio*, a través de la reglamentación que hace del mercado de trabajo (subvenciones para empresas que son pervertidas sin consecuencia alguna, implantación de formas contractuales de interés cuestionable para el trabajador, etc.)⁴²⁴.

5. La importancia del trabajo en la vida de los jóvenes: ilusión y utilidad.

A pesar de todas las condiciones de precariedad que los jóvenes experimentan (o ven a su alrededor), o quizás, precisamente, como consecuencia de dicho clima generalizado de precariedad laboral, el trabajo, como valor abstracto y como realidad tangible, es considerado como un elemento esencial en sus vidas por parte de nuestros entrevistados. En muchas ocasiones, la visión del trabajo que tienen nuestros informantes resulta *imaginaria*, ficticia por cuanto no ha sido todavía experimentada en sus formas más *puras*. Así, se concibe el trabajo (nombrado con veneración, como si debiera transcribirse con te mayúscula) como una sublimación de las variantes laborales, precarias e imperfectas, que se han conocido hasta la fecha, como una versión perfeccionada de esos pseudoempleos (o, con el diminutivo extremeño característico, de esos “trabajinos”), una forma perfecta que se ha purificado de todos los rasgos de precariedad que estos cuasitabajos

⁴²⁴ “El contrato de formación y aprendizaje se ha convertido en... que vale para todo. Y ni formación ni aprendizaje ni nada, es que es el nuevo contrato indefinido, sin ser indefinido, claro”, sintetiza Catalina, remitiendo, a continuación, a las condiciones de precariedad vital que supone este tipo de contratos en contextos como Madrid o “ciudades caras” (en este sentido, la ruralidad, antes denostada, sí que aparece como un ambiente más amable, o menos hostil, por cuanto sueldos más bajos permiten una relativa independencia económica más fácilmente).

presentan, que habría de permitir al individuo desarrollarse laboralmente y, así, como persona plena. Como reverso de esta visión, ciertamente *ascética* en un sentido estricto, el desempleo es conceptualizado como una situación totalmente indeseable, siquiera por la capacidad que tiene el tiempo libre de generar pensamientos negativos. De hecho, esta posibilidad de que “la mente te juegue una mala pasada” (como diríamos traduciendo libremente el adagio anglosajón) no se limitaría al tiempo de no-trabajo por desempleo, sino que podría darse también en una situación, supuestamente utópica, de despreocupada ociosidad por no tener dependencia del trabajo (en el caso de poder vivir *sin* trabajar, por aplicar los términos de la frase hecha). La ideología del trabajo ha calado hondo en algunos de nuestros informantes, que consideran, sin ambages, que “trabajar hay que trabajar”, incluso cuando no resultase necesario. Bien es cierto, también, que estas visiones *pro trabajo* son más comunes entre aquellos jóvenes más jóvenes, que tienen más reciente la fecha de su graduación y que mantienen sus expectativas de encontrar un trabajo que les *llene* a todos los niveles. Curiosamente (o tal vez no tan curiosamente) son aquellos jóvenes mejor asentados en el mercado laboral quienes insisten en la necesidad de situar el eje de su vida fuera del desempeño laboral o del desarrollo de una carrera profesional, o advierten de la conveniencia de crear “parcelas” en la vida para que el trabajo no la absorba, no la fagocite por completo.

Observaríamos, por lo tanto, una especie de *continuum* en la valoración del trabajo, en el papel que se le atribuye en el conjunto de la vida de los sujetos. En un extremo, encontraríamos aquella visión del trabajo como forma de realización personal, a nivel casi místico. Identificaríamos este enfoque en los relatos en los que el individuo se muestra incluso dispuesto a trabajar sin cobrar por su labor, que, simplemente, le resulta gratificante en sí misma, plena de significado *expresivo*. En el extremo opuesto se situaría la imagen del trabajo como un castigo, como una penosa obligación a la que el individuo procura entregarse el menor tiempo posible y limitando su implicación personal al mínimo. Esta visión, puramente *instrumental* del trabajo (del trabajo en cuanto empleo, al menos, como vimos en las disquisiciones del primer capítulo de esta tesis), lo toma como medio para lograr el acceso (medio para lograr el dinero, que es el medio universal) a otras esferas donde el individuo pudiera

realizarse. No es, obviamente, una dicotomía estricta, sino que admite la posibilidad de que los casos particulares se sitúen en todo tipo de posiciones intermedias. En ese gradiente encontraremos a todos nuestros entrevistados, quienes, además, pueden variar en cuanto a su posición con respecto al concepto/valor trabajo a lo largo de su vida, a medida que sus biografías van viéndose alteradas por unos u otros acontecimientos y decisiones. Víctor, a partir de casos y experiencias que ha conocido a su alrededor, reflexiona sobre este proceso de progresivo *descentramiento* del trabajo en la vida de los sujetos:

Al principio, cuando empezaron a trabajar, eran como muy de “estamos en la edad de luchar por nuestros trabajos y de hacer muchísima experiencia y de... bueno, y de ganar dinero si se puede y de estar independiente y tal”. Pero esto era a lo mejor con veintiséis años. Y ahora con veintiocho pues me he encontrado con que vuelvo a tener la misma conversación con esas personas y ahora viven en Madrid, trabajando y no sé qué, y dicen: “para mí el trabajo ya... yo quiero tener un trabajo que no me suponga tanto, o que pueda mantener otro tipo de vida, ¿no? Que pueda criar a mis hijos sin tener grandes agobios” (...) Ya esa concepción de “hay que trabajar, por luchar por tu trabajo, porque te guste y por hacer algo que te apasione” ya lo empiezo a no ver en la gente de mi alrededor. Empiezo a ver como que están cansados de... de eso. Cosa que a mí no me ha pasado porque todavía no he pasado por esa fase, voy como con retraso, yo no he pasado por agobiarme por el trabajo, que me gustaría (...) Me resulta curioso ese proceso de: hablo con ellos hace dos o tres años: me siento mal porque ellos “bueno, tengo un trabajo que me apasiona, voy a dar todo, me da igual no dormir, me da igual echar horas extra” y ahora ya el discurso es otro, es “bueno, ya las horas extra ya... me pican”⁴²⁵.

El relato anterior nos sitúa ante algunos de los ítems fundamentalmente asociados, en el polo de lo positivo, al trabajo, conceptualizado, en palabras de Natalia, como “lo que te da vida”, en sentido general. En primer lugar, más allá de los beneficios más inmediatos (“es lo que te da de comer”, dice Luisa con gran pragmatismo), apareciendo como elemento recurrente en nuestras entrevistas, el trabajo te hace *crecer como persona*, tanto por permitirte la

⁴²⁵ Nótese el brevísimo lapso temporal que maneja Víctor para describir ese cambio. Después lo matiza y habla de profundos cambios en el pensamiento de los jóvenes “entre los 25 y los 30 años”. Él vive en la ambigüedad con respecto a ese discurso de trabajar intensamente e intentar lograr un desarrollo profesional vertiginoso: por una parte, le gustaría (se siente “en esa edad de hacerlo” –tiene 28 años), pero, por otra, piensa que, si al final va a acabar hastiado de ese ritmo, como ve a su alrededor, quizás no tenga sentido subirse a ese carrusel para acabar, al cabo de unos pocos años, en un empleo como el que él ya tiene ahora.

posibilidad de adquirir nuevos conocimientos (“aprender cosas nuevas”) como por ponerte en contacto con otras personas y, en general, conectarte con la sociedad en su conjunto, haciéndote sentir parte (integrante) de la misma⁴²⁶. Es, también, una forma de cumplir sueños o de satisfacer ambiciones o demandas del ego, por lo que, muchas veces no se percibe que se estén haciendo “sacrificios”, sino que se están alcanzando metas, motivo por el cual el sujeto puede sentirse legítimamente orgulloso de sí mismo⁴²⁷.

El trabajo puede, asimismo, ser una manera de (o un medio para) recibir reconocimiento social, tanto en lo identitario/*emocional* como en lo puramente pecuniario, a través de un salario que permitiría a la persona mantenerse a sí misma, lo que le habría de suponer una gran satisfacción (“sólo valoras aquello que te has ganado”). Como sintetiza Alba este argumento:

Te sientes más realizado cuando estás trabajando, cuando tú, lo que te vayas a comprar o lo que te vayas a gastar o lo que sea, haya salido de ti, no de que te lo hayan dado tus padres (...) Eso en realidad es lo que te realiza, el poder tener algo a base de tu esfuerzo.

En todo caso, al menos en los primeros momentos de la carrera laboral, el salario ocupa una posición secundaria con respecto a otros aspectos considerados más importantes, como la satisfacción personal o el “ambiente”, crucial para los entrevistados que tienen esta visión, habida cuenta de las muchas horas que, día a día, se dedican al trabajo (más que a la familia, en muchos casos) y que harían que se convirtiera en un calvario un empleo, por muy bien remunerado que estuviera, que se realizara en un ambiente que acabase “amargando” al individuo⁴²⁸. En definitiva, un trabajo con un contenido

⁴²⁶ Manteniendo el doble juego (no en vano como nota al pie) de velar lo que estas visiones mostrarían sobre el desempleo (o, en menor medida, por estar a medio camino en esa vía de perfección, sobre la precariedad laboral). Complete el lector el puzle sobre la valoración del no-trabajo a partir de lo que los sujetos dicen respecto al sí-trabajo.

⁴²⁷ Este discurso de las metas (y la satisfacción de conseguirlas) lo encontramos muy desarrollado en dos de nuestras jóvenes académicas, Valeria y Almudena. Para esta última, se da una vinculación muy estrecha entre la persona y su trabajo, entendido como *obra*, en este caso la tesis doctoral, que va conformando, moldeando, a la propia persona. De esta manera, no es extraño que afirme que, el día que *deposite* (el verbo también merecería atención) su tesis, no va a saber qué hacer: “va a ser como la sensación del nido vacío”.

⁴²⁸ Bajo esta premisa encontramos entrevistados que se muestran contentos con sus trabajos, por precarios que sean en cuanto a sus condiciones, por el mero hecho de que el ambiente es bueno. Sin

satisfactorio (“de lo que te gusta”), realizado en condiciones relativamente agradables, se acabaría convirtiendo casi en un “*hobby*” (como de hecho lo nombran algunos de nuestros entrevistados). El empleado que reuniera en su puesto de trabajo todas estas circunstancias podría (debería) sentirse cerca de la felicidad, no ya sólo laboral, sino vital en su conjunto. Y, sin embargo, no siempre es así.

Muy contraria es la visión de aquellos otros sujetos que consideran el trabajo (o *su* trabajo, que no siempre es lo mismo) como un mero medio, tan necesario como poco atractivo (“trabajo porque tengo mis facturas”, resume César). Como dijimos, este enfoque no se limita a aquellos de nuestros entrevistados que se encuentran en situación de precariedad más o menos aguda: no puede correlacionarse sin más la valoración de la importancia del valor trabajo con la situación laboral del entrevistado⁴²⁹. Para estos jóvenes, hay cosas más importantes en la vida que una carrera profesional⁴³⁰, siendo fundamental “tener vida aparte”. Al final, opinan, todos los trabajos, sin excepción, acaban resultando aburridos, acaban cansando a quienes los desempeñan⁴³¹. Este discurso lo encontramos en el por momentos

duda, la socialidad (la ergonomía, en sentido amplio) puede resultar de gran utilidad para la economía laboral.

⁴²⁹ Lo mismo que no resulta posible establecer secuencias directas de *socialización familiar*, habida cuenta de que, invariablemente, todos los jóvenes consideran a sus padres grandes trabajadores, personas muy sacrificadas que han sabido salir adelante (la profusión de adjetivos puede variar según el entrevistado, pero, en general, la idea subyacente siempre es la misma: “currantes de toda la vida”, como los caracteriza Catalina). Así, las aptitudes “antitrabajo” no tendrían origen en la inculcación paterna, sino que responderían, más bien, a una reacción individual, a una elaboración propia de cada joven.

⁴³⁰ Ni que decir tiene que esta afirmación, que entra dentro del canon de lo políticamente correcto (como la de “trabajar para vivir y no vivir para trabajar”), sería suscrita sin ningún atisbo de duda por todos los sujetos *pro trabajo* a los que antes nos hemos referido. La magnitud de los sacrificios (y las cosas que se sacrifican) en la pira del sueño laboral nos permitiría calibrar la realidad (*veracidad*) de la proclama para cada caso particular.

⁴³¹ De ahí lo recelosos que los opositores se muestran frente a un futuro rutinario si llegasen a conseguir la plaza por la que compiten. De ahí, también, las dudas que muchos individuos albergan al decidir si entrar en un proceso selectivo que les “encadenase” a un trabajo “para toda la vida”. Cuando en las entrevistas se planteaban cuestiones del tipo “si te ofrecieran un contrato vitalicio...” los jóvenes, hábilmente, siempre decían que lo aceptarían... pero que “siempre podría dejarlo después”, más adelante, vislumbrando esta posibilidad de desidia al cabo de los años. Esta idea de aburrimiento en/por el trabajo es un fantasma que persigue a la figura del funcionario, estereotipado como un sujeto gris con tareas monótonas, y es, por lo tanto, un espectro que todos los funcionarios que hemos entrevistado intentan exorcizar apresuradamente en sus relatos, hablando de posibilidades (que quizás nunca se concreten) de promoción, de cambio de puesto o de asunción de nuevas (e interesantes) tareas. Al final, el discurso sobre los jóvenes introduce unas demandas de movimiento (o de actitud positiva ante el cambio, de rechazo a la rutina, de amor por la movilidad) de las que nadie logra abstraerse, al menos en el plano discursivo.

desconcertante relato de Claudio, quien se declara apasionado de su profesión de economista, pero desliga ésta de su empleo concreto como profesor universitario de Economía (que considera, por lo demás, como un trabajo casi ideal, “de los mejores que haya en Extremadura”, literalmente). Al final, concluye, para evitar que absorba toda su vida, desarrolla voluntariamente una visión instrumental de su trabajo: “me vendo esas horas, me dan lo que crean oportuno y punto”. En sentido similar encontramos la opinión de Míriam, que, con una visión instrumental del trabajo, en su día renunció a la posibilidad de emigrar porque priorizaba estar cerca de su familia a desarrollar una carrera profesional:

Veo mucha gente de: “oh, estoy fascinada, porque estoy haciendo lo que me gusta...”. Yo creo que la mayoría de la gente realmente (...) tienes que reconocer que, aunque trabajes en lo que te gusta, habría días que te aburras, días que estés hasta las narices y días que quieras decir: “mira, dejo esto y...”. Esto se ve mucho cuando ves... ahora esto está más de moda porque hay *Españoles por el mundo* y cosas de estas. Entonces, como sólo te muestran a los que les va bien... Entonces ellos dicen: “si es que yo tenía un trabajo en España que no me aportaba nada y me he venido aquí a hacer lo que yo quiero”. Pues a lo mejor en España eso no te aportaba nada porque no había nada más que te aportara nada. Yo tengo otras cosas que pesan más que el trabajo, creo yo, y me aportan lo que a lo mejor un trabajo no te aporta.

Se produce, desde esta óptica, un *desencantamiento* con respecto al trabajo, que perdería su poder de fascinación, de seducción. Este enfoque, que puede tener su origen en la ausencia de una meta profesional clara (algo normalmente censurado: el diletante como individuo inestable, que “no va a ningún lado”), resultaría incluso saludable (una vez más: adaptativo) en un contexto como el actual, en el que las posibilidades de fracasar son tantas como las posibilidades para elegir uno u otro camino. Como lo expresa César:

Tampoco yo desde chico quería ser empresario y tener una empresa puntera en algo. No (...) Nunca he tenido una insatisfacción vital de... de no haber alcanzado mi meta. No tengo una meta marcada exactamente en cuanto a eso (...) Hay gente que dice: “no, pues yo desde chico he querido ser...”. Yo no he tenido eso. Gracias a Dios, ¿eh? Pienso, porque si no... estaría tirándome de los pelos, ya te digo, en el rincón ese de ahí... oscuro...

CAPÍTULO 9.

Extremadura (España): ¿tierra de oportunidades o tierra prometida?

1. La crisis y los jóvenes: dentro, fuera.

Para nuestros jóvenes informantes, el factor explicativo clave, a la hora de dar cuenta de la actual situación del mercado de trabajo, es la crisis económica, dotada casi de personalidad propia, como entidad autónoma responsable tanto de la precarización de las condiciones de trabajo como del endurecimiento de los requisitos de acceso al mercado. La crisis, así, como ente, cuenta con la necesaria complicidad del Estado (cuando no, directamente, se considera a los gobernantes “padres de la criatura”) para alterar las condiciones objetivas y para, en el plano de lo subjetivo, forzar una aceptación, a la baja, de dichas condiciones de creciente precariedad laboral. Es común entre nuestros informantes considerar que los empleadores, con la connivencia de los poderes públicos, se han aprovechado del discurso de la crisis para introducir todo tipo de condiciones abusivas en las relaciones laborales y, ulteriormente, normalizarlas. Esta opinión la vemos en el discurso de Míriam, quien, por lo demás, señala que esta tendencia precarizadora no es nueva, sino que sólo explota la crisis como coartada para desarrollarse más libremente:

Algunas empresas se han aprovechado de la crisis, para escudarse en eso. Pero este tipo de empresas ha funcionado siempre así, de todas maneras (...) Vemos muy normal... estás contento porque cobras cuando tienes que cobrar, porque, si no, estarías todo el día renegado (...) Parece que el reclamar lo que es tuyo, encima, te da apuro, porque siempre la gente parece que anda racaneándote para pagar lo que es tuyo.

Esta normalización de las condiciones de precariedad ha servido para situar a los trabajadores en un plano más cercano a lo puramente *moral* que a lo estrictamente laboral, mostrándoles el privilegio que han recibido por el mero

hecho de estar trabajando (como ya señalamos con anterioridad -capítulo 8.4), y, de esta manera, cuestionando la posición de aquellos que, “teniendo necesidad” (como tantas veces aparece en nuestras entrevistas), no aceptan un puesto de trabajo, cualquier puesto de trabajo. Quien no trabaja es porque no quiere. Y quien no quiere trabajar es un mal ciudadano, sin derecho a queja posterior.

Los efectos de la crisis, más allá de esta tendencia a la precarización de las condiciones laborales, operarían en una misma dirección, desembocando en un bloqueo general de la vida de los jóvenes. Sin opción de acceder al mercado de trabajo (o de acceder con unas condiciones *suficientes* de ingresos –en cuantía y en regularidad), se produce un retraso generalizado en el conjunto de sus transiciones, retraso directamente relacionado con la prolongación, más obligada por las circunstancias que libremente elegida, del período formativo (véase, sobre este punto, el capítulo 7). La crisis afectaría sobre todo, o casi exclusivamente incluso, al momento de salida del sistema educativo, trastocando las anteriormente válidas hojas de ruta, tradicionalmente operativas para generaciones (promociones, si hablamos en términos de estudios) previas. Si en el pasado el período formativo tenía una duración determinada, tras la cual se producía una transición más o menos fluida al mercado de trabajo, la crisis introdujo una ruptura en esta linealidad, bloqueando en tierra a quienes habrían de haber despegado en ese momento, dejándolos “enganchados”. Se cerró la puerta de acceso al mercado, poniendo a los jóvenes “a hacer cola”, como lo describe, gráficamente, César:

[En] la crisis, tan conocida, las empresas dejaron de contratar (...) Tú te planteas: “He salido justo de la carrera cuando ha habido una crisis, una cosa que laboralmente ha sido muy mala. Cuando ya se vaya la crisis, que esperemos que sea pronto, pues empezarán a retomar las contrataciones” (...) Yo me lo planteaba como que había una cola, una cola de gente. En un momento determinado, se cortaba y no daban acceso, como si fuera la cola de una discoteca: “Hemos llegado hasta aquí, no vamos a entrar a más gente”. Entonces la gente nos hemos ido colocando por orden: primero, segundo, tercero...

Mientras están haciendo cola, los jóvenes, como ya vimos, procuran mantenerse *activos*, lo cual normalmente pasa por complementar su formación,

en un intento tanto de mejorar su empleabilidad como de no caer en la frustración y el desánimo (amén de por mantener su puesto en esa “cola” de acceso al mercado). El efecto, digamos, psicológico de la crisis sobre los jóvenes también se relaciona con esa situación de bloqueo o de paréntesis. La generación propia, atrapada repentinamente en tierra de nadie, se percibe como bloqueada también en el sentido de no tener la oportunidad de aportar nada de lo aprendido⁴³². Como una generación maltratada, en ese sentido de no tenida en consideración, veremos que se conceptualizan a sí mismos nuestros informantes (capítulo 11.1). Los jóvenes, así, se consideran víctimas de una situación sobrevenida, sobre la que no piensan que tengan responsabilidad alguna. *Otros* la han provocado, pero, en cualquier caso, habrán de ser ellos ahora quienes la resuelvan, aplicando para ello las recetas tradicionalmente válidas (formación, formación, formación), que habrán de ser puestas en práctica para, individualmente, salir de esa coyuntura negativa, de ese *contratiempo*. En un posibilismo rayano en la indiferencia, el joven busca una solución personal a un problema estructural sobre el que, del mismo modo que no se percibe que se tenga responsabilidad, no se considera que se tenga ninguna posibilidad de acción. El mundo ha cambiado y hay que adaptarse (estudiar lo máximo posible, trabajar en lo que se pueda, moverse todo lo que sea necesario). Lo demás son “gananas de amargarse”⁴³³.

Si la crisis introdujo diferencias en el momento de acceder al mercado de trabajo, su efecto sobre la fase previa, formativa, fue mucho menos acusado, más allá de la ya mencionada prolongación de la fase de estudios. Durante la crisis, las familias no recortaron en sus gastos educativos, sino que, más bien, doblaron la apuesta, en una forma de inversión defensiva a través de la formación. No faltan en nuestras entrevistas relatos (directos o indirectos) de familias que llegan a hipotecarse para financiar másteres exclusivos, con la

⁴³² Una generación “inútil”, por inutilizada, que vive con el estigma de tener que ser mantenida por la familia, pesada etiqueta que no pocas veces contribuye a aceptar agradecidamente cualquier posibilidad laboral que permita, al menos, aliviar esa sensación de dependencia-pasada-de-fecha con respecto a los padres.

⁴³³ Esta normalidad con la que se toman las nuevas coordenadas socioeconómicas explicaría, en gran medida, la ausencia de un discurso especialmente *heroico*, hagiográfico, en los relatos de nuestros informantes. Pese a todas las adversidades a las que deben enfrentarse, los jóvenes no consideran estar haciendo nada excepcional, quizás porque, *a su alrededor*, ven que todo el mundo está haciendo lo mismo. Este discurso *modesto* contrasta con el que los propios jóvenes mantienen con respecto a las experiencias y los recorridos de sus padres (discurso mucho más grandilocuente y admirado, que los propios padres muchas veces desarrollan también en sus relatos).

esperanza de que abran puertas en un mercado laboral tan crecientemente hostil con los jóvenes. La visión de los hijos como inversión de los padres (inversión que tiende a concretarse en pagar “todo lo que haga falta” en términos de formación –véase el capítulo 10.2 al respecto) puede volverse contra los propios hijos, impelidos después a producir el rédito que tan intensa inversión lleva a esperar. De hecho, muchas veces son los propios hijos quienes tienen que “pararles los pies” a sus padres para que esta *cuenta* (deuda) formativa no siga aumentando.

Obviamente, la crisis afectó, en mayor o menor medida, a todas las familias, pero, al menos entre nuestros informantes, sus efectos se limitaron a introducir una mayor dosis de incertidumbre sobre el futuro, sin que la situación laboral de sus padres sufriera, en general, cambios radicales. Esta incertidumbre familiar, que puede estar a la base de ese mayor énfasis en la formación, no fue sentida demasiado intensamente por nuestros informantes, que mantenían sus becas y sus preocupaciones propias “de estudiante”, viviendo un día a día escolar en el que no había cabida para consideraciones sobre el momento posterior⁴³⁴.

Dependiendo del lugar que ocupaban los jóvenes con respecto al mercado de trabajo (dentro/fuera)⁴³⁵ en el momento de estallar la crisis, los efectos de ésta habrían sido sentidos de un modo u otro. La crisis no afectó, apenas, a quienes ya estaban asentados, por haber terminado su formación tres o cuatro años antes de la explosión de la burbuja (momento en el que “había trabajo a punta pala”, como dice Claudio). Tampoco afectó

⁴³⁴ Un análisis del sistema de becas en Extremadura sería del mayor interés para completar el cuadro de las motivaciones que llevan a los jóvenes a continuar (o incluso a emprender) su etapa formativa. Como una alternativa “laboral” más, no resulta extraño que muchos estudiantes, ante un contexto tan poco amable como el actual, opten, simplemente, por permanecer en la Universidad, tomada como un trabajo cualquiera (con la ventaja de que se trataría de un trabajo cuyos contenidos competenciales ya se manejan con soltura después de tantos años de experiencia). Desde esta perspectiva cabría cuestionarse la consideración de la formación como una inversión a futuro, siendo posible que, en realidad, opere más como un fin que como un medio para una posterior inserción laboral (por ejemplo, el aumento exponencial del número de matriculados en estudios que pueden ser de vía muerta, como los Másteres Universitarios de Investigación, que sustituyen a los antiguos cursos de doctorado, sin que aumente correlativamente el número de alumnos que, posteriormente, realizan el doctorado, muestra esta tendencia a estudiar “cualquier cosa” que dé posibilidad de disfrutar de una beca –ni que decir tiene que la utilidad curricular de un MUI, fuera de la Academia, es más que discutible).

⁴³⁵ Indudablemente, esta dicotomía es una simplificación excesiva de la realidad. Pueden existir muchas situaciones *a caballo* entre una plena integración y una total desconexión con respecto al mercado de trabajo. La imagen coloquial de *cuántos pies* tenía el joven dentro del mercado laboral (o cómo de fuerte estaba aferrado a un puesto) puede ser de utilidad en este punto.

especialmente a quienes estaban iniciando su camino universitario, que se encontraban a resguardo de las “cosas feas” (como resume Esmeralda) en la otra burbuja, la de la Universidad⁴³⁶. Se centró, por lo tanto, en quienes estaban en ese momento crucial, crítico, de salir de los centros universitarios y medir la validez de su titulación con un mercado de trabajo que, repentinamente, les cerró las puertas. Obviamente, también afectó a quienes no habían encontrado un “agarradero” adecuado en el mercado de trabajo (o a quienes se encontraban en sectores o empresas que se vieron asolados por los efectos de la crisis), pero todos estos, con respecto a los recién titulados, contaban con la ventaja de la experiencia⁴³⁷. Así recuerda ese momento Elías, cuya trayectoria en la Universidad se produjo entre 2004 y 2010:

Entramos en años de bonanza, pero nos comimos todo el inicio de la crisis, con lo cual, pues... Entrás con unas perspectivas, de que está todo el mercado en alza, que todos tus anteriores veteranos acababan y antes de acabar estaban ya colocados en alguna empresa, banca o demás, o recién acabados ya tenían un trabajo, y tú te encuentras con todo lo contrario: que acabas y hay poco, nada, o lo que hay es muy precario.

Al final, por lo tanto, los efectos de la crisis se dejaron notar, con mayor virulencia, sobre los jóvenes que estaban en la orilla del mercado de trabajo, recién desembarcados o a punto de pisar la arena. Volviendo al relato de César y su imagen de la cola:

Había mucha gente en el momento que se cerró la puerta, que se pusieron a hacer cola, y hubo... hubo, o está siendo, todavía no está muy claro, pero, bueno, hay un momento en el cual van a abrir la puerta, pero no abren la puerta desde el principio: la abren a mitad del camino. Entonces hay una

⁴³⁶ La imagen de la “burbuja” para referirse a los años en la Universidad es recurrente en nuestras entrevistas. Para algunos entrevistados, es la propia Universidad la que no tiene ningún interés en mostrar la realidad del “mundo exterior”. Se cuestiona, incluso, el grado de conexión de los profesores con respecto a esta realidad, tan distinta luego a lo que “se les pinta” a los alumnos en clase (desconexión que también incidirá, obviamente, en la mala valoración general que tiene la *formación* universitaria a la hora de enfrentarse a un mercado laboral que nada tiene que ver con aquello para lo que la Universidad, supuestamente, ha preparado a los titulados).

⁴³⁷ No deja de ser ambivalente la posición de nuestros informantes en este punto. Así, al tiempo que se destaca que los “mayores” tienen la ventaja de la experiencia con respecto a ellos (a los informantes), se enfatiza la ventaja competitiva que, para los más jóvenes, constituye su menor edad (característica que no sería una carta victoriosa en la competición que nuestros jóvenes mantienen con los más mayores). Una vez más, la imagen de la pinza: nuestros entrevistados se consideran demasiado mayores para contar con tan poca experiencia y, así, no pueden competir ni con los más mayores (por falta de experiencia) ni con los más jóvenes (por exceso de edad).

serie de gente atrapada en ese trayecto, en ese tiempo, en ese... en esos años que... está atrapada. Entonces al final qué... qué... por dónde sale esta gente⁴³⁸.

Para estos jóvenes, que habían visto cómo las promociones anteriores se integraban felizmente en el mundo laboral y, con ello, comenzaban a amortizar los esfuerzos realizados y a “vivir su vida”, el choque fue traumático, sobre todo porque supuso una ruptura con respecto a las promesas recibidas durante toda la infancia y la adolescencia. La crisis, así, con sus efectos de cambio radical del escenario laboral, supuso un verdadero *fin de la inocencia* (un “momento desconcertante”, en palabras de Julio), una apoteosis que introducirá en los jóvenes la necesidad de “desaprender” y cambiar la mentalidad que se había considerado válida hasta ese momento (véase 11.1 para un mayor desarrollo en torno a esta cuestión). En las habitualmente lúcidas palabras de Víctor, este proceso de promesas incumplidas (todo es mentira) se describiría así:

A nosotros nos han dado una bofetada en la cara a todos. Porque nos han estado prometiendo en la infancia, en la juventud, “oye, que te va a ir bien, que no sé cuántos, que si estudias, que si tal, el futuro, verás qué bien”. Yo por ejemplo me acuerdo, y siempre lo digo, que veía el futuro como que siempre iba a ir bien, la vida siempre iba a ir bien, siempre iba a haber progreso tecnológico, siempre iba a haber mejoras de las condiciones de la calidad de vida, del Estado del Bienestar... siempre. Y ha llegado un momento, el 2008, ¿no?, el 2008, y nos han hecho “paf, en toda la cara”. Y “esto es todo mentira”. Y ha empezado a salir toda la mierda de las cloacas del Estado, la corrupción, no sé cuántos, y ya te quedas como paralizado, ¿no? La generación que se ha quedado paralizada, de “no era tan bonito lo que nos pintaban” y “a ver cómo suceden las cosas”, ¿no? Entonces, eso, estamos perdidos ante una nueva situación que no nos esperábamos.

Ese cambio de mentalidad, resultado del contraste entre lo aprendido y *lo real*, producto, al final, de los pensamientos claustrofóbicos de una situación de atrapamiento y de pérdida de perspectiva de futuro, será lo que defina a esta generación, *de la crisis*, cuyos rasgos, aquí adelantados en lo principal, revisaremos en el capítulo 11, al final de esta tesis. De momento,

⁴³⁸ Una bolsa, un *saco* (como recoge el título de esta tesis), de jóvenes llamando (*knocking*) a las puertas del cielo, más que intentando tomarlo por asalto.

contemplémosla mientras hace cola (sin que ello implique, en absoluto, que esté *parada* sin más) a las puertas del mercado de trabajo.

2. Posibilidades (I): quedándose (arraigo y opciones de arraigar).

En el marco de una situación de crisis (o ya de poscrisis, para los más optimistas), dos opciones se les presentan a los jóvenes de cara a la búsqueda de un hueco en el mercado de trabajo: emigrar (al menos temporalmente) o permanecer en Extremadura (al menos provisionalmente). Revisaremos ambas posibilidades en los dos epígrafes siguientes, comenzando por la que inicialmente parecería más apetecible, esto es, la que aboga por no salir del entorno de origen.

Escuchando a los jóvenes extremeños hablar sobre su región, el adjetivo que parece emerger con más fuerza es “pequeña”, que no debe confundirse con el estereotipado “atrasada” (ni, mucho menos, con el siempre relativo “pobre”). Pequeña. La descripción de sus rasgos propios tiende a asemejarse a la que se hace de un pueblo en comparación con una ciudad de cualquier tamaño. Esta traslación (Extremadura, en su conjunto, es el pueblo de España, como muchas localidades son pueblos con respecto a Badajoz o Cáceres) resulta significativa, por cuanto parece actuar como canalizador o elicitador de toda una serie de significantes normalmente asociados a los entornos rurales, que no tienen porqué coincidir con la realidad de los datos para las zonas urbanas de esta Comunidad Autónoma.

Así, para los jóvenes entrevistados, Extremadura destacaría por ser un lugar tranquilo, característica que se valora positivamente a la hora de “vivir”, pero que se considera perjudicial a la hora de plantearse posibilidades de desarrollo profesional⁴³⁹. Esa tranquilidad remite por momentos a lentitud, a

⁴³⁹ Víctor, en su continua comparación con Madrid, señala a Cáceres como una ciudad “para criar”, una ciudad de gente algo más mayor que él (los que han hecho la “revuelta” a Extremadura después de un período fuera, como vimos en citas anteriores, orientado a su proyección profesional), de “treintaypicoañeros”, de gente con niños que se asienta en Cáceres porque la vida es más tranquila, mejor para la época de crianza de sus hijos. La forma en que, semánticamente, se desligan los términos “vivir” y “hacer carrera” en los discursos de nuestros informantes no puede dejar de ser anotada, por lo demás.

una especie de languidez, de letargo o amodorramiento generalizado, que explicaría el rechazo de cualquier novedad sustancial que se quisiera introducir. Así, no es raro entender la normalidad con que se asumen situaciones que son claramente percibidas por los jóvenes como de “padrinazgo” (caciquismo), tal y como vimos con anterioridad (capítulo 7.3)⁴⁴⁰. En esa misma línea, se asume que Extremadura es un contexto envejecido, haciéndose una traducción inmediata en términos de tradicionalismo y de falta de iniciativa, de espíritu emprendedor, con lo que ello implica para el desarrollo de una “mentalidad de funcionario”, identificada como cómoda y poco proclive a la innovación.

Se entiende que el extremeño (nuevamente: el que se queda en Extremadura) no tiene grandes ambiciones, grandes pretensiones, y, consecuentemente, se dice que los propios trabajos que pueden encontrarse en el mercado de trabajo de la región son, igualmente, “pequeños”, que dan la posibilidad de vivir sin lujos, pero que tampoco aportarán grandes riquezas a quienes los desempeñen⁴⁴¹. Así lo vemos en las palabras de César, que apunta, de paso, otro rasgo normalmente atribuido a los entornos rurales (y que, casi por osmosis, parece pasar a los jóvenes extremeños), como es el conformismo y la búsqueda de tranquilidad:

Aquí en Extremadura... no se vive mal, sin lujos. O sea, no es la vida que a lo mejor... no hay empresas grandes, no hay... pero tienes tu trabajito y... aquí en Extremadura sí son, somos, muy conformistas en el aspecto de decir: “yo quiero vivir, déjame vivir, tú haz lo que tú quieras, pero a mí déjame tranquilo. Entonces, yo tengo mi sueldecito, yo tengo mi dinerito ganado, yo no me meto con nadie, yo vivo, tengo mis lujos, los que pueda, los que no pueda no los tengo...”. Que no pasa nada, que no tenemos (...) unas pretensiones de... “quiero viajar a Nueva York todos los años, quiero tener

⁴⁴⁰ En este caso sí que se observan diferencias al interior de ese “pueblo grande” que vendría a ser Extremadura, y la ruralidad, al interior de la región, vuelve a aparecer como factor limitante (cuando se combina con dificultades para la movilidad a otros entornos), por cuanto las redes clientelares operarían con mayor *impunidad*, por más que también, por la misma endogamia que los entrevistados perciben en los ámbitos rurales (donde “los trabajos se los dan a los de allí”), pudieran surgir oportunidades *protegidas* para ellos con respecto a la competencia exterior...

⁴⁴¹ Este discurso de la escasez de ingresos para la práctica totalidad de las actividades que pudieran desarrollarse en Extremadura (como si en la región nadie pudiera enriquecerse) lo encontramos muy arraigado en nuestros informantes. Incluso aquellos cuyos padres han sido funcionarios de la Administración estatal, con niveles de ingresos elevados y equiparables a los de cualquier otro funcionario del país, consideran que sus padres “han vivido bien, pero sin lujos”. La *normalidad* del posicionamiento subjetivo como “clase media” se hace patente en este tipo de discursos.

un Jaguar”, que los habrá, lógicamente, pero que somos más conformistas en ese aspecto.

Ese “trabajito” (como lo nombra César), si se consigue, puede aportar un pequeño sueldo (al modo de la “paguita” de los mayores) que, en un contexto como el extremeño, puede resultar suficiente⁴⁴². Como expone Claudio:

Es un sitio muy hostil y complicado. Ahora, el que lo consiga sí que va a tener un buen nivel de vida, una buena calidad de vida, aunque tenga un sueldo bastante más bajo que, por ejemplo, en Madrid, ¿no? Pero lo veo muy complicado encontrar un trabajo aquí⁴⁴³.

Estos “trabajitos”, que son los que ofrecen las “empresitas” existentes en la zona, pueden ser desarrollados por personal con menor nivel de titulación que nuestros jóvenes universitarios, como los titulados de Formación Profesional, o por personal vinculado a los empleadores a través de lazos familiares⁴⁴⁴, lo que reduce más aún sus posibilidades de inserción en el mercado, un mercado que resulta simplemente incapaz de absorber a tanto titulado universitario como produce anualmente esa supuestamente sobreenviejada población extremeña. La sobrecualificación, por lo tanto, tendría que ver con el propio mercado circundante, que no demanda puestos que requieren niveles tan elevados de formación. Así las cosas, hay profesiones que, directamente, se considera imposible llegar a ejercer en Extremadura, sobre todo aquellas del ámbito de las Ciencias Naturales (al

⁴⁴² De nuevo existen diferencias entre ámbito rural y el urbano. Nuestros entrevistados que residen en pueblos sitúan la *frontera* de la emancipación en niveles salariales mucho más bajos que los que viven en ciudades. En ese sentido, por ejemplo, Esmeralda apunta que 500 ó 600 euros pueden ser suficientes (“para aquí, para el pueblo”) para irse de casa de los padres, si contasen con una necesaria regularidad mensual.

⁴⁴³ Este cálculo diferencial de la cantidad de dinero necesaria para vivir dentro o fuera de Extremadura es una constante muy interiorizada por nuestros entrevistados. Los que han estado trabajando fuera, reconocen que la diferencia salarial (y, en general, en cuanto a condiciones laborales, en sentido amplio) existe y es muy importante (siempre a favor de esos otros sitios, fuera de Extremadura), pero también consideran que el coste de vida varía mucho de unos lugares a otros, y eso es algo que siempre ponen en la balanza antes de emprender cualquier tipo de *aventura*. La máxima “para pasar penurias allí, las paso aquí” aparecerá de forma recurrente en los discursos en torno a la emigración, como veremos en el siguiente epígrafe (9.3).

⁴⁴⁴ El reducido tamaño de las empresas fomenta el desarrollo de negocios familiares, que siempre “tiran primero” de familiares y conocidos. Los contactos (más que la formación) vuelven a aparecer como carta clave en el mercado de trabajo extremeño.

menos ejercerlas en su vertiente *privada*, es decir, trabajar como “biólogo” y no como “profesor de biología” en un instituto de Secundaria)⁴⁴⁵. Ante esta situación se asume como salida única, inevitable y aceptada, la emigración, como veremos a continuación.

Con la bucólica imagen de Extremadura como un pueblo, se refuerza la idea de que no existen industrias (“no hay nada”), sino sólo “campo” (que ofrece un empleo de temporada y limitado a los familiares *terratenientes*) y servicios (“tiendas”, donde también opera la lógica del “enchufismo”), y de que hay sectores que no se explotan, pero que bien podrían suponer nuevos *yacimientos* de empleo. En ese sentido, no es casual que el giro, nuevamente, dirija su mirada al ámbito rural, pensando en el turismo basado en la naturaleza o en cualquier otra forma de *economía verde*, que sería la manera de asentar (y rejuvenecer) a la población en este entorno. Por ahí se vislumbra que puede ir la evolución en política económica en el futuro, hasta hacer de Extremadura “el futuro bosque de España” (como lo define Claudio). Pese a esa prometedora perspectiva (que explota, además, el proverbial “desconocimiento” de Extremadura en otras partes del país, así como su relativo aislamiento, que habría preservado sus encantos naturales), nuestros entrevistados hacen gala de un acentuado fatalismo: ni creen que se llegue a explotar (debidamente) ese valioso recurso ni, desde luego, creen que eso pudiera beneficiarles a ellos en modo alguno. En su mente, el funcionariado como salida recurrente o la emigración como salida asumida y normalizada parecen cubrir todo el espectro futuro de posibilidades que dibuja el escenario presente, incierto y precario. Como vimos (capítulo 8.3), no se aceptan, generalmente, los cánticos llamando al emprendimiento, acusando, con mayor o menor conocimiento de causa, a los propios poderes públicos de introducir todo tipo de trabas (e impuestos) para desarrollar esos proyectos que pudieran, sin ir más lejos, explotar esas mismas fortalezas (en términos DAFO) que brinda esta región⁴⁴⁶.

⁴⁴⁵ Por ejemplo, Julio destaca que, por el mismo tamaño de las empresas, los titulados en Matemáticas no tienen dónde trabajar en Extremadura. “Aquí... ¿tu cerebro dónde lo pones?”. Queda abierto el debate recurrente sobre el posible desperdicio de recursos que supone ofertar titulaciones que, de entrada, se sabe que no van a tener recorrido laboral en la región (más allá de la enseñanza).

⁴⁴⁶ Al tiempo que se considera que la mentalidad tradicionalista de los habitantes dificultaría el éxito de cualquier proyecto novedoso (“aquí vivimos más anclados en la tradición y en el cerramiento, más aislados al mundo, y, entonces, aquí es mucho más difícil poner en marcha cosas o encontrar público que lo haga”, resume Víctor). Parece que la innovación se autoimpone como requisito: nadie quiere,

Ante la falta de posibilidades que se percibe en Extremadura, muchos son los jóvenes que optan, en definitiva, por emigrar. Del mismo modo que algunos informantes hablaban de que Extremadura “empujaba” a los jóvenes a la oposición, otros son los que entienden, ahora, que, de alguna manera, se les empuja hacia fuera, a emigrar (el “o te vas u opositas”, con el que resume la situación el matemático Julio). Con todo, la mayoría exime de culpa a su región, a la que suelen amar y a la que anhelan volver, más pronto que tarde, para, precisamente, echar sus propias raíces⁴⁴⁷. La emigración, pues, no es tanto una imposición externa como una opción libremente elegida, o al menos así es sentida la cuestión. Parafraseando a Muñoz y Santos (2014), a los jóvenes extremeños no les echan, se van porque ellos quieren.

3. Posibilidades (II): marchándose (emigración: planes para ir y volver).

Generalizada y asumida la idea de que en Extremadura no hay suficientes oportunidades laborales; o no las hay para todos; o no las hay a los niveles deseados, a la altura de las expectativas creadas; se impone la necesidad de contemplar la posibilidad de (tener que) emigrar. “Estar dispuesto a salir de Extremadura” parece haberse convertido en un *eslogan*, en una proclama que sirve tanto para denunciar la situación laboral en la región como para afirmar el *carácter* de quien la enuncia, dispuesto a dejarlo todo atrás si fuera necesario, con tal de trabajar y *ganarse* un futuro. Ahora bien, esta prueba de carácter pronto recibe una serie de sensatas matizaciones, que

simplemente, heredar un negocio para seguir haciendo lo mismo que se ha hecho siempre. Resulta significativo que este enfoque *rompedor* con respecto a la tradición en materia empresarial coexista con el discurso continuista en cuanto a tantas otras cuestiones, desde a la formación y sus virtudes (capítulo 7) hasta los patrones transicionales y, prácticamente, las propias expectativas vitales (capítulo 11).

⁴⁴⁷ Puede llegar a resultar chocante este sentimiento de amor, habida cuenta de las pocas posibilidades que los jóvenes perciben que *su tierra* les está dando. Un discurso de este tipo lo encontramos en Elías, cuya situación es de vulnerabilidad extrema (dependencia total con respecto a su madre, sin recibir ningún tipo de ayuda pese a sus problemas médicos), pero que, pese a todo (y a no haber contado algunos años con beca para estudiar su carrera), declara que “Me gusta mi tierra, me gusta Extremadura, me gustaría acabar aquí, porque ha sido la Comunidad que ha apostado por mí, que ha sido la que ha financiado mis estudios, he estudiado en la Universidad de Extremadura, pues me gustaría revertir toda esa formación aquí en mi tierra”. Para una revisión sobre el tema del arraigo entre los jóvenes extremeños, véase Urraco e Ibáñez (2015).

alejan a nuestros jóvenes informantes, en la mayoría de los casos, de la visión romántica del aventurero que (curiosa construcción lingüística) “se lía la manta a la cabeza” y se va donde sea sin pensárselo dos veces. En absoluto. Si bien todos los entrevistados (todos aquellos, obviamente, que no se encuentran ya satisfechos con su actual situación laboral –o vital) se muestran abiertos a la emigración, se trataría de una decisión muy meditada y calculada al detalle. Emigrar sí, pero no bajo cualquier tipo de condiciones. Así, por ejemplo, incluso quienes están convencidos de que “fuera” se les valorará *más* (o mejor) o quienes aceptaron la idea de que para trabajar “de lo suyo” habrían de salir de su localidad, rechazarían oportunidades laborales (“de lo suyo”, se sobreentiende) que no les ofrecieran una remuneración suficiente (en términos diferenciales con respecto a lo que pudieran obtener quedándose en su localidad actual), por mucho que fuera en empresas punteras de su sector, por mucho que les brindase una experiencia laboral que pudiera, después, *diferenciarles* con respecto a su competencia.

No se emigraría a cualquier precio: la emigración, que no parece considerarse un sacrificio en la vertiente “emocional” en los relatos de estos jóvenes, sí que puede acabar siendo un sacrificio económico que no están dispuestos a hacer⁴⁴⁸. La palabra recurrente, en este sentido, es “penurias”, para referirse a todo tipo de penalidades, a pasarlo mal, en general (“para pasar penurias allí, las paso aquí... tampoco es la panacea eso”, sintetiza Pablo). En las siguientes intervenciones observamos algunos de estos elementos:

Me voy a Alemania ganando tres mil euros al mes, gastándome dos mil de apartamento y quinientos o seiscientos en transporte... y el resto, un poquito, en comer. Entonces al final, el dinero que se mete en tu cuenta no es real. Que nos venden eso y yo no lo veo cierto. Te paras a pensar y no te merece la pena (...) Para cobrar mal en el extranjero pues ya cobro mal aquí en España, que por lo menos hablan mi mismo idioma y puedo ver a la familia, vamos (...) ¿Para qué voy a ir a trabajar a cualquier lado si aquí puedo trabajar de la misma manera y cobrando más o menos lo mismo? (...) Estás allí, comiendo de aquella manera, sin dinero apenas, pisos compartidos allí que depende del compañero de piso que te toque,

⁴⁴⁸ Sacrificio económico que los propios padres, una vez más, estarían prontos a cubrir. La idea de que la dependencia paterna se extienda a residencias extrafamiliares les resulta excesiva a los jóvenes, aun cuando esa misma situación fue la que muchos vivieron durante su época de estudiantes universitarios. Quizás, precisamente, el rechazo venga de sentir que esa etapa ya está cerrada y no debe seguir “sangrándose” (como dice Elías) a los padres más allá de aquella formación *inicial*.

cobrando... nada, que al final te tienen medio que ayudar tus padres desde España mandándote dinero para vivir... y podías hacerlo aquí en Badajoz (César).

Yo con treinta no me voy a Alemania a fregar platos. Porque creo que los puedo fregar aquí también. Y estoy mejor aquí. A ver: yo no me lío la manta a la cabeza, me cojo quinientos euros y me voy (...) A mí, a mis treinta años, mi cuerpo me pide otra cosa. Aventuras de esas ya locas no me pide (Almudena).

Yo no me voy a Madrid a que me cueste dinero vivir allí para ver si opto a que me salga trabajo de otra cosa (...) O el tema de “irte a Londres”. ¿A Londres? ¿Cuánta gente conozco en Londres que va allí tres años de camarero? (...) Te vas fuera a primero trabajar de mil cosas que tampoco tienen que ver con lo tuyo (Míriam).

En el rechazo a esta posibilidad se encuentra, asimismo, una desconfianza con respecto al discurso oficial sobre la emigración, siempre centrado en alabar las bondades de la movilidad. Este discurso es tomado por falaz, deliberadamente engañoso, absolutamente falto de credibilidad⁴⁴⁹. Detrás de las imágenes paradisíacas y los relatos de éxito y mejoría laboral que muestran los programas de televisión se vislumbran sombras y quebrantos, también en materia de trabajo, para buena parte de los jóvenes que han salido de Extremadura (o de España, en general) rumbo al extranjero. Los jóvenes extremeños, en suma, no creen en el relato del “sueño dorado” (como lo define Catalina). Se cuestionan los objetivos (y los resultados) que llevan a la gente a emigrar y se denuncia la proliferación de un discurso, obviamente interesado, que parece limitar cualquier posibilidad de desarrollo profesional a llevar a cabo una experiencia migratoria. Para muchos de nuestros entrevistados, este discurso, dedicado a fomentar la “moda” de la emigración al extranjero, se dedica a transmitir (inocular) una sensación de estancamiento laboral (y, consecuentemente, de necesaria insatisfacción e infelicidad vital) a quienes deciden quedarse.

Es como en las películas: si tú te vas a trabajar a un país que es diferente al tuyo es que eres un tío muy bueno, un tío muy preparado y allí lo vas a

⁴⁴⁹ Pablo, con su marcado acento, muestra de manera inequívoca su disconformidad con este discurso, mantenido incluso desde instancias políticas: “[Resopla] La emigración. Como... salió un político que eso era, ¿cómo lo dijo? Bah, para pegarle un porrazo. Que eso era... que eso tiene que ser así porque eso es la movilidad, eso es así, eso es así. Madre mía [vuelve a resoplar]”.

solucionar, el problema que sea, vamos... al país entero le vas a solucionar el problema: menos mal que has ido tú a trabajar a ese país porque si no el país se desmorona. No. No es cierto. La situación real es que vas allí a limpiar culos o te vas allí de camarero a fregar platos o a fregar vasos, entonces... Que dices: “no, es por el idioma”. Joder. Yo creo que mejor vete a la escuela de idiomas (...) que no hace falta, para aprender inglés, irte a Londres a limpiar vasos y a recoger mierdas de allí de los clientes del bar (...) Son argumentos que nos lanzan y que yo, bajo mi punto de vista, no me los creo, los miro un poco con recelo (César).

Es que ahora es como que si no emigras no eres nada. Es como una moda. Ahora es una moda, antes era una necesidad (Almudena).

Lo preocupante, dicen, es que este *esnobismo*, se propaga por toda la sociedad, sirviendo, a la vez, para culpabilizar a aquellos jóvenes que se resisten a dejar sus hogares (el dedo acusador del “es que no os movéis”). Lo novedoso, ahora, es que ese discurso esté generalizado, porque, como bien nos apuntan Jimena o Catalina, también en “sus tiempos”, allá por mediados de la década anterior, había gente que se iba a las grandes capitales (españolas, entonces) persiguiendo un santo grial profesional, mientras el común de los titulados ni se planteaba esa posibilidad al encontrar un acomodo relativamente rápido y estable en su región. Para ambas entrevistadas, la diferencia con respecto al momento actual es que el pensamiento general entonces era que quienes se marchaban lo hacían por su propia voluntad (y con altas miras), mientras que hoy se ha asentado la idea de que emigrar (o, incluso, perseguir el sueño, en general, cualquier sueño) es una auténtica necesidad a todos los niveles, no limitada, por lo tanto, a aquellos individuos con ambición o grandes pretensiones.

A diferencia de lo que pasa ahora, el trabajar fuera, en mi época era... ¿un cero coma cinco por ciento? (...) Una minoría muy minoría, a lo mejor perfiles muy específicos de... investigación. Cosas así muy específicas (...) Era una cosa más como de capricho (...) En mi época no era con el extranjero, era con irte a Barcelona, a Madrid, tal, no sé qué, ¿no? “¿Te quedas aquí en Cáceres? Pfff, qué pringao”, ¿no? En plan: “vaya rollo. Tu vida es un rollo. Mi vida es apasionante” (Catalina).

Con todo, la variable fundamental a la hora de considerar las posibilidades de emigración no es tanto la situación laboral, ni siquiera el propio *afán* de desarrollar una carrera o el grado de conciencia de que las

posibilidades en Extremadura son muy reducidas, como la presencia, en la vida del joven, de más o menos sólidas “ataduras”. Del mismo modo que se entiende que “para emigrar hay una edad”, se considera que hay unas circunstancias vitales que *facilitan* el desarrollo de un movimiento de este tipo (y, por lo tanto, que hay otras circunstancias que limitan o imposibilitan adoptar este camino). La situación vital, en suma, es decisiva. En el momento en que “te metes en un piso” o tienes hijos, las posibilidades de movilidad se reducen casi a cero, sea la situación laboral la que sea⁴⁵⁰. Igualmente, en el caso de noviazgos afianzados, los propios jóvenes limitan sus estrategias de búsqueda de trabajo fuera de su entorno más cercano (donde pueden estar con sus parejas sin tener que vivir separados), aunque también hay casos que se muestran muy convencidos de emigrar en solitario si fuera *necesario*. De hecho, contamos con casos en que los propios jóvenes, conscientes de la *necesidad* de emigrar para trabajar “en lo suyo”, voluntariamente deciden prescindir de acumular cualquier tipo de “lastre” o de colocarse unos u otros tipos de “grilletes” (parejas, hipotecas, etc.) que pudieran obstaculizar este inevitable siguiente paso en su carrera laboral.

Evidentemente, por lo demás, la valoración de las posibilidades de emigración al extranjero⁴⁵¹ depende del propio valor que se atribuya al trabajo, amén de depender de las necesidades objetivas del sujeto (sólo pasa penurias quien tiene necesidad, que se traduce en el consabido: “¿qué necesidad tengo yo de pasar penurias allí?”, formulado bajo distintas construcciones). Se establece así una distinción entre una emigración *de crecimiento*, basada en el desarrollo de una carrera profesional, y una emigración *de supervivencia*, orientada a la consecución de unos recursos que en la actualidad no se

⁴⁵⁰ Téngase en cuenta que nuestros entrevistados, invariablemente, tienen sus vínculos familiares más directos en la misma localidad donde residen. La pauta de residencia independiente mantiene la cercanía con respecto a padres o suegros, como opción estratégica de cara a ayudas de todo tipo (sobre todo en el cuidado de los hijos, actuales o previstos en un futuro más o menos próximo).

⁴⁵¹ A lo largo de todo este epígrafe nos estamos refiriendo a la emigración internacional. No es accidental. En el relato de nuestros entrevistados se asemejan, prácticamente, los destinos nacionales e internacionales. A los jóvenes les resulta equivalente emigrar a Barcelona que hacerlo a Londres (dos destinos paradigmáticos en sus proyecciones). Esto es así *pese a* las limitaciones en cuanto a competencia idiomática que muchos reconocen. Esto es así, también, *gracias a* que las dificultades de comunicación de Extremadura hacen que pueda resultar, según el origen, más rápido llegar a Londres, vía Lisboa, que hacerlo a Barcelona, a Murcia, o a muchos otros destinos dentro de España. Hablar de emigración, por lo tanto, subsume ambas posibles, la intranacional y la internacional, por más que, obviamente, hay casos que sólo contemplan la posibilidad de desplazarse a otra Comunidad Autónoma española.

encuentran disponibles en el entorno más cercano. Estaríamos ante dos itinerarios diferenciados que, de algún modo, parecen relacionarse con la propia extracción social del joven. Así, aquellos con una proyección *profesionalizante* sólo se irían en el caso de contar con unas condiciones laborales buenas o, por lo menos, prometedoras. Y estas condiciones no las están encontrando (ni cuando otean la posibilidad por ellos mismos ni cuando entran en contacto con la realidad de algunos colegas ya emigrados). Mientras, los jóvenes de extracción social más baja, normalmente con carencias en cuanto al manejo del inglés⁴⁵², miran el extranjero como una oportunidad para, aparte de mejorar en el idioma, conseguir un empleo que aquí no se tiene. Pero las condiciones que se les ofrecen resultan, ciertamente, *penosas*, hasta el punto de hacer que no se vean, todavía al menos, en la pura y descarnada necesidad de tener que aceptarlas. En suma, tanto unos jóvenes como otros *apurán* las opciones regionales antes de *salir* al exterior. Como decíamos al principio de este apartado, muchos son los que se declaran abiertos a la posibilidad de emigrar, pero pocos son los que, en la actualidad, tienen un plan concreto para hacerlo, una planificación inmediata no ya para trabajar, sino siquiera para buscar trabajo fuera de Extremadura⁴⁵³.

Por supuesto, existen casos, como el de Noelia, que únicamente se orientan al exterior, ante la necesidad vital de “cambiar de aires”, ante el sentimiento de que ha sonado un reloj en su interior que les dice que ha llegado el momento de emigrar (un sentimiento, podríamos decir, de *wandering*, como lo calificarían los anglosajones)⁴⁵⁴, siquiera por dejar de sentirse “estancada”.

⁴⁵² La competencia idiomática puede servirnos como valioso indicador de clase social (esa noción tan complicada de medir en Sociología). No formando parte de los planes de estudio de las licenciaturas o diplomaturas, el aprendizaje del inglés ha constituido tradicionalmente una *distinguida* actividad *extra*, muchas veces financiada por los padres mediante cursos (o estancias) en el extranjero, academias privadas, clases particulares de conversación... En la pequeña muestra que manejamos para este estudio se observan diferencias al respecto en el sentido que indicamos: a clase social más elevada, mayor nivel de inglés (y vale decir, también: mayor nivel de inglés implica una mayor inversión realizada por los padres para alcanzarlo).

⁴⁵³ Lo cual encaja perfectamente con otro de los clichés habituales al hablar sobre la cuestión: todos los que se muestran dispuestos a irse afirman, a continuación, que sería un viaje de mayor o menor duración, pero siempre de ida y vuelta.

⁴⁵⁴ O “*wanderlust*”, como “impulso” de viajar, necesidad de ver el mundo. Término que, se recordará, fue explotado hace relativamente poco por la omnívora industria automovilística para promocionar uno de sus productos.

Me he dado cuenta que necesito salir, cambiar un poco de aires (...) Necesito salir de aquí. Ya es una situación en la que dices: “con la edad que tengo, estoy en casa, con mis padres, con mis hermanos, sin un trabajo... (...) Es el problema de estar estancada, ver que... tengo amigas que se han ido una a Bruselas, otra a Londres, otro amigo mío está en Polonia... Es una situación un poco de... y yo sigo aquí, en mi casa, haciendo lo mismo que hace tres años. Entonces, el hecho de irme lejos es... en parte también es por eso, por romper un poco con todo y... y cambiar (Noelia).

Del mismo modo que hay jóvenes deseando salir de Extremadura, hay otros jóvenes extremeños que forman parte actualmente de la diáspora de un pueblo tradicionalmente emigrante. Muchos de nuestros entrevistados, de hecho, han sido emigrantes en algún momento de su vida⁴⁵⁵, bien sea en la versión *de entre semana* (con retorno casi cada fin de semana al hogar familiar) de los estudiantes de origen rural que cursaban su carrera en alguna de las ciudades extremeñas, o bien en la versión algo más prolongada de beca Séneca o Erasmus (pudiendo, de hecho, haber sido combinadas ambas, siendo estudiantes en Badajoz o en Cáceres y pasando uno de los cursos en el extranjero o en otra ciudad española). Para la mayoría, estas experiencias no resultan traumáticas, máxime cuando, desde la infancia, se contemplan como algo inevitable, como la continuación natural de la fase de estudiante, que tendría, necesariamente, un período de estancia fuera del hogar familiar, ya sea para adquirir la formación universitaria “básica” o para tener acceso a posibilidades de especialización sólo disponibles fuera del entorno más cercano⁴⁵⁶. Si tanto a unos como a otros la experiencia les sirvió para sufrir posteriormente los efectos de la vuelta al hogar paterno⁴⁵⁷ (bumerán que no golpeó a quienes, por estudiar en su propia ciudad, no llegaron a salir de casa

⁴⁵⁵ Hay que destacar que son una minoría, en cualquiera de los perfiles que hemos considerado para este estudio, aquellos que cuentan con una tradición migrante en sus familias. Quizás sus abuelos salieran del pueblo (en ocasiones en su infancia) para llegar a las capitales extremeñas, pero sus padres, normalmente, no han salido nunca de su localidad actual. Pese a todo, la emigración, como concepto y posibilidad vital, se encuentra instalada en la cultura extremeña y forma parte de la cosmovisión de los jóvenes.

⁴⁵⁶ El *commuting*, la movilidad pendular cotidiana (en este caso, para ir a clase y volver), es un fenómeno bastante poco común entre los universitarios extremeños. En parte, se arguye, por las deficiencias en las comunicaciones (autobús o tren), en parte por las ventajas de vivir en la ciudad, muchos son los jóvenes que acaban compartiendo piso en Badajoz o en Cáceres (generando un mercado inmobiliario que también merecería un análisis detenido), por más que su residencia habitual se encuentre, incluso, a menos de treinta kilómetros de su centro de estudios.

⁴⁵⁷ A las restricciones sobre la libertad (en términos de *autonomía*, no de *independencia* económica) que supone volver a estar bajo el techo paterno se suma una sensación de retroceso, como si se estuviera volviendo a la casilla de salida al regresar *al nido*.

de sus padres), la positiva valoración que se supone (se supone) que los empleadores dan a la *experiencia Erasmus* les lleva a considerar que una experiencia laboral en el extranjero tendrá, cuando menos, una recompensa curricular, amén de lo enriquecedora (el tan manido *crecimiento personal*) o *formativa* que pueda resultar la vivencia. Los informantes que han “estado de Erasmus” en algún momento de su ciclo formativo, destacan el valor de esta experiencia, más allá de lo aprendido en las aulas⁴⁵⁸, por cuanto reflejaría el grado de *competencia* del sujeto emigrado, su nivel de “inquietud”, su capacidad para ser autónomo y enfrentarse a los problemas cotidianos sin la ayuda de nadie (de sus padres, se entiende)⁴⁵⁹.

Yo creo que los entrevistadores... los laborales... lo único que sacan del Erasmus es que es alguien... vivo, que no tiene miedo. Y ya está. Que se sabe manejar en... ¿cómo... cómo lo dicen? “La zona de confort”, ¿sabes? “Muchacho que sale fuera de su zona de confort”, o una cosa así (Pablo).

Para Almudena, que estuvo trabajando (en condiciones ciertamente *informales*) en el extranjero mientras cursaba un máster de especialización, la experiencia adquiere otros tintes (siempre en esa línea *formativa* o de crecimiento personal):

Y yo creo que es buena la experiencia de estar fuera de tu país, o sea un Erasmus o algo. Creo que es bueno sobre todo para los que no hemos salido nunca del sitio... porque yo he viajado un montón, pero siempre iba como protegida por alguien. Para los que hemos estado siempre así, en ese núcleo familiar o algo, creo que es muy bueno irse, buscarse la vida, ver... como que necesitas que la vida te pegue ese hostión y darte cuenta de lo que hay y lo que no hay. Y yo creo que es que hay gente, hay ciertas personas, ciertos jóvenes, ciertos niños en ciertos núcleos familiares, que es que eso se lo tenían que imponer, porque tienen una realidad... viven en un mundo... paralelo, que se han creado ellos, donde todo está supergenial, donde todo es superguay, donde todo... que necesitan ese hostión (...) Entonces creo que la experiencia de irse y buscarse la vida es necesaria.

⁴⁵⁸ Que, de hecho, se sobreentiende que no será demasiado, habida cuenta del énfasis que ponen en lo atípico de su situación en aquellos casos en que “han tenido que estudiar”. Esta crítica, habitual por lo demás, al programa Erasmus (que encontramos en otras muchas entrevistas, donde se caracteriza poco más que como unas vacaciones en el extranjero) se soslaya hablando de la *experiencia*, más allá del estricto currículum académico. Habría que ver cuál de las imágenes es la que manejan los distintos potenciales empleadores.

⁴⁵⁹ Por más que la cuantía de la beca Erasmus difícilmente dará para mantenerse un curso entero en el extranjero (no es habitual que el Erasmus trabaje, por lo demás), lo que hará que, una vez más, tiendan a ser los padres los proveedores de recursos, desde la distancia en este caso.

Desde esta perspectiva cabe entender que Noelia, en su anhelo de nuevos aires en el extranjero, busque trabajo y encuentre voluntariados con largas listas de espera y para los que, incluso, el voluntario tiene que abonar una suma nada despreciable de dinero para poder entrar en el programa. Era de esperar: si la lógica *credencialista* invade también esta esfera, esos *méritos* curriculares hay que pagarlos.

4. Extremadura, España y sus jóvenes: la ineficaz gestión del problema juvenil⁴⁶⁰.

El *sistema*, como entidad que englobaría la interacción entre empleadores y Estado, no da oportunidades a los jóvenes, no los tiene en cuenta, despreciando sus capacidades, que no son, en absoluto, valoradas ni consideradas. Este sería, en pocas palabras, el sentir general de nuestros informantes al posicionarse con respecto al modo en que perciben que el país (o, a un nivel inferior, Extremadura) les trata. Este sentir alimenta, por lo demás, la perspectiva de la emigración, siquiera porque se considera que “ahí afuera” sí que se valorará mejor a los jóvenes y sus ideas (por lo menos serán “escuchados”)⁴⁶¹. No es tanto un maltrato como un mal trato, por cuanto el joven ha cumplido con su parte del celeberrimo *pacto implícito*, se ha formado (incluso más allá de lo recomendable o lo prescrito) y, ahora, la sociedad (ese *sistema*) no cumple con su parte del acuerdo. Las promesas “que la sociedad ha ido dejando caer” (como enfatiza tantas veces en su discurso César, para

⁴⁶⁰ Se observará, en este epígrafe, una mayor profusión de citas procedentes de nuestras entrevistas. Se pretende, con ello, establecer una especie de “diálogo” entre Extremadura/España y los/sus jóvenes (favorecido por el propio manejo de la segunda persona del singular que muchos entrevistados introducen en sus relatos, como refiriéndose al Estado o a la Sociedad). Posteriormente, en el siguiente capítulo (número 10), realizaremos un ejercicio similar entre estos jóvenes y sus padres (la lógica, por lo tanto, ahora, se orienta a la consideración del Estado, Estado del Bienestar, como *padre* –o madre patria).

⁴⁶¹ Opinión que enlazaría con la percepción, descrita en el epígrafe anterior, de una resistencia al cambio (tradicionalismo) por parte de las generaciones que detentan el poder en España y/o en Extremadura.

contraponerlo a la ausencia de un contrato formal en el que se le garantizase nada)⁴⁶² no se cumplen, el pacto se considera unilateralmente roto.

Yo ya he hecho la parte que a mí me tocaba. Ahora que la sociedad haga la parte que le toca a la sociedad. Yo ya he estudiado todo lo que he tenido que estudiar. He estudiado de más. Y ahora después tendrás un trabajo, porque la sociedad exige que tengas un trabajo para mantener una casa, que tiene sus gastos, que tiene sus historias. Yo ya he hecho mi parte de estudiar, más o menos larga, en mi caso yo pienso que ha sido larga, pero después ya no hay más: hay un vacío, hay un... un acantilado, podemos decirlo así, que... que no hay nada, que no hay nada que te... que tire de ti hacia arriba, ni hacia el lado, ni nada. Entonces, ¿para qué hago lo que me dice la sociedad si al final la sociedad no hace... nada... por mí? (...) es que no hay ni palmadita en la espalda (...) Es una sensación extraña: ¿para qué me pides que haga algo para nada? Para entretenerte, para tenerte entretenido, supongo (...) La sociedad al final te pide que hagas ciertas cosas, pues para ser un buen ciudadano y poder formar parte de esta sociedad tan bien engrasada que funciona tan bien, pero al final no... (...) La galletita la sociedad no te la da, se la queda (...) No veo yo el caramelito, vaya (César)⁴⁶³.

Así, más que “maltratados” (tiende a rechazarse esa etiqueta) los jóvenes se sienten abandonados, despreciados, olvidados (como si eso no fuera una forma de maltrato, después de todo). Han adquirido toda una serie de conocimientos, han desarrollado todo un conjunto de competencias, que ahora la sociedad no quiere o no sabe explotar. Esta visión, compartida por muchos de nuestros entrevistados, es bien resumida (aunque se apreciará que no muy elaborada en lo discursivo) por Víctor:

⁴⁶² La ausencia de dicho documento (irrealizable, por lo demás) es un recurso generalizado de los jóvenes cuando rechazan sentir cualquier tipo de frustración (como se verá en 11.2). “A mí nadie me prometió nada” es la frase típica, complementada con el “a mí nadie me dio un contrato en el que me prometieran cosas”. Lo que opera a nivel individual evitando la frustración (sentimiento hábilmente vinculado al fracaso personal, por lo que el individuo hará todo lo posible por no experimentarlo) también es una herramienta de orden social, evitando cualquier tipo de indignación (siquiera de sentimiento de posibilidad de indignarse) en multitud de casos entrevistados.

⁴⁶³ En otra larga intervención, casi un monólogo, que se extiende durante más de quince minutos (de los que hemos intentado seleccionar partes especialmente significativas), César va relacionando las promesas de la sociedad con la caracterización de su propia generación (“perdida”) y con su sentimiento de frustración, que no disimula en absoluto. El eje de todo su discurso es la insatisfacción (decepción) con respecto a su situación actual, después de haber realizado un largo recorrido formativo. En algún punto, dice, se ha quebrado la cadena de acontecimientos que le habían inculcado (“el ciclo de la vida de *El Rey León*”): estudiar para trabajar, trabajar para tener una casa y poder desarrollar su propia vida (casarse, tener hijos, etc.). Como recordaremos, esa ruptura con respecto a las expectativas generadas le estaría “empujando” al mundo de las oposiciones (donde la “zanahoria” sí que le parecía *real*).

Tenemos [los jóvenes] unas capacidades que ahora mismo tampoco saben valorar. Y no confían en nosotros, ¿no? Para eso, para buscar una salida a todo [hablando de la crisis]. Y entonces no nos dan esa salida tampoco (...) No son capaces de darnos ese papel protagonista, arriesgarse a que los jóvenes lideren esa parte, que en eso encontremos nosotros una salida (...) No nos da el papel que pienso que realmente nos haría también despegar a nosotros (...) Y darnos una oportunidad. Una oportunidad. Una simple oportunidad (...) “Jolín, explótame”. Si es que me apetece, o sea, es que me apetece trabajar mucho, implicarme, hacer las cosas bien, yo qué sé, hacer... aportar algo... (...) Se quejan de nosotros, nos ven como un lastre, y encima no nos dan oportunidades ni nos dan... el papel necesario para hacer algo. Nos ven ahí como, yo qué sé, como un... estorbo (...) No nos han educado para estar en la crisis y, además, no confían en nosotros porque nos ven como unos inútiles y ni nos dan las herramientas.

La perplejidad de algunos informantes ante esta situación da paso a *arrebatos* más o menos puntuales o prolongados de *enfado* ante su situación, por más que luego se vuelvan a canalizar hacia discursos más *ordenados*, en torno a los temas que ya hemos venido desgranando (la formación, la emigración, etc.). No en vano, no faltan tampoco discursos absolutamente individualistas (o familistas) entre nuestros entrevistados (sobre todo entre aquellos a quienes las cosas les están yendo más o menos bien –o aquellos a los que les está costando mucho esfuerzo y sacrificios, todavía no recompensados), que sitúan al individuo como actor y protagonista (único y prístino) de su vida.

Al fin y al cabo depende de cada uno (...) Depende de la persona. A mí el Estado no me tiene que decir... no me tiene que tratar ni mejor ni peor. Me tiene que tratar bien o mal la gente con la que me rodeo. Y me tengo que tratar bien o mal yo (...) A nivel individual dependemos de nosotros mismos, o de tus padres si te están manteniendo (...) Me podrán dar [el Estado] más posibilidades o menos posibilidades, pero... la realidad de cada sitio es la que es, canalízala tú como buenamente puedas (Almudena).

Al final... la gente tiene que buscarse las habichuelas y el país te trata bien o mal según las herramientas que tú tengas (Julio).

Discursos que acaban eximiendo al Estado (al *sistema*, en su conjunto) de cualquier responsabilidad, dirigiendo la severa mirada hacia los propios jóvenes, vestidos de “*nini*” en muchas visiones:

Es que también... a veces los propios jóvenes somos los que... o son los que se ponen en esa situación. Eres nini, esto que ni estudias ni trabajas. Es porque tú estás así, porque a lo mejor en su momento en tu casa no te exigieron cierto nivel y la cosa ha ido degenerando hasta que no haces nada, porque nadie te lo pide, porque vives en casa de tus padres y de momento va bien la cosa, nadie te aprieta para que cambies, entonces... si tú estás en esa perspectiva qué le vas a pedir, qué le vas a exigir [a la sociedad]. Eres tú el que te has puesto en esa situación (...) Es verdad que la cosa para los jóvenes está muy mal (...) pero también es verdad que algunos jóvenes se ponen en una situación en la que, si ya de por sí la cosa está chungueta, tú te pones otro hándicap más (...) “¿Para qué voy a buscar si no hay?”. Joder, pero por lo menos que no... que no sea por ti. Si no encuentras, por lo menos que no sea por algo que has hecho tú, o que has dejado de hacer, que por lo menos se te note que tienes ese interés (...) Al final la cosa es haberte preparado lo suficiente y luego estar en el sitio indicado en el momento adecuado (Valeria).

En cualquier caso, siquiera por el coste económico que supone mantener el edificio del Estado del Bienestar (coste del que los jóvenes, tan alejados de los estereotipos al uso, son plenamente conscientes), se enfatiza el desperdicio de recursos que supone tener a esa población joven, sobradamente cualificada, en el paro (o en el extranjero o en otras partes de España).

¿Cómo va a tratar [el país] bien a sus jóvenes si les da igual que un joven al que tú le has pagado aquí la educación, porque a lo mejor ha estado becado, con un pedazo de currículum o de expediente académico, te da igual que se vaya fuera porque aquí no le das trabajo? Te has gastado dinero en formar a un joven aquí, que está bien preparado, y te da igual que lo esté explotando otro país, porque tú aquí no lo quieres, porque no lo valoras, porque te da igual que se contraten jóvenes o no (Míriam).

La indiferencia que los poderes públicos parecen tener con respecto a dicho dispendio sitúa a los jóvenes en la pista de un fraude general, con la formación como placebo. Como lo expone Claudio, la formación es aquello que al Estado no le cuesta trabajo ofertar y, al tiempo, aquello que los jóvenes están ansiosos por consumir⁴⁶⁴.

⁴⁶⁴ A partir de ahí tampoco es de extrañar que muchos discursos críticos se orienten, precisamente, a la *impertinencia* de ofertar tantas plazas en tantas titulaciones, porque ello acaba generando una inflación de titulados universitarios que la economía, extremeña y española, es incapaz de absorber (como ya vimos en los dos capítulos anteriores, 7 y 8).

Los tiene [el país a sus jóvenes] en cierta manera olvidados. Sí es cierto que procura que sí, que haya... que acabe la ESO, que haga el Bachillerato, que acabes la carrera, pero cuando ya vas a salir al mercado laboral hay un vacío... yo siento que hay un vacío ahí, tanto a nivel nacional como autonómico, tremendo [M: Los deja a su suerte]. Totalmente. “Yo ya he invertido en ti todo lo que he podido”. No todo lo que he podido, sino todo lo que es sencillo para el Estado. Porque para el Estado, ¿qué es más sencillo que “tienes ahí un año de carrera por seiscientos euros, ahí lo tienes, o gratis incluso”? Luego ya no, ya si tienes que buscar trabajo tienes que tal, ya te buscas la vida (...) Para el Estado lo más fácil es “te doy una beca y te buscas la vida luego” (...) “Ahora ya es tu problema. Tú ya estás formado... yo ya he invertido en ti. Tú ahora ya tienes que buscarte las habichuelas”.

Toda la política juvenil se construye en torno a programas formativos, en un ejercicio deliberado que tiene su envés en la transferencia de la responsabilidad (la lógica de la empleabilidad) al sujeto, que, por más formado que esté, siempre podrá carecer de algo (el carácter naturalmente infinito del *saber* sirve a la perfección a este movimiento de culpabilización, que deviene autoculpabilización). El Estado invierte en “lo fácil”... y en lo cuantificable (que es como decir en lo fácilmente manipulable, con dosis variadas de *cooking data*)⁴⁶⁵. La *cuantitofrenia* estatal opera de forma evidente en este ámbito, como es percibido por nuestros jóvenes informantes, para quienes sólo importan las cifras (que se traduce en el resignado “somos números” enunciado por Elías). Esta preocupación por la cantidad (por encima de la calidad) lleva a desarrollar todo tipo de programas (cursos y más cursos) sin atender a la eficacia, en cuanto a contribución a la inserción laboral, de los mismos.

Yo creo que la proliferación de cursos muchas veces es más por... por decir: “mira, hacemos cosas con el dinero que hay que gastar”. Yo es que creo que, tristemente, aquí funcionan las cosas así. ¿Queda bien decir que Extremadura tiene un... tiene que gastar una partida para cursos de tanto? Pues se gasta. Y no se preocupan de que luego de verdad esos cursos sirvan para algo. Que es lo que tenían que hacer (Míriam).

⁴⁶⁵ Estrategias entre las que los jóvenes cuentan, precisamente, el camuflaje de situaciones de paro bajo figuras más o menos difusas de estudiantes de distinto tipo. Desde ahí se interpreta (comprende) la oferta, como vimos generalmente considerada excesiva, de plazas universitarias.

Se desarrollan, por lo tanto, acciones formativas que son percibidas como una *distracción* (casi en el sentido bélico del término) por parte de otros entrevistados. Se produce, con ello, un uso irracional de los recursos, que se malgastan irremisiblemente, alimentando la imagen del Estado del Bienestar como agujero negro de recursos colectivos, representación que abona el terreno a todo tipo de actitudes *poco favorables* al mantenimiento de dicho edificio institucional (lo que ayudaría a explicar el auge actual de los discursos más descarnadamente neoliberales, también entre los jóvenes):

Cuando vemos el tema de los cursos, uf, el dinero que se lleva ahí. Digo: “¿Realmente esto vale eso?”. En un curso nos dieron una *tablet*. A lo mejor no es una *tablet* de las más caras: me da igual. Es que ¿yo tengo necesidad de que me des una *tablet*? (...) Me da pena. Y no era la única del curso que lo pensaba. Te están dando una *tablet* y dices: “es que este dinero...”. Para que veas si los jóvenes estamos concienciados, que mucha gente decíamos: “se está gastando un dineral...” (...) Esas partidas de dinero no son necesarias. Si es que no son necesarias. Tú otorga un dinero para los libros que nos das, que me parece muy bien, que ya bastante caros son (Míriam).

Esto es como los fondos europeos, que luego dicen: “¿qué hacemos con todo este dinero, que se va a acabar el día treinta y uno de diciembre?”. “Ah, pues haz bolis”, ¿no? “Haz bolis, haz algo, que no se pierda el dinero, dios mío” (...) Vamos a hacer una verdadera racionalización de... de los recursos para ayudar a la gente. Que los pensadores son pensadores y piensan iniciativas transversales de no sé qué y luego eso queda en nada (...) que no perduran (...) conforme vino se fue. Es que queda en nada. Todo. No tiene recorrido (Catalina).

Frente a este tipo de acciones, los jóvenes consideran que sería más *interesante* (más útil, más productivo)⁴⁶⁶ intentar importar algunas prácticas que se desarrollan en otros países, o, al menos, hacer un fomento real del emprendimiento (el discurso oficial se considera engañoso, como ya vimos - 8.3), amén de eliminar trabas u ofrecer apoyo eficaz a empresas y autónomos (reduciendo la presión fiscal o abaratando el suelo, por ejemplo, para hacer más atractiva la región a la inversión externa y para facilitar la propia actividad empresarial *nativa*). Se piensa, asimismo, que se debería llevar a cabo una profunda transformación del mercado de trabajo, en aras de favorecer la inserción de los jóvenes en condiciones de calidad, eliminando los abusos que

⁴⁶⁶ “Con ese dinero, que se financien cosas reales”, sentencia Pablo con su habitual estilo conciso.

las actuales formas de contratación “juvenil” introducen (la trampa de los contratos de aprendizaje o formación).

Yo siempre lo he achacado [la situación actual de Extremadura] al ámbito político. Y cada día un poco más, porque (...) no creo que se tengan que dedicar tanto tiempo a si quito o pongo tal asignatura, la pongo o la dejo de poner, como a todas las tareas que hay para intentar reflotar la economía de Extremadura. Entonces sí que... creo que han prestado poca atención al tema... y han puesto muchos baches (...) Hombre, estrújate los sesos en pensar qué puedes hacer para que se invierta aquí y ser más atractivo y venga gente de fuera (...) Y se entretienen mucho tiempo en... en... mi opinión: en hacer chorradas, y eso no le va a dar... no son políticas de empleo, que es lo que necesita Extremadura (Claudio).

La fórmula mágica no sé ahora mismo cuál puede ser en materia laboral, pero desde luego la que hay ahora no. Eso está claro. Y la Garantía Juvenil, los contratos en prácticas, los contratos en formación son una mentira, porque estás contratando un trabajador normal para que haga un trabajo normal con un contrato de formación que no es formación y que... está trabajando ocho horas y que se supone que cuatro tienes que estar estudiando y cuatro trabajando. No: está trabajando ocho. Entonces, todas esas mentiras eliminarlas por supuesto, o sea, contratar directamente con el contrato indefinido y... y, bueno, si hay contratos en prácticas y tal, pero que estén bien regulados, que haya mucha más regulación de todas esas cuestiones, porque se hacen muchísimas trampas y, desde luego, pienso que de los jóvenes... a lo mejor el cincuenta por ciento o el sesenta están contratados con contratos de formación o de prácticas que son contratos basura, y que son contratos precarios absolutamente, y eso a la juventud le castiga mucho, no entiendo porqué nosotros tenemos que trabajar con esas condiciones. Y eso se está fomentando realmente (...) Nos han dado una oportunidad laboral, pero ¿a qué precio? (Víctor).

Para nuestros informantes más conscientes⁴⁶⁷, la política (o incluso la Política, con mayúscula inicial) se reduce a mucha “palabrería”, mucha acción “para la foto” y para el maquillaje de las cifras, y muy pocos efectos reales. Los políticos se moverían, invariablemente (tanto los representantes de la denominada “vieja política” como los adalides de la “nueva”), por el rédito electoral, lo que implica moverse siempre en el corto plazo, buscando el interés inmediato. Se considera, por ello, que no se hace (ni se hará) lo suficiente para llevar a cabo los cambios profundos que el contexto socioeconómico necesitaría para mejorar la situación de los jóvenes y de la sociedad en su

⁴⁶⁷ Otros muchos, simplemente, no muestran interés al respecto (“pasan”) o dicen no tener una opinión formada en materia de las políticas desarrolladas (por más que éstas les afecten directamente).

conjunto. En una larga intervención, Víctor resume varias de las cuestiones recogidas en este epígrafe:

Las cosas que se hacen, ridículas, por parte del Ministerio o de la Junta de Extremadura o de las Administraciones Autonómicas o, bueno, de los Ayuntamientos. Cosas auténticamente ridículas que no sirven para nada, y que sirven para hacerte una foto con el programa que he hecho para los jóvenes o con el... la subvención que he dado para tal... Y luego en realidad eso no se materializa, o sea, no se planta una semilla con ese dinero, sino que se da dinero porque se tiene que dar, se hacen cosas que se supone que se tienen que hacer con este grupo que no sabemos qué hacerle, con los jóvenes, ¿no? Es como un enredamiento, no sé, los políticos no... no dan en la tecla. Y como no están abiertos a los jóvenes no saben dar en la tecla de realmente lo que necesitan, ¿no? (...) [M: Y se desarrollan programas que luego quedan ahí...] Es como “porque sí”, por hacerlo porque sí (...) Medidas para... pasar el trámite, cumplir con el objetivo moral de apoyar a la juventud pero luego en realidad ni ayuda a los jóvenes ni nada, o sea, estás dándole... caramelitos para que se callen, y ya está, para que estén sosegados con que la Administración o que el Ministerio trabaja para los jóvenes y todas estas cosas. Pero en realidad no hacen planes de empleo, no hacen... reales, que digas que tiene efecto real, ni hacen un control real sobre lo que están gastando en jóvenes, ni hacen inspecciones de verdad, ni hacen... ni se aplican realmente los programas que están... que hacen. Es como todo, para mí, un desastre, para mí un desastre las políticas de juventud que se hacen. Lo que a mí me llega como joven extremeño es que hacen una patochada (...) Todo lo que no sea cuantificable para las Administraciones es como si no hubiese sido nada porque es que no tiene un rédito político (Víctor).

Ante todo esto (y ante la imagen de corrupción generalizada que tan instalada está en el imaginario colectivo español), nuestros informantes manifiestan una absoluta falta de confianza (de *fe*) en los políticos y, por extensión, en la propia Política. Al final, la solución se busca individualmente (con el respaldo omnipresente de la familia), generándose, quizás, una juventud (una *generación*) tendente al individualismo, a la competitividad, al descreimiento institucional que abre la puerta a la insolidaridad y al egoísmo en lo social. La salida de esa habitación con paredes infranqueables, puertas cerradas y gente haciendo cola (el “sótano tapiado” que define César), es un auténtico “sálvese quien pueda”... y como pueda⁴⁶⁸.

⁴⁶⁸ Si bien también hay quien mantiene un discurso menos condescendiente con el Estado: es posible que, por la manida “necesidad”, se acepten (“callados como tontos y aguantando lo que nos venga”, como dice Luisa) las condiciones del mercado de trabajo y la precariedad en todas sus formas y

CAPÍTULO 10.

Nacidos en momentos diferentes: el contraste intergeneracional: el esfuerzo y la (mala) suerte.

1. “Currantes de toda la vida”: la imponente presencia de *los mayores* desde la perspectiva de los jóvenes.

Si siempre resulta complicada la aplicación del método comparativo, en Sociología, para contrastar situaciones a partir de datos *objetivos*, tanto más difícil resulta cuando lo que se pretende es partir de percepciones subjetivas sobre situaciones que, de hecho, ni tan siquiera fueron experimentadas por una parte de los sujetos a los que se pide que hagan ese ejercicio de comparación (los hijos sólo conocen la realidad del momento social y de la vivencia de sus padres a través de referencias indirectas, como el propio relato de dichos padres). Estas dificultades se ven todavía agudizadas en una demanda como la nuestra, que, pese a orientarse a hablar de generaciones, en abstracto, acaba viendo cómo se producen transferencias por parte de los sujetos, giros encaminados a identificar padres/madres e hijos/hijas concretos, llevando al ámbito íntimo de la propia familia cuestiones originalmente concebidas como referidas a la macrosituación social. La labor del sociólogo, como analista e *intérprete*, resulta entonces especialmente ardua, pues debe intentar *aportar coherencia*, en términos heurísticos, a partir de un conjunto de relatos particulares, imbuidos por la especificidad idiosincrática de cada familia concreta. Este ejercicio, que camina siempre sobre la cuerda floja del peligro de generalización, intentará, en este punto, no alejarse demasiado de los casos particulares, partiendo de la premisa de que éstos no reflejarán *toda* la realidad, pero sí, al menos, parte de ella. Buscaremos, pues, en este epígrafe primero, la mirada que los jóvenes (hijos) dirigen a las generaciones precedentes y que acaban proyectando sobre sus padres, y el reflejo que dicha mirada de *sus*

manifestaciones, pero ello no implica que el Estado, que permite dichas condiciones, sea percibido como inocente de la situación generada.

mayores les devuelve sobre sí mismos⁴⁶⁹. La comparación, inevitable, la hacen nuestros entrevistados. La lectura hermenéutica en clave social, con sus errores, la hace el sociólogo.

En líneas generales, los jóvenes hablan con auténtica veneración de sus padres y de la generación de éstos, y contemplan sus biografías con actitud de callado respeto. Cabría esperar algún tipo de *envidia*, más o menos sana, ante la perspectiva, compartida por casi todos nuestros entrevistados, de que, con muchos más estudios, no se vaya a alcanzar el nivel de vida de sus progenitores, pero los mecanismos correctores del amor filial sofocan cualquier sentimiento *resentido* de este tipo. Sencillamente ha sido la suerte la que ha situado a unos y a otros en un devenir biográfico tan diferente. El discurso, por lo demás sólidamente perfecto en cuanto a su corrección política, no se ve afectado por la introducción de un elemento como el azar, tan tradicionalmente hostil a los discursos de agencia al uso. Nuevamente, el ejercicio corrector sitúa a los padres en el pedestal del que parecía que su afortunada coyuntura podía descabalgarnos: tuvieron suerte, sí, pero sólo para algunas cosas. Para otras, su posición fue mucho más precaria que para los jóvenes actuales. Las condiciones/posibilidades materiales (esas cuya importancia es tan denostada aplicada a uno mismo como censurada por generalizada en “la juventud” en su conjunto) repentinamente cobran fuerza en el discurso de los jóvenes, para justificar, mediante las penurias que habían pasado los padres en este ámbito, que la posición actual es, pese a todo, inconmensurablemente mejor que la que vivieron las generaciones anteriores. En cualquier caso, por si cupiese algún género de duda, el pensamiento positivo viene nuevamente a barnizar el cuadro de la situación actual: simplemente no vale la pena pensar en esas comparaciones, insanas, con respecto a los padres. Cada uno tiene que afrontar la realidad tal y como le viene. Lo demás, ya vimos, son “ganas de amargarse”. Como lo expone Jimena cuando se le pregunta al respecto,

⁴⁶⁹ La propia carga semántica del término “mayor” nos da un primer elemento de interés, que podría remitir a un rasgo cultural tendente a considerar superior lo pasado, lo anterior (más grande, más sabio, mejor). Tanto aplicado a personas como a épocas históricas, el pasado se toma como punto de contraste, buscando en él la verificación del presente, su aprobación. Desde esta perspectiva, el futuro sólo sería contemplado como una especie de *presente posterior*, desde el cual se vuelva la mirada hacia nuestro presente, que será entonces pasado, para juzgarlo. ¿Acaso los jóvenes viven permanentemente en el pasado cuando se les acusa, precisamente, de estar, voluntaria o forzosamente, anclados en el disfrute inmediato de un presente indefinido? ¿La crisis llegó al punto de cambiar la mentalidad de *progreso*, de futuro por delante, por una mirada continua a un pasado que ya no volverá?

después de que afirmase (desde su posición laboral absolutamente estable en el mercado de trabajo) que no cree que llegue a alcanzar el nivel de vida de sus padres:

También es un poco para decir: “no me quiero frustrar pensando que no voy a llegar a eso”. Pero, bueno, tampoco yo lo veo mal. Pues ellos vivieron su época, han tenido esa posibilidad (...) Que yo estoy más o menos bien. Que no llegue a tener, a lo mejor, dos casas como tienen ellos o... dos coches o... pues eso me da igual.

Desde esa perspectiva, no se vive ni siquiera con resignación, sino con absoluta y *naïf* normalidad, la diferencia, a todos los niveles, con respecto a generaciones anteriores. Las cosas, sencillamente, son así (una versión del creacionismo hecho visión sociohistórica). La crisis, como era la guerra para la abuela de Pablo⁴⁷⁰, es una realidad ineluctable que, con la amable regularidad de los amaneceres y los ocasos, visita periódicamente a individuos y economías nacionales (ahora ya globales). Las generaciones anteriores (padres y hermanos mayores) escaparon de *esta* crisis actual (sufrieron otras), que es la que marcará a la generación presente, señalada por la aguja de la ruleta económica cuando sus miembros estaban a punto de terminar su momento formativo⁴⁷¹, y configurará, previsiblemente, nuevas visiones del mundo en las generaciones venideras, siquiera hasta que una nueva visita del otoño económico se abata sobre ellas.

De este modo, la comparación que se puede establecer con los hermanos, igualmente limitada (al menos en cuanto a su manifestación exterior en una situación de entrevista con un extraño) por los dispositivos culturales del amor fraterno, vuelve a aludir a este elemento de la fortuna, bajo la formulación

⁴⁷⁰ En un fragmento que nos devuelve al fatalismo tantas veces presente en los relatos recabados: “Si ves que todo lo que está en tu mano lo haces y no te sale, pues al final terminas... más o menos aceptando lo que te ha tocado. Si es que no... no tienes otra. Como lo de la guerra, ¿no? Decía mi abuela: “*ave*, te ha tocado vivir la guerra. No vas a pasar hambre por no pedir: pues pides, y punto””.

⁴⁷¹ Ya explicamos en el apartado metodológico correspondiente (capítulo 6.7) los motivos para situar en torno a la crisis la cesura generacional que manejamos en este trabajo. Recurrir a la posición en el mercado académico y laboral obedece a un ejercicio habitual de nuestros entrevistados, que, para hablar de generaciones, acaban refiriéndose a “promociones”, en el sentido de conjunto de individuos (con independencia de su edad) que obtienen una determinada titulación en un año concreto. Esencialmente, serían términos sinónimos, a efectos de nuestro planteamiento, más allá de que nosotros englobamos distintas promociones dentro de un contexto *cultural* más amplio (hay más promociones —una para cada titulación para cada año— que generaciones, en definitiva).

recurrente de “la importancia del momento”. Haber salido o no al mercado laboral antes de la venida de la crisis, por edad o por finalización relativamente precoz del período formativo, explicaría ahora las diferencias en el nivel de vida (y en el propio desarrollo de las fases del ciclo de la vida) entre hermanos. Los hermanos mayores quedarían, pues, situados generalmente (tanto aquellos con formación universitaria como aquellos que carecen de la misma) en una posición ventajosa con respecto a nuestros entrevistados de *circa* treinta años. Esa posición ventajosa, con otro cariz, también la tendrían los hermanos menores, quienes, por haber hecho su recorrido formativo completamente bajo el signo de la crisis, habrían asumido un “cerebro de crisis” (en acertada expresión de Catalina) que les supondría una ventaja adaptativa a la nueva situación. La “generación de la crisis”, la de los entrevistados que hoy generalmente están alrededor de los treinta años de edad, quedaría emparedada en el medio, siendo la que ha sufrido el choque entre el deseo (las expectativas, el discurso de progreso y las promesas de linealidad biográfica y plácida carrera) y la realidad (la precariedad laboral, el bloqueo transicional y la quiebra de los grandes relatos). Bien sea por satisfacción de las expectativas (los hermanos mayores) o por carecer de las mismas (los hermanos menores), las fronteras generacionales se marcan en torno a ese momento *crítico* de explosión de la burbuja (socio)económica.

Volviendo a la mirada que los jóvenes tienen sobre la generación de sus padres (que, insistimos, acaba siendo una mirada sobre sus propios padres)⁴⁷², a la menor disponibilidad de acceso a recursos materiales de todo tipo se suele vincular un rasgo de carácter fundamental: los padres de nuestros jóvenes son (o eran) más “valientes”, menos “cómodos”, más “arriesgados”, por cuanto “con menos dinero hacían más cosas”, como irse de casa y formar sus propias

⁴⁷² Parece, en todo caso, que los jóvenes suscribirían después que sus padres son representativos de toda su generación o, al menos, de aquellos perfiles (los jóvenes rurales de hace treinta años, los jóvenes universitarios de hace treinta años, etc.) en que sus padres podrían haber sido encuadrados entonces. Está bastante generalizada la idea, como veremos a continuación, de que las juventudes “de aquella época” eran más homogéneas (dentro de la diversidad introducida por factores de clase social o hábitat) que las actuales, al menos en cuanto a la homogeneidad de unos patrones biográficos lineales, previsibles, estables. Desde ahí, podría ser viable esa generalización, que, muchas veces, los jóvenes hacen en sus relatos, cuando hablan de la experiencia de sus padres remitiendo siempre a la “época”, como contexto general que determinaría, en gran medida (mucho más que ahora, a tenor de sus manifestaciones), la biografía de los individuos concretos, cuyo protagonismo se juega en un plano ambivalente, por cuanto se les considera *decisores* de su camino, pero dentro de unas limitaciones contextuales que apenas daban margen para esa elección.

familias. Esta valoración de los padres como más “emprendedores”, con más ímpetu e iniciativa, se ve acaso atenuada por las mayores facilidades que, se estima, tuvieron a la hora de tener acceso a una vivienda. El habitual ejercicio de contar los meses de salario necesarios para llegar a alcanzar el estatus de propietario (siempre el propietario) de vivienda, en un momento histórico y en otro, vendría a relativizar la magnitud del logro de los progenitores. No obstante, el discurso heroico es tenaz y ni siquiera se detiene por estos hechos contables. Si los jóvenes actuales no salen de casa es porque sus estándares de “comodidades” necesarias son muy superiores a los que manejaban sus padres, en un discurso que pronto amenaza con convertir a los jóvenes de hoy en “caprichosos”⁴⁷³.

Antes no tenían tantos caprichos y tantas tonterías como tenemos ahora (...) Antes no tenían la necesidad de tener una *tablet*, un ordenador, un portátil, el mejor móvil... Mis padres se casaron sin televisión y sin lavadora. La lavadora se la compraron enseguida, nada más venir del viaje de novios, pero la televisión no la compraron hasta que llevaban un año. Y tú ahora no piensas en irte a vivir a una casa sin tele. Sin tele ni sin ordenador ni sin móvil ni sin internet, vamos (...) Sí que nos hemos acostumbrado a ciertas tecnologías y a ciertos caprichos que es verdad que antes no (Celia).

Este rasgo de carácter de sus padres, de personalidad moldeada por la cultura, se vería acentuado con el hecho de que, además, los miembros de la generación de los padres “partían de cero”, al no contar con el respaldo económico de sus padres (los abuelos de nuestros jóvenes informantes), lo que obligó a que tuvieran que “hacerse a sí mismos”, proceso de autoconstrucción que les ha llevado a ir “siempre a más”, para lo cual se hacen necesarias grandes dosis de esfuerzo y lucha contra la adversidad, sin apenas respaldo externo. El *colchón familiar*, por lo tanto, se conceptualiza como algo nuevo: la hucha formativa, como tantas otras cosas, sería una más de las producciones de esos padres que, por lo demás, tenían precisamente en el ahorro (en la

⁴⁷³ Por fortuna, no toda la culpa es de los jóvenes: los propios padres han fomentado este *tipo humano*, al ser demasiado solícitos con sus hijos en el pasado.

producción de huchas, podríamos decir) una de las características de su mentalidad⁴⁷⁴.

De ese carácter ahorrativo (y de su producto: el ahorro efectivo) se benefician ahora tanto los hijos como los padres de esta generación, verdaderamente “*sándwich*”, que asume el cuidado de los jóvenes y de los ancianos. Nuestros jóvenes informantes son plenamente conscientes de la insostenibilidad de este sistema de solidaridad intergeneracional, pero siempre parecen solucionarlo *hacia abajo*, mirando a sus posibilidades de mantener o ayudar a su descendencia. Se considera que los padres están ya en el pasillo asegurado de la pensión (o a sus puertas) y que no necesitarán apoyo económico por su parte. La particular construcción familista del Estado del Bienestar español descansa en la estabilidad de estas premisas. Sin duda, la situación puede ser catastrófica en lo demográfico (amén de dramática en lo familiar) si los jóvenes actuales mantienen a la larga sus actuales condiciones laborales: si hoy *viven de* sus padres (exabrupto para soslayar el algo más aséptico vocablo “dependencia”), difícil parece que algún día alguien pueda *vivir de ellos* (siquiera que ellos mismos lleguen a ser autosuficientes –ni aunque sea una autosuficiencia mediada por una pensión crecientemente incierta a tenor de sus trayectorias de cotización). Como las “supermujeres” de Luis Moreno (2002), los miembros de la generación de los padres se habrían mantenido a sí mismos (alcanzando niveles relativamente elevados de comodidad en sus condiciones de vida), habrían mantenido a sus hijos (o seguirían haciéndolo, hasta edades muy avanzadas) y habrían mantenido (en proporciones variables) a sus ancianos. Todo ello partiendo de cero (el discurso, una vez más, vuelve a obviar a otros agentes, como el propio Estado o el contexto del mercado de trabajo).

Este discurso adánico, del individuo hecho a sí mismo, está muy extendido, entre nuestros informantes, en aquellos de extracción social más

⁴⁷⁴ El supuesto hedonismo de la juventud actual chocaría con la mentalidad ahorrativa de sus mayores (la oposición entre *gastar* y *poseer*, respectivamente). Sea o no “hedonista” el gasto que los jóvenes hacen de sus por lo demás poco cuantiosos ingresos, la imagen que se proyecta es la de unos adultos (otrota jóvenes) esforzados (parece que sin esfuerzo no hay ahorro) y unos jóvenes bastante despilfarradores. Ni rastro, en este tipo de discursos, de las distintas posibilidades (ofertas -o demandas, según se vea) para gastar ese dinero del que se disponga. Ni rastro, pues, de la evolución histórica, con el efecto sobre los individuos en términos de *exigencias*, de la sociedad de consumo. Ni rastro, tampoco, de las diferencias salariales, en términos relativos, entre ambas generaciones consideradas.

baja (identificados, aquí, por el inferior nivel de estudios de sus padres), por más que, en algunos casos, no parece que la situación actual (la suya concreta) diste mucho, según sus relatos, de la que pudieron tener sus abuelos, en términos relativos según las particularidades de cada momento histórico⁴⁷⁵. La idea, en tales casos, remite a la lógica de la inversión: los padres habrían postergado indefinidamente su disfrute propio para ofrecerles a los hijos (a nuestros jóvenes) las oportunidades que ellos no pudieron tener (en la práctica, más que como postergación, se presenta como renuncia). En ese sentido, como estrategia familiar, se comprenderá que la responsabilidad que recae sobre los jóvenes adquiere grandes implicaciones para ellos, a todos los niveles⁴⁷⁶.

Algo menos *espontáneo* resulta el discurso de aquellos cuyos padres sí que tuvieron la posibilidad de ir a la Universidad, gracias al estatus elevado del que gozaban sus familias. En estos casos, más allá de suponer una matización a todo el discurso de “hacerse a sí mismo” (elemento que no obsta para que estos jóvenes sigan considerando a sus padres como grandes trabajadores y conquistadores/constructores de su propio futuro), la posición relativa de los jóvenes cambia, y la lógica de la inversión adopta unos tintes de naturalidad que sitúan la relación entre padres e hijos en otras coordenadas, las de lo inevitable: después de que los padres fueran a la Universidad, se consideraría un retroceso para la familia que los hijos no lo hicieran. El hijo, pues, cuenta con la presión de “cumplir con su parte”, pero el padre cuenta también con la presión de tener que brindarle todas las *facilidades* para que pueda hacerlo. A la ya de por sí ventajosa posición de estos jóvenes de clase social más elevada, con respecto a sus compañeros de generación, se une ese carácter *compartido* de la presión familiar: no es lo mismo tener que igualar a unos padres dispuestos a invertir grandes sumas en lograr el éxito que tener que justificar los sacrificios y satisfacer las ilusiones de más de una generación de

⁴⁷⁵ La idea general es que se ha producido un *gran salto adelante*, un movimiento de ascenso social. El consabido autopoicionamiento generalizado como “clase media” puede velar un interés político orientado a difundir esta imagen de progreso y mejoría con respecto a generaciones previas de la misma familia. Todo ello pese a que los jóvenes entrevistados rechazan, casi sin excepción, que estén (o que vayan a estar, en el futuro) en el mismo nivel de vida que sus padres.

⁴⁷⁶ Hay algún caso, incluso, en el que los propios abuelos dejaron en herencia dinero destinado a la formación de los nietos. La explicación de ese *salto* generacional vuelve a hacerse descansar sobre las “circunstancias del momento”, que hicieron que no fueran sus hijos los que disfrutaran de las posibilidades formativas a las que dicho dinero hubiera dado acceso.

una familia sin tantos recursos (y la propia *tradición* estudiantil es un recurso clave en muchas situaciones).

Desde esa perspectiva es desde donde cabe analizar la profundidad de algunas decepciones de nuestros informantes con respecto a sus carreras y al escaso rendimiento laboral de las mismas. Antes, en la época de sus padres, los títulos ofrecían una rentabilidad laboral muy superior, que se explica, invariablemente, a partir de la baja oferta de titulados (el otro polo, el de la demanda, normalmente no es contemplado en los relatos, más allá de las imágenes edénicas de *abundancia*). “Al estudiar menos gente, quien estudiaba tenía el futuro asegurado”, es la máxima que describiría aquel momento histórico (y mucho después, según la percepción de los entrevistados, que prolongan esta situación casi hasta el advenimiento de la crisis). Máxima de una época “en la que todo era: hecho y salido” (como dice Luisa), en la que “terminabas y trabajabas”, que encontramos bajo distintas formulaciones:

[Los miembros de la generación de sus padres] tenían más fácil... Antes, estudiabas y salías y tenías trabajo. Claro que lo tendrías que buscar, pero es que la gente estudiaba con esa mentalidad: salías, hacías a lo mejor entrevistas o conocías a alguien y entrabas y te ponías a trabajar. No había las dificultades que hay ahora (Míriam).

En esa época, aunque la sociedad y el país estaba mucho peor en otras muchas cosas (...) sí que es verdad que había un índice de analfabetismo más alto, muy poca gente estudiaba, y el que estudiaba, trabajaba (...) [Su madre] no creo que tardase más de cuatro meses desde que acabó la carrera hasta que empezó a trabajar [en la Administración] (...) En aquella época, en cuanto a trabajo, el que quería trabajar, trabajaba (Julio).

Ellos... el que salía preparado era el que normalmente tenía trabajo. El que estudiaba fuera era el que podía encontrar un puesto de trabajo. Y ahora mismo no (...) Antes sí que había más gente que salía de estudiar y... y un poco más tarde o un poco más temprano, pero casi siempre han tenido opción a entrar en lo que han estudiado (Alba).

Antes en cualquier momento trabajabas y ganabas dinero. Poco no, pero tampoco mucho. Pero, bueno, ganabas dinero para mantenerte al menos (Pablo).

Aquella imagen de la transición fluida e inmediata entre la Universidad y el mercado de trabajo (en posiciones, obviamente, mejores que las que se podían obtener sin titulación) se transmitió hasta nuestros jóvenes (al menos

hasta los integrantes de la generación de la crisis). Por ahí se disculpa el “error” de los padres al empeñarse en mandar a sus hijos a la Universidad, sin valorar otras posibilidades⁴⁷⁷. Esta solución, racional a nivel individual, derivó en una masificación de las universidades, que generó una inflación de titulados universitarios, saturando por completo el mercado de trabajo⁴⁷⁸. Con ello se bloquearon los caminos prescritos, haciendo que opciones (mapas) antes válidas hoy ya no estén disponibles. Ante esta situación, como vimos, la solución ha sido seguir cavando, comprar nuevos mapas para dar con el tesoro, sin pensar que dicho tesoro haya podido ser ya expoliado.

En cualquier caso, independientemente de la extracción social de la familia o de los recorridos académicos y laborales concretos, se considera que los padres tuvieron una vida más “sencilla”, en el sentido de que resultaba más fácil por pautada (“sota, caballo y rey”, como dice Luisa dando golpecitos rítmicos en la mesa con el borde de la mano), por tener marcado un camino... y porque dicho camino efectivamente conducía a la meta, sin bloqueos insalvables ni rodeos innecesarios.

Era fácil: haces el... estudias para auxiliar sanitario [su madre] y trabajas, porque tienes trabajo (Noelia).

A nivel interno, de tranquilidad, vivían con la vida más hecha, sabían lo que tenían que hacer (...) Eran como las cosas más... las decisiones más tomadas, más... más sosegado y más tranquilo (...) A lo mejor tenías menos posibilidades, pero las que tenías estaban más atadas que las nuestras, ¿no? Que las nuestras son cien pájaros en el aire y ninguno en la mano, y lo vuestro era: “esto es lo que hay y os metéis por ahí, y entonces ya tenéis la vida hecha” (Víctor).

⁴⁷⁷ Hablar de “error”, explícitamente, no es muy usual en los relatos de nuestros informantes. Si acaso, aparece como error de cálculo, influido por el propio “entorno”, más que resultado de una elección autónoma de los padres. Normalmente encontramos esta formulación en aquellos entrevistados que se muestran más insatisfechos con su carrera, como Elías, quien sintetiza la cuestión descargando a sus padres de responsabilidad al remitir la decisión a un nivel superior, colectivo: “Ha sido quizás el error de todos nuestros padres, el decir: “venga, todo el mundo tiene que estudiar””.

⁴⁷⁸ La opinión generalizada es que “sobra gente” con titulación universitaria. Este discurso se desliza rápidamente (como vimos en el capítulo 7.1) al que señala la necesidad de limitar el número de titulados (que tampoco es un discurso unánime: ya vimos como Celia –nota al pie número 354, en 7.1– justificaba que se debe dar la posibilidad de estudiar cualquier carrera a cualquier persona, siquiera para que no le quede la “espinita” de no haber podido probarlo). Ni que decir tiene que siempre que se habla de “eliminar gente” se habla de eliminar a *otra* gente: el entrevistado nunca valora como posibilidad que le hubieran cerrado la puerta de la Universidad. Cuando no se justifica en su inquebrantable “vocación” se apoya en sus derechos ciudadanos. Sí, puede que sobren titulados, pero, desde luego, nunca sobraré él/ella.

La vida de las generaciones anteriores, tal y como es conceptualizada por nuestros informantes, seguiría una secuencia ordenada de pasos establecidos, con puertas disponibles (“tangibles”) y llaves de acceso perfectamente reguladas y absolutamente válidas. Esta situación (“tenerlo todo más empaquetadito”, como dice César) se mira con añoranza desde la posición actual, donde a una infinitamente mayor posibilidad de elección se une una también infinitamente mayor posibilidad de equivocarse. Si antes hablamos de un Adán apócrifo, hecho a sí mismo, que vivía en la abundancia de posibilidades laborales del Edén fordista, la sensación, ahora, es de paraíso perdido y peregrinaje por el desierto. La vida está más abierta y, por eso mismo, también está más abierta al error y al fracaso.

Ese también es otro problema, que hay muchos caminos pero realmente ninguno es seguro (...) No lo tienes tan encauzado. Entonces, al tener otras opciones, claro, tu mente se abre y tienes mucha más... más variedad en la que elegir (...) Tiene la parte positiva de que te puedes enriquecer mucho más, pero, claro, la parte negativa de esa incertidumbre de “qué hago”. Aunque tengas muchas más opciones no siempre es tan fácil... elegir las (Noelia).

[En el pasado era] o trabajas o estudias. Y para estudiar tienes esto o esto. No ahora que terminas y tienes para estudiar... tienes para hacer muchas cosas: trabajar de una manera o de otra, estudiar una cosa, otra, otra, otra... Muchas más posibilidades, mucha más información que nos llega. Entonces, al final... ese es el problema, que al final te pierdes en... en minucias (...) Cuanta más posibilidad, más... más... más posibilidad de elección, más posibilidad de... error, lógicamente (César).

La “información”, como símbolo que subsumiría el conjunto de recursos y posibilidades, puede volverse contra los individuos, carentes de una guía válida como la que, en su día, tuvieron sus padres (siquiera porque, en aquellos tiempos, la información a manejar era menor). Resulta ciertamente significativo que el término manejado sea ese, información, y que siempre vaya acompañado del cuantificador: “demasiada”. Un exceso de posibilidades que remite a la imagen del desbordamiento⁴⁷⁹. Si una de las ventajas que aparecen

⁴⁷⁹ Como si de la novela de Harrison (1966/1986) se tratase, algunos relatos parecen reflejar esa imagen de masas por doquier. Desbordamiento de información, desbordamiento de oferta formativa, desbordamiento de titulados... para una escasez de puestos cada vez mayor. Este discurso, seguramente

frecuentemente en los relatos, con respecto a la situación del país en décadas anteriores, es la posibilidad de satisfacer *inquietudes* (viajar, estudiar... *conocer* en sentido amplio, es decir, *formarse*, en definitiva)⁴⁸⁰, la principal desventaja que se encuentra es, justamente, el exceso de *inquietudes*, sobre todo porque, se sospecha que, en realidad, hay más puertas que pasillos: las posibilidades realmente *alcanzables* no son tantas como las que se muestran (quizás las puertas, inaccesibles, sean ilusiones ópticas pintadas en una pared). El joven, perdido en una vorágine de *estímulos* (información, nuevamente), es ahora asediado por un nuevo *ethos* de los tiempos: debe tener inquietudes, debe trabajar para satisfacerlas, debe buscar la realización a través del trabajo, un trabajo que ha de ser creativo y... *estimulante*⁴⁸¹.

A nosotros es que nos han inculcado el que tenemos que crecer, que tenemos que desarrollarnos profesionalmente, que tenemos que ser mejores que ellos [que sus padres]. Entonces, con esa filosofía inculcada constantemente a lo largo de la juventud, pues nos es más difícil simplificar, entre comillas, y decir: “pues voy a trabajar de lo que sea y ya está”, sino que tienes como dentro el “tengo que... escalar, y tengo que... hacer un trabajo que me guste y luchar por ese trabajo y tal”. Ellos vivían con otras expectativas, con otros valores (Víctor).

Estos *dictums* aparecen como “modas [pos]modernas”, como elementos que las generaciones previas no tenían que tomar en consideración. Los padres de nuestros informantes, por ejemplo, no presentarían, generalmente, ese discurso en torno a la vocación o a la importancia *expresiva* del trabajo. El trabajo era tomado, simplemente, como una obligación y un medio, desprovisto

nada inocente, no parece entrar en contradicción con la imagen de erial que los mismos entrevistados muchas veces tienen de la región extremeña (véase 9.2).

⁴⁸⁰ Comparación que sirve para aliviar cualquier atisbo de sentimiento de “maltrato”, para algunos entrevistados, por precaria que sea su situación laboral actual: “Mis padres no podían tener... no... Tenían que trabajar desde pequeños: eso sí que era un maltrato, que no podían irse ni a estudiar ni a nada. Yo por lo menos he tenido la opción” (Esmeralda). Para otros, en la misma línea, las actuales “inquietudes” no serían patrimonio exclusivo de las generaciones más jóvenes: “[Ahora] hay gente con inquietudes y hay gente sin inquietudes, como supongo que las había antes. La diferencia es que ahora hay opciones” (Julio).

⁴⁸¹ Algunas entrevistadas llegan a señalar que esta presión social opera en contra de las mujeres actuales, quienes, a diferencia de las de las generaciones anteriores, tienen la obligación de trabajar fuera de casa, lo quieran o no (mientras que antes, si una mujer no quería trabajar y optaba por adoptar un rol de *ama de casa*, no era criticada por ello). La liberación laboral femenina, desde esta óptica (cercana a la expuesta por Catherine Hakim -2011/2012), habría cambiado unos grilletes por otros (o, mejor dicho, habría sumado unos grilletes a otros, habida cuenta de la lentitud en el cambio de los roles domésticos, tantas veces documentada en la literatura sociológica reciente).

de más ornamentos *subjetivos*. De ahí su valoración positiva del trabajo como ente abstracto, que podía concretarse después en *cualquier trabajo*.

Eran otros tiempos y lo hacían porque al final era su trabajo y... y ya está. No... no creo que tuvieran vocación (...) La autorrealización es que en aquella época no... no había (Claudio).

En un contexto de trabajo menguante (y precarizado), el joven actual topa con unas exigencias que, probablemente, no pueda satisfacer. A ello hay que añadir las propias exigencias *artificiales*, derivadas de un contexto de consumismo, que obligan a una mayor intensidad en el trabajo para obtener los recursos necesarios para mantener un determinado nivel de vida. Como lo explica Esther, quien lleva la comparación con esas generaciones previas a un contraste entre ella y su madre, para después generalizar y prever las tendencias del futuro (sin perder por ello de vista el referente comparativo de su propia madre):

Mi madre ha sido madre de tres y no se ha tenido que reducir la jornada. Yo o entro en un colegio o me voy a tener que reducir la jornada. Y cobrando menos, claro, porque todo va en proporción (...) Es que yo veo allí a los padres de los niños míos, que son jóvenes, y están corriendo de un lado a otro. "Y ahora voy a esto y ahora voy a lo otro, y ahora tengo esto y ahora tengo lo otro, y hoy lo tengo...". Van corriendo a todos lados, porque hay muchas cosas que hacer ahora. Yo no sé... Yo antes veía que mi madre terminaba a las tres, llegaba a casa y comía y estaba en casa conmigo. Es que ahora ni están los padres con los niños ni están los niños en casa. Y van todo el día corriendo, porque no tienen tiempo o porque para tener un sueldo medio normal tienen que trabajar el doble.

Todo ello suma presión a la situación de los jóvenes, exigida en todos los frentes, derivando en un mayor estrés y, en general, en una percepción de menor calidad de vida con respecto a sus padres. Unos padres que traslucen (o así se percibe) una cierta amargura ante la situación (en parte porque mantenían la idea de que la transición iba a ser tan fluida y directa como antaño) y a los que, por supuesto, sobre todas las cosas, no se quiere decepcionar. Una vez más, el prolífico relato de Víctor, quien señalaba repetidamente en su entrevista que le hubiera gustado que su vida se pareciera

más a la de sus padres a la hora de disponer de más *facilidades* para la toma de decisiones, nos sirve de colofón a este punto:

Vivimos con mucha presión, tenemos mucha presión. Pero es que nos han educado así. Y nos han metido esa presión, pero luego no nos han dejado trabajar para que realmente podamos desarrollarnos en ese sentido. Y... y entonces vivimos como una doble presión, o sea, se esperan unas cosas de ti que nosotros no podemos hacer nada para cambiarlas, porque dependemos un poco de la circunstancia, pero además es que nosotros internamente tenemos esa filosofía inculcada de la meritocracia, de... bueno, todas estas cosas, de... escalar, de subir y todo, ¿no? Entonces, bueno, vivimos eso, con presión. En el fondo. Presión también por parte de la generación... superiores... de los padres y esto, porque es que llevan viviendo de una determinada manera y, encima, tienen en nosotros la... la confianza en que nosotros tenemos que vivir a... por encima de ellos, ¿no? O escalar por encima de ellos, porque ellos han invertido en eso. Entonces, como que nos presionan a nosotros para que alcancemos esas metas superiores, pero es que no podemos, porque no depende de nosotros, ¿no? Entonces vivimos con una presión nosotros interna y, a la vez, por parte de las generaciones superiores, sobre nosotros cae una losa de “tengo que dar la talla porque mis padres han puesto sus ilusiones en eso”.

2. Vivir de/con los padres: solidaridades y “deudas”.

No hace falta ser un seguidor de Gary Becker ni suscribir los distintos enfoques en torno a los “niños tesoro” para considerar a los hijos como una *inversión* de los padres⁴⁸². Partiendo de la premisa fundamental de que siempre buscan lo mejor para sus hijos, es en los progenitores donde, muchas veces, debemos buscar los motivos para cursar una u otra carrera (como ya vimos –capítulo 7.1) o, incluso, los motivos para que un joven haya ido a la Universidad, incluso “en contra de su voluntad”, en lugar de optar por otro itinerario alternativo. Imbuidos por el discurso meritocrático, muchos de estos padres (caracterizados como “de la vieja escuela” por algunos de nuestros informantes) han actuado como principal agente en la transmisión de las ideas sobre la importancia de formarse, de adquirir titulaciones, así como en la

⁴⁸² Cuando no, directamente, como una proyección de anhelos y frustraciones (vivir la propia vida a través de la vida del hijo o la hija), cuestión en la que no entraremos por deslizarse a otros ámbitos más cercanos a la psicología que al análisis sociológico.

inculcación de una confianza en que, después, dichas titulaciones pudieran rentabilizarse (amortizarse esos esfuerzos, esa inversión) en el mercado laboral. En la medida de sus posibilidades, todas las familias de nuestros entrevistados han “separado” unas *partidas* presupuestarias destinadas a la formación de sus hijos. A la formación, siempre. Los jóvenes enfatizan mucho este hecho, enunciado normalmente en máximas claras y sencillas que resumen esa enseñanza fundamental: para estudiar, todo; para caprichos, nada.

Tenían ahorros (...) Ellos... mis padres le dan mucha importancia al... a la educación. Yo vivo... en realidad mi casa es un piso pequeñito, ¿sabes? Mis padres, lujos... tampoco tienen. Sí, vivimos bien en casa, pero... ¿qué lujos hay en mi casa? Mis padres no se van de vacaciones ni... ¿sabes? Ni viven así... están bien y ya está (...) Lo único que ellos se centran... le dan mucha importancia a los estudios y sí que, bueno, si pueden, pues a eso sí que no les importa invertir (Carolina).

Que nunca me han puesto pegos por: “¿y todo este dinero, para este curso?”. Mi madre siempre dice que, estando... siendo para eso, no... no hay carencia (Tamara).

El máster lo pagó mi madre. Lo quise pagar yo, pero mi madre me dijo que todo lo que eran estudios lo pagaba ella (...) Y no me quiso coger el dinero (Esther).

Y que todo lo que haga falta de papeles, de libros, de... de lo que haga falta para estudios, eso... eso lo han tenido siempre claro que... que estaba por delante. Ahora, para hacer... comprarte un coche, lo que sea, o con un capricho, no, pero para estudiar, para el futuro, pues sí. Es la suerte que he tenido yo (Víctor).

Yo he podido estudiar porque ellos me han podido mantener (...) Gracias a su esfuerzo, nosotros pudimos estudiar. Por lo menos en mi caso, que otros a lo mejor no es por el esfuerzo, es porque... Pero en mi caso, y en muchos, gracias al esfuerzo que han hecho nuestros padres, y que ahora no nos falte de nada, nos hemos podido permitir estudiar (Míriam)⁴⁸³.

Así, los padres habrían hecho grandes (o pequeños) sacrificios con tal de brindarles a sus hijos una formación que, se esperaba, habría de ser suficiente para acceder con garantías al mercado de trabajo. Constatada la insuficiencia, “por las circunstancias actuales”, de dicha formación, la estrategia

⁴⁸³ El sentimiento de gratitud hacia los padres es una constante invariable en todos los relatos de nuestros entrevistados, como ya apuntamos con anterioridad (capítulo 8.1).

ha seguido en el mismo camino: nuevos sacrificios destinados a obtener nueva formación, ahora ya “complementaria” (o “especializada”). Normalmente, tanto entre los jóvenes de clase más baja como entre aquellos de clase más alta, esta nueva inversión es aceptada por los hijos sin entusiasmo, con mala conciencia incluso, llegando a ser rechazada por los propios jóvenes que no quieren que esa cuenta que tienen con los padres (cuenta que nunca se menciona, pero que parece operar mentalmente en sus decisiones) siga aumentando⁴⁸⁴.

Mi padre quiere que haga un máster. Mi padre además está obsesionado con que haga un máster. Y él ya: “mira los máster”, “haces un máster”. Lo que pasa es que se lo digo yo: “no estamos ahora mismo, económicamente, no estamos para meternos en un máster”. Entonces... Pero él sí: “sí, sí, no sé qué, cuando yo tenga...”, que él está cobrando una ayuda (...) y dice: “cuando yo empiece a cobrar la jubilación, ya no sé qué, te metes al máster” (...) Él está empeñado de que yo haga un máster, porque está viendo que de Biología, con el título de Biología, no consigues nada (Luisa)⁴⁸⁵.

Sé que no la hice [una segunda carrera] porque sabía que me la tenían que pagar mis padres. Tengo un amigo que hizo Terapia Ocupacional y luego se fue a hacer Psicología. Y siempre que lo veía le decía: “envidia sana”. Porque yo también hubiera hecho las dos carreras, para complementar una con la otra (...) Yo sí me hubiera metido (Celia).

Así las cosas, no es raro que muchos entrevistados señalen que sus padres están sufriendo más por su situación que ellos mismos (“les duele un montón”, apunta Pablo, que ya ha dejado de informarles cuando tiene una entrevista de trabajo).

Lo único que quieren mis padres es que el esfuerzo que han hecho para que nosotras estudiemos sirva de algo (...) Se han esforzado mucho en poder

⁴⁸⁴ En ocasiones, se reconoce con cierta vergüenza que los padres están financiando un máster, y trata de minimizarse la cuantía económica de ese gasto. Como ya señalamos (capítulo 8.4), los jóvenes suelen tener su propia *hucha* destinada a formación, pero ésta no crece al ritmo necesario para hacer frente a determinadas *necesidades* formativas, por lo que la opción es postergar ese máster (o desecharlo por completo), sustituirlo por otros productos educativos de menor coste (cursos de distinto cuño), o aceptar el dinero paterno y confiar en que, esta vez sí, resulte un dinero bien invertido, en términos de su posterior rendimiento en el mercado de trabajo.

⁴⁸⁵ Antes de esta insistencia por el máster fue la insistencia por que su hija tuviera carrera. Los hermanos mayores de Luisa no pudieron ir a la Universidad y, aunque ella hubiera preferido hacer Formación Profesional, acabó cediendo a la presión paterna. Ahora, reconoce, su padre es el que peor (“fatal”) lleva en su casa que, después de haber hecho una carrera, su hija no trabaje en algo “de lo suyo” (actualmente es dependiente a media jornada en la tienda de chucherías de un conocido).

darle [a su hermana] la posibilidad de que estudie para que ella ahora esté en una tienda, de dependienta. O sea, quieren ver los frutos de su trabajo, de su esfuerzo (Natalia).

Tiene que ser duro también para ellos el decir: “Joder, yo le... le he dado unos estudios, le he dado unas posibilidades a mi hijo, y ya no es que no las quiera aprovechar, es que no... no tiene opciones a aprovecharlas” (...) Entonces, pues los pobres, pues con resignación. A ver. En ese aspecto yo pienso que la situación mía es complicada... pero la suya también es muy complicada (César).

Después de haber *supervisado* todo el proceso formativo del joven (como decimos, en ocasiones, desde la misma decisión de estudiar una carrera hasta la *cobertura* económica de los estudios de posgrado), es normal que los padres se sientan frustrados (por más que “lo llevan con resignación”, al menos de cara al joven) cuando ven que ese *producto* no acaba de ser aceptado en el mercado⁴⁸⁶. La gestión de la carrera formativa del joven, el grado de implicación (de *in-corporación*, física, podríamos decir) de los padres en la trayectoria educativa de sus hijos, parecería, a tenor de los relatos, haber crecido en los últimos años, a medida que se agudizaban los efectos de la crisis. Antes, cuando no parecía especialmente difícil encontrar empleo, los padres dejaban a los jóvenes más autonomía para manejar todo lo relativo a sus estudios. Ahora, aparte de como auténticas agencias de búsqueda de empleo⁴⁸⁷, actúan muchas veces como tutores personales, buscando cursos, másteres o cualquier oportunidad laboral o seudolaboral que caiga bajo su atento radar⁴⁸⁸. Un extremo de esta tendencia lo señala Jimena, comparando el momento actual con su época como estudiante universitaria (y denunciando los problemas que esta otra forma de dependencia genera en los jóvenes):

Ahora también es verdad que lo que sí yo noto es que se protege mucho a las generaciones de ahora (...) Están pendientes de lo que estudia, de los exámenes... Mis padres no sabían esas cosas. El padre ahí encima, estudiando y todo... No se saben... como nosotros: yo fui sola a hacer la

⁴⁸⁶ Obviamente, cuando se logra un éxito laboral la celebración es, igualmente, a nivel familiar, porque se considera un trabajo colectivo haber llegado a esa meta.

⁴⁸⁷ No debemos descuidar la importancia del capital relacional de las familias, tan útil para los primeros empleos, bien sea en forma de recomendaciones, contactos o, sin más, empleo directo en negocios familiares.

⁴⁸⁸ Las labores de secretariado que realizan los padres, *obviamente* nunca retribuidas, incluyen desde la búsqueda de ofertas en portales de empleo de internet (y la postulación, llegado el caso) hasta la preparación y distribución de currículums tanto *online* como *offline*.

matrícula de mi... Aquí se los llevan: “no, he ido a hacer la matrícula de mi hijo”. “Déjale, que lo haga él solo”. Yo eso lo noto mucho (...) Y cada vez vamos a más. Pero muchísimo (...) A ver: pendiente es una cosa, pero estar encima y pendiente de todo... es una barbaridad (...) Porque eso, el día que se ponga a buscar un trabajo o hacer algo... si el padre es el que le va guiando... no tiene sentido tampoco: tiene cada uno que ir buscando su...

En cualquier caso, tanto antes como ahora, muchas veces son los padres los responsables de gestionar el dinero procedente de las becas y disponer del mismo. Encontramos esta práctica, sobre todo, entre aquellos entrevistados de extracción social más baja, que son, al tiempo, los que tienen una mayor *consciencia* (responsabilidad) con respecto a este dinero, supeditado al mantenimiento de un cierto nivel de rendimiento para cumplir con los requisitos académicos, progresivamente endurecidos. Este dinero, salvo circunstancias de fuerza mayor, era también “apartado” para los jóvenes, para su ahorro o para depósitos posteriores en formación o, como es su destino primario, para gastos formativos (entre los que se encuentran libros, equipos informáticos, carné de conducir...) ⁴⁸⁹. Entre los jóvenes de clase social más elevada, la carrera suele ser sufragada en su totalidad por la familia. Tanto para un tipo de joven como para otro, todo lo que no sea “formación” cae bajo el rubro de “capricho” y, como tal, se entiende que no es responsabilidad de los padres facilitarlo, por lo que se recurre a prácticas laborales más o menos esporádicas para cubrir esa categoría multiforme de “mis gastos” ⁴⁹⁰.

Pero el colchón que supone la familia va más allá de actuar como una especie de entidad que otorgase una *beca de estudios*. En un contexto de precariedad generalizada, el *hogar* paterno (incluso cuando se vive fuera de él:

⁴⁸⁹ Aunque la casuística es inmensa, la crítica al sistema de becas es unánime. Desde aquellos que critican la escasa vigilancia (que permite que *otra gente* emplee la cuantía de la beca –sobre todo cuando se trata de “la beca grande”- en comprarse coches, pagarse vacaciones o, incluso, hacerse intervenciones estéticas) hasta quienes aluden a los requisitos económicos y académicos (y a las continuas trampas que se hacen para cumplirlos). También son frecuentes las opiniones en contra de los recortes en becas, así como en contra de la “concentración” del dinero en pocas becas pero excesivamente generosas (opiniones en pro, por lo tanto, de un mayor reparto en “becas más pequeñas”).

⁴⁹⁰ Muy pocos son, entre nuestros entrevistados, quienes aportan algo de dinero a la economía familiar. El dinero que ganan, que muchas veces, como vimos (capítulo 8.4), no pasa de ser poco más que *dinero de bolsillo*, tampoco les permite ahorrar “a lo grande”, con vistas a una futura emancipación residencial. Como en un remedo de la *cultura de la caravana* norteamericana (Mutz, 1999/2000), la mayor inversión que hacen nuestros jóvenes entrevistados es en un coche, considerado un instrumento necesario para buscar (y mantener) un trabajo en una Comunidad Autónoma tan extensa como la extremeña.

las ayudas familiares se extienden a hogares residencialmente emancipados)⁴⁹¹ actúa también como *fortín*, como reducto al que aferrarse para mantener en un determinado nivel el estándar de condiciones de empleo aceptables. El joven, antes de rendir banderas, cuenta con el respaldo de sus padres, que serán, muchas veces, quienes eviten que acepte determinados trabajos o desarrolle unas u otras estrategias en el mercado de trabajo, marcando, en parte, el desarrollo de una determinada *carrera* (como veremos en el capítulo 11.4). De nuevo vinculado con el discurso formativo, los padres desaconsejan unas cosas y tratan de encaminar a sus hijos hacia otras, de maneras más o menos sibilinas o directas. Así lo reconoce Natalia, cuando describe los planes de sus padres (y hasta qué punto chocan con los suyos propios, que no pasarían por cursar un máster, sino por irse fuera de casa a probar suerte buscando trabajo)⁴⁹²:

Ellos [sus padres] prefieren que yo siga formándome y siga... sumando formación al currículum, en plan un máster o algo, que ahora estoy en edad, que si no, como mis hermanas, ya no me voy a poner a estudiar... Ellos se aferran mucho a la situación de mis hermanas (...): "tú tienes el momento, hazlo". Entonces es como que me van poniendo muchas barreras.

Con la misma lógica, los padres de Tamara la animan a seguir con las oposiciones, sin buscar oportunidades *menores* en el mercado de trabajo:

Prefieren [sus padres] que siga estudiando, aunque sea ahora con las oposiciones, que siga, que no coja otro trabajo que... yo qué sé, por ejemplo, un Mercadona o una historia, pues prefieren que estudie y hasta que yo diga: "ya. No puedo más". Que ellos se lo pueden permitir, el estar manteniéndome por ahora y que... que tire para adelante. Es lo que siempre me dicen.

El problema con estas prácticas es que parecen contribuir a alimentar el sentimiento de "carga" que muchos jóvenes estarían experimentando al ver

⁴⁹¹ Los padres son "padres toda la vida", como dice Catalina, enfatizando el hecho de que el cuidado de los hijos no tiene fecha de caducidad alguna. No siempre estas ayudas que reciben los hijos de sus padres se concretan en dinero en efectivo. Las contribuciones en especie son muy habituales, como reconoce Pablo, a quien sus padres le hacen llegar carne, pescado...

⁴⁹² Planes que chocan con el lamento de Míriam: "Hay que aprovechar el momento en que vives con tus padres", arrepintiéndose de no haber hecho el CAP cuando todavía no se había ido del hogar familiar.

prolongada su situación de dependencia con respecto a sus padres (“sólo soy gasto en mi casa”, lamenta Esmeralda). Quizás por naturalizada, esta situación no reviste el dramatismo que encontramos, no obstante, en algunas narraciones, como en la de Elías, donde se explicita el tabú de la pobreza encubierta.

Muchos de los jóvenes, si no fuera por nuestros padres, pues estaríamos abocados a la... a la miseria, a la pobreza. Porque yo, si no hubiera sido por mi madre, ¿qué hubiera sido de mí? Trabajas tres meses ahora, te pegas sin trabajar cuatro, te dan la oportunidad de trabajar quince días, te pegas sin trabajar dos meses, trabajas un mes... Eso no es vida.

Cuestionados sobre la recurrencia de la *receta formativa*, pocos entrevistados apuntan otra posibilidad de ayuda familiar que hayan podido recibir (más allá, obviamente, del mero mantenimiento material, en casa de los padres o fuera de ella). Si el emprendimiento les parecía un mal plan a los jóvenes, a los padres (mucho menos expuestos al bombardeo de ese nuevo dogma) ese discurso les suele sonar a aventura con muchas posibilidades de fracaso. Incluso (o quizás sobre todo) en los casos en que los padres han sido autónomos o han tenido su propio negocio, la figura del funcionario constituye la tierra prometida de estabilidad y “tranquilidad” que todo buen padre anhela para sus hijos. Si es necesario, los padres animan a sus descendientes a que emigren y se busquen la vida (la emigración, tan arraigada en el imaginario extremeño, una vez más)⁴⁹³, sabiendo, siempre, que pueden volver y contar con el apoyo, no sólo económico, sino también anímico/emocional y relacional, de sus padres.

⁴⁹³ “Es que mis padres también lo tienen asumido. Si es que mi madre es la primera que me dice que: “en el pueblo no pintas nada” (...) En ese sentido ellos son muy prácticos y saben que en un pueblo, una carrera de Ciencias, es muy complicado intentar sacar algo. Tampoco voy a ser química o voy a hacer la tesis para acabar en mi pueblo montando una tienda de... chinos, ¿no?”, dice Valeria, que tiene muy claro que su futuro está lejos de Extremadura, lejos del pequeño pueblo donde reside su familia y en el que su única posibilidad sería “morirse del asco”.

CAPÍTULO 11.

Generación zaleada: la frustración incipiente y la ilusión forzada.

1. Porque no somos como los demás: rasgos y características de la *generación de la crisis*.

La palabra “crisis”, de origen griego, alude a diversas realidades según la acepción del término que se maneje, pero siempre se refiere a cambios profundos, bruscos, importantes o *trascendentales* (no necesariamente negativos, por lo demás). Se trata de un vocablo cuyo uso está ampliamente extendido en el lenguaje cotidiano, y al que se recurre tanto para referirse a situaciones personales (con la edad como objeto, por ejemplo, como en “la crisis de los treinta años”, la crisis de los cuarenta, la crisis de la adolescencia...) como, sobre todo en los últimos tiempos, para caracterizar procesos sociales. A partir de ahí, la sociedad actual estaría atravesada por, y configurada a partir de, una crisis económica desarrollada desde finales de la década pasada, que tendría su epicentro en las mismas prácticas especulativas que constituirían el eje en torno al cual gira el capitalismo contemporáneo, y que habría generado una serie de tensiones que amenazan con devastar los restos del modelo social anterior, sometido, por lo demás, a seísmos de diversa magnitud durante las últimas décadas (tal y como vimos en los capítulos correspondientes de la parte teórica de esta tesis (fundamentalmente, en el tercero y el cuarto).

Habida cuenta de la profundidad, y del carácter ciertamente traumático, de la presente crisis económica, cabría tomarla como punto de ruptura (de cambio) a todos los niveles de la vida social. En lo que a nosotros respecta, constituiría un momento en el que los patrones transicionales, siempre dependientes de las condiciones del tránsito del período *formativo* al período *productivo* (del ámbito educativo al ámbito laboral, en suma), se habrían trastocado por completo, pero de una forma que va más allá del mero retraso o

del bloqueo puntual. Desde nuestra perspectiva, el cambio producido por esta última crisis afecta a la propia representación social de dichos patrones, así como de los condicionantes que los determinan en los mundos del trabajo y de la educación (hoy más estrictamente *formación*). Si en una situación precrisis formación, empleo y biografía se articulaban de un modo relativamente fluido, desarrollando una concepción igualmente *fluida*, lineal, de la manera en que habrían de *colocarse* esos elementos en la vida de los sujetos (la clásica noción de *carrera*), en la situación posterior, afectada por los efectos de la crisis, la vertebración biográfica pierde buena parte de sus posibilidades de linealidad (que, no obstante, se sigue manteniendo en algunos casos, ciertamente *afortunados*)⁴⁹⁴, generando un cambio, también, en la forma en que los sujetos *manejan*, gestionan esa ruptura de las pautas en que habían sido socializados.

Comoquiera que el elemento clave, en nuestra opinión, se encuentra en esa unión entre mercado formativo y mercado laboral, haremos descansar sobre ese punto el ejercicio de construcción de generaciones (más construcción que identificación, más invención que descubrimiento). De este modo, en función de la posición relativa que el sujeto ocupase, a un lado u otro de esa frontera imaginaria, podríamos identificar tres generaciones de jóvenes en torno a la crisis. En la que cronológicamente sería la primera, la más *antigua*, se encuadrarían aquellos individuos que finalizaron sus estudios y accedieron al mercado de trabajo⁴⁹⁵ antes de que las consecuencias de la crisis se hicieran patentes sobre el ámbito laboral, es decir, simplificando, aquellos cuya fecha de ingreso al mercado de trabajo, independientemente de su edad, sea anterior a 2008. Obviamente, sería absurdo decir que todos ellos han tenido una misma experiencia de inserción profesional, pero, a efectos generacionales, entendemos que comparten una visión diferente del mundo, siquiera por haber visto la llegada y el desarrollo de la crisis desde una ventana

⁴⁹⁴ La propia posición discursiva en que se colocan quienes mantienen pautas lineales así lo atestigua. De este modo, no es extraña la caracterización de “privilegiados”, tanto por parte de los propios sujetos como por parte de aquellos que se consideran “menos afortunados”.

⁴⁹⁵ Nótese que hablamos de finalización “de los estudios”, no de la carrera universitaria cursada, habida cuenta de la posibilidad de que el individuo, una vez diplomado o licenciado, optase por continuar con su formación. El elemento crucial, por lo tanto, es el segundo: la inserción en el mercado de trabajo, como acción decidida de intento de acceder a un empleo.

distinta a la del aula (aunque algunos, precisamente por los efectos de la crisis, volvieran a ese contexto académico cuando ya no tenían previsto retornar).

La segunda generación considerada sería la que cabría denominar propiamente “de la crisis” (siendo, por lo tanto, las otras dos tomadas con referencia a esta, mediante el recurso a los prefijos, que enfatizan la posición de la única que es nombrada *per se*: generaciones “precrisis” y “poscrisis”). Esta generación comprendería a aquellos individuos que, habiendo iniciado su andadura universitaria en el contexto de los años previos al desarrollo de la crisis, salieron (o intentaron salir) al mercado laboral cuando ya el escenario había sido alterado por los efectos de la recesión económica⁴⁹⁶. En términos de edad, esta generación no tendría una frontera superior predeterminada (la crisis pudo “pillar”, como se suele decir en las entrevistas, en la Universidad a gente con más de treinta años), pero sí un límite inferior, marcado por la propia estructura del sistema de enseñanza, que establece una edad mínima (salvo casos muy excepcionales) de acceso a la Universidad, fijada en dieciocho años (o en diecisiete y muchos meses, según cuando se cumplan los dieciocho). Nuevamente, no cabe considerar que todos los miembros de esta generación sean, por lo demás, homogéneos en cuanto a posición social o trayectoria académica o laboral (vital, en general)⁴⁹⁷.

Por último, la tercera generación, que ya sí que contará con esa limitación etaria en el borde superior, sería la de aquellos que hicieron todo su recorrido universitario bajo los condicionantes de la situación de crisis socioeconómica, condicionantes que, se entiende, *afectaron* a, tuvieron efecto sobre, la propia forma de ver (y prever) el futuro laboral y, con él, el biográfico

⁴⁹⁶ Conviene llamar la atención sobre el hecho de que la crisis, además, supone, o coadyuva a, un *escoramiento* hacia el sector terciario de la economía, lo que implica toda una serie de complicaciones adicionales para la inserción laboral de los jóvenes titulados en determinadas ramas o disciplinas más orientadas al polo industrial de la economía.

⁴⁹⁷ El plural viene en nuestra ayuda en este punto: no cabe hablar de una única juventud monolítica, sino de muy diversas *juventudes*, entre las cuales la universitaria (pero dentro de esta también hay distintas) es sólo una más. El ejercicio de precisión terminológica que tal constatación supone puede resultar excesivo en ocasiones (“los jóvenes titulados universitarios extremeños”, por ejemplo, es mucho menos *eficaz* –pero mucho más modesto y honesto– que “la juventud extremeña”), pero resulta inevitable para remitir a la diversidad de situaciones que caen bajo el mismo apelativo general. Que haya distintas juventudes no implica que éstas equivalgan a distintas generaciones, en todo caso. Una misma generación puede englobar varias y diferentes juventudes, por más que entre sus miembros unos se consideren más *típicos* que otros (nuestro funcionario a los treinta, Julio, se considera a sí mismo “distinto” a los miembros de su generación, que normalmente ocupan, siempre según este entrevistado, otras posiciones más precarias en el mercado de trabajo –pero comparte, con ellos, el haber tenido que afrontar un contexto general *mutado* por efecto de la crisis).

en su conjunto, una vez se saliera de la Universidad (lo que implicaría, asimismo, una diferente visión de la propia *experiencia* universitaria).

Esta división generacional, construida a partir de las *observaciones* realizadas a lo largo de la investigación, obedece, asimismo, a la propia percepción de nuestros entrevistados. Así, encontramos continuas referencias a “épocas” pretéritas (la suya, con respecto a la actual) entre los entrevistados que entraron al mercado laboral antes del desarrollo de la crisis. Asemejándose explícitamente a las pautas “que pudieran tener sus padres”, marcan distancia con respecto a lo que consideran juventud actual (“los jóvenes de hoy”), en un movimiento de desligarse de dicha etiqueta (la juventud como estigma, como signo de lo incompleto). Con prácticamente la misma edad biológica, pero habiendo salido al mercado de trabajo con retraso (por haber ampliado su formación o por haber tenido un recorrido más lento por el sistema educativo), otros sujetos se autoincluyen en un colectivo de individuos afectados por la crisis, que es lo que nosotros hemos identificado aquí como *generación de la crisis*. Esta autoinclusión les lleva a aceptar sin ambages el apelativo de “joven”, que es asumido, en cualquier caso, con el mismo marchamo negativo que apreciamos en su manejo por parte de los más mayores, como sinónimo de “no adulto”, instituyendo al adulto, autónomo y autosuficiente, como figura de referencia, como anhelo biográfico.

En el otro extremo, los entrevistados más jóvenes (los pertenecientes a la tercera de las generaciones indicadas) marcan también terreno con respecto a los “treintañeros”, siquiera porque entienden que su posición en términos formativos (en cuanto a itinerario formativo) es diferente: a esta tercera generación, dicen, se le exige mucho más en términos de formación, lo cual redundaría en una prolongación del período educativo, aceptada como absolutamente normal e inevitable, más allá de los límites de la formación que esas generaciones previas han hecho (o, al menos, más allá de lo que esas generaciones previas *tenían previsto hacer*). La mirada inversa, la dirigida desde esos sujetos que están alrededor de los treinta años hacia “los que vienen detrás”, enfatiza las diferencias “mentales” entre ambas generaciones, identificando a los más jóvenes como menos conscientes, menos críticos, más amoldables a la nueva realidad (que es la que habrían conocido “desde

pequeños”)... y, por ello mismo, mejor posicionados de cara al presente, y al futuro⁴⁹⁸.

Si la primera generación es vista como perteneciente a un pasado (que se lleva hacia atrás en el tiempo hasta “la época de nuestros padres”) que nada tiene que ver con las condiciones presentes, y la tercera generación es percibida como preparada para el futuro, precario y ultracompetitivo, la generación central es la que tiene que hacer frente a un presente *de transición*, en el que los cambios (la *crisis*) suponen un trastocamiento de todo lo aprendido, una exigencia de adaptación que tendrán que afrontar, construyendo su camino en un contexto de *confusión* general.

Nosotros nos centramos en esta *generación de la crisis*, por hallarse en una posición central, intermedia, entre la generación de las pautas transicionales fluidas (heredera casi lineal del ciclo fordista) y la generación posterior, la que hizo toda su trayectoria universitaria en un contexto ya *marcado* por la crisis. Sobre todo, nos centramos en esta generación porque entendemos que puede actuar como develadora de los efectos derivados del proceso de crisis, que, yendo más allá de lo meramente económico (al menos en el sentido lato, usual, que se le da al término), constituye un cambio (profundo, brusco, trascendental) a nivel social, con su inevitable reflejo en el plano de la conciencia subjetiva, personal, de los individuos. Los miembros de esta generación central, más allá de los efectos objetivos de la crisis, han tenido que experimentar (sufrir) un proceso intenso de *desaprendizaje-reaprendizaje* a partir del modo en que dichos efectos de la crisis han entrado en contradicción con los valores y principios (y visiones del futuro, también en cuanto a expectativas puramente materiales) en que esta generación se había socializado. Este es, para nosotros, el elemento fundamental, el que dota a esta generación de su carácter de “zaleada”, a medio camino entre el engaño

⁴⁹⁸ Queda una tercera mirada, la que lanzan los *tardojóvenes* de la primera generación a los jóvenes de la tercera, que son habitualmente nombrados por aquéllos como “los niños”, englobando así un conjunto de edades y situaciones amalgamadas por la común condición de estudiante, ya sea de educación Primaria o universitaria. Resulta interesante el manejo que hacen nuestros entrevistados de la noción de “joven” (así como de la propia noción de “generación”) y de los límites (normalmente a partir de la edad) que establecen. Sólo los más jóvenes asumen sin complejos su condición, su etiqueta juvenil. Para los de la primera generación, “joven” parece una etiqueta superada, una fase que quedó atrás, y para los de la segunda parece un estigma vergonzoso del que pretenden desembarazarse tan pronto como puedan.

(deliberado o involuntario) y la decepción, entre la ilusión (más o menos forzada) y el desánimo.

Hablando con nuestros informantes (con aquellos –la mayoría- que podrían encuadrarse dentro de esta generación *de la crisis*), recabando su relato, hay dos elementos fundamentales que llaman nuestra atención. De una parte, y volveremos sobre ello al final de este apartado, su carácter escasamente reivindicativo, el fatalismo con el que describen tanto su situación presente como, sobre todo, su incierto futuro. Puede que esta sea una prueba de que la crisis *ha pasado* o, mejor dicho, de que la crisis, como transformación radical de la mentalidad de los individuos, se *ha asentado*, se ha decantado configurando un universo de posibilidad en el que la aceptación de la situación es requisito de supervivencia. No es que los sujetos hayan pasado (por) la crisis, sino que es la crisis la que ha pasado *por* los sujetos, filtrándose hacia su interior. Pensamos que este mismo estudio, realizado hace unos años, seguramente hubiera encontrado, incluso en los mismos sujetos, un discurso más crítico, o, al menos, más *contrariado* ante la situación sobrevenida⁴⁹⁹. Sin embargo, hoy, lo que recogemos son relatos de asimilación (“es lo que hay”), con algún foco todavía, en casos particulares, de resistencia⁵⁰⁰.

El otro elemento clave, relacionado directamente con el anterior, alude a la manera en que han chocado las ilusiones con la realidad. Este contraste, en su resolución, es lo que define la especificidad de esta generación, que, por lo demás, al final es realmente *pequeña* en cuanto a número de integrantes. Si adoptamos, como hemos hecho, la cómoda solución de marcar un año exacto para el comienzo de la crisis (2008, por ejemplo) y la no menos sencilla de dar hoy ya la crisis por *amortizada*, al menos a efectos *mentales*, subjetivos, de aceptación de las nuevas condiciones de la partida, contamos con que apenas hay seis o siete *promociones* universitarias implicadas en ese proceso de

⁴⁹⁹ No obstante, cuando hemos preguntado a los informantes al respecto, sobre si siempre han mantenido la misma posición (conformista, resignada) con respecto a las condiciones implantadas a raíz de la crisis, nos han afirmado que, desde el primer momento, se dieron cuenta de que otra actitud no les llevaría a ninguna parte y asumieron esta posición de amoldarse a la nueva situación. De ser así, no cabría decir que “su cerebro hizo clic”, como sí nos indicaron otros (aquellos que, precisamente, todavía están intentando encajar en ese molde mental que se exigiría en estos tiempos).

⁵⁰⁰ El propio camino trazado (la *trayectoria* de los sujetos) puede darnos pistas sobre el grado en que esta *rendición* se ha dado (o sobre el proceso que se ha seguido hasta llegar a ella). Cuando multitud de personas que reconocen no habérselo planteado originalmente acaban tomando el camino de las oposiciones, en lo que es una búsqueda de “tranquilidad y estabilidad”, puede hablarse de sometimiento a las circunstancias de los tiempos.

necesario reaprendizaje. Este sería el volumen de personas a las que se cerró la puerta (en las narices: se les dio un portazo, como a veces aparece en nuestras entrevistas) y se les puso a hacer una cola que después no se respetó. Un volumen lo suficientemente pequeño, quizás, como para ser asumido por una sociedad que, por lo demás, ha desarrollado toda una serie de prácticas orientadas tanto a distraer como a *convertir* a esta juventud atrapada. Como lo plantea César, que entró en esa rueda de la formación (que tanto le decepcionó después):

Yo me lo planteaba como que había una cola, una cola de gente. En un momento determinado, se cortaba y no daban acceso, como si fuera la cola de una discoteca: “Hemos llegado hasta aquí, no vamos a entrar a más gente”. Entonces la gente nos hemos ido colocando por orden: primero, segundo, tercero... ¿Qué pasó? Que después de diez años, o siete, de crisis, dijeron: “Vamos a entrar a gente”. Y las empresas... yo al principio pensaba: “bueno, pues estamos ahí, estamos preparados, estamos haciendo cosas... van a llamar... por... por preferencia: los primeros serán los primeros, tal. Y si te vas preparando en este *impasse* donde no hay trabajo, no hay nada que hacer, con más educación, mejor que estar en tu casa rascándote la barriga, pues irán llamando, irán viendo la gente que está preparada o está más preparada”. Pero al final no fue así. Después de tanto tiempo de crisis, la gente que sale nueva de una carrera (...) [Las empresas acabaron prefiriendo a los recién graduados, más “maleables”] (...) Había mucha gente en el momento que se cerró la puerta, que se pusieron a hacer cola y hubo... hubo, o está siendo, todavía no está muy claro, pero, bueno, hay un momento en el cual van a abrir la puerta, pero no abren la puerta desde el principio, la abren a mitad del camino.

Y es que los miembros de esta generación tenían un espejo cercano en el que mirarse. Las pautas transicionales propias del fordismo-keynesianismo, en las que se habían desarrollado las biografías de sus padres, parecían vigentes, con algunos ajustes relativamente menores, para otros jóvenes, cercanos en edad (o en parentesco: los hermanos mayores de nuestros entrevistados), que acabaron sus estudios antes de 2008. El período formativo de éstos era relativamente corto (sobre todo en comparación con lo que se ha vivido después) y parece que sin mayores dificultades eran capaces de hacer valer en el mercado de trabajo sus credenciales, *colocándose* en posiciones más o menos acordes al nivel de estudios alcanzado⁵⁰¹. Este principio general,

⁵⁰¹ Las posiciones podían ser similares, pero las condiciones eran igualmente peores que las que habían conocido sus padres, por ejemplo. La precarización, como vimos, es una tendencia que ya tenía un largo

la imagen de la transición fluida, estaba *equipado* en nuestros jóvenes, que se habían *hecho ilusiones* sobre el devenir futuro de sus vidas. La crisis cayó sobre ellos como una inesperada bomba, máxime por cuanto se consideran absolutamente inocentes (“nos hemos encontrado el pastel”, resume Víctor) de una situación que no por sobrevenida repentinamente ha dejado de afectarles de lleno. Socializados en la abundancia, no se sienten (o no se sentían) preparados para la repentina escasez (resultando, así, “juguetes rotos”, como lo expresa Víctor). Tenían (o tienen), por lo tanto, que *desaprender*, renunciar a esos principios que les habían inculcado, olvidar esas imágenes de un futuro laboral brillante y/o prometedor. Algunos, por lo visto, ya han (des)aprendido. Otros están intentando hacerlo.

Nos han educado, un poco, para la buena vida, ¿no? O vida sin preocupaciones que sí que han surgido a colación de la crisis y, entonces, tienes que, como... pues... desaprender, ¿no? Tienes que aprender a vivir de otra manera, no te puedes poner a pedir esa botella y no mirar el precio, sino que la vida te enseña a que ni siquiera a lo mejor te vas a beber esa botella, ahora ya estás pensando en cosas mucho más prácticas (...) Hay que ir hacia atrás y eso es un poco... pues, siempre, el que viene de menos a más, ¿no? Le va bien. Pero el que estaba en más y llega a menos... cuesta mucho trabajo, reconducirlo. A veces incluso hay gente que me imagino que tendrá unos dramones en su vida... porque psicológicamente no pueden asumir el cambio de vida” (Catalina)⁵⁰².

Se extiende sobre esta generación un sentimiento de profundo pesimismo. No hay futuro y, por lo tanto, no vale la pena tener ilusiones. Este discurso, que desarma cualquier tipo de resistencia, se complementa (por si alguien resultase tenaz en la persecución de esas doradas ilusiones) con una exhortación, precisamente, a no ser pesimista (la *trampa* del pensamiento

recorrido, muy anterior al comienzo de la presente crisis. Incluso Jimena, cuyas condiciones laborales parecen idílicas desde la posición actual, reconoce que son mucho peores que las que disfrutaban sus compañeros que habían entrado antes (en cualquier caso, como siempre, llega el consuelo: “pero mucho mejores que las de los que vinieron después...”). Sin memoria, no hay comparación. Sin comparación, no hay frustración. Las generaciones poscrisis, se supone, habrán normalizado la precariedad hasta el punto de no cuestionarla siquiera (“*fish discover water last*” dice un refrán norteamericano que fue adoptado por el ínclito McLuhan).

⁵⁰² Catalina, funcionaria con un futuro laboral (y vital) perfectamente establecido ya, es quien hace esta reflexión, pensando en la situación de su hermano, mucho más inestable que la suya. Su conclusión, en todo caso, es que “el ser humano es muy adaptativo”, así que cree (y confía en) que “la gente” sea capaz de asumir la nueva situación (después de todo, no siempre habrá gente que vaya “de más a menos”: el tránsito de menos a menos resultará menos traumático).

positivo, que diría Ehrenreich -2009/2011), que sirve para estigmatizar a toda una generación, a la que se acusa de no conseguir trabajo (no hallar salida) por “no moverse”, por haberse refugiado en el cómodo relato de “todo está mal, no hay nada que hacer”. La movilidad (el *moverse*, como verbo, para marcar la acción) aparece como nuevo *dictum*, mandamiento de los tiempos poscrisis, un apóstol de los cuales lo tenemos en Julio:

Muévete. Vete. Haz. Sal. Yo eso lo he tenido clarísimo (...) Si no es aquí será allí, pero para mí hay un trabajo. Lo tiene que haber. Lo tiene que haber. No puedo aceptar que en mi mente entre el sentimiento derrotista “esto es una mierda”. Sí, es una mierda, claro, pues ya está: con esa mierda, juega. Porque quedarte en tu casa ahí con la pena de que esto es una mierda y nadie trabaja, no, claro, trabaja poca gente, sí, pero ¿y por qué no puedes ser tú uno de esos? Pero tienes que menear el culo.

O, en una mirada *desde la experiencia* que le brindan sus treinta y cuatro años de edad y sus diez años en el mismo puesto de trabajo, en Jimena:

Lo que están viendo... A ver, si la gente no ve que... no hay trabajo, que todo está fatal, que todo el mundo dice: “es que está... los trabajos que te ofrecen”. Pero tendrás que salir y buscarlos. Y es que yo creo también... sí lo que veo es menos arranque (...) La gente de ahora, como dice que no hay trabajo, pues no... se plantea otras cosas. “Es que está la cosa muy mal, es que no sale nada, no sale nada”. Algo saldrá. Peor o mejor. Que oportunidades yo creo que sí hay. Lo que pasa que... yo no te digo que no sea duro, ir a entrevistas, y no... que lo que te ofrezcan no te guste. Pero sí hay cosas. Yo no lo veo tan negro (...) Pero yo creo que están [los jóvenes] muy influenciados por todo lo que se dice y todo lo que... Que está todo muy mal, que si no sales fuera no hay trabajo... (...) También... te tienes que mover. Que tú empiezas en una cosa y no sabes dónde vas a acabar. Que tú a lo mejor aquí empiezas ganando poco pero a lo mejor vas conociendo más empresas del sector o más gente para terminar en otra cosa mejor...⁵⁰³.

Cualquier movilidad es tomada por positiva. Cualquier movimiento se pontifica, por más que lleve sus pasos hacia situaciones de precariedad⁵⁰⁴. La

⁵⁰³ Discurso que resulta asumido por la práctica totalidad de nuestros entrevistados, como la *errante* Noelia (“La generación, en general, nos ha tocado una época así de que... que te tienes que mover para conseguir algo”) o el decepcionado César (“Y decir: “qué pena, qué pena, qué pena” no se arregla nada. Entonces, al final, pues... patear mucho, buscar mucho”).

⁵⁰⁴ No escasean en los relatos de nuestros entrevistados anécdotas (con su *moraleja* final) sobre gente que “no quiere trabajar y luego se queja”. Aunque las condiciones de ese *trabajo* que se le ofrece a esas personas son ciertamente precarias, el cierre siempre es crítico, acusador, con ellas, por cuanto se

emigración se asume con naturalidad, casi como una obligación para demostrar que no se ha estado *parado*, que el individuo, como se llega a expresar, es/está “vivo”. Todo es mejor que quedarse en casa lamentándose por el futuro perdido. Se produce, con todo ello, un proceso de asimilación progresiva de la precariedad, de normalización de lo atípico, de asunción de la nueva situación y sus nuevas reglas de juego, ante las que el individuo tiene que decidir entre “no hacer nada” y agostarse o aprenderlas y tratar de aplicarlas.

Se articula, asimismo, un discurso que, arrancando de esa precariedad *de partida*, marca una ruta a través del laberinto: la formación como salvaguarda, como elemento que evitaría caer en casillas de precariedad, como factor diferencial para poder acceder a otro nivel de empleos (todavía existe ese paraíso, todavía se puede alcanzar, por más que la *normalidad* haya descendido a los infiernos de la precariedad laboral y la dependencia paterna prolongada). Para llegar a ese destino, en el que se hallarían plácidamente instaladas las generaciones anteriores (a las que, como vimos, no se mira o no se quiere mirar con envidia malsana), el recurso habrá de ser la formación, una formación que ha de ser superior a la que tuvieron que acumular, precisamente, aquellas generaciones. Se introduce, con ello, otro elemento diferencial entre generaciones, pero, al tiempo, un factor que aumenta la heterogeneidad al interior de la propia generación, toda vez que no todos los jóvenes contarán con las mismas posibilidades para acumular estos nuevos estándares de credenciales. Si en las generaciones previas todos los individuos (más o menos) podían llegar al mismo *tope* (la licenciatura), hoy ese nivel se ha elevado hasta una altura a la que no todos pueden *subir*, fragmentándose así la generación a partir de líneas de división clasista. Si realmente es la formación (sobreformación, podríamos decir) la que vaya a marcar las posiciones en la estructura social del futuro, la diferencia en función de la clase social adoptará una prevalencia decisiva en ese escenario por venir.

considera una especie de traición o engaño que alguien que dice desear *trabajar* no quiera luego *trabajar* cuando tiene *oportunidad* de hacerlo (el mismo verbo, tantos significados).

La imagen del laberinto nos parece la más adecuada para representar a esta juventud de la crisis⁵⁰⁵. En sus relatos, se trasluce una sombra continua de incertidumbre (una permanente “nebulosa”, como dice Víctor). La generación, efectivamente, estaría *perdida*, no sabiendo hacia dónde orientar sus pasos. Como Teseo a través de las oscuras estancias del laberinto del Minotauro, el joven avanza con cautela, siendo consciente de las muchas posibilidades de perderse (o de darse de bruces con el monstruo) en cualquier giro⁵⁰⁶. Un exceso de posibilidades de elección (al menos en el plano de lo abstracto) le satura y le confunde, haciendo que tante inseguro el suelo, buscando su camino mientras se pregunta (como decimos, esta pregunta ya no se la hacen “los que vienen después”) por qué la brújula que le dieron ha dejado de marcar norte alguno. La incertidumbre, sin duda, se torna angustia (precisamente: por la duda), toda vez que la multiplicación de caminos posibles multiplica, a su vez, el número de caminos que conducen al fracaso, aumenta exponencialmente las posibilidades de error. Con su habitual profusión, Víctor describe esta sensación de angustia:

Como dar palos de ciego constantemente en la búsqueda de... del sentido o de... del camino más adecuado, cuando en verdad es que no sabes cuál puede ser, porque hay variables que no son controlables por nosotros, como si... bueno, la economía, el empleo, las decisiones políticas... las situaciones empresariales, que no dependen de nosotros. Entonces, como antes todo se suponía que iba bien, tenían el camino marcado. Sin embargo, nosotros no tenemos el camino marcado. Y luego también pienso que vivimos en una sociedad como de sobre... de mucha información, que estamos saturados de información. Y también saturados, además, de posibilidades, que es que también lo veo como un inconveniente. Porque veo que... yo qué sé, las generaciones anteriores, o nuestros padres, pues no tenían esa... esa... abanico tan amplio, ni esas informaciones tan... tanta información o tanta... acceso globalizado a cualquier cosa. Que no tenían porqué decidir tanto. Estaban como ya más encaminados, tenían un solo camino: “vamos a hacer este camino y ya está”. Pero ahora nosotros tenemos muchas posibilidades, mucha información, y de tanta posibilidad y tanta información a veces nos saturamos, no sabemos cuál es el camino correcto ni sabemos decidir. Entonces... además de que es difícil, es... complicado tomar decisiones, porque hay muchísimas posibilidades. Entonces... es... lo veo que es angustioso, eso. Y, sobre todo, que genera

⁵⁰⁵ Una explotación de esta metáfora puede hallarse en un trabajo anterior (en realidad simultáneo a esta tesis) en el que analizamos estas cuestiones (Urraco, 2016).

⁵⁰⁶ El hilo de Ariadna, en este caso, sería una suerte de prolongación del cordón umbilical que le mantiene unido a sus padres, a los que siempre podrá recurrir para volver a la seguridad del hogar, fuera del laberinto.

mucha incertidumbre. Sobre todo creo que lo definiría como algo... como una situación de incertidumbre constante.

Pero la generación de la crisis está también *perdida* en otro sentido, en el que tanto insisten los jóvenes entrevistados: perdida “para la causa”, desaprovechada e infrautilizada por la sociedad (más o menos “maltratada” o “poco cuidada”, según opiniones). Una generación sobradamente *formada*, cualificada hasta el paroxismo, que, sin embargo, no percibe que se le dé ninguna oportunidad para demostrar su valía. Se encontraría, por lo tanto, atrapada en una juventud eterna, no pudiendo desarrollar su proyecto de vida (no pudiendo, en general, *desarrollarse* a ningún nivel).

Perdida. Una generación perdida. Porque por mucho que estudian no pueden hacer nada más. Es algo que... es que no, es que no, es que aunque has estudiado y has perdido el tiempo en... en formarte... en realidad no te sirve para nada (Alba)⁵⁰⁷.

Más que perdida, los han perdido ellos, porque no aprovecharse de esta generación... Yo cuando lo dicen en la tele: “no, es la generación perdida”. No. Poco... poco valorada. Porque esa generación tiene unos rendimientos que no los va a tener nunca jamás ninguna generación, porque está superpreparada para cualquier puesto (...) Para cualquier puesto. Y están siendo sustituidos por gente que no vale (Pablo)⁵⁰⁸.

Esta imagen de encierro (de destierro, incluso), de *vagar* (que no vagar) por el laberinto, queda perfectamente sintetizada en la definición que aporta Pablo, que nos sirve de título para la tesis por su riqueza visual y su condensación: “un saco de niños zaleados”. Encontramos también esa sensación oprimiente en otras visiones igualmente claustrofóbicas, como la de César, en una intervención que va *creciendo* progresivamente hasta llegar a dibujar un escenario ciertamente de ahogo:

⁵⁰⁷ Nótese el particular uso de las personas verbales: “ellos” para la generación, “tú” refiriéndose a ella en concreto, pero quizás enmarcando su propia experiencia en un marco más general.

⁵⁰⁸ El conflicto que parece asomar en la última frase de esta intervención no es, como quizás pudiera pensarse, de base generacional. Esa “gente que no vale” es una denuncia a la práctica del “enchufismo”, que tanto molesta a este entrevistado. Obvia, eso sí, que esos “enchufados” pueden ser miembros de su misma generación (en lo que, tal vez, sea una visión de la generación que englobase, exclusivamente, a aquellos individuos en situación de precariedad, es decir, sus *iguales* –la generación como *comunidad*).

Entonces hay una serie de gente atrapada en ese trayecto, en ese tiempo, en esos... años, que está atrapada. Entonces, al final, ¿qué? ¿Qué... por dónde sale esta gente? Que hay gente que está dentro de... de... de las dos puertas, de las dos paredes, que... consiguen trabajo o, bueno, van saliendo, trabajos más o menos buenos (...) Se puede salir de ahí... esto es como lo de la drogadicción, ¿no? Tú puedes salir. Pues esto es igual: tú estás metido ahí entre las dos paredes, puedes salir, te va a costar más. Te va a costar más que a principios de cerrar la puerta. Pero, bueno, hay que buscar salidas. Si el problema es que al final tienes que buscar la salida del... del cachito que... en el cual estás metido (...) Esto es lo de... mal dicho: maricón el último. Pues eso. Cada uno sale como pueda. Que tú crees que la forma de salir de estas dos paredes es irte al extranjero. Perfecto. Uno menos (...) Pienso que hay una gente ahí, atrapada en medio, que es la generación perdida, que al final... no se le puede dar salida, porque no hay donde dar salida, y la vida sigue, entonces la gente que salga nueva, recién titulada, pues sí encuentra más facilidades, lógicamente, que cuando salí yo de la carrera. Pero que al final no sé yo quién tiene la culpa... No veo la solución tampoco. Hay un muro de gente ahí que el mercado laboral no fue capaz de asumir, de recogerlo, y ahora ya le sobra gente, porque son todos los que están ahí, en una bolsa, más después todos los que salen nuevos, que el mundo no... que la vida no se ha parado esperando como el *pause* de un vídeo a que la cosa vaya mejor. No. Pienso yo eso: la generación perdida de en medio de... de las dos puertas, de los dos tabiques, yo qué sé, aquello de... un sótano que nos han... nos han tapiado o algo así. Y estamos ahí.

La solución para salir de esa asfixiante prisión pasa, en primer lugar, por cambiar la mentalidad (*lasciare ogni speranza*), asumir la realidad circundante y emplearse a fondo en el proceso competitivo. Se desarrolla, así, un nuevo rasgo característico, diferencial con respecto a épocas y generaciones anteriores: la competitividad a ultranza, que va de la mano de un exacerbado individualismo (“la gente se araña más”, dice gráficamente Jimena). Ambos factores se presentan como tendenciales de cara al futuro, como nos indican los entrevistados más jóvenes (que “ya vienen aprendidos” en estas cuestiones), ya miembros de una siguiente generación (*poscrisis*) que los da por supuestos (los lleva *de serie*).

Este aumento de la competitividad tiene su primer reflejo en el ámbito formativo, *arena* privilegiada para desarrollar un *carácter* “práctico”, al que contribuye el propio diseño, tan centrado en lo cuantitativo, del sistema educativo⁵⁰⁹. Ese carácter práctico se impone como exigencia a desarrollar por

⁵⁰⁹ De hecho, según denuncian varios entrevistados, se considera que este énfasis en la cantidad (siempre sobre la calidad) es fomentado por la propia Universidad, que “no hace madurar” (como expone Almudena) a los estudiantes (a los actuales, no a ella, que considera que vivió “otra época” en ese sentido, hace apenas cinco años).

los jóvenes de cara a aumentar sus posibilidades de inserción (éxito) laboral (su *empleabilidad*, en términos del discurso al uso en nuestros días). Bajo la faz positiva del término “práctico” se esconde un Jano perverso: práctico parece implicar “no reflexivo”, voluntariamente indiferente hacia todo aquello que no se oriente, instrumentalmente, a fines concretos (y que nunca entrarán en contradicción con los propios fines del sistema instituido). Es el autoconvencimiento (la disciplina interiorizada como último dispositivo de control/dominación), el “quiero creer” o el “mejor no pensar” que veremos en el siguiente epígrafe que ha ido imponiéndose como necesidad adaptativa para toda esta generación.

Se estaría, con todo ello, desarrollando un tipo humano esencialmente individualista (por no decir egoísta), competitivo en extremo (supervivencia del más adaptado en un medio de escasez), que ha desarrollado (o está en vías de desarrollar)⁵¹⁰ la capacidad de obliterar voluntariamente cualquier información discordante con sus fines, y que ha aceptado que la única salida a la situación actual habrá de ser una solución individual. Se acepta como natural (o como inevitable) la situación socioeconómica sobrevenida, que, si bien se considera responsabilidad de *otros*, se conceptualiza como cuestión de (mala) suerte en lo que se refiere a su vivencia personal/familiar. Con esos mimbres, se rechaza cualquier posibilidad de acción colectiva y se opta por el camino más pautado, el que otrora llevase a la meta deseada (y el más prescrito políticamente): formación y más formación. Quien se lamenta queda estigmatizado (el que quiere, trabaja; no vale de nada ser un “llorón”)⁵¹¹ y, con todo ese conjunto de movimientos, se cierra la puerta a cualquier frustración o, al menos, se remite ésta al ámbito privado, personal, inofensivo para el sistema social en su conjunto.

⁵¹⁰ La imagen del *mutante* (o de la crisálida), como el bárbaro de Baricco (2006/2008), emerge al escuchar a algunos de nuestros entrevistados, que se reconocen en un proceso de “cambio personal” que les permita adaptarse (o morir) al nuevo contexto.

⁵¹¹ Ya hemos ido viendo, entretejido a lo largo de los capítulos, el modo en que este discurso impregna la concepción que los propios jóvenes tienen de ellos mismos (como generación), hasta el punto de asumir, en muchos casos, una imagen estereotipada de “caprichosos”, “cómodos”, “no peor tratados que otras generaciones”... Imagen de la que, obviamente, se intenta escapar, pero no intentando cambiar esa representación social, ese estereotipo, sino escapar literalmente, a título individual, intentando no incurrir en todos esos *vicios*, a los que la puerta de acceso es, curiosamente, la simple queja que denuncia una realidad *objetiva* de precariedad. Sí: el lenguaje nunca es inocente.

2. ¿Por qué no somos como los demás?: el tabú de la frustración y la eterna ilusión.

De entrada: pese a todo (pese a todo), los jóvenes entrevistados no se califican, mayoritariamente, como “frustrados”. Era de esperar en el caso de aquellos cuyas trayectorias son más exitosas, pero resultaba igualmente previsible un mayor grado de insatisfacción entre los (muchos) que siguen “dando tumbos” años después de haber conseguido su primera titulación universitaria. Esta sorprendente ausencia de la frustración en el relato de nuestros informantes puede ser debida a la deseabilidad social, que dificulta la expresión (aceptación) de un *sentimiento negativo*, tan asociado al maldito *fracaso*, en una entrevista con un extraño⁵¹². Pero, quizás, la explicación descansa en otro punto, mucho más *relajante* para el individuo (y para el sistema, también): el reino del azar y del destino, que se conjuga, como veremos, sin aparente contradicción, con el trabajo callado y constante, que siempre da sus frutos: “la suerte hay que trabajársela”, podríamos resumir. Desgranemos el modo en el que los discursos de nuestros entrevistados manejan estos elementos tan disímiles (suerte y trabajo).

Un primer discurso, en torno a la frustración, podríamos encontrarlo en aquellos sujetos que, simplemente, no la contemplan como una posibilidad en su biografía, bien sea porque no han llegado a experimentar situaciones *frustrantes* (han conseguido todo lo que han deseado o han deseado todo lo que han conseguido, que no es lo mismo) o bien porque no se consideran todavía merecedores de *nada*. Esta segunda variante resulta del máximo interés, por cuanto la encontramos en jóvenes que han cumplido con todos los requisitos que la sociedad, ese ente abstracto tan recurrente en sus relatos, les

⁵¹² Sin duda, puede que no sea la deseabilidad social *per se*, sino la falta de habilidad del entrevistador para hacer florecer este sentimiento, en el sentido de *traer a audio* un sentimiento que quizás sí se encuentre en el interior del sujeto entrevistado. No obstante, en línea con los planteamientos metodológicos que apuntamos en su momento, en las entrevistas no intentábamos *hacer emerger* un discurso, sino producirlo, conjuntamente, lo cual, en este ítem concreto, muchas veces pasaba por *incentivar* al entrevistado con ejemplos y situaciones *de generación* (“y esto que dicen de los jóvenes, que no están satisfechos con la sociedad...”), no centrados, por lo tanto, en su caso particular, al que, de cualquier manera, siempre se acababa remitiendo el propio entrevistado.

ha ido imponiendo⁵¹³. Que Esmeralda, después de dos carreras y un máster, afirme, a sus casi treinta años, que todavía no está en condiciones de “pedir/exigir nada”, es sintomático del grado en que ciertos discursos han calado entre los individuos:

¿Qué frustración voy a tener? Si yo me he sacado lo que nunca pensaba que iba a tener [titulación universitaria]. Y lo tengo (...) Es que esto no es cosa mía solo, es que esto le pasa a todo el mundo, creo yo, vamos. A mí me gustaría que fuera diferente, pero, ¿qué le hago? O sea, ahora le tengo que poner yo de mi parte (...) Ahora mismo, ¿qué he hecho yo para tener ese trabajo? [M: O sea, que tú no crees que hayas hecho suficiente para tener un trabajo] Se ve que no, ¿no? En el mercado laboral no es suficiente. No.

Al final, se confía en que el destino, mágicamente y por caminos inescrutables, le dé a cada cual aquello que merezca (“ya llegará lo que tenga que llegar”, como dice Luisa). Pero, para ello, no basta con esperarlo (la exhortación al “muévete” convive felizmente con el “pasará lo que tenga que pasar”), sino que el individuo debe hacerse merecedor de ello. ¿Y qué mejor prueba de rendimiento, de sacrificio y esfuerzo, que un extenso currículum académico? Si el *karma laboral* recompensará finalmente a quienes buscan su fortuna, el giro se completa: el individuo queda eximido de responsabilidad sobre lo que le pasa (más allá de su desempeño académico) y la sociedad queda absuelta de la situación generada (que resulta ser cuestión, también, de suerte, resultado de una coyuntura desfavorable que, simplemente, “ha tocado vivir”). No hay culpables. No hay, tampoco, motivo para la preocupación ni para el agobio existencial: todo llega. Ya llegará. Mientras se espera, mejor hacer un máster que un crucigrama.

Al final la cosa es: haberte preparado lo suficiente y luego estar en el sitio indicado en el momento adecuado (...) Sí, sí, tú te preparas bien y al final acabas recogiendo los frutos. Pero también tienes que estar en el sitio adecuado en el momento idóneo (...) Hay un componente no sé si suerte, destino, azar, llámalo karma si quieres, que... que... pues juega ahí un papel importante, ¿no? [M: Que no todo depende de ti]. Sí, pero por lo menos quiero pensar que... que sí, porque si piensas que no... te desanimas. Y entonces dices: “¿para qué estoy haciendo todo lo que estoy haciendo?”. Si

⁵¹³ Precisamente ahí, en considerar que no se ha cumplido todavía con todo (que falta algún tipo de formación, o algún tipo de *experiencia*, en suma), descansa la justificación que algunos entrevistados encuentran a su precaria situación actual.

yo pensara que, al final todo no depende de mí, sino que me... ya me vendrán a llamar, entonces diría: “¿para qué voy a hacer la tesis?” (...) Es mejor pensar que algo puede... en algo puedes influir tú, porque, si no, se hace muy duro también (...) Me obligo un poco a tener ese pensamiento positivo. Por lo menos que no quede por mí: yo me he preparado todo lo que he podido. Y ahora, a partir de ahí, ya... (Valeria).

Un segundo discurso posible lo encontramos en aquellos relatos en los que el informante, teniendo condiciones que le podrían llevar a sentirse frustrado, rechaza conscientemente esa posibilidad, remitiendo a una especie de *malentendido*, a una mala descodificación de los mensajes y señales recibidos. De este modo, cuando los títulos universitarios no tienen el rendimiento laboral que se esperaba que fueran a tener, estos sujetos lo atribuyen no a un engaño del sistema (nadie quiere reconocerse víctima del *marketing educativo*), sino a un cambio en la ecuación formación-trabajo, que ha trastocado un curso de acontecimientos que, de no haberse producido ese cambio, hubiera tenido un resultado exitoso (como se “prometió”). Si te han *empujado* a estudiar es porque, en otro momento (cuando te empujaban), aquello tenía sentido, producía unos efectos positivamente valorados⁵¹⁴. No hay mentira, por lo tanto, y, no habiendo mala voluntad, no caben malos sentimientos de frustración ni enconados rencores. No es culpa de nadie: las cosas son así.

Asimismo, encontramos también a aquellos que, no habiendo recibido ningún contrato por escrito, no se creen en situación de demandar compensación alguna. Las promesas están ahí, pero, no estando sancionadas en un documento de curso legal, no dejan de ser publicidad, otra más de las muchas *informaciones* que llegan a nosotros. Es más: se culpa al cándido individuo que confía en estas promesas, al que se tacha de ingenuo, primero por haberse dejado embaucar y, ahora, por seguir esperando satisfacción por lo hecho.

⁵¹⁴ La reincidencia en este patrón, aun cuando se ha constatado que la correlación entre titulación y empleo no se da, puede justificarse, por lo tanto, apelando siempre a cualquier elemento imprevisto o imprevisible, susceptible de echar por tierra los efectos originalmente previstos. Pablo hace un máster en Química Sostenible, pensando que iba a salir de allí “siendo el rey del mambo” y, tras años de paro, lo achaca a que, simplemente, los políticos no han querido invertir en ello. Obviamente, el máster sigue produciendo anualmente promociones y más promociones de *químicos sostenibles*, a la espera de que *los políticos* corrijan su error.

Y es que esa es la tercera posibilidad discursiva que hemos identificado, la de aquellos que sí que se sienten frustrados (decepcionados, insatisfechos, estafados) por la sociedad. Dentro de este grupo distinguiríamos dos perfiles. De una parte, aquellos que se sienten frustrados y se manifiestan declaradamente frustrados. Por la otra, aquellos que buscan algún subterfugio de autoconvencimiento para no experimentar una sensación de frustración que amenazase con paralizarles. Resultan de gran interés los recursos que movilizan estos segundos individuos, que van desde el antídoto de ver que todo el mundo “alrededor”⁵¹⁵ está igual, por lo cual no “vale la pena” renegar de la situación propia (“siempre hay quien está peor”, como dice Natalia); hasta seguir alimentando la creencia, potencialmente inagotable, del déficit formativo, que serviría para explicar la situación y, con ella, para justificarla. Sin olvidar, una vez más, los recursos de *niveles previos*, como la suerte o el “mamoneo del enchufismo” (la meritocracia como mentira), que vuelve a ubicar la situación propia en la esfera de aquello sobre lo que no se tiene ningún control, restableciendo, pues, el orden mental/universal y permitiendo al sujeto “dormir por las noches” (como dice César).

Es eso: “Estudia, fórmate, y vas a tener un futuro”. Y luego ves que el futuro no es tan fácil, porque tienes que formarte más. Y luego te formas más y “no, es que este es que tiene más experiencia”. Y es como que... “me habéis engañado, todo este tiempo”. No era tan fácil como lo decíais [M: ¿Y qué tal lo llevas tú todo esto?]. Mal. Mal por eso, porque, volvemos a lo mismo: se supone que tienes que hacer esto, se supone que tienes que seguirlo. Claro, cuando no lo sigues... te angustias. Y encima cuando ves que hay otra gente que sí. Y es como: “¿y yo por qué no?”. Que esa es otra pregunta también: ¿y yo por qué no? (M: ¿Y tú por qué no?). Y no lo sé. No lo sé, porque es que... no he hecho menos que otra gente. Yo creo que también es un poco de suerte. Un poco estar en el sitio adecuado. Y ya está (Noelia).

El dogma es claro: hay que mantener el optimismo, sobre todas las cosas, para no hundirse, porque, se sostiene, el abatimiento no lleva a ninguna

⁵¹⁵ Y este “alrededor” es muy significativo, porque alude a un grupo de referencia que es seleccionado por el propio sujeto, por lo cual puede ser absolutamente lábil. El sujeto que busca autoafirmación no se comparará con sus padres o con sus hermanos mayores, si éstos se encuentran en mejor posición que él. Preferirá, en cambio, compararse con sus compañeros de promoción. Y, en el caso de que sus colegas estén encontrando acomodo en el mercado de trabajo, optará por establecer comparaciones con otros jóvenes de otras titulaciones. Si, al final, todos estuvieran mejor que él, siempre le quedará basar su felicidad en la salud, la familia, el amor...

parte (una vez más, se observa un rechazo total a cualquier tipo de movilización o protesta). Además, se dice, hay que intentar ver siempre el lado bueno: si la titulación no te ha dado empleo, al menos te habrá dado *crecimiento personal*, experiencias, amistades y vivencias...

Este discurso del optimismo autoimpuesto, por otra parte, lo encontramos tanto entre quienes se declaran frustrados (como los casos de Elías o Pablo) como entre quienes rechazan ese sentimiento (como la conformista Esmeralda):

Yo lo que me dijeron que hiciera, lo hice. "Sácate una carrera". Pero que hemos llegado y me has engañado. Como se suele decir, nos han vendido la moto. "Tú... sácate esto que...". "¿Qué?". Que nada [M: Frustración] Mucha. Mucha. Pero aún así no se me quitan las ganas de pelear y de luchar (Elías).

Es que, si no, te vienes abajo. Yo muchas veces digo: "no voy a pensar, no voy a pensar". Porque es estos días que estás con gripe, que estás allí... estás en tu casa, estás tú solo y dices: "si estuviera con mi madre... No, si estuviera con mi madre no, es que fíjate dónde estoy...". Empiezas a pensar y dices: "ah, macho, es que esto es una puta miseria" (...) Si yo fuera otro, pues estaría todo el día en el suelo llorando, ¿no? Pero, bueno, como siempre intento ver las cosas bonitas... Yo por ejemplo pienso: "es la única vida que te ha tocado vivir". Dices: "si te frustras y encima te coges una depresión por eso... cómo vives, ¿no? Cómo te... al fin y al cabo, ¿qué sacas?". Si eres un poco normalito dices: "acho, pues no me voy a frustrar, voy a intentar salir adelante con lo que sea" (Pablo).

Es que no queda otra, ¿no? Es que... yo también confío en que trabajaré. Digo yo. Yo no quiero perder esa esperanza (...) Quiero pensar que trabajaré de lo que he estudiado (...) Porque, si no, entonces qué haces, ¿te martirizas y te dices: "no, no, no, no, Esmeralda, que no". Es que eso no te va a llevar a ningún lado. En cambio, la otra postura, la de decir: "venga, que sí, que algo va a haber", eso te va a empujar, vas a seguir moviéndote. De la otra manera te quedarías en casa no sé haciendo qué. O te tirarías a un puente, yo qué sé lo que harías. Algo. Pero desde luego nada que te fuera a llevar al objetivo, que es trabajar (Esmeralda).

Quedan, por último, aquellos que, sintiéndose frustrados, *quieren* sentirse frustrados, y elaboran su crítica contra un sistema que les prometía un futuro y les niega hasta el presente (o les condena a un presente indefinido de dependencia y de "no saltar" a la vida adulta). El origen de toda esta frustración suele ubicarse en la falta de encaje entre mercado formativo y mercado laboral: después de "haber cumplido su parte", se produce una insatisfacción ante la falta de rédito laboral producido por los títulos acumulados en el camino,

acumulación que se basó en unas promesas que hoy no se ven cumplidas (y que, en algunos casos, quizás por no asumir el fracaso de ese discurso, llevan a que se siga estudiando, a la búsqueda de que, algún día, la promesa se cumpla). Estos sujetos perciben su realidad como un bloqueo, un querer avanzar y no poder hacerlo (o que no te dejen), en lo que no es sino una manifestación de la quiebra del discurso del progreso que heredaron de sus padres (y que sus padres habrían experimentado en su momento: su *promesa* tiene la legitimidad de un testimonio personal).

Somos los que nos hemos encontrado el pastel en ese momento de saltar, y no hemos podido saltar, hemos tenido que volver para atrás y decir: “jolín, pero si es que este era mi momento de saltar, y no he podido”, ¿sabes? (...) Es como angustioso, ¿no? Porque es como querer avanzar y no poder, o querer hacer lo que tú querías... se supone que tenías en mente hacer cuando empiezas la carrera, cuando empiezas a estudiar, o cuando siempre has tenido ese pensamiento de vas a estudiar una cosa y luego vas a trabajar de ella, o vas a desarrollarte profesionalmente enseguida, ¿no? Y vas a hacer los pasos. Es como de... de angustia un poco (...) Es que yo he crecido toda la vida pensando en que todo iba a... a salir maravilloso, porque yo veía sólo progreso (...) Y ha llegado un momento que ha sido, yo, para mí, personalmente, una ruptura, de... como que te caes a la realidad, cuando ves que realmente todo era una mentira, una burbuja (...) Me he dado con la realidad en las narices (Víctor).

Definiéndose a sí mismos (como hace Víctor) como sufridores, en estado permanente de preocupación y agobio ante el futuro, no es raro que muchos otros jóvenes prefieran vivir en la dulce inconsciencia para evitar cualquier atisbo de frustración. Si *objetivamente* cabe considerar a esta generación como frustrada, por cuanto no se han cumplido sus expectativas, a pesar de que sus miembros han “hecho lo que tenían que hacer” para que tal consecución de objetivos se produjese, desde luego no parece que, en un plano subjetivo, pudiera otorgarse esta etiqueta a la mayor parte de los sujetos entrevistados en este estudio. Como una “generación que no quiere sentirse frustrada” (aunque efectivamente lo esté) podríamos caracterizarla. Este elemento, en todo caso, parece diferenciar, separar, a esta generación de las que la rodean, tanto de las anteriores (cuyas expectativas se veían satisfechas) como de las posteriores (que no tendrían tales expectativas, o no, al menos, al mismo nivel). En la medida en que entendamos que el ejercicio de *renuncia* a

las expectativas, como mecanismo defensivo para no caer en la frustración, está teniendo efectos sobre la *conciencia* de estos individuos podremos ir hablando de una generación más o menos domesticada (porque la otra posibilidad, esto es, el logro de las ambiciosas metas fijadas en el principio, resulta más improbable que se dé, al menos en un futuro *próximo*). Y, por lo visto, este ejercicio de asimilación/domesticación va por buen camino.

Sea como sea, se encuentren en la posición que se encuentren en lo que hace a frustración vital⁵¹⁶, las promesas siguen llegándoles, con la voz dulce que les mantendrá “eternamente ilusionados” ante la perspectiva de alcanzar algún día ese lugar soñado. Sólo tienen que desearlo lo suficiente o sólo tienen que formarse y competir lo suficiente. Pero el lugar *está ahí*, dependa más o menos del individuo llegar a alcanzarlo.

Y es todo el rato mirar hacia... hacia delante, sin estar disfrutando de lo actual. Es como una eterna ilusión. Como la generación eternamente ilusionada. Siempre con promesas, siempre con... cosas. Pero nunca nos acaba de llegar ese... esa realidad (Víctor).

3. Días hasta aquí... y futuro por delante: la incierta *trayectoria*.

En una de las pocas partes relativamente estructuradas de nuestro guión de entrevista se solicitaba a los entrevistados, normalmente en las postrimerías del encuentro, que definieran, con una única palabra o con una pequeña frase (a modo de titular periodístico), su trayectoria (general, no sólo académica o laboral) hasta el momento presente, dando con ello la posibilidad de hacer una especie de síntesis o balance. Casi invariablemente, se producía una pausa en la grabación, durante la cual la persona entrevistada reflexionaba buscando el

⁵¹⁶ Aquí siempre nos estamos refiriendo a frustración en el sentido de sentimiento subjetivo derivado de la (percibida como tal) falta de correspondencia entre la formación y las oportunidades laborales de que se dispone (entre *lo merecido* y *lo obtenido*, en suma). Obviamente, hay muchos otros factores, extralaborales y extraformativos, que pueden entrar en juego para que un individuo, en términos globales de su vida, se halle o no frustrado. Se entiende, en todo caso, que esta frustración que nosotros manejamos puede ser conceptualizada como *frustración original*, en el sentido de que puede suponer un bloqueo que, después, debido a la importancia central del trabajo en el proceso de construcción de los proyectos vitales, multiplique los *desórdenes* en otras esferas de la vida del individuo.

término (o el conjunto de términos) más adecuado para reflejar *su vida*. En ocasiones, una vez que se aportaba un primer adjetivo o un primer sustantivo, seguían en torrente unas cuantas aclaraciones complementarias a aquél, a veces casi a modo de *tormenta de ideas*. Después, normalmente sin necesidad de otra intervención por parte del entrevistador, el entrevistado aportaba una explicación adicional a los motivos que le habían llevado a indicar esa palabra como síntesis de su trayectoria.

Estas palabras o frases breves son las que pueden encontrarse, junto a cada caso, en la página de guía que precede a todos los capítulos de esta Parte Tercera de la presente tesis doctoral. Una representación gráfica, ubicando cada *definición* en su lugar correspondiente dentro del casillero tipológico manejado, puede arrojar algo de información para intentar realizar una lectura de estas *visiones* a partir de la situación presente de cada individuo (nótese que, como apuntamos en su momento, en alguna casilla se ubicaría más de un único caso: de ahí que se pueda leer más de una máxima).

			Padres: Estudios universitarios		Padres: Estudios no universitarios	
			Rural	Urbano	Rural	Urbano
Hombre	Empleo precario	CCSSH		<i>"Incertidumbre... e ilusión"</i>	<i>"Inestabilidad y precariedad"</i>	
		CCNNT				<i>"Querer y no poder. O querer y que no te dejen"</i>
	Empleo idóneo	CCSSH		<i>"Luchador y paciente"</i>		<i>"Jodido pero contento. Bien no estamos, pero podríamos estar peor"</i>
		CCNNT		<i>"Satisfactoria"</i>		
Mujer	Empleo precario	CCSSH	<i>"Esfuerzo y paciencia"</i>		<i>"Supervivencia", "Estudiante", "Me he dejado llevar por la corriente"</i>	<i>"Constancia", "Demasiado estudiar"</i>
		CCNNT		<i>"Incertidumbre"</i>		<i>"He aprendido bastante. He evolucionado bastante rápido"</i>
	Empleo idóneo	CCSSH		<i>"Hizo una apuesta, luchó por ello, y lo consiguió"</i>	<i>"Incertidumbre y momentos de lucha de conseguir lo que quieras... y suerte"</i>	<i>"Constancia", "Muy estable"</i>
		CCNNT	<i>"Cambiante"</i>		<i>"He ido consiguiendo todo lo que me he propuesto"</i>	

Como cabía esperar, el factor fundamental a la hora de echar la vista atrás y evaluar la propia biografía es la situación actual en relación al mercado de trabajo. Así, sentimientos de incertidumbre o de más o menos velada decepción con respecto a la formación desarrollada tiñen la valoración de la vida en su conjunto para aquellos sujetos que se encuentran en condiciones de desempleo (prolongado o recurrente) o de subempleo (precariedad laboral). Por el contrario, quienes se encuentran relativamente afianzados en el mundo del trabajo (empleos “idóneos”), lo que les permite planificar su futuro y disfrutar del presente, tienden a tener valoraciones más favorables del camino recorrido, enfatizando los logros alcanzados (conseguir lo que se habían propuesto, etcétera) o las virtudes, los rasgos de carácter, que han llevado a obtener esa posición de privilegio (constancia, paciencia, tenacidad). Es destacable, por lo demás, que esas mismas virtudes también definen, para sus protagonistas, algunas de las trayectorias erráticas que no han conducido a éxitos laborales, en otros casos.

Se obvian, generalmente, como se puede apreciar, otras consideraciones externas al individuo, siendo especialmente significativa la ausencia de referencia alguna al apoyo familiar recibido, que tampoco suele aparecer en la *aclaración* posterior durante las entrevistas, donde el discurso tiende a resultar marcadamente egocéntrico, presentando a un sujeto responsable de sus decisiones y, con ellas, de su trayectoria. Este hecho resulta interesante, y podría relacionarse con la propia técnica de la entrevista cualitativa. Cuando el entrevistado *narra*, más actores aparecen en su relato, de manera inevitable, podríamos decir. Cuando *es preguntado*, su mirada se vuelve hacia sí mismo, sintiéndose impelido a posicionarse como centro de su universo⁵¹⁷. Este dentro/fuera mostraría la potencialidad de la entrevista abierta, no estandarizada, para engarzar, como planteamos en su momento, biografía y sociedad, individuo y mundo, trayectoria personal e historia colectiva.

En ese sentido, las trayectorias más *inciertas*, las que muestran algún tipo de bloqueo, suelen ir acompañadas de alguna forma de señalamiento de los factores que inciden en ese bloqueo, pero normalmente sin llegar a definir o

⁵¹⁷ De hecho, César remite este ejercicio a la más profunda individualidad con un tinte de humor negro: “Jodido pero contento. Sí. Pondremos eso en la esquelá”.

identificar a los agentes que lo estarían provocando. Vuelve a hacer aparición el recurso a la “suerte” o a las condiciones del momento (la celeberrima “coyuntura”), que serían las responsables de que no se hayan podido hacer valer los esfuerzos realizados por los individuos que se encuentran en estas posiciones de precariedad laboral, con su correlato de precariedad en las propias condiciones de vida (o de bloqueo en cuanto al desarrollo de un proyecto vital general). Adereza esta idea el discurso, antes mencionado, del optimismo forzoso y del “querer pensar” en positivo⁵¹⁸. Se mantiene, por lo tanto, la ilusión (a veces, precisamente, es eso, una *ilusión*, en tanto que ficción) de recoger esos “frutos” (metáfora recurrente de hondas raíces, valga la redundancia), de amortizar el esfuerzo (nuevamente individualizado) que se ha llevado a cabo a lo largo de los años.

Obviamente, el número de casos no permite establecer ningún tipo de correlación, pero sí que nos parece plausible señalar que esta *ilusión* es tanto más firme cuanto mayor es el bagaje formativo acumulado. Como una especie de *huida hacia adelante*, para salir de situaciones precarias (incertidumbre, decepción de diverso grado) se movilizan nuevos recursos para doblar la apuesta por la formación, ante lo cual parece autoimponerse esta ilusión, esta confianza en que, más adelante, “se haga justicia”, como expone Víctor. Nunca se conectan en una secuencia causal sólida la incierta situación actual y la idílica situación futura, para aquellos casos más optimistas. Simplemente, se espera que llegue, más tarde o más temprano, el día del *reconocimiento* social. Mientras tanto, como plantea Esmeralda, la vida es un “dejarse llevar”, que se construye “según va saliendo” (como dice Noelia), un camino en el que hay que sobrevivir e intentar avanzar con lo poco o mucho que tengas (Alba), o, como resume la joven Natalia, un recorrido en el que hay que ir *sumando* (acumulando, haciendo acopio de todo), con esfuerzo y con paciencia:

⁵¹⁸ Si bien este discurso no es, tampoco, unánimemente aceptado. Hay quien, como Míriam, declara “haberse rendido”, después de haber comprobado que no iba a poder sacar el rendimiento esperado a los “demasiados” títulos obtenidos. La posibilidad de seguir invirtiendo en formación no está al alcance de cualquiera. No parece casual que el “querer y no poder. O querer y que no te dejen” sea enunciado por Pablo, cuyos recursos económicos no le permiten seguir estudiando algún nuevo máster, como le gustaría hacer. El pensamiento positivo se extiende por igual a todos los jóvenes, independientemente de su extracción social, pero sus efectos *anestésicos* varían en función de las condiciones reales de existencia de cada cual.

Creo que todo llega. Necesitas paciencia y necesitas esfuerzo: no te va a venir nada regalado (...) Quiero creer que todo llega. Y que quien la sigue, la consigue, digamos. Es lo que quiero pensar, realmente.

Por su parte, aquellos individuos que se encuentran en una posición más ventajosa en cuanto a integración laboral mantienen discursos en este punto que fluctúan con respecto a un *temor* de cara al futuro: la estabilidad, en términos biográficos, como trasunto del estancamiento a todos los niveles. De este modo, pareciera que aquellos que han alcanzado esta supuesta *casilla definitiva* de la estabilidad laboral temieran, precisamente, haber caído en una trampa de futuro agostamiento, de manera que intentan desechar esta idea, enfatizando sus visiones de un futuro abierto, incluso en lo laboral (no descartando, por ejemplo, “aburrirse y cambiar de empleo” dentro de unos años). Nuevamente, son muy pocos casos, pero no queremos dejar de apuntar ese hecho: a medida que la estabilidad laboral se prolonga en el tiempo, los ejes de la vida parecieran orientarse a otras esferas. Así, nuestras entrevistadas de mayor edad orientan casi inmediatamente su *explicación* de la palabra elegida para marcar su trayectoria hacia ámbitos ajenos al empleo, que es la *obsesión* de quienes acaban de alcanzar cierta estabilidad o unas buenas condiciones de trabajo (para quienes su trayectoria se define con términos más *combativos*, como si hubiera sido una dura carrera que ha llevado al momento actual... que tampoco es el definitivo). Una mirada más sosegada, en suma, se obtiene de las declaraciones de quien lleva más tiempo asentado en un puesto y no tiene previsto abandonarlo. Por eso, el “cambiante” de Carolina, que todavía está pensando qué hacer con su vida, o el “está empezando” que precede al “hasta aquí, satisfactoria” de Julio, contrastan con el “muy estable” de Jimena, para quien todo su recorrido futuro se orienta ya a la jubilación.

Por supuesto, la trayectoria seguida hasta la fecha, ya sea errática (o *desestructurada*) o exitosa (por *precocidad* o por *aproximación sucesiva*, empleando los ya clásicos términos del GRET), y la situación presente a la que dicha trayectoria ha conducido determinan la visión del futuro que tienen nuestros informantes. Partimos del hecho de que son una mayoría (prácticamente todos aquellos que no son funcionarios, en realidad) quienes todavía consideran que su trayectoria está *abierta* (apertura como rasgo

indeseable: no hay espíritu de aventura, en el fondo), sujeta a posibles bandazos o cambios más o menos bruscos (cambios que, de hecho, están más o menos previstos en las imágenes del futuro que aparecen en sus relatos), lo que dificulta cualquier ejercicio *tipificador*, capaz de agrupar recorridos biográficos individuales en un listado de categorías exhaustivas. La noción de trayectoria, que siempre remite a una foto fija en un momento concreto (o a un conjunto de fotos fijas que se siguen secuencialmente en una cronología), quizás deba ir siendo sustituida por algún recurso que permita captar no ya el dinamismo de unas biografías esencialmente cambiantes e inciertas, sino la propia indeterminación en que se mueven muchas de estas situaciones presentes (o pasadas), que no pueden servir de atalayas estables desde las que mirar hacia el pasado... ni mucho menos hacia el futuro. ¿Tal vez la Sociología debiera renunciar a todas esas pretensiones de linealidad (léase: coherencia narrativa) en sus explicaciones? ¿O acaso la propia noción de futuro resulta una *categoría zombi*, vacía de sentido en los tiempos posmodernos? Responder afirmativamente a ambas cuestiones puede parecer un exceso. El futuro sigue *estando ahí*, bien sea como posibilidad *real* o como anhelo que motiva la acción de los sujetos. Que lo haga bajo una forma u otra depende, crecientemente (y este sí que aparece como rasgo característico de la presente sociedad), de las condiciones socioeconómicas del sujeto en el momento presente. En suma: el futuro se ha convertido en un *artículo de lujo*⁵¹⁹.

La duración de los márgenes temporales (o de los plazos) que manejan los jóvenes al hablar de su futuro puede resultar un buen indicador de su situación en el mercado de trabajo. Así, la perspectiva “para toda la vida” o “hasta la jubilación” de funcionarios y empleados en el segmento primario (como el puesto de Jimena en una corporación bancaria) contrasta con los horizontes temporales de los demás informantes, que, en el mejor de los casos, alcanzan un año desde el momento presente, incluso para quienes tienen

⁵¹⁹ En nuestras entrevistas, por ejemplo, se constata que las referencias al futuro son más (y más *ricas*: *thick*) y, desde luego, son más optimistas, entre aquellos que tienen una mejor posición en el presente. El “no sé” o “no pienso en ello” aumenta su frecuencia de aparición a medida que nos desplazamos hacia aquellos casos con situaciones más o menos agravadas de precariedad laboral (siempre con sus corolarios, de diverso grado, de dependencia familiar, ausencia de posibilidades de planificación del curso vital, etc.).

contratos “indefinidos” (precisamente: indefinidos). Como veremos a continuación, para aquellos sujetos que se encuentran en una situación de precariedad más pronunciada, el plazo temporal se limita al “día a día”, en una suerte de adaptación del clásico *punk* “*no future*”.

Sobre este particular, sobre las visiones en torno al futuro de nuestros informantes, podemos establecer una cierta gradación, que nuevamente parte de la posición ocupada en el mercado de trabajo. Una vez más, posiciones más estables (más *elevadas*, jugando con la polisemia del término, aplicable tanto a posición en la estructura social como a altura en términos del puesto de vigía), permiten al individuo otear con mayor alcance de miras el porvenir. Cuando la calzada sobre la que se camina no requiere mantener la vista fija en ella, pendiente de cualquier adoquín suelto, bache o socavón, el sujeto puede atisbar mejor hacia dónde se dirige ese camino, cuya pavimentación se da como cosa hecha⁵²⁰.

De este modo, la posición más privilegiada en esa gradación de representaciones del futuro la ocupan, como es obvio, quienes han alcanzado un nivel (supuestamente) *total* de estabilidad laboral, nuevamente encarnada en la figura del funcionario, de mayor o menor nivel (en función del nivel se planificará un futuro u otro, pero el acto de *planificar* el futuro es común a todas las escalas del funcionariado). Estos sujetos, presentes entre nuestros informantes, empiezan a plantearse cómo quieren que sea, en términos familiares, su vida (paternidad y maternidad, etcétera), al tiempo que hacen planes sobre la compra de una vivienda (cuando no la han comprado ya), rechazando, de forma más o menos tajante, la posibilidad de tener que emigrar en algún momento de ese futuro previsible. Como lo expone Claudio, que justo en los días de la entrevista estaba haciendo reformas en el piso que acaba de comprar con su mujer, también profesora universitaria:

Desde... no nos hubiera importado cambiar antes de tener al niño, o sea, tampoco queríamos, porque realmente nos gusta Badajoz (...) Cuando ya hemos tenido al niño, sí que nos gustaría criarlo aquí (...) Nos gusta Badajoz como ciudad, luego está mi madre y mi tía aquí, están sus padres aquí, entonces... pues nos hemos decantado, nos hemos encontrado el piso que

⁵²⁰ Por recuperar la cara metáfora del tren y el coche, el paisaje se ve con mucho mayor nivel de detalle (y nitidez) desde la ventana de un vagón que avanza sobre raíles que desde la ventanilla de un coche que circula por una estrecha carretera sinuosa y llena de intersecciones.

nos ha gustado y... ya, hombre, ese piso ya... tenemos mucha hipoteca para pagar el resto de la vida, así que nos quedaremos... nos gustaría quedarnos aquí.

También hay quien, dentro de esta categoría de *presente-asegurado-y-futuro-previsible*, prefiere centrarse en el momento actual, que se intenta disfrutar antes de adquirir nuevas responsabilidades que modifiquen por completo estas *posibilidades de disfrute*, es decir, optan por mantener una cierta libertad de movimientos antes de, *definitivamente*, “echar raíces” (cosa que dan por supuesto que acabarán haciendo, pero que, de momento, se remite al “más adelante”).

Un escalón por debajo (empleo “idóneo” recoge realidades laborales diversas, que muestran su heterogeneidad fundamental en ese punto de la estabilidad a largo plazo) encontramos a quienes, estando en buenas condiciones de trabajo en la actualidad, no consideran que su empleo sea lo suficientemente estable como para “ponerse a hacer planes”. Una sombra de preocupación sobrevuela, con una tonalidad grisácea más o menos intensa, su mente, haciéndoles ver su futuro como algo incierto, demasiado inseguro como para aventurarse a *compromisos* demasiado firmes en lo residencial (ni hipotecarse para comprar una vivienda ni “meterse” en un alquiler) ni en lo laboral (sentirse *parte* de una empresa)⁵²¹. No descartan cambios de empleo, forzados (por despidos) o voluntarios (si les “saliera algo mejor”), como tampoco descartan, por ese mismo motivo, movimientos migratorios en cualquier momento de su futuro, que se dibuja en unos márgenes temporales mucho más cortos que para los “privilegiados” de la categoría anterior. En estas coordenadas se encontraría César, pese a llevar más de un año en su puesto actual, en la misma empresa:

Yo mi futuro, a ver, negro. Negro. Negro en el aspecto de decir que yo veo muy complicado, muy difícil, encontrar un trabajo en la empresa privada,

⁵²¹ Sobre los compromisos *personales* (sentimentales, emocionales, etc.), colocado normalmente en segundo plano el ámbito familiar (quizás porque se da por supuesta la relación), hay todo tipo de reflexiones sobre el grado de “atadura” que suponen los noviazgos. De hecho, se observan casos en los que deliberadamente se prescinde de mantener relaciones de pareja al menos hasta que se haya encauzado el camino profesional... lo cual pasa, en ocasiones, por una emigración. La imagen del lastre de Hochschild (1997) vuelve a mostrar aquí toda su validez interpretativa en la biografía de (algunos de) los individuos.

que yo me sienta realizado, que yo gane dinero ahí, uh, a espuestas. Yo lo veo complicado (...) ¿Mi futuro? Pues trabajando y... viviendo. Más o menos viviendo. De aquí al futuro yo ya me planteo la oposición y, si sale la oposición, trabajando igualmente pero ya con la vida un poco más resuelta. A futuro... mi futuro... pues lo veo complicado, porque yo ahora mismo, en el trabajo en el que estoy que... en cuanto te quieran echar, te echan. Como en todos los trabajos, supongo, pero que no tengo una seguridad, no tengo una... no tengo algo a lo que agarrarme y no soltarlo.

En el último escalón⁵²² hallaríamos a aquellos cuya precariedad presente no les permite la licencia (el *lujo*) de pensar en el futuro. Su horizonte temporal es lo inmediato, lo orientado a la “supervivencia”⁵²³. Como plantea, sumariamente, Elías:

El futuro es incierto, y muy negro. Y muy negro. Y muy negro (...) No lo veo. Es que ni a corto. No sé qué va a pasar conmigo ni de aquí a cuatro meses.

Si acaso, el futuro es *imaginado*, pero no existe certeza de que el camino actual conduzca a ese destino deseado. Estos jóvenes en situación de precariedad manifiestan, con respecto a este tema, una sensación de estancamiento (o de estar malgastando sus vidas), de asfixia. Se sienten en la necesidad pura y simple de “empezar a hacer su vida”, como si lo que están *viviendo* ahora no fuera más que un paréntesis que se está prolongando más de lo debido. Paréntesis de dependencia, pero también de falta de autonomía con respecto a los padres, como destaca Noelia, que había empezado su intervención diciendo que sentía “como que he perdido mucho tiempo” y ahora tiene una necesidad imperiosa de “buscarme la vida yo sola”:

⁵²² La imagen de la escalera seguramente no sea la más adecuada, habida cuenta de la enorme casuística que puede encontrarse al hablar de situaciones individuales. Asumimos las limitaciones de esta metáfora, adoptada con el fin de intentar reducir un tanto la extrema complejidad de la realidad, que puede devenir paralizante para el analista (llegando a hacer, en un exceso, que dibuje un mapa del tamaño del mundo, como en el cuento borgiano).

⁵²³ Supervivencia que, en muchos casos, sólo está garantizada por la mediación de la familia, de los padres de estos jóvenes. La cuestión de la pobreza encubierta (que ya vimos en el capítulo anterior, 10.2) vuelve a materializarse en este momento, si bien no se lleva adelante en el tiempo en el relato de los jóvenes, o, cuando se hace (los padres no estarán siempre ahí para apoyarlos), se ejecuta un movimiento corrector del tipo “para ese entonces, ya todo estará *en su sitio*”. Quizás la pobreza descorra su velo al cabo de unas décadas, si no se *corrige* la situación de precariedad en que los miembros de estas generaciones de jóvenes se hallan, muchas veces, inmersos.

Es por tener mi independencia (...) El hecho de cambiar un poco de... de pensar: “es que llevo toda mi vida así”. De crecer (...) Un cambio de mentalidad. Y yo ese cambio lo necesito (...) Yo soy muy familiar, pero yo también necesito un poco... mi espacio y mi... y crecer un poco.

Más allá del clima de convivencia familiar, otro factor que contribuye a incrementar esta sensación de estancamiento es la comparación con otros casos *similares*, cuyas biografías sí que parecen no moverse con la lentitud de la propia, más o menos enfangada:

Yo veo que sigo igual que hace... uff, no sé, me veo muy igual, mi vida no ha cambiado tanto (...) Sigo igual. Han pasado los años [con respecto a 2011, cuando mandó una carta al director en un periódico local, contando su experiencia y su sensación de encontrarse “al borde del abismo” del mercado de trabajo] y sigo en el mismo punto. Yo por lo menos veo que no he cambiado mucho, pero sí que veo que a mi alrededor la gente sí que cambia mucho (Víctor).

Esta necesidad, cuando se agudiza (o cuando se combina con las propias condiciones materiales del individuo, que hacen que la “necesidad” se torne necesidad sin comillas), lleva a una rebaja de las expectativas y/o a una normalización de las condiciones de precariedad, lo que acaba limitando las propias opciones de futuro, en un proceso que se retroalimenta. A menos expectativas, peores condiciones. A peores condiciones, menos posibilidad de *futuro*.

En este último escalón, en el que encontraríamos a buena parte de nuestros informantes, las situaciones personales son muy diversas, pero cabe distinguir, fundamentalmente, dos perfiles. El primero sería el de aquellos que, por motivos diversos, consideran que han alcanzado su *límite* formativo y ahora, simplemente, tratan de encontrar un trabajo acorde a dicha formación, mientras aceptan (o sufren) empleos en otros sectores, normalmente con bajos requisitos de cualificación (y normalmente, también, con malas condiciones laborales). El segundo grupo es el de quienes todavía no se han *implicado* a fondo en el mercado laboral, definiéndose más como estudiantes que como trabajadores (o buscadores de trabajo). Para estos últimos, su itinerario formativo continúa abierto, lo que hace que su futuro (más como imagen que

como plan concreto) todavía no esté tan nítidamente definido como para los anteriores, para quienes las opciones *reales* se han limitado a aquellas puertas en las que, en algún momento, se espera que puedan pedir las credenciales que ellos han acumulado.

Sea como sea, mientras no se alcanza cierta estabilidad laboral, todo resulta incertidumbre, como ausencia total de certezas, como miedo a *cometer una equivocación*, a tomar una mala decisión (la sensación de ser como una “hojita al viento”, como describe poéticamente Víctor esta falta de garantías). Este temor a equivocarse se desplaza hacia adelante y hacia atrás en el tiempo, refiriéndose por lo tanto a la posibilidad de *estar equivocándose* en lo que se está haciendo ahora mismo, de *ir a equivocarse* en lo que se va a hacer en el futuro inmediato (en el caso de que se siga acumulando formación o se den unos pasos u otros en el mercado de trabajo), o de *haberse equivocado* con lo que se hizo en el pasado. Pese a que los discursos “*post*”, que estos mismos jóvenes manejan en otros momentos, enfatizan la idea de la renovación o del reciclaje, la lógica de nuestros informantes sigue siendo lineal, asociada a la máxima de “una edad para cada cosa”. Es por ello que descartan, en principio al menos, la idea de “reinventarse” para buscar un nuevo camino. O, al menos, de reinventarse *mediante titulación*, que parece que es el salvoconducto necesario para acceder a nuevas regiones de posibilidad laboral. Puede que el camino sea una vía muerta, pero es *su* vía muerta.

Que a lo mejor cuando tenga cuarenta pienso: “huy, con veintiocho podría haberme reconvertido en otra cosa, ¿no? Haberme rehecho de otra manera”. Sí que pienso que no sé por dónde va a ir el futuro. Puede que el futuro me diga que voy a dedicarme a otra cosa totalmente distinta. Pues puede ser. Pero, ahora mismo, estudiar... o sea, desligarme de lo que he estado estudiando no lo... no lo... Lo veo que ya soy muy mayor para eso. Que tengo que seguir por la línea que me he ido marcando todo el rato. Si me he especializado en una cosa, pues me tengo que seguir especializando en esa. Y cambiarme de repente a otra cosa... lo veo difícil (...) y que, más que difícil, que no es práctico (Víctor).

En última instancia, la resignación, mezclada con el fatalismo (a fin de cuentas, para qué cambiar de ruta) y, al tiempo, con el optimismo kármico (todo lo que tenga que llegar, llegará), sitúa a estos jóvenes en una visión en la cual

el futuro escapa casi completamente, en la práctica, a su control. La imagen de la cola es correcta: un conjunto de individuos que esperan pacientemente a que se abra la puerta y una voz desde dentro diga su nombre. Simplemente esperan, con dosis diversas de angustia e incertidumbre, no haberse equivocado de cola.

4. Todavía la noción de *carrera*: síntesis de una generación “saqueada”.

Este afán de aferrarse a una titulación concreta y seguir su senda hasta las últimas consecuencias, con las correcciones, si acaso, que pueda introducir algún complemento formativo de “especialización” dentro de esa rama, nos conduce a otra noción de honda tradición: la *carrera* (no en vano, de hecho, a las titulaciones universitarias se las conoce habitualmente con ese nombre). Como vimos en la parte teórica de esta tesis, la noción de carrera se constituía como identificador social, como marca indeleble que dotaba de identidad a los estables trabajadores de la pauta fordista. Hoy, en un contexto laboral radicalmente distinto (por más que sigan existiendo oasis de estabilidad laboral), esta noción podría resultar un fósil de un tiempo pasado, una *supervivencia*, en el sentido antropológico del término⁵²⁴. No obstante, resultaría un vestigio (un arcaísmo) *útil*, al que los individuos se aferran como forma de autoafirmación, como elemento que daría sentido a todo un proceso tentativo de construcción laboral/vital muchas veces ciertamente penoso⁵²⁵.

⁵²⁴ Para una aclaración terminológica puede consultarse, por ejemplo, la entrada que el diccionario de Antropología de Bonte *et al.* (1991/1996:687) dedica a esta noción: “El término supervivencia fue introducido en el vocabulario de la antropología por E. B. Tylor (1871[/1977]) con una acepción tomada de las ciencias de la vida. Sobre el modelo de los biólogos que se esforzaban por reconstruir la evolución orgánica a partir de órganos convertidos en vestigios, Tylor proponía que los antropólogos considerasen ciertas costumbres y creencias como los testimonios fosilizados de antiguas instituciones”. La entrada se completa con una serie de referencias a autores que revisan esta noción, yendo desde Malinowski, Radcliffe-Brown, Sapir, Linton o Lowie hasta Durkheim o Lévi-Strauss, lo que nos marca la conexión entre esta idea y el paradigma funcionalista, tradicionalmente hegemónico en Sociología (y que no resulta, sin duda, el caldo de cultivo ideal para el desarrollo de innovaciones metodológicas o teóricas en la estela de la poslinealidad).

⁵²⁵ Más allá de que, en muchos casos, los entrevistados manejan la noción de carrera como sinónimo (lo cual ya es significativo en sí mismo) de su formación universitaria, o como extensión de la misma: acabar la *carrera* para empezar la *carrera*, o acabar la carrera académica y empezar la carrera profesional. Ese matiz, el “profesional”, es lo que sería utilizado para filtrar los distintos empleos que se desempeñen

La remisión de esta noción al pasado es un ejercicio habitual entre los propios entrevistados, que, cuestionados sobre su propia carrera, muchas veces comenzaban su respuesta aludiendo a la experiencia de sus padres. Por ahí podemos ver un elemento de socialización que explicaría la transmisión y el manejo de una noción que tantas dificultades tiene para hacer pie en el proceloso mar de la incertidumbre laboral de nuestros días. A los jóvenes, muchas veces, los padres les han inculcado esta idea de que *deben* desarrollar una carrera (que les hiciera, a su vez, desarrollar-se, desenvolverse como personas, como ciudadanos). Y ha sido una socialización que no ha supuesto un movimiento de procesamiento o adaptación de la noción, tradicionalmente tomada como sinónimo de linealidad, a los tiempos actuales y a sus circunstancias específicas. Idealmente, la carrera de los jóvenes ha de seguir los mismos pasos que la carrera que realizaron sus padres⁵²⁶. Se supone que, *mutatis mutandis*, eso habría de conducir a los mismos resultados que sus progenitores obtuvieron y que ellos, los jóvenes, han disfrutado vicariamente como miembros de sus familias.

Desgraciadamente, la práctica no es tan sencilla como la teoría y abundan los obstáculos para *construir* un acueducto válido que sirviera para canalizar la biografía. La imagen recurrente en las entrevistas, siguiendo con la metáfora ingenieril, es la de un torrente descontrolado (que vendría a simbolizar la vida y sus múltiples opciones de elección) que el joven ha de intentar “encauzar” en la medida de sus posibilidades. La carrera, que vendría a actuar (así se les ha inculcado) como una brújula para ir orientando los pasos hacia una meta concreta, serviría para saber en todo momento qué estudiar o qué empleos aceptar porque acercan, de un modo u otro, al objetivo final. Consecuentemente, tener la carrera en mente sirve, también, para saber qué otros elementos (estudios y empleos, pero también aficiones o incluso relaciones) van en contra de ese “encauzamiento”, suponiendo distracciones o desviaciones con respecto a la meta que se persigue. De este modo, linealidad

como parte o no de su “carrera”, en función de lo relacionados que estén con la carrera (titulación) cursada.

⁵²⁶ Independientemente de que en muchos casos los padres no realizaron estudios universitarios (esa *parte de la carrera*), el contraste intergeneracional se muestra imposible en algunos casos, sobre todo entre las jóvenes cuyas madres no han desempeñado puestos de trabajo fuera del ámbito familiar. La carrera, así, se reviste de la obligación moral de progresar socialmente, de no decepcionar a unos padres que habrían dado a sus hijos “todo aquello que ellos no pudieron tener”.

viene a sustituir a la más virtuosa noción de “rectitud”⁵²⁷. Así, muchos de nuestros entrevistados asimilan “no haber tenido desvíos” con haber (man)tenido o estar desarrollando una carrera. El faro al final del camino es lo único que deben mirar mientras lo recorren. La tentación del “dinero fácil” debe ser acallada o, cuando menos, satisfecha con *moderación* (y, nuevamente, la figura paterna ejerce una influencia crucial en este punto de los relatos, como vemos en el caso de Celia)⁵²⁸.

El año que entré a trabajar en XXX me dispersé un poco. Yo dije ese año que ya quería trabajar de lo que fuese, me lo propuse, salieron esos puestos, yo eché para XXX y para ZZZ (...) Ahí sí me desvié un poco, porque ahí sí es verdad que yo del máster me podía haber metido directamente a una asociación de voluntaria. Y luchar más por lo mío. Lo que pasa es que estaba un poco cansada de esa dependencia [con respecto a sus padres] y dije: “mira, necesito... trabajar en lo que sea, por lo menos un poco por motivación mía, sentirme realizada, que no me tengan que pagar al año siguiente otra vez mis padres una academia...”. Pero sí es verdad que mis padres tenían mucho miedo a que yo empezara a trabajar de cualquier cosa. Porque decían que una vez que me viese con dinero ya no... como que me iba a desvincular.

Con la lógica del *renunciante*, encontramos un relato análogo en la narración de Víctor:

Ahora que, por el camino, yo por ejemplo ¿me tengo que sacrificar? Pues me tengo que sacrificar de algunas cosas, porque me pueden ofrecer trabajos que no sean exactamente de lo mío, pero que te den a lo mejor la independencia económica. Pero he dicho: “no, porque realmente quiero una meta, ¿no?”. Y entonces he rechazado eso. ¿Que lo he hecho bien o mal? Eso me lo van a decir los años, yo ahora mismo no lo puedo saber. Yo, hoy por hoy, pues no me arrepiento, porque no me supone tanto peso el no tener determinadas cosas a cambio de otras, pero a lo mejor el día de mañana miro para atrás...

Entre los más exitosos de nuestros informantes, la noción de carrera se da por asumida: el éxito implica (supone) reconocer que se ha tenido un

⁵²⁷ Quizás no sea una mera cuestión *biológica* (sobre la forma de desplazamiento de este animal) que se utilice, en ocasiones, el término “serpentear” para hablar de los desvíos que se habrían tenido con respecto a esa línea recta de la carrera. ¿Ecos religiosos y moralidad en el afán de construcción de una carrera?

⁵²⁸ Quien tuvo luego la *suerte* de que su contrato en el sitio al que accedió no se prolongó más allá del primer año, pudiendo así *reconducir* sus pasos hacia su objetivo original, que reconoce que nunca llegó a perder de vista.

objetivo y se ha alcanzado (si el objetivo alcanzado no era el inicialmente deseado existen toda una serie de mecanismos de engaño o, mejor aún, de autoengaño, para reconducir la situación *en términos de carrera*). Quienes todavía no han logrado ese éxito *se intentan convencer* de que tienen una carrera, de que están “en el camino”, confiando en llegar a la meta fijada, tarde o temprano, después de más o menos desvíos o tiempos muertos. Con su habitual estilo de largas intervenciones teñidas siempre por el signo de la incertidumbre, encontramos este proceso de (auto)construcción de una carrera en el relato de Víctor:

Es lo que pienso que estoy haciendo. Y parece que todo lo digo en plan incertidumbre, pero es que para mí es así, como no lo sé exactamente, yo creo que estoy dando pasos para tener una línea, de lo que estoy haciendo, ¿no? Y no desviarme de esa línea. Pero... tampoco sé si estoy en la línea adecuada, ni estoy en el camino adecuado, ¿no? Entonces sí que me gustaría llevar esa línea. Hay gente que le da igual y que, bueno, que estudia una cosa y luego trabaja de otra o que... yo qué... se dedica a otra, pero yo sí quiero establecer una línea porque, te vuelvo a repetir, es que es lo que se supone que tengo que hacer, lo que me han inculcado: “oye, tú, especialízate en algo, ve a por eso, adquiere... márcate una meta y ve a por ella”. Pero yo no sé si esa meta... la voy a alcanzar o no. De momento yo tengo confianza... o tengo el deseo de que esa línea realmente vaya a buen puerto y que realmente lo esté haciendo bien para que esa línea surta efecto. Pero... espero estar en lo acertado. Yo lo espero. Que no lo sé cómo van a ir las cosas, porque, ya te digo, es como todo: mucha incertidumbre, el mundo es muy abierto, tenemos muchas posibilidades y... yo he cogido una, y no sé si esa es la mejor (...) Yo lo que intento es eso, básicamente: tener siempre un camino, una meta, un... una carrera, ¿no?, por así decirlo, y una especialización, y... no desviarte de ella.

Son muy pocos los entrevistados que, directamente, dicen no considerar que su vida no ya no esté encauzada en absoluto, sino que ni siquiera se oriente hacia un determinado *plan*. Si carrera equivale a éxito (actual o potencial), ausencia de carrera se asocia a fracaso absoluto. Y fracaso, obviamente, es un estigma que nadie quiere asumir por voluntad propia. El recurso habitual, en tales casos, es señalar las dificultades insalvables que se han encontrado a la hora de desarrollar esa carrera. El “querer y que no te dejen”, que apuntaba Pablo, se completa poco después con un “es que no nos dejan encauzarlo”. O, como hace Alba, remitir a la suerte, una vez más:

Pero en ningún momento [ha sentido que su vida incorporase la noción de carrera]. Por eso, porque yo estudié una cosa, luego he intentado hacer otra totalmente diferente, porque no tiene nada que ver, y luego en realidad estoy trabajando en algo que es que no tiene nada que ver tampoco con eso. Y posiblemente, en un futuro, no esté desempeñando el trabajo para lo que he estudiado. Entonces no... no le veo una línea recta en ningún momento (...) Yo pienso que el que ahora mismo está trabajando de lo que ha estudiado es por suerte (...) La suerte de estar en el momento justo en el... para más o menos sacar lo que tienen ahora.

Hay, no obstante, una posibilidad discursiva que, postulamos, puede ganar ascendencia en los próximos tiempos, y que opera como mecanismo defensivo ante la eventual frustración futura (como ya vimos en el apartado correspondiente, capítulo 8.5) y, al tiempo, como reconocimiento de una perspectiva más *integral* del currículum, alejado de la hiperespecialización que chocaría con las demandas de flexibilidad y polivalencia que recibe el trabajador posmoderno. En ese sentido, el *vagabundeo* (la tradición del *flâneur* benjaminiano, tan cara a la Sociología) motivado por tener multitud de intereses de diverso tipo puede resultar doblemente útil a los individuos en este nuevo contexto, por más que éstos, como Míriam, lo conceptualicen como un “problema” (en parte por su propia falta de sintonía con el funcionamiento del mercado laboral, mucho menos *abierto* y flexible de lo que se postula):

Quizás nunca he tenido a lo mejor algo tan claro como gente que se plantea “yo quiero esto y hasta que no lo consiga...”. A veces he pensado: “tengo un problema porque me gustan muchas cosas” (...) Pero, claro, tienes que elegir, y al final luego el mundo laboral no te da para elegir tanto.

Como arma de doble filo, este *apetito* omnívoro genera también dudas (amén de, por momentos, cierta aparente sensación de remordimiento) ante la multiplicidad de caminos deseables, tal y como expresa Noelia, que recuerda que estas opciones están siempre mediadas por el coste económico que suponen:

Yo a veces veo cosas que digo: “ay, me encanta”. Pero luego pienso: “es que no tiene nada que ver con lo que yo he hecho. Es que, si lo hago, es un dinero que es que no...”. Pero a mí me gusta. Entonces es... es difícil. Es como: “¿por qué voy a hacer esto si no tiene nada que ver con lo que...?” (...) Si después no me va a valer para nada de lo que yo tengo y... es... es

difícil. Es difícil porque es como: “ay, que esto me gusta. Ay, pero esto también” (...) Al final, te cuesta un dinero que si te cuesta reunirlo... tienes que pensarte bien dónde lo echas.

No obstante, la tradición es tozuda, y los jóvenes se muestran temerosos de internarse en la inmensidad del mar sin brújulas o sextantes⁵²⁹. La demanda (necesidad sentida muy vivamente) de dotar a la vida de un *sentido*, en torno al cual se habría de construir la coherencia narrativa (la *dirección*) de sus relatos, dificulta el abandono de nociones como la de *carrera*, amuleto y reliquia transmitida de padres a hijos, como si hubiera estado en la familia durante generaciones (lo cual, huelga decirlo, no es cierto). Además, el hecho de que todavía queden *casos ejemplares*, que muestran la vigencia de este tipo de *desarrollos vitales* sirve de acicate para empeñarse y buscar ese maná de la *profesión*⁵³⁰.

Así las cosas, puede que algún día los jóvenes renuncien a una noción que no parece, en absoluto, aplicable de forma general a la mayoría de sus recorridos laborales. Mientras tanto, una vez más, esta generación de la crisis se mantiene entre la ilusión forzada y la insidiosa realidad. Carrera es linealidad, es “esto que tenían nuestros padres, ¿no?”, carrera es crecimiento profesional (para algo se ha estudiado –tanto) y personal, porque no es una mera línea recta, sino que es una línea ascendente, reflejo del sueño de progreso en que esta generación se *crió*.

Yo siempre lo digo: yo he ido creciendo. Yo empecé con mi padre en la oficina, luego ya entré en XXX dada de alta, de ahí ya entré en XXX, de ahí ya

⁵²⁹ Aparte de que la figura del diletante (identificado como un individuo caprichoso, que no quiere o no es capaz de comprometerse, lo que le hace poco fiable) es tradicionalmente despreciada, una vez más, por herencia de una cultura laboral, *plenoempleista* y pro especialización, propia de un contexto social (de una *pauta laboral*) anterior, hoy en vías de extinción.

⁵³⁰ Por más que, curiosamente, aquellos que han alcanzado el objetivo al que se orientaba su carrera se enfrentan ahora al dilema de *qué hacer después*. Intentar progresar (promocionar) en su ámbito es una opción. Permanecer en el puesto y tratar de buscar la realización fuera del entorno laboral (con *carreras* familiares o de cualquier otro tipo), otra. Sea como fuere, la carrera profesional, llama interior que les había llevado hasta aquí a través de todo tipo de esfuerzos y adversidades, parece apagarse al ser transferida al pebetero de la estabilidad laboral. Al final, el discurso puede ser irónico: hay que moverse... hasta llegar a un punto del que ya nadie *te pueda mover* (ni tú mismo tengas motivación para moverte). ¿Cómo gestionar tal contradicción, llegado a ese punto? Una posibilidad: asumiendo, al menos al principio, que hay que seguir formándose, hay que seguir, indefinidamente, consumiendo formación (la clave del movimiento, en todo caso, estará más en el *consumo* que en la *formación*).

me subieron de horas, de ahí ya entré en las oposiciones... O sea, ha sido como de... muy poquito a... a más (Esther).

Así, la carrera es un anhelo, una promesa a la que, mal que bien, los jóvenes tratan de dar satisfacción. Los tiempos han cambiado, el trabajo ya no es lo que era, y, sin embargo, los deseos siguen siendo, esencialmente, los mismos: un ciclo de la vida pautado, ordenado y tranquilo, bajo la seguridad de un empleo estable y suficientemente retribuido. Las estrategias para alcanzar esos sueños, por lo visto, también permanecen, en lo fundamental, invariables. Si las trayectorias biográficas del futuro han de ser más o menos flexibles o reversibles no lo serán, desde luego, con la alegre aprobación de unos jóvenes mucho menos posmodernos de lo que se les supone.

PARTE CUARTA.

**RETROSPECTIVA DE HALLAZGOS:
TENTATIVA DE CONCLUSIONES.**

CAPÍTULO 12.

Extremadura, 2017: dinámicas transicionales de jóvenes titulados universitarios.

1. Títulos y más títulos: entre la “estación fantasma” y la forzada inversión ilusionada.

Seguramente el “homo studiosus” que Tezanos (2001)⁵³¹ profetizaba como figura propia de esa nueva civilización poslaboral que habría de surgir de entre las ruinas de las sociedades del trabajo, figura caracterizada, sobre todas las cosas, por su solaz desprendimiento a la hora de acumular saberes, como forma desinteresada de emplear su (creciente) tiempo de ocio, poco tendría que ver con el actual “eterno estudiante” que hemos encontrado al recabar los relatos de nuestros entrevistados. Para ellos, mayoritariamente, el *saber* no es fin, sino medio. De hecho, ese *saber* tiende a deslizarse fuera de la ecuación en unos tiempos marcados por un credencialismo muchas veces aparentemente vacuo, en el que los símbolos (los diplomas, los títulos, los sellos oficiales) son lo único que parece tener algún valor *efectivo*, real. El estudiante de nuestros días, pues, sería una subespecie particular de “studiosus”, al que quizás le encajase mejor otra etiqueta, más cercana al polo de lo burocrático que del romántico *conocimiento*⁵³². Los jóvenes entrevistados en este estudio, de hecho, presentan una relativa aversión al conocimiento “teórico”, frecuentemente denostado por considerarlo ajeno a una *realidad* (realidad laboral, se entiende) únicamente aprehensible mediante un saber práctico, una *destreza* del oficio, que está más basada en la experiencia inmediata que en un ejercicio práxico o reflexivo⁵³³. Desde luego, puede que

⁵³¹ Siguiendo a Schaff (1985/1985), para quien la sociedad poslaboral asistiría al paso (la *evolución*) del “homo faber” al “homo studiosus” y al “homo ludens”.

⁵³² El afán con el que se buscan los certificados, la fruición con la que se intentan cubrir todas las casillas de un determinado baremo (en ocasiones mediante la realización de cursos relativamente inútiles en su faceta formativa) o la importancia atribuida a los aspectos de trámite (las formas) sobre aquellos de contenido son elementos recurrentes, como vimos, en el relato de nuestros informantes.

⁵³³ El desajuste entre teoría y práctica, entre Universidad y mercado, serviría, en el discurso de estos jóvenes, como factor explicativo (uno entre tantos) de las dificultades de inserción laboral tras obtener

esta sociedad pretendidamente poslaboral pueda recibir el apelativo, con Hopenhayn (2001:217), de “sociedad del aprendizaje”. Es más, actualizando la formulación, cabe nombrarla como “sociedad del aprendizaje a lo largo de toda la vida”. Pero es un aprendizaje absolutamente *interesado*, orientado a unos fines, precisamente, laborales, que son los que alientan el comportamiento (más o menos racional) de los sujetos *estudiosos*.

Quizás la controversia pudiera resolverse manejando otros términos menos impregnados de hondas raíces *humanistas* que los de “conocimiento”, “saber”, “educación”... y optando, por lo tanto, por la terminología propia de los discursos en boga en nuestros días, bastante más aséptica (pero no por ello menos *intencional*): “competencias”, “destrezas”, “habilidades”... todos ellos subsumidos bajo la omnipresente “formación”. *Formación*, como proceso integral, que supone el paso de lo que no se es a lo que se pide que se sea, en un movimiento doble por el cual el individuo se *con-forma* al molde establecido y la *sociedad* (el *mercado*, el *sistema*, o cualquier otro nombre que queramos otorgarle al agente social total) *da forma* a dicho individuo. A partir de ahí, el discurso de la formación nos resulta mucho más acorde a la situación actual, tal y como se manifiesta en los relatos de los entrevistados, que el que apelase a la pura “educación”.

La formación no se presenta como una opción: es una exhortación al individuo, pero, al tiempo, es una manera de negarle su existencia si no “se forma”. Y, en un giro, se traspasa al individuo la propia responsabilidad, presentada como una graciosa muestra de libertad de elección, para llevar a cabo este proceso formativo. En línea con las transformaciones descritas en el marco de las nuevas pautas sociales contemporáneas (capítulo 3), el individuo recibe crecientemente la carga de responsabilidad sobre su destino, presentándose como responsable único de su porvenir, habiendo de buscar su autoaseguramiento (y resultando culpable ante cualquier posible “error de ajuste”). El Estado, correlativamente, desaparece de escena, quedando su función limitada a la de “tutor” (*coach*), oferente de medios para lograr esa *formación* que el mercado demanda (como ya planteamos en 3.4).

una titulación universitaria, en línea con lo expuesto por diversos autores a lo largo de las últimas décadas. Véase, en ese sentido, Garrido Medina (1996a), Mora (2002), Carot *et al.* (2011), Caballero *et al.* (2014)...

Como empresario de sí mismo, el joven tiene que formarse, integrar en su cartera de competencias y credenciales todas aquellas que pudieran aumentar su empleabilidad, esto es, todas aquellas que, en un momento determinado, puedan ser reclamadas por el mercado para su puesta en práctica (Alonso *et al.*, 2009; Santamaría, 2010, 2012; Tovar y Revilla, 2012; Alonso y Fernández, 2012a). Ya vimos en el relato de Víctor este proceso, esta conceptualización del individuo como un producto, con su correspondiente marca personal, que ha de ser puesto en el escaparate del mercado del modo más atractivo posible. Para ello, argumentaba nuestro entrevistado, había de distinguirse del resto de productos, lo cual pasa por presentar competencias diferenciales (demostrables a través de credenciales de diverso tipo y valor). Si, además, se reviste este proceso de acumulación de competencias/credenciales de toda una serie de imágenes de superación personal, éxitos académicos y parabienes, no será difícil que nuestro joven se muestre por momentos encantado ante la prolongación (en la práctica no cabe hablar de prolongación, porque ya se asume como una realidad ajena a limitaciones temporales) de su período formativo.

La ética de la postergación, por lo tanto, no parece resultar tan ajena a estos individuos, supuestamente hedonistas hasta el extremo (Sennett, 1998/2010; Rodríguez y Ballesteros, 2013). La ascética de los sacrificios también impregna los relatos de nuestros jóvenes informantes, que viven su período *formativo* como una travesía con final incierto, mientras intentan gobernar su nave hasta llevarla a un puerto seguro donde echar el ancla y asentarse y disfrutar de la justa recompensa a sus esforzados años de estudiante/renunciante. Años de esfuerzo y de renunciaciones a diversos *apetitos* (el *saber* no parece ubicarse en estas coordenadas, como dijimos) que, no obstante, son también años pasados en una relativamente cómoda “burbuja”, a refugio de una oscura intemperie exterior (Benedicto, Fernández de Mosteyrin, Gutiérrez Sastre, Martín Pérez, Martín Coppola y Morán, 2014).

Con todo ello, se asiste, como vimos, a una socialización del gasto en formación (Bilbao, 1993; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Santos y Muñoz, 2015). Es el individuo (apoyado, en términos variables, por su familia y por el Estado) el responsable de adquirir las competencias que la empresa le demanda, quedando ésta libre de cualquier responsabilidad en este ámbito

formativo. Si el individuo no presenta una determinada habilidad, el problema es, exclusivamente, suyo. Un contexto de sobreabundancia de mano de obra permite a los empleadores seleccionar a sus trabajadores y establecer filtros sin apenas restricciones (del mismo modo que apenas tienen limitaciones en cuanto al margen de maniobra para establecer posteriormente las condiciones de empleo). Ello supone, por lo demás, una *conversión* de los problemas económicos (vale decir, estructurales) en cuestiones formativas (esto es, individuales, en términos de déficits personales), con lo que se difumina cualquier responsabilidad sobre la macrosituación social (Martín Criado, 1999)⁵³⁴.

El individuo (y su familia) pagarán para adquirir esa formación (cada vez más omniabarcante en cuanto a contenidos potencialmente requeribles por la empresa) en los distintos mercados, públicos y privados, habilitados a tal efecto. Una floreciente industria vive su primavera al calor del discurso de las competencias y las inteligencias múltiples, que, en todo caso, han de pasar por caja para ser adecuadamente *certificadas*. Se produce una aquiescencia de las instituciones académicas, incluso aquellas de titularidad pública/estatal, con las exigencias del mercado. Pareciera que el encendido debate sobre la mercantilización de la educación (véase, para una revisión somera, el epígrafe 3.4 de esta tesis) hubiera terminado. No hay contestación, entre nuestros entrevistados, a este proceso que tanto indignase a Standing (2011/2013:118 y ss.). Ni siquiera hay resignación. Simplemente se acepta como un hecho natural, inevitable, quedando así fuera de cualquier debate que pudiera orientarse a politizar o ideologizar este nuevo mercado (nuevo en cuanto a ampliado, masificado y diversificado al mismo tiempo) de las titulaciones.

Coincide esta primavera de las credenciales con un momento histórico en el que la formación ha dejado de ser garantía alguna de éxito laboral

⁵³⁴ En su línea crítica habitual, con resonancias de Ibáñez, expone Martín Criado al final de su texto (1999:44): “Desviando la mirada del ámbito productivo al formativo se ha procedido a la reordenación de las relaciones de producción. Sustituyendo, a nivel simbólico, las relaciones de poder y conflicto por la ilusión del consenso –promocionemos ese bien de salvación contemporáneo que es la cultura-, se ha procedido, a nivel práctico, a incrementar el poder empresarial evitando el conflicto laboral. Una vez más, nos han regalado los sueños y se han quedado con la realidad”. ¿Tardarán en señalar los jóvenes que su sueño era estudiar una carrera, más que ejercer una profesión? Ya tenemos algún testimonio, como el de la conformista Esmeralda, que parece apuntar en esa dirección, toda vez que, a sus casi treinta años y sin experiencia laboral *significativa* en el ámbito de su formación, rechaza sentirse frustrada, porque, después de todo, ha conseguido más de lo que imaginó que lograría (estudiar una carrera universitaria).

(Alonso *et al.*, 2009; Álvarez *et al.*, 2013) y, simultáneamente, ha perdido poder como medio de señalamiento social (con lo que ello implica en cuanto a pérdida de validez a la hora de actuar como mecanismo de movilidad social)⁵³⁵. Vimos en nuestras entrevistas cómo este hecho, la falta de correspondencia entre “lo estudiado” y el presente laboral (completamente desconectado de la cualificación adquirida –empleos “precarios”- o, incluso, completamente desconectado del mercado laboral, de hecho –desempleo masivo), es un elemento asumido con creciente indiferencia por buena parte de los jóvenes informantes, que tienden a rechazar, en ocasiones, la propia idea de sobrecualificación, en lo que puede entenderse como una traducción de la escasa valoración de su cualificación, sin más⁵³⁶.

Las dificultades de inserción laboral se extienden hoy a los jóvenes titulados universitarios, acaso antes libres de unas condiciones de precariedad que, como vimos, sólo parecían ajenas a la pauta fordista desde una mirada parcial de aquel momento histórico (Pollert, 1991/1994c; Alonso y Torres, 2003; Recio, 2007). Precisamente de dicho momento, de dicho modelo de sociedad, proceden las ideas que vinculan educación con movilidad social ascendente. Ya vimos la vehemencia con la que algunos padres de los jóvenes de nuestro estudio insistían a sus hijos para que hicieran primero una carrera y luego uno o varios másteres (o adquirieran cualquier otro tipo de formación complementaria). Socializados en el patrón lineal propio de la pauta fordista, la formación universitaria se tomaba como llave para acceder a un nivel social superior (véase 2.6). Por recuperar la hermosa metáfora ferroviaria de Beck (1986/1998), el título universitario permitiría pasar de un vagón a otro (más cercano al vagón cafetería o al vagón guardería, podríamos decir, como símbolo de esa mejora en las condiciones laborales que aportaría la posesión de un título de este *rango*). En otro tiempo, la educación serviría a este propósito de ordenación y promoción social. Así lo perciben nuestros

⁵³⁵ Nótese que ya el clásico informe de De Zárraga (1985) apuntaba esta tendencia decreciente del *valor social* (más allá del estrictamente laboral) de los títulos universitarios.

⁵³⁶ Mala valoración que, aunque se presenta como propia, con raíz en el individuo, resulta obviamente resultado de las escasas oportunidades laborales a que la titulación obtenida (símbolo de la cualificación del individuo) ha dado acceso. Tiene, por lo tanto, un origen siempre social esta valoración personal que hace el individuo sobre su *carrera* (no en vano, aquellos a los que sus titulaciones han permitido alcanzar un puesto de trabajo con buenas condiciones tienden a valorar mucho más positivamente, como es obvio, su nivel de cualificación para el desempeño de un empleo).

entrevistados, tanto refiriéndose a las generaciones de sus padres como a la más cercana (que etiquetamos como “precrisis” en el capítulo 11), de sus hermanos mayores o de sus “veteranos” en la Universidad. Pero ahora una niebla cubre esta institución, dotándola de un aspecto ciertamente fantasmagórico, como apunta Beck (1986/1998:188):

“En un sentido metafórico, podemos decir que los segmentos del sistema educativo afectados por el paro hoy parecen, cada vez más, encontrarse en una *estación fantasma* a la cual ya no llegan los trenes previstos por el horario. En cambio, todo ocurre según las viejas normas. Quien quiere emprender el viaje –y cómo va a querer nadie quedarse en casa, cuando ello significa carecer de futuro- ha de situarse en la cola de espera para la venta de billetes para trenes que, a menudo, van llenos o cuyo destino ya no es el previsto. Como si nada hubiera ocurrido, los funcionarios de enseñanza, detrás de las ventanillas, distribuyen billetes, con gran pompa burocrática, para ninguna parte y “amenazan” a los que están en la cola y aún han de formarse: “*Sin billete nunca* podréis tomar el tren”. Y lo peor es que además tienen razón”.

Puede que la estación haya sido abandonada (han pasado más de treinta años desde que Beck, en la ya no tan alejada Alemania, escribiera estas líneas), pese a que, oficialmente, se mantenga a pleno funcionamiento. Como una “institución zombi”, por seguir con la terminología del sociólogo alemán, mantiene viva su ficción meritocrática y de posicionamiento social, incluso en un contexto en el que el valor de sus productos resulta puesto en entredicho.

Pese a todo, por contraproducente que pudiera parecer, se fomenta la proliferación de todo un discurso en torno a la *vocación*, que sitúa a los titulados ante una presión, otrora desconocida, para que organicen su vida en torno a una *profesión* determinada, desarrollando una imagen del trabajo (con un valor expresivo) que muchas veces habrá de chocar con una realidad laboral, como vimos, precaria, que reduce el trabajo al empleo y el empleo al cuasiempleo, ni siquiera capaz de aportar al individuo, en ocasiones, un valor meramente instrumental, habida cuenta de la insuficiencia de los ingresos derivados de su actividad (Gentile, 2005; Sánchez Moreno, 2005; Alonso y Fernández, 2009b; Alonso, 2013). La confluencia de vocación exacerbada y

altas expectativas⁵³⁷ con desempleo estructural y precariedad generalizada puede generar frustración por doquier, un escenario de pesimismo que ha de ser combatido con dosis diversas de *estimulantes* al uso: el discurso del pensamiento positivo se conjuga con el del azar o el tradicional de la procrastinación, sobre el esfuerzo y sus frutos a largo plazo (Ehrenreich, 2009/2011). La formación (y el desempeño en dicho ámbito) dará “indicios” sobre el destino que le aguarda al individuo (el paraíso laboral, se espera).

Este clima general de pesimismo (que deviene pesimismo antropológico, por momentos) generado por la creciente dificultad de encontrar acomodo en el mercado de trabajo contribuye, por lo demás, a favorecer un discurso que sirve muy bien a las exigencias del capitalismo globalizado: la entronización de la movilidad. Si las dificultades son tantas *aquí*, la salida más lógica sería buscar nuevos horizontes laborales en otro lugar (donde el sol brille más para quienes posean la titulación adecuada, allá donde, como plantean algunos de nuestros entrevistados, se les ofrezca al menos una primera oportunidad para desarrollar su carrera). La emigración, bajo el trasunto neutro de su formulación como “movilidad” (y aquí el lenguaje vuelve a manejar términos positivamente connotados en el imaginario colectivo), se manifiesta como elemento recurrente en la era posindustrial (Rodríguez y Ballesteros, 2013; Gentile *et al.*, 2014; Muñoz y Santos, 2014; Santos y Muñoz, 2015; De Marco y Sorando, 2015). En su aspecto “formativo”, la emigración, como *experiencia*, es percibida como una competencia más por parte de nuestros entrevistados (amén de cómo una posibilidad, más o menos remota, más o menos emocionalmente complicada, de futuro laboral). En sus relatos, como vimos, la experiencia migratoria aparecía como indicativo de otras competencias del sujeto migrante, como el espíritu emprendedor o la capacidad para valerse por sí mismo. Elementos, todos ellos, que, creyéndose valorables por el mercado, se incorporan a la cartera de competencias de dicho sujeto, presentándose a modo de

⁵³⁷ Y, ocasionalmente, se señala en nuestras entrevistas que el propio sistema educativo se encarga de alimentar esas expectativas, esos sueños de futuro. Como ya apuntase hace tres décadas Sanchis (1988:139), para quien el sistema educativo habría contribuido a alimentar “unas expectativas irreales, o al menos desproporcionadas, respecto a la prosaica realidad del mercado de trabajo”. Ahora bien, una vez más el movimiento corrector de los relatos de nuestros informantes se orienta a eximir de culpa al sistema educativo, apuntando, generalmente, hacia el propio individuo la responsabilidad de haber desarrollado esas altas expectativas y orientando su discurso hacia una limitación de las mismas. Se trata de un movimiento defensivo: si no hay expectativas, no hay frustración. Si no hay culpables, tampoco hay rencores.

credenciales (siquiera fiduciarias) que habrían de dar fe de su *carácter* en sus posteriores procesos de búsqueda de empleo.

Coincide, también paradójicamente, el auge de la formación con la crisis del discurso meritocrático. Si los billetes penosamente adquiridos en la estación ya no dan acceso a los trenes deseados, el individuo tenderá a buscar una explicación y, no pudiendo (o no queriendo) aceptar que haya sido objeto de algún tipo de “fraude”, situará, a tenor de lo expuesto en nuestras entrevistas, las causas del desajuste en otros elementos sobre los que (a medio camino entre la amargura y el alivio) no se cree con posibilidad de influir. Así, bajo distintas formulaciones, la suerte aparece recurrentemente en su discurso. El azar (u otros *imponderables*, como los contactos –que, curiosamente, suelen atribuirse asimismo al azar) jugaría un papel fundamental en el desarrollo de la vida de los sujetos, que, pese a todo, tratan de *domar* esa suerte (Elster, 1989/1991), siquiera de forma ficticia, para evitar caer en un fatalismo que amenazase con bloquearlos⁵³⁸.

Ahora bien, si “todo” fuera suerte, toda la construcción en torno al individuo, tan cara al proyecto posmoderno, amenazaría con derrumbarse. La voluntad, la capacidad performativa, la libertad de elección y demás principios consagrados que se remiten al individuo estarían en juego si la biografía del sujeto se rigiera por los hados. El sentimiento de pérdida de control de sus propias vidas, tan enfáticamente analizado por Sennett (1998/2010; 2006/2006), resulta claramente disfuncional para un sistema basado en las *promesas* de igualdad a través del mérito, absolutamente ajeno, se postula, a elementos extraños, distintos al desempeño individual. Asimismo, un discurso que otorgase una posición preeminente al azar chocaría con todos los dispositivos orientados a la “psicologización” (véase 3.4-3.7), a la remisión al individuo de todo lo que le sucede (por más que ofreciera una salida feliz para el sistema, aludiendo a una instancia externa e incontrolable como es la siempre caprichosa fortuna). Intentando salvaguardar el discurso (la *cara*, en términos goffmanianos) del individuo como responsable de su propia vida, se

⁵³⁸ Ya vimos en el análisis de nuestras entrevistas ambos elementos, tanto lo relativo a un discurso meritocrático que se desdeña (capítulo 7.3), por irreal en la práctica cotidiana experimentada por los sujetos (mediada por contactos y “mamoneo de enchufismos”), como lo referido a un fatalismo paralizante (11.2), que se combate con diversas estrategias más o menos eficaces, más o menos basadas en el autoengaño o en lecturas “particulares” de la realidad social.

introduce una variante del azar, presentado como un azar domesticado, como una lotería en la que la suerte ha de buscarse y puede ser incrementada por el propio sujeto, adquiriendo más boletos que aumentasen la posibilidad de ser “el agraciado” (Machado, 2001/2007; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Rodríguez y Ballesteros, 2013). Proverbios de la edad del riesgo, como el consabido “si juegas puedes perder, si no juegas ya has perdido” o el proactivo “para ganar hay que arriesgar” (o “sólo gana quien arriesga”), inspiran a nuestros informantes a la hora de seguir acumulando titulaciones (todas las que puedan), esperando que ello les ayude a escapar, siquiera un tanto, de la mera arbitrariedad (curiosamente revestida con el hábito de la suerte) de los procesos selectivos para acceder al mercado de trabajo.

Esta imagen de una suerte relativamente controlada a través de las credenciales educativas (donde todos tienen *alguna* oportunidad) permite, asimismo, eludir una verdad incómoda: no todos los participantes en el “sorteo” tienen las mismas posibilidades de conseguir boletos adicionales. Las diferencias de origen juegan un papel fundamental en la acumulación de más o menos credenciales educativas⁵³⁹. De hecho, se postula, siendo tomada la formación como una inversión con efectos decisivos en el devenir del conjunto de la vida del individuo, tiende a ser entendida como *la* inversión, el principal patrimonio que los padres podrán ceder a sus hijos de cara al futuro (máxime en un contexto de creciente dificultad para el enclasmiento). Las familias destinan (“apartan”) sumas relativamente importantes de dinero para conseguir sufragar estos estudios a sus hijos (con la máxima de “para estudios, lo que sea necesario”). Así pues, las diferencias de origen habrán de ser cada vez más determinantes, a medida que los niveles “mínimos” se establezcan a alturas superiores y las apuestas sigan subiendo correspondientemente (Martín Criado, 1998; Alonso, 2000b; García Aller, 2006; Alonso *et al.*, 2009; Rodríguez y Ballesteros, 2013, Sanmartín y Ballesteros, 2015). Una vez (supuestamente) generalizados los estudios universitarios (o, supuestamente también, la posibilidad de acceder a los mismos), la titulación tiende a verse como “base”, a la que después habrán de añadirse toda una serie de elementos complementarios (léase, y no es casual: especializados).

⁵³⁹ Remitimos al apartado tercero del capítulo quinto para una revisión sobre estas cuestiones y los debates en torno a las mismas.

La masificación de la enseñanza universitaria es tomada como coartada para justificar la inevitable devaluación de los títulos y, con ella, el desarrollo de todo un círculo vicioso de sobrecualificación (o sobresobrecualificación), en el que medran aquellos capaces de aportar algún elemento *diferenciador* que les permita escapar de esas *bolsas* (de estos “sacos”, haciendo gala del título de nuestro trabajo) de jóvenes hipercualificados (CJE, 2014). Aparecen, en ese momento, toda suerte de ofertas formativas orientadas a satisfacer esta demanda de *pluses* de cualquier tipo. Es el momento del marketing educativo y su lenguaje de liberación, de los términos connotados y las imágenes de masas desbordadas⁵⁴⁰. Se entra, con ello, en el círculo vicioso de la sobrecualificación, que ya apuntase Martín Criado (1998) y que, en nuestros días, reiterasen Sanmartín y Ballesteros (2015). El “si ahora valen menos, hay que acumular más para tener la misma cantidad que se tendría sin devaluación” de Martín Criado (1998:125) tiene su reflejo en el “como estamos sobrecualificados todo el mundo, tenemos que estar más sobresobrecualificados” de nuestro informante Víctor.

Entonces, sólo aquellos que cuenten con un respaldo *suficiente* (una “mochila”) por parte de sus familias (en función de su posición en la estructura social), podrán participar del reparto de credenciales *significativas* en el nuevo escenario laboral. Y, entre estas credenciales *necesarias*, cuyo número no deja de crecer, encontramos toda una serie de *competencias* otrora no tamizadas por el mercado, que ahora son también demandadas para su movilización productiva. Hablamos de nuevas “destrezas profesionales”, como las nombra Santamaría (2012:135), que aluden a elementos de la propia personalidad del sujeto (habilidades sociales, empatía, etc.), en ese conglomerado poliédrico de las “competencias personales”. Como lo sintetiza Brunner en el prólogo que firma para el informe de Alonso *et al.* (2009:20-21):

“las credenciales expedidas por las instituciones de educación superior – profesionales y técnicas- correrán la suerte de todo lo sólido que se desvanece en el aire. Su poder de señalización en el mercado laboral tenderá a debilitarse, como desde ya ocurre en diversos países del mundo.

⁵⁴⁰ Ese “gota a gota” simbólico del que hablase Bourdieu (1998/1999:45), por medio del cual se presenta como natural e inevitable lo que, en realidad, no es más que una alternativa (ideológica, política, económica) más.

Su valor de cambio se tornará más inestable aún y su valor simbólico, de generación de estatus e identidad, seguirá debilitándose. Progresivamente, el mercado laboral tenderá a valorar más diferentes otros elementos, como experiencias vividas, aprendizajes en contextos no formalizados, demostraciones de competencias...”.

Competencias “íntimas” (véase 3.7 sobre el tipo de trabajador que se exige en el actual capitalismo globalizado), por remitidas al interior del individuo, que exigen un compromiso total (colonización, alienación) del individuo con respecto a su potencial puesto de trabajo. Como vimos en el relato de la joven Natalia, que se resiste a cursar un máster porque considera que el mercado habrá de valorar más este otro tipo de elementos “diferenciales” de su perfil, estas competencias podrían entrar en conflicto con el discurso credencialista, en la medida en que la gente optase por desarrollar otros aspectos de su currículum hasta hoy ajenos a la certificación mediante un título. El mercado, no obstante, tiene respuesta para todo: ya se ofertan cursos que, supuestamente, sirven para acreditar competencias “personales” (como si alguna competencia no fuera personal), del mismo modo que, como nos señalaba Noelia, ya se cobra por realizar experiencias de voluntariado que sirvieran como *demonstración* de que se poseen determinados rasgos de personalidad deseables por ese omnívoro mercado laboral.

El proceso formativo, orientado al futuro laboral, no sería, por lo tanto, en modo alguno, un *sorteo* inocente, sino una encarnizada lucha sin cuartel por conseguir alguno de los cada vez más escasos puestos de trabajo de esta sociedad (no en vano llamada) poslaboral. La competitividad, que fuera dogma de actuación para las empresas, es hoy mantra que rige la actividad de los sujetos, empresas para sí mismos (Foucault, 2004/2007), comerciales de su propio producto (Ehrenreich, 2009/2011). Esta competitividad, que tiene en la formación una de sus *arenas* prioritarias, como ya expusimos, parece descansar, en última instancia, en una ilusión, en un acto de fe, en la creencia, más o menos legítima, de que, en el futuro (tan indeterminado como a salvo de injerencias), esta inversión educativa tendrá su rendimiento. Mientras tanto, se retrasa un itinerario biográfico que, por lo demás, ya estaba bastante bloqueado (la idea del coste de oportunidad llevará a muchos jóvenes a

aumentar su formación, habida cuenta de que no tienen ninguna alternativa viable). Esta idea, que es la falta de alternativas en el mercado laboral lo que hace que los jóvenes sigan cursando estudios más allá de la titulación inicial (idea que encontramos en Toharia *et al.* -2001-, por ejemplo), fue una constante entre nuestros informantes, quienes abrazaban con mayor o menor entusiasmo esta “prórroga” formativa a la espera de que las puertas de ese “sótano tapiado” (como lo calificaba César) se vuelvan a abrir.

De vuelta a la metáfora del sorteo, los jóvenes sitúan sus expectativas de futuro en instancias ajenas a su actuación (otro ha de ser quien abra esas puertas desde el exterior), más allá de que ellos intenten acumular títulos “por si acaso” algún día se valorasen y para cumplir, de esta manera, con su parte del *trato del destino*, en virtud del cual el empleo que permita salir de la situación de precariedad se presentará cuando confluyan, en una especie de feliz carambola, la preparación con la oportunidad, es decir, cuando el joven, que se ha preparado a conciencia, esté en el momento adecuado en el sitio oportuno. Este pensamiento, que encontramos muy arraigado en muchos de nuestros informantes, permite eludir, en cierto modo, la responsabilidad individual, al remitir el devenir laboral a una cuestión “del destino”, y, al mismo tiempo, permite justificar el mantenimiento de esa dinámica de acumulación de credenciales formativas, cuya función “terapéutica”, de “rellenar” el tiempo y distraer al individuo, tantas veces hallamos en nuestras entrevistas. Ni que decir tiene que estos actos de fe, en los que la solución de los problemas (individuales, pero reflejo de lo estructural) se espera que se alcance, por sí misma, en un futuro indeterminado, obvia cualquier posibilidad de acción colectiva que pudiera orientarse a cambiar las condiciones de posibilidad de ese “sorteo”. Después de todo, ya que se han invertido tantos recursos en comprar boletos, no se quiere que se cierre la rifa. Para quienes están en situaciones más precarias, esta transformación estructural, que se anhela, habrá que tener, en todo caso, un origen externo, que establezca una nueva situación en la que, parafraseando a Moreno *et al.* (2012), los esfuerzos sean *abundantemente* recompensados⁵⁴¹.

⁵⁴¹ El tema de la sobrecualificación es exhaustivamente abordado en este trabajo, que también pasa revista a la situación de los jóvenes españoles en el mercado laboral y en lo que se refiere a su estado de salud general. Una de las conclusiones de estos autores sobre la interacción de las tres esferas (después

Pueden acabar desarrollándose, con ello, trayectorias formativas ciertamente erráticas (Alonso, 2000a, 2000b; CJE, 2014; Santos y Muñoz, 2015), amén de sentimientos más o menos canalizados de frustración o engaño (o de pacto roto) en el caso de que los títulos adquiridos, en ocasiones con pretensiones de corregir carencias percibidas en el propio currículum, no sirvan a su propósito de posibilitar un acceso al mercado de trabajo en las condiciones esperadas (López Calle y Castillo, 2004). Como vimos en nuestras entrevistas (y como recogeremos en el apartado final de este capítulo postrero), la frustración es un sentimiento que se rechaza de plano por los jóvenes informantes, habida cuenta de que lo consideran una etiqueta estigmatizante, de la que han de huir por sus nocivos efectos a todos los niveles. Pocos son los casos, como el de César, en que se considera relativa o absolutamente inútil la formación acumulada, en una especie de “error de cálculo” inducido socialmente. En la mayoría de situaciones, esta falta de rendimiento laboral de los títulos se remite a un “malentendido” en el ajuste entre formación y mercado, al tiempo que la (mala) decisión de invertir el dinero en estas cuestiones se justifica por diversos medios, desde la idea de que “el saber no ocupa lugar” (y siempre sirve para “crecer como persona”) hasta la confianza, más o menos cercana al polo de la fe, en que, algún día, toda esa inversión podrá ser amortizada o marcará la diferencia a la hora de competir por un empleo potencialmente deseable. Así pues, si el pacto se ha roto (Rodríguez y Ballesteros, 2013), nuestros jóvenes están intentando pegar los fragmentos para mantener *entera* la ficción. Si están atrapados en una estación fantasma (sala de espera, aparcamiento, sótano, o cualquier otra metáfora

de enfatizar el papel crucial que está desempeñando la familia para proteger a muchos jóvenes de situaciones de auténtica y simple pobreza) es que los jóvenes españoles “se forman sin tregua, trabajan sin esperar una correspondencia con su cualificación y se sienten en buena condición física. Pero necesitan oportunidades de carácter estructural que modifiquen sustancialmente el marco en el que se desenvuelven, porque sin ellas, hoy por hoy, sus esfuerzos están siendo pobremente recompensados” (Moreno *et al.*, 2012:99). La alusión al estado de salud no es una cuestión menor. En nuestras entrevistas, aunque no es un ítem recurrente, en ocasiones aparecía ese elemento de “trabajar ahora que somos jóvenes”, como un período (biológico, en este caso) en el que se pueden asumir unas condiciones de trabajo más duras o exigentes (dureza que se compensará con la ilusión propia de la juventud y la vocación...). Como en la demanda de Víctor, que considera que su biografía va con retraso en relación a lo que se supone que debería estar haciendo, en materia laboral, a su edad, y que resume esta idea de “edad para trabajar” en ese “Explótame. Si es que me apetece”. Mejor sentirse explotado que inútil o infrautilizado, como tantas veces leímos en los relatos de esta generación, empujada a los márgenes de la irrelevancia social, no tomada en consideración en modo alguno, “perdida”, en definitiva.

análoga), algunos parecen subirse a trenes imaginarios: todo sea por salvaguardar *lo aprendido*, por no caer en la frustración, por no percibir ningún tipo de engaño. Incluso cuando lo que llega a los raíles no es más que una dresina, se celebra con júbilo la posibilidad de poner en juego las credenciales acumuladas.

Con todo, la tendencia general (el competir intensamente y el “no dejar que nada se te pegue” sennettiano) sitúa a los individuos ante un escenario de “sálvese quien pueda” (codazos por subir a cualquier tren) en el que el individualismo es su mejor baza para escapar del purgatorio del paro y la precariedad. Después de todo, si al *sistema* no le preocupa el desperdicio de recursos (de nuevo la emigración viene a escena), el individuo se halla en una posición moralmente poco comprometida, y puede desarrollar su actividad de un modo egoísta, sin remordimiento de ningún tipo⁵⁴².

Con ello, se está fomentando un aumento de la brecha social, toda vez que serán quienes ya tienen formación (por disponer de recursos) los que más podrán ahora seguir “complementando” la misma con todo tipo de títulos adicionales (Sanmartín y Ballesteros, 2015). Se trata de una brecha económica, por más que aparezca con la menos conflictiva etiqueta de “educacional”, que parece remitir a un universo de significantes vinculados a los méritos personales, el esfuerzo, el estudio, etc., como si la acumulación de más o menos diplomas dependiera, única y exclusivamente, de las capacidades “personales” del individuo/estudiante. Puede que el *homo novus* de la posmodernidad sea un *homo studiosus*, pero lo será en su eficiente versión ultracompetitiva e insolidaria, orientado a un mercado laboral (y, a su través, a un mundo social) que poco tiene que ver con la visión utópica del preclaro Schaff.

⁵⁴² Si el individuo ha de conceptualizarse como una “empresa para sí”, tiene que recibir alguna contrapartida por ello. Esta puede ser una de ellas. Del mismo modo que las empresas *reales* se muestran, cada vez más, como “apátridas éticos” (Santos, 2012:149), los individuos-empresarios podrían moverse libremente, sin compromiso, estableciendo vínculos efímeros con sus socios-empleadores. En la medida en que el *compromiso*, a nivel profundo, se engloba dentro de esas nuevas competencias exigibles a las que antes nos referimos, parece que su *apatrismo* tendrá que limitarse a la esfera de lo social, nunca a la de lo laboral. La actitud de indiferencia (en el mejor de los casos, como en una traslación de la *blasé* simmeliana), cuando no de hostilidad, hacia el prójimo tenderá a generalizarse en un contexto de lucha competitiva por los menguantes recursos. No hay dilemas morales (si no lo haces tú, lo hará otro). No hay, tampoco, culpables en los relatos de nuestros jóvenes: “es lo que hay”, “el sistema está montado así”, o, una vez más, “es cuestión de suerte”.

2. Precariedad laboral (en sentido amplio): cuasiempleos... y ni siquiera.

El primer dato que resultaría destacable al leer los relatos de nuestros informantes desde las coordenadas ofrecidas por la revisión de la literatura sociológica realizada en la parte primera de esta tesis se referiría al aparente *desfase* que existe entre la realidad laboral actual de nuestros informantes y las tendencias, entonces de presente, descritas por algunos de los autores revisados. Así, por ejemplo, una lectura de las obras y los estudios previos a la crisis desencadenada en 2008 nos mostraría una profusión de referencias en torno a la precariedad (en sus distintas dimensiones), los bloqueos transicionales, la sobrecualificación frustrada, etc. En los relatos de nuestros informantes, tanto en los testimonios en primera persona (de aquellos jóvenes que estaban en el mercado de trabajo en aquellos años) como en las evocaciones de quienes aún no habían intentado acceder al mercado de trabajo, esa realidad precrisis sería bien distinta. Un halo luminoso cubre todos los recuerdos previos a la caída del cierre metálico de la crisis. Cabría interpretar que el conjunto de tendencias precarizadoras del mercado de trabajo apuntadas *circa* el cambio de siglo (es decir, tanto en la última década del XX como en la primera del XXI) habrían podido llegar con cierto retraso a la Comunidad Autónoma extremeña, habida cuenta del sistema productivo que esta región tradicionalmente ha tenido. No pueden notarse los efectos devastadores sobre el proletariado industrial en una región en la que históricamente apenas ha existido esta categoría laboral, este tipo (ideal) de obrero. Así, quizás los jóvenes precarios objeto de estudio en otros lugares (y en otros momentos) estaban sufriendo una recesión “local” que no se hiciese notar en Extremadura. Esta explicación, *sectorial*, podría aliviarnos, temporalmente al menos, de la carga de intentar contrastar toda la *teoría “post”* con la realidad del colectivo de jóvenes universitarios extremeños, que se mueven en un contexto económico aparentemente alejado del capitalismo informacional que tanto habría modificado las bases de existencia de los sujetos en otras partes del mundo. ¿Acaso las teorías aplicables para las metrópolis (en las que residen y trabajan quienes plantean tales teorías) no pueden adaptarse a explicar la realidad social de los residentes en la periferia (una periferia cercana –el famoso *backyard*–, pero periferia al fin y al cabo)?

¿Acaso la posmodernidad se expande y se desarrolla con ritmos y velocidades distintas en cada zona, en función de sus condiciones (institucionales, en sentido amplio) particulares? Desde luego, no quisiéramos remitir el contexto extremeño al ámbito de la *estática social*, por más que un análisis mucho más ambicioso (y longitudinal) que el aquí desarrollado pudiera marcarnos tendencias y ritmos de evolución de su sistema económico durante las últimas décadas, en aras de precisar el grado en que dicho sistema económico ha cambiado (o no) y cómo ello ha supuesto unos efectos u otros al *topar* con las realidades macroeconómicas de la crisis global. Nuestra explicación del pretendido “desfase” irá, en todo caso, en otra dirección, señalando al propio ejercicio de *olvido*, voluntario o inducido, con respecto a un pasado que ahora se presenta como idealizado.

Si la pauta de empleo fordista se mantuvo (y se mantiene, de hecho) como estándar comparativo (Miguélez, 2003; Prieto *et al.*, 2009; Santamaría, 2010) para evaluar las condiciones de los distintos empleos, y si ese ejercicio comparativo mostraba una imparable tendencia hacia la precarización desde el último cuarto del siglo XX, no será de extrañar que hoy, después de una *experiencia* como la crisis económica, que marca, como dijimos, una verdadera cesura generacional, se haya amalgamado todo ese “pasado” en una única *realidad* laboral, comprimiendo las condiciones de que disfrutaron los padres⁵⁴³ con aquellas otras que encontraron los hermanos mayores o quienes salieron del sistema educativo antes de 2008. Seguramente las condiciones de quienes accedieron al mercado de trabajo en los albores del siglo no fueron tan brillantes como se evocan, pero, vistas desde las actuales coordenadas, son desde luego envidiables. La propia Jimena, cuyo puesto hoy parece fuera del alcance de nuestros entrevistados más jóvenes (de hecho, el propio proceso selectivo, tal y como lo describimos en su momento, es muy distinto al que hoy están experimentando los candidatos pertenecientes a las nuevas generaciones), reconoce que sus condiciones son (y siempre han sido) peores que las de aquellos que ya trabajaban en la empresa con anterioridad a que ella llegase (la edad, en términos de “antigüedad”, como valor fundamental en

⁵⁴³ También adecuadamente deformadas, como apuntasen Pollert (1991/1994c) o Rodríguez y Ballesteros (2013), hasta dibujar un escenario idílico que actuaría a modo de nostálgica idealización de un (cualquier) tiempo pasado (y mejor). Véase, al respecto, lo apuntado sobre esta “amnesia” con respecto al fordismo en el capítulo 2.3.

el mercado de trabajo español)⁵⁴⁴. El “gota a gota” de la precarización, prácticamente imperceptible en lo cotidiano, queda borrado por completo cuando llega una riada como la que supuso la crisis de 2008, que separó a las generaciones por un ancho torrente desde cuyas orillas no se percibe bien lo que hay al otro lado. Este es el modo, tal vez, en que cabría explicar esta falta de correspondencia (o este retraso) entre las dinámicas apuntadas por los sociólogos revisados en la primera parte de la tesis y los relatos de nuestros entrevistados, varios años después. No es, por lo tanto, que los jóvenes extremeños hayan “llegado después” a la precarización. Es, simplemente, que han sido ahora conscientes de la misma (en lo que también es un movimiento de autodefensa, por cuanto “la crisis” aparece como agente responsable de la situación –véase, sobre esa cuestión, el capítulo 9.1). Matizando: es ahora cuando son *más* conscientes de dicha precarización, siquiera porque los *malestares* previos, que seguramente experimentaban quienes accedían al mercado de trabajo en cualquier otro momento, han quedado opacados por la nueva realidad laboral introducida a consecuencia de la crisis económica, que deviene verdadera crisis a nivel social general (Álvarez *et al.*, 2013; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013).

Sea como sea, la realidad actual de nuestros jóvenes informantes se asemeja a la descrita en otros trabajos desarrollados en otros lugares: el escenario es de precariedad generalizada⁵⁴⁵. Adoptaremos un enfoque multidimensional de la precariedad (Prieto, 1999; Díaz-Salazar, 2003b; Cano, 2004; Laparra, 2006; Santamaría, 2007, 2009) para revisar estas tendencias generales en los relatos de nuestros informantes, intentando con ello precisar en qué condiciones se encuentra esta generación en relación al mercado de trabajo (que actúa, por lo demás, como puerta de acceso a una ciudadanía

⁵⁴⁴ Ya vimos (capítulo 2.6) cómo la antigüedad era un elemento clave en la constitución de la pauta laboral fordista y cómo, después, ha sido carta de protección frente a los *ajustes* flexibilizadores desarrollados sobre el mercado de trabajo español, que la ha pontificado y sobreprotegido en las sucesivas reformas legislativas, cuyos efectos se habrían concentrado en los “*outsiders*” que intentan acceder por vez primera a dicho mercado de trabajo (véase 4.3 para una revisión del *peso* de este valor de la antigüedad en el segmentado mercado laboral español). La formulación de la idea del pacto intergeneracional (Garrido Medina, 1996b:69) descansa, en buena medida, en este “seguro de antigüedad” para los trabajadores mayores.

⁵⁴⁵ Remitimos al capítulo 5 de esta tesis para una revisión de la literatura en torno a la situación de los jóvenes en el mercado de trabajo español a lo largo de las últimas décadas. En dicho repaso, que incluye deliberadamente referencias bibliográficas relativamente *antiguas*, se podrán observar las tendencias de precarización que han confluído en este momento histórico concreto de nuestro presente.

completa, al desarrollo pleno del individuo –más allá de la recurrente *realización*- y de su proyecto vital)⁵⁴⁶.

De entrada, las dinámicas competitivas, que ya tenían su preludio en el mercado de la formación, se ven profundizadas en el ámbito laboral, donde la lucha de todos contra todos (tan reiteradamente expuesta al referirnos a las manidas oposiciones) se fundamente en un imaginario colectivo de pesimismo antropológico y de escasez de puestos de trabajo, visión que constituye un caldo de cultivo ideal para el desarrollo de todo tipo de actitudes egoístas o, cuando menos, insolidarias (la competición, por definición, como juego de suma cero), que contribuyen al socavamiento, en definitiva, de las bases de acción colectiva o socialidad obrera (Bilbao, 1993, 1998; Zubero, 1997; Boltanski y Chiapello, 1999/2002; Santos, 2006, 2008). Revestidas con el manto de lo inevitable (como vimos, recurrentemente, en las entrevistas), estas pautas de conducta, esencialmente individualistas, parecen despojarse de cualquier velo de moralidad, liberando al individuo (como ya se libera de dichas *restricciones* la empresa) de ese lastre que es la *conciencia*.

Resulta, por lo demás, que este imaginario es alimentado, mediante formas más o menos sutiles, por los medios de comunicación y los discursos en auge, que se dirigen a cantar las bondades de la movilidad internacional (remitiendo al nivel europeo, para cambiar el prefijo: intracomunitaria), a fomentar el supuestamente necesario espíritu emprendedor para adaptarse al contexto actual, o a incentivar permanentemente al joven para que siga formándose, siga aumentando su “*empleabilidad*”⁵⁴⁷. Todos estos mensajes se canalizan en un único vector discursivo, en la línea de la *activación*, con sus nociones adyacentes de *empleabilidad* y *psicologización*⁵⁴⁸. Esta asunción de

⁵⁴⁶ Sobre las bases laborales de la ciudadanía, también en estas sociedades pretendidamente poslaborales (o poslaborales-en-ciertas-cosas), sobre la pervivencia, en suma, de la “ciudadanía laboral”, remitimos al capítulo segundo.

⁵⁴⁷ Por no mencionar los discursos negativos, desde el declive (y el estigma) de la asistencia pública hasta los peligros del ocio y la pereza (asociados a estereotipos muchas veces contruidos *ad hoc* con el fin de reflejar y denunciar determinados *vicios*). En un contexto dominado por el pensamiento positivo (el “bienpensar” orwelliano), el *parado malo* (Santos *et al.*, 2004; Crespo y Serrano, 2011) se presenta como epítome de todo lo denostable. El joven frustrado, como vimos, estaría en camino de convertirse, precisamente, en un “llorón”, un ser despreciable, vago, cobarde, falto de iniciativa... “No seas como él”, le llega continuamente al oído a nuestros jóvenes precarios (Ehrenreich, 2009/2011).

⁵⁴⁸ Remitimos al capítulo 3 para una revisión de todas estas nociones y del enfoque paradigmático general en que se integran, en el marco de una intensa y profunda ofensiva neoliberal (Bourdieu, 1998/1999; Foucault, 2004/2007; Harvey, 2005/2007; Conde, 2013).

la movilidad como valor supremo, del movimiento como algo tan inevitable como positivo (muestra de que se está vivo), aparece plenamente asimilada en los relatos de nuestros informantes, para quienes adopta la forma de una actitud vital, de un *modo de vida* (como podremos reiterar en el epígrafe siguiente). En “moverse” encontrarán la solución para escapar de lo que parece ser una ratonera, al tiempo que demostrarán unos rasgos de personalidad que los hacen *dignos* de *ganarse* la vida.

Se remite, en conjunto, al individuo la responsabilidad sobre su destino laboral (del mismo modo que se le pasó la pelota de su trayectoria académica). Es el trabajador quien tiene la necesidad de adaptarse a las condiciones del cambiante mercado de trabajo. Es el trabajador quien ha de entender el desempleo (o la precariedad, como mal menor) como consecuencia de los propios errores cometidos a lo largo de su trayectoria (Recio, 2002; Sanmartín y Ballesteros, 2015). Es el trabajador, en definitiva, quien debe asumir la máxima definitiva de que “quien quiere trabaja” (que hallamos, bajo diversas formulaciones, en los relatos de nuestros informantes, justificando ciertas prácticas y denunciando ciertas actitudes). Y cuando decimos “asumir” estamos remitiendo al interior del individuo, quien, tras un largo proceso de moldeamiento (una vez más: formación, en sentido amplio), acaba interiorizando estas premisas de funcionamiento del mercado y del mundo social, desarrollando una autodisciplina mucho más severa, por invisible, que la férrea disciplina de otras épocas (Deleuze, 2005; Alonso y Fernández, 2009b; Serrano *et al.*, 2012). Es la época de la “violencia dulce” (Bourdieu, 2001), de la “disciplina espontánea” (Zubero, 1998), del “control blando” (Valenzuela *et al.*, 2015), internalizado por los trabajadores (empresarios –capataces, vigilantes- de sí mismos).

El trabajador posmoderno habría asimilado, en un auténtico golpe maestro por parte del capital, que su vida y su destino dependen exclusivamente de él (o de ella). El prefijo “auto” prolifera entonces en el ámbito de las relaciones laborales, tiñéndolo todo de una pátina de *autonomía* tan ficticia como útil a los intereses del empleador⁵⁴⁹. Así, la

⁵⁴⁹ Amén de útil, también, para el propio Estado, progresivamente desmantelado y limitado, en sus funciones, a proveedor de competencias educativas (siempre siguiendo los dictámenes del mercado), como revisamos, con cierto detenimiento, en los apartados centrales del capítulo tercero.

autorresponsabilización en el trabajo serviría como mecanismo de autodefensa para garantizarse un autoaseguramiento de las condiciones de vida, la autodisciplina autoimpuesta habría de conducir a la autorrealización a través de los logros laborales, por más que supone una autoculpabilización por los fracasos, que contribuiría, en todo caso, a desarrollar un sentimiento de relativa autoestima, habida cuenta de que, pese a todo, se considera que el destino depende de uno mismo, y eso *relaja* o, al menos, da sentido a la existencia (Sennett, 1998/2010: capítulo 7). Desde ahí, no es complicado asumir las proclamas dirigidas a fomentar el autoempleo, amén de a considerar al propio trabajador como un empresario de sí mismo (autoempresario, cabría decir), como vimos en el epígrafe anterior.

En nuestras entrevistas, esta remisión permanente al sujeto como protagonista de su biografía adopta, asimismo, la forma de *evaporación* de los aspectos macrosociales en la crónica de sus vidas. Así, el individuo (muchas veces identificado directamente como opositor) es quien debe buscarse la vida (y, “si no es aquí, será allí”, vía emigración), contando para ello con el apoyo de su familia. Los condicionantes *macro* apenas tendrán influencia, en su relato, presentándose como meros obstáculos que, con mayor o menor tenacidad (el tono heroico puede variar), lograrán superarse. La esfera de “lo político” se manifiesta como un ámbito fuera del alcance (y de la influencia) de los sujetos, por lo que no ha lugar una preocupación sobre lo que *allí* sucede. Asumido, en suma, el principio general de un individualismo extremo, el corolario inmediato es la competitividad: si “las cosas son así”, hay que adaptarse a ese medio y demostrar (rasgo de *carácter*) que se es merecedor de un empleo, que se es un buen ciudadano, en definitiva. Del “buscarse la vida” al ganársela hay, como vemos, sólo un matiz.

Cuando la biografía se remite al individuo aislado (el prefijo *mono* podría haber sido perfectamente válido, aunque sus resonancias parecen desaconsejar su uso, por imbuido de connotaciones negativas, para movilizar a la población), se socavan los lazos de sociabilidad y los vínculos entre individuos tienden a desaparecer o, si acaso, a convertirse en lazos *asociativos* (en los términos clásicos de Tönnies), coyunturales, mediados por un objetivo

concreto, incapaces, en suma, de desarrollar una auténtica *comunidad* basada en uniones estables⁵⁵⁰.

De esta manera, en los relatos de nuestros entrevistados, en aquellos casos (ahora nos detendremos sobre esa cuestión) en que existe incorporación, siquiera tentativa, al mercado de trabajo, no se aprecian, apenas, alusiones a temas que sí se recogen en la bibliografía de décadas anteriores, como pudiera ser la sumisión, la obediencia o, incluso, las condiciones de trabajo degradadas (remitimos a la abundante bibliografía indicada en 4.4 para muestra de esta profusión de trabajos sobre estas cuestiones). Todos estos elementos, simplemente, parecen haberse disuelto en el magma de la normalidad precaria de los (seudo)trabajos que los jóvenes actuales han podido desarrollar⁵⁵¹. Como vimos de la mano de algunos relatos que sí presentan una perspectiva cronológica mayor, como el de Míriam, se habría ido produciendo una progresiva precarización de las condiciones de trabajo, a la que la coartada de la crisis vino a favorecer definitivamente⁵⁵².

Estas condiciones crecientemente precarizadas son aceptadas por los jóvenes, cada vez más con la simple naturalidad de lo inevitable (o de lo inmutable). De hecho, como ya indicamos, se postulaba que el *desconocimiento* de las (buenas) condiciones previas, bien sea por olvido o por socialización diferenciada, que sería un rasgo propio de las generaciones más jóvenes (poscrisis), favorecería el proceso de inserción de éstas al mercado de trabajo. Los recuerdos, como las expectativas, serían el nuevo *lastre*. El individuo, llegado el caso, ha de hacer un gran trabajo sobre sí mismo (de nuevo, metarreferencial, interno al sujeto) para asimilar estas nuevas pautas de

⁵⁵⁰ Véase 3.2 para una revisión sobre este proceso de erosión de los vínculos sociales, que corre parejo al más general de socavamiento de las bases institucionales del anterior modelo de sociedad.

⁵⁵¹ Cabría postular, a tenor de esto, que el *tipo posmoderno* de trabajador (cuyos rasgos se recogían en 3.7) ya se habría desarrollado e implantado. Los jóvenes “de la crisis” incorporarían ya buena parte de esos rasgos de carácter “de serie” (obediencia, sumisión, tolerancia ante la precariedad, disponibilidad y adaptabilidad, polivalencia, etc.), suponiendo una “evolución” con respecto a generaciones previas de trabajadores (pero un eslabón más en la cadena, tal y como ellos identifican al señalar las diferencias que les separarían de la posterior –y más *evolucionada*- generación poscrisis).

⁵⁵² Ya comentamos en la revisión bibliográfica (véase, especialmente, 4.1) cómo, históricamente, la *debilidad* laboral, que tiene en el desempleo su manifestación por excelencia (y en el desempleo juvenil en particular un leitmotiv recurrente), ha ido siendo utilizada como excusa para introducir todo tipo de reformas orientadas a incrementar la *flexibilidad* del mercado de trabajo. Los efectos de estas reformas, a la vista de los datos de sus resultados, parecen limitarse a una precarización general de las condiciones de empleo, más que a una reducción de las tasas de desempleo o a una mejora, en definitiva, de las posibilidades laborales de los sujetos *afectados* por dichas reformas.

conducta, que se presentan, en una sublimación, como otras competencias laborales entre tantas (*tener* una carrera, *tener* idiomas, *tener* conocimientos de programas estadísticos, *tener* habilidades sociales y, por supuesto, tener plena *disponibilidad*, sin límites). Huelga decir que, para los recalcitrantes, el mercado cuenta con todo tipo de dispositivos de “orientación” (término muy adecuado) dispuestos a trabajar sobre su subjetividad, escenario actual de todos los conflictos, fuente de todos los problemas (Serrano *et al.*, 2012; Tejerina, Cavia *et al.*, 2013).

Si dos eran los rasgos fundamentales en lo referente al mercado de trabajo español, a saber, el desempleo masivo y la temporalidad, como forma típica de presentarse la precariedad laboral (Comisión de Expertos para el Diálogo Social, 2005; Laparra, 2006; Segado y López, 2007), cuatro serían las tendencias en lo que se refería a empleo juvenil hace unos años (Santos *et al.*, 2004): altas tasas de desempleo, altísima flexibilidad y temporalidad laboral, trayectorias crecientemente inciertas ante la dificultad de encontrar empleos “significativos”, y acumulación de empleos en los segmentos ocupacionales más descualificados. Estas cuatro tendencias pueden englobarse, con las oportunas matizaciones, en el patrón bicéfalo anterior: la precariedad y el desempleo serían, también, los elementos característicos de la situación de los jóvenes en el mercado laboral español⁵⁵³. Seguiremos esa senda para mostrar el camino seguido por ambos elementos en lo que hace a las biografías de nuestros entrevistados.

En lo que se refiere al primer rasgo (respetando la identificación habitual entre precariedad y temporalidad, aunque después habremos de superar esta correspondencia) más que de temporalidad cabría hablar de informalidad en el desempeño laboral de los informantes miembros de esa “generación de la

⁵⁵³ Si bien pueden presentarse ambos rasgos con mayor intensidad entre los jóvenes, como consecuencia de la organización (segmentada) del mercado de trabajo español, que sería la responsable, como ya indicamos, de esta situación relativamente peor de los jóvenes, tradicionales “outsiders” que aspiran a acceder a un empleo y que (cuarta de las tendencias indicadas) acaban, con frecuencia, siendo ocupados en puestos descualificados, tradicionalmente en el sector servicios. Cuando esta ocupación “secundaria” se prolonga en el tiempo (la precariedad y el desempleo recurrentes se convierten en estado cristalizado) las trayectorias pierden *significatividad* y, con ello, aumentan su carácter “incierto” (tercera dinámica). Como vemos, los rasgos prístinos serían precariedad y desempleo, que pueden, todavía, fusionarse en uno solo, entendiendo el desempleo (sobre todo este desempleo juvenil que ahora analizaremos, que no obedece tampoco a la definición oficial al uso) como una forma particular de precariedad.

crisis”, tal y como la hemos identificado tentativamente⁵⁵⁴. No es tanto que no tengan posibilidad de acceder de modo relativamente estable a un empleo “regular” (que también), sino que, sobre todo, su situación se caracteriza por estar invisibilizada, lo que los constituye como sujetos ciertamente invisibles, a todos los efectos. Largas experiencias laborales en el sector informal de la economía no quedan reflejadas en ninguna parte, alejando a los jóvenes de percibir cualquier tipo de *reconocimiento* social presente, ni futuro (ya vimos que la preocupación por el futuro como pensionistas está muy extendida entre nuestros informantes, como en el relato sobre la –más que probable- pobreza de Pablo cuando alcance la vejez). Esta ausencia de reconocimiento social se extiende a ellos mismos, que no se perciben como “trabajadores” por cuanto no sienten estar desarrollando un “empleo de verdad” (nuevamente la pauta fordista parece actuar como tótem inalcanzable). Se combina, en la medida de las posibilidades, esta participación más o menos regular en el sector informal con algunos “escarceos” en el mercado laboral regulado, pero son experiencias puntuales, demasiado esporádicas como para proporcionar una identidad laboral (ni hablar ya de nociones que a muchos de nuestros entrevistados les parecen inviables, como *carrera* o *estabilidad*).

Obviamente, informalidad ha de entenderse como una forma particular de precariedad, que presenta, por lo demás, múltiples de los rasgos que definirían un empleo precario, desde la irregularidad de los ingresos (en el doble sentido del término) hasta la insuficiencia de los mismos, que apenas alcanza para proporcionar un “dinero de bolsillo” (reinvertido, muchas veces, en ese glotón mercado formativo). La precariedad, como falta de seguridad/es, tal y como es caracterizada por diversos autores (Cano, 1996, 2000, 2004, 2007; Díaz-Salazar, 2003b; Laparra, 2006), estaría a la base de todo el relato de la “incertidumbre” que tantas veces hemos encontrado en nuestros informantes.

⁵⁵⁴ La economía “sumergida” o sector informal de la economía (véase Finkel, 1994: capítulo 6) ha sido, tradicionalmente, refugio para esa “población excedentaria” incapaz de acceder a otros nichos del mercado laboral. Como respuesta adaptativa, suele ser empleada, entre otros colectivos, por los jóvenes (Espluga *et al.*, 2004; Cano, 2007), siquiera por cuanto éstos tienden a contar con la protección de algún otro miembro de su familia participante en la economía *formal* (lo que nos llevaría de vuelta a la noción de vicariedad ya planteada en 2.5). Se destaca, asimismo, la mayor facilidad con la que se desarrollan situaciones de informalidad en el sector servicios (Toharia *et al.*, 2001), al que los jóvenes suelen tener más acceso (las condiciones de trabajo en “tiendas” y “bares”, así como en las distintas tareas de “cuidado y enseñanza”, escenarios que aparecen repetidamente en los relatos *laborales* de nuestros entrevistados).

Con todo, el principal problema puede ser el atrapamiento de estos jóvenes en situaciones (de subempleo) que no parecen ofrecer salidas viables (Sánchez Moreno, 2005; Toharia y Cebrián, 2007). Unas expectativas “de colas” se enfrentan a un modelo “de partición”, segmentado (Laparra, 2006; Prieto *et al.*, 2009), en el que los jóvenes muchas veces ni siquiera tienen acceso *regular* a los segmentos secundarios, quedando así relegados a regiones de sombra a la espera de una oportunidad (que muchas veces adopta la forma del tipo test de una oposición) para acceder a un empleo “acorde a lo estudiado”, que es como decir, un empleo “nuclear” dentro de ese modelo cuyas lógicas de funcionamiento (asentadas, de un modo u otro, en el consenso fordístico que fundamentaba el pacto intergeneracional) no son cuestionadas por unos jóvenes crecientemente naturalizados (que ya no resignados) con la precariedad.

Esta segmentación (véase 4.3, para un análisis de la cuestión en el mercado laboral español), en la representación que manejan los entrevistados del mercado de trabajo, adopta la forma de una dicotomía entre los empleos estables y con buenas condiciones generales en el funcionariado y los “trabajitos” más o menos precarios e informales. Fuera de esa dupla, se dice, “no hay nada”, siendo el sistema productivo extremeño incapaz de absorber el volumen, cada vez mayor, de titulados universitarios, que se ven “empujados” a la emigración. Resulta igualmente significativo el hecho de que nuestros informantes no tengan en cuenta que la Administración pública, en sus diferentes niveles, recurre cada vez más a formas de contratación temporal (Laparra, 2006), como también se obvia en sus relatos la creciente dificultad para obtener una plaza funcionarial, habida cuenta del endurecimiento de los requisitos de acceso, del aumento de la competencia y de la disminución del número de plazas que se convocan. Las quejas sobre estas cuestiones no alcanzan el nivel de crítica elaborada: una vez más, un fatalismo barnizado de pensamiento positivo establece las bases de posibilidad: al final, depende de uno mismo (autorresponsabilización) conseguir uno de esos empleos ideales (y, posiblemente, también idealizados) en el núcleo del sistema económico de una región que sólo ofrece “funcionarios y tiendas”. Como vimos, la posibilidad de optar por el emprendimiento es mayoritariamente rechazada por nuestros

informantes, que no están todavía imbuidos de ese discurso, inserto en el *corpus* del paradigma de la activación.

Mientras tanto, mientras llega ese momento esperado de recibir la llamada para salir del sótano, se desarrollan, en función de las necesidades de cada cual (“habiendo necesidad, el que quiere trabajar, trabaja”), todo tipo de “cuasiempleos” (Santamaría, 2010), “lumpen-empleos” (Santos, 2012) y demás *ficciones laborales*, en una trayectoria “profesional” que se intenta orientar siempre hacia el norte de la brújula vocacional del individuo, pretendiendo, pues, mantener un rumbo sin excesivos desvíos que permita alcanzar la tierra prometida y proclamar que se sigue, y se ha seguido, una *carrera*. Estos diversos tipos de experiencias laborales más o menos “marginales” se caracterizarían, asimismo (como una dimensión más de la precariedad), por la dureza de las condiciones en que se desarrollan (horarios, ritmos, etc.), que se consideran insostenibles a largo plazo por parte de los jóvenes entrevistados. La propia consideración de ese “largo plazo”, que en realidad los jóvenes cuentan en meses, resulta sintomática y muestra claramente las dificultades para realizar proyecciones a futuro en una era caracterizada por la incertidumbre.

En cualquier caso, a pesar de las dificultades para medir (no hablamos ya de controlar) el futuro más inmediato, sí que se observa en los relatos una mirada teleológica, que se refleja en la preocupación de estos jóvenes por los aspectos de cotización y rendimiento futuro de la misma. Este intento por mantener un rumbo fijo, sin excesivas *desviaciones* con respecto a una meta final, será tanto más tenaz cuantos más recursos se puedan movilizar para alcanzar esa meta. Hablamos de recursos familiares, mayormente, pues ya vimos que son los padres quienes ejercen una función de tutela o tutorización (en el sentido arbóreo incluso) del joven, ofreciéndole la posibilidad (si es que dicha posibilidad existe) de no encadenarse a la dependencia de “trabajo, cualquier trabajo” para mantenerse, pudiendo renunciar a determinadas opciones laborales si las condiciones que se le ofrezcan no se ajustan a sus expectativas o a su rumbo marcado. Sólo así, a partir de la *convivencia* bajo el amparo de la familia, cabe entenderse que la prolongación (potencialmente *sine die*) de las etapas de informalidad laboral no derive en grandes conflictos

(más allá de la ya mencionada remisión de cualquier conflicto al interior del individuo).

Esta informalidad, sustitutiva de la temporalidad y forma concreta de la precariedad (aunque es percibida por los jóvenes, más bien, como una posibilidad poco comprometida para obtener unos ingresos destinados a sus gastos particulares), convive, en el plano oficial (el de la estadística y los registros estatales), con un “elevado” nivel de desempleo entre nuestros jóvenes informantes, en línea con la tendencia ya apuntada antes de la crisis por Santos *et al.* (2004), y señalada también por otros autores, tanto antes como después de 2008 (Espluga *et al.*, 2004; Tejerina, Perugorría y Simó, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015...). Obviamente, “elevado” no equivale a “total”, como ya expusimos en el capítulo 8.4. Siguen existiendo casos de éxito que muestran la vigencia, todavía hoy, de determinadas pautas laborales que algunos han insistido en dar por extinguidas. Estos casos, de los que también recogimos algún relato en nuestro trabajo de campo, muestran la pervivencia de trayectorias “clásicas”, de aproximación sucesiva o de éxito precoz, por nombrarlas en los términos, también ya clásicos, del GRET. No obstante, la tendencia parece apuntar hacia una disminución (porcentual, podríamos decir) de este tipo de trayectorias, al tiempo que señalaría un incremento progresivo de la *brecha* entre quienes alcanzan estos niveles de “éxito transicional” (que redunda en un “éxito biográfico”, por cuanto hablamos de la transición al mercado laboral, de la plena inserción en el mismo y, por medio de ella, en el sistema social en su conjunto) y quienes mantienen, por períodos cada vez más largos, situaciones de precariedad o desempleo (que pueden tomarse por sinónimos en la práctica)⁵⁵⁵.

Se trataría, además, de un desempleo recurrente, interrumpido por episodios laborales puntuales (nótese que es el trabajo lo que interrumpe al desempleo, y no al revés) y que se camufla bajo formas estudiantiles diversas, en un movimiento que interesa tanto al mercado (que no sufre esa presión a sus puertas) como al propio joven (que se percibe como útil y siente –valga la

⁵⁵⁵ Se da la circunstancia, como venimos exponiendo, de que los puestos “centrales” (las plazas de funcionario, si queremos identificarlo en algún empleo concreto a tenor de los relatos de los informantes) están sujetos a una competición que no está al alcance de cualquiera, por los recursos que exige movilizar. Así las cosas, puede que la brecha social de origen tenga su reflejo en la “brecha laboral”, acentuando en el futuro las dinámicas de polarización/dualización de la estructura social.

redundancia- que su vida tiene *sentido*). Sea como fuere, quiera el individuo considerarse “estudiante” en lugar de “desempleado” o prefiera ser tomado por “trabajador” (trabajador de bajo salario –o “*working poor*”, que es un término mucho más crudo)⁵⁵⁶, la situación real ubica a estos sujetos en la franja débil del empleo, en condiciones de vulnerabilidad social (pobreza encubierta, en algunos casos), formando parte de esas bolsas de precariedad estructural que Standing (2011/2013) identificase con el nombre de “precariado”.

Si en su obra magna, Martín Criado (1998:155) exponía que el problema no era tanto de “paro juvenil” como de “subempleo juvenil”, hoy podríamos decir que no es que la alternativa sea desempleo o precariedad, sino que estamos hablando de un desempleo *en* la precariedad. La amenaza del atrapamiento se concreta en la posibilidad de que estos jóvenes “de la crisis” mantengan su condición de *working (and irregular) poors* por un tiempo indefinido, lo cual, de momento, está suponiendo un bloqueo biográfico en el desarrollo de sus transiciones (como ya vimos en la revisión llevada a cabo en el capítulo 5.2). Los ingresos que perciben por sus distintas experiencias laborales no permiten realizar ningún tipo de previsión de futuro, siquiera a medio plazo, lo que hace que, de un modo tan sensato como resignado, muchos jóvenes opten por permanecer bajo el cobijo del hogar paterno, retrasándose indefinidamente su emancipación, que se hace depender de lograr una suficiente independencia económica (lo cual, a la vista del panorama laboral que presentan, resulta poco probable a corto plazo)⁵⁵⁷. De este modo, si bien es cierto que algunos de nuestros entrevistados se han emancipado residencialmente, ello no implica necesariamente que gocen de una completa independencia económica con respecto a sus padres, que muchas veces les ayudan de distinto modo. La emancipación, eso sí, cuando se produce bajo el signo de la precariedad, implica necesariamente contar con el apoyo de otra persona (la pareja, normalmente), de modo que se asiste a una emancipación basada en una suma de precariedades o, si no, en una nueva relación asimétrica donde se pasa a depender de los ingresos de ese otro miembro de

⁵⁵⁶ Véase 4.5 para una caracterización de esta nueva figura social, normalmente vinculada al desempeño de esos lumpen-empleos degradados. Degradados y cada vez más habituales, más comunes (incluso en el sector público).

⁵⁵⁷ Como gráficamente expresaba Víctor, les han “echado para atrás” en el momento en que tenían que saltar, cuando tenían que empezar a construir su vida (César).

la pareja que pueda estar algo más establemente asentado en el mercado de trabajo⁵⁵⁸.

La insuficiencia salarial, unida, sobre todo, a la irregularidad de esos ingresos, ha eliminado de sus proyecciones de futuro la idea de adquirir una vivienda (Jurado, 2007; Moreno *et al.*, 2012), a lo cual contribuye, por lo demás, la propia *sombra* continua de la posibilidad de tener que emigrar en cualquier momento. Obviamente, hay otros casos, relativamente felices, en los que, superada esa situación de bloqueo, los patrones tradicionales (matrimonio, vivienda en propiedad, planes de un futuro que se espera estabilizado para toda la vida, etc.) emergen en el discurso. La linealidad, y no la aventura, es el anhelo de esta generación.

Correlativamente, el trabajo, tomado como llave para conseguir ese “premio” de la linealidad biográfica, experimenta un proceso de “reencantamiento” (si es que alguna vez dejó de estar “encantado”, en los términos de Méda, 1995/1998). Las supuestas tendencias hacia visiones más instrumentales del trabajo, en línea con el pretendido hedonismo de las nuevas generaciones (Alonso, 2004; Alonso y Fernández, 2008; Alonso *et al.*, 2009), no parecen darse entre nuestros entrevistados, al menos no entre aquellos que carecen de un trabajo suficientemente estable. Es sólo entre quienes el trabajo “se da por hecho”, por su posición *privilegiada* en el mercado de trabajo, entre quienes observamos actitudes más orientadas a enfocar sus vidas (su *realización personal*) hacia otros elementos ajenos al desempeño laboral.

Pareciera que, cuanto menos trabajo existe, más se valora éste (Beck, 2001)⁵⁵⁹, más se difunde una especie de *fascinación*, de “mística” idealizadora

⁵⁵⁸ Puede darse la circunstancia, de hecho, de que esa relativa estabilidad se haya conseguido sin disponer de una titulación universitaria (el soldado que “mantiene” a la graduada en Magisterio que prepara oposiciones, por ejemplo), lo que introduce toda una nueva imaginaria en torno al rendimiento de las carreras universitarias (crecientemente feminizadas, por lo demás) y, en general, todo un obstáculo al discurso de la emancipación a través de la formación (discurso que, bajo la formulación de “huida ilustrada” –Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991; Sampedro, 1996; Camarero y Sampedro, 2008-, podría aplicarse a buena parte de las jóvenes universitarias extremeñas de origen rural).

⁵⁵⁹ Idea que viene reforzada por la lógica de apreciar (únicamente) aquello que ha costado esfuerzo conseguir, que vimos que estaba extendida entre nuestros informantes. Tras procesos selectivos percibidos como penosos e inciertos (travesías en el desierto, prácticamente), en los que el respaldo familiar se presenta como absolutamente clave y necesario, la consecución del objetivo (laboral, en este caso) es sentida como un auténtico éxito, siendo obligado el sentimiento de *felicidad*, felicidad que se vincula, por lo tanto, a ese puesto de trabajo, tanto en el momento de conseguirlo como en los momentos anteriores, de *perseguirlo*.

del trabajo, que se anhela tanto por sus funciones más instrumentales (consecución de medios para disfrutar de independencia económica e iniciar, así, un proyecto de vida propio)⁵⁶⁰ como, sobre todo, por su carácter *expresivo*, de desarrollarse en y por el trabajo, por la posibilidad de alcanzar la existencia social, la *visibilidad* (y el reconocimiento) a que antes nos referimos (la “religión del trabajo”, como especie de fascinación que tanto denunciase el Grupo Krisis -1999/2002- se encuentra firmemente arraigada entre los jóvenes de nuestro estudio).

Paralelamente, como un reverso temible (conocido, en mayor o menor medida, por los informantes de este estudio), el desempleo es percibido como *negación*, como estado (paréntesis) absolutamente indeseable, siquiera por la capacidad que se le atribuye de generar “malos pensamientos”. Este temor al desempleo es hábilmente movilizado, por lo demás, para que el individuo acabe asumiendo la necesidad de rebajar sus expectativas y acepte condiciones de trabajo degradadas (“al final voy a tener que tragar”, como reconoce Pablo). La máxima (que ya encontramos en Garrido Medina, 1996a) de “más vale un empleo malo que ningún empleo” se reviste de un marchamo psicologista. A nivel mental, se piensa, ese paro conceptualizado como “ningún empleo” puede tener unos efectos absolutamente devastadores sobre el individuo⁵⁶¹. Una vez más, el movimiento se produce en el interior del individuo, que asume la absoluta necesidad/obligación (moral, incluso) de trabajar, de querer trabajar, de tener “algún empleo”, por precario que sea⁵⁶². Ya vimos cómo se despreciaba a aquellos que rechazaban “oportunidades”, con la

⁵⁶⁰ La estabilidad, rasgo fundamental atribuido al puesto de funcionario, resulta también ensalzada en este contexto laboral de incertidumbre generalizada. Si en otro tiempo eran otros los elementos más valorables en un trabajo (Sánchez Moreno, 2004), hoy la estabilidad, como vimos en las entrevistas, ocupa una posición preeminente en el imaginario de los jóvenes a la hora de pensar en un empleo ideal. Siquiera para servir de base y garantía que permita, después, fuera del trabajo, *realizarse* en otros ámbitos.

⁵⁶¹ Resultando una pervivencia de la época fordista, los efectos negativos del desempleo (que, para aquel momento histórico, pueden revisarse en el apartado 2.6 de esta tesis) van siempre más allá de lo meramente económico. Dichas consecuencias negativas, a nivel íntimo del sujeto, también se mantendrían para el individuo que hoy, supuestamente, ya no vive en una sociedad construida en torno a la idea de pleno empleo, de carreras estables, de ciudadanías laborales...

⁵⁶² O, en general, “alguna ocupación”, entendiendo como tal, nuevamente, todo lo relativo a la formación (estudiar otra carrera, hacer un máster, preparar oposiciones...), amén de cualquier “trabajito” en la economía informal. Cualquier cosa que justifique se está *haciendo algo*, que, diga lo que diga la estadística, no se *está parado*.

cantiga de que “si hay necesidad, trabajo hay”, que tiene su correlato en “si no trabajas, no te quejes”.

Esta presión a la baja de las expectativas laborales, que actúa sobre los individuos y sobre la forma de ser vistos socialmente, convive de forma problemática con el intenso *marketing educativo* y sus proclamas hacia el desarrollo de grandes aspiraciones y metas elevadas. No en vano, las exhortaciones a desarrollar una *vocación* parecen conducir, lógicamente, a esta valoración *expresiva* del trabajo, no de cualquier trabajo, sino de un puesto particular y muy concreto. En la medida en que el individuo oriente sus pasos hacia esa meta concreta puede estar reduciéndose la presión sobre el mercado en su conjunto, habida cuenta de que ese individuo, mientras pueda disponer del apoyo familiar, prescindirá de competir por otros puestos “degradados”⁵⁶³, como ya vimos en los relatos de Víctor, Tamara u otros informantes. La *vocación*, por lo tanto, aparece como plenamente funcional para el sistema (no tanto, como vimos en algunos relatos, para los propios individuos, a los que amenaza con la frustración)⁵⁶⁴.

Cabe considerar, no obstante, que la situación no es tan desesperada (al menos se vive, generalmente, con esperanza, con ilusión, ese futuro). Puede que no tengamos que hablar de bloqueos transicionales, atrapamientos y trayectorias fallidas de distinto tipo, y que sólo nos encontremos ante una linealidad postergada (en línea con Cachón, 1999, 2004). Desde esta perspectiva, los (seudo)trabajos precarios no se constituirían en trampas, sino que seguirían operando como puentes o trampolines hacia unas trayectorias *de carrera*, lineales y acumulativas. Nuevamente, los casos ejemplares sirven para falsar cualquier pretensión homogeneizadora de la juventud como un todo. Claro que coexisten trayectorias de éxito precoz con otras absolutamente erráticas (Casal, 1999; Feixa, 2014). La cuestión está en analizar cuál de las

⁵⁶³ Sobre la “cualificación a la baja” (Gentile, 2013) y la presión que ejercen los titulados universitarios sobre el mercado de trabajo al competir por puestos que no demandan ese nivel de cualificación, remitimos a las referencias apuntadas en 5.3 (García Espejo *et al.*, 1999; Cachón, 2000; López Calle y Castillo, 2004; Sánchez Moreno, 2005; CES, 2006; Moreno *et al.*, 2012...).

⁵⁶⁴ De hecho, ya vimos cómo, en algunos casos (como en el relato de César o en el de Míriam), la falta de *vocación* es sentida con alivio por los entrevistados, que creen que no hubieran podido alcanzar un eventual puesto deseado/anhelado/soñado, atendiendo a cómo se ha desarrollado su (precaria) carrera laboral posterior a graduarse en la Universidad. En el extremo opuesto encontramos el relato de Víctor, que enfatiza una frustración incipiente ante la posibilidad de no alcanzar el *nivel* que se ha fijado como meta, y en el que tanto empeño (e ilusiones) han puesto, también, sus padres, a los que no quiere decepcionar.

dos es tendencial de cara al futuro, en sus efectos prácticos, porque, insistimos, en ese reducto interno (*auto*) de la subjetividad, tan trabajado por el propio individuo y por la sociedad que lo circunda y lo configura, el patrón lineal, de empleos estables y vidas previsibles, sigue operando como referente, brújula y faro para sus biografías⁵⁶⁵.

3. Juventud (una entre tantas): noticia e indicios de una *generación*.

Un ejercicio sociológico de contraste “entre generaciones” se enfrenta siempre a una limitación insalvable, derivada de la arbitrariedad que presenta el primer movimiento, el que establece las fronteras de lo que se entiende (o un autor concreto entiende), en un momento determinado, por “generación”. Desde antes de que empezara la crisis de 2008, la literatura sociológica estaba produciendo imágenes en torno a *la juventud*, inventando etiquetas que pudieran definir un nuevo *tipo* de individuo (y, agregándolo, de generación, en este caso) que sería resultado de las tendencias precarizadoras del mercado de trabajo, de los efectos del declive de los Estados del Bienestar, de los avances tecnológicos y de la creciente globalización económica, de la desintegración, en definitiva, del modelo social “previo”.

De este modo, encontramos, a lo largo de las últimas décadas, intentos de definir a una nueva *generación* de jóvenes, sin que ello implique, en muchas ocasiones, que se señalen los orígenes de la diferencia (generacional) con respecto a otros colectivos de jóvenes, del mismo modo que tampoco suelen aparecer explícitamente mencionados los factores que habrían incidido en el surgimiento de dicha nueva generación. La noción de generación, quizás gracias a sus propias dificultades de definición (véase Leccardi y Feixa, 2011), se presta a un uso bastante flexible, lábil, en manos de los académicos. La

⁵⁶⁵ Una lectura purista del postulado de Thomas (1928) nos podría introducir en un debate tan rico como interminable en torno al objeto de la Sociología. Si los jóvenes entrevistados, por ejemplo, enfatizan que no se sienten frustrados y que sus vidas mantienen lógicas lineales y pretensiones de carrera acumulativa y progresiva, ¿debe el analista tomar esto como *la realidad* o debe, más bien, *trascenderla* para rastrear tanto los efectos como los orígenes sociales de estas posiciones discursivas de dichos jóvenes?

sempiterna *crisis*, como sinónimo del inevitable proceso de cambio social (no en vano la sociedad es dinámica), se presenta como elemento suficiente para poder establecer, arbitrariamente, un hito cualquiera que marcara la cesura entre unos jóvenes y otros, justificando el uso del término “generación”⁵⁶⁶, que suele aplicarse en su vertiente etaria, asimilando bajo una misma denominación a individuos con la misma edad biológica, de los que se postula un mismo comportamiento, unas mismas pautas de conducta (o unos mismos valores). Sin más. Sigue a continuación, en esos trabajos, un conjunto de rasgos que habrían de caracterizar a estos *jóvenes*, sin que se precise hasta qué punto dichos rasgos son propios de esta generación ni, como decimos, de dónde proceden, qué procesos los han desencadenado, etcétera.

Desde estas perspectivas, muchos son los intentos para definir esa(s) nueva generación que periódicamente vendría a emerger en el panorama social para diferenciarse/oponerse a otras ya presentes en dicho escenario. A las etiquetas recurrentes, asimiladas ya en el imaginario colectivo, como “generación perdida” (definición vinculada a ese estigma irónico de ser “la generación mejor formada de la historia de España”), se vendría a sumar toda una panoplia de denominaciones, en el habitual ejercicio académico de intentar dar con un término feliz que pudiera hacer carrera entre público y especialistas⁵⁶⁷. Así, por citar sólo unos cuantos ejemplos significativos entre el marasmo de etiquetas, la periodista García Aller (2006) opta por la simplicidad para hablar de “generación precaria”, Castillo y López Calle (2007) enfatizan los efectos de la precariedad en su “generación esquilmada”, mientras González-Anleo (2015) apuesta por la espectacularidad en “generación selfie”,

⁵⁶⁶ Téngase en cuenta, por ejemplo, la vaguedad con la que este término aparece en la revisión que Leccardi y Feixa (2011) hacen del enfoque de Abrams (deudor de Mannheim -1928/1993-, al que ya nos remitiéramos en el capítulo 6 para sustentar nuestro propio posicionamiento al manejar esta noción de generación). Así, para Abrams (1982), a decir de Leccardi y Feixa (2011:19), una generación “concluye cuando grandes acontecimientos históricos –o más frecuentemente, procesos lentos, no catastróficos, de naturaleza económica, política y cultural- vacían de sentido el sistema previo y las experiencias sociales que se le asocian”. Desde esta formulación, cualquier analista puede dar por amortizado un “sistema previo” aludiendo al “vaciado” de sus principios organizativos. Cualquiera, en definitiva, puede levantar la bandera de una nueva generación.

⁵⁶⁷ Los académicos, como grupo profesional, dependen en cierta medida de este tipo de *éxitos*, máxime en un contexto laboral que se rige por los índices de impacto, el número de citas, etc. No es extraño, por lo tanto, que algunos pretendan desarrollar una etiqueta que les permitiera obtener ese reconocimiento y, con suerte, hacer de ella su *modus vivendi* (como, por ejemplo, le sucediera a Ritzer tras plantear su célebre proceso de *mcdonalización* -1993/1996).

o Sanmartín y Ballesteros (2015) se decantan por hablar de una generación “atrapada” y “resiliente”...

Todas estas “generaciones”, que tienden a hacerse coincidir con “la juventud”, presentarían unos rasgos característicos, a decir de quienes las postulan, pero generalmente no presentan “divisiones” que permitan identificarlas (contrastarlas, falsarlas) de un modo sencillo. “Esta generación es...”, si no se acompaña de una descripción de los elementos que habrían de servir para delimitarla, puede referirse, indistintamente, a todas a la vez (y a ninguna en particular). La generación “atrapada” de 2015 podría ser la misma que la generación “precaria” de 2006. Este debate introduce, nuevamente, el problema comparativo en el ejercicio del juvenólogo, al que antes hiciéramos referencia a la hora de hablar de los distintos estándares que manejarían los sujetos para valorar su situación. Así, la “generación puteada” recogida por Pérez-Agote y Santamaría (2008) sería vista, desde la perspectiva de nuestros informantes, como una auténtica generación privilegiada (mucho más, todavía, la frustrada generación de los discursos recabados por Alonso de Armiño *et al.*, 2002). Ya intentamos explicar en el epígrafe anterior el origen de este “desfase”, que vendría a remitir a unas tendencias, extendidas a lo largo del tiempo (no en vano hablamos de crisis de la sociedad salarial en los capítulos 3 y 4, crisis que se produciría a lo largo de un lapso temporal relativamente prolongado), que se habrían agudizado drásticamente con la crisis desarrollada a partir de 2008.

Desde nuestra perspectiva, esta crisis, más allá de una radicalización de las tendencias previamente existentes en el contexto sociolaboral español de las últimas décadas (precariedad laboral, dualización/polarización social, que deriva, para los jóvenes, en una creciente irrelevancia/exclusión, amén de en un bloqueo transicional más o menos generalizado e intenso), supondría una verdadera cesura generacional, a la manera del pensamiento de Mannheim (1928/1993, explotado, como vimos, posteriormente por Abrams, 1982), por cuanto introduce un cambio de mentalidad en los jóvenes que experimentaron este acontecimiento histórico, que puede tomarse como un verdadero *turning point* en la “biografía” de la sociedad española. El capítulo 11 da cuenta de este proceso y de cómo el enfoque (la cosmovisión) del mundo laboral y de la propia posición del individuo en el mundo social cambió radicalmente a partir de la

vivencia de la crisis. Obviamente, no podemos afirmar que la crisis afectó por igual a todos los individuos. Entre nuestros propios informantes ya señalamos la diferencia entre los efectos de la crisis para el matemático Julio (*gremio* para el que la crisis supuso, incluso, nuevas oportunidades laborales), para el economista Elías (que ve cómo no dejan de cerrarse oficinas bancarias en las que pudiera haber trabajado) o para la maestra Esmeralda (cuyas oposiciones entran y salen del congelador con un número siempre menguante de plazas ofertadas). Por supuesto, tampoco afectaría por igual a cualquiera de nuestros titulados universitarios con respecto a otros jóvenes de su misma edad (biológicamente jóvenes, al menos) que hubieran abandonado el sistema educativo antes de llegar a la Universidad (y que, como vimos, aparecen periódicamente en sus relatos: el amigo que se “metió a opositar” justo después de acabar bachillerato, el novio fontanero, etc.). Sea como fuere, para todos ellos (también, con sus particularidades, para quienes ya habían dado por finalizado su recorrido formativo y estaban integrados en el mercado de trabajo), la crisis supuso un punto de inflexión con respecto a lo que habían “conocido” antes (de forma directa o indirecta, a través de todo tipo de *informaciones*), exigiéndoles un ajuste primero *mental* y luego en lo que se refiere a sus estrategias con respecto al proceso de inserción laboral (o, seguramente, en el sentido inverso: primero un ajuste estratégico, seguido de todo un trabajo sobre la subjetividad, sobre la forma de percibir y asimilar, “mentalmente”, este nuevo contexto). Este ajuste, como veremos a continuación, será el rasgo que consideramos central para poder hablar de una nueva generación desarrollada a partir de la crisis.

Buena parte de los rasgos que se recogen en la literatura sociológica de las últimas décadas para caracterizar a las distintas juventudes (de nuevo: se supone que, en realidad, viene a ser la misma juventud, porque no suelen recogerse disquisiciones al respecto, homogeneizando al conjunto de miembros de una -o unas- determinada cohorte de edad) aparecen también definiendo a los jóvenes que nosotros hemos entrevistado. Cuando Gálvez (2007a), en las estribaciones de la crisis, hace ahora diez años, desarrolló la noción de “generación precaria” (o “generación de la cultura de la precariedad”) presentó una serie de rasgos que, en general, podrían caracterizar también a la generación “de la crisis” (“generación zaleada”, en nuestra propia

denominación) a la que hemos intentado perfilar, con todas las cautelas, en esta tesis doctoral⁵⁶⁸. Así, la tendencia al individualismo (véase 3.8 y 5.3), la incertidumbre como modo de vida (Santos, 2003; Gálvez, 2007a; Santamaría, 2012; Moreno *et al.*, 2012), la imposibilidad de prever el futuro (Alonso, 2004, 2007; Gentile, 2005, 2013, 2015), o la normalización/naturalización de la precariedad (Sánchez Moreno, 2004, 2005; Pérez-Agote y Santamaría, 2008; CJE, 2014) son elementos comunes a nuestros informantes.

También lo es la asunción de la movilidad como un valor en sí mismo, como ya indicásemos en el epígrafe anterior. El trabajador móvil, en sentido amplio, sin ataduras y siempre disponible (descrito por Sennett, 1998/2010; Castillo, 2005a; Alonso, 2007; Santos, 2013...) se presenta como *tipo* de nuestra época y actúa como una especie de estándar al que los entrevistados tienden a emular o, al menos, a proyectar comparativamente con ellos mismos. De hecho, un valioso *índice* del grado de asimilación de la precariedad puede estar en los discursos en torno a la *necesaria* movilidad que supone la emigración, antaño recubierta de nostalgia y dramatismo. Más allá de que exista todo un relato orientado a fomentar la emigración como algo positivo, favorable para el individuo en todos los sentidos (posibilidad laboral, pero, también, desarrollo de competencias *formativas*, crecimiento personal, etcétera) (Sanmartín y Ballesteros, 2015; Santos y Muñoz, 2015), la forma en que se integra este discurso en las perspectivas y los planes (que no son equivalentes) de futuro de los jóvenes puede ser sintomática de su diagnóstico de la situación actual y, así, de las exigencias que dicha situación impone a los individuos. Si la emigración era conceptualizada como una especie de “fracaso social”, por no dar las suficientes posibilidades a los sujetos que se veían *forzados* a emigrar, hoy tiende a verse, en los relatos de nuestros informantes, como una posibilidad “a la que no renuncian” (pero hacia la que prácticamente ninguno dirige, ni quiere dirigir, sus pasos). Si, en el futuro, la emigración se

⁵⁶⁸ Enfatizamos el término “cautela” (que ya manejásemos repetidamente en la propia justificación metodológica del estudio, en el capítulo 6). De ahí el título, que se mueve en el plano de lo hipotético, de este epígrafe. De ahí, también, el propio título de la Parte Cuarta de la tesis. Cualquier ejercicio “de generalización” requeriría un trabajo de campo mucho más intenso (o extenso) que el que hemos desarrollado nosotros. Por eso, hablamos de “indicios”, de la posibilidad de que hayamos vislumbrado una generación incipiente, de la que sólo pretendemos levantar acta, a modo de *noticia* sobre su *descubrimiento*. En modo alguno osamos afirmar que dicha generación *exista*: simplemente, planteamos la posibilidad de su existencia.

naturalizase como algo inevitable, que no mereciera siquiera consideración (ahí está la clave, en el automatismo del gesto), podríamos entender que el discurso, al fin, ha logrado su objetivo. De momento, la emigración, sobre la que se piensa, no es aceptada más que como “última opción”, a la que todavía no han llegado los miembros de esta generación, que siguen esperando (haciendo cola) una salida más *cercana* a la situación *provocada por la crisis*.

Incluso la frustración, que identificamos como un rasgo propio de esta generación de la crisis (rasgo autonegado, en muchos casos, por los jóvenes de nuestro estudio: “generación que no quiere sentirse frustrada”, llegamos a apuntar en 11.2) era ya una característica de los jóvenes anteriores a la crisis analizados por otros colegas, siendo una mera cuestión “de grados”, de intensidad (o de *consciencia* de dicha intensidad), que resultase el rasgo principal para definir a esa generación “precrisis” (Conde, 1999; Alonso de Armiño *et al.*, 2002; Santos, 2003; CES, 2006; Moreno *et al.*, 2012; Artegui, 2014). En lo que hace a nuestros informantes, como vimos, esta frustración que pudieran sentir, como así era vivida por los jóvenes estudiados en alguna de las referencias indicadas en el paréntesis anterior, parecía no llegar a manifestarse en toda su virulencia. Simplemente, se considera, es cuestión de mala suerte (“te ha tocado”). No hubo mala intención, no hubo engaño, no hay culpables. La frustración, pues, como rasgo de esta generación “de la crisis”, pero como rasgo “en proceso de digestión”, de asimilación y normalización, lejos de la manifestación pública, en la que sólo brota en *arrebatos* puntuales de indignación (también sometidos al proceso de estigmatización social que recibe cualquier forma de crítica)⁵⁶⁹.

La “novedad” de esta generación actual, que quizás también sea una novedad relativa, de gradación, sería la pérdida de la visión de futuro, o la imposibilidad de conectar éste con el pasado (la socialización) o con el presente (el bloqueo). Hablaríamos de una *sublimación* de la frustración, que

⁵⁶⁹ En este caso, el giro incluye, para el individuo que se sienta y se manifieste frustrado, una doble sanción, habida cuenta de que pareciera que denunciar la quiebra del pacto intergeneracional (ruptura a la base del sentimiento de frustración) estaría suponiendo cuestionar la labor de los propios padres, responsables de la *observancia* de dicho pacto a nivel familiar. Si son los padres quienes *animan* al joven a estudiar, es difícil, a nivel *emocional*, pensar, reconocer o señalar luego la inutilidad de dichos estudios, aconsejados (y, normalmente, financiados) por los propios progenitores. La frustración, así, se vería como una especie de “desagradecimiento” con respecto a los padres. Un motivo de peso, más, para intentar eludir este sentimiento (o, al menos, para evitar exteriorizarlo).

deviene pesimismo (que se torna en fatalismo cuando alcanza un nivel de pesimismo antropológico, de descreimiento –la ironía de Rorty, 1989/1996. Citado en Sennett, 1998/2010) que convive con una exhortación continua a no ser pesimista, tomado como despreciable sinónimo de “crítico”. Se desarrolla todo un *pensamiento* (el *positivo*), todo un dogma que impone la obligación de ser optimista, generándose un dispositivo disciplinario (que deviene autodisciplinario) orientado a estigmatizar la queja, a culpabilizar (autoculpabilizar) al individuo insatisfecho (la propia comparación con las generaciones precedentes, “más felices con menos comodidades”, se encaminaría en ese sentido).

Para las generaciones previas, anteriores a la crisis, las condiciones de acceso al mercado de trabajo podrían haberse ido endureciendo, complicando un proceso de transición que conduciría, después, a unas condiciones de trabajo degradadas con respecto a un pasado siempre caracterizado como mejor, pero el camino, aunque repleto de obstáculos, les ofrecía una sensación de continuidad, de conexión entre los discursos en que se habían socializado y la realidad, crecientemente precaria, del mercado de trabajo. Para esta actual generación “de la crisis”, sin embargo, el cambio en las condiciones de acceso (y permanencia) al mercado laboral ha sido radical, generando un desconcierto total ante los caminos y las estrategias que cabría implementar para enfrentarse al nuevo contexto económico desarrollado tras la crisis. De la imagen del camino embarrado, lleno de zanjas, trampas y obstáculos (que venía a ser, a su vez, una *degeneración* con respecto al camino pulido y pavimentado tradicionalmente evocado para la pauta fordista) se ha pasado al laberinto interminable, versión *dinámica* (por cuanto la gente se mueve buscando una salida) de la sala de espera o del “sótano tapiado” que aparece en otros testimonios.

Desde luego, la imagen del laberinto también podía aplicarse a multitud de jóvenes de las generaciones previas (así aparece, por ejemplo, de forma recurrente, en la obra de Machado, 2001/2007, 2002, 2003)⁵⁷⁰. No en vano, la tipología de Casal, que tanto éxito y predicamento ha tenido después, ya

⁵⁷⁰ O en esta descripción que plantea Gil Calvo, en 2005 (p. 17): “la juventud ya no [parece] un relato lineal en busca de su mejor final feliz, sino un laberinto sin salida, en el que se está obligado a navegar en círculos viciosos tratando de no ahogarse en el próximo naufragio que aguarda a la vuelta de la esquina”.

planteaba desde sus primeras formulaciones la existencia de trayectorias ciertamente erráticas (laberínticas, podríamos decir). La diferencia es que hoy sólo existe el laberinto... por más que tenga salidas hacia trayectorias “del pasado” (la recurrente oposición como *aleph*, como puerta a otra dimensión ajena a esa realidad de encierro y asfixia). Así, si en 1996, en su artículo germinal, Casal postulaba que las trayectorias más “lineales” de su tipología (“éxito precoz” y “trayectorias obreras”) eran predominantes hasta la crisis estructural de los años ochenta (vinculada, asimismo, al desarrollo del “capitalismo informacional”), después de esta fecha se habrían generalizado las otras tres formas transicionales (“trayectorias en desestructuración”, “en precariedad” y “aproximación sucesiva”). En ese trabajo, hace ahora veinte años, para Casal esta última modalidad, la aproximación sucesiva, seguiría siendo la pauta más común entre los titulados universitarios, que hoy, a tenor de nuestras entrevistas, podrían encontrarse en situaciones de “desestructuración”, tal y como es ésta definida por el propio Casal en dicho artículo (1996:310), es decir, aquella trayectoria (caracterizada, por lo demás, por una situación de bloqueo y de bajas expectativas de desarrollo laboral) que

“se impregna de situaciones de paro crónico y entradas circunstanciales en el mercado de trabajo secundario. La mayor parte de la actividad se desarrolla en la economía marginal o en formas de economía sumergida”.

El “tanteo” propio de la “aproximación sucesiva” se sigue produciendo y las expectativas pueden mantenerse elevadas (en función, como dijimos, del respaldo familiar con que se cuente), pero, en la práctica, parece que la tendencia, también entre los universitarios, apunta a una creciente desestructuración de los cursos biográficos vinculados al acceso al mercado de trabajo. No en vano, en el artículo siguiente (1997), Casal ya nombra como “trayectorias de bloqueo o en desestructuración” a las trayectorias desestructuradas (en 2004 ya hablará de “itinerarios en desestructuración o erráticos”). Advirtiéndolo de los peligros de cualquier intento de generalización, Casal apunta que este tipo de trayectorias suelen darse entre un tipo de jóvenes que poco parecen tener que ver con nuestros informantes: “Generalmente, las expectativas de posicionamiento social de partida ya

resultan ser bajas y las trayectorias de formación escolar cortas, erráticas y con certificación negativa” (Casal, 1997:32). No debemos dejar de destacar que, para este autor, este tipo de trayectorias se vinculan directamente con las posibilidades de exclusión social de los jóvenes que las desarrollan...

Así las cosas, entre nuestros informantes, ante unas perspectivas nada halagüeñas, la estrategia para salir del laberinto sigue siendo la misma que en otros momentos históricos: formación, discurso meritocrático, más formación. Estrategia reforzada, más allá de por la mera inercia familiar, por toda una *tecnología* orientada a *calmar* la ansiedad, a mostrar que existe escapatoria, a incentivar al individuo para que la encuentre, siempre sin dejar de moverse (el movimiento, rasgo de carácter y pauta para esta generación).

Si las generaciones previas se mostraban decididamente frustradas ante el choque entre sus expectativas de movilidad social (basadas en la acumulación de credenciales educativas) y la realidad de precariedad laboral que se había ido desarrollando irremisiblemente a lo largo de los años, la presente generación renuncia a dicha frustración por hallarse en un estado de *trance*, de ajustar sus expectativas (sus *pensamientos*, en general) a una situación en la que convive una forma particular de precariedad (de desempleo y/o salarios insuficientes) con unas posibilidades, más o menos reales o ficticias, de lograr satisfacer esas expectativas heredadas del pasado mediante la consecución de un empleo vitalicio, estable y bien remunerado, es decir, todo lo que parece anhelarse hoy de un empleo. Del mismo modo que los jóvenes de los estudios de la primera década del siglo hablaban de frustración o insatisfacción ante el escaso rendimiento laboral de sus credenciales, nuestros informantes hablan de bloqueo, mientras impostan una ilusión ante el futuro⁵⁷¹ (o se autoconvencen honestamente de que el futuro “será mejor”). Cuando esta ilusión, en tanto que ficción, se combina con el fatalismo se dibuja un escenario de total *pérdida*, en el que la suerte tiende a ocupar y regir un espacio biográfico marcado por la absoluta indeterminación.

Los jóvenes anteriores a la crisis podían sentirse decepcionados o “estafados” por la sociedad, en unos discursos que mantenían la conexión

⁵⁷¹ “También cabe entender que la esperanza o ilusión que muestran estos jóvenes es fruto de la necesidad, porque, como ellos mismos dicen, si siendo tan jóvenes no tienen esperanza, no les queda nada”, decían, en el hoy lejano 2002, Alonso de Armijo *et al.*

entre joven y sistema social. Los jóvenes actuales, en cambio, renuncian a este “diálogo”, sintiéndose, simplemente, abandonados por una *sociedad* que no les brinda ninguna oportunidad (véase capítulo 9). A partir de este sentimiento, se constata entre nuestros informantes el desarrollo de una actitud descreída hacia los políticos y hacia la Política, a la que se considera incapaz (por desinterés, porque sólo se busca el rédito político inmediato, “la foto”) de resolver los problemas de los ciudadanos. Desde ahí, desde el desprecio que perciben, su posición se vuelve absolutamente individualista y, asumiendo de nuevo el control (siquiera discursivo) sobre sus vidas (Sennett, 1998/2010; Santamaría, 2007), procuran encontrar una salida de ese laberinto en el que se hallan bloqueados (véase, al respecto, lo expuesto en el capítulo 5.2). La precariedad ya no es discutida, alcanzándose niveles de aceptación cercanos a la naturalización (que se lograría, a decir de estos mismos jóvenes, en la siguiente generación, ya “criada” en las condiciones de escasez de la crisis). El pacto social, dado por muerto (Conde, 1999; García Aller, 2006; Rodríguez y Ballesteros, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015)⁵⁷², tiende a ser eliminado de sus relatos⁵⁷³: no hay rencores, no hay frustración, pero tampoco hay vínculo o compromiso. Como una ruptura anunciada, no conlleva pasiones desatadas ni revoluciones, sino simple desencanto (*desengaño*, jugando otra vez con la semántica).

Decimos que se recupera la agencia, el protagonismo, pero se trataría de un movimiento más dirigido a mantener la ilusión biográfica (narrativa) que real. El individuo es exigido a mantenerse activo (*move*se, como adaptación de “hacerse empleable”). Tiene que poner “todo lo que dependa de él” y, después, confiar en la suerte (que adopta una variante *kármica*, de cara al desarrollo social futuro, en posiciones del tipo “todo se arreglará algún día” –y pondrá a cada quien donde le corresponda...). No es, por lo tanto, un protagonismo “performativo”, sino simplemente condicional: el joven “hace su parte” pero

⁵⁷² Nótese, una vez más, que la misma idea se viene repitiendo desde hace, prácticamente, veinte años. No sabemos si el pacto se ha roto muchas veces, o si *se está rompiendo* permanentemente desde esa primera quiebra, que cada analista sitúa en un punto histórico concreto (podríamos llevarla mucho más atrás, obviamente, a los albores del *problema juvenil*, dondequiera que estos se hallen).

⁵⁷³ O invisibilizado, manteniendo “en secreto” una esperanza de que *algún día* (cuando las circunstancias lo permitan, la crisis pase, etcétera) vuelva a instituirse, como apuntamos al final del primer epígrafe de este capítulo. Recordemos cómo, en las entrevistas, en ocasiones se santificaba el carácter *justo* de este *ajuste* social. Justicia que, obviamente, los jóvenes quisieran recuperar por su propio beneficio.

después su destino dependerá de una feliz conjunción astral (sitio adecuado, momento justo: llegará lo que tenga que llegar). Hasta qué punto la crisis ha validado este pensamiento, ciertamente funcional para evitar la frustración (si no depende de ti, por qué disgustarte), sería una cuestión que debiera ser contrastada en profundidad, habida cuenta de que no parece que los informantes de estudios análogos al nuestro, previos a la crisis, den cuenta de semejante asimilación del valor del *destino* como contrapeso de la simple y humana frustración.

Desde luego, esta evaporación de cualquier agente externo al sujeto resulta útil a un sistema en el que los Estados del Bienestar están en un proceso de repliegue continuo, limitándose, cada vez más, a desarrollar funciones de provisión de “oportunidades” para participar en la competición (veáse, en ese sentido, 3.4), más que a regular dicha competición (la línea que ya apuntamos con anterioridad, en el primer epígrafe de este capítulo, al hablar de la tendencia a que los ciudadanos se procuren su propio autoaseguramiento). En los relatos de nuestros informantes, como vimos, el papel del Estado se limita a ese “telón de fondo” proveedor de becas⁵⁷⁴ del que no se espera actuación ulterior alguna en lo que se refiere a inserción laboral de los jóvenes, ordenación del mercado de trabajo, políticas de vivienda, etc.

Sí parece que, en ese ejercicio de psicologización, de remisión al individuo de todo lo que sucede, el giro ha sido completo: de todo lo que sucede... *en* él/ella. Operaría así la crisis como caja negra para justificar, a todos los niveles, que, después, las manidas “circunstancias” serán las que determinen el desarrollo de la biografía particular (y de la evolución social, en su conjunto) en un sentido u otro. Y esas “circunstancias”, condicionantes externos sobre los que no se tiene ningún control, parecen haber aparecido de pronto, exigiendo al individuo (y lográndolo, a tenor del tono de los relatos recabados) una aceptación, naturalizada más que sumisa, de la situación (y de las condiciones que *impone*). La crisis, por lo tanto, como accidente del que nadie es responsable, resulta dotada de agencia para establecer las coordenadas laborales, para determinar una nueva forma de transitar del

⁵⁷⁴ Y, como ya apuntamos, se conceptualizaría este ejercicio de provisión de oportunidades para conseguir credenciales como algo absolutamente natural (“para que se lo gasten ellos, mejor que se lo gasten en becas”), que no merece agradecimiento alguno por parte de los jóvenes (véase, al respecto, lo expuesto en el capítulo 8.1).

mercado formativo al mercado de trabajo. El individuo, *simplemente*, ha de ser capaz de adaptarse a la nueva situación, para lo cual, se le insiste, todo depende de que opere un cambio en su percepción de la realidad, deje de ser víctima pasiva y se convierta en heroico protagonista de su biografía, dejando atrás cualquier lastre, aprendiendo a surfear la incertidumbre, aprendiendo, al final, a *desearla* (como los triunfadores de la crisis descritos por Gentile, 2015), a hacer de la vida una “aventura” (Machado, 1994, 2001/2007). Esta generación sería, precisamente, la que está en ese proceso de cambio, aprendiendo las nuevas reglas del juego pese a mantener las antiguas. Y, sin embargo, al mismo tiempo, sigue *deseando* las pautas antiguas, que todavía están, aunque cada vez en menor proporción, disponibles... a su alcance... con esfuerzo...

De cara al futuro, si las tendencias observadas (y la propia evolución del capitalismo informacional y las sociedades de consumo) continúan en la senda de profundización de las dinámicas actuales, esta generación de la crisis se caracterizará, por haber sido (en hacerlo le va su propia supervivencia) la generación que marcó la divisoria entre un “pasado” más o menos idealizado⁵⁷⁵ y un futuro/presente asentado sobre los inciertos (por móviles) pilares de la flexibilidad, dogma y principio estructural de las sociedades posmodernas del capitalismo globalizado (véase 3.3 ó 4.1). Será, pues, la generación que realizó el tránsito hacia ese nuevo *tipo humano* posmoderno, que mutó y desarrolló las “branquias” (Baricco, 2006/2008) para abrazarse a (y fundirse con) la incertidumbre, haciéndose permanentemente provisional, en continuo proceso de reciclaje y *formación* (Gentile, 2013, 2015; Alcañiz y Querol, 2015; Sanmartín y Ballesteros, 2015)⁵⁷⁶.

Será, pues, la generación que entendió que las guías del pasado habían perdido su vigencia y que era el momento de desarrollar nuevas pautas, de desaprender y reaprender (véase 11.1)⁵⁷⁷. Este proceso implicaría el

⁵⁷⁵ Postulamos que la tendencia será a hacer leyenda dicho pasado, construir toda una epopeya de rasgos exagerados (Pollert, 1991/1994c; Alonso y Torres, 2003; Recio, 2007). Y se tratará, además, de un “pasado comprimido”, en el que las situaciones que enfrentasen los padres se fundirán, en el recuerdo y en el relato, con las situaciones de los años ochenta, de los noventa, de inicios del siglo XXI...

⁵⁷⁶ Remitimos a la revisión que hicimos en el epígrafe 3.7 sobre los rasgos de este “nuevo tipo humano”, a partir, fundamentalmente, de una lectura de los vaticinios de Sennett (1998/2010, 2006/2006).

⁵⁷⁷ Como una época de incertidumbre, en la que rige una “ética del desconcierto” caracterizarían a este momento actual Rodríguez y Ballesteros (2013:25). Desconcierto que procede de la pérdida de validez

desarrollo, asimismo (Santamaría, 2007), de nuevas identidades (laborales-en-la-poslaboralidad) flexibles, adaptativas, posibilistas (lo “práctico” como deseable frente a los excesos teóricos –pensar es pensar “cosas malas”: la ocupación, cualquier ocupación, como antídoto). Asumiendo la naturalidad inevitable de la competición y de las precariedades laborales y vitales, será la generación que aceptó la imposibilidad de prever (o planificar) el futuro y desarrolló estrategias de supervivencia cotidiana (el “vivir al día”, como síntesis de un horizonte temporal muy breve, que vimos en los relatos de nuestros entrevistados más precarizados, en 11.3). En la búsqueda de esa supervivencia (la vida como algo que “se gana”, aparte de cómo algo que “se busca”), esta generación parece abocada a entregarse a la competitividad y al individualismo más desaforado, en lo que no es sino una prolongación de la competencia escolar desarrollada desde los primeros años de su recorrido en el sistema educativo. El contexto general se dibuja en el imaginario de estos jóvenes como un escenario de inflación de las titulaciones, que, por su propia devaluación, obliga a los sujetos a continuar indefinidamente en la dinámica, competitiva, de acumulación (hacia la ultrasobrecualificación), pese a que el mercado de trabajo parece tender hacia puestos cada vez más precarizados o, al menos, hacia una dualización entre empleos hipercualificados y empleos “lumpenizados”⁵⁷⁸.

Viviendo en un presente interminable (como interminable parece que será su período formativo, que será “para toda la vida”, dotando a estos individuos de un estatus de *eternos estudiantes*), esta generación manejará un futuro de cortos plazos, siempre sujeto a continuas elecciones, en el marco de un proceso de *individualización*, en el que la construcción de cada biografía particular sigue sus propias reglas, ajenas a hojas de ruta que resultaran otrora válidas (Beck y Beck-Gernsheim, 2001/2003; De Singly, 2005; Leccardi, 2005a, 2005b; Moreno Mínguez, 2009; Meil, 2011). Obviamente, esta pretendida

de las guías de conducta y los referentes del pasado (Moreno *et al.*, 2012; Aguinaga y Comas, 2013; Sanmartín y Ballesteros, 2015).

⁵⁷⁸ “Empleos Microsoft” vs. “empleos McDonald’s”, como planteaba Touraine (1999. Citado en Hopenhayn, 2001:233). Sobre los rasgos de los “mcjobs” (Alonso, 2000b, a partir de Coupland, 1991/1993), véase 4.1. Por cierto que, en nuestras entrevistas, Esther, que trabajó en una de estas cadenas de restaurantes de comida rápida, afirmó que las condiciones que tuvo en ese empleo fueron ciertamente mejores que las que pudo encontrar en otros puestos más cercanos a “lo suyo”. Igual que el *mileurista* ha pasado a ser objeto de envidia, el *mcjob* puede acabar convirtiéndose en empleo anhelado.

liberación con respecto a las rígidas pautas del pasado es vivida de forma diferente por los distintos jóvenes, pero, en lo que hace a nuestra investigación, parece que se añora (más allá de la situación de carencias materiales y de limitadas posibilidades para satisfacer ese rubro ambiguo de “las inquietudes”) un pasado lineal, pautado, previsible (el patrón propio de la pauta fordista, descrito en 2.6). La obligación de elegir, combinada, como vimos, con una sensación de saturación de información que, pese a todo, no aporta guías fiables, sitúa a los individuos ante una presión asfixiante, amenazados continuamente por el error (penalizado sobremanera en una sociedad que entroniza el éxito por encima de todo), instituyendo una auténtica “sociedad del riesgo”, como vaticinase Beck (1986/1998, 1999/2000) y recogiese, bajo la formulación de “cultura del riesgo”, todavía antes de la crisis, Gentile (2005).

Pero se trata de un proceso de individualización en el que, no obstante, los condicionantes de clase jugarán un papel incluso más determinante de lo que ha sido hasta este momento, siquiera por las posibilidades diferenciales que brindan a la hora de adquirir las competencias y credenciales que, después, les situarán en una posición u otra del mercado de trabajo (Martín Criado, 1999; López Blasco, 2006; Kovács, 2014). Puede que el consumo se configure como nuevo elemento clave de reconocimiento social⁵⁷⁹, pero siempre será un consumo mediado por la disponibilidad de ingresos y estos procederán de la posición que el individuo ocupe en la estructura sociolaboral. Puede que el *enclasmiento* no sea tan directo como se pretende que fuera alguna vez en el pasado (De Zárraga, 1985; Requena, 1991; García Espejo y Gutiérrez, 2000; Gil Calvo, 2005), pero, desde luego, las familias seguirán operando como potentes agentes en este sentido, y redoblarán sus esfuerzos, hasta la extenuación, para intentar mantener a sus jóvenes en la lucha credencialista y laboral (Waisgrais y Calero, 2008; Moreno Mínguez, 2009), precisamente ahora que el Estado parece coger el último tren hacia la costa.

Mientras se opera este cambio en esta generación, los jóvenes se encuentran en un paréntesis, en un “saco”, en una “bolsa”, aferrados a los dogmas del pasado, que se resisten a abandonar pese a las exhortaciones

⁵⁷⁹ Algo que todavía no observamos en nuestros informantes, que, de hecho, parecen huir de dicho consumo por cuanto les acercaría a esa calificación de “caprichosos” que tanto desprecian (y que tanto identifican en otros jóvenes).

continuas a renunciar a cualquier *atadura* o *anclaje*⁵⁸⁰. ¿Podrán salir del sótano portando esa *impedimenta*? ¿Es seguro que, dejando ahí ese *lastre* hallarán una salida? ¿Acaso necesitarán, precisamente, este instrumental acumulado para cavar una vía de escape? Estudios ulteriores habrán de permitirnos ponderar estas elucubraciones. De momento, parafraseando a Castel (1995/1997:465), el mañana está en juego y estos jóvenes se encuentran (y se perciben), en número creciente, atrapados (estancados, varados), en una juventud eterna, en una condición siempre deficitaria, incompleta, en una posición ciertamente vulnerable, dependiendo de un *colchón* familiar que no puede ser infinito, habitando los márgenes del sistema como población excedentaria (los “*outsiders*” del mercado de trabajo, los nuevos proletarios de Díaz-Salazar -2003a-, los “*surnuméraires*” de Castel -1995/1997) que no logra acceder a la vida adulta y que presenta, en suma, grandes dificultades de integración social (De la Cal, 2002; Gálvez, 2007a, 2007b; Tezanos, 2009; Sanmartín y Ballesteros, 2015). Como parte esencial del precariado de Standing (2011/2013), de no producirse el ajuste (la *mutación*), de no aceptarse la necesidad de renunciar a todas las expectativas (ilusiones) que se tenían, de no operarse, en suma, este cambio (a la baja) sobre la *conciencia* de los individuos, puede que el subtítulo del libro del autor británico tenga que referirse no a una incipiente “*new dangerous class*”, sino a una *nueva generación peligrosa* (o nueva y peligrosa generación), o, simplemente, a una generación de jóvenes precarios que se convirtieron en adultos trabajadores-pero-pobres, pese a toda su cualificación y pese a haber sido la generación que se aprovechó de los ahorros acumulados por la generación del fordismo-keynesianismo, tan lejana en sus condiciones como presente en el imaginario.

⁵⁸⁰ Entre estos vestigios del pasado podríamos mencionar la propia noción de carrera (véase 11.4), a la que nos referimos como una especie de “reliquia” que, pese a todo, guía los pasos, más o menos firmes o inseguros, de muchos de los jóvenes entrevistados en su recorrido por (los márgenes del) mercado laboral. El ansía por mantenerla, siquiera de modo *ficticio*, podría tomarse como muestra del afán por sentir que se tiene control sobre la vida propia o, en otras palabras, que ésta se mantiene “bajo control”, *encauzada*.

CAPÍTULO 13.

Cruce y futuro: conclusiones (poslineales) en una época de incertidumbre.

Probablemente, resultaría un tanto contradictorio que un trabajo como este pretendiera ahora asentar cualquier tipo de conclusiones en torno a los temas que se han abordado en los capítulos precedentes. Esta tesis doctoral, que se reconoce en cierta medida deudora del enfoque poslineal, o que, cuando menos, ha mostrado su *simpatía* hacia dicha perspectiva, por cuanto consideramos que aporta una *mirada* con gran potencialidad para abordar el estudio de fenómenos esencialmente flexibles, como los referidos a las transiciones juveniles, incurriría en una suerte de *traición* si, repentinamente, postulase cualquier tipo de conclusión definitiva, firme, sólida. No obstante, el ejercicio académico (su parte burocrática, digamos) exige el *establecimiento* (de “establecer”, de “estable”) de algún aporte que pueda tener fines conclusivos llegados a este punto. La Academia, como institución procedente también del diseño social de la Modernidad, pareciera hallarse (al menos en este *trámite* concreto) al margen de esas dinámicas *flexibilizadoras* a las que con tanta insistencia nos hemos venido refiriendo. La tesis doctoral sigue siendo un texto estructurado de forma canónica, confluyendo, finalmente, en este capítulo postrero (*fatídico*) de “conclusiones”, como si de un último cedazo se tratase. La relativa insuficiencia, por lo tanto, del enfoque poslineal queda patente cuando se enfrenta a, cuando se contrasta frente a frente con, la realidad del mundo social (o, al menos, de determinadas parcelas de dicho mundo social). Del mismo modo, una tesis doctoral, en su conjunto, sigue constituyendo un hito biográfico (un verdadero *turning point*), algo difícil de encajar en unas perspectivas que obvien esa esencial linealidad de las carreras posmodernas, también, evidentemente, de las de los académicos (y ay de aquellos que, como el que escribe estas líneas, se demoren en el cumplimiento de los distintos *ritos de paso*). Por todo lo anterior, este movimiento sintético que realizaremos en este último capítulo adoptará más la forma de *cruce*, de intersección de caminos (y caminos que, como en el poema, se inician y

construyen a voluntad), que la de una eventual meta o destino final (la tesis como epitafio –*opus magnum*, culminación- o como *carta de presentación* curricular –experiencia inicial e iniciática, *ópera prima*). Se trata, en suma, de un ejercicio arbitrario, de establecimiento, llegados a un punto cualquiera, de unas conclusiones, inestables por definición (máxime en estos tiempos de inherente incertidumbre), humildes en la constatación de dicha provisionalidad, que nos sirvan como *campo base* desde el que, posteriormente, intentar seguir avanzando en esa labor interminable (y, por eso mismo, *fascinante*) de indagación sobre la *realidad* social.

Toda la digresión anterior podría llevarnos, seguramente, a una de las primeras *conclusiones* de este estudio, esto es, la necesidad de reconocer que la linealidad (biográfica, pero también laboral) sigue vigente, con mayor o menor validez práctica, en el contexto teóricamente poslineal (y poslaboral) de nuestros días, de nuestra *era*. Vigente tanto en el imaginario colectivo, donde ya vimos que ocupaba todavía el lugar de patrón y estándar hacia el que, generalmente, se intenta que tienda la biografía particular, que pretende adoptar/mantener la idea de una *carrera* coherente, como vigente también resulta en la propia realidad cotidiana de buena parte de los sujetos, cuyas vidas, bloqueadas o *fluyentes*, se ajustan a ese esquema pautado de acontecimientos y *logros* (“puertas”, “puentes”, “cruces” o cualquier imagen análoga que indique cambios de relativa importancia, abandono de estados liminales, paso a nuevas condiciones, más o menos distintas a las previas).

Será desde esta linealidad, que se reivindica todavía en el ordenamiento de la sociedad posmoderna, desde donde podamos observar los efectos de la ineluctable transformación del ámbito laboral experimentada durante las últimas décadas, en un proceso de cambio acelerado que sólo cabe prever que se profundizará en el futuro más inmediato. El contraste entre unos principios estructurales esencialmente lineales (el ser humano como animal de rutinas, etcétera) y una realidad económica que hace de la flexibilidad, de la movilidad y del desarraigo sus dogmas (el capitalismo como construcción con vida propia y lógicas ajenas a la humana, a la que trasciende en su *evolución*) ha de suponer, inevitablemente, *tensiones* de diversa naturaleza, que tendrán en el ámbito laboral su manifestación más inmediata, actuando a modo de barómetro con el que evaluar la situación social resultante.

Si todo el modelo social desarrollado durante la Modernidad, que alcanzó su cima durante el período de los *treinta gloriosos*, en la sociedad occidental de posguerra, se orientaba a establecer (de estable, una vez más) y a asegurar una linealidad garantizada (a través de la actuación de los Estados del Bienestar, con sus pensiones y su *pacto social*; a través de la educación, con sus transiciones fluidas a un mercado de trabajo igualmente estable y predecible desde el comienzo hasta el retiro; a través de las familias, con su vicariedad y sus complementos a la actuación del Estado), la nueva pauta social muestra su carácter indeterminado en su conformación a partir de retazos, móviles e inestables, que impiden o dificultan a los analistas *definirla*, nombrarla siquiera. Como una construcción distinta a *lo* anterior (no en vano el prefijo recurrente es ese “post”), pero todavía indeterminada, constituye un salmo a lo proteico, a lo inestable, a lo fluido en general. Y, sin embargo, se trata de una nueva *mentalidad* que coexiste con los *restos* de las sociedades previas, de los que no puede desembarazarse sin más, arrastrándolos e integrándolos (adaptándolos y adoptándolos) de maneras diversas.

Entre esos “restos” se contaría, precisamente, el trabajo, pretendidamente trascendido en esta nueva *edad* poslaboral. El trabajo, que acompaña al ser humano desde sus orígenes (o lo configura, de hecho, lo define a nivel de especie), resulta finalmente *evitable*, innecesario, en una sociedad que podría ensayar cualquier otro tipo de estructuración. Y, sin embargo, precisamente ahora, atendemos a todo un ejercicio de *mistificación* en torno al valor trabajo (y, paralelamente, de estigmatización del desempleo, en lo que no es sino un elogio de la actividad, de cualquier actividad, por precaria –o estudiantil- que sea). Los individuos, mucho menos proclives a la flexibilidad (al riesgo, a la aventura) de lo que el capitalismo de esta era globalizada quisiera, se aferran a ese *viejo* principio vertebrador de la biografía, no por un *amor* irrefrenable a la actividad laboral (o al hecho salarial) en sí, sino por su papel como viga maestra sobre la que asentar el edificio de la propia vida. El trabajo (en tanto que *carrera*) sería, pues, el símbolo de la linealidad, que se anhela, que se pretende, que se busca con denuedo. Desde ahí es posible entender la pervivencia (y los afanes por mantener vivo este principio) de la ascética del trabajo, a la base de una ética de la postergación que tanto parece chocar con los discursos recurrentes en torno al hedonismo (léase: al

consumo) que habría de caracterizar a esta sociedad supuestamente “poslaboral”. Ese ascetismo, aparentemente arcaizante, opera como salvaguarda (o *recuerdo*) de la linealidad: pensar en el futuro, actuar en el presente con miras a dicho porvenir, aunque ello implicase renunciar al disfrute inmediato, mantiene al individuo en la lógica lineal, como la cadena de un ancla que no quiere llevarse.

En la práctica, sin duda, esa “superación” del valor trabajo es una ficción, y lo que se observa no es el fin del trabajo, sino una mutación del mismo, hacia formas *nuevas* que, por carecer de otro apelativo y por considerarlas involuciones con respecto a modalidades previas, se denominan precarias y se consideran inferiores (subempleo). Correlativamente, los sujetos trabajadores empleados en estas formas *atípicas* de empleo (atípicas antes, habituales ahora, comunes después) son igualmente conceptualizados como precarios, sujetos deficitarios que no alcanzan una configuración identitaria como la que tuvieron sus predecesores. Al convivir en el tiempo empleos (y sujetos trabajadores) de ambas pautas, el contraste se hace más evidente, más vívido, más intensamente sentido por los individuos que, anhelando la linealidad (y viendo cómo esta es mantenida por parte de sus coetáneos), reciben *informaciones* divergentes sobre las demandas de flexibilidad y la pervivencia de instituciones absolutamente rígidas. La incertidumbre, como desconcierto, marca el escenario presente y dibuja la perspectiva de un futuro que apunta a una dualización y polarización entre trabajadores estables y seudotrabajadores flexibles. Como si de una especie invasora se tratase, el *tipo* (primero laboral, después humano) flexible parecería estar imponiéndose. Y, sin embargo, el medio al que se intenta adaptar no parece, todavía, el más idóneo para sus cualidades características. Del modo en que, en el futuro más inmediato, se combinen las demandas del sistema económico, las estructuras institucionales y las propias *subjetividades* de los individuos dependerá la evolución de la pauta social, hoy correctamente reconocida como, simplemente, *incierta*.

Toda esta reivindicación de la vigencia, todavía hoy, de la linealidad, en los niveles micro (individuo) y meso (instituciones) de la realidad social, que convive con una orientación sistémica macro (el capitalismo global) que tiende a la fragmentación y a la pulverización de cualquier principio de orden que vaya más allá del beneficio inmediato (y plantea, así, un presente continuo, eterno),

sirve para problematizar la situación de una generación de jóvenes que transita (de “transición”, pero también de “trance”) por un período de absoluta incertidumbre/confusión, derivada, defendemos, de esta tensión existente entre los principios generales de la *nueva* economía y la existencia de patrones *antiguos* en sus esferas de vida más inmediatas. Así, impelido a adoptar una forma lábil, absolutamente moldeable, el joven contempla cómo todavía es posible mantener viva la *ilusión* de una biografía lineal, previsible, cierta y asegurada. Pero, al tiempo, desde el otro extremo, viendo cómo es posible desarrollar una carrera lineal, observa la manera en que todo parece desvanecerse a su alrededor. Se halla, por lo tanto, en mitad de un fuego cruzado, sin saber muy bien hacia qué trinchera correr. La *tarea* desarrollada en esta tesis doctoral pretende, con todas las limitaciones que presenta, aproximarse a (algunos de) esos jóvenes, intentando vislumbrar el modo en que se conjugan en su presente las demandas de futuro y los anhelos y enseñanzas de pasado. Entre los elementos derivados de dicha interacción destacamos, en su momento, el modo en que se gestionaba la frustración, el uso estratégico de un fatalismo que habría de permitir trascender los recuerdos para afrontar un contexto futuro percibido como fundamentalmente precario (y precarizante), para enfrentarse al cual se ponían en juego toda una serie de recursos que, siendo herencia del pasado (la formación como solución para todos los problemas de integración), adoptaban nuevas *orientaciones*, estas sí en línea con los postulados y premisas de la nueva ideología flexible, que no sería sino una profundización (por “neo”) de una tendencia que pugnaba por imponerse desde hace mucho tiempo (el puro y simple liberalismo económico).

En suma, si tuviéramos que destacar algún *hallazgo*, a modo siquiera de *anécdota* para contar a la vuelta de nuestro viaje, ese podría ser el modo en que encontramos a una generación “saqueada”, en el doble sentido de expoliada, de despojada de unas ilusiones alimentadas por unas expectativas heredadas de sus padres, y de confinada dentro de un saco del que tienen que intentar escapar. Los miembros de esta generación, a los que la crisis económica (que entendemos como un hito en el proceso de conformación y desarrollo del capitalismo informacional) afectó en un momento crucial de sus biografías, hacen frente a la decepción, es decir, al obligado cambio de perspectivas de futuro, incorporando distintas estrategias, normalmente

procedentes del bagaje acumulado en un pasado que, aunque ya no vaya a volver, parece que no termina tampoco de quedar atrás. El Estado permanece (*stands*), perfectamente rígido e inflexible (aunque adelgazado en sus funciones “externas”, pervive inalterado en su organización interna), y, con él, perduran, siquiera en ese reducido reducto (valga la redundancia), las condiciones “fordistas” de empleo, que dan la posibilidad de mantener pautas biográficas “como las de los padres”. Con este horizonte laboral en mente, la generación zaleada, que ha recibido golpes y ha tenido que reaprender a ajustar sus expectativas, no termina de decidirse entre entregarse a la flexibilidad y hacer de la precariedad su modo de vida (transitar hacia el *tipo posmoderno*) o consagrarse a la preparación de oposiciones para buscar la estabilidad que le permita hacer “planes de vida normales”. La *normalidad* todavía está en disputa, en proceso de definición o redefinición, por más que aún resista la imagen de estabilidad (asociada a seguridad, a previsión, a linealidad) como patrón de referencia.

Llegados a este cruce, los individuos, en todo caso, coinciden en que la estrategia habrá de pasar por desarrollar una competitividad que tiene en la acumulación de títulos una de sus estrategias más inmediatas. La propia *evolución* de la formación (nunca más mera y *pura* educación) resulta significativa del espíritu de los tiempos. Se trataría de una formación orientada al mercado (pautada por el mercado, cuyos dictados tiende a reproducir). Inspirada, por lo tanto, por el *dictum* de la empleabilidad, contribuye a operar un cambio sobre el sujeto, que deviene objeto (producto), que acaba autorresponsabilizándose de su desempeño formativo, en un movimiento que mostrará su *utilidad* para el sistema social, por cuanto supone una primera asimilación de una dinámica autodisciplinaria (efecto de ese proceso de psicologización al que reiteradamente aludimos) que mantendrá a resguardo de cualquier crítica al conjunto de dispositivos sobre los que se construye esta realidad hipotéticamente basada en credenciales alcanzadas por el simple (y legítimo) mérito personal. De este modo, la formación (la carrera por conseguir las credenciales educativas) sirve al propósito de investir al individuo de una ilusión de control sobre su biografía, por cuanto le permite creer que, aumentando sus *competencias*, podrá incrementar su grado de “defensa” frente al simple azar, que queda, relativamente, “domesticado”, sujeto a cierto control

por parte del individuo (al menos en la “parte que le toca”, la de la formación, la del “para cuando surja la ocasión”).

Remitiendo todo a la subjetividad, el sistema (la crisis como acontecimiento *involuntario*, pero, también, la propia estructura de clases sociales) desaparece de unos relatos egocéntricos en los que sólo quedan un pasado idealizado, un futuro incierto y un presente de bloqueo o postergación, de paréntesis de dependencia, de trabajos precarios de distinto tipo o desempleo disfrazado de prórroga formativa, pero, sobre todo, un presente acerca del cual los individuos prefieren no pararse a pensar. Esta particular manera de manejar la eventual frustración, que implica una operación sobre la propia gestión (a nivel individual, *mental*) del momento presente, habrá de ser uno de los rasgos principales que identificamos en los jóvenes de nuestro estudio (y que habrá de someterse a contraste ulterior con otros colectivos, siquiera por determinar si se trata de una cualidad propia de esta generación o si forma parte de una *cultura de la resignación* que vaya más allá de los límites generacionales que hemos marcado). Más que frustración, como vimos, existe abandono, descreimiento que se troca individualismo (y, por momentos, insolidario pesimismo antropológico), desde el que afrontar una situación de bloqueo, de ausencia de visión de futuro, de incapacidad de previsión que conduce a la supervivencia cotidiana, al presente indefinido.

Dejando a los jóvenes de nuestro estudio y volviendo a la *corte* sociológica, este puede ser un buen momento para revisar las anotaciones del cuaderno de bitácora y trazar los nuevos rumbos a partir de ellas. No en vano presentamos estas conclusiones como un momento de cruce, siendo necesario decidir qué camino vamos a seguir de cara al futuro. Diversas son las vías que se abren a partir del análisis realizado y de los rasgos que hemos querido entrever en esta generación. Su carácter “tradicional”, la nostalgia con la que es experimentado el pasado perdido que se representa en las pautas laborales (y, por extensión, biográficas, a las que aquéllas dan acceso) propias de las generaciones previas, nos hace destacar el interés que tendría un estudio más completo de dicho momento histórico precedente, siquiera para contrastar hasta qué punto esta representación que manejan los jóvenes actuales sobre aquella época se ajusta a la “realidad”. Para ello, una ampliación de este

estudio a los propios padres de nuestros entrevistados (o a otros miembros de la “generación de sus padres” –o la de sus hermanos mayores, etcétera) resultaría de gran utilidad. Asimismo, esta ampliación, que constituiría un verdadero contraste intergeneracional, nos permitiría analizar eventuales cambios en la conceptualización del valor trabajo, con sus elementos asociados en nuestros días (el énfasis en la vocación, las presiones competitivas, las condiciones laborales, etc.). Por último, sería un ejercicio interesante, también, por la propia naturaleza familista del *régimen de bienestar* español: si nuestros jóvenes “están donde están” (como ellos afirman repetidamente en sus relatos) gracias a la labor de sus padres, convendría recabar de dichos padres las motivaciones que han orientado su actuación de guía de sus hijos.

La remisión al ámbito laboral nos parece inevitable, en todo caso, para cualquier estudio que pretenda acercarse a la comprensión de algún aspecto del mundo social. Rechazando las tesis del fin del trabajo (en su vertiente de pérdida de relevancia, no en su faceta de simple reducción del número de empleos y de pérdida de calidad de los mismos), consideramos imprescindible un análisis detenido de las condiciones del trabajo (de los trabajos concretos que desarrollan los miembros de esta *generación*) para asentar sobre él cualquier intento interpretativo de las condiciones de la transición juvenil a la vida adulta. El trabajo se manifiesta como la llave, única prácticamente, para llevar a cabo dicha transición (como constatamos en nuestras entrevistas, cuando vimos el modo en que se manejaba la etiqueta de “joven”, rechazada por aquellos más integrados en el mercado laboral). Cuestionamos, en ese sentido, que quepa hablar, sin más, de “condiciones precarias”, en abstracto, al menos en cuanto a la vivencia subjetiva de las mismas. Si puede ser cierto que los empleos “actuales” (y, tendencialmente, los futuros) constituyen versiones *degradadas* de los empleos pasados (una vez más surge la relevancia del análisis comparativo a través de la experiencia de quienes desempeñaron dichos empleos en el pasado), debemos analizar de modo *emic* la manera en que dichas condiciones son experimentadas por los sujetos, así como el modo en que se integran en sus procesos de construcción identitaria y en los más pragmáticos proyectos de vida independiente (para lo cual habrán de analizarse las condiciones de posibilidad de desarrollar dichos proyectos, que

siempre se moverán en la tensión entre expectativas y oportunidades). No es caer en un burdo relativismo, que acabaría contribuyendo a naturalizar la precariedad laboral, sino reconocer, en ese ejercicio analítico, el protagonismo que tienen los sujetos *estudiados*, en línea con toda la propuesta metodológica desarrollada en esta tesis.

Mencionamos en distintos puntos, a lo largo de nuestra exposición, las dudas que albergamos en torno al grado de *difusión* de un supuestamente nuevo modelo económico (el capitalismo informacional, con todos sus adminículos) en una región como Extremadura. En su concreción práctica, este sistema, como *orden* socioeconómico, presentará particularidades *locales*, de manera que trabajos como el que constituye esta tesis doctoral habrán de mostrarse útiles, cuando menos, para *documentar* este tipo de *aplicaciones particulares* de los dogmas posmodernos del capitalismo globalizado. Enfatizando una vez más la necesaria prudencia a la hora de hablar del “descubrimiento” de una generación (o de unos rasgos generacionales, cabría decir), consideramos que el ejercicio realizado, centrado en un colectivo residente en un espacio económico y productivo relativamente periférico, sería un punto de arranque prometedor para contrastar las características aquí identificadas con los rasgos que pudieran presentar otros jóvenes de otros contextos distintos al extremeño. Igualmente, partiendo de una desigual distribución de *oportunidades* en los distintos hábitats, un análisis más detenido de estas cuestiones en el entorno rural (en la propia Extremadura, en sus distintos *lugares*) podría servir para identificar variantes dentro de una misma generación, que habrían de presentar diferencias a la hora de integrar esos elementos recurrentes (el manejo de la frustración, la apuesta por la formación, la naturalización fatalista de las condiciones del sistema social, etcétera) en sus relatos, habida cuenta de la diferencia de posibilidades (limitación de acceso a recursos) para hacerles frente movilizand o unas estrategias u otras. Los integrantes de una misma generación, en suma, pueden *comportarse* de manera diferente, desarrollar distintas estrategias, en función de los recursos a los que tengan acceso de un modo más o menos libre o limitado.

La relación entre *recursos* (en sentido amplio, refiriéndose a cualquier tipo de *capital* susceptible de generar efectos prácticos) y trayectoria nos habrá de llevar, de nuevo, a un análisis basado en la perenne noción de clase social.

Si bien, en la senda de la poslinealidad, podríamos (y deberíamos) cuestionar nociones como “trayectoria” (amén de categorías igualmente poco proclives al *desdibujamiento* característico de nuestra época, como “desempleo”... o “joven”), no parece, en todo caso, que quepa dar por extinguida ninguna forma de pauta transicional (trayectoria) que pudiera desarrollarse, con mayor o menor nivel de generalización, en el pasado. Cabe analizar los factores que permiten todavía hoy, a ciertos individuos, desarrollar esas carreras lineales, en trayectorias “de éxito precoz”, “de aproximación sucesiva” o, en general, de correspondencia entre expectativas y resultados obtenidos. Un análisis de dichos factores, como indicios de probabilidad para realizar tales itinerarios *exitosos* (vale decir: lineales), pasaría, entendemos, por atender a las diferencias de partida en cuanto a clase social de origen. Quizás pudiéramos “limitar” las posibilidades de desarrollar un tipo de carrera (la triunfante, la ascendente, en definitiva) a unos condicionantes clasistas, lo que supondría dar por cerrada la posibilidad de movilidad social, mostrando el carácter superado de este discurso, que antaño sustentase la aceptación de un consenso social basado en el ideal meritocrático. Un análisis más detenido de un mayor número de trayectorias, atendiendo a estas consideraciones (que se pueden concretar en el apoyo que una trayectoria individual recibe de parte de su familia, que vuelve a aparecer como agente clave de las carreras de sus miembros), podría arrojar luz sobre esta cuestión, dibujando, tal vez, un escenario de futuro en el que la desigualdad de origen se plasmase en los itinerarios formativos, que tienen a su vez su reflejo en las trayectorias laborales, que se manifiestan después en la diferente posición social alcanzada en la estructura social, permaneciendo esta, por lo tanto, inalterable, asistiéndose a una creciente dualización entre aquellos que, por partir de posiciones ventajosas, podían permitirse alcanzar niveles formativos superiores (y, con ello, cotas laborales más altas, después) y aquellos otros que, por partir de posiciones progresivamente precarizadas, acaban *atrapados* en posiciones de cierta vulnerabilidad (o de vulnerabilidad cierta) en la estructura social.

La *cuestión juvenil*, en suma, ese riesgo de atrapamiento (la “precariedad como destino” de que hablase Castel, profeta de un futuro sombrío), remite a un ámbito que va mucho más allá de los límites, arbitrarios por definición, que se quieran poner a los miembros de dicho colectivo.

Trasciende la despectiva consideración de “cosas de jóvenes” para amenazar, en un futuro más o menos cercano, a la construcción general del sistema social (especialmente del español, que, por su configuración familista, se basa en el grado en que *algún miembro* de la familia pueda alcanzar una posición estable en el mercado de trabajo). Mantener bloqueada a una generación y, más allá de eso, mantenerla en un estado de irrelevancia social, sólo puede generar problemas a largo plazo, cuando estos ciudadanos de segunda categoría hayan de constituir la base (contributiva, incluso) de la sociedad. Juventudes precarias devienen ciudadanías desafectas. Unos pocos casos exitosos no parecen suficientes para enjugar un clima generalizado de precariedad. Analizar a esta juventud y seguirla, de modo longitudinal incluso, a lo largo de su transición/integración a la “vida adulta” aportaría una valiosa información sobre cómo ha de ser el futuro en unas nuevas coordenadas económicas que ya no podrán enfrentarse desde la (relativa) comodidad del “colchón familiar”.

Desde esa perspectiva, resulta prometedor (así como ciertamente necesario) el estudio del grado de *compromiso* que esta generación de jóvenes mantiene con un Estado cuyas funciones originales, de las que emanaba su legitimidad, no hacen sino menguar. En el marco familista general, y ante la creciente dificultad de integración social *vía trabajo* (por más que el trabajo, como ilusión, siga operando este papel, en el plano de lo potencial, de una integración postergada pero *accesible*), el mañana se juega en el modo en que frustración, desafección, expectativas, condiciones reales, individualismo, competitividad, recuerdos y perspectivas se articulen con los distintos discursos que habrán de integrar los individuos poscrisis en el diseño de sus nuevas hojas de ruta, las que empleen para salir de su bloqueo y moverse (y construir su biografía y construirse a sí mismos), siquiera tentativamente y siempre en la provisionalidad, en un escenario confuso, esencialmente incierto. Producto en proceso, el joven (una relectura crítica de esta categoría, como dijimos, habría de ser también propósito futuro de indagación), se manifiesta como augurio: el sociólogo, como arúspice, puede optar, pues, por seguir/acompañar al joven (“ir hacia la gente”) para *comprender* la mutación actual y para vislumbrar las tendencias del futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

NOTA SOBRE EL FORMATO DE LAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Si, como indicamos en su momento, al referirnos a las convenciones empleadas en la redacción de la tesis, la inclusión de referencias bibliográficas en el texto siguió, en lo fundamental, las premisas establecidas por el sistema Harvard de citación, esta bibliografía final (más “Bibliografía”, en sentido clásico, que “Referencias”, como tiende a imponerse) adopta un formato más cercano a lo recogido en las últimas ediciones de las normas de la APA, que, no obstante, también adaptamos en cierta medida, siquiera por la propia traducción idiomática (siempre particular) que hacemos de las mismas (y que tampoco coincide con la que realiza la editorial El Manual Moderno, de México, para presentar *su* versión traducida de dichas normas). Así, explicitaremos brevemente algunas consideraciones generales que han de tenerse en cuenta a la hora de manejar esta bibliografía.

En el siguiente listado se recogen, como es habitual, todas y cada una de las referencias incluidas en el texto, y sólo aquellas efectivamente presentes en el texto. Se trata, en definitiva, de una “bibliografía citada”, no de una “bibliografía de referencia”. No se establece distinción entre aquellas obras manejadas directamente por el autor y aquellas otras que son citadas de forma indirecta, a partir de su aparición en otras fuentes (ya se apuntó, en esa nota sobre convenciones, que se había intentado introducir siempre el origen de estas citas secundarias).

Todas las referencias incluyen el nombre completo del autor o autora. No se trata de un ejercicio reivindicativo de ningún tipo, como otras veces se presenta (orientado a dar visibilidad a la producción femenina en Sociología), sino que obedece a un intento de evitar, en la medida de lo posible, cualquier posibilidad de error, máxime con los autores anglosajones (que sólo suelen presentar un apellido) o con los autores españoles con apellidos relativamente comunes (o con aquellos que compartan apellidos e, incluso, inicial del nombre, como, por ejemplo, Amparo y Araceli Serrano Pascual).

Se recogen, asimismo, en la medida en que aparecen reconocidos en el propio libro en cuestión, los datos de los traductores de las obras publicadas originalmente en otro idioma distinto al castellano. Esta inclusión (que ha supuesto una labor —el doctorando, también, como documentalista— ciertamente

extenuante en algunos casos) pretende servir como reconocimiento y, al mismo tiempo, como agradecimiento por su trabajo.

Una última cuestión a tomar en consideración sería la relativa al orden de presentación de las referencias. Siguiendo los preceptos marcados por la APA, se ha aplicado un criterio inicialmente alfabético. Se ha intentado respetar (salvo en aquellos casos en que pudiera dar lugar a malinterpretaciones o a desajustes en el conjunto del listado) la forma en que se presentan los apellidos en las obras referenciadas. Ha de tenerse en cuenta que, en ocasiones, el mismo autor utiliza uno o dos apellidos en distintas publicaciones. Aquí hemos respetado el uso que hiciera el autor, salvo que ello pudiera entrar en contradicción con la forma de ordenar alfabéticamente las referencias (por que existiera otro autor con el mismo primer apellido, por ejemplo). Dentro del conjunto de referencias de un mismo autor, el orden es cronológico, presentándose primero las más antiguas y después las más recientes. En el caso de obras traducidas al castellano, el orden se ha establecido atendiendo a la fecha de publicación de la obra original, de modo que, por ejemplo, “Sennett, 2010” aparece como más antigua que “Sennett, 2003” (porque *La corrosión del carácter*, publicada originalmente en 1998, es anterior a *El respeto*, cuya primera edición en inglés data de 2003).

Como siempre, el autor se declara responsable de cualquier dato erróneo que apareciera en esta bibliografía, agradeciendo que se le indicase para poder subsanarlo de cara a futuros trabajos. Cualquier académico es consciente de los problemas derivados de las “bolas de nieve” generadas por erratas bibliográficas que, a fuerza de ser citadas una y otra vez, acaban constituyéndose en *verdad*, como en una versión del clásico teorema.

LISTADO DE REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Abrams, Philip (1982). *Historical Sociology*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Adam, Paula y Canziani, Patricia (1998). *Partial de-regulation: fixed-term contracts in Italy and Spain* (Discussion Paper 0386). Londres: Centre for Economic Performance, London School of Economics.
- Aguinaga, Josune y Comas, Domingo (2013). Los jóvenes hoy: aprender a tomar decisiones en un entorno enmarañado. En Fundación Encuentro, *Informe España 2013: una interpretación de su realidad social* (pp. 111-175). Madrid: Fundación Encuentro.
- Agulló Tomás, Esteban (1997). *Jóvenes, trabajo e identidad*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Agulló Tomás, Esteban (1998). La centralidad del trabajo en el proceso de construcción de la identidad de los jóvenes: una aproximación psicosocial. *Psicothema*, 10(1), 153-165.
- Agulló Tomás, Esteban (2001). Entre la precariedad laboral y la exclusión social: los otros trabajos, los otros trabajadores. En E. Agulló Tomás y A. Ovejero Bernal (Coords.), *Trabajo, individuo y sociedad: perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo* (pp. 95-144). Madrid: Pirámide.
- Agulló Tomás, Esteban; Remeseiro, Carlos y Fernández Alonso, José Antonio (Eds.) (2000). *Psicología del trabajo, de las organizaciones y de los recursos humanos: nuevas aproximaciones*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Alaluf, Mateo (2005). Concepciones del trabajo, estrategias de empleo y evolución de la clase obrera. En J. García López, J. Lago Blasco, P. Meseguer Gancedo y A. Riesco Sanz (Coords.), *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo* (pp. 213-230). Madrid: Traficantes de sueños.
- Alaluf, Mateo y Martínez, Esteban (1999). Bélgica: el empleo desestabilizado por el desempleo: empleo precario y desempleo activo. En C. Prieto (Ed.), *La crisis del empleo en Europa* (Vol. I, pp. 37-64). Alzira: Germania.
- Alba, Alfonso (1998). How temporary is temporary employment in Spain. *Journal of Labor Research*, 19, 695-710.
- Albarral Izquierdo, Emilio (1996). Nuevos jornaleros: mensajeros, pizzeros y trabajo al detalle. *La Factoría*, 1.
- Albert Verdú, Cecilia; Toharia Cortés, Luis y Davia Rodríguez, María A. (2008). To find or not to find a first “significant” job. *Revista de Economía Aplicada*, XVI(46), 37-59.
- Albertini, Marco (2010). La ayuda de los padres españoles a los jóvenes adultos. El familismo español en perspectiva comparada. *Revista de Estudios de Juventud*, 90, 67-81.
- Alcañiz, Mercedes y Querol, Vicent (2015). Jóvenes y trayectorias a la vida adulta: desigualdades, retos y nuevas formas en un contexto de crisis. *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, 16, 7-12.
- Alemán Páez, Francisco (2002). Cambios en la legislación y efectos en la relación laboral: ¿hacia una pérdida de la intensidad del carácter protector del Derecho del Trabajo? *Sistema*, 168/169, 121-144.

- Alonso, Luis Enrique (1994). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Comps.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales* (pp. 225-240). Madrid: Síntesis.
- Alonso, Luis Enrique (1998). *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- Alonso, Luis Enrique (1999). *Trabajo y ciudadanía: estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Madrid: Trotta.
- Alonso, Luis Enrique (2000a). El marco social del empleo juvenil: hacia una reconstrucción del lugar del trabajo en las sociedades complejas. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 21-48). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Alonso, Luis Enrique (2000b). *Trabajo y postmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Fundamentos.
- Alonso, Luis Enrique (2004). La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 107, 21-48.
- Alonso, Luis Enrique (2005). *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI.
- Alonso, Luis Enrique (2007). *La crisis de la ciudadanía laboral*. Barcelona: Anthropos.
- Alonso, Luis Enrique (2013). Precariedad y modelos de consumo: la sociedad de bajo coste. En B. Tejerina, B. Cavia, S. Fortino y J. A. Calderón (Eds.), *Crisis y precariedad vital: trabajo, prácticas sociales y modos de vida en Francia y España* (pp. 221-244). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Alonso, Luis Enrique y Conde, Fernando (1997). *Historia del consumo en España*. Madrid: Debate.

- Alonso Benito, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos Jesús (2008). Jóvenes: precariedad laboral, precariedad de vida. *Gaceta Sindical*, 10, 67-84.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos Jesús (2009a). De la norma de consumo al consumo sin norma: precariedad laboral, especulación inmobiliaria y nuevas formas de consumo en España. En J. F. Tezanos (Ed.), *Juventud y exclusión social: décimo foro sobre tendencias sociales* (pp. 103-136). Madrid: Sistema.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2009b). Uso del trabajo y formas de gobernabilidad: la precariedad como herramienta disciplinaria. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 229-258). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológica / Editorial Complutense.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2012a). El nuevo debate sobre el gerencialismo: ¿innovación creativa o maquiavelismo financiero? En L. E. Alonso y C. J. Fernández Rodríguez (Eds.), *La financiarización de las relaciones salariales: una perspectiva internacional* (pp. 104-126). Madrid: FUHEM Ecosocial / Los libros de la catarata.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2012b). Presentación: la financiarización de las relaciones salariales o la destrucción de las bases sociales del trabajo. En L. E. Alonso y C. J. Fernández Rodríguez (Eds.), *La financiarización de las relaciones salariales: una perspectiva internacional* (pp. 9-24). Madrid: FUHEM Ecosocial / Los libros de la catarata.
- Alonso, Luis Enrique; Fernández Rodríguez, Carlos J. y Nyssen, José María (2009). *El debate sobre las competencias: una investigación cualitativa en torno a la educación superior y el mercado de trabajo en España*. Madrid: Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación.

- Alonso, Luis Enrique y Torres Salmerón, Lucía (2003). Trabajo sin reconocimiento o la especial vulnerabilidad de las mujeres jóvenes en el mercado laboral. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 21(1), 129-165.
- Alonso de Armiño, Iban; Gómez, Itxaso; Moreno, Gorka y Zubero, Imanol (2002). Precariedad laboral, precariedad vital. *Inguruak*, 32, 143-186.
- Alós, Ramón; Miguélez, Fausto y Recio, Albert (1988). *La industria textil lanera del Vallés Occidental*. Barcelona: Centre d'Estudis i Recerca Sindicals.
- Álvarez, Rosario; Azofra, M^a José y Cuesta, María (1999). *Economía y juventud*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Álvarez Aledo, Carlos (1997). Nuevas dualidades del mercado laboral. *Sistema*, 140/141, 189-203.
- Álvarez Aledo, Carlos; Davia Rodríguez, María Ángeles y Legazpe Moraleja, Nuria (2013). Impacto laboral de la crisis económica: privación de empleo y precariedad. *Papeles de Economía Española*, 135, 83-98.
- Álvaro, José Luis (1992). *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Álvaro, José Luis; Bergere, Joelle; Crespo, Eduardo; Torregrosa, José Ramón y Garrido, Alicia (1995). The meanings of work in Spain. *International Journal of Sociology and Social Policy*, 15(6), 59-67.
- Amuedo, Catalina (2000). Work transitions into and out of involuntary temporary employment in a segmented market: evidence from Spain. *Industrial and Labor Relations Review*, 53(2), 309-325.
- Anderson, Michael; Bechhoffer, Frank; Jameson, Lynn; McRone, David; Li, Yaojun y Stewart, Robert (2002). Confidence and uncertainty: ambitions and plans in a sample of young adults. *Sociological Research Online*, 6(4). Recuperado de <http://www.socresonline.org.uk/6/4/anderson.html>

- ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación) (2007). *Proyecto REFLEX. Informe ejecutivo. El profesional flexible en la sociedad del conocimiento*. Madrid: Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación.
- Antunes, Ricardo (1999). *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo* (Trad. L. Argañaraz). Buenos Aires: Antídoto. (Obra original publicada en 1995).
- Antunes, Ricardo (1999). Las metamorfosis y la centralidad del trabajo, hoy. En J. J. Castillo (Ed.), *El trabajo del futuro* (pp. 41-58). Madrid: Editorial Complutense.
- Aragón, Jorge; Martínez, Alicia; Cruces, Jesús y Rocha, Fernando (2011). *Las políticas de empleo para jóvenes en España: una aproximación territorial*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Aramendi, Pablo (2010). La discriminación de los y las jóvenes en el trabajo. *Revista de Estudios de Juventud*, 89, 79-99.
- Arendt, Hannah (1993). *La condición humana* (Trad. R. Gil Novales). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1958).
- Arias Domínguez, Ángel (2007). La “cultura empresarial de la precariedad”: la flexibilidad de las relaciones capital-trabajo a través de las reformas laborales: consecuencias con respecto a la alteración del concepto “clásico” de trabajador. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 221-242.
- Ariño, Antonio y Llopis, Ramón (2011). *¿Universidad sin clases? Condiciones de vida de los estudiantes universitarios en España*. Madrid: Ministerio de Educación.
- Aronowitz, Stanley y Cutler, Jonathan (Eds.) (1998). *Post-Work: the wages of cybernation*. Londres / Nueva York: Routledge.

- Artegui Alcaide, Izaskun (mayo, 2011). *¿Jóvenes eternos o adultos sin licencia? Construcción de biografías y proyección de futuro –diseño metodológico de la investigación*. Ponencia presentada en I Jornadas de Investigación Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.
- Artegui Alcaide, Izaskun (2014). La continuidad biográfica y el manejo de la incertidumbre: análisis de la realidad transicional de los jóvenes adultos. En E. Araújo, E. Duque, M. Franch y J. Durán (Eds.), *Tempos sociais e o mundo contemporâneo: as crises, as fases e as ruturas* (pp. 7-20). Braga: Centro de Estudos de Comunicaçao e Sociedade, Universidade do Minho.
- Askenazy, Philippe (2004). *Les désordres du travail: enquête sur le nouveau productivisme*. París: Seuil.
- Atkinson, John (1994). Flexibilidad del empleo en los mercados internos y externos de trabajo. En L. Finkel, *La organización social del trabajo* (Trad. M. Angstadt) (pp. 454-473). Madrid: Pirámide. (Obra original publicada en 1986).
- Atkinson, Robert (1998). *The life story interview*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Auer, Peter (2008). *Seguridad de los mercados laborales: combinando flexibilidad y seguridad para el trabajo decente* (Documento 2008/3). Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo, Unidad de Análisis e Investigación del Empleo, Departamento de Análisis de los Mercados Económicos y Laborales.
- Ayuso Sánchez, Luis (2012). "El deber de apoyar a la familia". Una revisión del pacto intergeneracional de ayudas familiares en España. *Panorama Social*, 15, 143-158.
- Aznar, Guy (1994). *Trabajar menos para trabajar todos* (Trad. J. L. Cano). Madrid: Ediciones HOAC. (Obra original publicada en 1993).

- Baethge, Martin y Oberbeck, Herbert (1995). *El futuro de los empleados: nuevas tecnologías y perspectivas profesionales en la gerencia empresarial* (Trad. SOFI Gotinga). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1986).
- Baizán, Pau (2003). *La difícil integración de los jóvenes en la edad adulta* (Documento de trabajo 33/2003). Madrid: Fundación Alternativas.
- Baizán, Pau (2006). El efecto del empleo, el paro y los contratos temporales en la baja fecundidad española de los años 1990. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 15, 223-253.
- Balán, Jorge (Comp.) (1974). *Las historias de vida en ciencias sociales: teoría y técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Balbastre, Gilles y Binhas, Stéphane (2003). Nuevas formas de producción, nuevas formas de explotación. En R. Díaz-Salazar (Ed.), *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI* (pp. 109-116). Madrid: Ediciones HOAC.
- Barbier, Jean-Claude y Nadel, Henri (2000). *La flexibilité du travail et de l'emploi*. París: Flammarion.
- Baricco, Alessandro (2008). *Los bárbaros: ensayo sobre la mutación* (Trad. X. González Rovira). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 2006).
- Barnet, Richard J. (1993). The end of jobs. *Harper's*, 287, 47-52.
- Barraca Mairal, Jorge (2000). *Hijos que no se van: la dificultad de abandonar el hogar*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Battistini, Osvaldo R. (2009). La precariedad como referencial identitario: un estudio sobre la realidad del trabajo en la Argentina actual. *Psicoperspectivas*, VIII(2), 120-142.

- Bauman, Zygmunt (2011). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (Trad. V. A. Boschirolí). Barcelona: Gedisa. (Obra original publicada en 1998).
- Bauman, Zygmunt (2001). *The individualized society*. Cambridge: Polity Press.
- Bauman, Zygmunt (2006). *Vida líquida* (Trad. A. Santos Mosquera). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 2005).
- Bauman, Zygmunt (2007). *Vida de consumo* (Trad. M. Rosenberg y J. Arrambide). Madrid: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 2007).
- Bauman, Zygmunt (2011). *44 cartas desde el mundo líquido* (Trad. M. Pino Moreno). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 2010).
- Beccaria, Luis; Carpio, Jorge y Orsatti, Álvaro (2000). Argentina: informalidad laboral en el nuevo modelo económico. En J. Carpio, E. Klein e I. Kovakovsky (Comps.), *Informalidad y exclusión social* (pp. 139-160). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica / SIEMPRO / Organización Internacional del Trabajo.
- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad* (Trad. J. Navarro, D. Jiménez y M. R. Borrás). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1986).
- Beck, Ulrich (2008). La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva. En U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernización reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno* (Versión española J. Albores) (pp. 13-73). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1994).
- Beck, Ulrich (2000). *Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización* (Trad. B. Moreno Carrillo). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1999).
- Beck, Ulrich (2001). Para acabar con el imperialismo de los valores del trabajo. *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 48, 25-28.

- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elisabeth (2003). *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (Trad. B. Moreno). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 2001).
- Bell, Daniel (1991). *El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de prognosis social* (Versión española R. García y E. Gallego). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1973).
- Bell, Daniel (1977). *Las contradicciones culturales del capitalismo* (Versión española N. A. Míguez). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1976).
- Beltrán, Miguel (1979). *Ciencia y sociología*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Beltrán, Miguel (2000). Cinco vías de acceso a la realidad social. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (Comps.), *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación* (3ª ed., pp. 15-55). Madrid: Alianza.
- Beltrán, Miguel (1991). *La realidad social*. Madrid: Tecnos.
- Benedicto, Jorge; Fernández de Mosteyrin, Laura; Gutiérrez Sastre, Marta; Martín Pérez, Alberto; Martín Coppola, Eva y Morán, María Luz (2014). *Transitar a la intemperie: jóvenes en busca de integración*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- Benney, Mark y Hughes, Everett C. (1970). Of sociology and the interview. En N. K. Denzin (Comp.), *Sociological methods: a sourcebook* (pp. 175-181). Chicago: Aldine.
- Bentolila, Samuel y Dolado, Juan José (1993). La contratación temporal y sus efectos sobre la competitividad. *Papeles de Economía Española*, 56, 112-130.
- Bentolila, Samuel y Dolado, Juan José (1994). Labour flexibility and wages: lessons from Spain. *Economic Policy*, 18, 54-99.

- Bernardi, Fabrizio (2007). Movilidad social y dinámicas familiares: una aplicación al estudio de la emancipación familiar en España. *Revista Internacional de Sociología*, LXV(48), 33-54.
- Bernston, Erik; Sverke, Magnus y Marklund, Staffan (2006). Predicting perceived employability: human capital or labour market opportunities? *Economic and Industrial Democracy*, 27, 223-244.
- Bertaux, Daniel (1993). La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 149-171). Madrid: Debate. (Obra original publicada en 1980).
- Bertaux, Daniel (1981). Life stories in the baker's trade. En D. Bertaux (Comp.), *Biography and society: the life history approach in the Social Sciences* (pp. 169-189). Londres: Sage.
- Bertaux, Daniel (1996). Historias de casos de familias como método para la investigación de la pobreza. *Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 1(1), 3-32.
- Bertaux, Daniel (1997). *Les récits de vie: perspectives ethnosociologiques*. París: Nathan Université.
- Bilbao, Andrés (1989). La utilización ideológica de los jóvenes. En J. R. Torregrosa, J. Bergere y J. L. Álvaro (Eds.), *Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico* (pp. 57-65). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Bilbao, Andrés (1993). *Obreros y ciudadanos: la desestructuración de la clase obrera*. Madrid: Trotta.
- Bilbao, Andrés (1997). *El accidente de trabajo: entre lo negativo y lo irreformable*. Madrid: Siglo XXI.
- Bilbao, Andrés (1998). El trabajador precario: notas sobre su perfil y composición. *Arxius*, 2, 39-56.

- Bilbao, Andrés (1999a). *El empleo precario: seguridad de la economía e inseguridad del trabajo*. Madrid: La Catarata.
- Bilbao, Andrés (1999b). La posición del trabajo y la reforma del mercado de trabajo. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 305-321). Madrid: Siglo XXI.
- Bilbao, Andrés (2000). Modelo liberal, organización de las relaciones laborales y consenso. En E. Cano, A. Bilbao y G. Standing, *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación* (pp. 69-94). Alzira: Germania.
- Blanch, Josep María (1986). *Desempleo juvenil y salud psicosocial*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Blanch, Josep María (1990). *Del viejo al nuevo paro: un análisis psicológico y social*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- Blanch i Ribas, Josep María (2001). Empleo y desempleo, ¿viejos conceptos en nuevos contextos? En E. Agulló Tomás y A. Ovejero Bernal (Coords.), *Trabajo, individuo y sociedad: perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo* (pp. 27-48). Madrid: Pirámide.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo* (Trad. M. Pérez Colina, A. Riesco Sanz y R. Sánchez Cedillo). Madrid: Akal. (Obra original publicada en 1999).
- Bonte, Pierre; Izard, Michel; Abélès, Marion; Descola, Philippe; Digard, Jean-Pierre; Duby, Catherine; Galey, Jean-Claude; Jamin, Jean y Lenclud, Gérard (1996). *Diccionario de etnología y antropología* (Trad. M. Llinares García). Madrid: Akal. (Obra original publicada en 1991).
- Bontempi, Marco (2003). Viajeros sin mapa. Construcción de la juventud y trayectos de la autonomía juvenil en la Unión Europea. *Revista de Estudios de Juventud*, Extra 1, 25-44.
- Bouffartigue, Paul (1996/1997). ¿Fin del trabajo o crisis del trabajo asalariado? *Sociología del Trabajo*, 29, 91-110.

- Bouffartigue, Paul; Lagree, Jean-Charles y Rose, José (1989). Jeunes: de l'emploi aux modes de vie: points de vue sur un champ de recherche. *Formation et emploi*, 26(1), 63-78.
- Bourdet, Yves y Persson, Inga (2000). Sistema de transición de los jóvenes en Suecia. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 103-132). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Bourdieu, Pierre (2012). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto* (Trad. M. C. Ruiz de Elvira). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 1979).
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico* (Trad. A. Pazos). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 1980).
- Bourdieu, Pierre (2000). La "juventud" sólo es una palabra. En P. Bourdieu, *Cuestiones de sociología* (Trad. E. Martín Criado) (pp. 142-153). Tres Cantos: Istmo. (Obra original publicada en 1984).
- Bourdieu, Pierre (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*, 2, 27-33.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Contrafuegos: reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal* (Trad. J. Jordá). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 1998).
- Bourdieu, Pierre (2001). La doble verdad del trabajo. *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 48, 53-56.
- Boyer, Robert (1986). *La flexibilidad del trabajo en Europa* (Trad. J. Fernández Zulaica). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1986).
- Boyer, Robert (1994). Las alternativas al fordismo: de los años 80 al siglo XXI. En G. Benko y A. Lipietz (Eds.), *Las regiones que ganan: distritos y redes: los nuevos paradigmas de la geografía económica* (Trad. J. Salom Carrasco) (pp. 185-218). Valencia: Alfons el Magnànim. (Obra original publicada en 1992).

- Brunet, Ignasi; Belzunegui, Ángel y Valls, Francesc (2013). *Pobreza y exclusión social de la juventud en España*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Bryant, Anthony y Charmaz, Kathy (Eds.) (2007). *The SAGE handbook of grounded theory*. Los Ángeles, CA: Sage.
- Buchtemann, Christoph F. y Quack, Sigrid (1992). ¿Puentes o trampas? El empleo atípico en la República Federal de Alemania. En G. Rodgers y J. Rodgers (Comps.), *El trabajo precario en la regulación del mercado laboral: crecimiento del empleo atípico en Europa Occidental* (Trad. M. L. Gómez de Pablos) (pp. 187-266). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1989).
- Burchell, Brendan (1992). El impacto de la precariedad del mercado de trabajo sobre los individuos en el Reino Unido. En G. Rodgers y J. Rodgers (Eds.), *El trabajo precario en la regulación del mercado laboral* (Trad. M. L. Gómez de Pablos) (pp. 401-437). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1989).
- Burgi, Nöelle (2009). El imperio del miedo: menos protección, más presiones para los asalariados. *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, marzo.
- Caballero Fernández, Gloria; López Miguens, María Jesús y Lampón Caride, Jesús F. (2014). La universidad y su implicación con la empleabilidad de sus graduados. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 146, 23-46.
- Cacace, Nicola (1994). *Nuevas profesiones y empleo en el cambio de siglo: consejos para los jóvenes que trabajarán en el tercer milenio*. Bilbao: Deusto. (Obra original publicada en 1993).
- Cachón, Lorenzo (1999). Políticas de empleo juvenil en España: entre las políticas (dichas) de “inserción” y las prácticas de “temporalidad”. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 97-118). Valencia: 7 i mig.

- Cachón Rodríguez, Lorenzo (2000). Los jóvenes en el mercado de trabajo en España. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 133-176). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Cachón Rodríguez, Lorenzo (2004). Las políticas de transición: estrategia de actores y políticas de empleo juvenil en Europa. *Revista de Estudios de Juventud*, 65, 51-63.
- Cachón, Lorenzo y Lefresne, Florence (1999). Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en Europa. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 65-95). Valencia: 7 i mig.
- Callejo, Javier (1996). Fatalidad del mercado y culturas de la producción. *Sociología del Trabajo*, 26, 29-62.
- Callejo, Javier (2009). Las transformaciones del sentido del trabajo: un análisis comparativo entre generaciones. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 175-206). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Calvino, Italo (2012). *Las ciudades invisibles* (Trad. A. Bernárdez). Madrid: Siruela. (Obra original publicada en 1972).
- Camarero Rioja, Luis Alfonso (Coord.); Castellanos Ortega, Mari Luz; García Borrego, Iñaki y Sampedro Gallego, Rosario (2006). *El trabajo desvelado: trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. Madrid: Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Camarero, Luis (Coord.); Cruz, Fátima; González, Manuel; Del Pino, Julio A.; Oliva, Jesús y Sampedro, Rosario (2009). *La población rural en España: de los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Barcelona: Fundación la Caixa.

- Camarero, Luis y Sampedro, Rosario (2008). ¿Por qué se van las mujeres? El *continuum* de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124, 73-105.
- Camarero, Luis; Sampedro, Rosario y Vicente-Mazariegos, Josechu (1991). *Mujer y ruralidad: el círculo quebrado*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Campbell, Joseph (1970). *The masks of god: Vol. 4. Creative mythology*. Nueva York: Viking.
- Cannell, Charles F. y Kahn, Robert L. (2008). La reunion de datos mediante entrevistas. En L. Festinger y D. Katz (Comps.), *Los métodos de investigación en las ciencias sociales* (Trad. E. Masullo) (pp. 310-352). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1953).
- Cano Cano, Ernest (1996). El trabajo precario: concepto y dimensiones. En F. La Roca y A. Sánchez (Eds.), *Economía crítica: trabajo y medio ambiente* (pp. 79-92). Valencia: Fundació d'estudis i iniciatives sociolaborals / Universitat de València.
- Cano, Ernest (2000). Análisis de los procesos socioeconómicos de precarización laboral. En E. Cano, A. Bilbao y G. Standing, *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación* (pp. 25-68). Alzira: Germania.
- Cano, Ernest (2004). Formas, percepciones y consecuencias de la precariedad. *Mientras Tanto*, 93, 67-81.
- Cano, Ernest (2007). La extensión de la precariedad laboral como norma social. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 117-137.
- Caplow, Theodore (1956). The dynamics of information interviewing. *The American Journal of Sociology*, LXII, 165-171.
- Carabaña, Julio (2004). Educación y movilidad social. En V. Navarro (Coord.), *El Estado de Bienestar en España* (pp. 246-290). Madrid: Tecnos.

- Carboni, Carlo (1991). *Lavoro e cultura del lavoro*. Bari: Laterza.
- Cardenal de la Nuez, María Eugenia (2006). *El paso a la vida adulta: dilemas y estrategias ante el empleo flexible*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI.
- Carnoy, Martin (2001). *El trabajo flexible en la era de la información* (Trad. J. Alborés Rey). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 2000).
- Carot, José-Miguel; Conchado, Andrea; Mora, José-Ginés y Vila, Luis E. (2011). La opinión de los graduados europeos sobre la universidad cinco años después de haber finalizado sus estudios. *Papers*, 96(4), 1269-1285.
- Carrasquer, Pilar y Torns, Teresa (2007). Cultura de la precariedad: conceptualización, pautas y dimensiones. Una aproximación desde la perspectiva de género. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 139-156.
- Carrero, Virginia; Soriano, Rosa María y Trinidad, Antonio (2006). *Teoría fundamentada "Grounded Theory": la construcción de la teoría a través del análisis interpretacional*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Casal, Joaquim (1996). Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75, 295-316.
- Casal, Joaquim (1997). Modalidades de transición profesional, mercado de trabajo y condiciones de empleo. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 11, 19-54.
- Casal Bataller, Joaquim (1999). Modalidades de transición profesional y precarización del empleo. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 151-180). Valencia: 7 i mig.

- Casal, Joaquim (2000). Capitalismo informacional, trayectorias sociales de los jóvenes y políticas sobre juventud. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 49-74). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Casal, Joaquim (2002). TVA y políticas públicas sobre juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 59, 1-13.
- Casal, Joaquim (2004). Diez proposiciones sobre juventud. En R. Reguillo, M. Valdez, J. A. Pérez-Islas, C. Feixa y C. Gómez Granell (Coords.), *Tiempos de híbridos: entresiglos jóvenes México-Cataluña* (pp. 239-245). México, DF: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Casal, Joaquim; Merino, Maribel; García, Rafael y Quesada, Miguel (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers*, 79, 21-48.
- Castel, Robert (1991). Los desafiados: precariedad del trabajo y vulnerabilidad relacional. *Revista Topía*, 3, 28-35.
- Castel, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado* (Trad. J. Piatigorsky). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1995).
- Castel, Robert (2001). ¿Por qué la clase obrera ha perdido la partida? *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 48, 37-45.
- Castel, Robert (2007). Au-delà du salariat ou en-deçà de l'emploi? L'institutionnalisation du précaire. En S. Paugam (Dir.), *Repenser la solidarité: l'apport des sciences sociales* (pp. 415-433). París: Presses Universitaires de France.
- Castells, Manuel (1997-1998). *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (Vols. I-III). Madrid: Alianza.
- Castillo, Juan José (1996). *Sociología del trabajo: un proyecto docente*. Madrid: Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Castillo, Juan José (1998). *A la búsqueda del trabajo perdido*. Madrid: Tecnos.
- Castillo, Juan José (2003). Accidentes de trabajo en España: la construcción social de la normalidad. En R. Díaz-Salazar (Ed.), *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI* (pp. 137-146). Madrid: Ediciones HOAC.
- Castillo, Juan José (2005a). Epílogo: escenarios de vida y trabajo en la “sociedad de la información”. En J. J. Castillo (Dir.), *El trabajo recobrado: una evaluación del trabajo realmente existente en España* (pp. 441-446). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castillo, Juan José (2005b). El trabajo recobrado: introducción. En J. J. Castillo (Dir.), *El trabajo recobrado: una evaluación del trabajo realmente existente en España* (pp. 13-28). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castillo, Juan José (Dir.) (2005c). *El trabajo recobrado: una evaluación del trabajo realmente existente en España*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castillo, Juan José (2008). *La soledad del trabajador globalizado: memoria, presente y futuro*. Madrid: Los libros de la catarata.
- Castillo, Sonsoles; Jimeno, Juan F. y Duce, Rosa (1996). El paro en España: una encuesta a estudiosos del mercado de trabajo. *Cuadernos de Información económica*, 108, 95-108.
- Castillo, Juan José y López Calle, Pablo (2007). Una generación esquilmada: los efectos de las reformas laborales en la vida y trabajo de los jóvenes madrileños. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 273-292.

- Cavia, Beatriz y Martínez, María (2013). La construcción de lo precario: la investigación sobre la precariedad en la literatura sociológica española y algunas aportaciones sobre sus derivas. En B. Tejerina, B. Cavia, S. Fortino y J. A. Calderón (Eds.), *Crisis y precariedad vital: trabajo, prácticas sociales y modos de vida en Francia y España* (pp. 45-66). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Cebrián, Inmaculada y Moreno, Gloria (2001). El trabajo atípico en España y en Europa. En L. Fina y L. Toharia (Coords.), *El empleo en España: situación y perspectivas* (pp. 187-220). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Cebrián, Inmaculada; Moreno, Gloria y Lázaro, Nieves (2000). *¿Trabajar o estudiar? El caso de los trabajadores españoles* (Documento de Trabajo WP-EC2000-14). Valencia: Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas.
- CES (Consejo Económico y Social) (2006). *El papel de la juventud en el sistema productivo español*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Cicchelli, Vincenzo y Merico, Maurizio (2005). Estudio del paso a la edad adulta de los italianos: entre atravesar los umbrales de forma ordenada y la individualización de las trayectorias biográficas. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 69-81.
- Cingolani, Patrick (2012). L'attente du travail: sociologie du dispositif précaire. En P. Cingolani, *Un travail sans limites? Subordination, tensions, résistances* (pp. 123-141). Toulouse: Editions Érès.
- CJE (Consejo de la Juventud de España) (2014). *Calidad Empleo Joven, Becarios y Prácticas*. Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- Coffey, Amanda y Atkinson, Paul (2005). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos: estrategias complementarias de investigación* (Trad. E. Zimmerman). San Vicente del Raspeig: Publicaciones de la Universidad de Alicante. (Obra original publicada en 1996).

- Cohen, Daniel (2001). *Nuestros tiempos modernos* (Trad. A. Ros y A. Montoro). Barcelona: Tusquets. (Obra original publicada en 1999).
- Cohen, Daniel (2007). *Tres lecciones sobre la sociedad postindustrial* (Trad. V. Goldstein). Madrid / Buenos Aires: Katz. (Obra original publicada en 2006).
- Colectivo IOÉ (2013). *La juventud ante su inserción en la sociedad. Actitudes y demandas en relación a la escuela. Una aproximación a las causas del abandono escolar prematuro*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte / Centro Nacional de Innovación e Investigación Educativa.
- Coleman, James S. y Husén, Torsten (1989). *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio* (Trad. A. Casais). Madrid: Narcea. (Obra original publicada en 1985).
- Coller, Xavier (1997). *La empresa flexible: estudio sociológico del impacto de la flexibilidad en el proceso de trabajo*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Comas Arnau, Domingo (2007). *Las políticas de juventud en la España democrática*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Comisión Europea (2007). *Hacia los principios comunes de la flexiguridad: más y mejor empleo mediante la flexibilidad y la seguridad* (Comunicación 0359). Bruselas: Comisión de las Comunidades Europeas.
- Comisión de expertos para el diálogo social (2005). *Más y mejor empleo en un nuevo escenario socioeconómico: por una flexibilidad y seguridad laborales efectivas*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Conde, Fernando (1987). Una propuesta de uso conjunto de las técnicas cuantitativas y cualitativas en la investigación social: el isomorfismo de las dimensiones topológicas de ambas técnicas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 39, 213-224.

- Conde, Fernando (1999). *Los hijos de la des-regulación: jóvenes, usos y abusos en los consumos de drogas*. Madrid: Fundación CREFAT.
- Conde, Fernando (2008). Los grupos triangulares como “espacios transicionales” para la producción discursiva: un estudio sobre la vivienda en Huelva. En A. J. Gordo López y A. Serrano Pascual (Coords.), *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (pp. 155-188). Madrid: Pearson.
- Conde, Fernando (2013). Introducción: la crisis del “contrato social” de la juventud. En E. Rodríguez San Julián y J. C. Ballesteros Guerra, *Crisis y contrato social: los jóvenes en la sociedad del futuro* (pp. 7-18). Madrid: Centro Reina Sofía / Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Conde, Fernando y Rodríguez, Elena (2001). Crisis del modelo de pacto social. *Revista de Estudios de Juventud*, 54, 63-70.
- Cook, Thomas D. y Reichardt, Charles S. (1986). *Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación evaluativa* (Trad. G. Solana). Madrid: Morata. (Obra original publicada en 1979).
- Corbetta, Piergiorgio (2003). *Metodología y técnicas de investigación social* (Trad. M. Díaz Ugarte y S. Díaz Ugarte). Madrid: McGraw-Hill. (Obra original publicada en 1999).
- Coriat, Benjamin (1992). *Pensar al revés: trabajo y organización en la empresa japonesa* (Trad. R. A. González Cruz). México, DF: Siglo XXI. (Obra original publicada en 1991).
- Cortina, Adela y Conill, Jesús (2002). Cambio en los valores del trabajo. *Sistema*, 168/169, 3-15.
- Costa, Giovanni (1996). Effects on health and well-being. En W. P. Colquhoun, G. Costa, S. Folkard y P. Knauth (Eds.), *Shiftwork: problems and solutions* (pp. 113-139). Frankfurt: Peter Lang.

- Costain, James; Jimeno, Juan F. y Thomas, Carlos (2010). *Employment fluctuations in a dual labour market* (Documentos de Trabajo del Banco de España, nº 1013). Madrid: Banco de España.
- Coupland, Douglas (1993). *Generación X* (Trad. M. Antolín Rato). Barcelona: Ediciones B. (Obra original publicada en 1991).
- Coupland, Douglas (1996). *Microsiervos* (Trad. J. G. López Guix y C. Franci Ventura). Barcelona: Ediciones B. (Obra original publicada en 1995).
- Crespo, Eduardo (2009). Las morales del trabajo. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 39-62). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Crespo, Eduardo; Prieto, Carlos y Serrano, Amparo (2009). Introducción. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 8-21). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Crespo, Eduardo; Revilla, Juan Carlos y Serrano, Amparo (2005). La psychologisation politique du travail. En A. Dorna (Ed.), *Psychologie Politique*. París: L'Harmattan.
- Crespo, Eduardo; Revilla, Juan Carlos y Serrano, Amparo (2009). Del gobierno del trabajo al gobierno de las voluntades: el caso de la activación. *Psicoperspectivas*, VIII(2), 82-101.
- Crespo, Eduardo y Serrano, Amparo (2011). Regulación del trabajo y el gobierno de la subjetividad: la psicologización política del trabajo. En A. Ovejero (Ed.), *Perspectivas recientes y críticas en la Psicología Social actual* (pp. 246-263). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Creswell, John W. (1998). *Qualitative inquiry and research design: choosing among five traditions*. Thousand Oaks, CA: Sage.

- Dahrendorf, Ralf (2003). El nuevo subproletariado. En R. Díaz-Salazar (Ed.), *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI* (pp. 127-136). Madrid: Ediciones HOAC.
- Darmon, Isabelle y Frade, Carlos (2002). *Precarious employment in comparative perspective: a review of cross-national research, definitions and measures. ESOPE Project*. Barcelona: ICAS Institute.
- Dashner, James (2010). *El corredor del laberinto* (Trad. N. Risco Mateo). Madrid: Nocturna Ediciones. (Obra original publicada en 2009).
- Davila, Andrés (1994). Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las Ciencias Sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Comps.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales* (pp. 69-83). Madrid: Síntesis.
- Dávila, Óscar y Ghiardo, Felipe (2011). Trayectorias sociales juveniles. Cursos y discursos sobre la integración laboral. *Papers*, 96(4), 1205-1233.
- Davis, Lennard J. (2002). *Resistirse a la novela, novelas para resistir: ideología y ficción* (Trad. R. García Pérez). Madrid: Debate. (Obra original publicada en 1987).
- De la Cal Barredo, M^a Luz (2002). Precariedad laboral y precariedad vital en los jóvenes. *Inguruak*, 32, 67-87.
- De Castro Pericacho, Carlos (2012). Algunas historias de los trabajadores: las experiencias temporales y las identidades narrativas de los trabajadores. *Revista Internacional de Sociología*, 70(2), 423-444.
- De Marco, Stefano y Sorando, Daniel (2015). *Juventud necesaria: consecuencias económicas y sociales de la situación del colectivo joven*. Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- De Singly, François (2005). Las formas de terminar y de no terminar la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 111-121.

- De Zárraga, José Luis (1985). *Informe juventud en España: la inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Cultura.
- Dean, Hartley (agosto, 2003). *Human rights and welfare rights: re-conceptualising dependency and responsibility*. Ponencia presentada en First Conference of the European Social Policy Research Network, Tilburg, Países Bajos.
- Del Bono Maldonado, Andrea (2005). *Call centers*, estrategias de flexibilidad y nuevas experiencias laborales. En J. J. Castillo (Dir.), *El trabajo recobrado: una evaluación del trabajo realmente existente en España* (pp. 347-394). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Del Bono Maldonado, Andrea (2006). Deslocalización extraterritorial de empleos del sector servicios: sentidos y transformaciones del trabajo. *Sociología del trabajo*, 56, 3-32.
- Del Bono, Andrea y Bulloni, María Noel (2008). Experiencias laborales juveniles: los agentes telefónicos de *call centers offshore* en Argentina. *Trabajo y Sociedad*, 9(10). Recuperado de http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/DEL_BONO.pdf
- Del Pino, Eloísa y Ramos, Juan Antonio (2013). Políticas de protección por desempleo en perspectiva comparada: hacia la re-mercantilización y la activación. En E. Del Pino y M. J. Rubio (Eds.), *Los Estados de Bienestar en la encrucijada: políticas sociales en perspectiva comparada* (pp. 212-236). Madrid: Tecnos.
- Deleuze, Gilles (1990). *Pourparlers*. París: Minuit.
- Deleuze, Gilles (2005). Postdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp.), *El lenguaje libertario: antología del pensamiento anarquista contemporáneo* (pp. 115-122). La Plata: Terramar.
- Demazière, Didier (1995). *Sociologie du chômage*. París: La Découverte.

- Demazière, Didier (2009). Ejercer una nueva actividad de servicio: la difícil producción del sentido del trabajo. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 91-112). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Denzin, Norman K. (1970). *The research act*. Chicago: Aldine.
- Denzin, Norman K. (1989). *Interpretive biography*. Newbury Park: Sage.
- Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (1994). Introduction: entering the field of qualitative research. En N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (1ª ed., pp. 1-17). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (2012a). Introducción general: la investigación cualitativa como disciplina y como práctica. En N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (Coords.), *Manual de investigación cualitativa* (Vol. I, pp. 43-101). Barcelona: Gedisa. (Obra original, 3ª ed., publicada en 2005).
- Denzin, Norman K. y Lincoln, Yvonna S. (2012b). Prefacio. En N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (Coords.), *Manual de investigación cualitativa* (Vol. I, pp. 23-42). Barcelona: Gedisa. (Obra original, 3ª ed., publicada en 2005).
- Dexter, Lewis Anthony (1970). *Elite and specialized interviewing*. Evanston: Northwestern University Press.
- Díaz de Rada, Vidal (2001). *Pautas de consumo y ahorro en los albores del siglo XXI*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Díaz-Salazar, Rafael (Ed.) (2003a). *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI*. Madrid: Ediciones HOAC.
- Díaz-Salazar, Rafael (2003b). Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI. En R. Díaz-Salazar (Ed.), *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI* (pp. 67-108). Madrid: Ediciones HOAC.

- D'Iribarne, Philippe (1990). *Le chômage paradoxal*. París: Presses Universitaires de France.
- Dombois, Rainer (2002). ¿La pérdida de la época dorada? La terciarización y el trabajo en las sociedades postindustriales. *Sociología del Trabajo*, 46, 45-71.
- Du Bois-Reymond, Manuela (1998). I don't want to commit myself yet: young people's life concepts. *Journal of Youth Studies*, 1(1), 63-79.
- Du Bois-Reymond, Manuela y López Blasco, Andreu (2004). Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las Políticas integradas de Transición para los jóvenes europeos. *Revista de Estudios de Juventud*, 65, 11-29.
- Dubar, Claude (2002). *La crisis de las identidades: la interpretación de una mutación* (Trad. J. M. Marcén). Barcelona: Bellaterra. (Obra original publicada en 2000).
- Dubet, François (2006). *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos en la modernidad* (Trad. L. Padilla). Barcelona: Gedisa. (Obra original publicada en 2002).
- Duvignaud, Jean (1982). *El juego del juego* (Trad. J. Ferreiro Santana). México, DF: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1980).
- Edwards, Richard (1983). Conflicto y control en el lugar de trabajo. En L. Toharia (Comp.), *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones: lecturas seleccionadas* (Versión española M. E. Rabasco y L. Toharia) (pp. 141-155). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1979).
- EGRIS (2001). Misleading trajectories: Transition Dilemmas of Young Adults in Europe. *Journal of Youth Studies*, 4(1), 101-118.
- Ehrenbergh, Alain (1998). *La fatigue d'être soi: dépression et société*. París: Odile Jacob.

- Ehrenreich, Barbara (2003). *Por cuatro duros: cómo (no) apañárselas en Estados Unidos* (Trad. C. Aguilar). Barcelona: RBA. (Obra original publicada en 2001).
- Ehrenreich, Barbara (2011). *Sonríe o muere: la trampa del pensamiento positivo* (Trad. M. Sierra). Madrid: Turner. (Obra original publicada en 2009).
- Elias, Norbert (1988). *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Trad. R. García Cotarelo). México, DF: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1939).
- Elster, Jon (1991). *Domar la suerte: la aleatoriedad en decisiones individuales y sociales* (Trad. C. Castells). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1989).
- Escribá, Abel (2006). Estructura familiar, estatus ocupacional y movilidad social intrageneracional en España. *Revista Internacional de Sociología*, LXIV(45), 145-170.
- Espina, Álvaro (1986). Crisis económica y dependencia familiar. En J. Carabaña y L. Garrido (Coords.), *Reparto de trabajo y crisis social* (pp. 15-46). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Esping-Andersen, Gosta (2000). *Fundamentos sociales de las economías postindustriales* (Trad. F. Ramos). Barcelona: Ariel. (Obra original publicada en 1999).
- Espluga, Josep; Lemkow, Louis; Baltiérrez, Josep y Kieselbach, Thomas (2004). *Desempleo juvenil, exclusión social y salud: investigaciones, experiencias y acciones institucionales en España*. Barcelona: Icaria.
- Estrade, Marc-Antoine y Thiesset, Christine (1998). *Des débuts de carrière moins assurés*. París: Institut National de la Statistique et des Études Économiques.

- Etxezarreta, Miren (2007). Del pleno empleo a la plena precariedad. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 183-202.
- Evans, Karen y Furlong, Andy (2000). Niches, transitions, trajectoires... de quelques théories et représentations des passages de la jeunesse. *Lien social et politiques*, 43, 41-48.
- Feixa, Carles (2014). Tarzán, Peter Pan, Blade Runner: relatos juveniles en la era global. En P. Nilan, C. Feixa, C. Leccardi y O. Romaní (Coords.), *De la generación @ a la #generación: la juventud en la era digital* (pp. 25-32). Barcelona: NED.
- Fernández, Melchor; Meixide, Alberto y Simón, Hipólito J. (2003). El trabajo de bajos salarios en España (Estudios sobre la Economía Española, nº 152). Madrid: Fundación de Estudios de Economía Aplicada.
- Fernández Gonzalo, Jorge (2011). *Filosofía zombi*. Barcelona: Anagrama.
- Fernández Rodríguez, Carlos J. (2007). *El discurso del management: tiempo y narración*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Fernández Steinko, Armando (1999). Trabajo, sociedad e individuos en la España de fin de siglo. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 489-528). Madrid: Siglo XXI.
- Ferraroti, Franco (1993). Las biografías como instrumento analítico e interpretativo. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 129-148). Madrid: Debate. (Obra original publicada en 1980).
- Ferraroti, Franco (1993). Sobre la autonomía del método biográfico. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 121-128). Madrid: Debate. (Obra original publicada en 1983).
- Ferraroti, Franco (1988). *Biografía y ciencias sociales*. San José: FLACSO.

- Fina, Lluís y Toharia, Luis (1987). *Las causas del paro en España: un punto de vista estructural*. Madrid: Fundación IESA.
- Finkel, Lucila (1994). *La organización social del trabajo*. Madrid: Pirámide.
- Finkel, Lucila; Parra, Pilar y Baer, Alejandro (2008). La entrevista abierta en investigación social: trayectorias profesionales de ex deportistas de elite. En A. J. Gordo López y A. Serrano Pascual (Coords.), *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* (pp. 127-154). Madrid: Pearson.
- Flaquer, Lluís (2004). La articulación entre familia y el Estado de Bienestar en los países de la Europa del Sur. *Papers*, 73, 27-58.
- Flick, Uwe (2004). *Introducción a la investigación cualitativa* (Trad. T. Del Amo). Madrid / A Coruña: Morata / Fundación Paideia Galiza. (Obra original publicada en 2002).
- Flick, Uwe (2012). Introducción editorial. En G. Gibbs, *El análisis de datos cualitativos en Investigación Cualitativa* (Trad. T. Del Amo y C. Blanco) (pp. 11-15). Madrid: Morata.
- Folkard, Simon (1996). Biological disruption in shiftworkers. En W. P. Colquhoun, G. Costa, S. Folkard y P. Knauth (Eds.), *Shiftwork: problems and solutions* (pp. 29-61). Frankfurt: Peter Lang.
- Fontana, Andrea y Frey, James H. (1994). Interviewing: the art of science. En N. Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (1ª ed., pp. 361-376). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Foucauld, Jean-Baptiste (1996). Société post-industrielle et sécurité économique. *Revue Internationale du Travail*, 135(6).
- Foucault, Michel (2012). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (Trad. A. Garzón del Camino). Madrid: Biblioteca Nueva. (Obra original publicada en 1975).

- Foucault, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)* (Trad. H. Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 2004).
- Fourastié, Jean (1979). *Les trente glorieuses: ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*. París: Fayard.
- Frade, Carlos; Darmon, Isabelle y Álvarez, Isabel (2003). *Precarious employment in contrasted sectors: an in-depth comparative analysis across five European countries*. Barcelona: ICAS Institute.
- Fraser, Jill (2002). *White collar swatshop: the deterioration of work and its rewards in corporate America*. Nueva York: W. W. Norton.
- Freeman, Chris y Soete, Luc (1994). *Work for all or mass unemployment*. Londres: Pinter Publisher.
- Freud, Sigmund (2016). *El malestar en la cultura* (Trad. J. L. Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1930).
- Friedmann, Georges (1978). El objeto de la sociología del trabajo. En G. Friedmann y P. Naville, *Tratado de sociología del trabajo* (Trad. J. Campos) (pp. 13-36). México, DF: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1961).
- Frutos Balibrea, Lola (2006). Educación y cambio social en la España autonómica: transición al mercado de trabajo de los jóvenes. En E. Bericat Alastuey (Coord.), *El cambio social en España: visiones y retos de futuro* (pp. 195-220). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Fuentes Quintana, Enrique; Valle Sánchez, Victorio y Alcaide Inchausti, Julio (1993). La ciudadela del empleo. *Cuadernos de información económica*, 80-81, 3-14.
- Furlong, Andy y Cartmel, Fred (1997). *Young people and social change: individualization and risk in late modernity*. Buckingham: Open University Press.

- Furlong, Andy; Cartmel, Fred; Biggart, Andy; Sweeting, Helen y West, Patrick (2003). *Youth transitions patterns of vulnerability and processes of social inclusion*. Edimburgo: Scottish Executive Social Research.
- Gaeta, Lorenzo (1992). La dignidad del trabajador y las perturbaciones de la innovación. En J. Aparicio y A. Baylos (Eds.), *Autoridad y democracia en la empresa* (pp. 63-75). Madrid: Trotta.
- Gaggi, Massimo y Narduzzi, Edoardo (2006). *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste* (Trad. C. Weller). Madrid: Lengua de Trapo. (Obra original publicada en 2006).
- Galland, Olivier (1991). *Sociologie de la jeunesse*. París: Armand Colin.
- Gallardo Góngora, Jimena del Carmen (2011). Juventud, trabajo, desempleo e identidad: un enfoque psicosocial. *Athenea Digital*, 11(3), 165-182.
- Gallie, Duncan (Ed.) (2007). *Employment Regimes and the Quality of Work*. Oxford: Oxford University Press.
- Gallie, Duncan y Paugam, Serge (Eds.) (2000). *Welfare regimes and the experience of unemployment in Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Gallino, Luciano (1998). *Se tre milioni vi sembrano pochi: sui modi per combattere la disoccupazione*. Turín: Giulio Einaudi editore.
- Gallino, Luciano (2002). La informalización del trabajo en los países desarrollados: cómo y por qué las condiciones de trabajo en el Norte se están aproximando, a la baja, a las del Sur. *Sociología del Trabajo*, 45, 7-24.
- Galtier, Bénédicte y Gautié, Jérôme (2001). *Employment protection and labour market policies: trade-offs and complementarities? The case of France*. (Employment Paper 2001/17). Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.

- Gálvez Biesca, Sergio (2007a). La generación de la “cultura de la precariedad”: una aproximación desde la historia del movimiento obrero. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 333-366.
- Gálvez Biesca, Sergio (2007b). Las relaciones capital-trabajo en España: la “cultura de la precariedad” como pauta cultural. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 105-113.
- García Aller, Marta (2006). *La generación precaria*. Madrid: Espejo de Tinta.
- García Espejo, Isabel y Gutiérrez, Rodolfo (2000). Variantes regionales de inserción laboral: los casos de Asturias y la Comunidad Valenciana. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 177-198). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- García Espejo, Isabel; Gutiérrez, Rodolfo e Ibáñez, Marta (1999). Inserción laboral y movilidad en el mercado de trabajo. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 181-201). Valencia: 7 i mig.
- García Gil, Carlos; Viciano Fernández, Francisco; Solano, Ana y Álvarez Girón, Manuela (2002). Condiciones de trabajo y salud: un enfoque epidemiológico. *Sistema*, 168/169, 221-246.
- García López, Jorge; Lago Blasco, Jorge; Meseguer Gancedo, Pablo y Riesco Sanz, Alberto (Coords.) (2005). *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- García Montalvo, José (2009). El mercado laboral de los jóvenes en España. En J. F. Tezanos (Ed.), *Juventud y exclusión social: décimo foro sobre tendencias sociales* (pp. 89-102). Madrid: Sistema.

- García Montalvo, José y Peiró, José María (1999). La inserción laboral de los jóvenes en la Comunidad Valenciana. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 203-222). Valencia: 7 i mig.
- García Nogueroles, Juan Miguel (2009). Segmentación, precariedad y nueva ciudadanía: consecuencias de los cambios en el modelo de empleo. *Aposta: Revista de ciencias sociales*, 41. Recuperado de <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/jmnoguer2.pdf>
- García Serrano, Carlos (2007). Las políticas del mercado de trabajo: desempleo y activación laboral. *Política y Sociedad*, 44(2), 135-151.
- García Serrano, Carlos; Garrido, Luis y Toharia, Luis (1999). Empleo y paro en España: algunas cuestiones candentes. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 23-50). Madrid: Siglo XXI.
- Garner, Hélène; Méda, Dominique y Senik, Claudia (2009). El lugar del trabajo en las identidades. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 139-174). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Garonna, Paolo y Ryan, Paul (1988). Empleo juvenil, relaciones industriales y desregulación en las economías avanzadas. *Política y Sociedad*, 1, 37-51.
- Garrido Luque, Alicia (1996). Psicología social del desempleo. En J. L. Álvaro, A. Garrido y J. R. Torregrosa (Coords.), *Psicología social aplicada* (pp. 121-154). Madrid: McGraw-Hill.
- Garrido Luque, Alicia (1999). Las transiciones de los jóvenes al mercado de trabajo: un análisis psicosociológico. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 285-295). Valencia: 7 i mig.

- Garrido Medina, Luis (1986). Propuesta para las sesiones de trabajo. En J. Carabaña y L. Garrido (Coords.), *Reparto de trabajo y crisis social* (pp. 1-11). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Garrido Medina, Luis J. (1996a). Paro juvenil o desigualdad. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75, 235-267.
- Garrido, Luis (1996b). La temporalidad: ¿pacto intergeneracional o imposición? En Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, *La duración del contrato de trabajo* (pp. 47-74). Madrid: Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid.
- Garrido Medina, Luis y Gil Calvo, Enrique (1993). El concepto de estrategias familiares. En L. Garrido Medina y E. Gil Calvo (Eds.), *Estrategias familiares* (pp. 13-34). Madrid: Alianza.
- Gash, Vanessa (2008). Bridge or trap? Temporary workers' transitions to unemployment and to the standard employment contract. *European Sociological Review*, 24(5), 651-668.
- Gaullier, Xavier (1998). Âges mobiles et générations incertaines. *Esprit*, 246, 5-44.
- Gautié, Jérôme (2004). Repensar la articulación entre mercado del trabajo y la protección social en el postfordismo. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 22(1), 147-184
- Gaviria Sabbah, Sandra (2002). Retener a la juventud o invitarla a abandonar la casa familiar. Análisis de España y Francia. *Revista de Estudios de Juventud*, 58, 1-6.
- Gaviria, Sandra (2007). *Juventud y familia en Francia y en España*. Madrid: Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Geertz, Clifford (2002). *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos* (Trad. N. Sánchez Durá y G. Llorens). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1983).

- Gentile, Alessandro (2005). *Trayectorias de vulnerabilidad social: Barcelona, MayDay 2005: encuesta sobre jóvenes precarios* (Documento de Trabajo 05-09). Unidad de Políticas Comparadas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Recuperado de <http://digital.csic.es/bitstream/10261/1643/1/dt-0509.pdf>
- Gentile, Alessandro (2013). *Emancipación juvenil en tiempos de crisis: un diagnóstico para impulsar la inserción laboral y la transición residencial* (Estudios de Progreso, nº 73/2013). Madrid: Fundación Alternativas.
- Gentile, Alessandro (2015). Jóvenes titulados superiores en la encrucijada de la crisis. *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, 16, 35-58.
- Gentile, Alessandro y Mayer Duque, Celia (2009). Transición a la vida adulta y políticas de juventud en España. En L. Moreno (Ed.), *Reformas de las políticas del bienestar en España* (pp. 309-336). Madrid: Siglo XXI.
- Gentile, Alessandro; Sanmartín, Anna y Hernández Cordero, Ana Lucía (2014). *La sombra de la crisis: la sociedad española en el horizonte de 2018*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud / Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Giarini, Orio y Liedtke, Patrick M. (1998). *El dilema del empleo: el futuro del trabajo: informe al Club de Roma*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Gibbs, Graham (2012). *El análisis de datos cualitativos en Investigación Cualitativa* (Trad. T. Del Amo y C. Blanco). Madrid: Morata. (Obra original publicada en 2007).
- Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo* (Trad. J. L. Gil Aristu). Barcelona: Península. (Obra original publicada en 1991).
- Giddens, Anthony (2001). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas* (Trad. P. Cifuentes). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 1999).

- Giddens, Anthony y Hutton, Will (2001). Luchar para defendernos. En A. Giddens y W. Hutton (Eds.), *En el límite: la vida en el capitalismo global* (Trad. M. L. Rodríguez Tapia) (pp. 299-314). Barcelona: Tusquets. (Obra original publicada en 2000).
- Gil Calvo, Enrique (1986). Informe y comentario de la sesión. En J. Carabaña y L. Garrido (Coords.), *Reparto de trabajo y crisis social* (pp. 63-85). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.
- Gil Calvo, Enrique (2005). El envejecimiento de la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 71, 11-19.
- Gil Calvo, Enrique (2009). Trayectorias y transiciones. ¿Qué rumbos? *Revista de Estudios de Juventud*, 87, 15-29.
- Gil Rodríguez, Germán (2007). Las constelaciones de desventaja se hacen visibles en España. *Revista de Estudios de Juventud*, 77, 103-121.
- Glaser, Barney G. y Strauss, Anselm L. (1967). *The discovery of Grounded Theory: strategies for qualitative research*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Glaser, Barney G. (2001). *The Grounded Theory perspective: conceptualization contrasted with description*. Mill Valley, CA: Sociology Press.
- Goffman, Erving (1973). *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (Trad. F. Setaro y H. B. Torres Perrén). Buenos Aires: Amorrortu. (Obra original publicada en 1959).
- Goffman, Erving (1989). Calmer le jobard: quelques aspects de l'adaptation à l'échec. En VV.AA., *Le parler frais d'Erving Goffman* (pp. 277-300). París: Editions de Minuit.
- González-Anleo Sánchez, Juan María (2015). *Generación selfie*. Madrid: PPC Editorial.

- Gorden, Raymond L. (1975). *Interviewing: strategy, techniques and tactics*. Homewood, IL: Dorsey Press.
- Gordon, David M.; Edwards, Richard y Reich, Michael (1986). *Trabajo segmentado, trabajadores divididos: la transformación histórica del trabajo en los Estados Unidos* (Trad. M. Vilas Fernández). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1982).
- Gorz, André (1981). *Adiós al proletariado: más allá del socialismo* (Trad. M. Gil). Barcelona: El Viejo Topo. (Obra original publicada en 1980).
- Gorz, André (1995). *Metamorfosis del trabajo: búsqueda del sentido: crítica de la razón económica* (Trad. M. C. Ruiz de Elvira). Madrid: Sistema. (Obra original publicada en 1991).
- Gorz, André (1998). *Miserias del presente, riqueza de lo posible* (Trad. C. Piña). Buenos Aires: Paidós. (Obra original publicada en 1997).
- Grele, Ronald J. (1991). La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral, quién contesta a las preguntas de quién y por qué. *Historia y fuente oral*, 5, 111-129.
- Grupo Krisis (2002). *Manifiesto contra el trabajo* (Trad. M. M. Fernández). Barcelona: Virus Editorial. (Obra original publicada en 1999).
- Güell-Rotllan, M. (2000). *Fixed-term contracts and unemployment: an efficiency wage analysis* (Discussion Paper 0461). Londres: Centre for Economic Performance, London School of Economics.
- Guillemard, Anne-Marie (2003). *L'âge de l'emploi: les sociétés à l'épreuve du vieillissement*. París: Armand Colin.
- Gutiérrez Brito, Jesús (2010). Introducción a la lógica del análisis del discurso. En J. Callejo (Coord.), C. Del Val, J. Gutiérrez y A. Viedma, *Introducción a las técnicas de investigación social* (pp. 245-264). Madrid: Ramón Areces.

- Hakim, Catherine (2012). *Capital erótico: el poder de fascinar a los demás* (Trad. J. Homedes Beutnagel). Barcelona: Debate. (Obra original publicada en 2011).
- Halsey, Albert Henry (1974). Sociología de la educación. En N. J. Smelser, *Sociología* (Trad. C. Pascual Gil) (pp. 479-544). Madrid: Euroamérica. (Obra original publicada en 1967).
- Handy, Charles (1986). *El futuro del trabajo humano* (Trad. A. Vicens). Barcelona: Ariel. (Obra original publicada en 1984).
- Harrison, Bennett (1984). *Lean and mean*. Nueva York: Basic Books.
- Harrison, Harry (1986). *¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!* (Trad. J. M. Aroca). Barcelona: Orbis. (Obra original publicada en 1966).
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo* (Trad. A. Varela Mateos). Madrid: Akal. (Obra original publicada en 2005).
- Heath, Joseph y Potter, Andrew (2005). *Rebelarse vende: el negocio de la contracultura* (Trad. G. Bustelo). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 2004).
- Hernanz, Virginia (2003). *El trabajo temporal y la segmentación: un estudio de las transiciones laborales*. Madrid: Consejo Económico y Social.
- Hirtt, Nico (2003). *Los nuevos amos de la escuela: el negocio de la enseñanza* (Trad. B. Quirós Madariaga). Madrid: Minor Network. (Obra original publicada en 2000).
- Hirtt, Nico (2013). Educar y formar bajo la dictadura del mercado de trabajo. *Con-ciencia social: Anuario de Didáctica de la Geografía, la Historia y las Ciencias Sociales*, 17, 39-54.
- Hochschild, Arlie Russell (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85, 551-575.

- Hochschild, Arlie Russell (1983). *The managed heart: commercialization of human feelings*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Hochschild, Arlie Russell (1997). *The time bind: when work becomes home and home becomes work*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Holstein, James A. y Gubrium, Jaber F. (1995). *The active interview*. Londres: Sage.
- Hopenhayn, Martín (2001). *Repensar el trabajo: historia, profusión y perspectiva de un concepto*. Buenos Aires: Norma.
- Hyman, Richard (2001). La rigidez flexible: ¿un modelo para una Europa social? *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 19, 17-29.
- Ibáñez, Jesús (1979). *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Iglesias de Ussel, Julio (1994). ¿Conflicto intergeneracional o armonía familiar?: los jóvenes en España. En F. López Casero, W. L. Bernecker y P. Waldman (Comps.), *El precio de la modernización: formas y retos del cambio de valores en la España de hoy* (pp. 149-182). Madrid: Iberoamericana.
- Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología (2011). *Desmontando a ni-ni: un estereotipo juvenil en tiempos de crisis*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- Jaccard, Pierre (1971). *Historia social del trabajo: de la antigüedad hasta nuestros días* (Trad. R. Hernández). Barcelona: Plaza y Janés. (Obra original publicada en 1960).
- Jacot, Jacques-Henri (Dir.) (1990). *Du fordisme au toyotisme? Les voies de la modernization du système automobile en France et au Japon*. París: La Documentation Française.

Jahoda, Marie (1979). Impact of Unemployment in the 1930s and the 1970s. *Bulletin of the British Psychological Society*, 32, 309-314.

Jahoda, Marie (1987). *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico* (Trad. J. L. Álvaro y M. Corniero). Madrid: Morata. (Obra original publicada en 1982).

Jahoda, Marie (1984). L'homme a-t-il besoin de travail? En F. Niess (Ed.), *Leben wir zum arbeiten? Die arbeitswelt im Umbruch*. Colonia: Bund.

Jessop, Bob (1994). The transition to post-Fordism and the Schumpeterian workfare state. En R. Burrows y B. Loader (Eds.), *Towards a Post-Fordist Welfare State* (pp. 13-37). Londres: Routledge.

Johnson, Allen W. y Earle, Timothy (2003). *La evolución de las sociedades humanas: desde los grupos cazadores-recolectores al estado agrario* (Trad. J. Hernández). Barcelona: Ariel. (Obra original publicada en 2000).

Josselson, Ruthellen (1995). Imagining the real: empathy, narrative, and the dialogic self. En R. Josselson y A. Lieblich (Eds.), *The narrative study of lives: Vol. 3. Interpreting experience* (pp. 27-44). Thousand Oaks, CA: Sage.

Jurado Guerrero, Teresa (2007). La precariedad temporal-salarial y sus efectos sobre la formación familiar. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 367-403.

Kaplan, Robert D. (1999). *Viaje al futuro del imperio: la transformación de Norteamérica en el siglo XXI* (Trad. J. Ruiz). Barcelona: Ediciones B. (Obra original publicada en 1999).

Keynes, John Maynard (1988). Las posibilidades económicas de nuestros nietos. En J. M. Keynes, *Ensayos de persuasión* (Trad. J. Pascual) (pp. 323-333). Barcelona: Crítica. (Obra original publicada en 1930).

- Klammer, Ute (2007). Flexiseguridad: perspectiva europea. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, Extra 1, 117-143.
- Klockars, Carl B. (1977). Field ethics for the life history. En R. S. Weppner (Comp.), *Street ethnography* (pp. 201-226). Beverly Hills, CA: Sage.
- Kohler, Holm-Deltev y Martín Artiles, Antonio (2005). *Manual de la Sociología del Trabajo y de las Relaciones Laborales*. Madrid: Delta.
- Korpi, Walter (1980). *The working class in welfare capitalism: work, unions and politics in Sweden*. Londres: Routledge / Kegan Paul.
- Kovács, Ilona (2014). Trayectorias laborales y de vida de jóvenes: un análisis cualitativo. *Sociología del Trabajo*, 80, 28-49.
- Kronauer, Martin (1998). "Social exclusion" and "underclass": new concepts for the analysis of poverty. En H. J. Anreb (Ed.), *Empirical poverty research in a comparative perspective* (pp. 51-75). Ashgate: Aldershot.
- Kurz, Robert (2016). *El colapso de la modernización: del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial* (Trad. I. Rial-Schies). Buenos Aires: Marat. (Obra original publicada en 1991).
- Kurz, Robert (2002). Epílogo. La persona flexible: un carácter social nuevo en la sociedad global de crisis. En Grupo Krisis, *Manifiesto contra el trabajo* (Trad. M. M. Fernández) (pp. 73-79). Barcelona: Virus Editorial. (Obra original publicada en 1999).
- Kvale, Steinar (1996). *InterViews: an introduction to qualitative research interviewing*. Londres / Thousand Oaks, CA: Sage.
- Kvale, Steinar (2011). *Las entrevistas en Investigación Cualitativa* (Trad. T. Del Amo y C. Blanco). Madrid: Morata. (Obra original publicada en 2008).
- Labov, William (1972). *Sociolinguistic patterns*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

- Labov, William (1982). Speech actions and reactions in personal narrative. En D. Tannen (Ed.), *Analyzing discourse: text and talk* (pp. 219-247). Washington, DC: Georgetown University Press.
- Labov, William y Waletzky, Joshua (1967). Narrative analysis: oral versions of personal experiences. En J. Helm (Ed.), *Essays on the verbal and visual arts: Proceedings of the 1966 annual spring meeting of the American Ethnological Society* (pp. 12-44). Seattle / Londres: University of Washington Press.
- Lahera Sánchez, Arturo (2005). "Conquistando los corazones y las almas de los trabajadores": la participación de los trabajadores en la calidad total como nuevo dispositivo disciplinario. En J. J. Castillo (Dir.), *El trabajo recobrado: una evaluación del trabajo realmente existente en España* (pp. 395-440). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Langa Rosado, Delia (2005). La juventud de los universitarios construida desde distintas posiciones de clase: nuevas manifestaciones de las desigualdades en el campo educativo. *Revista Española de Sociología*, 5, 71-90.
- Langness, Lewis L. (1965). *The life history in anthropological science*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Laparra Navarro, Miguel (2006). *La construcción del empleo precario: dimensiones, causas y tendencias de la precariedad laboral*. Madrid: Cáritas / Fundación FOESSA.
- Lasch, Christopher (1984). *Refugio en un mundo despiadado: la familia: ¿santuario o institución asediada?* (Trad. M. Mizraji). Barcelona: Gedisa. (Obra original publicada en 1979).
- Lash, Scott y Urry, John (1987). *The end of organized capitalism*. Cambridge: Polity Press.

- Laskaway, Michael (2004). *Uncommitted: contemporary work and the search of self: a qualitative study of 28-34 year old college-educated Americans* (Tesis doctoral). New York University, Nueva York.
- Laval, Christian (2004). *La escuela no es una empresa: el ataque neoliberal a la enseñanza pública* (Trad. J. Terré). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 2003).
- Lazarsfeld, Paul F.; Jahoda, Marie y Zeisel, Hans (1996). *Los parados de Marienthal: sociografía de una comunidad golpeada por el desempleo* (Trad. F. Álvarez-Uriá y J. Varela). Madrid: La piqueta. (Obra original publicada en 1933).
- Leborgne, Danièle y Lipietz, Alain (1994). Flexibilidad ofensiva, flexibilidad defensiva: dos estrategias sociales en la producción de los nuevos espacios económicos. En G. Benko y A. Lipietz (Eds.), *Las regiones que ganan: distritos y redes: los nuevos paradigmas de la geografía económica* (Trad. J. Salom Carrasco) (pp. 331-361). Valencia: Alfons el Magnànim. (Obra original publicada en 1992).
- Leccardi, Carmen (2005a). Facing uncertainty: temporality and biographies in the new century. *Young: Nordic Journal of Youth Research*, 13(2), 123-146.
- Leccardi, Carmen (2005b). I tempi di vita tra accelerazione e lentezza. En F. Crespi (Ed.), *Tempo vola: l'esperienza del tempo nella società contemporanea* (pp. 49-85). Bolonia: Il Mulino.
- Leccardi, Carmen y Feixa, Carles (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Última Década*, 34, 11-32.
- Lecerf, Eric (2002). *Le sujet du chômage*. París: L'Harmattan.

- Lefresne, Florence (2000). Empleo y políticas de empleo para los jóvenes en Francia. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 75-102). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Legard, Robin; Keegan, Jill y Ward, Kit (2003). In-depth interviews. En J. Ritchie y J. Lewis, *Qualitative research practice: a guide for social science students and researchers* (pp. 138-169). Londres: Sage.
- Lewis, Oscar (1972). *La cultura de la pobreza*. Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 1966).
- Lichtenstein, Nelson (Coord.) (2007). *Wal-Mart: el rostro del capitalismo del siglo XXI* (Trad. N. Cabrera). Madrid: Popular. (Obra original publicada en 2006).
- Lledó, Emilio (1997). El origen de las humanidades. En C. Nieto Blanco (Ed.), *Saber, sentir, pensar* (pp. 239-251). Madrid: Debate.
- López, Pedro; Miguélez, Fausto; Lope, Andreu y Coller, Xavier (1998). La segmentación laboral: hacia una tipología del ámbito productivo. *Papers*, 55, 45-77.
- López Blasco, Andreu (2005). La trama de los itinerarios de emancipación. En J. F. Tezanos (Ed.), *Tendencias en exclusión social y políticas de solidaridad: octavo foro sobre tendencias sociales* (pp. 529-554). Madrid: Fundación Sistema.
- López Blasco, Andreu (2006). Transitar hacia la edad adulta: constelaciones de desventaja de los jóvenes españoles en perspectiva comparada: una proyección hacia el futuro. *Panorama Social*, 3, 78-93.

- López Blasco, Andreu y Du Bois-Reymond, Manuela (2003). Yo-yo transitions and misleading trajectories: from linear to risk biographies of young adults. En A. López Blasco, W. McNeish y A. Walther (Eds.), *Dilemmas of inclusion: young people and policies for transitions to work in Europe* (pp. 19-42). Bristol: Policy Press.
- López Calle, Pablo (2000). Fin y progresión del trabajo. *Política y Sociedad*, 34, 131-153.
- López Calle, Pablo y Castillo, Juan José (2004). *Los hijos de las reformas laborales: trabajo, formación y vivienda de los jóvenes en la Comunidad de Madrid*. Madrid: UGT-Madrid.
- López Peláez, Antonio (2005). *Excluidos pero trabajadores: el círculo vicioso de los "trabajadores con bajo salario" en España*. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 23(1), 153-174.
- López Peláez, Antonio y Segado Sánchez-Cabezudo, Sagrario (2009). Exclusión social, trabajo y salud: ¿puede un mercado de trabajo precario favorecer la inclusión social de los jóvenes? En J. F. Tezanos (Ed.), *Juventud y exclusión social: décimo foro sobre tendencias sociales* (pp. 165-185). Madrid: Sistema.
- López Roldán, Pedro (1996). La construcción de una tipología de segmentación del mercado de trabajo. *Papers*, 48, 41-58.
- Luttwak, Edward (2000). *Turbocapitalismo: quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización* (Trad. C. Mercadal). Barcelona: Crítica. (Obra original publicada en 1998).
- MacDonald, Robert (Ed.) (1997). *Youth, the "underclass" and Social Exclusion*. Londres / Nueva York: Routledge.
- MacDonald, Robert (2009). Precarious work: risk, choice, and poverty traps. En A. Furlong (Ed.), *Handbook of youth and young adulthood: new perspectives and agendas* (pp. 167-175). Nueva York: Routledge.

- Machado Pais, José (1994). A vida como aventura: uma nova ética de lazer? En J. Machado (Ed.), *New routes for leisure: actas do Congresso Mundial do lazer* (pp. 99-110). Lisboa: Edições do Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa.
- Machado Pais, José (2007). *Chollos, chapuzas, changas: jóvenes, trabajo precario y futuro* (Trad. M. Merlino). Barcelona / México, DF: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana. (Obra original publicada en 2001).
- Machado Pais, José (2002). Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses). *Revista de Estudios de Juventud*, 56, 87-101.
- Machado Pais, José (2003). The multiple faces of the future in the labyrinth of life. *Journal of Youth Studies*, 6(2), 115-126.
- Machado Pais, José (2010). Fases de la vida y futuros inciertos: normatividades y tensiones. En O. Romaní (Coord.), A. Planas, C. Feixa, J. Trilla, J. R. Saura, J. Casal, M. Figueras y P. Soler (Eds.), *Jóvenes y riesgos: ¿unas relaciones ineludibles?* (pp. 46-59). Barcelona: Bellaterra.
- Malinvaud, Edmond (1984). *Mass unemployment*. Oxford / Nueva York: Basil Blackwell.
- Mallimaci, Fortunato y Giménez Béliveau, Verónica (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-212). Barcelona: Gedisa.
- Malo, Miguel Ángel y Cueto, Begoña (2012). Biografía laboral, ciclo económico y flujos brutos en el mercado de trabajo español: el diferente impacto de la crisis en las generaciones. *Panorama Social*, 15, 43-60.
- Mannheim, Karl (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242. (Obra original publicada en 1928).
- Marchand, Olivier (2002). *Plein emploi, l'improbable retour*. París: Gallimard.

- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (1996). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra: ensayos sobre cultura y juventud* (pp. 13-30). Buenos Aires: Biblos.
- Marglin, Stephen A. y Schor, Juliet B. (Eds.) (1990). *The golden age of capitalism: reinterpreting the postwar experience*. Oxford: Clarendon Press.
- Marí-Klose, Pau (Dir.) (2008). *Informe de la inclusión social en España 2008*. Barcelona: Obra Social de Caixa Catalunya.
- Marí-Klose, Pau (2010). Emancipación y riesgo de pobreza: imágenes contrafactuales. En O. Romaní (Coord.), A. Planas, C. Feixa, J. Trilla, J. Saura, J. Casal, M. Figueras y P. Soler (Eds.), *Jóvenes y riesgos: ¿unas relaciones ineludibles?* (pp. 87-95). Barcelona: Bellaterra.
- Marinas, José Miguel y Santamarina, Cristina (Eds.) (1993). *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate.
- Martín Artiles, Antonio (1999). Organización del trabajo y nuevas formas de gestión laboral. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 79-100). Madrid: Siglo XXI.
- Martín Artiles, Antonio y Lope, Andreu (1999). ¿Sirve la formación para tener empleo? *Papers*, 58, 39-73.
- Martín Criado, Enrique (1994). *Estrategias de juventud: jóvenes, estudios, trabajos y clases sociales* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Martín Criado, Enrique (1997). Los empleos y los paros de los jóvenes. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 11, 173-201.
- Martín Criado, Enrique (1998). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Tres Cantos: Istmo.

- Martín Criado, Enrique (1999). El paro juvenil no es el problema, la formación no es la solución. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 15-47). Valencia: 7 i mig.
- Martín Moreno, Jaime; De Miguel, Amando y Ubeda i Carulla, Anna (1979). *Universidad, fábrica de parados: informe sociológico sobre las necesidades de Grados universitarios en España y sus perspectivas de empleo*. Barcelona: Vicens Vives.
- Martínez Martín, Rafael (2003). La inserción laboral de los universitarios a través de las prácticas en empresas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 101, 229-254.
- Maruani, Margaret (2000). De la Sociología del Trabajo a la Sociología del empleo. *Política y Sociedad*, 34, 9-17.
- Maruani, Margaret y Reynaud, Emmanuèle (1993). *Sociologie de l'emploi*. París: La Découverte.
- Masjuan, Josep M.; Troiano, Helena y Vivas, Jesús (1999). La inserción profesional de los universitarios en Cataluña. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 223-250). Valencia: 7 i mig.
- Mato, F. Javier (2011). Spain: fragmented unemployment protection in a segmented labour market. En J. Clasen y D. Clegg (Eds.), *Regulating the risk of unemployment* (pp. 146-186). Oxford: Oxford University Press.
- Matza, David (1981). *El proceso de desviación* (Versión española J. Carabaña). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 1969).
- Maurice, Jacques (1996). El trabajo en la España contemporánea: ¿castigo bíblico o bien escaso? En S. Castillo (Coord.), *El trabajo a través de la historia: actas del II congreso de la Asociación de Historia Social. Córdoba, abril de 1995* (pp. 281-296). Madrid: Centro de Estudios Históricos / UGT / Asociación de Historia Social.

- McGuigan, Jim (2009). *Cultural analysis*. Londres: Sage.
- Méda, Dominique (1998). *El trabajo: un valor en peligro de extinción* (Trad. F. Ochoa de Michelena). Barcelona: Gedisa. (Obra original publicada en 1995).
- Medialdea, Bibiana y Álvarez, Nacho (2005). Ajuste neoliberal y pobreza salarial: los “working poor” en la Unión Europea. *Viento Sur*, 82, 56-64.
- Meil, Gerardo (2011). *Individualización y solidaridad familiar*. Barcelona: Obra Social Fundación la Caixa.
- Migliavacca, Mauro (2010). Familia y trabajo en la Europa mediterránea. *Revista de Estudios de Juventud*, 90, 205-224.
- Miguélez, Fausto (1995). Estrategias e ideologías de la flexibilidad. *Mientras Tanto*, 60, 71-83.
- Miguélez, Fausto (2003). ¿Por qué empeora el empleo? En R. Díaz-Salazar (Ed.), *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI* (pp. 149-168). Madrid: Ediciones HOAC.
- Miguélez, Fausto y Prieto, Carlos (1999). Introducción. De las relaciones laborales a las relaciones de empleo: una nueva realidad social, un nuevo marco teórico. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. XIII-XXVI). Madrid: Siglo XXI.
- Miguélez, Fausto y Prieto, Carlos (2009). Transformaciones del empleo, flexibilidad y relaciones laborales en Europa. *Política y Sociedad*, 64(1-2), 275-287.
- Millán Pereira, Juan Luis (2002). Cambios en la organización del trabajo. *Sistema*, 168/169, 17-36.
- Miller, Robert L. (2000). *Researching life stories and family stories*. Londres: Sage.

- Mills, C. Wright (2000). *La imaginación sociológica* (Trad. F. M. Forner). Madrid: Fondo de Cultura Económica de España. (Obra original publicada en 1959).
- Mingione, Enzo (1994). *Las sociedades fragmentadas: una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado* (Trad. A. G. Cuspinera). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1991).
- Mishler, Elliot G. (1986). *Research interviewing: context and narrative*. Cambridge, MA / Londres: Harvard University Press.
- Mora, José-Ginés (2002). Formación, empleo y demandas laborales: la Universidad Española en el contexto europeo. En F. Michavila y J. Martínez (Eds.), *El carácter transversal de la educación universitaria* (pp. 151-166). Madrid: Cátedra UNESCO de Gestión y Política Universitaria de la Universidad Politécnica de Madrid / Dirección General de Universidades de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid.
- Moreno Feliu, Paz (Comp.) (2009). *Entre las gracias y el molino satánico: lecturas de antropología económica*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Moreno Fernández, Luis (2002). Bienestar mediterráneo y “supermujeres”. *Revista Española de Sociología*, 2, 41-56.
- Moreno, Luis (2009). NURSOPOB: presentación, contexto del bienestar y nuevos riesgos sociales. En L. Moreno (Ed.), *Reformas de las políticas del bienestar en España* (pp. 1-34). Madrid: Siglo XXI.
- Moreno, Luis y Serrano, Amparo (2007). Europeización del bienestar y activación. *Política y Sociedad*, 44(2), 101-114.
- Moreno Mínguez, Almudena (2002). El mito de la ruptura intergeneracional en los jóvenes españoles. *Revista de Estudios de Juventud*, 58, 33-43.

- Moreno Mínguez, Almudena (2004). El familiarismo cultural en los Estados de Bienestar del sur de Europa: transformaciones de las relaciones entre lo público y lo privado. *Sistema*, 182, 47-74.
- Moreno Mínguez, Almudena (2007). *Familia y empleo de la mujer en los Estados del bienestar del sur de Europa: incidencia de las políticas familiares y laborales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Moreno Mínguez, Almudena (2009). *Economía, empleo y consumo: las transiciones juveniles en el contexto de la globalización. Tomo 2 Informe 2008 Juventud en España*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Igualdad.
- Moreno Mínguez, Almudena y Acebes Valentín, Rafael (2008). Estado de bienestar, cambio familiar, pobreza y exclusión social en España en el marco comparado europeo. *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, 75, 31-49.
- Moreno Mínguez, Almudena; López Peláez, Antonio y Segado Sánchez-Cabezudo, Sagrario (2012). *La transición de los jóvenes a la vida adulta: crisis económica y emancipación tardía*. Barcelona: Obra Social Fundación la Caixa.
- Moreno Pestaña, José Luis (2013). Mercado de trabajo y trastornos alimentarios: las condiciones morales y políticas de la resistencia. *Dilemata*, 12, 143-169.
- Mosca, Lorenzo (2006). *MayDay parade: movilizaciones juveniles contra la precariedad laboral*. *Revista de Estudios de Juventud*, 75, 75-97.
- Muñoz Rodríguez, David y Santos Ortega, Antonio (2014). Hoy es el futuro. De la activación universitaria a las respuestas colectivas frente a la precariedad juvenil. *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*, 7(3), 658-673.

- Muñoz Sánchez, Víctor Manuel (2009). Apuntes teóricos sobre la crisis del empleo juvenil. *Revista de Estudios de Juventud*, 87, 47-65.
- Muñoz de Bustillo Llorente, Rafael (1993). Salarios, desempleo y calidad de empleo. En VV.AA., *La larga noche neoliberal: políticas económicas de los ochenta* (pp. 163-196). Barcelona: Icaria.
- Mutz, Gerd (2000). El fin de la cultura de la caravana: por qué la mirada de envidia a EEUU se pierde en el vacío. En U. Beck, *Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización* (Trad. B. Moreno Carrillo) (pp. 261-283). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1999).
- Myrdal, Gunnar (1964). *El reto a la sociedad opulenta* (Trad. C. Gerhard). Buenos Aires / México, DF: Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1963).
- Naredo, José Manuel (1997). Configuración y crisis del mito del trabajo. En VV.AA., *¿Qué crisis? Retos y transformaciones de la sociedad del trabajo* (pp. 51-74). San Sebastián: Tercera Prensa.
- Naredo, José Manuel (2001). Configuración y crisis del mito del trabajo. *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 48, 13-23.
- Navarro López, Vicente (2002). *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Barcelona: Anagrama.
- Nietzsche, Friedrich (1998). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (Trad. Luis M. Valdés). (Obra original publicada en 1873).
- Nova Melle, Pilar (2007). Juventud y prevención de riesgos laborales: algunas consideraciones en relación al primer empleo. *Revista de Estudios de Juventud*, 79, 49-63.

- OBJOVEM (Observatorio Joven de Empleo en España) (2008a). *El sistema de becas en España: una aproximación a las becas de investigación y a las becas de empresa en el contexto del mercado de trabajo*. Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- OBJOVEM (Observatorio Joven de Empleo en España) (2008b). *Temporalidad en el empleo y mercado de trabajo para los jóvenes en España*. Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- Offe, Claus (1992a). *La sociedad del trabajo: problemas estructurales y perspectivas de futuro* (Versión española J. Nicolás). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1984).
- Offe, Claus (1992b). ¿Es el trabajo una categoría sociológica clave? En C. Offe, *La sociedad del trabajo: problemas estructurales y perspectivas de futuro* (Versión española J. Nicolás) (pp. 17-51). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1984).
- Offe, Claus (1997). Precariedad y mercado laboral. Un análisis a medio plazo de las respuestas disponibles. En VV.AA., *¿Qué crisis? Retos y transformaciones de la sociedad del trabajo* (pp. 11-50). San Sebastián: Tercera Prensa.
- Oliva Serrano, Jesús (2006). Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural. *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 143-187.
- Oliva Serrano, Jesús y Díaz Santiago, María José (2005). Reestructuración productiva y movilidad laboral: los “commuters” de la construcción en Castilla-La Mancha. En J. J. Castillo (Dir.), *El trabajo recobrado* (pp. 123-169). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ominus, Jean (1998). *Cuando el trabajo se acaba* (Trad. J. M. Vidal). Madrid: Acento. (Obra original publicada en 1997).

- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (2004). *Recomendación sobre el desarrollo de recursos humanos: educación, formación y aprendizaje permanente* (Recomendación 195). Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- Ortí, Alfonso (1986). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (Comps.), *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación* (1ª ed., pp. 171-203). Madrid: Alianza.
- Ortí, Alfonso (1994). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En J. M. Delgado y J. Gutiérrez (Comps.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales* (pp. 85-95). Madrid: Síntesis.
- Ortí, Alfonso (2000). La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión en grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alvira (Comps.), *El análisis de la realidad social: métodos y técnicas de investigación* (3ª ed., pp. 219-282). Madrid: Alianza.
- Ortiz García, Pilar (2013). Flexibilidad laboral en el mercado de trabajo español. *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 32, 93-102.
- Osterland, Martin (1990). "Normalbiographie" und "Normalarbeitsverhältnis". En P. A. Berger y S. Hradil (Eds.), *Lebenslagen, lebensläufe, lebensstile* (pp. 351-362). Göttingen: Schwartz.
- Osterman, Paul (1983). La estructura del mercado de trabajo de los hombres jóvenes. En M. J. Piore (Ed.), *Paro e inflación* (Versión española M. E. Rabasco y L. Toharia) (pp. 246-260). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1979).
- Ovejero Bernal, Anastasio (2001). El trabajo del futuro y el futuro del trabajo: algunas reflexiones desde la psicología social de la educación. En E. Agulló Tomás y A. Ovejero Bernal (Coords.), *Trabajo, individuo y*

- sociedad: perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo* (pp. 145-164). Madrid: Pirámide.
- Overell, Stephen (2008). *Inwardness: the rise of meaningful work* (Provocation Series, Volume 4, Number 2). Londres: The Work Foundation.
- Palloix, Christian (1980). *Proceso de producción y crisis del capitalismo* (Trad. R. Myro Sánchez). Madrid: Blume. (Obra original publicada en 1977).
- Parsons, Talcott y Bales, Robert F. (Eds.) (1955). *Family, socialization and interaction process*. Nueva York: Free Press.
- Paugam, Serge (2000). *Le salarié de la précarité: les nouvelles de l'intégration sociale*. París: Presses Universitaires de France.
- Peiró Silla, José María; Bresó, Irene y García Montalvo, José (2007). Antecedentes de la inseguridad laboral y el estrés de rol en los y las jóvenes españoles. *Revista de Estudios de Juventud*, 79, 65-89.
- Pérez-Agote, Alfonso (1989). Presentación. En J. I. Ruiz Olabuénaga y M. A. Ispizua, *La descodificación de la vida cotidiana: métodos de investigación cualitativa* (pp. 11-13). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Pérez-Agote Poveda, Alfonso y Santamaría López, Elsa (2008). *Emancipación y precariedad en la juventud vasca: entre la anomia funcional y el cambio cultural*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Petras, James (1996). Padres-Hijos: dos generaciones de trabajadores españoles (Informe Petras). *Ajoblanco*, 3, verano.
- Petrella, Ricardo (1995). Critique delá compétitivité. *Futuribles*, 198, 71-80.
- Pinilla García, Javier (2002). Transformaciones del trabajo y nuevas enfermedades laborales. *Sistema*, 168/169, 169-194.

- Piore, Michael J. y Sabel, Charles F. (1990). *La segunda ruptura industrial* (Versión española M. E. Rabasco y L. Toharia). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1984).
- Polanyi, Karl (1989). *La gran transformación: crítica del liberalismo económico* (Trad. J. Varela y F. Álvarez-Uría). Madrid: La Piqueta. (Obra original publicada en 1944).
- Polanyi, Karl (2009). *El sustento del hombre* (Trad. E. Gómez Parro). Madrid: Capitán Swing. (Obra original publicada en 1977).
- Polavieja, Javier G. (2003a). *Estables y precarios: desregulación laboral y estratificación social en España*. Madrid: Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Polavieja, Javier G. (2003b). Temporary contracts and labour market segmentation in Spain: an employment-rent approach. *European Sociological Review*, 19(5), 501-517.
- Polavieja, Javier G. (2005). Flexibility or polarization? Temporary employment and job tasks in Spain. *Socio Economic Review*, 3, 233-258.
- Polavieja, Javier G. (2006). ¿Por qué es tan alta la tasa de empleo temporal? España en perspectiva comparada. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 113, 77-108.
- Pollert, Anna (1994a). *¿Adiós a la flexibilidad?* (Trad. C. Baquera de Micheo). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original de 1991).
- Pollert, Anna (1994b). Introducción. En A. Pollert (Comp.), *¿Adiós a la flexibilidad?* (Trad. C. Baquera de Micheo) (pp. 15-41). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1991).

- Pollert, Anna (1994c). La ortodoxia de la flexibilidad. En A. Pollert (Comp.), *¿Adiós a la flexibilidad?* (Trad. C. Baquera de Micheo) (pp. 45-83). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1991).
- Poulet, Pascale (1996). Allongement de la scolarisation initiale et insertion des jeunes: une liason delicate. *Economie et Statistique*, 300, 71-81.
- Poveda Rosa, María y Santos Ortega, Antonio (1998). El mercado de trabajo devastado: procesos de flexibilidad a la española. *Arxius de Sociología*, 2, 13-38.
- Precarias a la deriva (2004). *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Prieto, Carlos (Dir. y Coord.) (1994). *Trabajadores y condiciones de trabajo*. Madrid: Ediciones HOAC.
- Prieto, Carlos (1997). Introducción: juventud(es) y empleo(s). *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 11, 11-16.
- Prieto, Carlos (1999). Crisis del empleo: ¿crisis del orden social? En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 529-548). Madrid: Siglo XXI.
- Prieto, Carlos (2000). Trabajo y orden social: de la nada a la sociedad de empleo (y su crisis). *Política y Sociedad*, 34, 19-32.
- Prieto, Carlos (2002). La degradación del empleo o la norma social del empleo flexibilizado. *Sistema*, 168/169, 89-106.
- Prieto, Carlos (2007). Del estudio del empleo como norma social al de la sociedad como orden social. *Papeles del CEIC*, 2007/1(2). Recuperado de <http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12197>

- Prieto, Carlos (2009). El valor del trabajo y de la “vida personal”: lógica “universal” y lógica de género. En E. Crespo; C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 207-228). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Prieto, Carlos (Coord.); Arnal, María; Caprile, María y Potrony, Jordi (2009). *La calidad del empleo en España: una aproximación teórica y empírica*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Prieto, Carlos y Ramos, Ramón (1999). El tiempo de trabajo: entre la competitividad y los tiempos sociales. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 463-488). Madrid: Siglo XXI.
- Prieto, Carlos; Ramos, Ramón y Callejo, Javier (2008). *Nuevos tiempos del trabajo: entre la flexibilidad competitiva de las empresas y las relaciones de género*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Propp, Vladimir (2014). *Morfología del cuento* (Trad. F. Díez del Corral). Madrid: Akal. (Obra original publicada en 1928).
- Pujadas, Juan José (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Putnam, Robert D. (2002). *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana* (Trad. J. L. Gil Aristu). Barcelona: Galaxia Gutenberg. (Obra original publicada en 2000).
- Raaum, Oddbjorn y Roed, Knut (2006). Do business cycle conditions at the time of labor market entry affect the future employment prospects? *The Review of Economics and Statistics*, 88(2), 193-210.

- Rahona López, Marta (2006). ¿La posesión de un título universitario facilita el acceso de los jóvenes al primer empleo? Una aproximación para el caso español. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 61, 105-121.
- Ramos Torre, Ramón (1999). Homo tragicus. *Política y Sociedad*, 30, 213-240.
- Ramos-Díaz, Javier (2004). Empleo precario en España: una asignatura pendiente. En V. Navarro (Coord.), *El Estado de Bienestar en España* (pp. 97-120). Madrid: Tecnos.
- Rapley, Tim (2014). *Los análisis de la conversación, del discurso y de documentos en Investigación Cualitativa* (Trad. T. Del Amo y C. Blanco). Madrid: Morata. (Obra original publicada en 2007).
- Recio, Albert (1997). *Trabajo, personas, mercados: manual de economía laboral*. Barcelona / Madrid: Icaria / FUHEM.
- Recio, Albert (1999). La segmentación del mercado laboral en España. En F. Miguélez y C. Prieto (Dir. y Coord.), *Las relaciones de empleo en España* (pp. 125-150). Madrid: Siglo XXI.
- Recio, Albert (2001). Una nota sobre bajos salarios en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 18, 15-46.
- Recio Andreu, Albert (2002). Paro, precarización laboral e ideologías económicas. *Sistema*, 168/169, 53-69.
- Recio Andreu, Albert (2006). ¿Trabajar evita la pobreza? Bajos salarios en el mercado laboral español. *Documentación Social*, 143, 31-44.
- Recio Andreu, Albert (2007). Precariedad laboral: reversión de los derechos sociales y transformación de la clase trabajadora. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 273-291.

- Recio, Albert (2010). Procesos de emancipación y anclajes sociales. En O. Romaní (Coord.), A. Planas, C. Feixa, J. Trilla, J. R. Saura, J. Casal, M. Figueras y P. Soler (Eds.), *Jóvenes y riesgos: ¿unas relaciones ineludibles?* (pp. 61-86). Barcelona: Bellaterra.
- Requena Santos, Félix (1991). *Redes sociales y mercado de trabajo: elementos para una teoría del capital relacional*. Madrid: Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Reséndiz García, Ramón R. (2013). Biografía: proceso y nudos teórico-metodológicos. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 127-158). México, DF: El Colegio de México / FLACSO.
- Revilla, Juan Carlos y Tovar, Francisco (2009). La (re)producción narrativa de la identidad laboral y sus condiciones de posibilidad. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Coords.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 113-138). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Ricoeur, Paul (1995-1996). *Tiempo y narración* (Vols. 1-3) (Trad. A. Neira). México, DF: Siglo Veintiuno. (Obra original publicada en 1983-1985).
- Riessman, Catherine Kohler (1993). *Narrative analysis*. Newbury Park, CA: Sage.
- Rifkin, Jeremy (1996). *El fin del trabajo: nuevas tecnologías contra puestos de trabajos: el nacimiento de una nueva era* (Trad. G. Sánchez). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1995).
- Rifkin, Jeremy (2013). *La era del acceso: la revolución de la nueva economía* (Trad. J. F. Álvarez y D. Teira). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 2000).

- Ritzer, George (1996). *La McDonalización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana* (Trad. I. Hierro y R. Hierro). Barcelona: Ariel. (Obra original publicada en 1993).
- Ritzer, George (Coord.) (2007). *Los tentáculos de la mcdonalización* (Trad. M. Sautié). Madrid: Popular. (Obra original publicada en 1998).
- Ritzer, George (2000). *El encanto de un mundo desencantado: revolución en los medios de consumo* (Trad. F. Ramos). Barcelona: Ariel. (Obra original publicada en 1999).
- Rivas Rivas, Ana María (marzo, 2004). *Representaciones discursivas de I@s trabajador@s en situación de precariedad laboral*. Comunicación presentada en IX Jornadas de Economía Crítica, Madrid, España.
- Roberts, Ken (1995). *Youth and employment in modern Britain*. Oxford: Oxford University Press.
- Rodgers, Gerry (1992). El debate sobre el trabajo precario en Europa occidental. En G. Rodgers y J. Rodgers (Comps.), *El trabajo precario en la regulación del mercado laboral: crecimiento del empleo atípico en Europa Occidental* (Trad. M. L. Gómez de Pablos) (pp. 15-41). Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. (Obra original publicada en 1989).
- Rodríguez Cabrero, Gregorio (1993). Integración, asistencialización y exclusión en el Estado de Bienestar. En VV.AA., *La larga noche neoliberal: políticas económicas de los ochenta* (pp. 271-284). Barcelona: Icaria.
- Rodríguez Ibáñez, José Enrique (1989). De la sociedad del trabajo a la sociedad tecnológica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 45, 159-174.
- Rodríguez San Julián, Elena y Ballesteros Guerra, Juan Carlos (2013). *Crisis y contrato social: los jóvenes en la sociedad del futuro*. Madrid: Centro Reina Sofía / Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

- Rodríguez San Julián, Elena; Ballesteros Guerra, Juan Carlos y Megías Quirós, Ignacio (2011). *Bienestar en España: ideas de futuro desde el discurso de padres y madres*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Rodríguez San Julián, Elena y Megías Quirós, Ignacio (2005). *La brecha generacional en la educación de los hijos*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Rodríguez Victoriano, José Manuel (1999). La sorpresa no era la emancipación adulta: autonomía virtual y dependencia real en la juventud española de la década de los noventa. *Revista de Estudios de Juventud*, 45, 103-111.
- Rodríguez Victoriano, Manuel y Santos Ortega, Antonio (1998). “Quien tiene hambre, sueña bollos”: yacimientos de empleo, precariedad laboral y ecología. *Revista de Estudios de Juventud*, 41, 61-68.
- Rojas Wiesner, Martha Luz (2013). Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 159-183). México, DF: El Colegio de México / FLACSO.
- Rolle, Pierre (2005a). Asir y utilizar la actividad humana. Calidad del trabajo, cualificación y competencia. En J. García López, J. Lago Blasco, P. Meseguer Gancedo y A. Riesco Sanz (Coords.), *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo* (pp. 197-211). Madrid: Traficantes de sueños.
- Rolle, Pierre (2005b). El trabajo y su medida. En J. García López, J. Lago Blasco, P. Meseguer Gancedo y A. Riesco Sanz (Coords.), *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo* (pp. 119-130). Madrid: Traficantes de sueños.
- Rorty, Richard (1996). *Contingencia, ironía y solidaridad* (Trad. A. E. Sinnot). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1989).

- Rosenthal, Gabriele (2004). Biographical research. En C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium y D. Silverman (Eds.), *Qualitative Research Practice* (pp. 48-64). Londres: Sage.
- Roussel, Louis (1995). La solidaridad intergeneracional: ensayo de perspectivas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 70, 11-24.
- Rubin, Herbert J. y Rubin, Irene S. (1995). *Qualitative interviewing: the art of hearing data*. Londres / Thousand Oaks, CA: Sage.
- Ruesga, Santos M. (2012). La financiarización de las relaciones laborales. En L. E. Alonso y C. J. Fernández Rodríguez (Eds.), *La financiarización de las relaciones salariales: una perspectiva internacional* (pp. 66-84). Madrid: FUEM Ecosocial / Los libros de la catarata.
- Ruiz Galacho, Encarna (2006). Las reformas laborales en España (1977-2002). *Laberinto*, 20, 7-22.
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio e Ispizua, María Antonia (1989). *La descodificación de la vida cotidiana: métodos de investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sahlins, Marshall (1983). *Economía de la Edad de Piedra* (Trad. E. Muñiz y E. R. Fondevila). Madrid: Akal. (Obra original publicada en 1972).
- Sampedro, Rosario (1996). *Género y ruralidad: las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Sampson, Robert J. y Laub, John H. (1993). *Crime in the making: pathways and turning points through life*. Cambridge: Harvard University Press.
- Sánchez-Jankowski, Martin (1991). *Islands in the street: gangs and American urban society*. Berkeley, CA: University of California Press.

- Sánchez Moreno, Esteban (2004). *Jóvenes: la nueva precariedad laboral: experiencias de precariedad laboral en los jóvenes españoles*. Madrid: Confederación Sindical de Comisiones Obreras.
- Sánchez Moreno, Esteban (2005). Transformación del mercado de trabajo y precariedad laboral en los jóvenes. *Gaceta Sindical*, 5, 355-383.
- Sanchis, Enric (1988). Valores y actitudes de los jóvenes ante el trabajo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 41, 131-152.
- Sanchis Gómez, Enric (2004). Concepciones del trabajo: de las ambigüedades medievales a las paradojas actuales. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 22(1), 37-65.
- Sanchis Gómez, Enric (2007). Desempleo y conflicto social: del malestar individual al silencio colectivo. *Sociedad y Utopía: Revista de Ciencias Sociales*, 29, 407-432.
- Sanmartín, Ricardo (2003). *Observar, escuchar, comparar, escribir: la práctica de la investigación cualitativa*. Barcelona: Ariel.
- Sanmartín Ortí, Anna y Ballesteros Guerra, Juan Carlos (2015). Jóvenes, crisis y contrato social. *Praxis Sociológica*, 19, 241-253.
- Santamaría López, Elsa (2002). Sobre la diversidad de experiencias sociales del trabajo en contextos urbanos. *Papeles del CEIC*, 3. Recuperado de <http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/issue/view/1079>
- Santamaría López, Elsa (2007). De la crisis de las identidades a las configuraciones precarias de la identidad. *Thémata: Revista de Filosofía*, 39, 629-635.
- Santamaría López, Elsa (2009). Precariedad laboral: apuntes para una aproximación sociológica a sus formas contemporáneas. *Papeles del CEIC*, vol. 2009/1(6), 34-41. Recuperado de <http://www.ehu.eus/ojs/index.php/papelesCEIC/article/view/12251/11173>

- Santamaría, Elsa (2010). "Buscarse la vida": trayectorias y experiencias de precariedad en el acceso al empleo de las personas jóvenes. *Revista de Estudios de Juventud*, 89, 101-123.
- Santamaría López, Elsa (2011). *Trayectorias laborales en los márgenes del empleo: políticas, subjetividades y experiencias de jóvenes en la precariedad laboral*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Santamaría López, Elsa (2012). Jóvenes y precariedad laboral: trayectorias laborales por los márgenes del empleo. *Zerbitzuan*, 52, 129-139.
- Santamarina, Cristina y Marinas, José Miguel (1993). Introducción. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 9-15). Madrid: Debate.
- Santos, Boaventura de Sousa (1998). *Reinventar a democracia*. Lisboa: Gradiva Publicações.
- Santos Ortega, Antonio (1999a). Identidades formateadas: normalización del empleo inestable y participación juvenil. *Revista de Estudios de Juventud*, 45, 43-50.
- Santos Ortega, Antonio (1999b). "La juventud va bien": la cuestión juvenil en la era de la precariedad. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 133-149). Valencia: 7 i mig.
- Santos Ortega, Antonio (2003). "Jóvenes de larga duración": biografías laborales de los jóvenes españoles en la era de la flexibilidad informacional. *Revista Española de Sociología*, 3, 87-97.
- Santos Ortega, Antonio (2006). "Generación flexible": vivencias de la flexibilidad de los jóvenes parados. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24(6), 63-83.
- Santos Ortega, Antonio (2008). Las relaciones laborales en los márgenes del mercado de trabajo. *Arxius*, 18, 25-37.

- Santos Ortega, Antonio (2012). "La bolsa y la vida": efectos de la lógica financiera sobre los mercados de trabajo precarios. En L. E. Alonso y C. J. Fernández Rodríguez (Eds.), *La financiarización de las relaciones salariales: una perspectiva internacional* (pp. 127-158). Madrid: FUHEM Ecosocial / Los libros de la catarata.
- Santos Ortega, Antonio (2013). Fuga de cerebros y crisis en España: los jóvenes en el punto de mira de los discursos empresariales. *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 32, 125-137.
- Santos Ortega, Antonio y Martín Martín, Paz (2012). La juventud española en tiempos de crisis: paro, vidas precarias y acción colectiva. *Sociología del Trabajo*, 75, 93-110.
- Santos Ortega, Antonio; Montalbá Ocaña, Carmen y Moldes Farelo, Rocío (2004). *Paro, exclusión y políticas de empleo: aspectos sociológicos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Santos Ortega, Antonio y Muñoz Rodríguez, David (2015). Fuga de cerebros y biografías low cost: nueva etapa en la precarización de la juventud. *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, 16, 13-33.
- Santos Ortega, Antonio y Serrano Pascual, Amparo (2006). Presentación. El giro copernicano del desempleo actual. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24(2), 1-19.
- Sassen, Saskia (1998). *The mobility of labor and capital: a study in international investment and labor flow*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sautu, Ruth (1999). Recuerdos de infancia: cómo se entrena a las niñas en el servicio doméstico. En R. Sautu (Comp.), *El método biográfico: la reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores* (pp. 103-121). Buenos Aires: Editorial Belgrano.

- Schaff, Adam (1985). *¿Qué futuro nos aguarda?: las consecuencias sociales de la segunda revolución industrial* (Trad. J. Beltrán). Barcelona: Crítica. (Obra original publicada en 1985).
- Schmid, Günther y Schömann, Klaus (2000). El concepto de mercados de trabajo transicionales y algunas conclusiones para la política de empleo: el estado de la cuestión. En L. Toharia (Comp.), *Los mercados de trabajo transicionales: nuevos enfoques y políticas sobre los mercados de trabajo europeos* (pp. 15-40). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Schwartz, Howard y Jacobs, Jerry (1984). *Sociología cualitativa: método para la reconstrucción de la realidad* (Trad. C. Villegas García). México, DF: Trillas. (Obra original publicada en 1979).
- Segado Sánchez-Cabezudo, Sagrario y López Peláez, Antonio (2007). Condiciones de trabajo y estilos de vida de los jóvenes españoles: ¿cómo afrontar los riesgos derivados del trabajo a turnos y en horario nocturno? *Revista de Estudios de Juventud*, 79, 91-103.
- Sen, Amartya; Stiglitz, Joseph y Zubero, Imanol (2007). *Se busca trabajo decente*. Madrid: Ediciones HOAC.
- Sennett, Richard (2011). *El declive del hombre público* (Trad. G. Di Masso). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 1977).
- Sennett, Richard (2010). *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Trad. D. Najmías). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 1998).
- Sennett, Richard (2001). La calle y la oficina: dos fuentes de identidad. En A. Giddens y W. Hutton (Eds.), *En el límite: la vida en el capitalismo global* (Trad. M. L. Rodríguez Tapia) (pp. 247-268). Barcelona: Tusquets. (Obra original publicada en 2000).

- Sennett, Richard (2001). La flexibilidad laboral: aparato ideológico y dispositivo disciplinario. *Archipiélago: cuadernos de crítica de la cultura*, 48, 29-36.
- Sennett, Richard (2002). Trabajo y tiempo en el siglo XXI. En VV.AA., *Claves para el siglo XXI* (Trad. E. Grau) (pp. 387-390). Barcelona: UNESCO / Crítica. (Obra original publicada en 2000).
- Sennett, Richard (2003). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad* (Trad. M. A. Galmarini). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 2003).
- Sennett, Richard (2006). *La cultura del nuevo capitalismo* (Trad. M. A. Galmarini). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 2006).
- Sennett, Richard (2009). *El artesano* (Trad. M. A. Galmarini). Barcelona: Anagrama. (Obra original publicada en 2008).
- Serracant, Pau (2005). La nueva economía y la sobre-cualificación entre los jóvenes catalanes: principales resultados de un nuevo sistema de indicadores. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 24(1), 199-229.
- Serrano Pascual, Amparo (1999). Juventud como déficit, juventud como modelo: la construcción de la transición laboral de los jóvenes. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 49-64). Valencia: 7 i mig.
- Serrano Pascual, Amparo (2005). Del desempleo como riesgo al desempleo como trampa: ¿qué distribución de las responsabilidades plantea el paradigma de la activación propuesto por las instituciones europeas? *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 23(2), 219-246.
- Serrano Pascual, Amparo (2009). Regulación supranacional y despolitización del trabajo: el caso del paradigma de la activación. En E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano (Eds.), *Trabajo, subjetividad y ciudadanía: paradojas del empleo en una sociedad en transformación* (pp. 259-290). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.

- Serrano Pascual, Amparo; Fernández Rodríguez, Carlos J. y Artiaga Leiras, Alba (2012). Ingenierías de la subjetividad: el caso de la orientación para el empleo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 138, 41-62.
- Serrano, Amparo; Martín, M^a Paz y Crespo, Eduardo (2013). La regulación paradójica del trabajo y el gobierno de las voluntades. En B. Tejerina, B. Cavia, S. Fortino y J. A. Calderón (Eds.), *Crisis y precariedad vital: trabajo, prácticas sociales y modos de vida en Francia y España* (pp. 72-91). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Serrano Pascual, Amparo; Moreno Martín, Florentino y Crespo Suárez, Eduardo (2001). La experiencia subjetiva del trabajo en una sociedad en transformación. En E. Agulló Tomás y A. Ovejero Bernal (Coords.), *Trabajo, individuo y sociedad: perspectivas psicosociológicas sobre el futuro del trabajo* (pp. 49-64). Madrid: Pirámide.
- Sevilla, Carlos (2010). *La fábrica del conocimiento: la universidad-empresa en la producción flexible*. Madrid: El viejo topo.
- Simmel, Georg (1998). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En G. Simmel, *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura* (Trad. S. Mas) (pp. 247-262). Barcelona: Península. (Obra original publicada en 1903).
- Simmel, Georg (2011). Filosofía de la moda. *Revista de Occidente*, 366, 69-81. (Obra original publicada en 1905).
- Smith, Louis M. (1994). Biographical method. En N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (1^a ed., pp. 286-305). Londres: Sage.
- Sorokin, Pitirim A. (1964). *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines* (Trad. L. Rodríguez Aranda). Madrid: Taurus. (Obra original publicada en 1956).

- Sotiris, Panagiotis (2013). Teorizando la universidad-empresa: preguntas abiertas y algunas posibles respuestas. En J. Fernández, M. Urbán y C. Sevilla (Coords.), *De la nueva miseria* (pp. 43-66). Madrid: Akal.
- Standing, Guy (2000). Globalización, flexibilidad laboral e inseguridad: la era de la regulación mercantil. En E. Cano, A. Bilbao y G. Standing, *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación* (pp. 95-114). Alzira: Germania.
- Standing, Guy (2013). *El precariado: una nueva clase social* (Trad. J. M. Madariaga). Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente. (Obra original publicada en 2011).
- Stauber, Barbara; Kovacheva, Siyka y Van Lieshout, Harm (2004). Flexibilidad y seguridad: el supuesto dilema de las políticas de transición. *Revista de Estudios de Juventud*, 65, 99-114.
- Stoleru, Lionel (31 de octubre de 1986). Le chômage de prospérité. *Le Monde*.
- Stroobants, Marcelle (2005). La mutación al servicio del sistema productivo. En J. García López, J. Lago Blasco, P. Meseguer Gancedo y A. Riesco Sanz (Coords.), *Lo que el trabajo esconde: materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo* (pp. 174-195). Madrid: Traficantes de sueños.
- Sweeting, Helen; West, Patrick; Young, Robert y Der, Geoff (2010). Can we explain increases in young people's psychological distress over time? *Social Science & Medicine*, 71, 1819-1830.
- Tarrés, María Luisa (2013). Lo cualitativo como tradición. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 37-59). México, DF: El Colegio de México / FLACSO.

- Taylor, Steve J. y Bogdan, Robert (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: la búsqueda de significados* (Trad. J. Piatigorsky). Barcelona: Paidós. (Obra original publicada en 1984).
- Tejerina, Benjamín; Cavia, Beatriz; Fortino, Sabine y Calderón, José Ángel (2013). Introducción. En B. Tejerina, B. Cavia, S. Fortino y J. A. Calderón (Eds.), *Crisis y precariedad vital: trabajo, prácticas sociales y modos de vida en Francia y España* (pp. 9-42). Valencia: Tirant lo Blanch.
- Tejerina, Benjamín; Perugorriá, Ignacia y Simó, Carles (2013). *Crisis y empleo juvenil en Europa, una perspectiva del sur: ¿una solución europea?* Madrid: Consejo de la Juventud de España.
- Tezanos, José Félix (1998). *Tendencias en exclusión en las sociedades tecnológicas: el caso español*. Madrid: Sistema.
- Tezanos, José Félix (2001). *El trabajo perdido: ¿hacia una civilización postlaboral?* Madrid: Biblioteca Nueva.
- Tezanos, José Félix (2009). Las generaciones perdidas: tendencias de precarización laboral y exclusión social de los jóvenes. En J. F. Tezanos (Ed.), *Juventud y exclusión social: décimo foro sobre tendencias sociales* (pp. 23-50). Madrid: Sistema.
- Tezanos, José Félix; Villalón, Juan José; Díaz, Verónica y Bravo, Vania (2010). *El horizonte social y político de la juventud española*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Igualdad.
- Thomas, William I. y Thomas, Dorothy S. (1928). *The child in America*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Todd, Emmanuel (1997). *L'illusion économique: essai sur la stagnation des sociétés développées*. París: Gallimard.
- Toharia Cortés, Luis (1993). La incidencia familiar del paro. En L. Garrido Medina y E. Gil Calvo (Eds.), *Estrategias familiares* (pp. 316-334). Madrid: Alianza Universidad.

- Toharia, Luis (Dir.) (1998). *El mercado de trabajo en España*. Madrid: McGraw-Hill.
- Toharia, Luis (2000). Prólogo. En L. Toharia (Comp.), *Los mercados de trabajo transicionales: nuevos enfoques y políticas sobre los mercados de trabajo europeos* (pp. 9-14). Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Toharia, Luis (Dir.) (2005). *El problema de la temporalidad en España: un diagnóstico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Toharia, Luis y Cebrián, Inmaculada (2007). *La temporalidad en el empleo: atrapamiento y trayectorias*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Toharia Cortés, Luis; Davia Rodríguez, M^a Ángeles y Hernanz Martín, Virginia (2001). *Flexibilidad, juventud y trayectorias laborales en el mercado de trabajo español*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Toharia, Luis y Malo Ocaña, Miguel Ángel (1999). Costes de despido y creación de empleo en España. *Economistas*, 80, 308-316.
- Toharia, Luis y Malo, Miguel Ángel (2000). The Spanish experiment, pros and cons of flexibility at the margin. En G. Esping-Andersen y M. Regini (Eds.), *Why deregulate labour markets?* (pp. 307-335). Oxford: Oxford University Press.
- Torns, Teresa (1998). Chômage et tolerance sociale à l'exclusion: le cas de l'Espagne. En M. Maruani (Dir.), *Les nouvelles frontières de l'inégalité: hommes et femmes sur le marché du travail* (pp. 213-224). París: Mage / La Découverte.
- Torns, Teresa (2000). Las mujeres jóvenes en el mercado de trabajo en España. En L. Cachón (Dir.), *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas* (pp. 199-214). Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

- Torregrosa, José Ramón; Bergere, Joelle y Álvaro, José Luis (Eds.) (1989). *Juventud, trabajo y desempleo: un estudio psicosociológico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Torres López, Juan (1999). Sobre las causas del paro y la degeneración del trabajo. *Sistema*, 151, 27-70.
- Touraine, Alain (1999). *Comment sortir du libéralisme?* París: Fayard.
- Tovar Martínez, Francisco J. y Revilla Castro, Juan Carlos (2012). La institucionalización de la individualización del trabajo: el concepto de flexiguridad. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30(1), 235-258.
- Trillo, Francisco J. (2011). Flexibilidad y tiempo de trabajo: consolidación normativa de un modelo (im)productivo antisocial. En A. Baylos (Coord.), *Garantías de empleo y derechos laborales en la ley 35/2010 de reforma laboral* (pp. 249-274). Albacete: Bomarzo.
- Tylor, Edward B. (1977). *Cultura primitiva: Vol. 1. Los orígenes de la cultura* (Trad. M. Suárez). Madrid: Ayuso. (Obra original publicada en 1871).
- Urraco Solanilla, Mariano (2013). El dolor de la acción etnográfica: dejarse la piel al pasar “entre las cuerdas”. *Athenea Digital*, 13(3), 211-223.
- Urraco Solanilla, Mariano (2016). Distopía y juventud, metáforas y realidades: una aproximación desde la Sociología. En E. Encabo, M. Urraco y A. Martos (Eds.), *Sagas, distopías y transmedia: ensayos sobre ficción fantástica* (pp. 259-270). León / Madrid: Universidad de León / Marcial Pons.
- Urraco Solanilla, Mariano e Ibáñez Carrasco, Marta (2015). Arraigo e incertidumbre: relatos de jóvenes de la provincia de Badajoz. *Revista de Estudios Extremeños*, 71(2), 997-1024.
- Vakaloulis, Michel (2001). *Le capitalisme post-moderne: elements pour une critique sociologique*. París: Presses Universitaires de France.

- Valdés Dal-Re, Fernando (2002). Descentralización productiva y desorganización del Derecho del Trabajo. *Sistema*, 168/169, 71-87.
- Valenzuela, Hugo; Reygadas, Luis y Cruces, Francisco (2015). *Mi trabajo es mi vida*: incrustación de los mundos de la vida y del trabajo en empresas españolas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 150, 191-210.
- Valles, Miguel S. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Valles Martínez, Miguel S. (1999). Jóvenes españoles, jóvenes europeos a las puertas del siglo XXI. En L. Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo* (pp. 119-131). Valencia: 7 i mig.
- Valles, Miguel S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Valles, Miguel S. (2005). El reto de la calidad en la investigación social cualitativa: de la retórica a los planteamientos de fondo y las propuestas técnicas. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 110(1), 91-114.
- Valles, Miguel S. (2007). Grounded Theory Methodology (GTM) and CAQDAS: an exercise of autobiographical research and methodological reflection. *Historical Social Research*, 19, 299-325.
- Van Maanen, John (1983). *Qualitative methodology*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Gedisa.
- Veblen, Thorstein (2004). *Teoría de la clase ociosa* (Trad. C. Mellizo Cuadrado). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 1899).

- Vela Peón, Fortino (2013). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 63-92). México, DF: El Colegio de México / FLACSO.
- Verd, Joan Miquel y López-Andreu, Martí (2012). La inestabilidad del empleo en las trayectorias laborales. Un análisis cuantitativo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 138, 135-148.
- Verdú, Vicente (2003). *El estilo del mundo: la vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.
- Verdú, Vicente (2009). *El capitalismo funeral*. Barcelona: Anagrama.
- Vicente-Mazariegos, Josechu (1988). La generación descolocada: entre el techo familiar y el cielo para todos. *Política y Sociedad*, 1, 81-87.
- Vidich, Arthur J. y Lyman, Stanford M. (1994). Qualitative methods: their history in sociology and anthropology. En N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (1ª ed., pp. 37-84). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Viedma Rojas, Antonio (2010). Entrevistas. En J. Callejo (Coord.), C. Del Val, J. Gutiérrez y A. Viedma, *Introducción a las técnicas de investigación social* (pp. 63-94). Madrid: Ramón Areces.
- Virno, Paolo (2003). *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto* (Trad. R. Sánchez Cedillo, H. Romero y D. Gámez Hernández). Madrid: Traficantes de sueños.
- Wacquant, Loïc (2004). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador* (Trad. M. Hernández Díaz). Madrid: Alianza. (Obra original publicada en 2000).
- Waisgrais, Sebastián y Calero, Jorge (2008). ¿Qué determina los procesos de transición al mercado de trabajo? Un análisis aplicado al caso español. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 71, 35-51.

- Walther, Andreas (2006). Regimes of youth transitions: Choice, flexibility and security in young people's experiences across different European contexts. *Young: Nordic Journal of Youth Research*, 14(2), 119-139.
- Warr, Peter (1987). *Work, unemployment and mental health*. Oxford: Oxford University Press.
- Wengraf, Tom (2001). *Qualitative research interviewing*. Londres / Thousand Oaks, CA: Sage.
- Wirth, Louis (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*, 44(1), 1-24.
- Ybarra, Josep-Antoni; Hurtado, Jorge y San Miguel, Begoña (2002). La economía sumergida en España: un viaje sin retorno. *Sistema*, 168/169, 247-282.
- Zalakain, Joseba (2006). Trabajo, trabajadores pobres e inserción social. *Documentación Social*, 143, 45-76.
- Zubero, Imanol (1997). Cambio tecnológico y emancipación social: un reto para el sindicalismo. En VV.AA., *¿Qué crisis? Retos y transformaciones de la sociedad del trabajo* (pp. 83-104). San Sebastián: Tercera Prensa.
- Zubero Beaskoetxea, Imanol (1998). *El trabajo en la sociedad: manual para una Sociología del Trabajo*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Zubero, Imanol (2000). *El derecho a vivir con dignidad: del pleno empleo al empleo pleno*. Madrid: Ediciones HOAC.
- Zubero, Imanol (2002). Pobres, a pesar de trabajar. *Noticias Obreras*, 1326-1327, 41.
- Zubero, Imanol (2006). Las nuevas relaciones entre empleo e inclusión: flexibilización del trabajo y precarización vital. *Documentación Social*, 143, 11-30.

Zubero, Imanol (2007). Trabajo decente: iluminando una realidad cada vez más oscura. En A. Sen, J. Stiglitz e I. Zubero, *Se busca trabajo decente* (pp. 13-100). Madrid: Ediciones HOAC.

Zubero Beaskoetxea, Imanol (2008). La participación de los jóvenes en una sociedad en transformación. En X. Albizu, J. Fernández y J. B. Zubiri (Coords.), *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad: Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad crítica* (pp. 29-40). Leioa / Bilbao: Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco.